

Ad usum Fratris Guidonis OP
www.tradition-op.org



Primer Congreso Nacional Terciario Dominicano

TUCUMAN - BUENOS AIRES - CORDOBA
REPÚBLICA ARGENTINA

JULIO - AGOSTO

AÑO SANTO

1 9 3 4

Buenos Aires, Junio 1.º de 1935.

Puede imprimirse.

Fr. Tomás Luque O. P.
PRIOR PROVINCIAL

Buenos Aires, Junio 6 de 1935.

Puede imprimirse.

† *Fortunato J. Devoto*
OB. AUX. Y VIC. GEN.



Con su finalidad conmemorativa el PRIMER CONGRESO NACIONAL TERCARIO DOMINICANO cumple su anhelo de fervorosa adhesión al XXXII Congreso Eucarístico Internacional celebrado en Buenos Aires.

A MODO DE PROLOGO

LECTOR: tienes en tu mano un libro de dimensiones normales, pero que quisiera ser de proyecciones y alcances muy vastos. Bajo la vulgar apariencia de un libro, como hay tantos, encierra toda el alma de una secular institución que presidió la conquista de América, asistió como actora y fundadora de nuestra patria, mezcló sus inquietudes y sus afanes en las guerras por la libertad y la independencia, tomó parte en las memorables asambleas nacionales, hizo oír su voz en los Congresos de Tucumán y Santa Fe, y sigue hoy, como ayer y como siempre, las palpitaciones y el ritmo del corazón argentino: LA ORDEN DE SANTO DOMINGO, en sus tres ramas: primera, segunda y tercera.

Por primera vez realizó en nuestro país un Congreso Nacional. Lo inició, activó y ejecutó brillantemente la Tercera Orden; pero esa fué, diré así, como la presentación oficial: moralmente, intrínsecamente, estuvo allí toda la Orden. El índice espiritual, el comando único lo llevó la Primera; la corriente mística, la savia interna, la caloría de ese cuerpo, todo eso que es dinámico y divino, lo produjo la Segunda Orden, nuestras monjas Catalinas de Córdoba y Buenos Aires, con sus instantes y fervientes oraciones; y por fin la ejecución inmediata, la realizó la Tercera Orden de Damas y Caballeros, que se hallan distribuídos en casi todas nuestras capitales.

No fué ese Congreso un despliegue aparatoso y estéril de fuerzas, ni un torneo literario, pletórico de bellas oraciones, conferencias y discursos, pero vacío de sentido práctico, no. Lo hemos dicho en el RIVERA INDARTE, y basta hojear el programa de trabajos: con la mayor naturalidad y sencillez cristiana — como quien cumple un simple deber — se han preparado, estudiado, discutido y resuelto asuntos y temas de la mayor utilidad práctica para la religión, la patria y la hermandad, con todo lo que esas sagradas palabras encierran.

En realidad estas líneas prologales debieran dar una idea del conjunto, un como panorama completo del cuadro, y así lo pensamos al principio; pero hubimos de desistir ante lo arduo de la empresa. Preciso fuera, en efecto, analizar individualmente todos esos trabajos, compulsarlos, confrontarlos, extraerles la quintaesencia, y ya reunidas todas esas gotas de perfume, ofrecerlas al lector en algún frasco de alabastro que pudiera desparramar su aroma — como aquel de la Biblia — por toda la casa del Señor. Mas para esto último, hallamos innecesario, el prólogo. Por sí solos lo realizan los trabajos que vas a leer, y que tantos aplausos arrancaran a los distintos auditorios que los apreciaron en Tucumán, Buenos Aires y Córdoba.

Y verás por las diversas conclusiones a que arribó el Congreso, cómo nada quedó olvidado o descuidado; sino que, puesta la mira en Dios y en la misión de la Tercera Orden, se sintió en todas ellas que presidía el espíritu impalpable del gran legislador Domingo de Guzmán. Espíritu disciplinado y selecto, nada lo libró al azar en el gobierno de su Orden; todo lo previó y lo legisló para llenar sus fines, en el medio geográfico y social de sus días; y para los venideros dejó trazadas las líneas generales que llenarían y perfeccionarían sus hijos. Así lo han hecho durante los siete siglos que van corriendo desde su muerte. Así lo ha hecho en nuestro país este primer Congreso Nacional de Terceros Dominicanos. No han hurtado a nadie (el que hereda no roba) esa inteligente comprensión del medio en que viven y ejercitan sus actividades, y esa habilidad y previsión para ocurrir a todas las necesidades y demandas de su delicada y compleja misión. Por eso el Congreso fué todo un éxito.

Las ciencias, las artes, la prensa, la radio, el mármol, el bronce: todo fué puesto a contribución . . .



FACHADA DE LA HISTORICA BASILICA DEL Smo. ROSARIO.
Convento de Santo Domingo. — Buenos Aires.

ACTAS DE FUNDACION DE LA VENERABLE ORDEN
TERCERA, INSTALADA EN EL CONVENTO
DE SANTO DOMINGO DE LA CIUDAD DE
BUENOS AIRES, EL 1º DE JULIO DEL
AÑO 1726

(Copia fiel de los originales manuscritos que se conservan en su respectivo libro de actas, existente en el Archivo de la Secretaría de la nombrada Hermandad).

VENERABLE ORDEN TERCERA DE
Nº P. SANTO DOMINGO

A C T A S D E F U N D A C I O N

A Ñ O 1 7 2 6

J U L I O 1º

Estando en la silla de San Pedro N. M. S. P. Beneditto Deximo Tercio del Orden Sagrado de Predicadores hijo del mejor Guzmán Nº P. Santo Domingo y reinando en España el Sr. Don Felipe V, año de 1726 el M. R. P. M. Fray Gerardo de León, primer Provincial de la Provincia de Santa Trinidad de Buenos Aires del Orden de Predicadores con su acostumbrado celo, amor y devoción a su Sagrada Orden, convocó a algunos individuos seglares a su convento a fin de establecer y sacar a luz el tesoro escondido de la Tercera Orden de Predicadores y munidos todos de su espíritu convinieron en tomar el hábito de la Tercera Orden.

J U L I O 7

El 7 de Julio del nombrado año para la elección de Santo Patrono de la Santa Orden Tercera, milicia del respeto de Nº P. Santo

Domingo. Juntos en su Convento los que hasta este día tienen el hábito, dieron su voto a diferentes Santos de la Orden que puestos por cédulas en un baso, salió el glorioso San Vicente Ferrer, de mano de una criatura inocente, siendo Director el M. R. P. Regente Fray Sebastián Zapata y Prior Don Joseph Cipriano de Herrera. El niño de la cédula es Juan Joseph Morales.

Nombróse para Tesorero el Cap. Don Pedro Millán; para Vicario, Don Francisco de la Riusa; Enfermeros, Don Andrés Malaver y Miguel de Cossio; Secretario, Joseph Morales; Sacristanes, Juan Antonio Rodríguez y Don Diego de la Llosa. Con lo cual se concluyó esta Junta y elección en el día, mes y año nombrado.

Joseph de Morales.
SECRETARIO.

Joseph de Herrera.
PRIOR.

JULIO 14

El 14 de Julio del nombra doño, juntos a son de campana, los hermanos Terceros, en presencia del M. R. P. Regente y Director Fray Sebastián Zapata y el Prior Don Joseph Cipriano de Herrera, tratando de nombrar quince electores para el gobierno y disposiciones de la Tercera Orden, fué ejecutada en las personas siguientes:

Don Joseph Cipriano de Herrera
 „ Vicente Morón - Profeso
 „ Pedro Millán - Sub Prior y Tesorero
 „ Juan de Zamudio, Don Lucas García Ros
 „ Santiago Zamudio
 „ Pedro Zamudio
 „ Fernando Mansilla
 „ Francisco de la Ruizar
 „ Andrés Malaver.
 Murió † Don Diego Tixado, Sizdo, Vizlé Rinayneza,
 „ Bernardino Rodríguez
 „ Frutos de Palafo y Cardona
 „ Miguel Gómez Cossio
 „ Diego de la Llosa
 „ Joseph de Morales.

Los cuales quince sujetos, hermanos de esta Tercera Orden, deberán juntarse siempre que sea necesario para las disposiciones que se tuvieren por convenientes con la precisa calidad de que para la resolución de cualquier materia hallan de asistir precisamente diez de los nombrados electores, en presencia del Padre Director, uno de los dos, Prior o Sub-Prior y de esta suerte puede quedar resuelto el punto á que se juntasen.

Que podrán ser reunidos todos los hermanos que quisieren tomar el hábito de Nuestra Tercera Orden, arreglándose á las circunstancias de las constituciones de ella y dando la limosna de un peso y una vela á su entrada y un real cada mes; los que quisieren enterrarse en nuestra Capilla, con la asignación de decirle Misa cantada y seis rezadas, doce velas en el cuerpo; sepultura, Pendon, ataud y paño negro, con asistencia de todos los hermanos terceros, que iran con velas y rosarios en las manos.

Y prevenimos que respeto de estar en los principios de su fundación Nuestra Tercera Orden, se obliga el Convento por este primer año, á dar sepultura y hacer entierro a los hermanos que fallecieron, sin mas costo que dos pesos de cavarla y cuatro de la misa de cuerpo presente y para en lo de adelante al año cumplido de esta fundación, se le han de pagar al Convento, los pesos en que se ajustasen con el M. R. P. Provincial y su Consejo, con lo cual quedó concluida por esta tarde, la Junta de los hermanos terceros y lo firmaron el R. P. Director, el Prior y el infrascrito Secretario,

Fray Sebastian Zapata.
DIRECTOR.

Josseph C. de Herrera.
PRIOR.

Josseph de Morales.
SECRETARIO.

PRIMER CONGRESO NACIONAL TERCIARIO DOMINICANO

COMISION DE HONOR

Presidentes: Excmo. y Rvmo. Sr. Nuncio Apostólico DR. FELIPE CORTESI, Excmo. y Rvmo. Sr. Arzobispo de Buenos Aires DR. SANTIAGO L. COPELLO, Excmo. y Rvmo. Mons. Doctor JUAN FRANCISCO ARAGONE, Arzobispo de Montevideo.

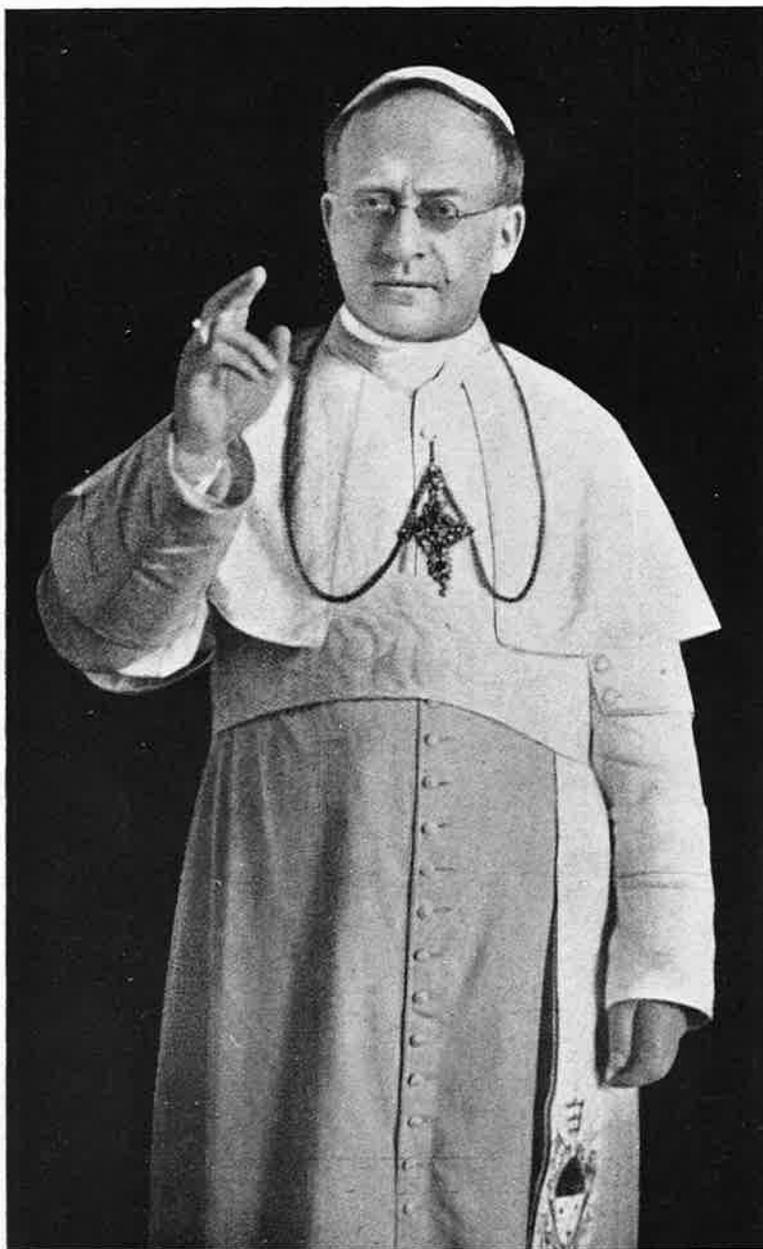
Excmo. Rvmo. Dr. *Francisco Alberti*, Obispo de La Plata; Excmo. Rvmo. Dr. *Agustín Barrère*, Obispo de Tucumán; Excmo. Rvmo. Dr. *Fermín E. Lafitte*, Obispo de Córdoba; Excmo. Rvmo. Dr. *Audino Rodríguez y Olmos*, Obispo de Stgo. del Estero; Excmo. Rvmo. Dr. *Nicolás Fasolino*, Obispo de Santa Fe; Excmo. Rvmo. Dr. *Julián P. Martínez*, Obispo de Entre Ríos; Excmo. Rvmo. Dr. *José A. Orzali*, Obispo de Cuyo; Excmo. Rvmo. Dr. *Julio Campero*, Obispo de Salta; Excmo. Rvmo. Dr. *Bernabé Piedrabuena*, Obispo titular de Callinico y auxiliar de la diócesis de Tucumán; Excmo. Rvmo. Dr. *Miguel de Andrea*, Obispo titular de Temnos; Excmo. Rvmo. Dr. *Rafael Canale Oberti*, Obispo titular de Arindela; Excmo. Rvmo. Dr. *Leopoldo Buteler*, Obispo titular de Tino y auxiliar de Córdoba; Excmo. Rvmo. Dr. *Nicolás de Carlo*, Obispo titular de Eleuterópolis y auxiliar de E. Ríos; Excmo. Rvmo. Dr. *Fortunato J. Devoto*, Obispo auxiliar de la Arquidiócesis de Bs. Aires; Excmo. Rvmo. Dr. *Juan P. Chimento*, Obispo auxiliar de La Plata; Excmo. Rvmo. Dr. *Marcos Zapata*, Obispo auxiliar de Cuyo; Ilmo. Fr. *Luis A. Costoya*, Vicario Capit. de Catamarca; Ilmo. Mons. Dr. *Abraham Aráoz*, Vicario General S. P. de Tucumán; Ilmo. Mons. Dr. *Marcos Ezcurra*; Ilmo. Mons. Dr. *Dionisio R. Napal*, Vicario Gral. de la Armada; Ilmo. Mons. *Daniel Figueroa*; Sr. General de

Brigada, D. *Ricardo Solá*; Sr. Dr. *Juan F. Cafferata*, Sr. Dr. *Félix T. Garzón*, Sr. Dr. *Jorge Terán*; Sr. Dr. *Juan Heller*, Sr. Ing. *José Padilla*, Sr. Dr. *Ricardo Cernadas*, Sr. D. *Santiago Levalle*, Sr. D. *Domingo J. Álvarez*, Sra. D^a *Carmela Frías de Terán*, Srta. *Gregoria Lerdou*, Srta. *Lola Garzón*.

COMISION EJECUTIVA CENTRAL

Presidente: M. R. Predicador General y Provincial Fray TOMÁS LUQUE, O. P.

M. R. P. Prior Fray *Luis A. Montes de Oca*; R. P. Fray *Antonio Battista*; Sr. D. *Santiago Levalle*; Sr. D. *Mariano A. Orgeira*; Sr. Dr. *Carlos A. Mansilla*; Sr. Ing. *Angel E. Ibarra García*; Sr. D. *Guillermo Gallardo*; Sr. D. *José de Garay*; Sr. Dr. *Héctor A. Coll Villatte*.



SU SANTIDAD EL PAPA PIO XI.
Munificentísimo protector de la Orden Dominicana.

S. S. PIO XI
AL MAESTRO GENERAL DOMINICO

EVOCA LA FIGURA GIGANTE DE SANTO DOMINGO
DE GUZMAN Y EXALTA SU OBRA DENODADAMENTE
CONTINUADA POR LA ORDEN DE PREDICADORES

LOS TERCARIOS Y LA ACCION CATOLICA

*Carta dirigida por Su Santidad el Papa Pío XI
al M. R. P. Maestro General de la Orden de Predi-
cadores Fr. Estanislao Martín Gillet, con motivo
del séptimo centenario de la canonización de Santo
Domingo de Guzmán.*

AMADO Hijo: Salud y Apostólica Bendición.
Observamos que está embargada la muy ilustre e ín-
clita familia dominicana de una alegría tan justa como in-
tensa porque llega ya la fecha siete veces secular en que aquel gran
Fundador fué glorificado con honores celestiales por nuestro prede-
cesor Gregorio IX. Y en verdad, no hubo siquiera lugar a duda
respecto de las virtudes y méritos de Domingo de Guzmán, cuando
ya antes de cumplirse el año 13º de su muerte, fué contado en el
número de los santos. La misma grandeza y amplitud de la misión
que la sabiduría de Dios confiaba a tal Padre y Legislador, requerían
efectivamente una santidad singular y excelsa.

LA HEREJIA DEL SIGLO XIII

Por todos es reconocida la dura y calamitosa guerra declarada
a la religión y al nombre cristiano, a fines del siglo XII por la
poderosísima secta de los cátaros. Este nuevo y detestable retoño
de la herejía maniquea se extendía oculta o abiertamente por varias
partes de Europa y se hallaba particularmente arraigada en la región

de Francia denominada Occitania. Llamados albigenses los factores de esta perversa doctrina, por haber sido la ciudad de Albige la primera sede y centro de los herejes, gozaban de gracias y favores de príncipes y señores; de donde resultaba que, no oponiéndose a su avance la virtud y diligencia de los pastores de la Iglesia, y favoreciéndoles la misma ignorancia religiosa de los fieles, pasaban a formar parte de aquella perniciosa secta muchos católicos, hombres y mujeres. Para ello no era pequeño aliciente el que algunos cátaros que habían recibido el llamado "consolamento", sometidos a una disciplina más severa se jactaban de poseer virtudes heroicas, arrojándose el pomposo título de "perfectos". Los restantes — sin duda la mayoría — que retrasaban el rito del "consolamento" hasta el fin de la vida, se llamaban sencillamente "creyentes" y se creían desligados de toda ley moral. Y así la secta de los albigenses, favorecedora en apariencia de la integridad de la fe y buenas costumbres, pero en realidad pésima y perturbadora era singularmente perniciosa para el pueblo cristiano. No se trataba de un error particular, que se opusiera a determinadas verdades de la religión, sino que se ponían en duda los principios capitales de la fe y moral cristianas, borrando las diferencias entre el bien y el mal, entre la virtud y el vicio, ofreciendo peligros hasta a los mismos fundamentos de la razón humana y de la convivencia ciudadana.

No quiso la Providencia de Dios dejar desamparada a su Iglesia en tan dura prueba. En primer lugar los mismos Romanos Pontífices con sus cartas y legados excitaron el celo apostólico de muchos pastores y varones santos para remediar los daños causados por la herejía a la cristiana grey; más tarde reunidos de toda Francia gran número de soldados llamados cruzados les declararon la guerra para reprimir su audacia y la protección de sus patrocinadores. Pero el principal resorte que acabó de desbaratar sus planes y su poderío, sirviendo al mismo tiempo de poderoso estímulo al pueblo vacilante y de argumento eficazísimo para la defensa de la verdadera Iglesia, fué el esplendor y la virtud de tantos santos varones, contrapuesto a la falsía de los corifeos de la secta.

APOSTOLADO FECUNDO DE SANTO DOMINGO

Y entre estos ilustres y heroicos varones sobresale Domingo de Guzmán que dirigiéndose de España hacia Francia opuso tenaz re-



EXCMO. SR. NUNCIO DE SU SANTIDAD EN LA REPUBLICA ARGENTINA
MONS. DR. FELIPE CORTESI.

Arzobispo de Sirace. — Ilmo. y Rvmo. Terciario Dominicano.

sistencia a la herejía albigense. El, en efecto, con la predicación de los misterios de Cristo y mediante la oración ferviente a Dios y el desprecio de las cosas humanas restituyó a la fe antigua a muchos disidentes de la Iglesia. Y el varón predestinado no trató de descansar después de los primeros triunfos. Aquellos males inveterados tenían hondas raíces que no habían sido arrancadas, enemigos vencidos en una primera batalla podían levantarse de nuevo y volver a entablar dura pelea. Era pues necesario constituir estables fortalezas y reclutar sagradas milicias que, siempre preparadas y amaestradas, pudiesen arrollar el ímpetu de los herejes, y defender y conservar en su integridad la fe de Cristo en el pueblo cristiano. Habiéndolo pensado por largo tiempo Domingo, creyó necesaria la fundación de un instituto de religiosos, que como columnas móviles y auxiliares de soldados, al servicio de la Iglesia, pudiesen defenderla con prontitud y eficacia. Y así, habiendo superado muchas dificultades, fundó al fin la Orden de Hermanos Predicadores que Honorio III patrocinó con especial tutela, llamándoles, como adivinando el porvenir, "verdaderas lumbreras del mundo y atletas de la fe". Fué fundado primeramente el monasterio de Santa María de Prulla, donde precisamente tuvo también origen el rosario mariano. Más tarde fueron estableciéndose en diversas regiones de Europa, en Tolosa, en París, en Bolonia y en España, patria del santo Patriarca.

CIENCIA Y VIRTUD

Nobilísimo y principal fin de esta Orden como indica el mismo nombre de "Predicadores" es exponer públicamente y declarar la doctrina de Cristo, para que los fieles enseñados mediante la divina palabra y estimulados con la esperanza del premio del cielo, se sometan con rendida obediencia a los preceptos y mandatos de la Iglesia. Pero bien comprendió el ilustre Padre y Legislador, que la predicación del Evangelio no puede ser eficaz a no ser que le precedan y acompañen la oración cotidiana a Dios Nuestro Señor y el constante estudio de las cosas sagradas. Las súplicas dirigidas a Dios, fácilmente alcanzan dones celestiales, mediante los cuales la palabra del orador no sólo impresiona los oídos de los fieles, sino que penetrando en el interior de las almas, las transfigura, las forma y las subyuga; y por otra parte la consideración asidua de las cosas divinas, que en los libros sagrados encuentra alimento y fortaleza in-

agotable, ofrece argumentos solidísimos que a la palabra humana comunican cierta virtud y eficacia divina.

Por eso el Padre Domingo, dotado de una prudencia singular, tomó de otras Ordenes de canónigos regulares, muchas normas que se refieren al Oficio canonical y a la disciplina monástica añadiendo otras leyes propias que se referían a sus propósitos y a sus fines particulares. Con razón, pues, leemos de Domingo en la sagrada liturgia: "al hombre y a la vida canonical añade el carácter apostólico", "virum canonicum auget in apostolicum". Estando íntimamente relacionada la predicación de la palabra divina con el estudio de las disciplinas sagradas, pareció oportunísimo al Fundador de la Orden establecer los primeros monasterios de religiosos en las ciudades que arriba mencionamos, donde existían universidades. Doctor él, que en la flor de la edad había sido alumno de la Universidad de Palencia, entendió pronto, cuánto vigor y eficacia da a la defensa de los derechos de la Iglesia la investigación de las ciencias sagradas. Por eso, es algo axiomático en vuestra Orden el que no se establezca ningún convento sin su "doctor" correspondiente. Entre tantos y tan esclarecidos hijos de Santo Domingo que florecieron en ciencia y virtud, no podemos dejar de consignar los nombres de aquellos eruditísimos y santísimos varones Alberto Magno y Tomás de Aquino, al primero de los cuales Nos mismos acabamos de declarar Doctor de la Iglesia, mientras el segundo fué instituído por León XIII de inmortal memoria, príncipe de la Sagrada Teología, y Patrono Celestial de todas las escuelas católicas. Mencionaremos también a Tomás de Vio, Cardenal de la Iglesia Romana, llamado Cayetano, de quien en breve vamos a celebrar el cuarto centenario de su muerte.

Y no sólo los hijos de la Iglesia, sino también los mismos infieles oyeron la voz saludable de los Hermanos Predicadores. Al año siguiente de la muerte de Santo Domingo, había ya misioneros dominicos en Grecia y en la misma ciudad de Constantinopla, de donde más tarde pasaron a las más apartadas regiones del Oriente. Por otra parte, de España, pasaron a África, y descubierta ya América atravesaron el Océano Atlántico, siendo de los primeros que defendieron los derechos de los indígenas, estableciendo también como en otras partes casas religiosas.

ESPIRITU TRADICIONAL EN LA ORDEN

La gloriosa familia del Patriarca Domingo, probada a través de los siglos con tantas vicisitudes y trabajos, continúa alimentando y fomentando en la actualidad el primitivo celo por la salvación de las almas, transmitido como sagrada herencia por sus mayores. Las mismas constituciones modernas, que acaban de redactarse, no son en realidad sino explicación de las antiguas, acomodándolas a las necesidades y circunstancias presentes: de tal manera que podemos afirmar que la naturaleza y la finalidad impresa por el mismo fundador no ha sido modificada en un intervalo de tiempo tan largo. *Por eso, Nos que sentimos singular afecto hacia los hijos de Santo Domingo, gloriándonos de ser personalmente su Protector, participaremos con singular afecto y amor en las fiestas centenarias que se avecinan, al mismo tiempo que exhortamos fervientemente a todos los dominicos a que, siguiendo fielmente las huellas de su Padre, cumplan piadosa y diligentemente sus sapientísimas leyes y estatutos, observando cotidianamente estas normas, que han engrandecido a tantos varones prudentes y santos.*

En nuestra edad, no menos que en los tiempos pasados, necesita y busca la Iglesia hombres apostólicos, que dotados de inocencia y gran entereza de conducta se dediquen de lleno al estudio de las cosas divinas, a una piedad sólida y a la exposición de las verdades divinas.

LOS TERCARIOS Y LA ACCION CATOLICA

Lo mismo que en el siglo XII, también ahora, son divulgados en el mundo muchos y perniciosos errores contra la religión y las buenas costumbres y no es raro que veamos despreciados abierta y públicamente los mismos derechos naturales y divinos. Dedicados los hombres, casi en todas partes, a innumerables deleites y pasatiempos sólo se detienen a considerar estas cosas pasajeras y fluctuantes, se sienten vehementemente impulsados a buscar bienes frágiles y caducos, como si se tratara de una vida verdadera y eterna y no pasajera y deleznable. Se hace, pues, necesario el meditar las verdades divinas y percibir su alcance con gran solicitud, para que los fieles sean enseñados en asuntos de tan vital interés, y tengan

presente que esta vida mortal no es más que un camino para algo mejor y celestial, que es para lo que hemos nacido. Hoy día los pueblos y las naciones, desestimando los auxilios divinos, piden y esperan sobre todo socorros humanos y auxilios naturales; es necesario sentir íntimamente la vida sobrenatural y gozarse en ella, y pedir constantemente el auxilio divino, sin el cual de nada bueno somos capaces. Ni siquiera os faltan socios y cooperadores para realizar vuestro noble y fructífero apostolado; tenéis en efecto, tantas asociaciones de fieles de uno y otro sexo, que se llaman Terciarios, los que es necesario estén dotados de toda virtud y religiosa doctrina, para que puedan hacer una labor eficiente en la Acción Católica, según las normas establecidas por el Ordinario del lugar. Principalmente los jóvenes que desean trabajar en la Acción Católica, deben asimilar la sana doctrina de la Iglesia y llevar una vida intachable, para que con su palabra y ejemplo puedan estimular a sus prójimos a practicar las virtudes cristianas.

EL ROSARIO, SU EFICACIA Y EXCELENCIAS

Afortunadamente acontece, que el fausto día centenario de Santo Domingo, se celebrará en julio, poco después del Año Santo que hemos querido dedicar y consagrar a la Redención Divina. Y, en verdad, entre las armas que Santo Domingo empleó para convertir a los herejes, como muy bien saben los fieles, fué la más eficaz el rosario mariano, que enseñado por la misma Santísima Virgen fué propagado ampliamente, por todas las regiones del orbe. Pues bien, ¿de dónde recibe esta dulcísima oración tan grande virtud y eficacia? Sin duda, de los misterios del Divino Redentor que con piadosa veneración se recuerdan y contemplan; de tal manera que podemos asegurar que en el Rosario de María está como el principio y el fundamento en que se basa la Orden dominicana, para perfeccionar a sus propios miembros y lograr la salvación de los demás. Por eso recomendamos encarecidamente esta salubérrima devoción en la que constantemente se recuerda la copiosa Redención de Jesucristo y es tan adecuada para alcanzar el favor y la protección de la Reina del cielo y deseamos vehementemente que se conserve o restaure la piadosa costumbre que estaba en vigor entre nuestros antepasados, cuando en las familias cristianas era algo sagrado el rezo diario del santo rosario. Si consideramos la eficacia de esta común oración,



El Rvmo. P. Fr. E. M. Gillet, Maestro General de la Orden de Predicadores.

podemos abrigar una esperanza sólida de que participarán de los frutos saludables de la Redención cada uno de los fieles, las familias cristianas y la misma sociedad civil.

Sea pues augurio y prenda segura de estos dones celestiales la Bendición Apostólica que a ti, amado Hijo, y a los demás dominicos, igualmente que a todos los miembros de la Segunda y Tercera Orden, amándoos con suma caridad en el Señor, otorgamos.

Dado en S. Pedro de Roma, el día 6 de marzo, víspera de Santo Tomás de Aquino, del año 1934, 13º de nuestro pontificado.

Pío PAPA XI

ANTECEDENTES

A NUESTROS MUY AMADOS EN EL SEÑOR, LOS HERMANOS Y HERMANAS DE LA TRIPLE ORDEN DE NUESTRO PADRE SANTO DOMINGO, QUE ESTAN BAJO NUESTRA JURISDICCION, SALUD Y GRACIA EN LA PRECIOSA SANGRE DEL REDENTOR, PAZ Y GOZO EN EL SERVICIO DE DIOS Y FIDELIDAD AL ESPIRITU DE NUESTRA VOCACION.

NOS

FRAY TOMAS LUQUE
PORCEL DE PERALTA

HUMILDE PRIOR PROVINCIAL DE LA PROVINCIA BONAIENSE DE SAN AGUSTIN, EN LA AMERICA MERIDIONAL, DE LA ORDEN DE PREDICADORES.

NO es sin íntimo placer que os dirigimos las presentes letras, en las que quisiéramos poder aprisionar todo el afecto de caridad que nuestro corazón abriga hacia cada uno de cuantos se ha dignado el Señor colocar bajo nuestra custodia, dignación que, incomprensida todavía, no acaba de confundirnos.

Ante todo, os presentamos el saludo que es de práctica entre las personas que bien se estiman, al comienzo de cada año.

Un año más en la siempre azarosa vida del tiempo, significa mucho aunque en la realidad de las cosas no siempre se lo descubra. En cada año que empieza los humanos hacemos un como tácito propósito de iniciar un nuevo período, como si para repararnos en el orden físico lo mismo que en el moral, todos los días y todos los instantes no fuesen igualmente propicios. Ello hace que se celebre el advenimiento del año nuevo y explica el júbilo con que en el

mundo entero se lo recibe y saluda como si fuese un nuevo punto de apoyo a las ya desalentadas esperanzas de muchos, para los que cambiar de año significa un recomienzo de la vida.

Bienvenido, pues, el que hemos empezado ya y que, a no habernos traído otra cosa que su un tanto imaginaria carga de consuelos, no podríamos decir que nos ha defraudado. Como que no es poco lo que supone en el ánimo del pobre, el aliento; en el del enfermo, la esperanza de salud; en el del emprendedor, la confianza; en el del atribulado, la resignación y en el del sediento de perfección los ensueños de mejoramiento...

El optimismo no es todo ilusión ni es la esterilidad su patrimonio: ha conducido a muchos a la hora prefijada de sus destinos, los que no siempre se avienen con la impaciencia, que a no pocos ha tronchado.

Como en el orden sobrenatural, en el orden humano es tan cierto aquello de que un solo grano de fe vale más que montañas de duda y de indiferencia.

Y bien; hermanos carísimos, el año del Señor de 1934 que, por empalmar felicísimamente con el "año de gracia" que aún perdura, por ningún cristiano podrá ser considerado como uno de tantos que se suman en el cómputo del tiempo, para nosotros argentinos y dominicanos, por especialísimos motivos, tiene que ser de magníficas realidades y reduplicados consuelos.

Todos sabéis cómo nuestro Beatísimo Padre el Papa Pío XI gloriosamente reinante, en el deseo de que más dignamente se celebre el décimonoveno centenario de la obra misericordiosísima y por excelencia divina de nuestra redención consumada con la Pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, tras de decretar, por primera vez en la historia, su solemne conmemoración jubilar, abrió los tesoros espirituales de la Iglesia, invitando a todos los cristianos a hacer más y más cierta su vocación mediante la práctica de todo género de buenas obras, según lo aconsejado por el Apóstol.

Esperemos que tan insigne beneficio cual es la posibilidad de lucrar las indulgencias del Año Santo, se nos brinde, como suele acontecer por la extensión del mismo a todo el orbe católico. Mas, aunque tal no sucediera, todavía llegamos a tiempo para, unidos en espíritu con los que tienen o tendrán la dicha de poder acudir a la Ciudad Eterna o a la Tierra Santa, consagrada por la adorada presencia del Salvador en persona, por sus huellas, y lo que más es, por su misma sangre preciosísima, honda y concienzudamente me-

ditar las profundidades de la caridad de Dios y la correspondencia a la gracia que nos incumbe, de acuerdo con la magnitud misma del beneficio, que no puede ser mayor.

Asimismo se impone la reflexión de que acaso no alcancemos en la vida una coincidencia de circunstancias igual. ¡Año Santo, año Eucarístico, año Dominicano!

* * *

Al enunciar tanto motivo de consuelo, como ya que le plugo colocar los cortos días de nuestra vida en tiempos aciagos, la Divina Providencia nos ha deparado, no creáis que nuestro propósito sea esbozar el plan a desarrollar en una prolija disquisición teológica. Además la juzgaríais una redundancia, ya que la alta palabra del Soberano Pontífice, con la suprema autoridad de tal y de sumo maestro de la cristiandad, ha resonado en todo el universo, y asimismo la de nuestro amantísimo Padre Maestro General, respecto a la actitud que nos cuadra en este año jubilar, en todos los ámbitos de nuestra familia religiosa.

Por otra parte, no sabríamos brindaros nada mejor que el recuerdo de estas bellísimas palabras del muy digno y bien amado sucesor de nuestro santísimo Patriarca:

“En este año santo que el Sumo Pontífice munificentísimo Protector de la Orden se ha dignado consagrar al especial recuerdo de la Redención, es necesario que animosamente prediquemos el misterio de salud. Pues es misión de apóstol el predicar a Jesucristo, y a éste, crucificado”.

La hora del Salvador es la hora de la cruz, en la cual está nuestra salvación y nuestra vida. El triunfó y recibió un nombre que está sobre todo nombre, porque se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Verdad ciertamente dura para la mísera naturaleza humana, y que ni los discípulos ni los mismos Apóstoles habían alcanzado a entender hasta la mañana de la Resurrección, de tal manera que su Divino Maestro se vió precisado a enrostrarles su incredulidad.

¡Cuántos cristianos no entienden aún esta verdad o cuán pronto la echan en olvido! ¡Y en la vida y en la acción de aquellos mismos que la han comprendido, cuán poco ha influido! No basta llevar la cruz, aún con generosidad, temporariamente, o adornarse con ella presuntuosamente, sino que es necesario que ella sea

nuestro pan de cada día, y que hagamos nuestras aquellas palabras de una de nuestras Bienaventuradas: "El día sin cruz es día perdido". Es preciso que llevando la cruz en pos de Jesucristo, sepamos demostrarle nuestro amor más perfectamente, y además añadir lo que falta a su pasión así por nosotros como por aquellos a quienes debemos salvar. Ahora bien; llevar sobrenaturalmente la cruz, es una gracia que sólo se obtiene por la oración fervorosa; y para mejor percibir el precio de esta gracia como para que nos dé verdaderos frutos, es poderoso el auxilio que nos ofrece la contemplación de los dolores de Cristo, su frecuente repetición en la contemplación y la predicación que acerca de ello podemos proponernos, en la cual hemos de procurar derramar toda nuestra alma, resumiendo en cuanto nuestra fragilidad lo permita, la predicación de nuestro bienaventurado Padre.

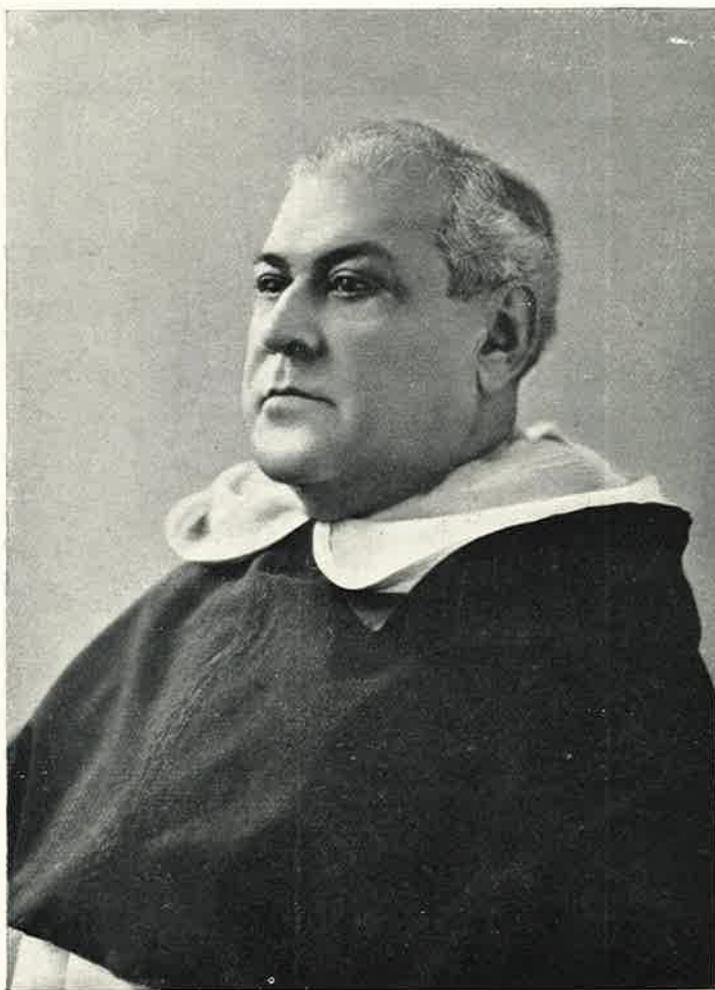
Cómo se percibe en esta dulce voz que como un consejo brota del corazón paterno, la admonición, el requerimiento, pero también suave y tierno, como emanado del corazón de Aquél que más altos derechos tiene adquiridos para dirigirnoslo, del corazón agonizante de Cristo, nunca más Rey, nunca más Señor, nunca más inefable Padre nuestro que en la cruz redimiendo al mundo.

* * *

En la Encarnación Dios tomó la naturaleza humana para redimirla en la cruz, y en la Eucaristía asoció al hombre a la naturaleza divina para dignificarlo, como si hubiese querido justificar a sus propios ojos la magnitud del precio de nuestro rescate.

Durante su existencia sobre la tierra, Jesucristo nos había asegurado toda clase de tesoros sobrenaturales: su doctrina, sus abatimientos, sus fatigas, sus méritos, sus dolores, su sangre, todo nos pertenecía dentro de una religión divinamente constituída. Reconciliados el cielo y la tierra con su muerte, y restituído el género humano a la familiaridad de Dios ¿a qué más podríamos aspirar?

Nunca podrá el hombre escrutar los designios del Supremo Hacedor, y menos le está permitido señalar límites a su poderío o a los desbordamientos de su infinito amor. Las palabras con que en la tarde de su última cena contuvo el Señor el brioso temperamento de su apóstol: *Quod ego facio tu nescis modo*, tienen una actualidad perpetua. Lo que yo hago, tú no lo sabes todavía; lo



M. R. P. FRAY TOMAS LUQUE PORCEL DE PERALTA.

Predicador General y Prior Provincial de la Orden de Predicadores en la Provincia Bonaerense de San Agustín de la América Meridional. Iniciador del Primer Congreso Nacional Terciario Dominicano y Presidente de la Comisión Ejecutiva Central.

sabrás después. Tal es siempre la situación del hombre frente al pensamiento divino.

Era necesario enseñar a los hombres que el amor, el verdadero amor, no vive sino de sacrificios, y nada mejor que elevar ante sus ojos en un sacrificio perenne y sin cesar repetido, la víctima por todos ellos sacrificada en la cruz, inmolándose día por día hasta la consumación de los siglos.

Muy luego supieron los discípulos lo que hacía su Maestro, cuando presenciaron el último exceso de amor a que todo un Dios pudiera llegar en gracia de sus criaturas; cuando sintieron a ese mismo Dios hecho el sustento de sus almas; cuando entendieron el misterio del anonadamiento de la divinidad por la exaltación de la humanidad hasta la participación de la vida de Dios; cuando, alimentados con la carne y la sangre del Hijo del Hombre, penetraron en el real y profundo sentido de esta verdad que bien pronto sería el mejor patrimonio del mundo: Dios se hizo hombre para que el hombre se hiciese Dios, y en el modo de tanta maravilla por esta otra: *Yo soy el pan vivo bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá eternamente.*

El Doctor Angélico Santo Tomás nos ha enseñado que el amor de Dios es una necesidad humana, porque hay en nuestra naturaleza todo lo necesario para amar a Dios sobre todas las cosas, esto es, una admirable semejanza y conveniencia con el Ser divino, una necesidad profunda y una aspiración prepotente hacia el Sumo Bien, que responde a la necesaria inclinación del Sumo Bien a difundirse soberanamente. ¿Cuál deberá ser el apremio de esa necesidad y la exaltación de nuestros deseos, de nuestro amor en presencia de los anonadamientos Eucarísticos y en la participación del Augusto Sacramento de nuestros altares, donde la semejanza se troca en identificación, la conveniencia en efusión y el deseo en posesión, al punto de qué por la recepción del cuerpo de Cristo la creatura viva la propia vida del Creador? Es el mismo Jesucristo Dios quien nos ha dicho: *Qui manducat me, et ipse vivit propter me.*

Correspondamos todos y cada uno a tamaña dignación, magnificando en una apoteosis que por la cooperación unánime resulte insuperable al Misterio por excelencia de nuestra fe. También es Santo Tomás, el prodigioso cantor de la adorable Eucaristía, el que nos enseña a no poner límites a las exteriorizaciones de nuestra adoración y amor, cuando dice: "Alma, alma cristiana a todo cuanto sepas en materia de alabanzas al Santísimo Sacramento, a tanto

atrévete, que no alcanzarás nunca lo bastante, que el Augusto Sacramento superará siempre toda loa y toda alabanza”.

Bajo los mejores auspicios, con augustas y multitudinarias asambleas, nuestro país ha prologado ya el XXXII Congreso Eucarístico Internacional, fijado para el próximo mes de Octubre y que se realizará en la metrópoli argentina.

De las proporciones que haya de alcanzar aquel solemne y público homenaje de acatamiento, adoración y amor a la Santa Eucaristía, son un presagio elocuente los actos realizados ya en provincias: en Tucumán, en Santa Fe, en Córdoba, donde las diversas ceremonias efectuadas, por su suntuosidad, concurso de fieles y trascendente piedad han dejado imperecedero recuerdo después de haber edificado a la nación entera, en una como revelación muy sugerente por cierto, de la hondura de su propia fe. Como que nunca cual en ellas se le ofreció el espectáculo de tan ingente multitud de almas unidas en un solo e idéntico entusiasmo adoratriz.

Ochenta mil, cien mil, ciento cuarenta mil almas congregadas bajo la claridad del mismo cielo, que simultáneamente se prosternan delante del pequeñísimo viril que sirve de morada a la inconmensurable majestad de Dios; diez y ocho mil niños que en una sola jornada reciben en sus pechos inmaculados por la inocencia y por la gracia al divino huésped del amor, reproduciendo en los prados urbanos de la más céntrica de las capitales argentinas la escena jubilosa del arrebato del pan milagroso del desierto, en su avidéz por saciarse del Pan de los Fuertes, del Pan de los Angeles, del Divino Pan, dicen bien alto lo que estamos en vísperas de presenciar y lo que será la emoción de aquellos ansiados días.

Cuando bajo la diafanidad del cielo argentino, avvicinado a él por el no menos diáfano bicolor blanco y celeste del pabellón de la patria; cuando respaldado por el áureo sol de nuestra bandera, constelado de preciosa inestimable pedrería se alce el sol de la sagrada Custodia soportando la leve gravitación física de la Hostia albísima, esplendorosa y bendiciente, no sólo la opulenta Buenos Aires, las catorce provincias y las diez gobernaciones argentinas con ella sino todas las naciones que al amparo de la cruz un día nacieron a la vida de la civilización y a la gloria de la catolicidad, serán las que se alumbren de celestial regocijo. Esclarecidas embajadas vendrán a decir a los hijos de estas tierras el fraterno mensaje de la verdadera solidaridad espiritual y del amor cristiano. Ni faltarán almas que impedidas de formar en la larga caravana de los pere-

grinos y deseosas de unirse en espíritu con ellos y con nosotros, desde todos los continentes del mundo, siguiendo con la mirada rutas astrales, anhelosamente tratarán de precisar mediante la esplendorosa cruz de estrellas de nuestras constelaciones el lugar afortunado de la nueva Epifanía para adorar al Señor.

Por nuestro honor, siguiendo el consejo de San Pablo, emulemos entre todos los mejores carismas al honrar los abatimientos del Hijo de Dios, ofreciéndole los más escogidos presentes de toda virtud. Así lo requiere hasta el puesto de avanzada que, se lo quiera o no reconocer, siempre nos concierne en los triunfos históricos de la Santa Eucaristía.

Fué nuestra Orden siempre por excelencia eucarística. Dícelo la vida de todos sus santos y dícenlo las maravillas con que el Señor quiso hacerlos preclaros precisamente desde su tabernáculo; ella, la primera en tiempos de angustia para la piedad y de deplorable abandono de la más fundamental de las devociones, la del Santísimo Sacramento, reinició su florecimiento e intensamente promovió el culto de excelencia que le es debido; ella fundó en Santa María de la Minerva de Roma, la primera verdadera Cofradía en su honor, la que, de inmediato aprobada por el Pontífice Paulo III y rápidamente difundida por todas partes en la primera mitad del siglo XVI, constituyó el primer baluarte de resistencia opuesto a los sacrílegos embates del protestantismo prepotente y asolador; ella fué la que, después de haberle deparado su Doctor insuperable con Santo Tomás, *idea factus Ordinis*, cantó las glorias del Augustísimo Sacramento del Altar en ese poema, por la piedad, por la profundidad de conceptos y la inspiración de sus ritmos, el más inefable que se haya oído y que es su Oficio litúrgico; florescencia de su espíritu fué en el alma de San Antonio María Zacarías la práctica hoy universal en la Iglesia, de la adoración tridual o de las "cuarenta horas".

Toda alma dominicana, sea cual fuere su posición en la jerarquía del apostolado católico — a la que por ser tal, de hecho pertenece — ha de sentirse heraldo del Rey Eucarístico, propulsor de vanguardia del éxito del magno homenaje que se le prepara, e integérrimo ineludible apóstol de su soberanía social. De lo contrario no estaríamos a la altura de nuestras tradiciones, de nuestro deber y tampoco de esta hora, que presentimos de honda renovación espiritual, nacional y humana, que toda vez que Dios nunca se deja superar en generosidad, la sabemos de intensa penetración en

el alma de las multitudes del elemento divino que a la humanidad salva y redime: la gracia por la Fe.

Este será el verdadero y óptimo fruto del Congreso Eucarístico. ¡Quiéralo Dios!

* * *

Entremos ya en la intimidad de nuestro gozo familiar, al recuerdo del hecho para todos sobremanera fausto del séptimo centenario de la *Bula Fons Sapientiae*, por la que, con fecha 3 de Julio de 1234, a sólo doce años del precioso tránsito del glorioso Patriarca Domingo de Guzmán, el Pontífice Gregorio IX lo elevaba al honor de los altares, y que asimismo se cumplirá en el presente año.

Desde luego, que nuestra Orden no estará sola en los solemnes homenajes que con tal motivo se le han de tributar en el mundo entero; sin embargo, se comprende que en presencia de un acontecimiento de tanta magnitud y que especialmente les atañe, la alegría en el corazón de sus hijos y los sentimientos de gratitud para con Dios en ellos sobrepasen el común regocijo del pueblo católico, para traducirse también más vivamente en las tiernas efusiones de su devoción y de sus afectos.

Está fuera de toda duda que no sólo dentro del grandioso marco del siglo XIII, siglo de recias personalidades, de grandes santos y de estupendas hazañas, sino del de todos los que le han sucedido, Santo Domingo sobresale como una de las más grandes y radiosas figuras de que justamente enorgullecerse puede el orbe cristiano, y que, como el Dante lo cantara, y cada vez que la oportunidad se ofrece la historia y la Iglesia lo ratifican, fué el gran campeón de la restauración social y religiosa de la Edad Media. Así y todo, nunca puede ser considerado como el mero representante, bien que distinguido, de una época, así sea la más brillante, la más magnífica por la heroicidad y trascendencia de las empresas cumplidas; como un personaje circunstancial, producto de su medio, que culmina en él y pasa del escenario a la historia soberbiamente realizada una misión aunque providencial, transitoria.

Una estrella misteriosa y simbólica resplandeció sobre la frente de Santo Domingo recién nacido; antes de que esto sucediera, una visión sabiamente interpretada por un gran santo, lo reveló a su madre, también santa, bajo la forma de un vigoroso lebrél que, llevando en la boca una antorcha, alumbraba el mundo a la vez que lo inflamaba en el fuego de la divina Caridad.

A estos celestiales vaticinios y muchos otros más, todos ellos singularmente expresivos y llenos de un sentido sorprendente de universalidad, respondieron con maravillosa exactitud los acontecimientos; las circunstancias mismas que, estimulando su acción y el ardor de su celo, pusieron a prueba su eminente santidad, por encima del heroísmo de todas sus virtudes, evidenciaron la soberana amplitud y lo permanente de la misión de que apareció investido.

Nadie como él alcanzó de inmediato y más espléndido el testimonio de sus contemporáneos, librando al juicio de la posteridad sólo el ratificarlo profusamente. Cuando por sí mismo avienta aún sobre los confines del mundo la semilla divina de la verdad evangélica, Inocencio III impone a la Orden que el gran Taumaturgo acaba de fundar, un nombre por demás sugerente: *Fratrum Praedicatorum*; Honorio III al confirmarla, por doble Bula, hecho también inusitado en la historia, al dirigirle la primera, cuyo contenido es tan breve, parece haber sido el único pensamiento del Pontífice el consignar estas proféticas palabras: . . . *los hermanos de tu Orden serán campeones de la fe y verdaderas lumbreras del mundo*; Gregorio IX establece un significativo paralelo entre su santidad y la de los apóstoles Pedro y Pablo, y saluda en los menores de sus hijos a los "nuevos Macabeos" revividos en los soldados de Jesucristo: *Míletes Christi qui Macabeos in vos reviviscere fasciti*; (1) y el Altísimo Poeta, el del poema divino, en un solo golpe magistral de su estro, acabadamente esculpe los trazos singulares que definen toda la misión y todo el hombre. Santo Domingo fué:

. . . *l'amoso Drudo
della Fede cristiana, il santo Atleta
benigno ai suoi, ed ai nimici crudo.* (2).

Y el poeta en el arrebató de su inspiración soberana no fué más lejos que el siempre grave y ponderado juicio de la Iglesia, quien lo llamara clarín del Evangelio, antorcha de Jesucristo, columna de la Fe.

Es doctrina del Apóstol, que la Fe es el principio, la raíz y el origen de toda justificación, porque de ella proviene el valor y toda la eficacia de las buenas obras merecedoras de la vida eterna, como asimismo que el justo vive de la fe, en lo que consiste la santidad.

(1) Constitución Egrediens de 22 de Diciembre de 1927.

(2) Dante, II Paradiso XII, 55-60.

Desde este punto de vista encaró Santo Domingo el fiel cumplimiento de la misión a que se sintió llamado, y, abarcando todas las formas de la caridad, fincó su pensamiento en el más amplio apostolado de la verdad, que es entre todas la más elevada y la más necesaria. Amante apasionado de la fe cristiana, y en ella desposado con la verdad absoluta, su ensueño no pudo ser otro que el de verla por todas partes exaltada y saberla en todos los tiempos heroicamente defendida. Misionero por excelencia, hizo admirar al mundo en su propia persona toda la abnegación y caridad que informa el valor de esos ignorados maestros espirituales de los pueblos, que deambulan en todas direcciones la tierra, de que él creó las primeras y más brillantes legiones, y desde las que induídos de las más excelsas virtudes pasaron a constelar el cielo de los santos.

La suprema miseria del mundo es la de las almas sumidas en la ignorancia, que naufragan en el error o viven a la sombra del sofisma. Alumbrarlas por la ciencia y redimirlas para la fe es la misión especial y permanente del santo Patriarca de los Predicadores, a quien dijérase que Dios reservó las promesas y bendiciones por las que un día constituyó a Abraham en padre de los creyentes. En efecto, todo en la vida y en la posteridad del santo Atleta dice de la singularidad de este destino. El mismo entrañable amor a la verdad, la misma obsecuencia absoluta de su espíritu a la fe, determinantes de su incontrastable adhesión a la Iglesia, su depositaria e infalible maestra, la misma pasión por la ciencia, el mismo celo y la misma desenvuelta valentía, aislada o solidariamente lo atestiguan en forma perdurable; como que a sus hijos legó Santo Domingo el imperativo supremo de servir a la fe a costa de todos los renunciamientos, de valerse de la ciencia para mejor exaltarla y de eternizar sus triunfos rindiéndole en holocausto la vida.

Hasta el hecho común en la vida de la Iglesia, de que los grandes enviados de Dios se sobrevivan en una larga familia religiosa para llenar en ella propósitos divinos de cooperación y auxilio, parece no comprender a la particular misión del Restaurador del apostolado que es la de repartir a las almas sedientas de luz el pan de la verdad y de inexpugnable baluarte de la fe. Por eso ninguno de ellos, a pesar de responder admirablemente a situaciones y necesidades nuevas de la cristiana grey, ha logrado substituirlo y ni siquiera ensombrecerlo en tal fisonomía y carácter.

Y basta a nuestro propósito. Al dirigirnos a todos los miembros de la triple familia de Santo Domingo en los términos de nuestra

amada Provincia, donde los hay de tan diversa jerarquía, estado y condición, sólo hemos querido puntualizar la característica que debe distinguirlos dentro de la selecta y vasta comunidad cristiana, a la vez que pone un como sello de autenticidad a su filiación dominicana. Esta no es otra que la que dejamos apuntada como inconfundible y propia de su Padre y Fundador, a quien ni ahora ni nunca podemos tributar un homenaje más grato, más digno de él y más honroso que el testimonio de su propio espíritu viviente y activo en nosotros.

Dominicano y apóstol en el genuino significado de esta última palabra, son sinónimos. Ser apóstol supone mucho más que poseer la verdad, rendirle culto y aún comunicarla: entraña como consecuencia de la perfecta caridad para con Dios el amor universal y también perfecto de todos los hombres de Dios; importa, además de una misión divina, la más generosa inmolación del ser humano al bien supremo de las almas mediante un apostolado integral.

Es indiscutible que no sólo la predicación verbal del Evangelio es apostolado. Toda verdad que se difunde, todo bien que se manifiesta y comunica, toda obra buena que ejemplariza, todo estímulo que llega al alma, todo reproche que sacude saludablemente el corazón, toda justicia que se impone, todo llamamiento, así sea inarticulado, a la conciencia adormida, toda bondad que se prodiga, todo derecho que se sacrifica, todo deber que se cumple, toda piedad que se abnega, todo perdón que redime y levanta, toda caridad que iguala, toda misericordia que se inclina, todo perdón que no humilla, todo eso es evangelio que se anuncia; todo eso es luz que resplandece; todo eso es verdad que al Padre celestial glorifica. *Brille vuestra luz delante de los hombres para que glorifiquen al Padre que está en los cielos.*

Con ello señalamos la amplitud del horizonte que cada uno de los hijos del gran Patriarca de Guzmán tiene abierto delante de sí; y dicho se está que al igual del que esparce la palabra de Dios, del que por la contemplación extrae de los misterios divinos el jugo de la celestial sabiduría y la difunde, del que escruta los secretos de la ciencia humana y la comunica, los que ejercen funciones de dirección y gobierno, los que guardan la justicia, los que silenciosamente bregan por la virtud, los que observando en simplicidad la divina Ley, conocen y aman todas las formas del bien, cuya condición natural es ser expansivo, y lo practican, en este siglo de errores infinitos y de mundial depravación, en que el abandono de la fe y el desprecio de las nobles prácticas de la piedad han acarreado a los individuos, a la familia y a la sociedad la más horrenda crisis moral, están en

su momento culminante para el ejercicio del apostolado universal y para librar heroicamente las batallas del Señor. Como que no es otro el espíritu de Nuestro Padre Santo Domingo, de quien con toda verdad se ha dicho que, antes que la antorcha del dogma, antes que el martillo de la herejía, antes que el reflector poderoso del pensamiento católico, es el horno encendido de amor al prójimo, la síntesis de la bondad en una de sus copias más fieles del amor divino. Y también: que si hoy el Santo Patriarca viviese, conquistaría al pueblo y atraería a las clases superiores; rejuvenecería el espíritu religioso de las almas consagradas a Dios y desplegaría una propaganda tan intensa y tan vasta como manifiesto es el bien; de la organización de un sindicato pasaría a escribir un vibrante artículo de revista; de una data de ejercicios a religiosos pasaría a dictar un curso de conferencias a los obreros; después de haber escrito un libro de perfección espiritual hallaría oportuno elaborar un trabajo científico y lleno de misericordia por los derrotados de todo género, perseguiría a sangre la prepotencia falsaria e hipócrita.

* * *

No omitiremos recordaros en esta ocasión una coincidencia feliz, a saber, la del sexto centenario del dichosísimo tránsito de la bienaventurada Imelda Lambertini, en cuyo año jubilar igualmente nos hallamos. Esta admirable virgen que sólo tocó la tierra como puede tocarla un rayo de luz, de vida tan breve en ella como la de una delicada flor, ha sido considerada siempre como el Benjamín de nuestra familia religiosa, y el consecuente cariño con que en ella se ha cultivado su memoria es el de una predilección exquisita. No podía ser de otro modo: maravilla de inocencia, primor de virginidad y gracia, la privilegiada hija de los muy ilustres condes de Lambertini y Galluzzi pasó a ser la más pequeña hija de nuestro Santo Patriarca y la flor eucarística por antonomasia de su descendencia espiritual.

Plácenos ver en ello algo así como una merecida recompensa a la ferviente y delicada ternura con que el Santo amó la virtud angélica y su manantial primero, la Santa Eucaristía.

Ninguno de vosotros ignora que, por divina disposición sin duda, tiernísima criatura y hecha ya el encanto de los claustros dominicanos de Vall di Pietra, Imelda, ilustrada de superiores carismas, encendida su alma en un precoz y ardentísimo amor a Jesu-



Sr. D. SANTIAGO LEVALLE.

Hermano de la Venerable Primera Orden y H. Prior de la V. Orden Tercera de la Ciudad de Buenos Aires.

Apóstol infatigable del bien, en la labor silenciosa de las Conferencias Vicentinas, en las brías jornadas de la organización obrera como en el apostolado social de la V. Orden Tercera que hoy preside, puso en evidencia por igual su constancia, su abnegación y caridad.

cristo, particularmente en el misterio arcano del Sacramento del Altar, cuando ansiándolo con seráficos deliquios, en atención sólo a sus cortísimos años se la impedía de recibirlo en su pecho para identificarse con El, Jesucristo mismo se le entregó. Son igualmente conocidos el prodigio sin precedente, que ya en vida glorificó la virtud de la santa niña, muerta en el acto mismo de su milagrosa primera comunión, y el hecho de que su culto empezó en el momento preciso de su entrada en la inmortalidad de los santos, haciendo celeberrimo su nombre en toda la tierra. La Iglesia, que a su debido tiempo lo reconoció, a una con los milagros obrados por su intercesión, estaría a punto de discernir a la virgen Imelda los máximos honores de la solemne canonización.

Roguemos al Padre de las luces para que cuanto antes, y ojalá que en este Año Eucarístico y Dominicano, se digne manifestar la gloria de la santa niña, para que por el pronunciamiento infalible del Augusto Vicario de su Hijo Jesucristo se rinda también este homenaje a su presencia real en el Sacramento del Amor que obra tales maravillas, a la vez que el esplendor de una nueva diadema de santidad se refunde en la gloria de su dilecto siervo Santo Domingo.

* * *

A fin de que los acontecimientos que hemos recordado se conmemoren en todas nuestras casas y dignamente sean por todos celebrados con actos de homenaje, de los que ninguno se vea inhibido de participar aportando su decidida cooperación al mayor realce y brillo de los mismos, y a la común edificación espiritual, llevamos a vuestro conocimiento las resoluciones que, de acuerdo con nuestro Venerable Consejo, hemos tomado y que son:

A) Recomendar a todos nuestros Hermanos y Hermanas la más asidua contemplación del misterio de la cruz, el que, avivando en nuestra mente la razón de ser de la vida de austeridad a que Dios nos llamó y que libérrimamente hemos abrazado, nos renovará en el amor a la abnegación y al sacrificio para mayormente conformarnos con Cristo Nuestro Señor.

B) Convocar, como por las presentes convocamos, a un Congreso Nacional Terciario Dominicano, de adhesión al que con carácter internacional va a celebrarse en Roma en Marzo próximo, y que deberá efectuar sus sesiones y asambleas en el país en el orden siguiente: Del día siete al nueve de Julio inclusive en la ciudad de

Tucumán, estando todos los preparativos y los actos mismos del Congreso a cargo de las señoras y señoritas Hermanas, bajo la presidencia de su Director. Del doce al quince del mismo mes, actos, sesiones y asambleas de caballeros, en Buenos Aires, a cargo de los Hermanos de la Tercera Orden. Del cuatro al seis de Agosto, los mismos actos del Congreso, más un solemne pontifical en la ciudad de Córdoba, bajo la dirección del M. R. P. Prior de nuestro convento en dicha capital, con la cooperación de todos los Hermanos y Hermanas de la Orden. A las ceremonias del Congreso en los distintos puntos, las Hermandades Terciarias seculares de las demás ciudades deberán enviar oportunamente delegaciones lo más nutridas posible para participar en las mismas, y también trabajos basados en los temas que con anticipación les serán remitidos a su respectiva sede.

C) Urgir, como lo hacemos, a quienes corresponde, para que cuanto antes, y dentro de este Año Eucarístico, se establezca en todas nuestras iglesias de la Primera Orden en que aún no lo hubiere sido establecida, la Cofradía del Santísimo Sacramento, según está ordenado, y exhortar a nuestros Hermanos a ser los primeros en inscribirse a ella.

D) Reiterar a todos los hijos y devotos de nuestra Orden nuestras instancias para que intensifiquen sus oraciones y trabajos en favor de la causa de canonización de la Beata Imelda, virgen dominicana, celebrando con la mayor solemnidad los cultos jubilares dispuestos por el Rvmo. P. Maestro General Fr. Estanislao M. Gillet, y muy especialmente en el sentido de obtener que el XXXII Congreso Eucarístico Internacional eleve por sí al Soberano Pontífice un voto impetrando la glorificación definitiva de tan fina y amante esposa de Jesús Hostia. Hacemos presente que para la tramitación oficial de los trabajos relacionados con tal propósito, el R. P. Fr. Angel María Baldassarre, del convento de Buenos Aires, es el Promotor General nombrado por Nos.

Finalmente, en el vivo deseo de que tantos dones y beneficios acumulados, de que el Señor nos ha hecho gracia en orden a nuestra salud y espiritual alegría, acrecienten en cada uno su divino amor, el celo de su gloria y la caridad fraterna, que es vínculo de perfección, no sin encomendar a nuestros ruegos y sacrificios las obras que nos han sido encomendadas, y aun nuestra humilde persona, a fin de expresaros con la vehemencia que requiere la sinceridad de nuestro afecto, hacemos nuestras, con gran reverencia, las expresiones de San Pablo, y con él os dice el menor entre los Hermanos: "No ceso de

ANTECEDENTES

“ dar gracias por vosotros haciendo memoria de vosotros en mis oraciones, para que el Dios de N. Señor Jesucristo, el Padre de la Gracia os dé espíritu de sabiduría y de revelación por su conocimiento, iluminando los ojos de vuestro corazón, para que sepáis cuál es la esperanza de su vocación y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos”. (Ad. Eph. I, 16-18).

Dadas en nuestro Convento de Santa Catalina de Sena de la ciudad de Córdoba, a dos días del mes de Febrero. fiesta de la Purificación de Ntra. Señora, del año 1934.

Registro Fol. 116.

Fr. Tomás Luque, O. P.
PRIOR PROVINCIAL.

Fr. Angélico T. Bruhn.
PROSECRETARIO.



Sta. Da. GREGORIA LERDOU.

Hermana de la Venerable Primera Orden y H. Priora de la V. Orden Tercera de la Ciudad de Buenos Aires.

Ejemplar de claras virtudes, desde hace cinco lustros con singular prudencia rige los destinos de su Hermandad tan amada, captándose la veneración y el cariño de sus subordinadas.

ADHESION DEL PERIODISMO

BUENOS AIRES

“LA NACION”

30 de Abril de 1934.

EL CONGRESO NACIONAL DE LA TERCERA ORDEN DOMINICANA

DURANTE el transcurso del mes de Julio próximo, la Tercera Orden Dominicana celebrará un Congreso Nacional en el que se reunirán representantes de las congregaciones esparcidas por el territorio del país. Al fundamentar esta resolución, el R. P. Provincial de la Orden, fray Tomás Luque, O. P., recuerda la coincidencia de que en este año, proclamado Año Santo por el Pontífice, y en que se llevará a cabo en Buenos Aires un Congreso Eucarístico Internacional, cúmplase el séptimo centenario de la canonización de Santo Domingo de Guzmán, fundador de la Orden, así como el sexto centenario de la bienaventurada Imelda Lambertini, también dominicana. Con ese motivo, y en carácter de preparación para el Congreso Eucarístico del mes de Octubre, celebrará esta reunión de miembros de la Tercera Orden, la que se realizará en tres etapas, efectuando sus sesiones y asambleas del día 7 al 9 de Julio en la ciudad de Tucumán, del 12 al 15 del mismo mes en Buenos Aires, y del 4 al 6 de Agosto en Córdoba. Las reuniones de Tucumán estarán destinadas a las señoras y señoritas de la Orden Tercera, y las de Buenos Aires a los caballeros, mientras que los actos de Córdoba reunirán a los hermanos y hermanas, debiendo celebrarse en esa oportunidad un solemne pontifical.

En las asambleas que tengan lugar en Buenos Aires se desarro-

llarán los temas siguientes por oradores que designarán en su oportunidad las autoridades de la Orden:

- 1° La Orden Tercera en el pensamiento de Santo Domingo. Su naturaleza y su fin.
- 2° Espíritu y característica del verdadero Terciario dominicano.
- 3° Desarrollo de la Venerable Orden Tercera en el mundo e influencia moral de la misma.
- 4° La Orden Tercera Dominicana en la Argentina.
- 5° La Venerable Orden Tercera ante los problemas sociales contemporáneos.
- 6° La Orden Tercera y la enseñanza religiosa.
- 7° El apostolado tradicional de la Tercera Orden dominicana y la Acción Católica.
- 8° Orientaciones y medios de lucha del Terciario en los tiempos presentes.
- 9° Técnica del régimen interno de la Orden Tercera en relación a la Primera Orden.
- 10° La Venerable Orden Tercera y la formación del carácter y de la verdadera piedad en la juventud.
- 11° La Venerable Orden Tercera benemérita de la Iglesia.

Estos temas han sido asignados en el orden siguiente:

- TEMA I: *Representante de Buenos Aires.*
- TEMA II: *Delegado de S. del Estero.*
- TEMA III: *Delegado de San Luis.*
- TEMA IV: *Libre.*
- TEMA V: *Delegado por Córdoba.*
- TEMA VI: *Delegado por Córdoba.*
- TEMA VII: *Delegado por Tucumán.*
- TEMA VIII: *Delegado por Rosario.*
- TEMA IX: *Delegado por Santa Fe.*
- TEMA X: *Representante de Buenos Aires.*
- TEMA XI: *Delegado por San Juan.*

En las sesiones de Tucumán y de Córdoba se estudiarán temas análogos, siempre referentes a la tradición de la Tercera Orden y su situación ante los problemas actuales.

“ L A P R E N S A ”

31 de Mayo de 1934.

PRIMERA ASAMBLEA DOMINICA DE ADHESION AL CONGRESO
EUCARISTICO INTERNACIONAL

Entre los actos de adhesión al próximo Congreso Eucarístico Internacional, cabe mencionar especialmente los que llevará a efecto una comisión designada, con ese propósito, por el provincial fray Tomás Luque, en conmemoración al séptimo centenario de la canonización de Santo Domingo de Guzmán.

La comisión aludida se halla compuesta por las siguientes personas: Santiago Levalle, Carlos A. Mansilla, José de Garay, Guillermo Gallardo, Angel E. Ibarra García, Héctor A. Coll Villatte y Mariano A. Orgeira.

El congreso Terciario dominicano celébrase como jornada preparatoria al Congreso Eucarístico, debiendo realizarse en tres etapas, en los días 7 a 9 de Julio en la ciudad de Tucumán, del 12 al 15 del mismo mes en esta capital y del 4 al 6 de Agosto en la ciudad de Córdoba, con asistencia de delegados de las 14 provincias. A este fin, se oficiarán misas pontificales; asambleas públicas y privadas con disertaciones cuyos temas ya se tienen repartidos a calificados caballeros; coros gregorianos; entronización de la imagen del santo patrono en los asilos que atiende la hermandad, y otros diversos números que se encuentran a estudio de la nombrada comisión.

Los coros gregorianos estarán dirigidos por los religiosos salesianos, así como por las señoras María Eugenia Quintana de Uriburu, María Teresa Berro de García Juanicó, Carlota Llerena de Barilari, señoritas de Carranza y otras damas que han prometido su cooperación.

Entre los disertantes figurarán monseñor Miguel de Andrea, monseñor Dionisio R. Napal, Carlos A. Mansilla, mayor Jesús Navarro, Mario Gorostazu, Guillermo Gallardo, Angel Basso, R. del Río Allende y M. Acevedo de Daract.

En breve se publicarán los temas de las conferencias a escucharse en las asambleas que se realizarán en el salón de actos públicos del colegio La Salle, los números de canto y de música, la lista de delegados a las tres provincias mencionadas y los demás actos del programa a cumplirse.

“EL MUNDO”

16 de junio de 1934.

SERA CELEBRADO EL 7º CENTENARIO DE LA CANONIZACION
DE SANTO DOMINGO

Prosiguen activamente los preparativos del programa con que se celebrará en Tucumán, Buenos Aires y Córdoba, en la primera quincena de los meses de Julio y Agosto próximos, el séptimo centenario de la canonización de Santo Domingo, jornada preparatoria al XXXII Congreso Eucarístico Internacional.

La comisión ejecutiva de caballeros, que preside el R. P. provincial fray Tomás Luque, reúne diariamente, de 17 a 20 horas, en la sala de la Tercera Orden Dominicana, establecida en la iglesia convento de esta capital, en igual forma que en las de Tucumán y Córdoba, a los efectos de llevar a término la organización de los actos a cumplirse.

En la próxima semana quedará listo dicho programa, para su impresión y reparto, así como la comisión de honor, que será presidida por el nuncio apostólico, Mons. Cortesi, y el arzobispo, Mons. Santiago Copello.

Entre la numerosa correspondencia recibida por la comisión figura la providencia del Excmo. señor arzobispo, Mons. Dr. Santiago Copello, y las siguientes adhesiones:

Mons. Dr. Francisco Alberti, obispo de La Plata; Mons. Dr. Daniel Figueroa, presidente de la Comisión del Congreso Eucarístico Internacional; Mons. Dr. Audino Rodríguez y Olmos, obispo de Santiago del Estero; Mons. Dr. Nicolás Fasolino, obispo de Santa Fe; Mons. Dr. Rafael Canale Oberti, obispo titular de Arindela; Mons. Dr. Miguel de Andrea, obispo titular de Temnos; Mons. Dr. Agustín Barrère, obispo de Tucumán; Mons. Dr. Fermín E. Lafitte, obispo de Córdoba; Mons. Dr. Julián P. Martínez, obispo de Entre Ríos; Fray Luis A. Costoya, vicario capitular del Obispado de Caturamarca; Mons. Dr. B. Piedrabuena, obispo titular de Callinico; Mons. Dr. Leopoldo Buteler, obispo auxiliar de Córdoba.

“EL PUEBLO”

16 de Junio de 1934.

PREPARASE LA CONMEMORACION DEL SEPTIMO CENTENARIO
DE LA CANONIZACION DE SANTO DOMINGO DE GUZMAN

Con intenso entusiasmo vienen realizándose los preparativos del vasto programa a celebrarse en la primera quincena de los meses de julio y agosto próximos en Tucumán, Buenos Aires y Córdoba, conmemorando el séptimo centenario de la canonización de Santo Domingo de Guzmán, fundador y patrono de la Orden de Predicadores, y como jornada preparatoria al XXXII Congreso Eucarístico Internacional.

La comisión ejecutiva de caballeros, cuya lista de nombres ya hemos publicado y que preside el M. R. P. provincial fray Tomás Luque, O. P., reúne diariamente de 17 a 20, en la sala de la Tercera Orden Dominicana establecida en la iglesia convento de esta capital y en igual forma en las de Tucumán y Córdoba, a los efectos de llevar a feliz término las solemnidades a cumplirse con todo brillo.

Del interior se reciben informaciones diarias haciendo saber que reina gran expectativa en los mejores círculos y que los preparativos de viaje de los delegados designados para representar a las provincias en las tres etapas del Congreso continúa efectuándose bajo los mejores auspicios.

En la próxima semana quedará listo el programa para su impresión y reparto, así como la comisión de honor que será presidida por el excelentísimo nuncio apostólico monseñor Cortesi y el excelentísimo Sr. arzobispo monseñor Dr. Santiago Copello.

Entre la numerosa correspondencia recibida en estos últimos días, figura la providencia del Excmo. Sr. Arzobispo Mons. Dr. Santiago Copello y las adhesiones de S. E. R. monseñor Dr. Francisco Alberti, obispo de La Plata; monseñor Dr. Daniel Figueroa, presidente de la comisión del Congreso Eucarístico Internacional; S. E. R. Mons. Dr. Audino Rodríguez y Olmos, obispo de Santiago del Estero; S. E. R. Mons. Dr. Nicolás Fasolino, obispo de Santa Fe; Mons. Dr. Rafael Canale Oberti, obispo titular de Arindela; S. E. R. Mons. Dr. Miguel de Andrea, obispo titular de Temnos; Mons. Dr. Agustín Barrère, obispo de Tucumán, S. E. R.

Mons. Dr. Fermín E. Lafitte, obispo de Córdoba; S. E. R. Mons. Dr. Julián P. Martínez, obispo de Entre Ríos; fray Luis A. Costoya, vicario capitular del obispado de Catamarca; S. E. R. Mons. Dr. B. Piedrabuena, obispo titular de Callinico; S. E. R. Mons. Dr. Leopoldo Buteler, obispo auxiliar de Córdoba.

× × ×

“ L A R A Z O N ”

17 de Junio de 1934.

SE HACEN PREPARATIVOS PARA EL C. DE TERCARIOS
DOMINICANOS

Con gran actividad se vienen realizando diversos preparativos para dar cumplimiento al vasto programa que se cumplirá en las primeras quincenas de los meses de Julio y Agosto próximos en Buenos Aires, Tucumán y Córdoba, a fin de conmemorar el séptimo centenario de la canonización de Santo Domingo de Guzmán, fundador y patrono de la Orden de Predicadores, y como jornada preparatoria del XXXII Congreso Eucarístico Internacional, cuyas ceremonias y asambleas se verificarán en nuestra ciudad en el mes de Octubre.

La comisión ejecutiva de caballeros que preside el R. P. fray Tomás Luque, se reúne diariamente en la sala de la Tercera Orden Dominicana, establecida en la iglesia convento de esta capital, con objeto de llevar a buen término las solemnidades a cumplirse en las fechas indicadas.

× × ×

“ L A N A C I O N ”

18 de Junio de 1934.

CONGRESO NACIONAL DOMINICANO

Están realizándose los preparativos del programa de actos a efectuarse en la primera quincena de Julio y Agosto en Tucumán, Buenos Aires y Córdoba, celebrando el séptimo centenario de la

canonización de Santo Domingo de Guzmán, fundador y patrono de la Orden de Predicadores, y como jornada preparatoria al Congreso Eucarístico Internacional.

La comisión ejecutiva de caballeros, cuya lista de nombres ya hemos publicado y que preside el R. P. provincial fray Tomás Luque, reúne diariamente de 17 a 20 en la sala de la Tercera Orden Dominicana en la iglesia convento de esta capital y en igual forma que en las de Tucumán y Córdoba, a los efectos de llevar a término las solemnidades a cumplirse.

Del interior se reciben informaciones haciendo saber que reina expectativa para este congreso y que los preparativos de viaje de los delegados designados para representar a las provincias en las tres etapas de la asamblea continúa efectuándose bajo los mejores auspicios.

En la actual semana quedará determinado el programa del congreso y nombrada la comisión de honor, que será presidida por el nuncio apostólico, Monseñor Cortesi, y por el arzobispo de Buenos Aires, Monseñor Dr. Santiago Copello.

× × ×

“ LA P R E N S A ”

18 de Junio de 1934.

CONGRESO NACIONAL DE TERCARIOS DOMINICANOS
EN ADHESION AL CONGRESO

Se activan los preparativos iniciados en preparación a los actos conmemorativos del séptimo centenario de la canonización de Santo Domingo de Guzmán, fundador y patrono de la Orden de Predicadores y como jornada preparatoria al XXXII Congreso Eucarístico Internacional.

La comisión ejecutiva de caballeros que preside el R. P. provincial fray Tomás Luque, se reúne diariamente de 17 a 20 en la sala de la Tercera Orden Dominicana, establecida en la iglesia convento de esta capital, a los efectos de llevar a feliz término las solemnidades a cumplirse.

TUCUMAN

“EL ORDEN”

26 de Junio de 1934.

VENERABLE ORDEN TERCERA DE SANTO DOMINGO
CONGRESO NACIONAL EN TUCUMAN, CORDOBA Y BUENOS AIRES

Por disposición del M. R. P. Prov. Dr. Tomás Luque y su V. Consejo de Provincia ha sido resuelto celebrar en nuestra República un Congreso Nacional de Terciarios dominicos, en Tucumán, Córdoba y Buenos Aires, como un homenaje al Santo Patriarca Domingo de Guzmán, en el séptimo centenario de su canonización y de adhesión, al mismo tiempo, al Congreso Eucarístico Internacional que tendrá lugar en la Capital Federal en octubre próximo.

El Congreso comenzará el día 6 y terminará el 8 de Julio, en ésta. Seguirá luego en Buenos Aires en los días 12, 13 y 14 para terminar en Córdoba los días 3, 4 y 5 de agosto.

En ésta se ha formado la comisión organizadora en el siguiente orden: Sra. Carmela Frías de Terán, priora; Pta. Sra. Brígida A. de Paz; vocales: señoras Felisa O. de Erdman, Clorinda C. de Paz, Justiniana L. de Aráoz y secretaria Srta. Rosario Olea Núñez.

Los señores Obispos Diocesanos, Mons. Dr. Agustín Barrère y Mons. Bernabé Piedrabuena han enviado notas de adhesión y votos por el feliz éxito de dicho congreso, como también los demás obispos que constituyen el episcopado argentino.

× × ×

“LA GACETA”

26 de Junio de 1934.

VENERABLE ORDEN TERCERA DE SANTO DOMINGO

La V. O. Tercera de Santo Domingo profundamente vinculada a nuestra sociedad en lo que tiene de más significativo, desde hace más de un siglo, ya sea en clero como en las viejas y tradicionales familias tucumanas, realizará en el próximo mes de Julio un congreso de hermanas, habiendo sido confeccionado para ello un selecto programa religioso-social.



Sr. D. MARIANO A. ORGEIRA.

Terciario Dominicano desde el año 1909, y vocal del Consejo de la V. Orden Tercera de la ciudad de Buenos Aires. — Secretario General de la Comisión Ejecutiva Central del "Primer Congreso Nacional Terciario Dominicano".

El objeto de dicho congreso, es rendir homenaje al santo patriarca en el séptimo centenario de su canonización, como también en demostración de adhesión al Congreso Eucarístico Internacional a celebrarse en la Capital Federal en Octubre próximo.

Tenemos la satisfacción de haber recibido de todo el episcopado argentino la más calurosa de las adhesiones y votos por el feliz resultado de tan magna obra.

El Ilmo. Sr. Obispo diocesano Dr. Agustín Barrère, como también el Sr. Obispo auxiliar monseñor Bernabé Piedrabuena, han enviado sus notas de concepto elogioso y de amplia y completa complacencia ante el proyecto de dicho congreso, llamado a fijar en nuestra historia días clásicos y fastos, para nuestra causa cristiana.

El Congreso comenzará en ésta el día 6 de Julio y terminará el 8 del mismo. En los días 12, 13 y 14 continuará en Buenos Aires, para terminar en Córdoba en los días 3, 4 y 5 de Agosto.

La comisión organizadora en ésta, la forman las señoras: priora, Carmela Frías de Terán; Presidenta, Brígida A. de Paz. Vocales: Felisa O. de Erdman, Clorinda C. de Paz, Justiniana L. de Aráoz y secretaria, Srta. Rosario Olea Núñez.

Continuaremos dando noticias y detalles al respecto. Mientras tanto, no dudamos que nuestra cristiana sociedad, responderá con su cooperación, a fin de que el mejor de los éxitos corone esta obra.

× × ×

CORDOBA

“LOS PRINCIPIOS”

27 de Junio de 1934.

DESPIERTA INTERES EL CONGRESO DOMINICANO

Es grande el interés que viene despertando el Congreso Tercario Dominicano que la Orden Tercera de Santo Domingo realizará en esta ciudad en los primeros días del mes de agosto. Se han nombrado comisiones que recibirán las adhesiones de los hermanos y de toda persona simpatizante y también pueden hacerlo en lo de la señorita Lola Garzón, calle 27 de Abril 518; señora Ignacia Garay de Novillo Agüero, Deán Funes 345; señora Josefina R. F. de

Novillo Saravia, 27 de Abril 113, y señorita Carmen Sánchez, Rivera Indarte.

Se han adherido las siguientes personas: Lola Garzón, señora Nicéfora Vallejo de Posse, señora Josefina R. F. de Novillo Saravia, señora Ignacia Garay de Novillo Agüero, señorita Victoria Moyano Cires, Rosario Zavalía, Leonor Nieto, Blanca Loza, Dalmira Clariá Olmedo, Esther Sánchez Cires, Reginalda Argañarás, Hortensia G. de Centeno, María Herrera Machado de Ferreyra, Elvira Garzón, Malvina del Prado de Romero Matos, Angelina Deheza de Escalera, Ana María G. de Romero, Emma Sosa de Ferrer, Clota Monjan de Centeno, Pastora C. de Narvaja, Edelmira y Rosario Posse, Adeline y Carmen Sánchez, Indalecia Villada, Elvira F. de Cordeiro, Rosa Ferreyra de Henin, Angela Z. de Urrets, Lucía Montenegro, Teresa Pinto de Deheza, Eugenia Deheza de García Montaña, Eugenia Cires de Sánchez, Luisa Ahumada, Zaira Escalera de Moyano, Rosario Rusiñol Frías de Novillo Corvalán, María Casas de Jofré Flores, Dora Castellano, Ventura Torres, María de Lezama, Dominga Soria, Elisa Deheza de Martínez, Lucía Carreras Pinto, Eugenia Deheza de Aliaga y muchas más.

× × ×

BUENOS AIRES

“ EL PUEBLO ”

Junio 29 de 1934.

DESPIERTA GRAN INTERES EL CONGRESO NACIONAL DOMINICANO EN CORDOBA

Es grande el interés que viene despertando el Congreso Terciario Dominicano que la Orden Tercera de Santo Domingo realizará en esta ciudad en los primeros días del mes de agosto. Se han nombrado comisiones que recibirán las adhesiones de los hermanos y de toda persona simpatizante y, también pueden hacerlo en lo de la señorita Lola Garzón, calle 27 de Abril 518; señora Ignacia Garay de Novillo Agüero, Deán Funes 345; señora Josefina R. S. de Novillo Saravia, 27 de Abril 113; señorita Carmen Sánchez, Rivera Indarte; señorita Indalecia Villada, 27 de Abril 378.

Se han adherido las siguientes personas: Lola Garzón, señora Nicéfora Vallejo de Posse, señora Josefina R. S. de Novillo Saravia,

señora Ignacia Garay de Novillo Agüero, señorita Victoria Moyano Cires, Rosario Zavalía, Leonor Nieto, Blanca Loza, Dalmira Clariá Olmedo, Esther Sánchez Cires, Reginalda Argañarás, Hortensia G. de Centeno, María Herrero Machado de Ferreyra, Elvira Garzón, Malvina del Prado de Romero Matos, Angelina Deheza de Escalera, Ana María G. de Romero, Emma Sosa de Ferrer, Clota Moniam de Centeno, Pastora C. de Narvaja, Edelmira y Rosario Posse, Adelina y Carmen Sánchez, Indalecia Villada, Elvira S. de Cordeiro, Rosa Ferreyra de Henin, Angela Z. Urrets, Lucía Montenegro, Teresa Pinto de Deheza, Eugenia Deheza de García Montaña, Eulogia Cires de Sánchez, Lola Aliaga, Rosario C. de Savid, Luisa Ahumada, Zaira Escalera de Moyano, Rosario Rusiñol Frías de Novillo Corvalán, María Casas de Jofré Flores, Dora Castellano, Ventura Torres, María de Lezama, Dominga Soria, Elisa Deheza de Martínez, Lucía Carreras Pinto, Eugenia Deheza de Aliaga y muchas más.

× × ×

“LA PRENSA”

29 de Junio de 1934.

ASAMBLEA DOMINICANA DE ADHESION AL CONGRESO
EUCARISTICO INTERNACIONAL

Con motivo de la celebración del Primer Congreso Nacional Terciario Dominicano, que se realizará en la Argentina, activan los trabajos de organización las tres comisiones designadas al efecto en las ciudades de Tucumán, Buenos Aires y Córdoba, a fin de que dicho acontecimiento religioso en honor de Santo Domingo de Guzmán y de adhesión al próximo Congreso Eucarístico Internacional adquiera grandes proporciones.

La comisión central que se reúne todas las tardes en el convento de Santo Domingo, de esta capital, con la presidencia del Provincial, fray Tomás Luque, y que integran los señores Santiago Levalle, Mariano A. Orgeira, Héctor A. Coll Villatte, José de Garay, Angel E. Ibarra García, Guillermo Gallardo y Carlos A. Mansilla, ha terminado el vasto programa a realizarse en esta capital y aprobado

los que se efectuarán en Tucumán y Córdoba, faltando tan sólo simples detalles.

Se cuenta con la adhesión plena del clero secular y regular, asociaciones e instituciones religiosas, colegios y centros sociales y culturales, habiéndose también formado ya la comisión de honor, con la presidencia del Nuncio Apostólico y arzobispos de la Argentina y del Uruguay, completándola los nombres de los obispos diocesanos, altas autoridades de congregaciones y elementos sociales.

La primera parte de este congreso se realizará en la ciudad de Tucumán, del 6 al 10 de julio próximo, por las religiosas de la Tercera Orden Dominicana, con asistencia de las delegadas de las Hermandades de ésta y demás provincias, estando la apertura de sus asambleas y oficios a cargo del obispo diocesano, doctor Agustín Barrère, y clero tucumano.

La segunda parte se celebrará en esta capital, en los días 12 al 15 del mes de julio, con misas solemnes a grandes coros, presididas por altos dignatarios de la Iglesia, continuándose por las tardes con actos literarios y musicales en el Colegio La Salle. Tomarán parte en ellos las siguientes personas: Dionisio R. Napal, Mario Gorostarzu, Carlos A. Mansilla, María E. Quintana de Uriburu, María Teresa Berro de García Juanicó, Carlota Lerena de Barilari, María Pini de Chrestia, María Mercedes Berro, Yole Lancellotti de Gallecher, María Luisa Adámoli, María Acevedo de Daract, Jesús Navarro, Guillermo Gallardo y Mario Martínez, entre otros elementos artísticos de nuestra sociedad.

La apertura estará a cargo del Nuncio Apostólico Felipe Cortesi, como Hermano Mayor Tercero, quien también presidirá la jornada eucarística en la misa del domingo 15 a las 8.30 en la basílica del Santísimo Rosario, con ejecución de música y canto a cargo de los profesores de la Asociación Sinfónica del Teatro Colón, y de las señoras María Pini de Chrestia y Lía C. de Espinosa.

También será descubierta y bendecida una placa recordatoria que será colocada en la capilla de San Vicente Ferrer, en la misma basílica, y visitadas oficialmente las casas asilos de la Venerable Orden Tercera Dominicana.

Esta segunda parte será clausurada con una cena en honor de los Hermanos delegados, que se ofrecerá en uno de los salones del Colegio Lacordaire, calle Córdoba 3120.

La tercera parte se efectuará en la ciudad de Córdoba, en los días 3 al 7 de agosto, en cuyas ceremonias asumirá la presidencia el

obispo diocesano, Fermín E. Laffite, asistiendo como delegados por la capital los doctores Adolfo Gourdy, Héctor A. Coll Villatte y José de Garay.

× × ×

“ L A R A Z O N ”

29 de Junio de 1934.

LA PRIMERA ETAPA DEL CONGRESO DOMINICANO SE HARA
EN TUCUMAN

EL CLERO REGULAR Y SECULAR Y DIVERSAS INSTITUCIONES SE
ADHERIRAN A TODOS LOS ACTOS

Las tres comisiones ejecutivas, con asiento en las ciudades de Tucumán, Buenos Aires y Córdoba, que tienen a su cargo la organización de las ceremonias a realizarse con motivo del primer Congreso Nacional Terciario Dominicano, despliegan una intensa actividad para asegurar el éxito de las tres etapas del citado congreso.

La comisión central, que se reúne todos los días en el convento iglesia de Santo Domingo, de esta capital, bajo la presidencia del provincial fray Tomás Luque, y que integran los señores Santiago Levalle, Mariano A. Orgeira, doctor Héctor A. Coll Villatte, José de Garay, ingeniero Angel E. Ibarra García, Guillermo Gallardo y doctor Carlos A. Mansilla, ha dado término a la preparación del programa de los actos a celebrarse en esta ciudad. También aprobó los actos que se efectuarán en Tucumán y Córdoba, faltando solamente completar algunos detalles. Se cuenta con la adhesión plena del clero secular y regular, asociaciones e instituciones religiosas, colegios y centros sociales y culturales, habiéndose formado ya la comisión de honor, con la presidencia del nuncio apostólico, monseñor Cortesi, y los arzobispos de la Argentina y del Uruguay, monseñores Copello y Aragón.

LAS DIVERSAS ETAPAS

La primera etapa de este congreso tendrá efecto en la ciudad de Tucumán, del 6 al 10 de Julio próximo, por las hermanas de la Tercera Orden Dominicana, con asistencia de las delegadas de las hermandades de ésta y de las demás provincias. La apertura de

sus asambleas y oficios estará a cargo del obispo diocesano, doctor Agustín Barrère, y del clero tucumano.

La segunda etapa se celebrará en esta capital, en los días 12 al 15 del mismo mes, con misas solemnes a grandes coros, presididas por altos dignatarios de la iglesia, continuándose por las tardes con actos literarios y musicales en el Colegio La Salle, en los que tomarán parte: monseñor Dionisio R. Napal, doctores Mario Gorostarzu y Carlos A. Mansilla, señoras María E. Quintana de Uriburu, María Teresa Berro de García Juanicó, Carlota Lerena de Barilari, María Pini de Chrestia, María Mercedes Berro, Yole Lancellotti de Gallecher, María Luisa Adámoli, María Acevedo de Daract, mayor Jesús Navarro, Guillermo Gallardo, doctor Mario Martínez y otras personas.

La apertura estará a cargo del nuncio apostólico, como hermano mayor Tercero, y también presidirá la jornada eucarística en la misa del domingo 15, a las 8.30, en la basílica del Smo. Rosario, con ejecución de música y canto, a cargo de los profesores de la Asociación Sinfónica del teatro Colón, y de las señoras María Pini de Chrestia y Lía C. de Espinosa. También, será descubierta y bendecida una placa recordatoria en la capilla de San Vicente Ferrer.

La tercera etapa se realizará en la ciudad de Córdoba en los días 3 al 7 de Agosto, en cuyas ceremonias ejercerá la presidencia el obispo diocesano, doctor Fermín E. Lafitte. Como delegados de la capital asistirán los doctores Adolfo Gourdy, Héctor A. Coll y José de Garay.

× × ×

“ EL PUEBLO ”

30 de Junio de 1934.

FUE APROBADO EL PROGRAMA PARA LA CELEBRACION DEL
PRIMER CONGRESO NACIONAL TERCARIO DOMINICANO

Las comisiones ejecutivas, con asiento en las ciudades de Tucumán, Buenos Aires y Córdoba, que tienen a su cargo la preparación de las distintas ceremonias a realizarse vienen desplegando gran actividad para llevar al mejor éxito las tres etapas del Primer Congreso Nacional Terciario Dominicano.

La comisión ejecutiva central que se reúne todas las tardes en el convento iglesia de Santo Domingo, de esta capital, bajo la presidencia del R. P. provincial, fray Tomás Luque, ya ha dado término a todo el vasto programa de las ceremonias, aprobando asimismo las que se realizarán en Tucumán y Córdoba.

Se cuenta con la adhesión del clero secular y regular, asociaciones e instituciones religiosas, colegios y centros sociales y culturales, habiéndose ya formado la comisión de honor con la presidencia del Excmo. y Rvmo. Nuncio Apostólico, doctor Felipe Cortesi, y la de los Excmos. y Rvmos. señores arzobispos de Buenos Aires, doctor Santiago L. Copello, y del Uruguay, Dr. Juan F. Aragoné, completándose con los nombres de los Excmos. señores obispos diocesanos, altas autoridades de distintas congregaciones y calificados elementos sociales.

× × ×

“LA FRONDA”

30 de Junio de 1934.

SE CELEBRARA EL PRIMER CONGRESO NACIONAL TERCARIO
DOMINICANO

Las tres comisiones ejecutivas, con asiento en las ciudades de Tucumán, Buenos Aires y Córdoba, que tienen a su cargo la preparación de las distintas ceremonias a realizarse, y que como se ha venido anunciando se llevarán a cabo en las ciudades nombradas, despliegan gran actividad a fin de dar término a sus tareas y llevar al mejor éxito las tres etapas del “Primer Congreso Nacional Terciario Dominicano”.

La comisión central que se reúne todas las tardes en el convento Iglesia de Santo Domingo, de esta capital, bajo la presidencia del M. R. P. Provincial Fray Tomás Luque y que integran los señores Santiago Levalle, Mariano A. Orgeira, doctor Héctor A. Coll Villatte, José de Garay, Ing. Ángel E. Ibarra García, Guillermo Gallardo y doctor Carlos A. Mansilla, ha terminado el vasto programa a realizarse en esta capital, y aprobados los que se realizarán en Tucumán y en Córdoba, faltando tan sólo simples detalles para que se obtenga el mayor esplendor como homenaje al fundador y

padre de la Orden Dominicana Santo Domingo de Guzmán y como jornada preparatoria al XXXII Congreso Eucarístico Internacional.

Por las hermosas proporciones que asumirán y tendrán estas fiestas, puede asegurarse que marcarán el comienzo de las brillantes y grandes solemnidades a proseguirse en octubre próximo al inaugurarse las asambleas del Congreso Eucarístico Internacional.

Se cuenta con la adhesión plena del Clero Secular y Regular, asociaciones e instituciones religiosas, colegios y centros sociales y culturales, habiéndose también formado ya la comisión de honor con la presidencia de los Excmos. y Rmos. señores el nuncio apostólico doctor Felipe Cortesi y los arzobispos de la Argentina y del Uruguay, doctores Santiago L. Copello y Juan F. Aragone, completándola los nombres de los Ilmos. obispos diocesanos, altas autoridades de congregaciones y calificados elementos sociales.

La primera etapa de este Congreso, se realizará en la ciudad de Tucumán del día 6 al 10 de julio próximo, por las Hermanas de la Tercera Orden Dominicana, con asistencia de las delegadas de las Hermandades, de ésta y demás provincias, estando la apertura de sus asambleas y oficios a cargo del señor obispo diocesano doctor Agustín Barrère y clero tucumano.

La segunda etapa se celebrará en esta capital, en los días 12 y 15 del mismo mes de julio, con misas solemnes a grandes coros, presididas por altos dignatarios de la Iglesia, continuándose por las tardes con actos literarios y musicales en el colegio de La Salle, en los que tomarán parte Mons. doctor Dionisio R. Napal, doctor Mario Gorostarzu, doctor Carlos A. Mansilla, señora María E. Quintana de Uriburu, María Teresa Berro de García Juanicó, Carlota Lerena de Barilari, María Pini de Chrestia, María Mercedes Berro, Yole Lancellotti de Gallecher, María Luisa Adámoli, María Acevedo de Daract, Mayor Jesús Navarro y Mario Martínez, entre otros distinguidos elementos artísticos de nuestra mejor sociedad.

La apertura estará a cargo del Excmo. señor nuncio apostólico doctor Felipe Cortesi, como Hermano Mayor Tercero, quien también presidirá la jornada eucarística en la misa del domingo 15, a las 8.30 horas, en la Basílica del Smo. Rosario, con ejecución de gran música y canto a cargo de los profesores de la Asociación Sinfónica del Teatro Colón, de la señora María Pini de Chrestia y Lía C. de Espinosa.

También será descubierta y bendecida una magnífica placa



Sr. Dr. D. HECTOR A. COLL VILLATTE.

Secretario del Consejo Directivo de la V. Orden Tercera de la Ciudad de Buenos Aires, desde el año 1930. — Secretario de Actas de la Comisión Ejecutiva Central del Congreso.

recordatoria que será colocada en la capilla de San Vicente Ferrer, en la Basílica del Smo. Rosario y visitadas oficialmente las casas asilos de la Venerable Orden Tercera Dominicana.

Esta segunda etapa, será clausurada con una cena en honor de los Hermanos delegados que se ofrecerá en uno de los salones del Colegio Lacordaire, calle Córdoba N° 3120.

La tercera etapa, se efectuará en la ciudad de Córdoba, en los días 3 al 7 de agosto, en cuyas ceremonias asumirá la presidencia el obispo diocesano doctor Fermín E. Lafitte, asistiendo como delegados por la capital los doctores Adolfo Gourdy, Héctor A. Coll Villatte y José de Garay.

× × ×

“ LA N A C I O N ”

4 de Julio de 1934.

CONGRESO TERCARIO DOMINICANO

Las tres comisiones ejecutivas con asiento en Tucumán, Buenos Aires y Córdoba, que tienen a su cargo la preparación de las distintas ceremonias que se llevarán a cabo en las tres ciudades nombradas con motivo del Congreso Terciario Dominicano, vienen desplegando gran actividad con el fin de dar término a sus tareas.

La comisión ejecutiva central, que se reúne diariamente en el convento de Santo Domingo, bajo la presidencia del R. P. provincial fray Tomás Luque, y que la integran los señores Santiago Levalle, Mariano A. Orgeira, Héctor A. Coll Villatte, José de Garay, Guillermo Gallardo, Carlos A. Mansilla y Angel E. Ibarra García, ha dado término a todo el programa de las ceremonias.

Se cuenta con la adhesión del clero secular y regular, asociaciones e instituciones religiosas, colegios y centros sociales y culturales, habiéndose ya formado la comisión de honor con la presidencia del nuncio apostólico, monseñor Felipe Cortesi, y la de los arzobispos de Buenos Aires, monseñor Copello, y de Montevideo, Juan F. Aragone. Integran la comisión los demás obispos diocesanos, las autoridades de congregaciones y otras personas de los círculos católicos.

La primera etapa de este congreso se realizará en Tucumán, por las hermanas de la Orden Tercera Dominicana, para la cual irán delegaciones de las hermanas de esta capital y demás provincias, estando la apertura a cargo del obispo monseñor Agustín Barrère.

Estas ceremonias tendrán efecto del 6 al 10 del corriente.

La segunda etapa se celebrará en esta capital en los días 12, 13, 14 y 15 del actual. El domingo 15 será oficiada una jornada eucarística, que presidirá monseñor Felipe Cortesi, asistido por los RR. PP. de la Orden de Predicadores.

El programa musical estará a cargo de la Asociación Sinfónica de Profesores del Teatro Colón y los cánticos de Da. María Pini de Chrestia.

La tercera etapa se efectuará en Córdoba durante los días 3 a 7 de agosto, en cuyas ceremonias presidirá el obispo diocesano, monseñor Fermín E. Lafitte. Asistirán como delegados por esta capital los Sres. Adolfo Gourdy, Héctor A. Coll y José de Garay.

× × ×

‘‘LOS PRINCIPIOS’’

Córdoba, 5 de Julio de 1934.

PARTE HOY UNA DELEGACION DE SEÑORAS PARA LA CIUDAD DE TUCUMAN

Por el ferrocarril Central Argentino se ausenta hoy a la ciudad de Tucumán a las 7 y 40 horas, la delegación cordobesa que participará en las asambleas y actos religiosos del Primer Congreso Terciario Dominicano.

Preside la delegación el padre Luis Alberto Montes de Oca, prior del convento de predicadores, y la integran numerosas damas de nuestra sociedad.

El congreso se iniciará en aquella capital el 6 del corriente y dos de los delegados cordobeses usarán de la palabra en nombre de la misma.

‘ ‘ L A G A C E T A ’ ’

Tucumán, 5 de Julio de 1934.

COMIENZA HOY EL C. NACIONAL TERCIARIO DOMINICANO
A SU APERTURA OFICIARA UNA MISA MONS. PIEDRABUENA

LAS ASAMBLEAS

Mañana se inicia en esta ciudad el Primer Congreso Nacional Terciario dominicano, cuyos preparativos han estado a cargo de los padres de dicha Orden y de un núcleo calificado de caballeros, señoras y señoritas Terciarias.

Los actos a realizarse, son los siguientes:

A las 8 y 30 horas, apertura del congreso y solemne misa impetratoria oficiada por monseñor Bernabé Piedrabuena, obispo titular de Callinico y auxiliar de la diócesis de Tucumán, en el templo de Santo Domingo; a las 10 horas, asamblea pública. La Venerable Orden Tercera Dominicana, su naturaleza y su fin, por la señora Sara Meléndez de Quesada, delegada de Tucumán; a las 17 horas, asamblea pública. “La Tercera Orden dominicana en la Argentina, por la señorita María Luisa Klappenbach, delegada por la hermandad de San Juan; la venerable Orden Tercera y la Acción Católica, por la señorita Esther Sánchez Cires, delegada por Córdoba.

× × ×

‘ ‘ L A N A C I O N ’ ’

Buenos Aires, 6 de Julio de 1934.

HOY SERA COMENZADO EL PRIMER CONGRESO TERCIARIO
DOMINICANO

Tucumán, 5. — Mañana se iniciará en ésta la primera etapa del primer Congreso Nacional Terciario Dominicano. Para asistir al mismo llegaron delegaciones de esa, presidida por el provincial de la Orden, R. P. Tomás Luque Porcel de Peralta, y de Córdoba, encabezada por el prior fray Luis A. Montes de Oca, y un grupo de damas y de niñas de esa ciudad.

PRIMER CONGRESO NACIONAL TERCARIO DOMINICANO

Iniciando el congreso se oficiará una misa en la iglesia de Santo Domingo por el obispo auxiliar de la diócesis, monseñor Bernabé Piedrabuena, continuando los actos el sábado y el domingo. El martes se realizará una excursión a Villa Nougués en honor de las delegaciones al congreso.

La segunda etapa del congreso tendrá efecto en esa el 12 del actual y la tercera en Córdoba el 3 de agosto.

TRANSMISIONES REALIZADAS POR LAS BROADCASTINGS "SPLENDID" Y "BELGRANO"

Promete asumir brillantes proporciones el PRIMER CONGRESO NACIONAL TERCARIO DOMINICANO que en homenaje al VII centenario de la canonización del Patriarca Santo Domingo de Guzmán, fundador y Padre de la Orden, y como adhesión al XXXII Congreso Eucarístico Internacional se celebrará en Tucumán, Buenos Aires y Córdoba.

× × ×

Asista a las solemnidades del PRIMER CONGRESO NACIONAL TERCARIO DOMINICANO que se realizará del día 6 al 10 del corriente mes en Tucumán; del 12 al 15 próximo en esta Capital, y del 3 al 7 de agosto en Córdoba.

× × ×

El PRIMER CONGRESO NACIONAL TERCARIO DOMINICANO cuenta con la adhesión plena del Clero Secular y Regular, Congregaciones y Ordenes Religiosas, Colegios, Centros sociales y culturales, así como de todo el pueblo argentino desde sus más altas esferas.

× × ×

Concurra a las ceremonias del PRIMER CONGRESO NACIONAL TERCARIO DOMINICANO poniendo de manifiesto su adhesión a la benemérita e ilustre Hermandad y al XXXII Congreso Eucarístico Internacional.

PRIMER CONGRESO NACIONAL TERCIARIO DOMINICANO

El vasto programa que desarrollará el PRIMER CONGRESO NACIONAL TERCIARIO DOMINICANO hará conocer los motivos de su enorme prestigio en todo el mundo, y la acción católica de sus componentes.

Hágase un deber en concurrir a sus asambleas.

× × ×

No olvide que el jueves 12 próximo comenzará en esta Capital la segunda etapa del PRIMER CONGRESO NACIONAL TERCIARIO DOMINICANO y que todos los católicos deben cumplir en la gran jornada eucarística que tendrá lugar el domingo 15 a las 8.30 horas en la Basílica del Smo. Rosario (iglesia de Santo Domingo) presidida por el Excmo. Sr. Nuncio Apostólico Dr. Felipe Cortesi.

× × ×

Asista a las asambleas y a las misas del PRIMER CONGRESO NACIONAL TERCIARIO DOMINICANO que se celebrarán en la Basílica del Smo. Rosario (iglesia de Santo Domingo) y en el salón del colegio La Salle que tendrán lugar del día 12 del corriente hasta el domingo 15.

No olvide que estas ceremonias se llevarán a cabo en homenaje al VII Centenario de la canonización de Santo Domingo de Guzmán y como adhesión al XXXII Congreso Eucarístico Internacional.

× × ×

Concurra piadosamente a las misas solemnes y a las disertaciones del PRIMER CONGRESO NACIONAL TERCIARIO DOMINICANO.

× × ×

Conozca la intensa acción católica y de verdadero nacionalismo que realiza en nuestro país la Orden de Predicadores y la Orden Tercera de Santo Domingo de Guzmán, asistiendo a todas las jornadas eucarísticas y a las tres hermosas asambleas que celebrará en esta Capital el PRIMER CONGRESO NACIONAL TERCIARIO DOMINICANO.

Solicite programa e invitación para concurrir a los actos de verdadera cultura social que celebrará el PRIMER CONGRESO NACIONAL TERCIARIO DOMINICANO en las ciudades de Tucumán, Buenos Aires y Córdoba durante esta primera quincena y durante la del mes de agosto, respectivamente, en cada una de las ciudades nombradas.

× × ×

Demuestre su adhesión al PRIMER CONGRESO NACIONAL TERCIARIO DOMINICANO concurriendo puntualmente a los distintos actos que se celebrarán del jueves 12 al domingo 15 del corriente mes, tanto en la Basílica del Smo. Rosario como en el salón de actos del colegio La Salle.

PRIMERA ETAPA DEL CONGRESO

TUCUMAN

6 - 10 JULIO 1934



FACHADA DEL TEMPLO DE N. P. SANTO DOMINGO.
Tucumán. — República Argentina.

PROGRAMA DE LA PRIMERA ETAPA

TUCUMAN

VIERNES 6 DE JULIO DE 1934

EN EL TEMPLO DE SANTO DOMINGO

- 1°—*A las 8.30 hs.*: Solemne misa impetratoria oficiada por S. E. Rvma. Dr. Bernabé Piedrabuena, Obispo titular de Callinico y auxiliar de la diócesis de Tucumán.
Música sagrada, por las Srtas. Zulma Carranza, Lucía Lamoine, Gilda Gritti y María E. Gamboa.
- 2°—Himno al Santo Patriarca Domingo de Guzmán, por las alumnas del Colegio Santa Rosa de Lima.
- 3°—*A las 10 hs.*: Al Santo Patriarca, súplica: “¡Oh qué maravillosa esperanza diste!”
- 4°—Saludo de bienvenida a los congresales, por el R. P. Fray Jacinto Carrasco.
- 5°—“Largo”, Haendel, por las Srtas. Carranza, Lamoine y Gritti.
- 6°—Disertación: “La Venerable Orden Tercera y la solidaridad cristiana”, por la Srta. María Hortensia Núñez.
- 7°—“Melodie”, Massenet, por las Srtas. Lamoine, Carranza y Gritti.

SABADO 7

EN EL TEMPLO DE SANTO DOMINGO

- 1°—*A las 8.30 hs.*: Gran *jornada Eucarística* de todas las asociaciones, colegios, asilos y fieles en general, oficiada y presidida por el M. R. P. Provincial dominicano Fray Tomás Luque, O. P.

- 2°—*A las 10 hs.*: Coro y cánticos por las Srtas. Elena Heller, Lucrecia Cossio y Delia Zeiger.
- 3°—Disertación: "La Venerable Orden Tercera y la acción católica", por la Srta. Esther Sánchez Cires, delegada por Córdoba.
- 4°—Coro, por las Srtas. Heller, Zeiger y Cossio.
- 5°—Disertación: "La Orden Tercera de Santo Domingo en la Argentina", por la Srta. María Luisa Klappenbach, delegada por San Juan y Mendoza.
- 1°—*A las 16 hs.*: Solemne HORA SANTA. Disertación: "Unidad por la Fe y por la Caridad, vínculo de perfección, en la triple familia dominicana", por el Pbro. Dr. Amancio González Paz, T. D.
- 2°—Solemne bendición con S. D. Majestad.
- 1°—*A las 17 hs.*: Nocturno, Chopin, por las Srtas. Carranza y Gritti.
- 2°—Disertación: "La Sagrada Eucaristía y la Venerable Orden Tercera", por la Srta. Angelina A. Bianchi Luque, delegada por Buenos Aires.
- 3°—"Serenade", M. H. Squir, por las Srtas. Lamoine y Gritti.
- 4°—Disertación: "La Venerable Orden Tercera, su naturaleza y su fin", por la Sra. Sara Meléndez de Quesada, delegada por Monteros, Tucumán.
- 5°—Himno al Santo Patriarca.

DOMINGO 8

EN EL TEMPLO DE SANTO DOMINGO

- A las 7.30 hs.*: Jornada Eucarística para obreros y obreras.
- 1°—*A las 10 hs.*: Misa solemne en honor del Smo. Nombre, oficiada por el M. R. P. Prior Fray Jacinto Esteves.
 - 2°—Disertación: "La Orden de Predicadores, portaestandarte del Santísimo Nombre de Jesús", por el M. R. P. Prior de Córdoba Fray Luis Alberto Montes de Oca.
 - 3°—Te Deum. Coro por el Colegio de Santa Rosa de Lima.
- A las 16 hs.*: Visita a la Casa Histórica, donde se juró la Independencia Nacional, con alocución por el M. R. P. Provincial Fray Tomás Luque, O. P.

LUNES 9

EN LA BIBLIOTECA ALBERDI

A las 18 hs.: Gran velada religioso-social.

- 1°—Himno Nacional Argentino. — Himno al Patriarca Santo Domingo.
- 2°—Disertación: “La Venerable Orden Tercera y el Apostolado cristiano”, por la Srta. Clorinda Paz Colombres.
- 3°—“A la Primavera”, Grieg, por la Srta. María S. Miranda, “Seguidillas”, Albéniz.
- 4°—Disertación: “Santa Catalina de Sena y Santa Rosa de Lima, modelo de Terciarias”, por la Srta. Carmen Lavalle, delegada por Santa Fe y Rosario.
- 5°—“Voici l’instant supreme”, Schubert, canto por la Sra. Delicia D. de Matienzo.
- 6°—Disertación: “La Venerable Orden Tercera y la moralización de las costumbres”, por la Sra. Eugenia García de Aliaga, delegada por Córdoba.
- 7°—“El Cisne”, Saint Saëns, violoncello, por el Sr. Oscar Rodríguez.
- 8°—Clausura de las asambleas, por el R. P. Fray Antonio Battista.
- 9°—Marcha final.

MARTES 10

A las 16 hs.: Excursión a Villa Nogués y visita al ingenio San Pablo, ofrecida a las señoras y señoritas delegadas por la Comisión local del Congreso.

PRIMER CONGRESO NACIONAL TERCIARIO DOMINICANO

Buenos Aires, Julio 6 de 1934.

M. R. P. Fray Tomás Luque
Convento Dominicano
Tucumán

Muy Rdo. Padre:

En nombre del Comité Ejecutivo del XXXII Congreso Eucarístico Internacional tengo la satisfacción de acusar recibo del telegrama suscripto por V. R., en el que significa la adhesión del Primer Congreso Nacional Terciario Dominicano conmemorativo del séptimo centenario de la canonización del gran Patriarca Santo Domingo de Guzmán al mencionado XXXII Congreso Eucarístico Internacional.

La reafirmación que hacen los Hijos de Santo Domingo de cooperar entusiastamente a la apoteosis mundial que se prepara a la Santa Eucaristía, nos llena de verdadera e íntima satisfacción; sobre todo al enunciarse en forma solemne al inaugurarse su piadoso Congreso.

Agradecemos esa adhesión y formulamos los más sinceros votos por el éxito de las Asambleas en que se glorificará la memoria insigne del glorioso Fundador y Padre de la benemérita Orden de Predicadores.

Con tales votos saluda a V. R. y a los piadosos congresistas, suscribiéndose a sus gratas órdenes su muy atento S. S. y C.

DANIEL FIGUEROA.
Presidente.

J. M. M.

SALUDO DE BIENVENIDA A LAS CONGRESALES

LAMENTAMOS no reproducir la magnífica oración que, como saludo de bienvenida, pronunciara en el templo de Santo Domingo, el viernes 6 de Julio, el M. R. P. Fr. Jacinto Carrasco, momentos después de haberse celebrado la solemne misa impetratoria oficiada por el Excmo. y Rvmo. Sr. Obispo Dr. Bernabé Piedrabuena, titular de Callinico y auxiliar de la diócesis de Tucumán.

Cúmplenos dejar constancia que el ilustrado orador manifestó todo el valor religioso-social que significaba para la "benemérita y muy digna ciudad de San Miguel de Tucumán" la llegada de la dignísima embajada de damas Terciarias — delegadas de las Hermandades de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, San Juan, Mendoza, Santiago del Estero, Rosario y Monteros — así como cuanto representaba para las tres ramas de la Orden la realización del Congreso.

La reconocida elocuencia del M. R. P. Fr. Jacinto Carrasco, puesta de manifiesto, una vez más, al agradecer a las representantes y a la selecta cuan numerosa concurrencia la adhesión que prestaban al mayor brillo del PRIMER CONGRESO NACIONAL TERCIARIO DOMINICANO, ha dejado imborrable recuerdo en la memoria de las personas asistentes a esos actos.

“LA VENERABLE ORDEN TERCERA Y LA SOLIDARIDAD CRISTIANA”

Por la Srta. MARÍA HORTENSIA NÚÑEZ, T. D.

“Siempre que estéis juntos en mi nombre, me tendréis entre vosotros”.

EN la casa de Dios, y en nombre de Dios permitidme, amables oyentes, recuerde con mis pobres expresiones algunas verdades sagradas que sustentan este principio.

Dios haciéndose hombre dignifica la categoría humana. La ennoblece y hace a todos los hombres iguales. Equipara responsabilidades y los valores individuales son ya atributos humanos, accesibles a todos los hombres sin distinción de clases o castas. El hombre, siendo un todo, queda formando parte de otro todo. Está ligado a Dios y a sus semejantes. La creación de un ser libre y eterno establece vínculos entre el Creador y la criatura. Libre para procurar su perfeccionamiento y volver recién a su origen a Dios, conquista de lo eterno. “En El estaba la vida”. “El era la vida” y venció a la muerte.

Ante la palabra encarnada sendas desconocidas se abren a la humanidad atormentada con el inevitable final de la vida. Al pagano que no tuvo más goce que el placer intelectual y la emoción estética, ni más felicidad que la vida presente, fuerza le era vivirla alegre, plácida, bellamente...

Después de la revelación, el hombre espiritualizado, podía edificar su vida con horizonte más amplio, más luminoso, embellecido con los destellos de la esperanza cierta, del más allá, sereno, eterno, incorruptible. ¡Oh amanecer radiante cuánto más inundas de luz y de amor la gran encina!

Hombre que resistes al influjo de la ley de Jesús, deberías devolver tus atributos humanos, porque ellos son armas de ascen-

sión, y si te niegas, caerás perdido en el espacio infinito preso de tu misma impotencia, pensando quizá, "Qué duro es ser gigante".

"El que no está conmigo, está contra mí". He ahí el secreto de tu derrota. Huyes de la terminación de tu placer limitado por la ley de Dios, y caes en la tristeza infinita, en el dolor sin consuelo y sin esperanzas. La desesperación de un Renán que llora de rodillas su fe perdida. El desasosiego de un Chateaubriand, de un Victor Hugo antes de haber encontrado el refugio de la Cruz.

"Amaos los unos a los otros".

Legislador grandioso establece, una ley nueva, la ley del amor, "Amarás", dice el Señor.

Amor, recurso no alcanzado por la ciencia pagana, fué la salvación de la humanidad. Humanidad de aquel entonces compuesta de pueblos entregados a la molice y al vicio, aniquilados debido al relajamiento y a la ausencia de una fuerza moralizadora y por hordas enfurecidas que bajaban del corazón de Europa con su fuerza indomable y su crueldad invencible; pero que cedió al sólo fulgor de la ley de Jesús. El, que amor supo del oprobio, de la traición, del escarnio, de la humillación y angustias enseñó el perdón. Poder del amor divino, cuanto hace y cuanto dice, brota de su corazón. Refugio consolador: ¡Dios ama y perdona!

Amor, trama de luz, disipadora de dudas y vacilaciones, calor de vida que convierte el pensamiento en acción. En acción que es consecución de bien, posibilidad de perfeccionamiento y de un continuo acercarse al Ser Perfecto e infinitamente bueno.

Ley divina, fragua que modela y transforma en el deleite del misterio del amor profundo, poder al que el hombre no sólo no hubiera alcanzado nunca ni con sus ejércitos, ni con sus retortas, ni con sus cárceles.

Piensa, ama y espera.

Fué el nuevo designio edificante y consolador.

Ama a Dios que es el bien y la perfección, y ama a tu prójimo como a ti mismo. Consigna sublime, encendedora de anhelos de perfección del ser creado, llegando al creador de la mano de sus hermanos.

La soledad, entonces es negación de la ley divina porque la

independencia no es posible. La libertad inherente a la condición humana redimida nos permite diferenciarnos pero no aislarnos.

Jesús dijo: "Todos sois hijos de Dios", estableció la fraternidad. Fraternidad, unión por el amor. Unanimidad de esfuerzos por la comunión de ideales que atenúa las luchas estériles por la rivalidad de intereses personales, y la labor cotidiana del guardador del bosque como la del soberano regío será una plegaria por el buen éxito del obrero, y del potentado, del que tiene hambre y del que está harto.

Así, no obstante, la diversidad de trabajos, de aptitudes, de capacidades creadas por mil circunstancias inevitables en la vida social. Habrá siempre unanimidad, cooperación porque hay hermandad.

La fraternidad, solidaridad cristiana es el grado más elevado, de mayor pureza, de insuperable alcance y de más factible realización de unión humana, de humanización. No la nivelación utópica de hombres con la distribución cuantitativa de las posibilidades de trabajo, pues ella implicaría la anulación de la personalidad, la exclusión de mérito, la desvalorización de la intención y de la virtud.

En estas relaciones establecidas por Jesús del hombre con sus semejantes ha de haber orden y en donde hay orden hay una disposición intencional, un plan, un fin: Estos son caracteres de la naturaleza. Ved los seres infinitos que la componen: cada uno ocupa un rango y ejerce una acción en el conjunto de la grande y seductora hermosura del universo. Pero las cosas se hallan dispuestas de tal manera que cada uno de estos seres por perfecto que sea es incompleto y sólo puede completarse por la añadidura y el auxilio de sus vecinos. Todos los seres necesitan los unos de los otros en esta vasta escala, así el que ocupa el grado más elevado como el más ínfimo. El más pequeño y débil dirigirse al más grande y potente con su ruego y éste deberá contestar a su hermano prestando alguna ayuda, aun sea una sonrisa de simpatía. De ello surgen estas dependencias, estas atracciones, estas simpatías que constituyen el vínculo fuerte y hermoso de la naturaleza y afianzan la solidaridad humana.

Fraternidad, ayuda mutua a base de abnegación, sacrificio y renunciamiento del propio bienestar, de los mil halagos con que nos regalamos en la vida holgada de unos, o en la indigente de

otros por negligencia y despreocupación de la finalidad social y divina.

Catalina de Sena dice a este respecto haciendo hablar al Salvador: "No podéis hacerme ningún servicio; pero podéis acudir en auxilio del prójimo. El alma enamorada de mi verdad no se concede jamás reposo alguno, procurando sin cesar socorrer útilmente a los demás. Os es imposible darme el amor que yo exijo; pero os he colocado al lado de vuestro prójimo para que hagáis por él lo que no podáis hacer por mí: amarle con desinterés; sin esperar de él ninguna gratitud ni ninguna recompensa; considero entonces como hecho a mí mismo lo que hacéis a vuestro prójimo".

La acción por la fraternidad ha de ser permanente, que sintetice nuestros poderes dispersos, que brote de lo más profundo de nuestra personalidad, sin temores, ni reservas. Obrar circunstancialmente, cuando la casualidad ha puesto ante nuestra vista la necesidad del viajero imprevisto, de la madre afligida, no basta para ser solidario.

La solidaridad cristiana nos impone en la medida de nuestras fuerzas ahuyentar la desolación, prever el derrumbe, evitar la catástrofe moral que suele ser consecuencia del desastre de muchos débiles que abismados en su yo permanecen sordos a las solicitudes clamorosas de sus hermanos.

El auxilio solidario del cristiano ha de ser participando la angustia del afligido. Jesús ante el dolor de Martha y María por la muerte de Lázaro, llora. ¡Cuánto le amaba!, exclaman los fariseos y Jesús resucitó a Lázaro.

"La misericordia será para los misericordiosos".

Para adquirir esta virtud necesitamos (parodiando al filósofo) "invadir la inagotable diversidad de los seres, haciéndonos iguales a cada uno de ellos, multiplicando nuestras facetas de sensibilidad para que el secreto de cada existencia halle siempre en nosotros un plano favorable en donde dar su reflexión. Claro está que no podemos dejar de ser otro sin dejar momentáneamente de afirmar nuestros rasgos distintivos; sólo negándonos parcialmente llegaremos a confundirnos con el prójimo. He ahí el fruto de la humildad. Cristo dijo: Si quieres ser perfecto niégate a ti mismo" y un filósofo moderno repite: "Jesús parece amonestarnos suavemente, no te contentes con que sea ancho, alto y profundo tu yo. Busca la cuarta dimensión de tu yo la cual es tu prójimo, el tú, la comunidad".

Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos.

Son, no los faltos de entendimiento, sino los no soberbios, los mansos, los humildes, los pacientes, porque son los únicos, que desinflan su yo y negándose a sí mismos se solidarizan con el hermano en el dolor y en la alegría, los únicos que perdonan, los que aman de verdad.

“Los soberbios, los henchidos de amor propio, empequeñecen de tal manera el corazón que nada puede contener: ni al prójimo, ni a él mismo, mientras que los humildes lo ensanchan y lo hacen admitir a los enemigos, a los amigos y a todas las criaturas razonables. . . El amor propio es miserable, se aleja de la justicia y perpetúa la iniquidad, engendra un temor servil, el temor culpable que hizo que Pilatos dejara morir a Cristo”.

El cristianismo “producto de una coordinación de fuerzas invisibles” pero presentidas instituyó pues como primera condición: la solidaridad, síntesis de heroicas virtudes y luego la armonía de las inteligencias con la ilustración de las verdades evangélicas. “Esa hilandera de ideal, productora de hilos sutilísimos que traspasan nuestras almas hermanas, como rayos de sol. Lentamente los hilos se multiplican, el tejido se hace más prieto y complicado. Posible sería que hoy nos diferenciáramos más unos de otros que diez siglos ha; pero es seguro que coincidimos, en más puntos”. ¿Y qué otra fuerza superior para mantener esta armonía humana en medio de la diversidad de razas, de climas, de épocas y de la influencia de contradictorios criterios circunstanciales creados por tantas doctrinas adventicias, pasajeras pero muchas arrebatadoras con promesas irrealizables? Es que la certeza que nos da la fe ilustrada, no los sentidos ni la razón, es la mayor posibilidad de unión humana. La comunión en la fe religiosa es una vinculación permanente y la más eficaz para el progreso de los pueblos. Así lo comprendió Domingo de Guzmán al fundar su esclarecida Orden que después de siete siglos de existencia cada día da nuevas pruebas de su exuberancia de vida.

En el siglo XII, desórdenes y atentados sociales producidos por hombres sin fe y sin dignidad y aun por erróneas interpretaciones de la doctrina cristiana hicieron sentir la urgencia de reconciliar a los pueblos con la Iglesia, como único medio de salvar a la sociedad de tan hondas perturbaciones. Pero menester era hacer retornar

antes a la Iglesia a su pureza de sus primeros tiempos. Fué entonces cuando "este hombre de alcornia ilustre, de saber eminente y de heroica virtud" inició la restauración de la paz social, reviviendo las enseñanzas de Cristo, con su vida de penitencia y sus largas peregrinaciones para llevar por todas partes el aliento regenerador y tan edificante fué su apostolado que en poco tiempo infunde su espíritu a gran número de admiradores, que se acogen a su bandera y forman la milicia predestinada.

Tal los cimientos de la Institución Dominicana que ha permanecido inmutable a través de las edades, de las transformaciones y de las vicisitudes de los pueblos, difundiendo siempre la luz de la verdad y el consuelo de la esperanza en los lugares más apartados, en las clases más menesterosas, como en las más encumbradas.

Vitalidad providencial del alumbramiento de amor a Dios y de sublime caridad del héroe milagroso de quien Lacordaire se expresara: "Un santo que es a la vez un hombre, es decir que tiene corazón y lágrimas, amigos y hermanos, movimiento de maternales ternuras y de sencillez encantadora; de un santo, que deja ver a través de su cuerpo espiritualizado un alma radiante de luz, de dulzura de amor; de un santo, en fin, cuya vida no se puede leer sin sentirse transportado a una atmósfera más pura, con mejores deseos y sed más ardiente de Dios y de la perfección".

Institución Dominicana, preciada realización de solidaridad cristiana en sus tres Ordenes que de tal manera fraternizan y cooperan en una obra acabada y de tanta elevación. Destinada una a esparcir la palabra evangélica por el mundo, las Terceras a darle forma tangible con la acción inspirada y la otra a impetrar: luz de cirio que se consume sin extinguirse, olor de incienso, de caridad santa, rumor de plegaria que es imán de bendiciones.

Conjunto armónico que "entraña abundantes y eficaces gracias de perfección moral que han dado a la sociedad héroes y heroínas de santidad" como las brillantes lumbreras del siglo XIII: Alberto Magno y Tomás de Aquino, maestros no superados; la vidente y valerosa Catalina de Sena, inspirada reconciliadora de los pecadores con Dios; y Rosa, la americana, mística azucena que se entrega a la contemplación y a la penitencia en su ermita doméstica. A las primeras luces del alba recoge las flores de su huerto para llevarlas a la Virgen del Rosario del templo de Santo Domingo. Cura luego las fiebres, las llagas, la lepra; asila en su oratorio a las ancianas que escarban los muladares; y tan alto suben sus preces que la gloria

de Don Ramiro de Enrique Larreta es una plegaria de Rosa de Santa María.

Hermanas Terceras, misioneras de la sagrada ejecutoria, el camino está trazado, cada uno algo tenemos que hacer, lo inmediato, lo cercano es siempre lo más urgente por pequeño que nos parezca. Infundid alientos y alegrías al desolado, mostrad cómo fructifica el trabajo que se ofrece a Dios en la oración de cada día.

Bajad hasta el necesitado, el rebelde o el ofensor con la misma dulzura con que eleváis una plegaria. Recordad que cada acto de nuestra vida ha de ser por tributo de amor divino, un bien al prójimo.

El mundo está cansado de la lucha del hombre contra el hombre, de la frialdad estéril para los bienes superiores del espíritu, hay un desgano, un abatimiento para la superación de sí mismo. Y esta lección de vida que ha recibido la sociedad en su nueva tentativa de independencia del catolicismo está haciéndola retornar una vez más hacia la Iglesia. Defraudadas las esperanzas de los innovadores que olvidaron las enseñanzas de Cristo y desconocieron o pretendieron desconocer su alcance divino, negaron también su valor social, llegan hoy a confirmar lo que un autor confiesa del cristianismo, "a nadie que no sea un charlatán o un extravagante le está dado no ser cristiano".

Y bien Hermanas Terceras, un acto de solidaridad es ayudar al hermano pródigo, entristecido y desalentado para que se encuentre a sí mismo, se reconcilie con Dios y en las serenas certidumbres del catolicismo vuelva a él la paz, fuente de acción enérgica y fecunda.

Mas, no interpretéis mi llamado como un desconocimiento de la labor encomiástica que la Tercera Orden realiza llevando a la práctica en la vida, las luminosas enseñanzas de la dilecta Orden de Predicadores. Bien ganada tiene su parte de júbilo en esta celebración del Primer Congreso Nacional Dominicano y quiera Dios permitirnos se realice con la grandiosidad que corresponde al acto.

Concededme, por último, me refiera a la obra que realiza la Orden en esta Tucumán, favorecida con tantos dones del Altísimo. Imposible prescindir en este momento de su nombre: Elmina Paz de Gallo, que por sí solo constituye una de las glorias más preclaras de la comunidad dominicana argentina. Nombre que será la iniciación de una lista de Hermanas Terceras que la historia de la Orden documentará más tarde.

Con la imparcialidad que inspira la justicia divina no puedo silenciar que en la búsqueda de actos concretos de solidaridad, surjan en mí, imágenes de hermanas ante cuya sola figura he sentido un poderoso influjo edificante y en el batallar de mi vida me han refrigerado con la paz y sosiego. Son mujeres abnegadas que reviven virtudes de las primeras épocas. Vidas íntegras consagradas por amor divino a aliviar miserias humanas. Sin atavíos y su exterior simplísimo nada dice de su fortuna, pero sí los pobres que pululan en sus puertas. Silenciosas y dulcemente brindan el consuelo a cuantos el Señor pone a su alcance y tantas veces cuantas el infortunio o la enfermedad lo reclaman; visitan hogares necesitados; llegan humildemente con el auxilio y se retiran con la amarga preocupación de resolver nuevas situaciones difíciles. Hay otras comprensivas y generosas, listas siempre a realizar iniciativas por difíciles que fueren, sufragando gastos imprevistos de la Orden y aún más, saben hacer llegar la paz de Cristo y sus bendiciones a hogares formados al margen de la ley de Dios. Conozco también, una mendicante como las primeras hermanas que en fatigosas recorridas y persuasivas demandas reúne recursos de apreciable valor. Y por último la figura singular de una hermana de quien nuestra poetisa Amalia Prebisch de Piossek, dice: "Y allí está la dulce, la amorosa mujer a quien rodean los niños. Para acariciar sus cabecitas y volcar en sus oídos la verdad; para poner en sus labios la plegaria y la canción, ya se ha inclinado su cuerpo que pareciera castigado y sufriente. . . Una aureola de santidad la rodea, un efluvio de callada admiración, la sigue, y ella pasa escurriéndose, cuidando el decoro de su templo, temerosa de ser vista, alzando apenas la apagada voz. . ."

Calculad por la calidad de estas dignas Hermanas Terceras la obra que realizan en colaboración todas con actos piadosos, visitas a enfermos o aliviando necesidades materiales con reparto de víveres, de ropa confeccionada por ellas mismas con la más sana alegría y entera dedicación.

Y así en una verdadera fraternidad oran, trabajan y edifican con su acción y con el ejemplo de su misma vida afianzando y extendiendo los vínculos poderosos de la más elevada solidaridad cristiana.

En lo íntimo de esta labor fecunda por tantas bendiciones, una fuerza impulsadora de acertado y eficaz dinamismo, la del inteli-

gente y fervoroso director R. P. Fray Antonio Battista que infundiendo entusiasmo orienta la acción y plasma virtudes.

El celoso director de hoy sigue las huellas de aquel dignísimo apóstol de Jesús, gloria de sabiduría y virtud de la familia dominicana, el R. P. Fray Angel M. Boisdrón, quien dió a esta sociedad su vida entera en fecundas enseñanzas.

Luego, fuera de la serenidad del templo, en medio del bullicio, de los ardores de la lucha y ante las obras grandiosas del ingenio humano, no despreciemos nuestra labor, pues ella, tan pequeña a los ojos profanos, si nos mantenemos como hasta ahora, seremos lo que las algas marinas de tallos sutilísimos que alcanzan en ocasiones hasta cien metros de longitud, de las que refiere un naturalista: "Nada más sorprendente — dice — que ver crecer y desarrollarse una planta tan delicada en medio de estos enormes escollos del océano occidental, donde ninguna roca, por dura que sea, puede resistir por mucho tiempo la acción de las olas. Delgadas capas de esta planta acuática bastan para formar excelentes rompeolas flotantes, y se hace muy curioso advertir cómo súbitamente las olas más grandes que llegan desde lejos, disminuyen de altura y se transforman en agua tranquila al atravesar esos tallos indecisos".

“LA VENERABLE ORDEN TERCERA Y LA ACCION CATOLICA”

Por la Srta. ESTHER SÁNCHEZ CIRES, T. D.

Delegada por Córdoba

EN representación de la Venerable Orden Tercera de Santo Domingo de Córdoba, debo desarrollar el tema fijado para esta sesión: “La Venerable Orden Tercera de Santo Domingo y la Acción Católica”.

Omito, porque así quiero hacerlo, los motivos más que suficientes para obligar a mi modestia a declinar toda actuación (por demás honrosa, pero indignamente desempeñada por esta servidora), para fijarme solamente, en la razón fundamental que me ha traído hasta vosotras y me ha puesto en este difícil trance: la obediencia ciega que como Tercera Dominica debo prestar a mis superiores y la voluntad decidida de servir a mi amada Orden aunque sea con la abundante pobreza de mi nada, que solamente confía en la ayuda de Dios.

Me ocuparé en general de la Venerable Orden Tercera y de la Acción Católica como dos obras que prestan idénticos servicios a nuestra Santa Madre la Iglesia, que ella bendice, aprueba y recomienda como medios eficaces de salvar las almas y de consagrar en la actividad espiritual, un santo apostolado.

Esta comparación que hacemos a través del origen, naturaleza, fin e importancia de ambas obras — rápidamente esbozadas — destacarán la dignidad altísima de nuestra institución y la misión divina que le fuere confiada.

La Venerable Orden Tercera es el fruto de un espíritu sobrenatural que supo comprender y medir las necesidades de la Iglesia; es el fruto de los desvelos por el gran amor a las almas y del celo apostólico de nuestro glorioso Padre Santo Domingo.

Ahora, y en todo tiempo, como si quisiera seguir los pasos de su Divino Esposo, nuestra Santa Madre la Iglesia ha padecido persecuciones, sufrido abandonos, desalientos, traición de sus pro-

pios hijos; pero sostenida por el Divino Esposo no decae jamás en la lucha; al contrario, victoriosa, triunfante, se levanta más esplendorosa que nunca. Consciente de su divino poder quiere humillar el orgullo de los hombres, haciéndoles ver que no son las fuerzas humanas su sostén sino Aquél que la llamó su Esposa. Y es así cómo, cuando nuestros ánimos decaen, cuando vemos la derrota segura, cuando sentimos el triunfo del enemigo palpar de cerca y consideramos, por otra parte, la inutilidad de nuestras fuerzas, y lloramos clamando al cielo, vemos cómo el Señor valiéndose de sus más humildes hijos, levanta su mano protectora para socorrernos.

No es a su Esposa la Iglesia a quien quiere hacer sufrir; no es tampoco porque la obra redentora necesite el dolor para triunfar; puede ser un medio pero no un fin. Es nuestra soberbia la que necesita ser castigada, y es así como nos humilla con el dolor de la derrota, para que no confiemos nunca en nuestras fuerzas, sino que sepamos vivir siempre unidos a nuestra Madre, única que sabrá alimentarnos y guiarnos por el camino de la verdad.

Así fué como en el Siglo XIII cuando la Iglesia padecía los dolores de la herejía, quisieron, buenas, pero insensatas almas, levantarse en su defensa pero sin unirse a ella, como grupos aislados de laicos: los valdenses, los humillados, etc. confiando en sus propias fuerzas, se estrellaron contra el poder del enemigo y hasta lo ayudaron vendados los ojos por la ignorancia y el error. Viviendo la Iglesia y el mundo entero estos momentos de espantosa zozobra, llegó la bendita hora del glorioso Padre Santo Domingo fundando primero los monasterios de monjas, porque bien sabía él que la base y fundamento de toda obra cristiana está en la oración, el recogimiento y gran vida interior; más tarde el gran ejército dominicano que con el ejemplo y la palabra salvaría al mundo, cubiertos sus corazones en la lucha con las fuertes corazas de las constantes oraciones y sacrificios de sus hermanas en Cristo.

Pero faltaba algo más aún: Sabía por experiencia Nuestro Padre que había muchos lugares en el mundo y muchos corazones también a donde no podrían llegar, a pesar de su gran celo apostólico, aquellos hijos de su santa milicia. Y así, primero en el corazón del Santo y luego en la Iglesia misma, brotó fecunda y prontamente la Venerable Orden Tercera Dominicana, llamada antes Orden de Penitencia; verdadera milicia apostólica también, pero for-

mada por laicos que unidos directamente a la Orden de Predicadores debían ayudarlos en su empresa salvadora.

En el Siglo XX, como en el Siglo XIII, llora también la Iglesia la herejía de sus hijos, clama y pide al Esposo calme su dolor, y ahora como entonces se deja oír una voz que se levanta y llama a la lucha, una voz que nos despierta y nos saca de nuestro sopor. Es la del Santo Padre Pío XI que funda la Acción Católica para que, como quiso Santo Domingo, llegue el laico donde el sacerdote no puede llegar, y para que todos los miembros sean miembros vivos en el cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia. No queremos, dice, miembros muertos, donde la lucha es incesante.

El nacimiento de esas dos grandes obras apostólicas en idénticas cunas y regadas con un mismo llanto, siguen un camino paralelo.

Muchos preguntarán quizá, y ¿qué objeto se propuso el Santo Padre al fundar la Acción Católica si ya existía la Tercera Orden? Conviene distinguir. Aun cuando las dos sean ramas vivas unidas a la Iglesia, nacidas en parecidos tiempos, persiguiendo un mismo fin (el reinado de Cristo en el reino de Cristo) y formen apóstoles laicos que organizados oficialmente continúen la acción ministerial del sacerdote, sin embargo, existe una bien marcada diferencia:

La Tercera Orden presta su ayuda inmediata a los Frailes Predicadores, mientras la Acción Católica ayuda directamente al Clero. No debemos decir por ésto que aquélla o ésta es mejor, que una u otra presta más ayuda a la Iglesia; no, cualquier desigualdad estaría mal fundada, porque tan ministros del Señor son unos como otros, pero guardando siempre el orden que la jerarquía impone.

De esta manera la Tercera Orden entra de lleno en el objeto y fin de la Acción Católica aunque de un modo particular — en lo que se refiere a la Orden de Santo Domingo — pero al propio tiempo, como lo expresa el Rmo. Maestro General en su última Carta Pastoral sobre la Venerable Orden Tercera — está en inmejorables condiciones, por el adiestramiento propio de su misión, para realizar el ideal de la Acción Católica en servicio de la Iglesia formando las avanzadas de la obra maravillosa del Papa, de las misiones y del apostolado de los laicos.

Tanto el soldado que pertenece a la Tercera Orden como a la Acción Católica, sabe que al afiliarse a ellas ha jurado servir y de-

fender a su Santa Madre en lo que ésta le mande en todo instante y en todo lugar. Bien sabemos que el enemigo no descansa, que a cada minuto busca la ocasión propicia para tomar la presa.

No imitemos entonces a los apóstoles en el Huerto de los Olivos que mientras Jesús oraba, sufría y necesitaba consuelo, ellos dormían mientras el enemigo continuaba alerta, tramando y complotando sin descanso. No esperemos a que Jesús nos despierte y que con voz dolorida nos diga: "¿Es posible que no hayáis podido velar una hora conmigo?" ¡Cuántas veces vemos en el mundo repetirse aquel triste pasaje del Evangelio! ¡Cuántas veces Jesús llora y espera el momento cercano en que será crucificado, mientras sus hijos, los que se llaman cristianos, duermen, descansan o miran despreocupados sin conocer siquiera ni una de las llagas de ese Corazón amorosísimo!

Pero un Tercero Domingo o un socio de la Acción Católica no puede ser así, ellos son apóstoles laicos dispuestos siempre a ayudar; aquél a los Santos Predicadores, éste a su párroco.

Pero para emprender esa lucha, para seguir ese camino apostólico, es preciso primeramente que el apóstol se forme; así vemos desde los primeros tiempos de la Iglesia, cómo los apóstoles, antes de empezar su obra se preparan con la oración y el recogimiento.

Bien sabemos que nadie da lo que no tiene, y si nuestra misión es hacer vivir a Cristo en los corazones, ¿cómo podemos hacerlo vivir en otros si antes no vive en nosotros? Debéis ser, dice el Santo Padre a la Acción Católica y Santo Domingo a sus hijos, antorchas divinas que incendien el mundo, faro que alumbré al extraviado; mas ¿cómo podremos incendiar sin fuego, o alumbrar sin luz?

El primer paso que un futuro apóstol debe dar, y sin el cual le será imposible continuar, es, hacia el Sagrario. Allí encontrará la divina sabiduría, desde allí la verdad guiará su camino, allí encontrará la única coraza que podrá defenderlo de todo ataque; la coraza del amor de Dios.

Ese amor, esa vida íntima, esa unión constante con Jesús, es forzosamente necesaria en el corazón del apóstol; sin ella, sus obras por más bellas que parezcan ante los ojos humanos, un día se derrumbarán y todo el trabajo, y toda la lucha habrá sido ineficaz e inútil.

No nos apuremos: no querramos correr pronto por los campos de Dios evangelizando las almas; cuidemos los cimientos que aunque no tengamos tiempo de ver el edificio terminado, por eso

no se ha perdido la obra, pues ya mandará el Dueño quien la continúe.

Muchas almas buenas, pero que no comprenden la verdadera misión de estos apóstoles, dicen, cuando les preguntan si no piensan alistarse a estas gloriosas milicias: no podemos, no tenemos tiempo. Mas yo me pregunto: ¿qué hijo responde a su madre — que en medio del sufrimiento lo llama — madre, yo te quiero, pero no tengo tiempo de ir en tu ayuda?

Así llama la Iglesia a sus hijos en medio de su dolor, y así contestan muchos que dicen quererla; y no es que no la quieran en verdad, sino que no saben defenderla.

Debemos, por lo tanto, instruirnos y aprender qué significa defender a la Iglesia, ser apóstoles de ella, y cómo debemos obrar para conseguirlo.

La Tercera Orden como la Acción Católica, llama a sus filas a toda alma que quiera verdaderamente a su Santa Madre y desea defenderla. No hace desigualdad de clases sociales sino que ofrece la entrada libre a pobres y ricos, niños y viejos, trabajadores y patronos, lo cual facilita considerablemente la obra apostólica que se pretende, porque así como el sacerdote no llega donde al laico le es fácil entrar, el rico no llega hasta donde puede el pobre, o, si consigue, no siente palpitar en su corazón las verdaderas miserias, no sabe comprender la necesidad de aquellas almas que viven en un ambiente tan diferente al que ella siempre conoció.

Y así como el rico no puede llegar al pobre, el anciano no sabe llegar al corazón del niño, ni el que no conoció la lucha por la vida a aquellos que vivieron continuamente bajo el yunque del trabajo.

Aunque es verdad que hay almas grandes que saben amoldarse a todo corazón dolorido, son muy escasas, pues son almas perfectas que en cada corazón ven vivir al corazón de Jesús.

Por eso Santo Domingo y el Santo Padre, conociendo por experiencia las barreras que encontraría en su camino un apóstol, llaman a sus filas corazones y no dinero o renombre. Nadie debe por lo tanto rehusar la ayuda que se le pide poniendo inútiles pretextos.

Y a aquellos que suelen contestar: No tengo tiempo (sin darse cuenta que es a la Madre dolorida a quien le responden), también queremos recordarles cuál es la misión del apóstol laico, y cómo debe luchar el Tercero Dominicano y el socio de la Acción Católica.

¿Es acaso en el campo de batalla? ¿Debe abandonar el hogar, el mundo? Nada de eso, en su casa primeramente, en la sociedad después; en el trabajo, en las diversiones, en el mundo entero debe y puede hacer apostolado. No necesita predicar día y noche, no necesita estudiar grandes discursos; no hay mejor predicación que el ejemplo ni mejor discurso que la palabra vivida. Trate cada apóstol de llevar a Cristo en su corazón, que este Apóstol de los apóstoles, se encargará de sembrar el trigo.

Hay otros que suelen decir: Yo también hago apostolado y mucho más que los que pertenecen a esas milicias oficiales.

Dichosas esas almas que saben aportar al tesoro de la Iglesia su granito de arena, las felicitamos de todo corazón; pero, a pesar de su obra meritoria, no pueden ni deben compararse a aquellos verdaderos apóstoles que cumplen sus deberes apostólicos guiados por la Iglesia; y que, sin temor a errar, la ayudan oficial y ordenadamente. Digo ordenadamente, porque de esto depende gran parte del triunfo. Si pudiéramos ordenar y unir todos los miembros de la Iglesia, ¡cuántos males se evitarían, cuánta religiosidad mal llevada, cuánta ignorancia en el verdadero conocimiento del divino amor, cuántos ridículos sentimentalismos religiosos, cuánto egoísmo y cuántas vanas y estériles prácticas externas en el culto! En una palabra, caminaríamos menos y llegaríamos más pronto a la cumbre, reglando nuestra vida en los preceptos evangélicos y no acomodándolos a las vanas ocurrencias de los tiempos, como se hace ordinariamente.

Hemos podido ver cómo la Tercera Orden y la Acción Católica, aunque nacidas en diferentes épocas, tienen un mismo fin: El reinado de Cristo en los corazones.

Quiera Dios que pronto podamos ver también a la Acción Católica, dar hermosos frutos a la Iglesia, así como la Venerable Orden Tercera de Santo Domingo, lo hizo en una cadena interminable de gloriosos santos, contando entre otros para gloria de la Iglesia a Santa Catalina de Sena y Santa Rosa de Lima, que aunque en los altares las veneramos con hábito, no fueron sino seglares que supieron llevar dignamente el hábito dominicano que antiguamente se imponía a las Terceras y que hoy se ha reemplazado por el escapulario, que, lo mismo que el hábito, es de color blanco y negro, símbolo de pureza y sacrificio.

Quiera el Señor que a imitación de esas grandes santas seamos las Terceras de hoy llevar dignamente nuestro nombre y

nuestro escapulario, y sepamos hacer el apostolado de las almas para gloria de Dios, de la Iglesia y de nuestra bendita Orden.

Como resultancia de todo lo que antecede, deduzco las siguientes conclusiones:

1ª) Que así como la Acción Católica es la participación del laico en la jerarquía eclesiástica, así también la Tercera Orden de Santo Domingo es la participación del laico en la sagrada Orden de los Hermanos Predicadores.

2ª) Que para que el apostolado de la Venerable Orden Tercera sea eficaz, es necesario que la formación de sus socios se haga según los moldes de la más sólida piedad cristiana y según el más puro espíritu dominicano.

3ª) Que el verdadero Terciario Dominicano, realiza un apostolado similar al de los socios de la Acción Católica y resulta un elemento bien preparado para la misión que se propone la Iglesia, nuestra Madre, con la Acción Católica.

“LA VENERABLE ORDEN TERCERA DE SANTO
DOMINGO Y SU OBRA EN LA REPUBLICA
ARGENTINA”

Por la Srta. MARÍA LUISA KLAPPENBACH, T. D.

Delegada de las Provs. de San Juan y Mendoza.

*M. R. P. Prior Provincial
Venerable clero secular y regular*

Señoras, señores:

COHIBIDA me siento al tener que elevar mi voz ante tan docta Asamblea, reunida en esta histórica ciudad de Tucumán, donde aun vibran armoniosos los raudales de elocuencia derramada tantas veces por insignes oradores, para cantar las glorias de nuestro Patriarca Dominico; pero traigo el mensaje de las Hermandades Terciarias de San Juan y de Mendoza, que al esplendor de esta fiesta, quisieron aportar la ofrenda de todos los perfumes de las flores de sus valles andinos, mezclados con el incienso de sus plegarias, para rendir homenaje al santo entre los santos, al grande entre los grandes, a nuestro venerado Padre Santo Domingo de Guzmán, en el VII centenario de su gloriosa canonización.

Al tener que hablaros sobre la Venerable Orden Tercera Dominicana en nuestra República, permitidme que en el estrecho límite fijado a esta conferencia, haga un rápido examen sobre el estado social de Europa en los siglos XII en sus finales y XIII, en que fuera establecida.

¡Edad Media! época de fervor religioso, de maravilloso vuelo intelectual y material, en que florecieron las ciencias y las artes, dejándonos imprecaderos recuerdos en sus magníficas catedrales, modelos de arquitectura; en sus orfebrerías, sus pinturas y esculturas; en sus poemas y sus libros, verdaderas joyas literarias.

Pero este deslumbramiento de grandezas, tuvo también sus sombras: la desmoralización de las costumbres por el egoísmo, la sensualidad y el sibaritismo; las guerras, el cisma, el odio de castas,

las herejías, minaban la sociedad. ¿Quién sería el genio, el ser sobrenatural que podría conseguir una reacción?

Dos hombres extraordinarios aparecen en el escenario europeo: Domingo de Guzmán y Francisco de Asís.

Con su ciencia el primero; con su gran humildad el segundo, combatieron el fausto y la avaricia, predicando la pobreza; para corregir la impiedad, aconsejaban la penitencia y a la soberbia antepusieron la mansedumbre.

Santo Domingo, esa admirable inteligencia, ese corazón grande como pocos, ese genio organizador de primer orden, con el gran sentido práctico de que estaba dotado, fundó su Orden, sucesivamente en sus tres ramas: la primera, de los Hermanos Predicadores; la segunda, de las Monjas enclaustradas y la tercera, formada por seglares de ambos sexos, que viviendo en el mundo y siguiendo su estado, llevaban una manera de vivir instituida por su fundador, que los llevaba a mayor perfeccionamiento.

En sus principios se llamó "Milicia de Cristo", pues viéndose la Iglesia atacada por espíritus anárquicos, en sus bienes y doctrinas, había que defenderla por todos los medios a su alcance, hasta con las armas en la mano. A fines del siglo XIII, en que los Maestros Generales de la Orden de Predicadores codificaron sus primeras normas, recién se llamó "Orden Tercera de Penitencia de Santo Domingo".

Su acción se extendió por toda Europa, Asia y Africa, viniendo a la América después del primer viaje de Colón y llegando a establecerse en la República Argentina en el siglo XVI.

Los misioneros dominicos, penetraron por el Tucumán en 1550, siendo Fr. Gaspar de Carvajal y Fr. Alfonso Trueno, los primeros en llegar. Con la fe del cruzado y el valor del templario, acometieron la ruda tarea de educar a los salvajes, siendo verdaderos protectores de los indios indefensos, y, haciendo llegar a sus nebulosos espíritus, las irradiaciones luminosas de la fe cristiana, contribuyeron primordialmente a su civilización.

Los RR. PP. Juan Beloso y Pedro Cabezas, atravesando los picos nevados de los Andes, y la enorme distancia que los separa desde Chile, hasta la margen del Plata, vinieron a fundar la Orden de Predicadores, en la entonces pequeña villa de Buenos Aires.

La reconocida superioridad de los Padres Dominicos, y su fama de doctos y virtuosos, atrajo a su derredor a las personas de más esclarecido abolengo y mayor representación. De este elemento se

formó la Venerable Orden Tercera Dominica y según dice el acta de su fundación: "El 1° de Julio de 1726, estando en la silla de San Pedro N. M. S. P. Benedicto XIII, de la Orden de Predicadores, reinando en España S. A. R. Don Felipe V, y siendo el M. R. P. Fr. Gerardo A. León el 1er. Prior de Buenos Aires, concurren algunos individuos seculares a su convento, con el objeto de establecer la Tercera Orden de Predicadores... y movidos de su espíritu, convinieron en tomar de su mano el hábito de la Tercera Orden"...

El 7 del mismo mes, se procedió a la elección de su Patrón. Todos los Hermanos profesos dieron su voto por diferentes santos de la Orden, teniendo mayoría el glorioso San Vicente Ferrer.

Fué el 1er. Director el M. R. P. Regente Fr. Sebastián Zapata y el 1er. Prior, Don Cipriano de Herrera.

La sección Hermanas fué constituida el año siguiente, el 20 de Abril, nombrando priora a Doña Catalina Morón.

Al principio sus actividades se redujeron a prácticas religiosas, solemnes procesiones y funciones con música de violines, guitarras y arpas; entierros y funerales, reuniones para oraciones o elecciones, llamándose a son de campana tañida, según era uso y costumbre. (1)

La pequeña villa colonial se ha transformado en la magnífica Capital Federal Argentina; sus primitivas casas están convertidas en soberbios rascacielos. Las universidades, institutos y colegios de todo orden han sucedido a la escuela de primeras letras; sus vías de comunicación por agua, tierra y aire; sus bellos parques y jardines y su grandioso Río de la Plata, que en el incesante rumor de sus ondas, canta un himno a sus glorias, a la tradición y al progreso, constituye esta gran urbe, de las primeras en el orden mundial.

Nuestra Orden no ha quedado atrás en esta ola de adelantos, impulsada por los diversos directores que con tanto tino la han guiado. Permitidme aquí un recuerdo cariñoso y justiciero para su actual priora, la Sta. Gregoria Lerdou, a quien se debe el gran impulso dado a la sección femenina y que en dos años más cumplirá sus bodas de plata con el priorato de la Orden.

La sección Hermanos tiene a su frente otro prior semejante, el Sr. Santiago Levalle, verdadera alma de la institución.

Además de la fecunda obra espiritual que desarrolla, cumpliendo con todos los actos piadosos prescriptos, se da gran solem-

(1) Libro I de Actas del Convento de Sto. Domingo de Buenos Aires.

nidad a los cultos, se contribuye al embellecimiento del Templo, se sostiene el Panteón que posee la Orden; se presta ayuda pecuniaria al "Postulantado en Córdoba", como también a pobres vergonzantes.

La sección masculina sostiene dos establecimientos: la "Casa San Vicente Ferrer" y el "Asilo San Vicente Ferrer", exclusivamente para personas imposibilitadas para el trabajo, con preferencia a matrimonios ancianos y viudas desamparadas. (2)

La sección Hermanas ha concentrado su principal acción en la "Conferencia-Taller" donde se confeccionan miles de piezas de ropa, que con gran cantidad de comestibles se reparten a los pobres. Esto y los trabajos para allegar fondos para sus obras, constituyen las principales actividades de la Venerable Orden Tercera en Buenos Aires.

¡Caridad! Dulzura celestial que despojada de galas y vanidades, con amor infinito enjugas las lágrimas del huérfano, del enfermo. Tú fuiste inspiradora en nuestra Hermandad de sus obras mejores. En las grandes hecatombes colectivas, como en aquella terrible epidemia de cólera que azotó la República, la Venerable Orden Tercera Dominica fué de las primeras que con sublime abnegación acudió a curar, vestir, dar de comer diariamente a los enfermos, dando especial importancia a los socorros espirituales.

En Mendoza organizó, junto con otras asociaciones, la "Junta Dominicana de la Caridad" con este fin y como ella, en todas las provincias se asociaron con el mismo objeto.

Cuando el río inundó a Santiago, estuvieron allí nuestros Hermanos, llevando la dádiva oportuna. Si la enfermedad o el dolor visitó algún miembro de nuestra Hermandad, nunca sufrió solo; su gran familia dominica, estuvo siempre representada a su lado.

Nuestra Venerable Orden impregnada del espíritu de su fundador, hace que la obra que realiza en cada una de sus instituciones sea muy amplia; para hacer su elogio y escribir su historia, llenáramos un extenso libro.

Ahí están las Congregaciones de Hermanas Terciarias que vistiendo el hábito y haciendo vida conventual, se dedican a la enseñanza, dirigen asilos, atienden enfermos, ya en hospitales o a domicilio, sostienen talleres para obreros y hogares para viudas.

Se cuenta ya en nuestro territorio con la "Comunidad de Her-

(2) Memoria de la Hermandad 1930-1933.

manas Terciarias de Santa Catalina de Sena", que cuenta en nuestra República con 5 casas, dirigidas por 75 Hermanas y con un alumnado de 1.500 niños. La de "La Anunciata" fundada en Cataluña, que tiene 14 casas en América, con 205 alumnas y 155 religiosas.

Hay tres congregaciones de Hermanas Terciarias Argentinas: la de San José, de origen cordobés, creada por el Obispo Fr. Reginaldo Toro, que posee 6 casas; la del "Smo. Nombre de Jesús" establecida en Tucumán por Sor María Dominga del Smo. Sacramento, en 1888, ha extendido su acción a 7 establecimientos que reúnen 1.600 niños dirigidos por 89 Hermanas. "La del Smo. Rosario", fundada en Mendoza por Sor María Rosaura Puebla en 1895; tiene 7 casas con 522 alumnas y entre los enfermos que atiende en hospitales y a domicilio suman 580 personas. Cada una de estas congregaciones tiene además establecidas varias cofradías y asociaciones. (3)

× × ×

Siguiendo el orden cronológico de las fundaciones de la Venerable Orden Tercera, a la de Buenos Aires siguió la de Córdoba, efectuada el 6 de Diciembre de 1767, por el M. R. P. Fr. Feliciano Suárez y Cabrera y la de Santa Fe, el 30 de Agosto de 1769 por uno de los dominicos de más renombre, el M. R. P. Predicador Misionero y Maestro, Fr. Domingo Leiva, que la puso en estado floreciente. Fué su primera Priora Doña Rosa de la Coizqueta, esposa del Mariscal de Campo a la sazón Teniente Gobernador, Don Joaquín Maciel, y madre del célebre Canónigo Baltasar Maciel. Se formó de un número de personas espectables entre las que se destacaron el Dr. José de Amenábar, el Dr. Francisco Antonio Candiotti, el Pbro. Dr. Basilio Roldán, el Pbro. cordobés Dr. Francisco Solano Cabrera, Doña Gregoria Pérez de Deniz, etc. (4)

(3) De la revista "Ensayos y Rumbos", número extraordinario publicado en Bs. Aires en 1921 en el VII centenario de la muerte de Santo Domingo, pág. 178 a 208 y datos suministrados por las congregaciones respectivas.

(4) La patriota Doña G. P. de Deniz, ingresada a la V. O. T. el 29 de Agosto de 1783. El Gral. Belgrano de paso a la campaña al Paraguay — 1810 — se hospedó en el Convento Dominicano. Dicha señora le escribió esta carta que se ha hecho célebre: "La viuda de Don Juan Ventura Deniz, logra el honor de saludar a V. E. . . ., para poner a la orden y disposición de V. E. sus haciendas, casas y criados desde el río Feliciano hasta el puesto de las Estacas, en cuyo trecho es V. E. el dueño de mis cortos bienes, para que con ellos pueda auxiliar al Ejército de su mando".

Córdoba con su célebre universidad y Santa Fe con sus no menos famosos colegios católicos, influyeron poderosamente en la formación de esa pléyade de sus hijos talentosos y creyentes que en todas las épocas se destacaron, teniendo preeminente figuración en todos los actos, reuniones y asambleas que precedieron a la organización nacional y progreso del país.

Entre otras personas prestigiosas que pertenecieron a la Venerable Orden Tercera en Córdoba, podemos citar a los Obispos Ramírez de Arellana y José A. Luque; los Gobernadores Dr. Enrique Rodríguez, Dr. Roque Ferreira, Sr. Donaciano del Campillo, Dr. Eufrasio Loza, etc.

Ambas instituciones se distinguieron siempre por su gran fervor religioso. Córdoba sostiene la escuela "Santa Rosa", que lleva el nombre de su patrona, con local propio y dirigido por maestras normales. Se hace enseñanza religiosa, asistiendo dos turnos de alumnas; ésta es la obra principal de esta Hermandad.

Penetrados de la preponderancia que la educación ejerce en la niñez y como una manera de contrarrestar el avance de la impiedad, la Tercera Orden funda escuelas donde se enseña religión: en Santiago del Estero sostiene el Colegio gratuito Fr. Justo de Santa María de Oro, cuyo nombre recuerda al del diputado por San Juan que tan brillante actuación tuvo en el Congreso de Tucumán en 1816 y donde a su iniciativa se declaró Patrona de la independencia de América a la virgen limeña Santa Rosa. Tiene un anexo del taller de hilados, tejidos y costuras que trabaja para las alumnas y los pobres. En Córdoba dirigen la escuela "Santa Rosa". En San Juan se fundó en 1912 la escuela nocturna para adultos "Santo Domingo". En la Capital Federal, un colegio para varones que se suprimió al establecer el Postulantado. En todas las provincias se enseña el catecismo, tratando de extender el reinado de Cristo en todas formas.

× × ×

Al pie de la majestuosa cordillera de los Andes se levantan las ciudades hermanas de San Juan y Mendoza, que dieron gran solemnidad a sus fundaciones de la Tercera Orden. En Mendoza fué efectuada el 25 de Marzo de 1779, siendo su director el M. R. P. Presentado M. Henestrosa. Es su patrona Santa Rosa de Lima. La distinguen sus obras piadosas: enseñanza del catecismo en el Colegio Santo Tomás de Aquino; se hace reparto de ropas y se pro-

tege el trabajo honrado. En sus mejores épocas llegó a contar con 300 asociados.

San Juan, la ciudad de las casonas solariegas que añoran las familias coloniales que supieron conservar intacta la fe de sus antepasados y donde se formaron los grandes patriotas sanjuaninos como Fr. Justo de Santa María de Oro, Laprida, Sarmiento, Rawson y tantos otros; de esa misma estirpe fueron sus Terciarios que se congregaron en 1786 instituyendo la Venerable Orden Tercera Dominicana bajo el patrocinio de San Vicente Ferrer.

En la época en que fué director el M. R. P. sanjuanino Fr. José Manuel Romero y Prior Don Plácido Fernández Maradona, alcanzó un florecimiento poco común (1817 a 1823). Tomaron el hábito 1.600 personas: 1.000 entre señoras y señoritas y 600 hombres, cosa nunca repetida en sus similares en ningún punto del país. Después de una época de gran decadencia como consecuencia de los sucesos de 1823, la reorganizó y atendió con ejemplar dedicación, dada la escasez de sacerdotes dominicos y falta de recursos, la Sra. Juana Aberastain Vda. de Aberastain, durante 20 años, hasta su fallecimiento. En 1917 estableció un taller de costura que confecciona ropas para los presos de la cárcel y para los pobres. Sostuvo la escuela gratuita nocturna "Santo Domingo" para obreros.



Las reformas conventuales decretadas por el Gobierno Nacional en 1823, confiscando los bienes de la Orden y que hizo abandonar sus conventos a muchos de los Padres Predicadores, trajo una interrupción en sus actividades en toda la República. La fe y el valor de los Terciarios, se demostró decididamente entonces, dando bellos ejemplos de su adhesión a la Primera Orden. En esta época se perdieron muchos libros y documentos de las Hermandades existentes, lo que hace que en casi todas las provincias falten datos interesantes sobre la fundación y desenvolvimiento de la Venerable Orden Tercera.

En San Juan, en 1823, para responder a las órdenes dadas por el gobierno de la provincia que obligaba a cerrar el convento de Santo Domingo y a los sacerdotes a abandonar su hábito inmaculado, la Orden Tercera, en sesión plena contestó al Superior Gobierno que "quería continuar en adelante como hasta entonces lo

había hecho, bajo la jurisdicción de la Orden y con su mismo director”.

Mendoza dió también un digno ejemplo en el mismo año ante el edicto del gobierno de cerrar el convento y expulsar a los frailes. Animados por el célebre predicador y presbítero Francisco Javier Morales y acaudillados por el Capitán Alejo Mallea, militar de gran fe y valentía, Hermano Terciario, — quien años después, sin dejar de ser prior, fué gobernador de 1847 a 1852, — organizaron un gran mitin popular, consiguiendo que se revocara el decreto devolviendo la tranquilidad a todos.

Santiago del Estero puede decir que debió entonces la existencia de su convento a nuestra Hermandad: además de la eficaz ayuda prestada por el benemérito educacionista Juan Grande, fueron los sacerdotes Terciarios quienes desempeñaron el culto por muchos años como si fuesen dominicos, velando por su conservación hasta que en 1869 consiguieron restituirlos y organizarlos nuevamente.



Haciendo contraste entre sus magníficos y extensos bosques con los cardales de sus salinas, se extiende Santiago del Estero, que cuenta con la institución dominica más antigua de la República y cuya sociedad es quizás la que conserva mayor devoción a Santo Domingo. Allí fundó la Venerable Orden Tercera Dominicana el M. R. P. Predicador y Calificador del Santo Oficio, Fr. Juan Francisco Martínez el 11 de Enero de 1781, reuniendo un conjunto de espectables personas, siendo su primer Prior el Cura y Vicario Foráneo, Maestro de Artes y Pbro. Don Francisco Javier de Ibáñez.

Contó en sus filas con los Coroneles Juan José Iramain y José de Talavera, quienes fueron al mando de dos batallones que esta provincia envió espontáneamente en auxilio de Buenos Aires, con motivo de las Invasiones Inglesas; el ilustre Ingeniero Don Baltasar Olaechea y Alcorta y muchos otros.

Esa asociación se distinguió por su gran celo, como lo prueba la atención de su “Escuela-Taller el Socorro Mutuo” establecido para proteger a los pobres vergonzantes.

Esta Orden que nació entre órdenes militares y de caballería y se formó en sus principios de familias nobles y de reyes, continúa

su tradición en nuestras ciudades, vale decir, que para nombrar en cada provincia las personas de mayor figuración o virtud que se alistaron bajo su bandera, tendríamos que llenar muchas páginas con los nombres y apellidos más conocidos que han tenido destacada actuación en el orden civil, militar y religioso.

× × ×

Siendo muy crecido el número de seres elegidos que ha producido la Venerable Orden Tercera en la República y no pudiendo dar mayor extensión a este trabajo, sólo nombraré algunas muertas en olor de santidad: Elmina Paz de Gallo, mencionada en otro lugar y sor María Rosaura Puebla, mendocina, fundadoras de congregaciones argentinas; sor Camila Rolón, que estableció la "Congregación de Hermanas Bonaerenses de San José" que ha extendido su acción a 28 asilos y hospitales y que murió en Roma donde tiene la Casa Madre, y tantos otros Terciarios santificados por grandes virtudes, forman una aureola luminosa a la Venerable Orden Tercera en nuestro país.

× × ×

Llega el turno de su fundación a Tucumán ¡Tucumán! este pedazo de paraíso que ángeles dejaron caer en tierras argentinas. Tus montañas son jardines a los que hacen sombra tus bosques de mirtos y laureles. Se sienten armonías al paso de la brisa por tus verdes cañaverales, mientras el aire se perfuma al contacto de los azahares.

Tus hijos te enorgullecen: desde la presidencia de la República, en todos los puestos se destacaron tus jurisconsultos y galeños, tus escritores y oradores, como en las industrias y el progreso. Pero una gloria más pura tienes aún: fuiste cuna del más bello lirio cogido en los fértiles vergeles de nuestra Orden: Elmina Paz de Gallo. Esposa y madre ejemplar, privada prematuramente de sus más caros afectos, consagra su alma a Dios y su fortuna y sus desvelos a los huérfanos. Reunió los primeros niños cuando la epidemia del Ganges asoló la provincia, fundándoles un asilo donde por 25 años fué su tierna madre. Con el nombre de sor María Dominga del Smo. Sacramento, tomó el hábito dominicano y fundó

la "Congregación del Dulce Nombre de Jesús", de la que fué Priora General.

El M. R. P. Fr. Angel María Boisdrón, sacerdote por tantos motivos venerado en esta culta sociedad, fué su sabio y discreto director y cooperó en su fundación.

La Venerable Orden Tercera fué instituída en Tucumán por el M. R. P. Fr. José Joaquín Pacheco, uno de los más ilustres y virtuosos sacerdotes formados en claustros dominicos argentinos. Fué Provincial dos veces, calificador del Santo Oficio, examinador sinodal del Obispado de Buenos Aires, maestro en sagrada teología, fundador del Real Convento de Misioneros de Jesús del Monte de los Lules y de éste, del Smo. Rosario de Tucumán. Sobre esta fundación encuentro tres fechas distintas: 1787, 1793 y la del 31 de Agosto de 1807 que creo más exacta, de acuerdo con el párrafo que transcribo del M. R. P. Saldaña Retamar y dice así: "Desde Buenos Aires el P. Pacheco, entonces Provincial, con fecha 1º de Noviembre de 1803, expedía la autorización siguiente: "Siendo una de las obligaciones de nuestro cargo, procurar y promover con el mayor celo y eficacia la gloria del Señor y considerando la constitución del Orden Militar, Milicia de Cristo y Tercera Orden de Penitencia de N. P. Santo Domingo como un medio proporcional al efecto: por tanto usando de la facultad de nuestro Oficio, atendiendo a las constituciones pontificias que confirmaran y aprobaran dicha Orden, obedeciendo a la R. C. de S. M. y General Inquisición de todos los reinos de España (Tomo 8º Burlario de la Orden) del día 29 de Julio de 1603 autorizada por D. Fernando Villegas mandando la institución de dicha Orden en todos estos reinos y dominios. Ya cediendo por último a los vehementes deseos y repetidas súplicas de las personas de la primera distinción de la ciudad de Tucumán, instituímos, fundamos y erigimos dicha Venerable Orden Tercera de Penitencia. . . y en su virtud damos plena comisión al R. P. y ex-regente y lector pretérito Fray Francisco Javier Leiva, presidente de dicho convento para recibir el hábito, profesión, hacer junta para elección de prior, contrata de entierros y todo lo demás que se requiere a fin de que tenga cuanto antes el debido efecto, la piadosa voluntad de los suplicantes. . ."

Los anhelos del P. Pacheco no se cumplieron tan pronto como era de suponer.

A él mismo le cupo llevarlos a efecto, el 31 de Agosto de 1807, cuando había dejado de ser Provincial y era Prior vitalicio

de este convento por privilegios concedidos por el Rmo. General en atención a sus méritos.

Entre muchos ilustres nombres que honraron a esta Hermandad, para ser breve, citaré sólo al obispo Aráoz, vicario Colombres, cura Alfaro, Dr. Tiburcio López y Molina.

Esta Hermandad, que está bajo el patrocinio de Santo Tomás de Aquino y cuenta con numerosos asociados, ha cimentado la Orden en la ciudad de Monteros en Agosto de 1932. Sostiene un gran taller de costuras que reparte ropas a los pobres.

Constituiría un olvido incalificable si al hablar de este tema y en esta capital tucumana, no evocara la augusta figura del Gral. Belgrano, Hermano Terciario también, que supo aunar en sublime conjunción las ideas de Dios y Patria y fiel a su devoción, expresó en su testamento la voluntad de que sus despojos mortales vistiesen el hábito de Santo Domingo ⁽⁵⁾. Lo vemos rezando con sus tropas el santo rosario, solicitando la ayuda divina antes de entrar en batalla; ¿podéis imaginar cuadro más emocionante, ceremonia más sencilla y a la par más grandiosa? Y después del triunfo, en estos mismos campos de Tucumán, cuando el noble patriota en presencia de sus huestes, todavía cubiertas con el polvo del combate, consagra su bastón de mando a la Generala del Ejército, la Santísima Virgen de las Mercedes.

En San Luis puede considerarse la existencia de la Venerable Orden Tercera desde el 24 de Junio de 1913 que la reorganizó el M. R. P. Fr. Juan de Santa María Romero, siendo Priora por varios períodos la Srta. Teodora Adaro.

Ha reunido un selecto grupo de personas de su sociedad que trabajan por su mayor desarrollo espiritual. Tiene por Patronas a Santa Rosa de Lima y Santa Catalina de Sena.

El mismo P. Romero estableció la Venerable Orden Tercera en la Rioja, en el templo más antiguo de la República, el 30 de Agosto de 1926. Ha iniciado repartos de ropa a los pobres y organizado sus prácticas piadosas.

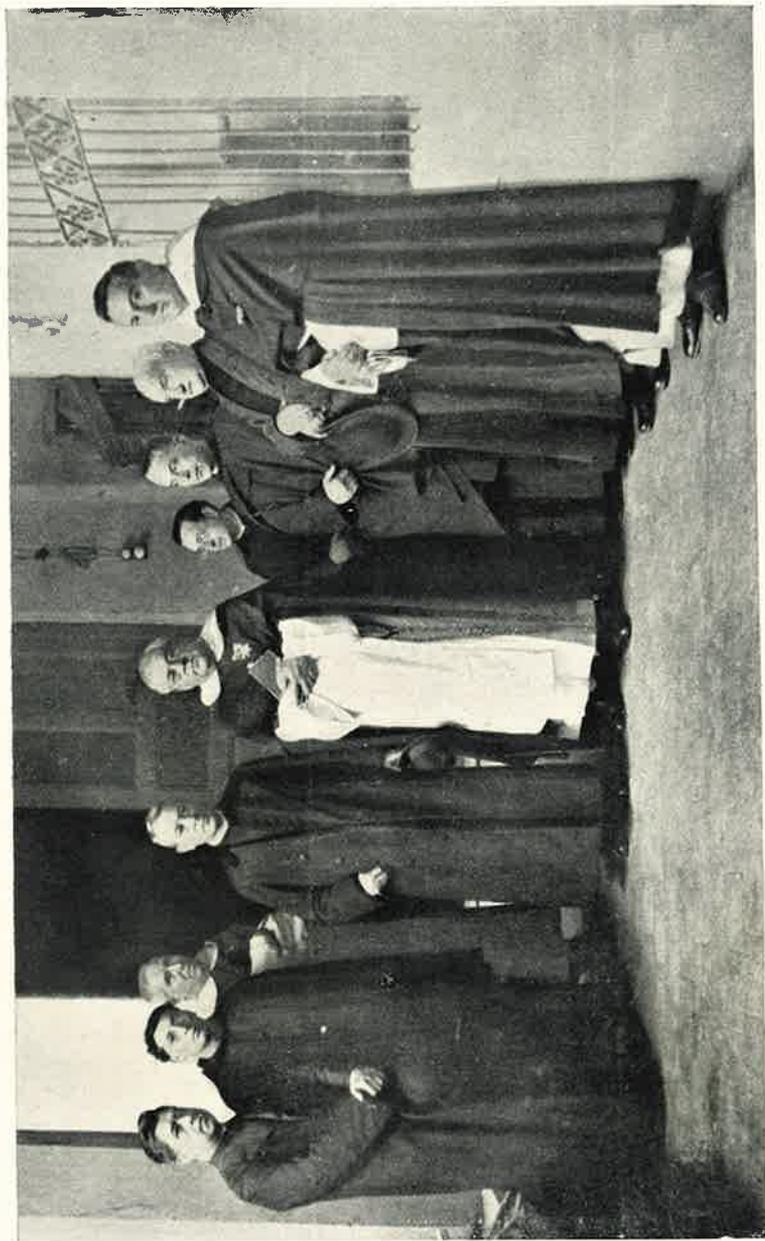
A pedido de un núcleo de caballeros y damas se hizo la última fundación en Rosario de Santa Fe, por el M. R. P. Provincial Fr. Tomás Luque, en 1917, reinando verdadero espíritu cristiano entre sus asociados.

(5) Historia de Belgrano por B. Mitre. Tomo 3º, pág. 462, 4ª edición definitiva.

Nuestra Orden, nacida al calor de los más vivos reflejos de la fe cristiana, de esa luz divina que armó el brazo de los cruzados, que hizo ir a los cristianos cantando hacia el martirio, que fué la inspiradora de los grandes santos de los que se cuentan por millares en esta Orden, es la que nos ha guiado hasta ahora y si se renuevan épocas de desaliento, como han habido, volvamos los ojos a nuestro Fundador, que su ejemplo retemperará las desfallecidas fuerzas.

Los tiempos de la historia se repiten; las luces y las sombras de la Edad Media vuelven a aparecer en el mundo; el anarquismo, el comunismo y la relajación de costumbres minan la sociedad; pongámonos de pie, como los primitivos Terciarios y luchemos sin tregua para que Jesús Eucarístico reine en todos los corazones, como lo quiso Santo Domingo.

NOTA.—Los datos sobre cada Hermandad han sido tomados de los libros existentes y enviados por el Director y Priors respectivos y por el M. R. P. Fr. Reginaldo de la Cruz Saldaña Retamar.



El Prior Provincial Fray TOMAS LUQUE, O. P., iniciador del Congreso, acompañado por miembros del alto clero, en la ciudad de Tucumán.

“LA SAGRADA EUCARISTIA Y LA VENERABLE ORDEN
TERCERA DE SANTO DOMINGO”

Por la Srta. ANGELINA A. BIANCHI LUQUE, T. D.

Delegada por Buenos Aires

*Muy Reverendo Padre Provincial,
Señores Sacerdotes,
Señoras y Señores:*

HE aquí, que procedente de nuestra grande y magnífica capital, el arribo a esta provincia ha obrado en mí un efecto singular de paz y bienestar; algo así como el que experimenta quien, ya sea de su opulenta y suntuosa mansión, ya de la vivienda humilde, sale al jardín; a ese lugar de esparcimiento para el espíritu, al que gentilmente brindan su aroma las flores, sus trinos los pájaros y su real magnificencia la naturaleza toda. Y no es menos que al “Jardín de la República”, adonde con insigne honor se me ha designado para traerlos, junto con la palabra, el saludo cordialísimo de nuestros Hermanos Terciarios de la Capital; a esta provincia tantas veces gloriosa, en la que desde los albores de nuestra liberación, encontrara el poder realista el primer peldaño hacia la anulación de sus derechos en estas colonias, y de donde surgieron los designios de nueva y promisoriosa vida, en la Magna Asamblea de 1816.

Son, en verdad, hermosos los destinos con que Dios enriqueció a vuestro cielo, que al par que se gloria de ser la cuna de nuestra cristiana democracia, vale decir, de todas nuestras verdaderas y sacrosantas libertades, ha sido llamada “cuna de todos los despotismos”.

Y cumplido este gratísimo deber de gentileza, entro en el tema que me está asignado en el programa de esta justa, sagrada y cristiana, que nos brinda la oportunidad de una más íntima comunión fraterna de los corazones.

Atravesamos días de completo desasosiego y tribulación en los que a cada instante comprobamos con horror, hasta qué punto se ha dejado relegada la faz espiritual de la vida del hombre. Atraído incesantemente por el ajetreo de sus actividades mundanas, olvidando por completo que no existe entre su alma y su cuerpo esa dualidad que él pretende imprimirle, ocúpase tan sólo de su yo mortal, que no ha de perdurar sino lo que dure este brevísimo tránsito, y que no es más que la envoltura deleznable de ese otro yo interior, pensante y amante, a cuyo bienestar futuro deben dirigirse todos sus esfuerzos durante su paso por la tierra.

Desventurado de aquél, que separada su vida de la principal y única finalidad que es la posesión de la gracia, y por la gracia de la gloria, pretenda buscar otro objeto a su existencia, pretenda desviar la ruta para que ha sido creado, porque marchará dando tumbos, de error en error, sin encontrar la verdad y suspirando en vano su alma, por un sosiego que nunca hallará.

Y en esa atracción que sobre el hombre ejercen los lazos terrenales, está todo el error humano; y sólo volverá a su verdadero centro, el día que se halle íntimamente unido a su Dios, pues siguiendo cualquier otra senda verá desplomarse en el seno de la nada el ideal de todos sus afanes, que jamás alcanzarán la meta deseada.

Las propias adversidades de la vida, se encargan de decir al hombre de la evidente utopía de sus sueños, y de lo real de su superioridad espiritual.

Un gran hombre que a la vez fué un genio, y que habrá corrido todos los caminos del materialismo y del placer (San Agustín), bien lo sabía cuando vuelto en sí exclama: "Señor, nos hiciste para Ti, y nuestro corazón estará siempre inquieto mientras no descanse en Ti".

Admirables palabras, que podríamos decir, nos dan la clave del orden sobrenatural, como una necesidad esencial de la vida del hombre y en el que nada puede, pero donde vuelve a encontrar a Dios.

Respondiendo a esta necesidad, el Divino Salvador del Mundo, después de haber proveído al género humano, con la institución de los Sacramentos, de los medios más adecuados y eficaces para apropiarse los méritos copiosos de su Redención, y abocado a su última hora, hora augusta, bendita y de inefable ternura, le hace el supremo don de sí mismo. Con palabra divina y como nunca sentida, crea

el memorial de todas sus maravillas, y lega al mundo, el misterio de su perdurable presencia en él.

Los ángeles supieron entonces que había sobre la tierra un trono, ante el que prosternados debían depositar sus diademas: el de la Santa Eucaristía.

Pero no sólo nos hizo el don de su presencia, sino que se constituyó en alimento de nuestras almas, refeccionándolas con su propio cuerpo y con su sangre. Así como en la vida del cuerpo, la saciedad de cuanto se anhela produce cierto bienestar, tranquilidad y paz, en la vida del espíritu, este divino pan, infunde claridad y alegría, tal como el rayo de sol, que llegando a nuestra alcoba, es el heraldo de un cielo sin tormentas.

¡Pensad por un instante qué incalculable es la dicha, cuán grande es el gozo de llevar en nuestro corazón al Rey de los Reyes! Esta meditación enciende en nuestro pecho el ansia insaciable de tenerle por siempre en nosotros, de comunicarnos a cada instante con El, y, cuántas veces acudimos a El, con el alma entristecida, trocándola plena de radiante dicha. Dirigid vuestra mirada hacia la senda oscura por la que el hombre sin fe camina, aniquilado por el peso de la culpa y el amargor de la miseria moral, en medio de una noche sin astros.

Si en tanto correr eleva al firmamento su mirada, una luciente estrella iluminará su camino. Y si así dirige sus ojos hacia el Santo Tabernáculo, verá allí, no la luz de una estrella que fulgura en una lejanía imposible, sino la claridad perfecta con que el mismo Dios iluminará su mente, pondrá paz en su alma y en su corazón, y quitará del camino las punzantes espinas que torturan sus pies.

David exclama lloroso en un salmo: "Se ha secado mi corazón porque me he olvidado de comer mi pan; se ha secado porque no lo he alimentado". Al igual que David, el corazón cristiano siente la necesidad de acercarse a ese recinto, de comer ese divino pan, de posar sus labios y abreviar su sed, en ese cáliz, manantial inefable de ternura, recordando aquella suave expresión: "Hay allí dos brazos siempre abiertos que te esperan, y un corazón sediento de amor que te busca".

Imposible es, que quien haya meditado un instante en la suprema bondad de Aquél que se ha constituido en "Prisionero de Amor", de Aquél que permanece día y noche en espera de los suyos a quienes tanto ama y en medio de quienes ha querido reinar por todos los siglos, imposible es, he dicho, permanezca reacio o in-

diferente a una manifestación tan sublime de la misericordia divina. Diremos entonces que no la conocen, que no han experimentado la dicha de poseer a su Señor, porque El que ha plasmado el corazón humano a su imagen y semejanza, no pudo albergar en él aberración semejante.

Por la Sagrada Eucaristía se ha convertido en nuestro consuelo y socorro, en nuestra permanente intercesión y amparo. Ningún padre más amante y solícito; está al alcance de nuestros ojos, pocos pasos hay que dar para llegar a El; nada de mares que atravesar, montes que escalar, ni grandes distancias que franquear; allí está muy cerca, acaso, bajo nuestro mismo techo. ¡Con cuánta más razón que el pueblo de Israel, podemos los cristianos decir: "No hay nación alguna tan grande, que tenga tan cerca sus dioses, como lo estás Tú de nosotros, Señor Nuestro!

He aquí la grandeza de la Eucaristía: ¡En todas partes! No sólo en los sagrarios de las grandes basílicas, sino que en su deseo de llegar a los suyos, de consolar a los que sufren, y de darse por entero a los que le esperan, ha ido de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, de aldea en aldea; ya en la pobre cabaña del misionero, o cerca del moribundo, cuyo último aliento santifica, y en fin, donde quiera que halle pechos amantes que por El suspiren, pronto a saciar esa sed de lo divino con el raudal inmenso de su misericordia. Y en todas partes adorémosle por igual, ya que siempre El, Jesús, es el Divino Sacramento del Amor, verdadera alma y sostén principal del templo cristiano.

Remontémonos por un instante hacia las religiones precedentes, hacia aquellos templos en que civilizaciones famosas rindieron culto a sus deidades; ninguna de ellas poseyó el don de perdurar en forma alguna su carácter de tal; hoy son sólo un recuerdo que a nadie interesa; recuerdo histórico, glacial y estéril que se diría el alma vagabunda de extinguidas y fantasmagóricas teorías que tuvieron su momento.

Y aquí mi pensamiento se vuelve con infinita compasión hacia la ceguera lastimosa y cruel de los disidentes, cuya orfandad nos es revelada por el sutil espíritu de una gran mujer: "Lo primero que en el templo protestante llama la atención, es que no está habitado. Parece una de esas casas cuyo dueño acaba de morir. Todo en esos templos está bien y en orden; particularmente en Inglaterra, los cantos, la arquitectura majestuosa y sublime algunas veces, los objetos de culto atendidos en sus detalles más pequeños, los ministros

llenos de circunspección y dignidad, los niños de coro de una hermosura maravillosa; pero en medio de todo esto ¡qué desolación, qué sentimiento de vacuidad que parece advertirnos la ausencia del Espíritu! Esta iglesia sin altar, esta casa sin huésped, ese templo sin Dios, esos adoradores sin objeto de adoración, oprimen el corazón. Dios está sin duda en todas partes, pero, fuera de la Iglesia Católica ¿en qué otra parte está de una manera especial, brillante y reconocida? Por todos los demás sitios no hace más que pasar, pero en la más pobre, en la más sencilla de nuestras iglesias, se queda y la habita!" (1).

Y así como diez y nueve siglos pasaron desde nuestra Redención, otros han de transcurrir sin que desmedre ese hálito divino que vivifica nuestro culto, ya que está animado por la presencia real de su mismo Dios. En efecto, es ella tan real en el Sacramento de la Eucaristía, que no es más afortunado el cielo que nuestros Tabernáculos ni es menos divina que la sangre vertida en el Calvario, la que cada día ofrece el sacerdote sobre el altar, ya que su víctima es la única santa, que inmolándose siempre no perece jamás.

Contemplemos también la bondad infinita de Jesús, que abraza con mirada de Padre a todos los que en cualquier parte del mundo pertenecen a su familia; en su última hora, prepárale el pan que alimentará su vida espiritual y satisfará sus apetitos divinos. Lo da a todos; por muchos que vengan siempre habrá más hostias que comulgantes y cuando todos los amantes se hayan saciado de ese pan de vida eterna, habrá todavía para los rebeldes, para los indecisos, para los de corazón tibio, tan distantes del corazón ardentísimo con que Jesús nos espera a su mesa. "Tomad y comed, bebed todos de este cáliz, hoy, mañana y por siempre jamás".

Mas a pesar de cuanto Cristo hizo, a pesar de redimir al género humano a costa de su propia sangre, debió contar con la ingratitud y versatilidad de sus criaturas. Y así fué, que habiendo amado a los suyos, nos dice el discípulo predilecto, los amó hasta el fin.

No desea, pues, abandonarlos a sus propias debilidades, no quiere verlos sucumbir agobiados por sus mismos errores, sino que ha de permanecer con ellos, para prestarles de continuo el apoyo de su amor, y en esa hora postrera, les dice: "No os dejaré huérfanos en este destierro; he aquí que yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos".

(1) *Obras escogidas*, por MADAME SWETCHINE.

En efecto, el momento de la humana infidencia llegó; épocas nefastas hay, en la historia del mundo, que fatalmente se entrelazan a aquéllas en que el espíritu del bien reina en la plenitud de su benéfico poderío. Tiempos que siembran la desolación y la muerte, que conmueven en el corazón de los hombres, los cimientos mismos del don divino de la fe, implantados con mayor o menor arraigo en los que profesan la doctrina cristiana, y es así como la época de la Edad Media que a pesar de sus errores está caracterizada por una armonía completa entre la fe y la razón, por una perfecta concepción de la correspondencia entre el mundo humano y el divino, tiempo de gloria aquél en que la semilla del Evangelio fructificara bajo todos los cielos cumpliendo el mandato divino de "Id y enseñad a todas las naciones, enseñándoles a observar lo que yo os he mandado"; en contraposición a aquella fe robusta y a aquella acendrada piedad, la simiente nociva no dejó de germinar en la sociedad, al igual que en los óptimos campos del Padre Celestial del Evangelio, cabe las fecundas y doradas espigas, creció la estéril y dañina cizaña.

Esta se presentó encarnada en aquella secta nefasta que elige el Langüedoc para centro de su acción y cuyos adeptos se empeñaron en inficionar a toda la sociedad cristiana con los errores más monstruosos en orden a la vida espiritual.

A estos errores, siguieron los consiguientes desmanes, y frente a ellos armó el Señor a dos insignes y singulares caballeros que por distintos caminos y con idéntica armadura de virtud, opondrían un dique infranqueable al desbordamiento de toda depravación.

Ellos fueron nuestros gloriosos padres San Francisco de Asís y Santo Domingo de Guzmán. Este último apareció desde el primer momento, a los ojos de sus contemporáneos, con la frente ceñida por el nimbo de la paz, y a la vez con la majestad del Legislador Hebreo, en la hora sublime de su descenso del Sinaí. Diríase ser la realización contra el mal, de aquellas palabras del propio Salvador: "Si quieres la paz, prepara la guerra".

Su misión no era menor que la de volver el mundo a Dios, por los caminos de la verdad y la sabiduría.

Domingo comprendió, desde luego, la magnitud de la empresa y pensó en perpetuar su propia misión de apóstol hasta en los últimos confines de la tierra.

El mundo vió entonces con asombro, levantarse como un gigante la Triple Orden de los Frailes Predicadores, a la que sin

engañarse, pudo, en su lecho de muerte, decir, con santa osadía: "Os dejo el mundo".

Santo Domingo fué, sin duda, uno de los más eximios adoradores de Jesús Sacramentado; para él, el pie del altar fué, ya su lugar predilecto de oración, ya el único lecho en que solamente dos horas cada noche, rendido a las fatigas de su constante predicación y labor, reclinaba su cabeza sobre la propia grada del altar de su Señor. No es de extrañar, pues, que este abrasado amor eucarístico, fuese como un especial patrimonio de toda su familia espiritual, y que ese mismo amor brillara como un sol inextinguible en el corazón de cada uno de los suyos.

Fué para asegurar este esplendor divino a sus hijos, apóstoles o caballeros, que antes que nada pensó en crear una Orden de santas vírgenes, cuya primera finalidad es la de velar, como él, perpetuamente, al pie del Sagrario. ¡Digna piedra angular del magnífico edificio de su triple Orden!

Creada ésta para tan trascendentales fines, no podía menos que ser, en todo instante, sostenida por el mismo Dios.

¿Cómo premió el Señor la fineza del amor eucarístico de su siervo Domingo?

Dícelo la historia de las inenarrables maravillas obradas en los herederos de su espíritu. La vida de Santa Catalina de Sena, de Santa Inés, de la Beata Imelda Lambertini, de San Jacinto, de San Juan de Colonia, del Beato Bernardo Morlós y sus discípulos, ¿qué son sino otros tantos poemas eucarísticos? Digamos tan sólo que como ellos, todos nuestros santos, y digamos más todavía, toda alma dominicana, al fin de su laboriosa jornada, bien podría repetir las palabras que el Doctor Angélico, Santo Tomás, el divino teólogo y poeta de la Santa Eucaristía, desde su lecho de muerte, con inefable dulzura dirigiera a la Santa Hostia, al recibirla por última vez: "Yo te recibo, oh Dios, precio de la redención del alma mía, viático de mi peregrinación, por cuyo amor he combatido, he estudiado, he predicado y he enseñado" y añadir con él mismo: "Ninguna recompensa quiero, Señor, sino Vos mismo".

Inmensas cual fueron las miras de Santo Domingo, lo es su obra, la grande y valiente familia dominicana y como parte de la misma, la que hoy especialmente nos congrega, la Tercera Orden. Por ella han pasado ya más de siete siglos, y esos siglos no han hecho más que confirmar su poder siempre creciente; no han podido menos que sentir admiración por la fidelidad con que han

cumplido las aspiraciones de su creador; no han podido sino ensalzar, durante todos los tiempos, las legiones de santos varones y santas mujeres que militaron al amparo de nuestra querida bandera.

En efecto, en todos los ámbitos de la tierra, han hallado eco sus magnas ambiciones. En todos los grados de la vida humana, desde las más altas esferas sociales, hasta en las de condiciones más modestas, como si su misión hubiera sido la congregación de los espíritus selectos, ha producido santos en abundancia tal, que con perfecta justeza de apreciación el insigne Padre Lacordaire ha podido decir "que los desiertos y los claustros la miraron con envidia".

Y no se crea que el amor y la adoración de la Tercera Orden a la Divina Eucaristía, han sido solamente rendidos en la paz de la contemplación, en la inefable quietud del retiro, del silencio y del éxtasis. Leyendo el martirologio dominicano, áureas leyendas recuerdan los nombres inmortales de San Juan de Colonia, víctima de la perfidia protestante del siglo XVI y del odio de la misma al dogma de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía; de las falanges de los mártires masacrados en el Japón, en la China, en Dublín y en todos los tiempos y en todos los confines de la tierra, en los que no faltaron, respetables por su número y venerados por su santidad, los Terciarios de toda edad, condición y sexo.

Esos fueron los testigos de legítima estirpe dominicana, que rindieron a la Divina Eucaristía el testimonio de su sangre, la más alta y suprema elocuencia del amor y de la palabra humana.

Puede, pues, con santo orgullo, nuestra amada Orden Tercera, dirigir a Dios la exultante armonía del cántico ambrosiano: "*Te martirium candidatus laudat exercitus*". A ti, Señor, alaba y canta el blanco ejército de los mártires.

Por lo que hace a la mujer, en todos los estados ha enriquecido a la Tercera Orden con el tesoro de sus virtudes. Encadenadas, muchas de ellas con harta frecuencia, al yugo involuntario del mundo vistieron el hábito de Santo Domingo, sustrayéndose, así, a la tiranía de su posición; el monasterio iba a ellas, ya que no podían ellas ir a buscarlo, y en algún oscuro rincón de su vivienda, formaban un misterioso santuario, consagrado al invisible Esposo.

También ellas forman legiones cual son la Beata Estefanía de Quinzanis, Santa Catalina de Ricci, Beata Margarita de Castello, Beata Ozanna de Mantua, Beata Emilia Bichierí, Beata Bienvenida Bozani, Beata Catalina de Raconiccio, tan admirable, que de

ella se afirma diferenciarse de la seráfica virgen de Sena, tan sólo en que son dos canonizaciones diferentes; vírgenes todas ellas, así como la Beata María Bartolomea que padeció toda suerte de tormentos postrada en el lecho durante casi toda su vida; de ella, sin embargo, se decía, "que enferma, era la salud de los enfermos".

La Beata Vidala de Botis y la Beata Margarita de Saboya, viudas, y en este mismo estado, la Beata Zedislava de Berkiana, que se cree fué la primera Hermana Terciaria, quizá investida por el propio Santo Domingo.

También nosotros, los hijos de esta joven y hermosa América, nos gloriamos de la posesión de una de sus más preciadas joyas. Hemos recibido infinitas bendiciones del Altísimo; tierra fecunda como pocas, ríos que casi alcanzan la inmensidad del mar; privilegiadas inteligencias, ávidas de seguir los rumbos del progreso; corazones nobles, capaces de todos los heroísmos, todo eso y mucho más, ha colocado el cielo en esta bendita tierra. No falta en este conjunto hermoso el detalle sin par, de un dechado de belleza moral, de un astro que no sufre eclipses, cual fué Rosa de Lima; su lozanía no se ha marchitado, sino que se agiganta con el transcurso del tiempo, y aquel corazón nacido para los más delicados afectos, buscó en el amparo de la divisa blanca y negra, la paz que el mundo no le daba, dedicando todos sus ayunos y mortificaciones, al santuario donde perennemente vive el Tesoro Eucarístico.

Y hablo únicamente de los que han ceñido la aureola de la santidad, ya que de los otros, sólo Dios conoce el número y sus relevantes méritos.

Esos triunfos sin desmedros y sin solución de continuidad de nuestra Orden Dominicana, que a través de siete centurias ha marchado abriéndose camino en medio de perpetuas hostilidades con el espíritu del mismo, estos triunfos esplendorosos, los debe, a que ha bebido sin cesar sus energías, su santidad, en aquella fuente de aguas vivas que salta hasta la vida eterna, y que es la Santa Hostia.

Llego, pues, a la conclusión, de que el pensamiento de Jesucristo se ha cumplido, y se cumple en todos los siglos, mediante su divina presencia y real soberanía sobre las sociedades humanas.

En un lejano ayer, el mundo pagano se desplomaba, ¿en qué virtud? En virtud de que el divino sol de la Eucaristía se elevaba, develando el horror de sus tinieblas, y de que sobre las ruinas y escombros de aquél, se alzaba el altar cristiano, trono de su inacabable y espiritual soberanía.

Hoy tócanos vivir uno de esos momentos de enfriamiento espiritual, y que no son ya sino episodios en la vida de la humanidad redimida en que parece esfumarse la práctica y aun las enseñanzas mismas recogidas de labios no sólo de los emisarios evangélicos sino de los del propio Salvador.

Mas llega ya, loado sea Dios, la alborada promisoras de un día radiante, de una nueva floración de todas las virtudes cristianas. Esta es la hora en que las sociedades, momentáneamente desviadas de Dios, vuelven a lo que debe ser el verdadero centro de la vida del cristiano.

Y como si El mismo hubiese tocado los corazones que atraídos por mezquinos intereses así le olvidaron, es que en el mundo entero se opera este feliz retorno de las almas a Dios. Retorno que se evidencia, bien en el ansia universal de una vida superior, bien en el fervor de los que, hermanados en el amor de Aquél que no hizo siempre más que amar, se aprestan hoy a recibirle con todo el ardor que ha encendido en sus corazones.

Y así, abiertas las compuertas de este raudal infinito de piedad, nada habrá que contenga el fervor de nuestros sacerdotes, o que haga envainar la espada a nuestros caballeros, y las lanzas de los protervos y de los herejes se embotarán en los pechos acorazados por la virtud del Santísimo Sacramento.

De este modo la blanca y diminuta Hostia, seguirá siendo el sol de nuestra fe, la fuerza de nuestra debilidad, el escudo de nuestra victoria, y la consumación de nuestra dicha.

“LA VENERABLE ORDEN TERCERA, SU NATURALEZA
Y SU FIN”

Por la Sra. D^a SARA MELÉNDEZ DE QUESADA, T. D.

Delegada por Monteros, Tucumán

Venerables Sacerdotes:

Señoras, Señores:

LLEGO hasta esta magna asamblea guiada sólo por el corazón, cuya condición, se dice, es la de ser ciego. Para justificarme invoqué la amable invitación de las primeras autoridades de nuestra Tercera Orden seglar en Tucumán, M. R. Padre Director Fray Antonio Battista y dignísima Priora Sra. Carmela Frías de Terán, que al designarme para representar a nuestras hermanas de Monteros — cuyo cordial saludo os presento — y hacer uso de la palabra en solemnidad tal, han traído a mi espíritu esta interrogación: ¿lo querrá el Señor? . . . ¡Para hacer brillar su gloria se vale a veces de tan humildes instrumentos! . . .

“La Venerable Orden Tercera; su naturaleza y su fin”. He ahí un tópico que me ha impuesto el respeto de las cosas inaccesibles.

¡Quién poseyera el maravilloso don del Verbo! De la palabra que domina con imperativos de soberanía o insinuaciones de ruego; de la palabra que crea en nuestro espíritu la seguridad del convencimiento o hace levantar airadas nuestras propias ideas; de la palabra que comunica los mirajes del intelecto ajeno creando en el propio un mundo desconocido; de la palabra, en fin, vehículo de la Verdad.

“Veritas”. Como nimbada de luz se destaca en el escudo de la Orden Dominicana este lema: “Verdad. No es leyenda de relumbrón que sugestiona por su eufonía, su poética, la valentía de sus conceptos. Es una palabra simple como todo lo sublime cuyo pro-

fundo sentido nos lleva, navegando en las inmensidades del espacio, hasta los confines de nuestro mundo. Más allá todavía; hasta los espacios astrales. Aún más allá, hasta la inconmensurabilidad de lo Infinito.

¡Verdad! Inconmovible en su trono de eternidad, abarca serena el panorama del pasado, del presente y del futuro. Si la imaginación helénica tan fecunda en creaciones deíficas la hubiera divinizado, estaría en consonancia con la idea del altar erigido "al Dios desconocido".

Guiada por este lema trataré, no de investigar su espíritu, que ya maestros han definido y agotado el tema: únicamente presentaré la diminuta faceta de mi interpretación respecto al asunto: vosotros juzgaréis.

El eminente Padre Lacordaire ha dicho: "El espíritu de Dios desenvuelve su obra con el tiempo y proporciona los milagros a las miserias", palabras cuyo íntimo sentido es aplicable a la creación de la Venerable Orden Tercera Dominicana. Sintéticamente esbozaré la historia de su providencial misión. Comenzaré citando el relato de aquel maestro de bondad y dulzura, que fué un intelecto poderoso: el P. Ángel María Boisdrón.

"En la Edad Media la necesidad, la gratitud, toda la organización social legitimaban e imponían a los pueblos la tutela del catolicismo y los pueblos con sus gobiernos, reconocían y aceptaban su tutela. De ahí esa unión íntima entre la Iglesia y el Estado fundada en derechos y deberes recíprocos.

"Concepción admirable — que ha tenido sus inconvenientes y dado lugar a abusos — pero de elevado ideal, que al desvanecerlo nos hace retroceder al mundo pagano y nos arroja en contingencias desconocidas y peligrosas.

"Se comprende que en este orden de cosas la Iglesia ayudaba al Estado y el Estado a la Iglesia y ambos rechazaban lo que perjudicaba o amenazaba su acción y su vida, valiéndose para guardarse y librarse de sus enemigos de penalidades, según el espíritu de la época, severas, espirituales unas, otras materiales y temporales".

Estos principios de íntima unión entre el poder religioso y el secular dieron origen a la guerra contra los albigenses, herejes y anárquicos, cuyo nombre tomaron de Albi, ciudad del Langüedoc, provincia meridional de Francia, uno de sus centros de acción.

El celoso espíritu de Santo Domingo de Guzmán no podía permanecer inactivo, viendo el progreso de un error que, según

palabras del mismo P. Boisdrón no era una, sino un haz de herejías, cuyas doctrinas morales autorizaban a practicar esos inconcebibles refinamientos de vicios que amalgamaban la depravación de Bizancio a la corrupción de Roma.

Santo Domingo luchó primeramente con sus mejores armas espirituales: la oración, la penitencia, la controversia pacífica; pero esta mansedumbre, que era prudencia cristiana, mal interpretada por el adversario, creábale una atmósfera de cobardía que mal se avenía con su calidad de santo y de español.

El asesinato del Legado de la Santa Sede, Pedro de Castelnau, el 15 de enero de 1208, por los herejes, puso el colmo a sus crímenes, haciendo vibrar de indignación el corazón de la cristiandad: El Papa Inocencio III llamó a los pueblos a una cruzada y el Patriarca de Guzmán formó un ejército con las características de una orden militar, denominándolo "Milicia de Jesucristo". A su frente se puso el Conde Simón de Monfort y a su brazo se encomendó la defensa de los intereses de la Iglesia.

Nuestro Patriarca limitó su acción en los combates, a la oración por el triunfo de las armas de la buena causa, mientras éstas se esgrimían contra la osadía herética.

Triunfante la verdad, la espada guzmana volvió al reposo; los colores blanco y negro no se ostentaron ya como bandera de combate material y la hermandad cándida por el color de su hábito pasó a ser la Tercera Orden de Penitencia con la aprobación y confirmación de los Sumos Pontífices. Según el padre Lacordaire desapareció lo que había en ella de militar cuando desaparecieron las causas públicas del combate, quedando consagrada la asociación a los progresos del hombre interior bajo el título de Hermanos y Hermanas de la Penitencia de Santo Domingo. Porque cada época con las necesidades de su ambiente, plasma la personalidad del individuo, y nuestra Orden, serpenteando por el sinuoso camino de las edades y de las mutaciones humanas, cambió su brillante aspecto de guerrera por el hábito del penitente, el báculo del misionero y la paciencia del maestro para poder enseñar su verdad y conducir las almas a Cristo.

Alguien ha dicho: o renovarse o morir. Así, al través de las edades la Iglesia va tomando algunas características de los tiempos porque atraviesa y el cristianismo del siglo XX toma algunas modalidades nuevas en su parte puramente práctica.

Tomemos uno de sus componentes: la mujer.

La mujer cristiana del siglo XX adiestrándose en la universidad, la cátedra o el taller para sustituir o ayudar al hombre en su facultad de proporcionar los medios de subsistencia para el hogar, no será la castellana medioeval que rodeada de su servidumbre teje con sus dedos marfilinos el lino de la gorguera que su señor y dueño ha de lucir a la vuelta de su expedición de guerra; y la imaginación femenina tampoco podrá estar ocupada únicamente por el recuerdo del que por divisa puso en la cimera de su yelmo el guante que otrora oprimiera su mano.

Consecuente con este anhelo, la mujer cristiana de categoría social elevada por su cuna, su inteligencia, su dinero, o por aquella otra verdadera aristocracia, la del espíritu, no puede en la hora actual, sin un criminal abandono, descuidar los problemas de la vida moderna, llámense asistencia social, conflictos obreros, o el más noble de cuestión religiosa. Tampoco los descuidaba la dama antigua, pero los encaraba de diversa manera. El trabajo en el hogar, la sumisión incondicional y un ideal de abnegación rayano en el martirio, bastaban para colocarla en un pedestal de superioridad respecto al cumplimiento de su misión en la vida.

No hemos pedido nacer en esta época. No hemos buscado tampoco los acontecimientos de la postguerra; ellos han venido fatal y brutalmente a cambiar los horizontes de la humanidad, que al decir de un escritor progresa por espiras; que para elevarse algunos grados proyecta primero una curva descendente.

Según los hombres de pensamiento, asistimos a la terminación de una era y al comienzo de otra, en los acontecimientos humanos.

El liberalismo del siglo XIX ha hecho su ciclo y sus fundamentos tiemblan.

Sus frutos son una especie de vértigo mundial que amenaza con nuevas hecatombes. ¿Qué nos deparará la Providencia?... ¿Aprovecharemos las lecciones de la Historia?

Hemos juzgado a la Edad Media, puntualizado sus yerros, desenglobado sus cualidades y con los elementos de experiencia que nos deja un nuevo ciclo de principios totalmente opuestos: ¿podremos buscar un término medio equilibrador para la humanidad? ¿Morirá la civilización actual devorada por el Moloch de Moscú! ¿Señor Jesús! Detén a tus criaturas predilectas en sus caminos de extravío!...

Lo que respecto a la mujer de la actualidad y a las bases de la legislación de los pueblos he puntualizado, sírvame de refuerzo para



Grupo de asambleístas, a la salida del Templo de Santo Domingo. — Tucumán.

mi aseveración de que a nuevas necesidades nuevas modalidades en las formas de llenarlas.

¿Podría nuestra Orden Tercera, constante vigía de la Verdad, quedarse rezagada del espíritu de la hora actual? . . . No. Y el mismo Vicario de Cristo enderezará su ruta hacia la consecución de su invariable ideal.

Verdad, he ahí su espíritu.

¿Su naturaleza? Amor.

El amor, causa primordial de la creación; el amor que sustituye en la Nueva Ley al temor del pueblo hebreo; el amor que abriéndose paso en los horizontes de barbarie de los comienzos de la Edad Media, dulcifica aquellos seres semisalvajes, para hacerles doblar la rodilla ante el símbolo de la Redención.

¿Quién es el ser que tal amor inspira? En la historia profana, un recuerdo nada más, un simple dato histórico.

Allá en Oriente, en Belén de Judá, nació un día, en humildísima cuna, un pequeñín de blondos o brunos cabellos — su biografía no lo ha precisado con exactitud. — Su vida tuvo rasgos muy extraordinarios pero al final, lo ajusticiaron con una muerte infamante; murió en una cruz.

¿Cuál es, pues, el secreto que subyuga el corazón para caer de rodillas a sus plantas rendido de amor?

La historia — siempre profana — no sabría contestarlo, sólo el sentimiento cristiano es capaz de definirlo.

Ocultos designios de un Dios que quiso, amándolas, ser amado de sus criaturas: que permitió la caída del hombre desde un paraíso para ofrecerle sus brazos sangrantes, plenamente abiertos para mejor acogerlo; y por si alguna duda le asaltara respecto al amor con que se los ofrecía, permitió que rasgado su pecho, apareciera el ardiente corazón instigador de tamaña demostración.

Y como el amor no puede ser pagado con otro don que el amor mismo, la humanidad de selección enloquecerá al comprender las prestancias del amor de un Dios.

Y vemos a Pedro abandonar sus redes, a Pablo sus prerrogativas, a Magdalena sus sensualismos, a las vírgenes desechar amores para dedicarse a amarle; y a una pléyade de mártires verter su sangre en holocausto al Divino Amante.

El alma excelsa de Domingo de Guzmán, las Ordenes religiosas fundadas por él ¿se eximirían por ventura de esa comprensión?

Preguntádselo a Catalina de Sena cambiando su corazón con

UN COMENTARIO DE 'LA GACETA'

Tucumán, 7 de Julio de 1934.

AYER CONTINUO EL CONGRESO TERCARIO DOMINICANO. — EL PROGRAMA SE DESARROLLO CON LA ASISTENCIA DE NUMEROSOS FIELES EN EL TEMPLO DOMINICANO DE TUCUMAN

Hoy continuaron los actos del Primer Congreso Terciario Dominicano, cuya etapa inicial se realiza en esta ciudad.

Por la mañana, a las 8 y 30 horas, se llevó a cabo una gran jornada eucarística en el templo de Santo Domingo, oficiándose una misa por el Reverendo Padre Provincial fray Tomás Luque, con asistencia de todas las asociaciones, colegios, asilos y de muchos fieles.

A las 10 horas entonó cánticos sagrados un coro formado por las señoritas Elena Heller, Lucrecia Cossio y Delia Zeiger.

La señorita Ester Sánchez Cires, delegada cordobesa, disertó sobre "La Venerable Orden Tercera y la Acción Católica", números de música por el conjunto coral; disertación por la señorita María Luisa Klappenbach, delegada de San Juan y Mendoza, desarrollando el tema "La Tercera Orden de Santo Domingo en la Argentina".

A las 16 horas hubo solemne Hora Santa; disertación por el presbítero Amancio González Paz, sobre "Unidad por la fe y la caridad, vínculos de perfección en la triple familia dominicana"; solemne bendición con Su Divina Majestad.

A las 17 horas, dando término a los actos del día, se desarrolló el siguiente programa: "Nocturno" de Chopin, por las señoritas Zulma Carranza y Gilda Gritti; la señorita Angelina Bianchi Luque, delegada porteña, disertó sobre "La Sagrada Eucaristía y la Venerable Orden Tercera"; "Serenade" de Squir, por las señoritas Lucía Lemoine y Gilda Gritti; disertación "La Venerable Orden Tercera, su naturaleza y su fin", por la delegada de Monteros, Tucumán, señora Sara Meléndez de Quesada, Himno al Santo Patriarca Domingo de Guzmán.

“VISITA A LA CASA HISTORICA”

Presentes las delegaciones de todas las provincias en la ciudad histórica de Tucumán, cuna de la libertad argentina y aun americana, no podía faltar el tributo admirativo a los ínclitos congresales de 1816.

En la misma sala histórica, donde en aquel día 9 de Julio inolvidable y sagrado nuestros padres juraron y proclamaron la Independencia Nacional, allí, en vísperas del magno aniversario, confundidos e identificados nuestros congresistas con una enorme multitud, culminaron las asambleas del “Primer Congreso Nacional Terciario Dominicano”.

El solemne acto cívico religioso realizado el domingo 8 de julio a las 16 horas, tuvo su magnífico intérprete en el M. R. P. Prior Provincial, que improvisara una brillante y férvida oración que lamentamos no poder reproducir.

“LA VENERABLE ORDEN TERCERA Y EL APOSTOLADO CRISTIANO”

Por la Srta. CLORINDA PAZ COLOMBRES, T. D.

Ilustrísimo Sr. Vicario. Muy Reverendo Padre Provincial. Venerable Clero. Señoras, Señores:

EL catolicismo contempla días de angustia, de duda y de amargas incertidumbres para el mundo. Los soldados de Cristo vuelven los ojos hacia la cumbre, que durante siete siglos derrama torrentes de luz e ilumina el camino; la Venerable Orden Tercera de Santo Domingo con sus trofeos y ejemplos de sabios, santos, hogares cristianos, fundamento de la vida moral y vital en la sociedad. Preclaros apóstoles, mujeres heroicas, de virtud indiscutible y de una acción que fué verdad y fuego de amor.

En la hora presente la Orden Tercera entra en las filas de la acción católica, con su elemento ya ejercitado en el apostolado laico y llena una de las finalidades, mejor dicho, todas, enseñando, asistiendo al enfermo, socorriendo al pobre y con esa constancia indefectible de formar en todos sus miembros el verdadero espíritu apostólico. Sabemos que la acción católica viene desde el tiempo de los apóstoles y que ya en aquella época, los laicos rodeaban y ayudaban al Maestro y a sus discípulos. Y la Venerable Orden Tercera siguiendo esa ruta ha procurado sostener ese espíritu, mediante los medios a su alcance. La enseñanza de la doctrina católica, no es sólo la trasmisión de los conocimientos elementales del catecismo ni el conjunto de oraciones: es la doctrina social, que emana de las fuentes evangélicas; de su enseñanza sacamos los nuevos caminos que conducen al perfeccionamiento espiritual y a la paz social.

Pero, ¿cómo vamos a difundir un aspecto tan esencial del catolicismo si no estamos completamente imbuídos del espíritu de sus leyes y de la práctica de sus virtudes, esencia de tan sublime doctrina? ¿Con qué autoridad la predicaremos?

¿Si sólo practicamos un culto exterior sin el conocimiento de la fe con que se debe edificar? Es doloroso decirlo, pero es el fariseísmo que domina a un gran número de católicos. Que haya conformidad con nuestros actos y la palabra para que nuestra enseñanza tenga la vitalidad de la doctrina de Jesús. El que recibe la misión de decir grandes cosas está obligado por eso mismo a practicarlas, dice San Gregorio. Los hombres tienen derecho de ser exigentes con aquellos que pretenden enseñarlos y reformarlos.

No olvidemos, pues, que al estudio de la religión debemos unir la práctica de las virtudes, la contemplación y la penitencia de una Rosa de Lima en el maravilloso concierto de su mundo espiritual. En verdad, si los católicos aplicáramos a nuestra conducta individual la doctrina del Evangelio no existirían los grandes problemas sociales que conmueven al mundo.

Por lo tanto, para alistarnos nosotras, humildes aspirantes a la difusión de tan sublime doctrina hemos de empezar por la práctica de algunas virtudes a nuestro juicio, indispensables. La sinceridad, por ejemplo. Dice una escritora argentina, que la sinceridad en el hombre lleva luz al interior de su alma; conquista su libertad; sabe lo que quiere y obra según esa voluntad. Quien no es sincero consigo mismo, algún día le sorprenderán sus propias acciones. Sincerado consigo mismo el hombre, no debe olvidar que nada puede por sí mismo, sin el socorro de la gracia sobrenatural. Debe también, fortificar su celo con la meditación de los Santos Evangelios y la lectura de las grandes vidas.

En cuanto a la formación moral del católico activo dice San Bernardo: "No es prudente el hombre que primero no lo sea para sí". Y la Sagrada Escritura: "Si queréis ganar a Dios tened piedad de vuestra alma. Más fructificará nuestro trabajo, si primero procuramos nuestra santificación". Concluyamos que a la sinceridad deberá unirse la humildad, preciosa virtud cristiana, que es, en realidad, espíritu de sacrificio; amor hecho perdón para nuestro prójimo.

También la oración diaria y fervorosa nos dice de la mejor forma de virtudes, como la consiguió Santo Domingo de Guzmán, quien siempre hablaba de Dios Nuestro Señor. Les decía a sus discípulos: "Hablad siempre de Dios y con Dios".

Comprendía que todos los que se dedican a un apostolado cristiano debían primero fortificarse del espíritu de Dios. Tuvo tanta fe en la convicción de lo que podía el hecho de una vida virtuosa, que en verdad, podía decir: El ejemplo puede más que muchos ser-

mones: multitud de conversiones se han realizado sin discusión alguna, por la sola virtud de una bondad infatigable, y, muchas veces heroica.

Recorriendo la historia de la Venerable Orden Tercera Dominicana, en esta ciudad nos encontramos con virtudes heroicas, encarnadas en los Hermanos Terceros como el Obispo Aráoz, y los RR. PP. Colombres, Alfaro, Domínguez, López Molina; quienes siguiendo la estela luminosa del gran Patriarca han dejado entre nosotros verdadera escuela de santidad y ejemplos a seguir. Del Presbítero Estraton Colombres ha dicho Bores, el célebre orador tucumano:

“Descendiente de una familia ilustre, no tuvo vanidades; sacerdote de gran prestigio durante muchos años, sólo practicó el bien, siendo la fortuna en sus manos el pan diario de muchos hogares”.

Hogares honorables y familias de verdadero abolengo, como los de Frías, Alurralde, Posse, Terán, Colombres, Padilla, Olmos, Paz, Zavaleta, Gallo, Molina, Méndez, que han formado la verdadera sociedad seria y de significación en Tucumán, a pesar de todas las evoluciones inherentes a toda civilización.

Estamos en posesión de la historia y ella nos dice de la grandeza y de la acción eficiente de esta Hermandad, de cuño señorial y de verdadera acción católica, por su espíritu y obras de éxito insuperable y reconocido, como lo es su apostolado laico realizado en todo tiempo, bajo distintas faces.

Tucumán no puede sustraerse a este apostolado sincero y dominicano, que se introduce en las raíces de esta sociedad siempre y constantemente gloriosa, histórica y cristiana.

Permitidme ahora un recuerdo que se impone en estos momentos.

En una reunión de carácter eminentemente dominicano, ante una concurrencia de personas que forman el hogar tucumano evocamos la personalidad del querido y respetado sacerdote, el P. Boisdron, admirado en esta sociedad por sus cualidades morales e intelectuales: es justo evocarlo en este momento de gran significación para nuestra sociedad, como a una sombra tutelar; quisiera traducir una, siquiera, de las enseñanzas del maestro, del sabio y virtuoso sacerdote; una lección de la enérgica acción cristiana con que supo orientar a esta sociedad nos bastaría para la eficacia de la labor que nos proponemos.

Al evocar su recuerdo, avivo el sentimiento de responsabilidad que gravita, imperiosamente, en la familia dominicana de cultivar

aquellas virtudes que anheló inculcarnos en casi medio siglo de su fecundo y brillante apostolado.

Por otra parte, queda como un testimonio de mi afirmación y como una estela de luz, la obra realizada entre nosotros, de aquella matrona tucumana honor de nuestra historia y ejemplo de virtud, la R. M. Dominga, que alentada y dirigida por el P. Boisdrón, supo ser en la hora de dolor para esta sociedad, el verdadero apóstol, socorriendo al huérfano, enjugando lágrimas y derramando a manos llenas caricias maternas, para aquellos seres que no las conocían; con su obra llenó todos esos claros dejados por la desgracia y la muerte y que, en verdad, tanto dicen de la bondad de Jesús y de las almas que le siguen.

Modelada por el espíritu de aquel sacerdote, fué el ejemplo edificante de caridad ardiente y piedad sincera. Tan humilde era, que solía decir a sus religiosas: "A la que es fiel y constante en humillarse, nuestro divino Jesús le dará su amor, su paz y felicidad".

He creído oportuno recordar estas personalidades, como se suele hacer en rueda de familia, para inspirarnos en su ejemplo y acción cristiana.

En esta fiesta dominicana y tucumana esos dos nombres se imponían; pues, podemos decir que son nuestro honor y queríamos que su recuerdo nos acompañara en estos momentos.

Hemos citado, pues, modelos de elevadas virtudes en nuestro ambiente, que nos servirán para guiarnos y alentarnos en nuestra misión de Terceras Dominicanas. Estimulada nuestra hermandad por esos recuerdos gloriosos, hemos de propiciar una reacción que nos haga dignos de ellos y que, respondiendo al pensamiento de S. S. el Papa reinante, podamos decir con el apóstol: Hemos combatido el buen combate; hemos conservado la fe; no nos resta otra cosa que la eterna corona.

He terminado.

“SANTA CATALINA DE SENA Y SANTA ROSA DE LIMA,
MODELOS DE TERCARIAS”

Por la Srta. CARMEN LAVALLE, T. D.

Delegada por Santa Fe y Rosario

*Ilustrísimo Señor Vicario;
Muy Reverendo Padre Provincial;
Venerable Clero Secular y Regular;
Señoras y Señores:*

TENGO el honor de traer la honrosa representación de la Venerable Orden Tercera de Rosario y de Santa Fe, a esta magna Asamblea Dominicana, reunida como acto de adhesión al próximo Congreso Eucarístico Internacional, a la vez que conmemorando el séptimo centenario de la canonización de nuestro glorioso Fundador y Padre común; y al presentaros mis respetuosos saludos, lo hago con aquellas santas palabras de Cristo: “La paz sea con vosotros”.

I

Cuenta la leyenda piadosa, que un buen día del año 1170, la Beata Juana de Aza tuvo aquella conocida visión del perro que iluminaba el mundo con una antorcha sostenida en la boca: augurio feliz y precursor de la natividad de nuestro Santo Padre Domingo de Guzmán, aquel genio en acción, cuya gloria rebosó el siglo XIII, en que fué nuevo animador de la vida espiritual.

Y la luz de aquella antorcha profética sigue después de siete siglos iluminando al mundo con sus místicos fulgores, alumbrando la senda de la salvación a las almas que deseando santificarse, siguen las huellas del esforzado extirpador de la herejía albigenese, en las tres ramas selectas del árbol dominicano.

II

Entre los espíritus escogidos que alcanzaron el más alto grado de humana perfección llegando hasta la virtud heroica, cegados por la luz inspiradora de la gracia que irradiaba la antorcha simbólica, se destacan con perfiles propios Santa Catalina de Sena y Santa Rosa de Lima, glorias de nuestra Venerable Orden Tercera.

Para poder comprender la intensa vida interior de estas dos grandes figuras del Santoral Dominicano, debemos hacer una ligera evocación del espiritualismo de aquellos siglos cristianos, difícil de comprender en esta época de grosera materialidad, en que se vive en medio de una vertiginosa carrera tras el ídolo de oro y los efímeros dotes perecederos del mundo.

Hoy no se halla tiempo para la meditación que es el refugio de las almas escogidas y fuente inagotable de la gracia santificante. Muy pocos son los espíritus piadosos que en el repliegue interior del alma, evocan al pie del Crucifijo el misterio sagrado de la Pasión y Muerte del Redentor, ejercicio piadoso realizado con frecuencia por Santo Domingo, y por sus dignísimas hijas espirituales Santa Catalina y Santa Rosa.

La vida moderna es un torbellino, y en su vorágine nadie tiene tiempo para pensar un solo instante sobre el verdadero destino humano y en la verdad palpable de la muerte, que abre las puertas de la eternidad. El modernismo trajo consigo una profunda transformación de las costumbres, y como fruto inmediato la insensata frivolidad que relajó todas las grandes instituciones; el materialismo avasalló al espiritualismo, y amenaza los firmes pedestales de la sociedad y de la familia.

La meditación no sólo es necesaria para la vida espiritual, sino también para la vida propiamente racional. El alma que no gusta del placer de la reconcentración interior, y pasa la vida revoloteando por las impresiones exteriores de los sentidos, como las mariposas en torno de las corolas matizadas de las flores, no podrá conocer jamás el verdadero sentido de aquella enseñanza de Cristo: "Cuando orares, entra en tu retiro, y cerrada la puerta, ora a tu Padre en lo escondido". Quien no medita carecerá hasta del verdadero sentido de la responsabilidad en la vida estrictamente racional.

Es de notar la insistencia grande con que recomiendan los clásicos maestros de la vida espiritual, este replegamiento del alma

en sí misma, y la solicitud con que cierran y obstruyen todas las aberturas por donde pueden pasar las impresiones perturbadoras, para que las imágenes incoherentes y coloridas de los sentidos no entorpezcan la íntima actividad del entendimiento en la meditación.

La gracia santificante, luz del orden divino, sólo se obtiene por medio de la elevación moral, cuyo perfeccionamiento se complementa con la oración y la frecuencia de los santos sacramentos, prácticas naturales del espíritu que se reconcentra y medita.

En la Edad Media la idea preponderante era respecto al orden de prioridad entre los dos valores básicos de la Liturgia: el pensamiento y la acción, la supremacía del primero sobre el segundo; la del rango superior del Logos sobre el Ethos. Y este triunfo del espíritu sobre lo perecedero, lo alcanzó la serena y profunda meditación de los místicos.

Por eso en aquellos siglos heroicos, que bien pueden ser llamados de oro, florecieron todos los grandes Santos, que son honra del Ideal . . .

III

Santa Catalina nació en 1347 en Sena, ciudad de Italia, en un hogar humilde de honrados artesanos; y dió pruebas desde su más tierna infancia de una ardiente piedad, indicio seguro de la vida sorprendente con que debía dar ejemplo al mundo. A los cinco años tenía la piadosa costumbre de no subir nunca los escalones de la casa paterna, sino de rodillas, rezando en cada escalón el "Ave María". Teniendo tan sólo siete años, formuló sus votos de perpetua virginidad. Por esta misma época tuvo una aparición de Nuestro Señor, que produjo en ella impresión tan poderosa y saludable, que después no parecía ya ser una niña. Desde entonces experimentó una inclinación marcada por la vida religiosa, venerando en particular a Santo Domingo, por cuyos religiosos tenía singular estimación.

Refiere el Beato Raimundo de Capua, que fué su director espiritual, una anécdota cuya exposición pongo a la consideración de todos mis hermanos de la Venerable Orden Tercera para que mediten sobre su alto valor espiritual: "En esta niña predestinada se notó una costumbre que puede parecer extraña, pero que nos revela su pensamiento precoz inclinado a venerar al gran Santo que había de ser su Padre y su modelo. Cuando algún religioso de los predicadores salía para la ciudad o pasaba para su convento, siempre, según la Regla de

la Orden, acompañado por uno de sus Hermanos, debía necesariamente pasar ante la casa paterna de nuestra santa; la pequeña Catalina seguía con la vista a los dos religiosos y conforme habían pasado, si se creía sola, se arrojaba a besar las huellas de sus sandalias. El homenaje no era ciertamente a tal o cual religioso, pues con frecuencia ni los conocía, era a su hábito, o más bien a lo que para ella simbolizaban: la Orden”.

Un día mientras oraba, su padre vió una paloma de fulgurante blancura posada sobre su cabeza; y por esa misma época, se le apareció Santo Domingo anunciándole a su piadosa devota, que no tardaría en tomar el hábito de las Hermanas de la Tercera Orden de Penitencia.

Ahora conviene destacar, que Santa Catalina de Sena no buscó la propia santificación entre los claustros de un monasterio, sino viviendo en el mundo tormentoso de su siglo, unida a la Venerable Orden Tercera por los firmes lazos de la “profesión”, lo que deseo destacar, como una prueba íntimamente alentadora, consagrada como verdad fundamental: que el Terciario forma realmente parte de la Orden, siendo en toda la extensión de la palabra hijo espiritual de Santo Domingo. Cuando hubo vestido el santo ropaje dominicano, se excitaba al fervor diciendo: “Acuérdate de que este hábito negro y blanco te recuerda la necesidad de hacer penitencia y de permanecer pura”, obligándose a observar los tres votos con puntual exactitud, aunque las Hermanas de Penitencia no los hacían.

Así se elevó al más alto grado de mística perfección, compenetrándose por la meditación, del verdadero espíritu de nuestra Orden, hasta llegar a ser la discípula más aventajada de Santo Domingo, razón por la cual, la Venerable Orden Tercera la considera su “Madre Seráfica”.

Un episodio de su vida admirable, nos revela hasta qué punto se impregnó su alma del fervor dominicano. No era ya una niña, sino desde hacía varios años ferviente “mantellata”, viviendo íntimamente unida a Jesucristo que la colmaba de extraordinarios favores. Un día, 3 de Agosto, antes de las primeras vísperas de Santo Domingo, habiendo llegado temprano para asistir a ellas en la iglesia de los Predicadores y con el alma desbordante de esa alegría que experimentan los hijos al llegar a la fiesta de su padre, habíase puesto a orar, cuando este dulcísimo Padre se le apareció en una visión. Pero mientras el Santo tenía en éxtasis a su hija predilecta, un hombre penetró en el templo y fuera por el movimiento de la

puerta o por el ruido de sus pasos, el hecho fué que Catalina se distrajo menos de un segundo, pues volviendo la mirada, reconoció a uno de sus hermanos. Tornó nuevamente a orar, pero la visión ya había desaparecido. Entonces la Santa lloró hasta no poder responder a su confesor que la interrogaba por la causa de su llanto, y lloró toda su vida lo que ella consideraba una gran falta, acusándose hasta su hora postrera con el acento de la contrición más profunda: y toda su culpa había sido apartar un instante la vista de su Santo Patriarca.

Nuestro Señor Jesucristo prendado de las virtudes heroicas de Santa Catalina, la tomó por Esposa mística, dándole un anillo de oro como prueba de sus bodas.

Uno de los ejercicios espirituales que acostumbraba a hacer con frecuencia, era el de meditar al pie del crucifijo sobre los misterios de la Pasión y Muerte del Salvador, y tal solía ser su abstracción interior, que siempre terminaba en éxtasis. Durante uno de estos arrobamientos su Divino Esposo le imprimió las Sagradas Llagas de la Pasión, cuyos intensos dolores sentía continuamente, pero, por petición expresa de la Santa, las heridas quedaron invisibles a los ojos de los hombres.

En sus años postreros, la Santísima Eucaristía fué el único alimento de Santa Catalina, así como también el único remedio de sus enfermedades. Cuando se aproximaba a la Santa Mesa, su rostro se cubría de rubor y su corazón latía con tal violencia, que se percibían nítidamente sus palpitaciones. Cada vez que comulgaba, caía en unos arrobamientos que duraban dos o tres horas; la Hostia Santa se escapaba con frecuencia de manos del sacerdote para ir a su boca. En uno de estos éxtasis, el Divino Jesús, le rasgó su casto pecho y le arrancó el corazón; algunos días después, se lo volvió a abrir y le colocó en su lugar su Sagrado Corazón, transportando de fervor a la Santa, que llena de mística exaltación, decía: "Señor, os recomiendo Vuestro Corazón".

¡Qué honor tan insigne!

¡El pecho virginal de nuestra Santa convertido en Sagrario para guardar el dulce Corazón de Jesús!

Por eso sus escritos reflejan el aliento Divino, y su doctrina se redujo a estos dos grandes principios: "Amar a Dios y sufrir por El".

IV

Santa Rosa de Lima fué la flor más hermosa que brotó en la rama tercera del árbol dominicano, y su fragancia, al decir del gran Pontífice León XIII, no sólo perfuma los altares del Perú, sino los del mundo entero.

Evocaré sólo algunos episodios de su vida portentosa, que evidencian cómo su alma castísima estaba impregnada hondamente del espíritu de nuestra Venerable Orden Tercera.

La poética Lima, la ciudad de los Reyes, la más histórica de la América española, tuvo la gloria de ser la patria nativa de esta santa virgen que nació el 20 de Abril de 1586, recibiendo en las saludables aguas del bautismo el nombre de Isabel. Un día que su madre estaba inclinada sobre su cuna, vió sobre las mejillas de la niña una rosa roja, y llena de emoción, tomándola en sus brazos, exclamó: "En adelante serás mi rosa", haciendo admirar este prodigio a todos los parientes.

Ya adolescente, era ferviente devota de la Santísima Virgen del Rosario, milagrosa imagen que se venera en la Iglesia de Santo Domingo, confiándole sus penas y alegrías, y es fama, que jamás salió de su capilla sin haber obtenido un favor especial. En cierta ocasión la Santísima Virgen le dijo con risueño semblante: "Tu nombre agrada sobremanera al Hijo que llevo en mis brazos, y desde hoy añadirás el mío, llamándote Rosa de Santa María. Tu alma ha de ser flor olorosa consagrada a Jesús".

Sólo cinco años tenía Santa Rosa cuando hizo voto de virginidad, complaciéndose tanto Jesús al recibir esta ofrenda, que resolvió darle el regalado título de Esposa. Un día en que la Bienaventurada oraba arrobada en altísima contemplación, la Reina del Santo Rosario le dijo: "Hija mía, querida Rosa, ¿quieres por Esposo a este dulce Niño que tengo en los brazos? — y Vos, Hijo mío amantísimo, ¿quieres por Esposa a esta casta doncella, a esta fragante rosa en humildad y pureza?" El Niño Jesús no pudo disimular su tierno afecto, y dió su consentimiento con estas dulcísimas palabras: "Rosa de mi corazón, yo te quiero por Esposa". Tan vivamente hirieron estas voces sobrenaturales el corazón de la amante doncella, que cayó en tierra desmayada.

Deseando abrazar el estado religioso para servir a Dios, quiso ingresar como monja en el convento de la Encarnación, pero al des-

pedirse de la imagen Santísima de la Virgen del Rosario, quedó como enclavada en el suelo sin poderse mover, porque era designio de Dios que hallara su santificación en la Venerable Orden Tercera de Santo Domingo.

Recordando la piadosa Virgen limeña que "no en el tumulto de las gentes, ni en medio de las muchedumbres está el Señor", y deseando vivir unida con su Divino Esposo, huyó del mundo, evocando aquellas palabras del Profeta: "llevará el alma a la soledad, y allí le hablará al corazón". Con esta finalidad, comprobando que en el hogar paterno no había un lugar bastante oculto, para dedicarse a una vida de contemplación y de penitencia, hizo construir en el fondo del jardín una pequeña ermita, en la que buscó albergue propicio a su piedad. Así en medio de sus labores, tenía un retiro espiritual en Jesús su amado Esposo, donde se reconcentraba para meditar sobre la Sagrada Pasión.

Respondiendo al llamado del Señor, cuando dijo: "El que me sigue no camina entre tinieblas", la limeña Santa quiso seguir al Divino Maestro por el áspero sendero de la Cruz, y puesta de hinojos largas horas, la vista siempre fija en la insignia redentora con el alma exaltada por celestial amor, parecía escuchar la mágica voz de Tomás de Kempis, aquel sabio guía espiritual, que aconsejaba: "El religioso que se ejercita intensa y devotamente en la santísima vida y pasión del Señor, hallará en ella con abundancia todo lo útil y necesario; ni tiene que buscar cosa mejor fuera de Jesucristo".

Esta bellísima Rosa florecía entre las espinas sublimes del padecer, pues en el ardiente deseo de imitar a Cristo, salía todas las noches al jardín con las espaldas desgarradas por cruel disciplina como lo habían estado las del Señor por la flagelación, llevando sobre los hombros una pesada cruz, caminaba lentamente con los pies descalzos, meditando sobre la subida de Jesús al Calvario, y dejándose caer algunas veces para mejor parecerse al Divino modelo. Con la práctica de este piadoso ejercicio, se iba la Santa compenetrando cada vez más de la pasión del Salvador, tratando de ingeniarse para hallar sufrimientos que le diesen la realidad palpable de la excelsa tragedia del Gólgota. Así, deseando aumentar sus torturas se hizo una corona dispuesta en tres hileras, conteniendo treinta y tres clavos en memoria de los años que Cristo vivió en la tierra, y cortando su hermosa cabellera para que en nada atenuase su dolor, cada viernes se clavaba con violencia esta diadema punzante en la

cabeza, devorada por el ansia de sufrir como el Amado de su corazón. Y tan del agrado del Señor fueron estos místicos arrebatos de la joven doncella, que apareciéndosele el Niño Jesús, púsole sobre su pura frente, una bella corona de olorosas rosas.

Nuestra Santa suplicó fervorosamente al Patriarca que había elegido por Padre y por modelo, la gracia de la fundación en Lima de un convento de Monjas Dominicas, y Dios le hizo la revelación de haber sido escuchado su pedido, fundándose dicho convento como ella lo predijo, poco tiempo después de la muerte de la Santa, siendo una de las primeras religiosas su madre Doña María de Oliva, que tomó el velo al quedar viuda. Ese monasterio construído en honor de Santa Catalina, pronto contó con doscientas monjas, cuyas virtudes edificaron a la ciudad de Lima.

La mayor gloria que logró la blanca y fragante Rosa del Rimac, consistió en haber sido émula fiel y perseverante de Nuestro Padre Santo Domingo y de Nuestra Madre Seráfica Santa Catalina.

Al terminar mi exposición, pláceme invitaros a levantar el corazón, para que, unidos todos en una sola oración, compenetrados del espíritu de la Regla que nos rige, roguemos a nuestro ínclito Fundador bendiga a la Orden en sus tres ramas, mirándonos piadoso en este bajo suelo, y recibiéndonos generoso en el cielo al llegar la hora postrera.

Supliquemos también a la Divina y Excelsa Trinidad y a la Santísima Reina del Rosario, que no tarde en llegar el ansiado día de la canonización de la Beata Juana de Aza, dignísima madre del Patriarca, cuyas cenizas esperando esa justicia descansan en Peñafiel en un antiguo convento de Dominicos; y de la dulce y angelical Beata Imelda de Lambertini, que es honor de la Orden por sus preclaras virtudes eucarísticas.

¡Y que los altos y nobilísimos ideales simbolizados por los colores negro y blanco, nos guíen por el sendero que conduce a la gracia santificante! Así, con la bendición de Dios y la ayuda de nuestros Santos, viviremos cristianamente en paz, y seremos dignos de alcanzar las promesas de Nuestro Señor Jesucristo.

“LA VENERABLE ORDEN TERCERA Y LA MORALIZACION DE LAS COSTUMBRES”

Por la Sra. D^a EUGENIA GARCÍA DE ALIAGA, T. D.

Delegada por Córdoba

*Ilmo. Sr. Vicario; M. R. P. Prior Provincial; RR. Sacerdotes;
Señoras; Señores:*

LA Venerable Orden Tercera Dominicana de la ciudad de Córdoba, me ha confiado la honrosa misión de traeros un saludo cordial y representarla en este Primer Congreso Nacional, que con motivo del séptimo centenario de la canonización de Santo Domingo de Guzmán, se celebra en esta ciudad.

Cumpliendo un deber de gratitud hacia el glorioso Santo, la Venerable Orden Tercera por él fundada ha propiciado este Congreso, que ha de ser el lazo de oro que reúna, acerque y estreche a personas que alejadas por la distancia, participan de las mismas ideas y están unidas por los mismos sentimientos y vínculos espirituales.

Quisiera, señoras, en este momento, para cumplir dignamente la honrosa representación que traigo, que mis palabras fueran inspiradas por el espíritu del Santo que anima este Congreso, para poder con términos claros y precisos ponerlos de manifiesto la grandeza de su vida, la realización de su obra, lo que representa en la tierra la Orden Terciaria Dominicana y la influencia de la Religión en la moralización de las costumbres.

II

La perfección de todo hombre, es lo que persigue el verdadero progreso en su triple esfera: moral, intelectual y física.

Cualesquiera de ellos que se abandone, se pierde un elemento



Anverso y reverso de la medalla conmemorativa del "Primer Congreso Nacional Terciario Dominicano". — Diámetro: 0m.066.

Acuñada en los talleres de D. José F. Plana

indispensable y la recta razón exige, que en la civilización de un pueblo la perfección moral, preceda a la intelectual y ésta a la material. Si se invierte el orden, la máquina del progreso se desconcierta y se producen esos tremendos cataclismos de que nos dan ejemplo las ciudades de la antigüedad.

Como un contrapeso a la fiebre de goces materiales que persiguen los pueblos, como equilibrio para los errores que alucinan el entendimiento, la civilización cristiana, debe a la Iglesia, el insigne beneficio de las Ordenes Monásticas, que son su ejército permanente. Con el ejercicio de la perfección, esencia de la vida religiosa, y con la práctica de heroicas virtudes, las almas contemplativas, compensan en cierto modo el olvido culpable en que dejan los hombres el progreso nobilísimo del espíritu.

Así fué, pues, que el glorioso Patriarca de Guzmán, conocedor de las insidias del mundo, no menos que de los saludables remedios tomados en la Divina Doctrina del Evangelio, tuvo la inspiración de fundar la Tercera Orden Dominicana, con el fin de que, en esta su Hermandad, se acogieran toda clase de personas, que desearan llevar una vida más perfecta.

La historia de esta institución, es una de las más hermosas y la Iglesia le tiene concedido el privilegio de antigüedad. Produjo santos en todos los órdenes de la vida humana, desde el trono de los reyes hasta la buhardilla de los pobres, contando entre ellos a Santa Catalina de Sena y Santa Rosa de Lima. Su Santidad Benedicto XV, con toda razón llama a la Orden Tercera Dominicana "Excelsa y Florida". Las obligaciones de los Terciarios seculares, que viven en sus casas y se reúnen bajo la dirección de un Padre de la Orden, son más estrechas que las de otros Terciarios, pero fáciles de llenar. Hoy como ayer son modelos de católicos prácticos y toman parte activa en numerosas obras sociales por ellos fundadas y sostenidas. Cardenales, obispos, sabios, artistas, políticos, aristócratas y artesanos se honran con el escapulario dominicano.

III

Para oponer un dique a la herejía, que en el siglo XII desgarraba como nunca las entrañas de la Iglesia, es que Domingo de Guzmán, creó también una legión de apóstoles que en forma de

instituto religioso, tuviera la misión de predicar la doctrina del Verbo humanado.

Tres son las características de la predicación dominicana: una gran solidez de doctrina, una fidelidad absoluta a la Sede Apostólica y una singular devoción a María Santísima.

El gran medio establecido por N. S. Jesucristo en persona, para dilatar por todas partes su reino, fué la predicación del Evangelio a todas las gentes. Haciendo suyo Santo Domingo tal medio para la santificación de las almas, comunicó a los otros el fruto de sus propias meditaciones, de ahí que además de la pobreza de vida, inocencia de costumbres y la observancia monástica, impuso a sus religiosos como un sacrosanto deber el estudio y la predicación de la Verdad.

Santo Domingo se sintió llamado a la predicación desde sus más tiernos años y después de haber adquirido profundo dominio en ciencias filosóficas y teológicas, se entregó a esta excelsa misión. Bien pronto pudo verse cuán sólida era su Doctrina. Célebres fueron sus polémicas con los herejes, los cuales recurrieron a todos los ardides de osada sutileza doctrinal, para combatir los dogmas de la Fe. Con la unción de su elocuente caridad, impresionó de tal suerte a los espíritus, que volvieron al seno de la Iglesia Católica millones de herejes.

¡Dios, siempre le ayudó, mientras combatía por la Fe! Una vez aceptó el desafío de los herejes de arrojar cada uno de ellos al fuego, su libro; solamente el de Domingo no fué devorado por las llamas, quedando desconcertados todos sus adversarios.

Fundó siempre sus conventos cerca de las más célebres universidades, a fin de que sus alumnos pudieran fácilmente dedicarse a todo género de estudios.

Aquel mastín, que como símbolo del Instituto fundado por Santo Domingo, vió su madre salir de la estancia con una tea encendida para alumbrar al mundo, ha recorrido ya todos los puntos del globo y puede descansar satisfecho de su trabajo a las Plantas de la Reina Soberana, porque merced a los esfuerzos de los Hijos Predicadores de Guzmán, la semilla bendita ha sido derramada por todos los pueblos de la tierra y ha multiplicado sus frutos, a pesar de los abrojos y espinas de las pasiones humanas.

IV

Nuestro Santo amaba con tan tiernísimo y filial afecto a la Virgen María, que Ella correspondió a la piedad de su siervo con gran benevolencia, dándole con el Rosario, la prenda segura de victoria que los Sumos Pontífices enriquecieron con un verdadero tesoro de indulgencia. Acreditan la eficacia del Rosario, las herejías vencidas, las catástrofes detenidas, durante siete siglos que tiene de jornada. Responden a sus favores, los institutos religiosos, cuyos miembros suspenden a su cintura el Rosario, como soldados que cuelgan al cinto sus espadas, y a sus prodigios, los mil santuarios erigidos; y si quisiéramos saber cuántos son los beneficios que a cada uno de sus devotos ha dispensado, ¡sería preciso contar primero las estrellas del firmamento y las arenas del mar! . . .

¡Oh Madre del Rosario!, cuando nuestras almas se presenten ante el Soberano Juez, ponéos a nuestro lado, para que en los platillos de la balanza Divina, más que la cuenta abrumadora de nuestras culpas, pesen delante de Dios las cuentas benditas del Rosario.

V

La incredulidad comenzó por separar a la sociedad de Nuestro Señor Jesucristo y ésta, separada así de Aquél que le comunicaba la vida, ha quedado a solas, con los errores de su inteligencia y con los vicios de sus costumbres.

La impiedad, trocada muchas veces en sistema de enseñanza, desgarrar con mano cruel en el alma de los niños el caudal de la inocencia y arrastra a la juventud a la fuente envenenada de los vicios. Es por esto que tenemos que *educar y moralizar* a la juventud; la lucha contra el mal, hay que iniciarla con las primeras luces del alba, si no queremos que el enemigo aproveche nuestra tardanza cobrando bríos y tomando las mejores posiciones en la inteligencia y en el corazón.

Moralizar a la juventud, es sacar el mayor partido posible de cuantos recursos ha depositado en ella la creación. Hay que acostumbrar al joven a mirar hacia el porvenir, a adquirir un temple de carácter formal, a sacudir la obsesión del placer, a defenderse con

ello de los peligros que le amenazan en cada trance de su vida. Hay que poner el dique de la moral evangélica a las corrientes malsanas que infestan nuestra civilización; el cabaret, el teatro y el cine inmoral, la familiaridad con las modas incorrectas y la prensa pornográfica constituyen otros tantos peligros permanentes contra los cuales se hace preciso estar siempre en guardia.

Desgraciadamente es poderosísima la influencia de los periódicos mercantiles y de los malos libros.

Ellos atacan la moral por el cinismo de los cuadros que dibujan, por la seducción que presentan ante la imaginación, ofreciendo el veneno en copas hábilmente cinceladas y por la perversidad de las doctrinas que difunden. Apartémonos de ese torrente de cieno que arrastra consigo millones de almas, víctimas todas de la soberbia y de la corrupción de escritores pervertidos que hacen suya la vieja consigna: "Mentid y calumniad, porque al fin algo de lo escrito queda".

Doloroso es confesarlo, los malos libros han invadido no sólo las bibliotecas, las academias, los salones, sino que circulan profusamente en las escuelas, talleres, cárceles, ferrocarriles. . . Combátemos, pues; no demos entrada en nuestros hogares a esos pasquines incendiarios; cambiemos el libro malo, por el libro bueno.

Todos los cristianos nos hallamos obligados a esta estricta vigilancia, pero en particular aquellos que por su condición pudieran considerarse más expuestos al peligro de la caída o del escándalo o tuvieran sobre sí la responsabilidad de otras almas, y muy especialmente familias que tienen el honor de representar lo que se llama la buena y distinguida sociedad, el gran mundo. . .

Conservemos intactas nuestras energías, no manchemos nuestros afectos, ni permitamos la relajación de nuestras costumbres, *ofrezcamos un lugar más amplio a nuestro corazón, que a nuestros sentidos*. Consultemos nuestras dudas, no con los caprichos excéntricos e inconvenientes de la moda, sino con el buen gusto de las personas que tienen experiencia del mundo, de sus escollos y de sus peligros.

Moralicemos a la juventud sobrepujando nuestro egoísmo, elevémonos por encima del placer, no encadenemos nuestras almas a nuestros propios intereses, vivamos para el prójimo tanto o más que para nosotros mismos.

El buen católico debe tener a gala cultivar la ciencia del arte,

honrar a los trabajadores del pensamiento, escritores y artistas, huir de lo prosaico y vulgar, buscar en todo una visión más profunda, más amplia, más alta de las cosas.

VI

Para ordenar y dirigir hacia el bien las facultades humanas, hay que empezar por iluminarlas con el sol de la Verdad. Sólo a Dios, como fuente primera de verdad, corresponde la iluminación del alma, puesto que son hechuras suyas el alma y la verdad.

La educación y formación moral, deben empezar desde la cuna: es en las rodillas de la madre que debe el niño aprender a conocer a Dios. Escuchemos a la madre de Lincoln, cuando decía a su hijo: "Yo acercaré mis labios a tu oído y te diré con tal intensidad el nombre de Dios, que ya nunca se borrará de tu memoria y hasta la postrera hora de tu vida, quedará impreso en tu alma, junto con el beso de tu madre".

La formación religiosa iniciada en la niñez, debe proseguir vigorosamente en la juventud.

Dominada la inteligencia por la bondad de una verdadera sabiduría, necesariamente el corazón se deja avasallar por el amor. Raro es el joven por malo que sea en cuya alma no se oculten tesoros de bondad, que de ordinario muchas veces no alcanzan a descubrirse pero que, una bondad, discreta y perseverante llegará a conseguir lo que nunca se obtendría con la violencia.

En cuanto a la mujer se debe elevar el nivel medio de su sexo, dedicando a las jóvenes a estudios superiores, preparando así una generación de esposas y de madres a la altura de la misión que le reservan los tiempos actuales.

La ignorancia religiosa es grande, no sólo en las clases populares, sino también entre las que se tienen por cultivadas.

La fortaleza y la caridad son los brazos del apostolado cristiano y con ellos debemos ganar nuestras victorias. No le basta al cristiano poseer la luz de su conciencia, necesita de la fuerza asistida por la fuerza misma de Dios. Si falta la fortaleza, falta ese sello peculiar que de cada hombre hace lo que debe ser y que con toda razón se apellida *carácter*.

Uno de los medios más eficaces para contribuir a la regeneración social, es sin duda el Apostolado de la Juventud Cristiana.

El joven debe triunfar del mal con la virtud de su propio corazón, sujetando las pasiones de la naturaleza al dominio dulcísimo de la Gracia. El entusiasmo ardoroso de esa edad, el roce constante que ella tiene con la familia y la sociedad, las simpatías naturales que ella arrastra, las bendiciones especiales que Dios dispensa a sus trabajos hacen irresistible la influencia de la juventud cristiana.

Esa edad feliz, llena de alegrías, amante de los goces sanos, que son como la expansión natural de una conciencia sin reproche.

Dios ha creado a la humanidad para formar de ella una gran familia. Por eso quiso que el más grande de sus preceptos, fuese: "Amaos los unos a los otros" y que en todos los ámbitos del mundo les invocasen sus hijos diciéndole: "Padre Nuestro que estás en los Cielos", y cuando nos dió su vida en el árbol de la Cruz, lo hizo con sus brazos extendidos para estrechar a la humanidad entera sobre su Divino Corazón.

Cumplamos, pues, señoras, los deberes que nos impone nuestra santa Hermandad, propiciemos estos congresos para cambiar ideas, asociándonos las unas a las otras, trabajemos constantemente para difundir la devoción del rosario fundada por Nuestro Padre Santo Domingo de Guzmán, para que la oración diaria elevada al Altísimo por intermedio de su Divina Madre, sean los eslabones que nos unan en la tierra y nos acerquen cada día más a Dios, fuente de todo bien.

En este Año Eucarístico del Señor os invito, que todas volvamos al dominio dulcísimo de Jesús Hostia, para que El sea el Rey de nuestras almas, de nuestras familias y de nuestra patria.

Y para terminar, señoras, os propongo las siguientes conclusiones:

1ª) Realizar un trabajo inteligente y constante en nuestros hogares para impedir la entrada de los periódicos, revistas y libros perniciosos para la formación intelectual y moral de nuestros hijos.

2ª) Impedir con nuestro celo y actuación social, los espectáculos públicos en cines, teatros y diversiones que atenten contra las buenas costumbres y la conciencia religiosa.

DISERTACION DE CLAUSURA

Por el M. R. P. Fray ANTONIO BATTISTA, O. P.

Señores:

QUÉ deuda enorme de gratitud gravita sobre nosotros! ¡Se ha abierto el cáliz del perfume delicado de la fraternidad y ha llegado hasta nosotros en estas damas y señoritas que han emprendido largo viaje, para acompañarnos en esta hora de verdadera confraternidad cristiana y vivir unos instantes al calor del Maestro que a todos nos quiere unidos!

Se ha producido una conjunción de almas, un acercamiento social, también, conociéndose las Hermanas en esta fecha de imborrables recuerdos, acá en Tucumán, que se debe amar más que por el perfume de sus azahares y la dulce flor de la caña, por esa exquisitez social, proverbial, más blanca que el azahar y más dulce que la flor de la caña. Es la característica inconfundible de su fineza y bondad.

Estamos, pues, bajo el peso de esa gratitud, que por ser justa y tan noble, lejos de ser una carga, nos ennoblece y se traduce en alto honor.

No llevéis tan sólo el recuerdo de esas exterioridades tan bellas: llevad a vuestro hogar, a vuestras familias, a las Hermanas que no han podido acompañarnos, llevad el mensaje de las Hermanas Terceras de Tucumán, que unidas en consorcio inteligente y cariñoso con vosotras, envíanles todo su corazón saturado del cariño del Maestro, que nos ha mandado ser una cosa con El; pues, quien no está con El, está contra El.

Llevad el mensaje cariñoso y amigo para todos, diciéndoles, que habéis visto una fraternidad ajena a todo aquello, que antaño, acaso, significaba alejamiento. Decidles que habéis visto el cordón franciscano, sangrando en las llagas del Pobrecito de Asís y la blanca librea dominicana, todo rodeado del honor de la sotana severa y de los fulgores que emanan de la cruz radiosa, que el

Obispo, príncipe de la Iglesia, lleva en su pecho. Y que todo se ha puesto a los pies del Maestro, para que con sus llagas nos una, ya que el dolor es la fuerza que une, como la verdad, como la unidad de un solo ideal y una sola aspiración; que este congreso de Hermanas Terceras Dominicanas os ha revelado todo el secreto de la nivea bandera, que hace siete siglos, es faro que ilumina y amor que une. No os olvidéis de este mensaje de las Hermanas Terceras de Santo Domingo de Tucumán.

A vosotras, legadas de las Hermanas de Santiago del Estero, la tierra y las viejas tradiciones, donde la Orden Dominicana tiene hondas y profundas raíces, que se unen a los fastos de su historia, génesis inconfundible de la acción histórica del norte argentino. decidles todo lo que el corazón Terciario tucumano les envía para ellas en afectos.

Desde Buenos Aires han venido las Hermanas Terceras trayendo toda la galanura y el perfume de las espumas del Plata, buenas, blancas y significativas, como los heráldicos colores del estandarte dominicano; parece como si se hubiesen adornado de toda la galanura y belleza de aquellas tan queridas y gloriosas playas, para asistir a estos fastos dominicanos, que son, en realidad, ternuras del alma y firmeza del corazón, abillantando y ennobleciendo nuestra causa, que no es otra que la de Jesucristo, a fuerza de amor y de luz, que brota a raudales de los pliegues de la bandera dominicana, nacida de la Cruz, emblema indiscutible de todo bien, de toda paz, de todo amor. Ella ondea y agítase sobre el mundo en esta hora; no tiene más que estas palabras: ¡Unión, fraternidad, amor!

Han venido desde Buenos Aires trayendo el pensamiento y la palabra, para alentarnos, para decirnos algo de nuestra causa y unirse con nosotros en las significativas de la cruzada en esta hora que nos impone unión y sacrificio.

Muy agradecidos a nuestras Hermanas y Hermanos de Buenos Aires. Cuando lleguéis a vuestros hogares, cuando os reunáis en vuestras asambleas, acordaos de la fineza de estas Hermanas de Tucumán.

Ha venido también de Córdoba, la representación genuina de catolicismo y tradición; desde Córdoba, la más codiciada por nuestros enemigos, la más atacada y al mismo tiempo, la más firme en su peñón de cristianismo inconmovible, de su hogar respetado, de sus hombres pensantes, de sus mujeres heroicas, de su juventud viril y de su franca lucha, sin miedo, sin pesar, alta la frente y su

corazón y sus labios brotando verdad, para gritar por las calles el himno de amor a Jesucristo, cuando los vientos huracanados de la revolución del año 1918, volteaban estatuas de hombres de la más alta significación social y se cantaba el himno blasfemo contra Jesucristo y su Iglesia. Fué a esa juventud viril y cristiana a quien se debió el triunfo de nuestra causa en la ciudad de los blasones y de las musas del Suquia. Y entre esa juventud había jóvenes Terceros y madres Terceras Dominicanas, que sabían decir a sus hijos la frase de la madre de los Macabeos al último de sus hijos mártires: "Hijo mío, mira al cielo y la tierra, son obras de Dios; digno de tus hermanos, recibe la muerte con constancia, para que pueda yo hallarte con ellos en el cielo". A esa juventud viril y cristiana se debió el triunfo de nuestra causa.

Pues bien, desde allí han venido estas damas y señoritas a unirse también con nosotros, y, en verdad, que es un honor. A algunas de las aquí presentes, yo las he visto en fila bajo el estandarte de la cruz, desafiar las iras del enemigo y a las blasfemias, contestar con el grito sublime de: ¡Viva Cristo Rey!, en la calle ancha, el día de la manifestación católica en contra de aquella revolución, la más interesada y la más infernal; allí estaban algunas de estas Hermanas Terceras confundiendo su plegaria, su canto y su amor con la plegaria del clero, el canto del pueblo y las notas cristalinas de la inocencia que repetían el mismo grito solemne: ¡Viva Cristo Rey!

Estas son nuestras hermanas cordobesas, que han venido a tomar parte en este Congreso Dominicano. ¡Cuánto agradecemos este honor! Otra deuda más que pesa sobre nosotros. Ojalá que estas visitas se repitieran, para hacernos más deudores, vale decir, más honrados.

Pero, señores, yo creo que, a pesar de toda la gratitud que sobre nuestros hombros pesa, debemos estar tranquilos por el honor que nos han dispensado las distintas delegaciones concurrentes a este Congreso Dominicano. ¿Saben por qué? Porque desde el primer momento las Hermanas Terceras de Tucumán han volcado todo el cofre de su nobleza e hidalguía, para hacerles suaves y amables los días pasados en este ambiente fraternal y social en nuestra compañía. La flor de sus jardines, la cultura de sus almas cristianas, sus atenciones, todo, en fin, nos tranquiliza, porque sabemos que las atenciones recibidas, serán también reconocidas por la cultura

y bondad jamás desmentida de las Hermanas que nos han honrado con su presencia. Todo ésto es cristianismo, fineza y fraternidad.

Hermanas Terceras de Tucumán: tengo, también, que decir a vosotras toda nuestra gratitud, en nombre de nuestra Orden, ya que por ella habéis afrontado todas las tareas de este Congreso y que a vosotras se debe el éxito del mismo, porque cuando decía que se había volcado el cofre de todas vuestras finezas, me refería a vuestra colaboración. Habéis hecho derroche de armonías musicales, de atenciones exquisitas, de trabajos intelectuales; es justo que os coloque también entre el número de personas que nos obligan a la gratitud; pero, yo solo no lo puedo hacer; pues me falta representación, autoridad, en cierto modo. Por ésto es que yo, en lugar de alabar al M. R. P. Provincial en esta hora póngolo a mi lado, para decir a todos en nombre de nuestra Orden: Muchas gracias.

He dicho.

SEGUNDA ETAPA DEL CONGRESO

BUENOS AIRES

12 - 15 JULIO 1934

PROGRAMA DE LA SEGUNDA ETAPA

B U E N O S A I R E S

JUEVES 12 DE JULIO DE 1934

EN LA BASÍLICA DEL SMO. ROSARIO (*Santo Domingo*)

A las 10 hs.: Misa solemne oficiada por el M. R. P. Provincial de la Orden Franciscana fray Francisco Alfonso.

Durante la misa, las Sras. María Teresa Berro de García Juanicó y Carlota Lerena de Barilari cantarán el "Ave María" de Saint Säens, "Panis Angelicus" de C. Franck y "Plegaria a la Virgen" de Massenet, acompañadas al armonium por la Srta. María Mercedes Berro.

EN LA CAPILLA DEL COLEGIO LA SALLE

A las 17 hs.: Solemne bendición eucarística oficiada por el M. R. P. fray Juan Zurita, Prior del Convento de Santo Domingo. Coro a cargo de los Hnos. de las Escuelas Cristianas del Colegio La Salle.

ACTO CONTINUO, EN EL SALON DE ACTOS DEL
COLEGIO LA SALLE

- 1º—HIMNO NACIONAL ARGENTINO, Parera, por los profesores de la Asociación Sinfónica del Teatro Colón de Buenos Aires.
- 2º—Apertura del Congreso, con asistencia del Excmo. y Rmo. Sr. Nuncio Apostólico Dr. Felipe Cortesi, Arzobispo de Sirace.
- 3º—Disertación: "Santo Domingo de Guzmán y el significado de su obra", por Mons. Dr. Dionisio R. Napal, Vicario Gral. de la Armada.

- 4°—CANCIONES ARGENTINAS, por la Sra. María Pini de Chrestia, acompañada al piano por la Sra. Lía C. de Espinosa.
- 5°—Disertación: "La Venerable Orden Tercera, su desarrollo y su influencia", por la Sra. María A. Acevedo de Daract, delegada por San Luis.
- 6°—Disertación: "Orientaciones y medios de lucha del Terciario en los tiempos presentes", por el Dr. Carlos A. Mansilla, delegado por Santa Fe y Rosario.
- 7°—a) Danza "Anitra", Grieg.
b) Intermedio de "Goyescas", Granados, por los profesores de la Asociación Sinfónica del Teatro Colón de Buenos Aires.

VIERNES 13

EN LA BASÍLICA DEL SMO. ROSARIO (*Santo Domingo*)

A las 10 hs.: Misa solemne oficiada por el M. R. P. Luis Parola, Provincial de la Compañía de Jesús.

Durante la misa, la Sra. Yole Lancellotti de Gallecher cantará trozos de música sagrada, acompañada al armonium por el profesor Sr. Juan G. Espinosa Wich.

A las 15 hs.: Visita al "Asilo San Vicente Ferrer" de la Venerable Orden Tercera, calle Patricios N° 1212-18, y homenaje en el mismo a N. P. Santo Domingo.

EN LA CAPILLA DEL COLEGIO LA SALLE.

A las 17 hs.: Solemne bendición eucarística oficiada por el Ilmo. Mons. Dr. Marcos Ezcurra, Deán de la santa iglesia Catedral. Coro a cargo de los Hnos. de las Escuelas Cristianas del Colegio La Salle.

ACTO CONTINUO, EN EL SALON DEL COLEGIO LA SALLE

- 1°—a) "La gruta de Fingal", Mendelssohn.
b) "Esquisses Caucasiennes", Iwanow, por los profesores de la Asociación Sinfónica del Teatro Colón de Buenos Aires.

PROGRAMA DE LA SEGUNDA ETAPA

- 2°—Disertación: “La Orden Tercera y la formación del carácter y de la sólida piedad en la juventud”, por el Dr. Mario Gorostarzu.
- 3°—“Marcha triunfal del rey David”, Godefroid, al arpa, por la Srta. María Luisa Adámoli.
- 4°—Disertación: “La Venerable Orden Tercera y la enseñanza”, por el Dr. Mario Martínez Casas, delegado por Córdoba.
- 5°—“O Lumen Ecclesiae”. Antífona a Santo Domingo de Guzmán, por el Coro Gregoriano dirigido por la Sra. María Eugenia Quintana de Uriburu.
- 6°—Disertación: “El Apostolado tradicional de la Venerable Orden Tercera y la Acción Católica”, por el R. P. fray Valentín Castillo Sarmiento, delegado por Tucumán.
- 7°—a) “Bodas de Fígaro”, Mozart.
b) “Oriental”, César Cui, por los profesores de la Asociación Sinfónica del Teatro Colón de Buenos Aires.

SABADO 14

EN LA BASÍLICA DEL SMO. ROSARIO (*Santo Domingo*)

A las 10 hs.: Misa solemne oficiada por el M. R. P. Inspector de los PP. Salesianos.

Durante la misa las Sras. Carlota Lerena de Barilari y María Teresa Berro de García Juanicó cantarán “O Salutaris” de Giordani y “Crucifix” de Faure, acompañadas al armonium por la Srta. María Mercedes Berro.

A las 15 hs.: Visita a la “Casa San Vicente Ferrer”, de la Venerable Orden Tercera, calle Malabia N° 1555, y homenaje en el mismo al Patriarca Santo Domingo.

EN LA CAPILLA DEL COLEGIO LA SALLE

A las 17 hs.: Solemne bendición eucarística, por el M. R. P. Vice-Provincial José H. Márquez y PP. Mercedarios. Coro a cargo de los Hnos. de las Escuelas Cristianas.

ACTO CONTINUO, EN EL SALON DEL COLEGIO LA SALLE

- 1°—Ouverture del “Barbero de Sevilla”, Rossini, por los profesores de la Asociación Sinfónica del Teatro Colón de Buenos Aires.

- 2°—Disertación: “El Apostolado de la Caridad y la Venerable Orden Tercera”, por el Sr. Guillermo Gallardo Cantilo, delegado por Santiago del Estero.
- 3°—a) “Agnus Dei”, Bizet.
b) “Panis Angelicus”, Franck, por la Sra. Yole Lancellotti de Gallecher, acompañada al piano por el prof. Alejandro Liska.
- 4°—Disertación: “La Venerable Orden Tercera y los problemas sociales contemporáneos”, por el Dr. Carlos Pucheta Morcillo, delegado por Córdoba.
- 5°—Coro, por los profesores de la asociación “Teatro Lírico Argentino”.
- 6°—Disertación: “Espíritu y característica del verdadero dominicano”, por el Mayor Sr. Jesús Navarro, delegado por Mendoza.
- 7°—“Danzas Españolas”, Albéniz, por los profesores de la Asociación Sinfónica del Teatro Colón de Buenos Aires.

DOMINGO 15

EN LA BASÍLICA DEL SMO. ROSARIO (*Santo Domingo*)

A las 8.30 hs.: Misa solemne con gran jornada eucarística oficiada y presidida por el Excmo. y Rmo. Sr. Nuncio Apostólico Dr. Felipe Cortesi, asistido por los RR. PP. Dominicanos.

Durante la misa la Sra. María Pini de Chrestia cantará el “Ave María” y “Le ciel visite la terre” de Gounod, acompañada con violín y armonium por los profesores señores Juan G. Espinosa Wich y Pedro Napolitano.

La Orquesta de Profesores de la Asociación Sinfónica de Buenos Aires alternará con motivos de música sagrada.

A las 16 hs.: Inaguración y bendición en la Capilla de San Vicente Ferrer (Basílica del Smo. Rosario) de la placa recordatoria del “Primer Congreso Nacional Terciario Dominicano”, actò en el que hablará el Sr. José de Garay, T. D.

EN EL COLEGIO LACORDAIRE

A las 20.30 hs.: Cena fraternal de los Terciarios Dominicanos en honor y despedida de los señores delegados al Congreso.

ADHESION DEL PERIODISMO

“LA PRENSA”

12 de Julio de 1934.

COMENZARAN HOY LOS ACTOS RECORDATORIOS DE LA
CANONIZACION DE SANTO DOMINGO DE GUZMAN. — EL
PROGRAMA DE CEREMONIAS CONTINUARA MAÑANA,
PASADO MAÑANA Y EL DOMINGO

DE acuerdo con lo que informamos en ediciones anteriores, comenzarán hoy en esta capital los actos organizados por la Venerable Orden Tercera para celebrar el VII centenario de la canonización del fundador de la misma, Santo Domingo de Guzmán.

Como se sabe, la primera jornada de estos actos de celebración se cumplió en la ciudad de Tucumán y los que se efectuarán en esta capital se harán en la histórica iglesia de Santo Domingo, llamada también Basílica del Santísimo Rosario, y en los colegios de La Salle y Lacordaire.

Las ceremonias a cumplirse hoy son las siguientes:

En la Basílica del Santísimo Rosario (Santo Domingo), a las 10: misa solemne oficiada por el provincial de la Orden Franciscana, fray Francisco Alfonso.

Durante la misa, las señoras María Teresa Berro de García Juanicó y Carlota Lerena de Barilari cantarán el “Ave María” de Saint Sæens, “Panis Angelicus” de C. Franck y “Plegaria a la Virgen” de Massenet, acompañadas al armonio por la señorita María Mercedes Berro.

En la capilla del Colegio La Salle, Río Bamba 650, a las 17: solemne bendición eucarística oficiada por fray Juan Zurita, prior del convento de Santo Domingo. Coro a cargo de los Hermanos de las Escuelas Cristianas del establecimiento. Acto continuo, en el

salón de Actos del Colegio La Salle: Himno Nacional Argentino, por los profesores de la Asociación Sinfónica del Teatro Colón de Buenos Aires; apertura del Congreso, con asistencia del Nuncio Apostólico doctor Felipe Cortesi, arzobispo de Sirace; disertación, "Significación de Santo Domingo de Guzmán y de su obra en la cultura cristiana", por monseñor Dionisio R. Napal, vicario de la Armada; canciones argentinas por la señora María Pini de Chrestia, acompañada al piano por la señora Lía C. de Espinosa; disertación: "La Venerable Orden Tercera, su desarrollo y su influencia", por la señora María A. Acevedo de Daract, delegada por San Luis; disertación: "La Venerable Orden Tercera y la enseñanza", por el doctor Mario Martínez Casas, delegado por Córdoba; "O Lumen Ecclesiae", Antífona a Santo Domingo de Guzmán, por el coro Gregoriano, dirigido por la señora María Eugenia Quintana de Uriburu; disertación: "El Apostolado tradicional de la Venerable Orden Tercera y la acción Católica", por fray Valentín Castillo Sarmiento, delegado por Tucumán.

× × ×

“EL PUEBLO”

12 de Julio de 1934.

INICIASE HOY LA SEGUNDA ETAPA DEL PRIMER CONGRESO NACIONAL TERCIARIO DOMINICANO. — MONS. DIONISIO R. NAPAL DISERTARA SOBRE “LA SIGNIFICACION DE SANTO DOMINGO Y SU OBRA EN LA CULTURA CRISTIANA”

Con los actos de hoy se inicia la segunda etapa del Primer Congreso Nacional Terciario Dominicano.

Como hemos informado, la primera etapa de este congreso, se realizó en Tucumán, durante los días 6 al 10 del corriente. Este Congreso Terciario se realiza para conmemorar el séptimo centenario de la canonización de Santo Domingo de Guzmán, fundador de la Orden y en adhesión al XXXII Congreso Eucarístico Internacional.

El programa que se ha dispuesto para la iniciación de la segunda etapa del Congreso Nacional Terciario Dominicano es el siguiente:

A las 10, en la basílica del Santísimo Rosario (Santo Domingo), misa solemne oficiada por el R. P. provincial de la Orden Franciscana fray Francisco Alfonso.

A las 17, en la capilla del colegio La Salle, Río Bamba 650, solemne bendición eucarística oficiada por el R. P. fray Juan Zurita, prior del convento de Santo Domingo. Coro a cargo de los Hermanos de las Escuelas Cristianas del establecimiento.

Acto continuo en el salón del mismo colegio: Himno Nacional Argentino, por los profesores de la Asociación Sinfónica del teatro Colón.

Apertura del Congreso, con asistencia del excelentísimo señor Nuncio Apostólico monseñor doctor Felipe Cortesi.

Disertación: "Significación de Santo Domingo de Guzmán y de su obra en la cultura cristiana", por monseñor doctor Dionisio R. Napal.

Canciones argentinas, por la señora María Pini de Chrestia, acompañada al piano por la señora Lía C. de Espinosa.

Disertación: "La Venerable Orden Tercera, su desarrollo y su influencia", por la señora María A. Acevedo de Daract, delegada por San Luis.

Disertación: "Orientaciones y medios de lucha del Terciario en los tiempos presentes", por el doctor Carlos A. Mansilla, delegado por Santa Fe y Rosario.

Danza de "Anitra" de Grieg. Intermedio de "Goyescas", de Granados, por los profesores de la Asociación Sinfónica del Teatro Colón.

“LA FRONDA”

12 de Julio de 1934.

SE LLEVARA A CABO LA SEGUNDA PARTE DEL CONGRESO DOMINICANO. — PROGRAMA DE LOS ACTOS A REALIZARSE DESDE HOY Y TEMAS QUE SE TRATARAN EN LAS ASAMBLEAS. — LAS DISERTACIONES

La Milicia de Jesucristo, llamada más tarde “Venerable Orden Tercera de penitencia y de caridad”, creada en el año 1220 por el ilustre Santo Domingo de Guzmán, establecida y difundida en la República Argentina desde el 1º de julio de 1726 — como lo justifican actas del archivo existente en el convento de la Orden de Predicadores de esta capital —, acaba de celebrar en la ciudad de Tucumán, con gran pompa y solemnidad, una de las tres etapas del vasto programa a cumplirse en homenaje al VII centenario de la canonización del fundador y patriarca que otorgara Gregorio IX el año 1234.

Estas solemnidades, que también se realizan en adhesión al XXXII Congreso Eucarístico Internacional, son presididas por su iniciador, Fray Tomás Luque, Prior provincial de la Orden de Predicadores en la Argentina, Uruguay y Paraguay, que de regreso ya de Tucumán, apréstase a dar cumplimiento a la segunda parte del Congreso Terciario y que deberá llevarse a cabo en esta capital hoy, mañana, el sábado y domingo, en la siguiente forma:

En la basílica del Smo. Rosario (Santo Domingo), hoy, mañana y pasado mañana, a las 10 horas, serán oficiadas solemnes misas presididas por las comunidades de San Francisco, Compañía de Jesús y Salesiana, con cantos y música sagrada por las señoras María Teresa Berro de García Juanicó, Carlota Lerena de Barilari, Yole Lancellotti de Gallecher, María Mercedes Berro y señor Juan G. Espinosa.

Por las tardes de esos mismos días, en el salón de actos del colegio La Salle, se efectuarán magnas asambleas, con el siguiente reparto:

Tema: “Significación de Santo Domingo de Guzmán y de su obra en la cultura cristiana”, por monseñor doctor Dionisio R.

Napal, capellán general de la armada: "La Venerable Orden Tercera, su desarrollo y su influencia", por la señora María A. Acevedo de Daract; "Orientaciones y medios de lucha del Terciario en los tiempos presentes", por el doctor Carlos A. Mansilla; "La Orden Tercera y la formación del carácter y de la sólida piedad en la juventud", por el doctor Gorostarzu; "El apostolado tradicional de la Venerable Orden Tercera y la acción católica", por el R. P. Fray Valentín Castillo Sarmiento; "El apostolado de la caridad y la Venerable Orden Tercera", por el señor Guillermo Gallardo Cantilo; "La Venerable Orden Tercera y los problemas sociales contemporáneos", por el doctor Carlos Pucheta Morcillo, y "Espíritu y característica del verdadero dominicano", por el mayor Jesús Navarro.

Entre estas disertaciones se entonará música de cámara sagrada por el coro gregoriano, dirigido por la señora María Eugenia Quintana de Uriburu; canciones argentinas, por la señora María Pini de Chrestia; números de arpa, por la señorita María Luisa Adámoli, y gran orquesta dirigida por los profesores de la Asociación Sinfónica del teatro Colón.

El domingo 15, a las 8.30 horas, será oficiada una gran jornada eucarística en la basílica del Smo. Rosario, presidida por el señor nuncio apostólico, doctor Felipe Cortesi, asistido por los PP. Dominicanos, orquesta por los profesores de la Asociación Sinfónica del Teatro Colón y cantos sagrados al armonium por las señoras María Pini de Chrestia y Lía C. de Espinosa, acompañadas por los profesores Pedro Napolitano, Juan G. Espinosa Wich y Alejandro Liska.

Asimismo se visitarán oficialmente las casas asilos que atiende y sostiene la Venerable Orden de Hermanos Terceros y se inaugurará una gran placa recordativa del Primer Congreso Nacional Terciario, que será colocada en la capilla de la misma, en cuyo acto hablará el señor José de Garay Iturriaga.

La apertura del congreso en el colegio La Salle la hará el señor nuncio apostólico, doctor Felipe Cortesi, como hermano mayor de la Orden Tercera, a cuya ceremonia, así como a todas las demás asambleas, han prometido asistir los señores ministros doctores Carlos Saavedra Lamas y Manuel M. de Iriondo, los excelentísimos señores arzobispos de Buenos Aires y Montevideo, doctores Santiago Copello y Francisco Aragone, respectivamente, monseñor doctor Daniel Figueroa, presidente de la C. E. del Congreso Eucarístico

Internacional y cuanto de más representativo cuentan los distintos círculos sociales y religiosos.

Esta segunda etapa será clausurada con una cena fraternal que tendrá lugar el domingo 15 del corriente, a las 20.30 horas, en uno de los salones del Colegio Lacordaire, en homenaje y despedida a los delegados llegados de las provincias.

SU SANTIDAD PIO XI SE DIGNA BENDECIR ESTE CONGRESO

EL MAESTRO GENERAL DE LA ORDEN Y EL OBISPO DE TEMNOS
TAMBIEN ENVIAN SU BENDICION

VÍA RADIAR
BA27 WMY JG
CITTA DEL VATICANO 27 ETAT 14 2040

Provincial Dominicos - Buenos Aires:

Padre Santo vivamente agradecido sentimientos Primer Congreso Nacional Terciario Dominicano augurando abundantes frutos santificación cristiana paternalmente bendice Nuncio Apostólico, autoridades, congresistas, fieles.

CARDINAL PACELLI.

VÍA ITALCABLE
RB37 - ROMA - PO - 11|1700.
LC PROVINCIAL - DEFENSA 422 - BUENOS AIRES.

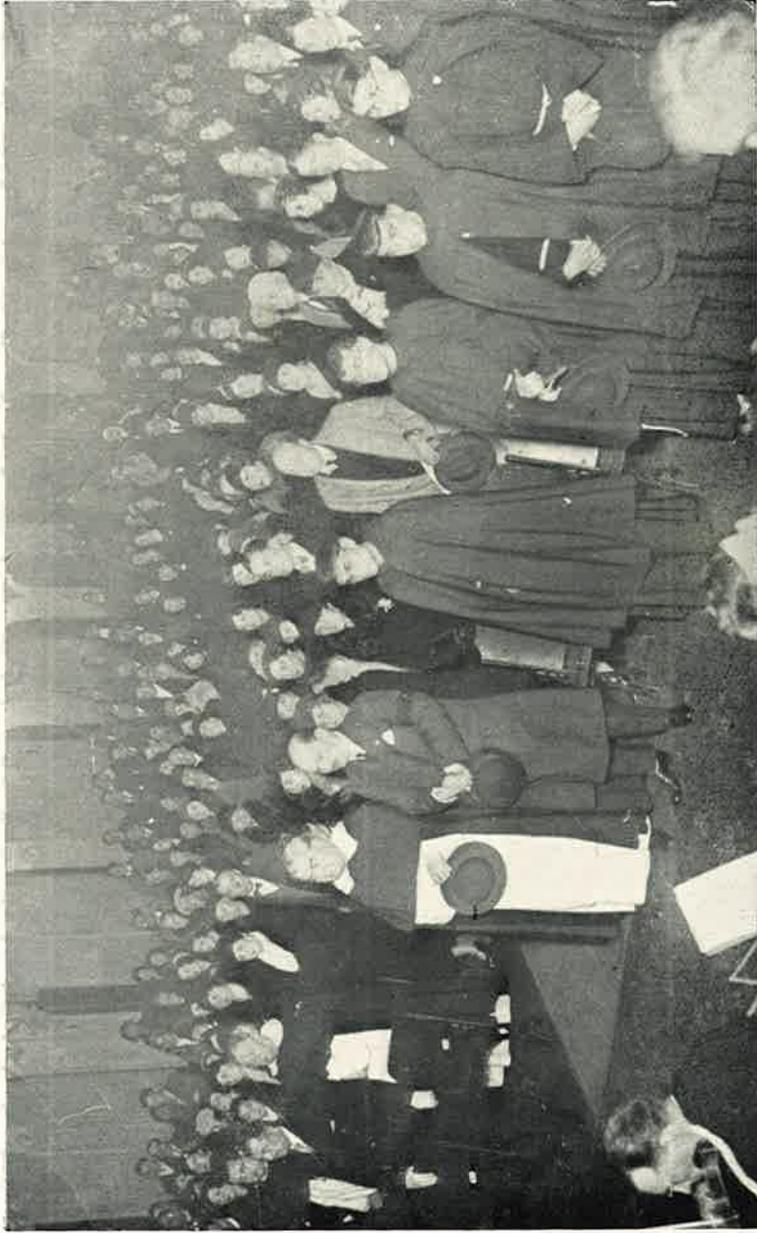
Bendecimos cordialmente Congreso directores Terciarios asistentes Provincia toda augurando óptimos frutos acción católica Dominicana.

GILLET.

VÍA ITALCABLE
RB 66 ROMA PO 11|2055.
LC PROVINCIAL SANTO DOMINGO - BAIRES.

Unidos Hermanos congresistas bendígoles cariñosamente.

ANDREA.



La concurrencia a la primera asamblea de la segunda etapa del Congreso, realizada en Buenos Aires, escucha de pie la palabra de S. E. R. el Señor Nuncio Apostólico Dr. Felipe Cortesi.

APERTURA DE LA SEGUNDA ETAPA DEL CONGRESO

Por el Excmo. y Rvmo. Sr. NUNCIO APOSTÓLICO

Mons. Dr. FELIPE CORTESI

Arzobispo de Sirace

ACALLADOS los aplausos con que fuera saludada la ejecución de los himnos Nacional y Pontificio, y ante la numerosa concurrencia que colmaba el salón de actos públicos del Colegio La Salle — recinto de este Congreso — el Excmo. y Rvmo. Sr. Nuncio Apostólico, Dr. Felipe Cortesi, en una magnífica improvisación exhortó a los congresistas y concurrentes a continuar en la práctica de obras de acción social, e historiando a grandes rasgos los motivos trascendentales de la celebración del PRIMER CONGRESO NACIONAL TERCARIO DOMINICANO, dijo también cuánto representaba para él como Hermano Tercero.

Más adelante manifestó que los festejos que realizábanse en homenaje al séptimo centenario de la canonización de nuestro Patriarca Santo Domingo de Guzmán y como adhesión al XXXII CONGRESO EUCARÍSTICO INTERNACIONAL a efectuarse en esta gran ciudad de Buenos Aires, quedarían grabados con caracteres indelebiles en los anales de la ilustre "Orden de Penitencia" hoy Venerable Orden Tercera de Santo Domingo.

Su entusiasta alocución, desarrollada con una elocuencia magistralmente sagrada y unción fraternal, fué calurosamente aplaudida por la concurrencia que, puesta de pie, aclamó reverente al dignísimo representante de S. S. Pío XI en su doble investidura de Nuncio Apostólico y de Terciario.

Deploramos no haber podido obtener una reproducción del discurso que con tan fervorosa espontaneidad pronunciara esta esclarecida figura de la Iglesia, decano del Cuerpo Diplomático en la República Argentina.

Acto continuo, el Excmo. y Rvmo. Sr. Nuncio Apostólico declaró abierta la asamblea.

“SANTO DOMINGO DE GUZMAN Y EL SIGNIFICADO DE SU OBRA”

Por el Ilmo. y Rvmo. Mons. Dr. DIONISIO R. NAPAL, T. D.

Vicario General de la Armada

CONSECUENCIAS DE LA HEREJIA ALBIGENSE

EL panorama de Francia, durante el siglo XIII, sobrecoge grandemente el ánimo. La difusión de la herejía albigense, originaba graves perturbaciones religiosas, domésticas, políticas y sociales. Sus corifeos con tesonero empeño concentraban sus ataques en la Iglesia Católica. Impregnados en los errores del antiguo maniqueísmo, procuraban dominar las almas y convulsionar la vida pública, alimentando el secreto designio de intervenir políticamente en el gobierno de los Estados.

Una porción considerable de eclesiásticos era víctima de las circunstancias. Muchos de ellos, eran siervos que, por imposición de los nobles, se habían incorporado al sacerdocio. Por su intermedio los señores se beneficiaban del usufructo de los bienes del altar. Semejantes ministros inhábiles, sin ilustración ni fervor, incapaces de resistir la corrupción del ambiente, manejados como instrumentos por los nobles, llegaban en ocasiones a la perversidad. Los sectarios explotaban tal espectáculo, proclamando falsa y errónea la doctrina católica que lo permitía, sin tener para nada en cuenta que eran exclusivamente humanas sus causales.

Aunque no se puede determinar con exactitud la doctrina de los albigenses, pues no ha llegado a nosotros ninguna exposición básica, sin embargo pueden tenerse como declaración equivalente, las siguientes palabras de un converso al arzobispo Arnolfo de Colonia: “Miran como falso todo lo que la Iglesia cree o hace”.

Impugnaban el Antiguo Testamento. Del Nuevo, únicamente aceptaban los Evangelios, las Epístolas de San Pablo y algunas otras

piezas, pero interpretándolas cada uno a su libre albedrío, originándose así una variedad interminable de errores. Renegaban de la Cruz como signo de abatimiento. Desechaban la autoridad pontificia y episcopal y menospreciaban la liturgia. Prohibían la invocación de los santos. La eucaristía era un símbolo. Bastaba el consentimiento de los cónyuges para contraer matrimonio. La penitencia limitábase a una exteriorización pública de pesar por las culpas cometidas y el sacramento del orden consistía en la simple elección de jefes y caudillos.

A más de repudiar la autoridad y doctrina de la Iglesia, practicaban un fanático bandolerismo contra los bienes y representantes católicos.

La sustentación de sus errores dogmáticos, se acompañaba, pues, de condenables arbitrariedades. Invadían los templos, destruían altares e imágenes, y a viva fuerza se apoderaban de los establecimientos y propiedades de la Iglesia. Un programa de violencias reivindicaciones, variable según las circunstancias locales, legalizaba el robo, el incendio y la persecución. El entregarse a tales injusticias, no les impedía a los jefes disfrazar de falsa austeridad sus pasiones, desconcertando a las gentes faltas de ilustración. Verdaderos materialistas, anunciaban la inmediata efectividad de los goces terrenos, aprobando el uso de cualquier procedimiento para su consecución, en ostensible disidencia con el Evangelio, que si bien promete la felicidad, añade que ésta sólo se conquista definitivamente más allá de la muerte, a través del riguroso cumplimiento de las leyes divinas.

Con el objeto de lograr la realización de sus aspiraciones políticas y económicas, sugestionaban a la plebe con la promesa de que las campañas militares concluirían pronto y reportarían extraordinarias utilidades.

Los que vivían acosados por el infortunio, no teniendo nada que perder, enrolábanse en sus filas, escuchando el reclamo de la codicia.

De provechosa impunidad disfrutaban los sectarios, a condición de secundar a señores y tiranuelos, en el desarrollo de sus planes ambiciosos. Explotando el propósito de suprimir el pauperismo de un grupo social, se extendía la miseria a toda la población, y asegurándole para lo porvenir una mayor libertad, despojábase al individuo de sus prerrogativas, obligándosele a formar parte de las

bandas armadas y arriesgar la vida en contiendas fratricidas, mientras los caudillos, duramente despóticos, tornábanse de más en más poderosos, por la sumisión de la tropa y la acumulación de riquezas.

UNIDAD DE DOCTRINA Y SANTIDAD

El magisterio y la disciplina moral de la Iglesia Católica, en lo que atañe a su carácter divino, hállanse asegurados contra el yerro. Esto no excluye que, siendo humanos los integrantes de su organización visible, estén expuestos a la fragilidad congénita de su naturaleza. Puede acontecer así, que elementos sedicentes cristianos, combatan su fe y jerarquía, o se conduzcan simplemente en la práctica, en contradicción con sus preceptos. Aparece entonces el error herético y cismático que conspira contra su unidad doctrinaria y gubernativa, o el desorden de costumbres, con pretensiones de legitimidad, que malogra su acción santificante.

Los Sumos Pontífices, custodios de la revelación y la moral, han debido manejar en determinadas épocas los más amplios recursos de su potencia espiritual, para restablecer la concordia de la cristiandad, en una sola, invariable e indefectible doctrina e impregnar de virtud la conducta de las gentes. Y es altamente confortador el hecho de que jamás la Santa Sede haya tolerado el cercenamiento de la verdad o la mutilación de los mandamientos.

En el tiempo a que nos referimos, obedeciendo a su misión de pastores, los Papas convocaron diferentes concilios, y arbitraron disposiciones tendientes a sofocar el fermento heterodoxo y remediar entre los fieles las demasías que amenazaban convertirse prácticamente en usos legales.

Pero los mandatos y exhortaciones del Supremo Jerarca sólo dieron resultados parciales. Era lenta la reimplantación de la disciplina. Costaba despegarse, tanto en el orden individual como en el corporativo, de la corruptora abundancia de los bienes materiales.

Para ocupar las sillas episcopales, en ciertas diócesis de Francia, no contaban la virtud ni el celo sacerdotal. Los títulos conducentes a las altas dignidades consistían, por desgracia, en el poder de la riqueza y la política, y en la nobleza de la sangre.

Era menester la acción ferviente de un gran apóstol para iluminar la inteligencia ofuscada, fortificar la voluntad enferma, volver la fe al pensamiento y la pureza al corazón. Había que llevar

semejante restauración, aun a comunidades, que por su propia razón de ser, tenían obligación de sustentarla con las palabras y las obras.

Algunos núcleos reducidos, conservábanse fieles, a pesar de la infiltración paganizante, en la adhesión a los verdaderos principios. Y ya se sabe que mantenida íntegra la doctrina, ésta puede recobrar del todo individuos e instituciones, por la comunicación de su espíritu regenerador.

Cuando la desorganización y anarquía parecen irresistibles, la potencia divina suscita adalides capaces de contener el avance arrollador. El antiguo aforismo de que "no hay mal que por bien no venga", ha tenido cumplida aplicación en las luchas de la Iglesia contra obstinadas herejías. La acción apostólica y sus meritorios efectos, en tales campañas, la han coronado de gloriosa nombradía.

Ante crisis tan intensa como la ocurrida en el siglo XIII, no bastaba que los Papas fueran varones eminentes por su ciencia, virtud y carácter. Dedicados a marcar orientaciones, habían menester de leales y activos propagandistas. Por su doctrina y austeridad, cultura y dinamismo, fué Domingo de Guzmán intérprete y colaborador principal de la Santa Sede. Apóstol de la palabra y el ejemplo, de sugestiva elocuencia e impresionante santidad, este formidable antagonista de los albigenses, fué el instrumento que la Providencia deparó a los Pontífices, para llevar a cabo la vasta transformación de la Francia meridional.

JUVENTUD DE DOMINGO DE GUZMAN

En Caleruega, provincia de Burgos, diócesis de Osma, nace Domingo de Guzmán, el 24 de Junio de 1170. Son sus padres Félix Fernán Ruiz de Guzmán y Juana Aza y Bazán. Aquél era descendiente directo de *Ordoño I*, rey de Asturias, y ésta contaba antepasados de prosapia en Castilla.

Poco tiempo antes de venir al mundo Domingo, su virtuosa madre vió en sueños que abandonaba su seno un cachorro, llevando en la boca una antorcha llameante que inundaba con sus destellos el espacio. Preocupada con semejante suceso, y anhelosa de hallar la interpretación, oró con frecuencia ante la tumba de Santo Domingo de Silos, en el mismo Monasterio del que fuera abad. Allí adquirió la certeza de que la visión era signo de cosa grande y sagrada. En la ceremonia del bautismo, según advirtió la madrina

del párvulo, un vívido resplandor a manera de estrella, se posó en su frente.

El arcipreste de Gumiel de Izán, se hace cargo de la educación de su pequeño sobrino, al llegar éste al uso de razón. Con la enseñanza y el ejemplo, el digno sacerdote forja su alma y cultiva sus excelentes cualidades.

Cumplidos quince años, marchó el joven a Palencia, para cursar estudios superiores en su universidad, que no obstante ser de reciente fundación, gozaba de renombre. El porte modesto y la inalterable serenidad del rostro, denotaban limpidez de alma y autodomínio espiritual. Su consagración al estudio y conducta ascética, provocaron desde el principio, la atención y el comentario de profesores y estudiantes.

Conmovido su corazón por el espectáculo de una gran miseria que se padeció en aquella época, no sólo distribuyó lo que poseía (dinero, muebles y apuntes), con el fin de aliviar el hambre de los mendicantes, sino que llegó a ofrecerse en persona, para ser vendido, con el propósito de que una angustiada madre se hiciera de recursos y rescatara del cautiverio a su hijo. El asombro incontenible de aquella mujer, que de ningún modo aceptó el inmenso heroísmo del joven, sirvió para patentizar la profunda generosidad de Domingo.

En el tiempo que duró su formación literaria y científica, dedicó varios años al repaso y meditación de la teología. Sólida fué su versación en la sagrada ciencia.

Sus exposiciones alcanzaban singular importancia, pues con la erudición y claridad del disertante, refulgía la fama de su señalada virtud.

CANONIGO REGULAR

Concluida su estada universitaria, produciale desasosiego el juicio que tenía formado de la obligatoria cooperación personal a la misión de extender en derredor suyo los beneficios de la religión. Dispuesto a acatar con sinceridad su voluntad, con ahinco imploraba al Señor, le mostrase el puesto de labor que le tenía señalado.

En ese entonces, con el propósito de coordinar y mejorar la acción evangélica, cultivar la fraternidad y la abnegación y estimularse recíprocamente en la práctica de los deberes ministeriales, los Sumos Pontífices aconsejaban a los clérigos la vida en comunidad.

Con anterioridad de un siglo al momento que referimos, había

eclesiásticos que se congregaban, bajo la denominación de canónigos regulares, constituyendo corporaciones subordinadas en cada diócesis a la autoridad del Ordinario. Observaban la regla de San Agustín, quien inspirado en el ejemplo de los apóstoles la había escrito y practicado, lo mismo siendo sacerdote que obispo.

Martín de Bazán, diocesano de Osma, seleccionó un número de clérigos seculares, de reconocida capacidad, voluntad para el trabajo y probada virtud, y constituyó con ellos su cabildo catedralicio. En conocimiento de los valores que representaba Domingo de Guzmán, decidió atraérselo. Fió el delicado encargo a don Diego de Acevedo, prelado eminente por su piedad y doctrina.

Domingo interpretó que, con tal intermediario, Dios le marcaba su rol en la acción cristiana. Recibió, pues, el presbiterado y bajo la dirección del nombrado eclesiástico, ingresó en el capítulo oxomense (1194).

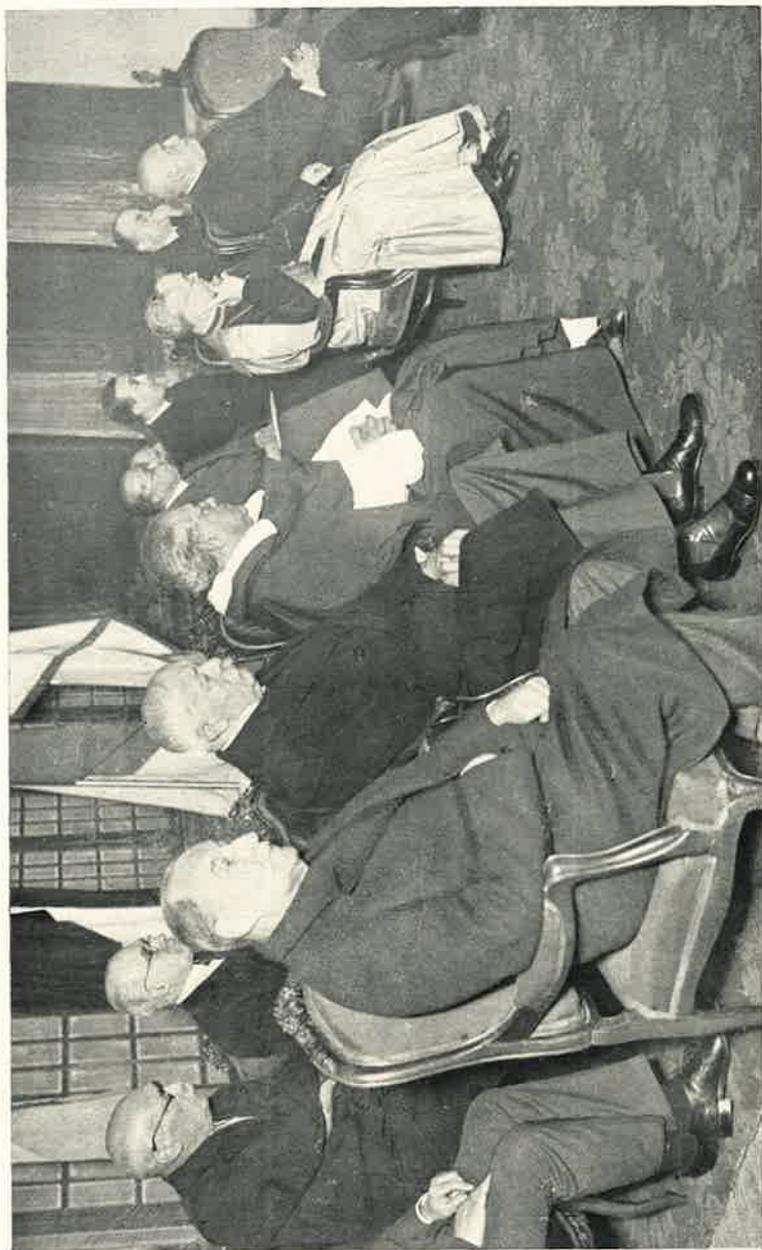
Varón de vida interior, mortificado y animoso, siempre pronto para la predicación, no obstante su prudencia y reserva, no consiguió evitar se difundiese extraordinariamente el prestigio de su Santidad.

Sus peregrinaciones evangélicas fuera de la diócesis, abarcaron Castilla y Galicia. La elocuencia fervorosa de nuestro protagonista hizo del rey de Castilla, don Alfonso (padre de doña Blanca, la madre de San Luis), uno de los monarcas más ejemplares en el reino de España.

Tuvo asimismo oportunidad de dictar en la universidad de Palencia, con provecho grande y admiración creciente de sus discípulos, la cátedra de teología. Estos trabajos fueron compatibles con la dignidad de subprior, que ejerció por varios años en el mencionado cabildo de Osma.

PROYECTO DE UNA ORDEN NUEVA

Como acompañante del obispo Diego de Acevedo, en un viaje que éste efectúa a través de Francia (1203), le toca hacer alto en la ciudad de Tolosa. Domingo repara que es hereje el dueño que les da alojamiento. La noticia despierta su dinamismo proselitista que no le permite descansar. Y como la estada en aquella mansión se limitaba a una sola noche, la empleó íntegra en conversar con el hostero. El calor persuasivo de su acento y la fuerza de su celo



Presidencia del Congreso en una de las asambleas realizada en el Colegio La Salle. — Buenos Aires.

hicieron la conquista de aquella alma, que retornó a la verdadera fe. Tal mudanza, que conmueve su espíritu, juntamente con la contemplación de los estragos que el error ocasionaba, le sugiere por vez primera el propósito de crear un instituto para defender y propagar por medio de la palabra hablada, las enseñanzas de Jesucristo. La idea no le abandona hasta transformarse en vigorosa realidad. No es que las circunstancias hagan al hombre, como se repite vulgarmente; pero en determinados casos contribuyen a definir la vocación. Así cuando a uno le hacen conocer su destino. Es lo que le aconteció a Domingo.

Ante el resultado de su conversación con el albigense de Tolosa, el anhelo latente en su alma de diseminar las doctrinas evangélicas, salió a luz y se concretó en designio. Nada importa que el episodio acontezca en tierra extraña y que el protagonista haya necesitado manejar un idioma que no es el propio. Ello aparte de indicar la calidad singular de su temperamento, encierra un vaticinio acerca de su apostolado personal que, andando el tiempo, tendrá sus más amplias realizaciones fuera del suelo nativo.

Con el mismo prelado visitó la Ciudad Eterna (1204), donde gustó la viva emoción de contemplar y escuchar al Santo Padre. De retorno a España los viajeros hicieron alto en el célebre monasterio francés de Citeaux. Reanudada la marcha, pasaron por Montpellier (1205), donde se encontraban Arnaldo el abad, Rodolfo y Pedro de Castelnau, monjes cisterciences, legados apostólicos, encargados de reprimir la herejía.

Cambiando ideas con Diego de Acevedo, confesaron que no obstante su fe y carácter para la acción, hallábanse desalentados ante la esterilidad de sus esfuerzos. El Obispo de Osma los exhorta a despojarse de todo fausto exterior, a vivir con pobreza y sencillez, a realizar sus viajes a pie, confirmando la predicación popular, con la autoridad del propio ejemplo. Aceptado este parecer, se inicia la campaña misionera, distribuyéndose los sacerdotes en distintas comarcas. En esta labor se destacan Acevedo y su compatriota castellano. La enseñanza evangélica llevábase a cabo, si las circunstancias lo permitían, en los templos. A los herejes, se les hablaba, preferentemente, al aire libre o en domicilios particulares. Muchos pueblos fueron testigos del celo admirable de Domingo de Guzmán en esta primera fase de su apostolado.

En Fanjeaux acaeció un suceso digno de recordación. Sectarios y católicos habían preparado extensos escritos, sosteniendo su res-

pectiva posición doctrinaria, en la contienda religiosa. Designáronse árbitros, en su mayoría albigenses, encargados de dictaminar en qué exposición militaban más convincentes razones. Impresionados por la representación católica, los herejes antes de fallar contra sus compañeros, prefirieron abstenerse. Obedeciendo entonces a una espontánea sugestión de la muchedumbre, de común acuerdo se convino en arrojar a una hoguera dos memoriales contradictorios. Correspondió el honor de ser elegido, entre los ortodoxos, el trabajo redactado por el sacerdote español. Y mientras este memorial resultó ileso, a pesar de ser lanzado por tres veces al fuego, el otro desapareció devorado de inmediato por las llamas. El prodigio conmueve al pueblo, que sinceramente se dispone a escuchar la palabra de este vocero extraordinario de la religión.

En esto, muere el obispo Acevedo (1208). Como consecuencia de su desaparición, disminuye la acción misionera y se dispersan la mayor parte de los elementos que le dieran vida. Pero, en su afán de convertir herejes, Domingo de Guzmán, resiste el desaliento general y persevera en sus tareas, sin darse punto de reposo.

Cuanto más funestos aparecían los perjuicios provocados por los sectarios, mayor intensidad cobraba su fervor. Una circunstancia que mucho lo contristaba, era la situación crítica de la juventud.

El espectáculo de numerosas doncellas de nobles hogares, venidas a menos, que se enrolaban contra la Iglesia, por el hecho de recibir instrucción gratuita en establecimientos albigenses, lo decidió a levantar bajo la protección de la Santísima Virgen, la Casa de Prulla, en una explanada frente a Fanjeaux, que abrió su puerta para recoger y educar cristianamente a las jóvenes. Este monasterio (1206), en realidad la primer institución dominicana, fué patrocinado desde su iniciación, por el obispo de Tolosa y más tarde reconocido y aprobado por Inocencio III.

DURANTE LA GUERRA

Teniendo su impunidad asegurada, aventureros y bandidos dominaban la campaña, asaltando mansiones y viandantes. Ciudades, villas y suburbios, en estado de sobreexcitación impulsivista, luchaban entre sí. Las facciones agudamente irreconciliables, practicando el derecho de la fuerza, hacían correr sangre entre hermanos. Los heresiarcas en combinación con crueles tiranuelos, eran los res-

ponsables de semejante malestar. El Conde de Tolosa, Raimundo VII, omnipotente señor, amparaba todos los excesos.

Era preciso poner fin a semejante desenfreno y sofocar tales desahogos de barbarie. Había que reconquistar monasterios y establecimientos y restituir a sus diócesis los obispos expulsados.

Colmáronse los desmanes con el homicidio, fríamente perpetrado, del legado pontificio Pedro de Castelnau (Enero 15 de 1208). Con tal motivo fué declarada la guerra. Adoptóse resolución tan extrema, después de agotarse las medidas aconsejadas por la prudencia. La vindicta pública exigía satisfacción por el asesinato antedicho e imponía la defensa de los eclesiásticos perseguidos y de los santuarios profanados.

Formóse un ejército que llegó a contar elevada cifra de combatientes. Como en toda conflagración, muchas fueron las explosiones de violencia. Cundió la ruina por las provincias meridionales de Francia. Una tras otra, si bien lenta y costosamente, fueron cayendo las plazas fuertes de los insurrectos. Batallas hubo, en que el derramamiento copioso de sangre y el crecido número de víctimas, denunciaron el valor y el encono de los antagonistas.

Ante conflicto tan grave Domingo tenía que optar o por enrolarse en la milicia, siguiendo el ejemplo de algunos monjes, o simplemente por suspender su ministerio, ya que hubiera sido dificultoso y expuesto ejercerlo en ambientes exacerbados por el odio. Sin embargo no adopta ninguna de estas dos actitudes. Rehuye hacerse cómplice de los errores en que inevitablemente incurrirían las armas, que contenidos los atropellos del adversario, continuarían embravecidas bajo el insaciable impulso pasional.

En el foco mismo de los opositores, en la ciudad de Tolosa, estableció el centro de sus andanzas misionales. La provincia de Narbona, le vió consagrado de lleno al ministerio de la palabra, soportando afrentas y angustias sin cuento. Bastantes veces en su tránsito por las calles, fué objeto de feroces vejámenes. Advertido en cierta ocasión, de que en un pasaje peligroso del camino, le aguardaban enemigos que habían tramado su muerte, se puso en marcha de noche, sin compañía, cantando con alegre acento. Maravillados de su valentía, para ellos inexplicable, los complotados dejáronle pasar sin causarle daño. Interrogado más tarde, sobre la actitud que habría asumido si los herejes se hubiesen apoderado de su persona con el fin de ultimarle, respondió sencillamente: "Aunque no merezco la gloria del martirio, os habría pedido que no me arrancarais

la vida de un solo golpe, sino lentamente, para que el sacrificio resultara más doloroso y dilatado''.

Según cálculos aproximados, cien mil conversos, entre pecadores y herejes, proclaman su eficacia pastoral. Asombra pensar en la capacidad de trabajo y sacrificio necesarios para producir en limitado espacio de tiempo semejante resultado. Y todo esto fué realizado, puede decirse, por él solo. Caminador incansable, sin llevar consigo recursos, confiando plenamente en la generosidad de los fieles, hizo a pie todas sus peregrinaciones. El modesto e indefenso transeúnte tuvo que sobrellevar el agravio de herejes y malhechores, que pululaban por las carreteras. Pero su temple, energía y entusiasmo, no declinaron ante peligros ni contradicciones.

Diversas ciudades conmovidas por su ejemplo, quisieron preconizarlo su pastor. Pero el santo, con decisión y humildad invariables, apartándose presurosamente de las prelacías, considerábase indigno no sólo del oficio episcopal, sino de ser simple sacerdote. Rehusó, así, los obispados de Cominges, Conserans y Beziers, llegando a manifestar que antes de aceptar una designación de esa clase, se marcharía para siempre a lejanas tierras a convertir infieles.

LA INQUISICION

Es finalidad esencial de la Iglesia, por dación de Jesucristo, conservar y transmitir íntegra y fielmente la revelación. Por lo tanto la facultad de juzgar en materia doctrinal corresponde al Papa y a los Obispos.

Como la potestad diocesana, de ningún modo excluye la universal de la Cabeza Visible sobre la totalidad de los fieles y pastores, Inocencio III designó delegado suyo especial, a Domingo de Guzmán.

Su función consistía en inquirir (de ahí el término inquisición) y definir los delitos contra la religión católica, impidiendo la difusión herética.

Digamos de paso que el Tribunal de la Inquisición amonestaba por varias veces antes de intentar ningún procedimiento; que devolvía la libertad a los convictos que reconociesen su extravío y que en general, siempre solicitó del poder civil se respetara la vida de los reos. Este organismo hizo su aparición en el siglo XII, como una consecuencia de la multiplicación de las herejías, que aparte de sus-

tentar errores dogmáticos, alteraban la paz pública, provocando convulsiones y guerras civiles. Organizaban el bandolerismo y llevaban a cabo en gran escala, empresas de saqueo y devastación. La rebelión, los asaltos, los incendios y asesinatos alcanzaron tales proporciones, que ponían en peligro la estabilidad de los gobiernos. De ahí que los herejes, fuera de su estado específico, apareciesen al mismo tiempo como delincuentes comunes. La preponderancia judaica agravaba todavía más el desorden, pues obedeciendo a su odio ancestral contra el cristianismo, fomentaban las revueltas, mientras, sirviendo afanes de lucro, esquilmanaban implacablemente a los necesitados.

Las naciones que resolvieron como tales combatir la herejía, lo hicieron en presencia de los disturbios sociales y políticos que aquélla engendraba. Así procedieron, por ejemplo, España y Sicilia.

Pero en todas partes el delito doctrinario era analizado y definido por la Iglesia, que únicamente imponía castigos morales.

El reo contumaz era entregado al Estado por la conexión de su ideología con delitos sociales. El castigo temporal pertenecía a la jurisdicción civil.

Nuestro Santo únicamente combatió los errores dogmáticos con la predicación que influye y persuade, con la abnegación de su vida ejemplar y la plegaria colectiva del rosario.

DEVOCION DEL ROSARIO

En esos años de inquietudes y afanes, Domingo organizó la costumbre de la plegaria en común, a base de la salutación angélica, en la esperanza de que la aclamación unánime del pueblo, presentada por la Santísima Virgen como intercesora, poderosamente gravitaría sobre el corazón de su Divino Hijo. Los misterios de la Redención, con los sentimientos de alegría, de gloria y de dolor que despertaron en el espíritu de María, fueron incorporados al rezo público como temas de meditación. Es indudable que por maravilloso modo, tal devoción se hacía sentir en los corazones que prorrumpan en súplicas de misericordia y en propósitos de mejoramiento cristiano.

Tiene los caracteres de una comprobación histórica concluyente, sólidamente fundada, el aserto de que el rosario, merced a

la iniciativa y propulsión de Domingo, llegó a ser la práctica piadosa más popular y extendida de la cristiandad.

Creó el Santo las cofradías del Rosario, con el propósito de transmitir la hermosa costumbre a las nuevas generaciones, como tradición del pueblo católico. Después de un eclipse temporario, esta práctica volvió a adquirir nuevo vigor, merced a la predicación del beato Alano de la Roche, dominicano de Bretaña.

En recordación de la batalla de Lepanto, que tuvo lugar el mismo día en que las cofradías de la ciudad de Roma, en desfile público imploraban el triunfo de las armas de la civilización cristiana contra el mahometismo invasor, el Pontífice Gregorio XIII, instituyó (1573) la festividad del Santo Rosario, que se solemniza desde entonces el domingo primero de octubre. Las lecciones históricas, en su celebración litúrgica, fueron establecidas por Benedicto XIV.

En el pasado siglo, los prodigios de Lourdes intensifican por doquier, el entusiasmo por esta devoción. León XIII le consagra el mes de Octubre y recomienda insistentemente su práctica. El Código de derecho canónico de Pío X y Benedicto XV aconseja, como único ejercicio extralitúrgico, el rezo del rosario y dispone la erección de su cofradía en las parroquias.

Asimismo corresponde a Santo Domingo el honor de haber implantado el uso de implorar con el Ave María, el auspicio de la Santísima Virgen, al cerrar el exordio de los sermones.

APROBACION PONTIFICIA

La derrota, aunque no definitiva, sufrida por las armas de los albigenses, favoreció la actuación del apóstol hispano en la ciudad de Tolosa (1215). Después del episodio ocurrido en esta ciudad, y que oportunamente dejamos descripto, quiso Dios que en la misma pudiera realizar Domingo su pensamiento de crear una nueva Orden. Allí encontró generosos colaboradores. Pedro Celano, varón de virtud y destacada posición y Tomás, de palabra cautivadora, fueron los compañeros de la iniciación. Constituyó el primer convento de varones (abril 25 de 1215), siendo erigido canónicamente el nuevo instituto en la diócesis, por el monje cisterciense monseñor Fulco. El Fundador impuso a sus discípulos el hábito que él usaba, de canónigo regular (túnica blanca, roquete sencillo

y capa negra con capucha). Años más adelante substituyó el roquete con el blanco escapulario.

Prolongados fueron sus aprestos para la ejecución de la magna empresa. De linaje ilustre, cimentó su actividad en la pobreza. Juntamente con los bienes materiales, abandonó los honores que le correspondían por su ascendencia. Finalizada su carrera universitaria, se sometió a la vida en común, experimentando sus beneficios y aprendiendo la obediencia, para imponer más tarde en la nueva milicia lo que él practicara abnegadamente por más de dos lustros. Entretanto cultivó con intensidad la oración y cumplió el propósito de no ahorrar fatiga en la tarea de salvar almas. Sus trabajos en medio de la efervescencia albigense, no excluían la ampliación gradual de sus estudios de la Escritura y el adelanto de la propia santificación. En su concepto, el celo lejos de limitarse a la conservación de las posiciones católicas debía dilatarse en continua expansión. La mejor táctica para el mantenimiento de la vitalidad cristiana consistía en acrecer sin interrupción, la propaganda.

Mucho le sirvió el auspicio del Obispo de Tolosa, con quien partió para Roma (1215), a donde llegó después de once años de su anterior visita al Sumo Pontífice. En la Capital del orbe cristiano tuvo oportunidad de hacer conocer al Santo Padre su proyecto de una Orden apostólica internacional.

La simpatía del Supremo Jerarca hacia la idea fué visible. Encontraba, no obstante, dificultades para aprobarla resueltamente. La tradición atribuía de manera casi excluyente, a los obispos, la predicación católica.

Además el concilio acababa de prohibir, en virtud de particulares circunstancias, nuevas fundaciones. Pero un sueño decidió el amparo de Inocencio III en favor de Domingo de Guzmán. Le pareció contemplar que la Basílica de Letrán amagaba desplomarse y que el peregrino español impedía su derrumbamiento, sosteniéndola con los hombros.

Por su parte el Fundador, abstraído ante el sagrario en la Basílica de San Pedro, tuvo una visión: el Salvador, desde su trono de Juez, blandía tres dardos, para exterminar a los soberbios, a los avaros y a los deshonestos. Pero generosamente intercesora, su Santa Madre, imploraba clemencia, presentando dos pobres que harían revivir la fe y las virtudes evangélicas. En uno de aquéllos, el peregrino reconoció a su propia figura, ignorando la identidad del otro, cuya imagen le quedó profundamente grabada.

Sincrónicamente le aconteció lo mismo a Francisco de Asís.

En uno de los días siguientes Domingo encuentra a un mendigo en el que descubre al providencial compañero que el cielo le deparaba. Los dos varones confundieron en un abrazo los sentimientos despertados por la similitud de propósitos. En la efusión de aquel saludo ferviente, quedó consagrada la hermandad de sus hijos espirituales, en la empresa de restauración cristiana que habían de efectuar por el mundo.

A su regreso a Tolosa, los compañeros eran en conjunto diez y seis. Obedeciendo el consejo del Sumo Pontífice, al establecer la legislación de la nueva obra y a fin de allanar las resistencias derivadas de la resolución del concilio a que hemos aludido más arriba, adoptó la regla de San Agustín, porque inspirada en los consejos evangélicos no imponía plan particular alguno, fuera de la vida en comunidad. De modo que dentro de tal régimen, perfectamente cabía la finalidad que el Santo se había propuesto.

Después de reunirse en el templo de Prulla y renovar ante el altar sus propósitos, marchan a Tolosa donde se instalan en el convento de San Román, cedido al efecto por el Ordinario.

Muerto Inocencio III, le sucede Honorio III, quien confirma (diciembre 22 de 1216) solemnemente la obra. En nueva bula, el mismo Pontífice anuncia que los hijos de Santo Domingo "serán campeones de la fe y verdadera luz del mundo". Al año siguiente, (enero 26 de 1217) les da la denominación de "Predicadores", animándolos a trabajar en la difusión de la palabra de Dios, a todas horas "llenando así de una manera digna de loa, vuestro ministerio apostólico".

Logrado este superior reconocimiento, aunque sentía la necesidad de reunirse con sus discípulos, debió permanecer en Roma para iniciar en el Vaticano, por encargo de Honorio III, la predicación cuaresmal. Interpretó las epístolas de San Pablo exponiendo la historia, el dogma y la moral, en un estilo accesible a todo el mundo, ennoblecido con su habitual elocuencia. Queriendo destacar la impresión que dejara el orador, el Sumo Pontífice le investió con la designación de Maestro del sacro palacio.

Fué, pues, nuestro Santo, el primer titular de un cargo que prosiguen desempeñando honrosamente, desde entonces, los sacerdotes dominicos.

El 15 de Agosto de 1217 congregáronse en el monasterio de Prulla, presididos por Domingo, los componentes de su Orden. Des-

pués de la misa y de las palabras conmovedoras de su maestro, que no podía echar en olvido las tristezas de la guerra pasada y las alternativas de su largo apostolado, tuvo lugar la profesión solemne de los nuevos religiosos. La muchedumbre que llenaba el templo y se esparcía desbordada por los alrededores, fué marco imponente de la inolvidable ceremonia.

Con el propósito de dar a su Instituto una flexibilidad que le permitiese adaptarse a cualquier ambiente de comarca y de tiempo, estableció el gran principio de la reformabilidad de las constituciones, otorgando a los Capítulos Generales la facultad pertinente. La eficacia de la organización descansa en la gran influencia del Maestro General sobre la totalidad de sus súbditos, influencia que los Sumos Pontífices no alcanzaron efectivamente sino mucho más adelante. La posibilidad del abuso del gobernante queda limitada, haciendo que su elección sea democrática y que su ascendiente se vea compensado con la autoridad de las asambleas legislativas. La dirección, pues, corresponde a una minoría selecta a base de méritos (inteligencia y capacidad) cuyo poder se equilibra al poner frente a los Capítulos Provinciales la reunión de simples religiosos.

APOSTOLADO

Con anterioridad al cristianismo, no hay precedente de expansión apostólica en Oriente, Grecia y Roma. En la historia de las religiones, éstas aparecen sin excepción caracterizándose por su inmovilidad. La expansión dinámica comienza en el mundo con Jesucristo. Ahora bien, en el panorama espiritual de Europa, hace su aparición Santo Domingo, en momentos de tremenda crisis social y religiosa. En la crónica esplendente del apostolado, fulgura como inmenso luminar. Su ejemplo forma legiones de misioneros.

El apostolado supone valiosas condiciones: santidad de vida, fe ardiente, confianza en Dios, dedicación a la Iglesia, conocimiento de su doctrina e historia, y anhelo de esparcir por el mundo los beneficios de la Redención. Semejante definición es la semblanza del patriarca español. Una chispa escapada del corazón de Cristo, ha encendido en su pecho hoguera incontenible, que él irradiará en incansable propagación.

Era todo un espectáculo de esfuerzo, pues su labor excedía en mucho la norma racional de la actividad humana. Fué, por la ex-

tensión y efectividad de su influencia, vivo argumento de la virtud y belleza del cristianismo. El valor intrínseco de su acción, la estima que le profesó su siglo y que mantiene el juicio histórico, y los resultados alcanzados, le pusieron a la par de los más altos propulsores de la cultura humana.

Sano o enfermo, siempre se halló dispuesto al trabajo. Su oración en favor del pueblo y sus exposiciones doctrinales, no conocieron reposo. Únicamente cuando la dolencia lo postraba en absoluto, abría paréntesis al cumplimiento de obligaciones para él siempre impostergables.

Personalidad consistente, de igual vigor en el pensamiento que en las realizaciones, no confundía impulsivismo con fervor, ni movimiento con progreso. Su potencia mental, su voluntad indomable, su verbo persuasivo, tenían por aliado un gran corazón. La elevación de su alma irradió ascendiente sobre todo linaje de hombres. No le intimidaban las agitaciones violentas ni la rumorosa inquietud de los adversarios.

Si bien originada en motivos sobrenaturales, la generosa tolerancia de su espíritu también se apoya en su adquirida experiencia de lo que cuesta actualizar aspiraciones, imponer proyectos, transformar criterios. Es inmensa, en ocasiones, la distancia, entre los hechos y el ideal. Ardua resulta la empresa de recobrar ascendiente sobre conciencias extraviadas. Cuando el pasionismo herético convertía en personales las cuestiones religiosas, Domingo practicaba el difícil arte de atenuar los agudos enconos doctrinarios.

Acompañábale la esperanza de lograr las transformaciones que se proponía. Era su fervor tan intenso, que sinceramente se consideraba responsable de la obstinación de sus oyentes en el error o de los malos cristianos en sus pésimas costumbres. Con su propio ejemplo confirmó la nobleza de sus doctrinas. Por eso sorprendía y atraía a los sábios y emocionaba a los humildes.

Constató la necesidad del estudio para defender el patrimonio doctrinario de Jesús y distribuirlo a las muchedumbres hambrientas de verdad, pues uno de los factores que explicaban el auge del fermento herético, consistía en el hecho de que la instrucción, en el estado eclesiástico, no guardaba proporción con las obligaciones y responsabilidades de tan alto ministerio.

Jesucristo crucificado, era su ciencia, como la de San Pablo. Por eso analizaba con método, con ahinco y siempre, la palabra de

los libros santos, vinculada a la santificación y salvación de las almas, al progreso y difusión de la religión.

Si la conquista espiritual del mundo se debe al Evangelio; si éste ha dado origen a los apóstoles y a los mártires; si en él han hallado fortaleza las almas penitentes, fervor los santos y sabiduría los doctos; si de él brotan la luz, la energía y la virtud, es menester fortalecer las almas en su estudio y meditación, para volcar después sobre las demás, su influjo redentor.

Considerando que tal era el fin de su Orden y que sus integrantes no podrían ser maestros conductores sin ser doctos, impuso el estudio continuado de la sagrada ciencia, dándole privilegio en la vida de comunidad sobre las tareas manuales, armonizando al propio tiempo la acción evangelizadora con la grave disciplina del claustro.

El análisis de su época, escenario obligado de su actuación, le inspiró esta modalidad.

La competencia y abnegación debían adquirirse y practicarse en un momento en que los estudios eclesiásticos atravesaban un período de crisis y abandono y en que la agitación herética producía violentos desórdenes.

También le cabe a nuestro protagonista el honor de haber abierto a todas las Ordenes religiosas el ministerio de la predicación, reservado hasta entonces a los obispos. Inició, pues, una nueva costumbre, al ampliar el uso de la palabra pública, en aquel tiempo atributo exclusivo de la jerarquía, convirtiendo a los religiosos en predicadores, no diocesanos sino cosmopolitas, representantes del Sumo Pontífice.

Extensa cultura luce en sus polémicas y conversaciones con los herejes, en la exposición de sus memoriales doctrinarios, en la redacción de sus discursos y sermones. Pero su genio, su dón de gentes, su ilustración, su elocuencia, alcanzaban eficacia y prestigio mayores por la elevación y santidad de su carácter.

Nació orador. Sus demás aptitudes de labor, de celo y ciencia, desarrollaron la facultad nativa. Su palabra que contiene ideas y fervores, fluye con natural encadenamiento. El timbre de su acento armónico y penetrante, perdura a través del tiempo en el secreto de las conciencias.

Su fidelidad a la doctrina y a la ley de Cristo y sus profundos conocimientos, dan a su predicación vigor singular. Los episodios del ambiente, la realidad de la naturaleza, los hechos históricos,

juntamente con la experiencia que poseía de las inquietudes y aspiraciones de las almas enfermas. permitíanle hacer más inteligibles las altas verdades. Así lograba introducir en el pensamiento de sus auditorios, el eco de sus propias ideas y de su propio sentir, que eran reflejos de las ideas de Dios. En torno de su púlpito, lo mismo en el recinto sacro que en las plazas y los campos, la muchedumbre se estremecía agitada por rachas misteriosas.

El idioma de San Pablo, cuyas epístolas siempre llevó consigo, parecía ser su lenguaje. El mismo soplo ardiente encendía sus palabras de sorprendente vitalidad.

Era de regular estatura, delgado, de ojos vivos, cabello y barba rubios. La pobreza de su hábito lo empequeñecía. Pero cuando hablaba, convertíase en un ser extraordinario, de prodigio. El expositor, transfigurado, adquiría las grandes proporciones del apóstol, y el pueblo lo proclamaba su conductor y maestro.

No conoció el miedo. El carácter divino de su esperanza, fortalecía en el trabajo. Jamás se apagó su voz ante amenazas y persecuciones. Su autoridad agrándase ante sus enemigos, por su valor firme y sereno. ¡Cuántas veces lágrimas de contrición borraron los impulsos criminales de aquellos que maquinaban su martirio!

El ambiente hostil no malograba el beneficio de su palabra. Es que tenía el don de ponerse en contacto con sus oyentes. Hablaba su lenguaje. Lograda su atención, los hacía partícipes del fervor que desbordaba de su corazón.

Uno de los temas más eficaces de su enseñanza, era, en todos sus aspectos y advocaciones, el del culto a la Madre del Salvador. Semejantes exposiciones, acompañadas siempre de la plegaria colectiva, contribuyeron a la eliminación de la blasfemia, provocaron la concurrencia de las gentes a los actos del culto católico y determinaron la reconstrucción de templos y la reforma del clero.

Es tan grande el efecto de su acción apostólica, que traduciendo la impresión general de su época, se puede afirmar que bajo su influjo recuperan su salud espiritual las voluntades enfermas, refórmanse las costumbres, se reintegran los herejes a la verdadera fe, se restablece la vida cristiana. Humildes y potentados, ignorantes y sabios, hombres y mujeres, de las más diversas clases y condiciones sociales, siguen sus consejos. Muchos solicitan la gracia de incorporarse a su Orden, para secundarlo en la tarea de cristianizar la sociedad.

Las altas inspiraciones, la gracia sobrenatural, los merecimen-



Monseñor Dr. DIONISIO R. NAPAL.
Vicario General de la Armada. — Hermano de la V. Orden Tercera
de S. Domingo.

tos de Jesucristo, conducidos por su acento, entraban en los espíritus y los conquistaban. Continuó la acción de aquellos que, en la hora inicial, se dispersaron por el mundo, divulgando la doctrina y los mandatos del Redentor, confirmando con la santidad de la propia vida la verdad de sus enseñanzas. La Iglesia consagra su grandeza, al llamarle en el oficio canónico "varón de pecho y espíritu apostólico, sostén de la fe, clarín del Evangelio, luz del mundo, resplandor de Cristo, segundo precursor y gran ecónomo de las almas".

ESTADA EN ROMA

Verificada la profesión solemne de sus compañeros (ocho franceses, siete españoles y un inglés), dirígese a Roma donde establece su residencia. En esa estada los afanes de su apostolado viéronse aprobados desde lo alto con señalados prodigios. La grandeza de Dios que brilla en el heroísmo de los mártires, en el arraigo y difusión del cristianismo a través de crueles contradicciones, en el apostolado siempre ferviente de los evangelizadores, en la virtud y austeridad de los penitentes, se patentiza asimismo en los milagros que realizan sus elegidos. La palabra de Domingo cura enfermedades, resucita muertos, multiplica recursos y anuncia acontecimientos que se cumplen. Tales hechos perfectamente comprobados, despiertan grande simpatía en torno de su personalidad.

En poco tiempo incorpórase al convento de Roma un centenar de nuevos religiosos. Después de una siembra prolongada de doctrina y ejemplo, de enseñanza elocuente y de evidente virtud personal, bastaba su presencia para conseguir adeptos en cantidad considerable. Numerosos aspirantes eran profesores e intelectuales de notoria actuación. No sólo entraban laicos, sino sacerdotes, anhelosos de consagrarse a la predicación y conquistar el corazón humano, a través de la inteligencia. Los conventos se desenvolvían en ambiente universitario. En ellos la ciencia resplandecía aureolada de santidad.

Rápidamente la familia dominicana se acrecentó en forma tal que alcanzó a contar millares de religiosos, esparcidos por Europa y Oriente.

Obedeciendo la indicación de Honorio III, reunió bajo una misma regla, a diferentes núcleos de religiosas, que vivían en Roma, en distintas casas. El monasterio que fundó, según el modelo de Nuestra Señora de Prulla, fué el principio de una serie de estableci-

mientos similares, que constituyeron la Segunda Orden dominicana.

Al mismo tiempo dió impulso, a la Tercera Orden, denominada Milicia de Jesucristo. A esta rama podían pertenecer los laicos, varones y mujeres, cualquiera fuese su situación personal. Sus componentes se comprometían a conducirse de acuerdo a las normas cristianas y a defender la libertad y acción de la Iglesia. Como esta organización encontró adherentes en todas las clases sociales, llevó a los hogares su influjo ejemplarizador. La Tercera Orden que se ha caracterizado por la restauración de las virtudes cristianas, tiene la gloria de haber dado al historial de la santidad, grandes figuras, de las que sólo citaremos, entre las más eminentes, a Catalina de Sena y Rosa de Lima

ULTIMOS AÑOS

En menos de dos años los dominicos se distribuyeron por el mundo, se dirigieron con preferencia a los grandes centros universitarios, donde era más fuerte la herejía.

En 1220 celebróse en Bolonia, el primer Capítulo General. Impulsado por su humildad y estimulado por el deseo de concluir sus días adoctrinando infieles, en la esperanza de conseguir el martirio, dimite su puesto de Maestro General. La renuncia es rechazada por unanimidad.

Redactadas las constituciones fundamentales, retorna a Roma donde lleva una vida de extrema mortificación, consagrando largas horas diurnas y nocturnas a la oración.

Recorre personalmente Francia, España e Italia, y envía delegados a otras naciones con el objeto de crear y organizar conventos.

A fin de presidir el segundo Capítulo General, marcha a Bolonia en 1221. Vuelto de un viaje, de nuevo en esta ciudad, Domingo de Guzmán enferma gravemente.

Las virtudes que le acompañaron durante su vida, resplandecieron una vez más en su última enfermedad. La confianza de su alma en Dios, se revelaba en sus palabras y en su devoción. Pasó sus últimos días exhortando a sus hermanos a la observancia de las reglas y a la práctica de la predicación.

En esa su postrer etapa, concluída su misión en la tierra, de todas partes recibía noticias de gran consuelo para su espíritu. Legiones de hombres consagrados al estudio, a la oración, a la enseñanza y a la predicación, y un renovado germinar de vocaciones religiosas,

dábanle la certeza de que la acción apostólica continuaría dilatándose por la tierra, con siempre nueva vitalidad.

Comprendiendo que llegaba su fin, humildemente solicitó le tendiesen sobre una capa de ceniza. En esta forma entregó su espíritu al Creador, el 6 de Agosto de 1221, cumplidos cincuenta y un años, un mes y trece días.

DEFENSORES DE LA FE

Muerto el Patriarca, la Orden se extiende de manera asombrosa. Ante el crecido número de solicitantes del hábito, en su mayoría estudiantes universitarios, catedráticos y sacerdotes, figurando asimismo algunos obispos, los establecimientos religiosos resultaban pequeños.

A fin de dar adecuada preparación a los misioneros, se levantan colegios para el conocimiento de las lenguas de Oriente, mientras célebres intelectuales componen tratados de controversia.

Sin detenerse ante fronteras de ninguna clase, la cruzada apostólica se desarrolla por Europa, Asia y Africa. Son famosas y significativas las palabras con que Inocencio IV, cinco lustros después de la desaparición del Fundador, al dirigirse a sus continuadores encabeza una de sus encíclicas: "A nuestros amados hijos los hermanos predicadores, que predicán en tierra de sarracenos, de griegos, de búlgaros, de armenios, de cumanos, de etiopes, de sirios, de godos, de jacobitas, de indios, de tártaros, de húngaros y de otras regiones del Oriente".

En el siglo XIII los anales dominicanos muestran en sus páginas innumerables nombres de sabios escritores y enseñantes, eminentes predicadores y gloriosos mártires, que hacen palpable la realización de la profecía de Honorio III, quien anticipándose a los hechos proclamó a los seguidores de Domingo: "grandes defensores de la fe y verdaderas lumbreras del mundo".

Su intervención en misiones y controversias fué continuada y de positivos resultados. Las sectas y herejías reconocieron la eficacia de sus antagonistas.

Su oratoria tuvo la supremacía en los tiempos medievales. El Beato Reginaldo, el Beato Jordán, San Pedro Verona, primero; más adelante, en distintas naciones y épocas, son famosos Eckhart, Tauro, Suson, Savonarola, Granada, San Vicente Ferrer, etc.

En la organización científica de los conocimientos de Dios y sus misterios, se destacan Hugo de Saint-Cher, Alberto Magno, R. Kiwardby, Raimundo de Peñafort y muchos otros. Después de Santo Tomás de Aquino, el maestro más insigne, surge una pléyade renovada sin cesar, de profundos y brillantes comentadores.

Es notable la consagración de la Orden a los estudios de crítica bíblica y a los trabajos de reconstrucción del texto latino y de sus versiones a distintos idiomas.

Como gloria singular, digamos que han logrado el honor de los altares, sus más eminentes sabios: Santo Domingo, San Pedro Verona, Santo Tomás de Aquino, San Vicente Ferrer, San Luis Beltrán, San Raimundo de Peñafort, San Juan de Colonia. A esta lista debe añadirse la nómina de los siguientes beatos: B. J. de Sajonia, Reginaldo de Orleáns, J. de Vorágine, Manés de Guzmán, Alberto Magno, Gonzalo de Amaranto, San Telmo, Inocencio V, Benedicto XI, Juan Dominici, Ambrosio de Sena, Gil de Santarén, Alvaro de Córdoba, Enrique Suson, Francisco Posadas y Simón de Monfort. Los dominicos han intervenido en las asambleas ecuménicas, desde el concilio Lateranense IV (1215) al que concurrió Santo Domingo en carácter de teólogo, hasta el Vaticanense (1869-1870) al que asistieron un cardenal, veinticinco obispos y gran cantidad de consultores. Asimismo han actuado en multitud de concilios nacionales y diocesanos.

En el famoso Concilio General de Trento tuvieron a su cargo la redacción de los cánones, la composición del catecismo a los párrocos, la corrección del breviario y el misal, la formación del catálogo de los libros prohibidos, etc.

Cuatro dominicos han ocupado el puesto más elevado de la jerarquía: Inocencio V, Benedicto XI (Beato), Pío V (Santo), y Benedicto XIII. Pasan de tres mil los patriarcas, arzobispos y obispos, entre los que figuran diplomáticos, sabios y santos. Ochenta y seis religiosos han pertenecido al colegio cardenalicio.

La historia demuestra la valiosa actuación de los dominicos en defensa de la fe y les reconoce como característica, su férvida y firme adhesión a la Santa Sede. Sigue, pues, siendo justiciero el encomio que de ellos hizo en ocasión memorable, Inocencio IV: "Firmes atletas de la fe, de la justicia y la libertad eclesiástica".

CIENCIA TEOLOGICA

Dentro de sus primeros cincuenta años, la labor científica de la Orden llega a su culminación. Santo Tomás de Aquino, el talento especulativo más alto de su época, en breve tiempo y en medio de turbulencias apasionadas, da a conocer su célebre construcción teológica, que comprende la interpretación de la Sagrada Escritura, el pensamiento de los Santos Padres, el concepto de la Tradición, las verdades de la religión natural y sobrenatural y las normas fundamentales del derecho.

Su genio penetrante, su vigor dialéctico y su pasmosa cultura, le permiten resumir en un sistema dinámico y viviente, la elaboración filosófica y teológica del mundo hasta entonces, e imprimirle, no obstante la múltiple procedencia de sus materiales, verdadera originalidad. La estructura del trabajo merece que su autor sea considerado como el genio sintético más audaz que la filosofía y la historia recuerdan.

La canonización del Santo Tomás de Aquino, por los comentarios que en su oportunidad vertiera la Santa Sede, vino a ser algo así como la sanción oficial de su doctrina. En tan solemne circunstancia, Juan XXII declaró: "Santo Tomás ha ilustrado más a la Iglesia que los demás doctores juntos. Y es más provechoso estudiar sus libros durante un año, que por toda la vida los libros de los demás".

En el Concilio de Trento, en el recinto de las asambleas, junto a los libros de la Escritura y los decretos de los Pontífices, figuraban ejemplares de la Suma.

Pronto contará siete siglos la obra del Doctor Angélico. En tan dilatado lapso de tiempo, se expone y comenta en el mundo entero su doctrina, como norma segura, pues según el Código de Derecho Canónico, es la preferida de la Iglesia.

Los concilios y los Papas al reconocer el valor de Santo Tomás, y León XIII al adjudicarle el patronato de las escuelas católicas, testimonian que la ciencia teológica ha tenido en este sabio dominico su cultor máximo.

A M E R I C A

Efectuado el descubrimiento, los dominicos, en virtud de haber sido decididos protectores de Colón, consideraron al continente nuevo como obligado campo de evangelización. Junto a los guerreros de la exploración, enseñaron a venerar la cruz, símbolo de doctrinas que suavizaron las asperezas de aquel período violento de contornos de epopeya.

Pedro de Córdoba, Antonio Montesinos, Bernardo de Santo Domingo, fueron los primeros religiosos de la Orden que iniciaron tareas apostólicas en América (1510). Siguiendo la ruta de los exploradores y afrontando agobiadoras fatigas, fundaron conventos en Santo Domingo, Méjico, Nueva España, Perú, Nueva Granada, Nueva Florida, Chile y Río de la Plata.

Cuando de la espesura de los bosques o de la desierta llanura se alzaba amenazante el ejército indígena contra los blancos invasores, estos sacerdotes que por su idealismo estaban más cerca de los autóctonos, intervenían como pacificadores. La familia aborigen inició el aprendizaje del misterioso idioma que les hablaba de la redención y de la fraternidad, y se fué habituando a la sombra de los árboles al espectáculo de las ceremonias religiosas.

En la Española (isla de Santo Domingo) quedó establecida la primer provincia dominicana (1530). Años después fueron erigidas las de Méjico y el Perú. En 1586 fundóse la de Chile que comprendía Cuyo y Río de la Plata.

Domingo de Betanzos, Julián Garcés, Bartolomé de las Casas, P. de Córdoba, Valverde y Luis Beltrán, defendieron de sus explotadores al indígena, sosteniendo en su favor el derecho inalienable de la dignidad y fraternidad humana.

Únicamente la justicia de su causa los convirtió en generosos protectores de la población indiana, a cuyos componentes desde el principio se intentó someter a una disimulada esclavitud.

En una obra enviada a Paulo III, Domingo de Betanzos propugnó el derecho del indio a la libertad, a la propiedad y al cristianismo, mereciendo la aprobación pública del Sumo Pontífice. Bartolomé de las Casas consagró su vida a la redención del indígena. Reiterados memoriales a los soberanos de España y catorce viajes costosos a Europa, le merecieron el indeleble prestigio de protector de la familia aborigen y defensor de la verdad.

Desde la iniciación grabóse en los pobladores del continente nuevo la efigie del sacerdote evangelizador. Así se explica que, en algunas regiones, aun desaparecida la acción cristianizadora por largos períodos, al hacerse de nuevo presente el sacerdote, encontrase ambiente propicio a la enseñanza de la vida cristiana.

Los dominicos, juntamente con mercedarios, franciscanos y jesuitas, cooperaron al progreso moral y material del continente nuevo, con variada y sostenida labor.

La dificultad mayor para su apostolado, en múltiples oportunidades, no se originó precisamente en la toldería. Obstáculo grave a su tarea, fué más de una vez la ambición insaciable de los conquistadores. En la enconada oposición suscitada entre indígenas y blancos, defendiendo aquéllos su suelo y libertad y obedeciendo éstos al estímulo del egoísmo, resultaba más arduo contener a los últimos que dominar a los primeros.

RIO DE LA PLATA

Los dominicos que desde 1550 habían pisado tierra de Tucumán y que fueron estableciendo conventos en la segunda mitad de dicho siglo, en distintas poblaciones, hicieron su aparición en Buenos Aires en la primera década del siglo XVII. Al principio el número de religiosos fué escaso, pues la pobreza de la ciudad era extrema y la acción a que se consagraban muy dilatada. Por lo demás, había que atender las casas de Santa Fe, Paraguay, Córdoba y Santiago.

La bondad de su actuación está reconocida en documentos públicos del Cabildo. Fué generosísima su caridad en épocas de calamidades públicas. En la organización de su nueva diócesis Monseñor Fray Pedro de Carranza (1620) contó con su colaboración sostenida. Caracterizáronse, en los diferentes litigios entre los gobernantes civiles y el prelado, por su adhesión al Obispo.

Las casas del Río de la Plata dependían de Chile. Razones de carácter geográfico, corroboraron los motivos de una mayor eficacia y esplendor en las actividades religiosas, para solicitar la autonomía de los conventos existentes a este lado de la Cordillera. Merced a los esfuerzos de Fray Domingo de Neyra, los establecimientos del territorio que hoy constituye la Argentina, a excepción de Cuyo, tomaron gobierno independiente, bajo el nombre de provincia de

San Agustín de Buenos Aires, Tucumán y Paraguay. Celebróse el acontecimiento con particular resonancia. Y como un efecto de esta determinación, a partir de entonces, con creciente vigor irradiaron su influencia apostólica. Renació el amor y la dedicación al estudio. La fundación de la Tercera Orden conquistó numerosos adherentes.

Aunque en la crónica histórica, la intervención de los dominicos en favor de la patria, carezca de la resonancia propia de las actividades políticas o guerreras, fué no obstante de singular eficacia, y merece ser recordada, no sólo en la época de la revolución sino también más tarde en el período de la consolidación nacional.

Resortes de positiva eficacia fueron su palabra desde el púlpito, su influjo en las tareas espirituales netamente religiosas y su ascendiente en la convivencia social. Supieron conciliar la defensa de los ideales patrios, con el carácter de su instituto, sin ponerse al margen de las normas que rigen la vida de comunidad. Después de la declaración de Mayo, continuaron sirviendo a Dios y sosteniendo los ideales rioplatenses.

En la escena memorable de la plaza de la Victoria (24 de Mayo de 1810), en medio de la agitación tumultuaria, prestan visible atención a la voz de un tribuno, elementos pertenecientes a las más distintas clases sociales. Asombra pensar que el arrogante orador, de acento enérgico y gesto decidido, es Fray José Ignacio Grela, prestigioso dominico. En ese día y en los restantes de la gloriosa semana, su verbo autorizado conmueve a los elementos más turbulentos. La declaración insurreccional lo ha puesto junto a Domingo French y a Luis Antonio Berutti. En el Cabildo abierto vota porque el pueblo designe a la Junta Gubernativa. Más adelante desempeña cargos de responsabilidad, lo mismo dentro de la Orden que en la administración civil.

Fray Julián Perdríel, hombre de estudio y consejo, hace compatible con su apostolado estrictamente religioso, su acción en favor del nuevo estado de cosas. Fray Juan José Zambrano, no obstante ser nativo de la metrópoli, se adhiere a la causa de la independencia, contribuye a su éxito con donaciones materiales, influye con ascendiente de maestro en la orientación de la juventud y se incorpora al Ejército como Capellán. El año 13 le fué otorgado por el gobierno el título de ciudadano argentino. Fray Isidoro Celestino Guerra sostuvo asimismo el nuevo sistema, y su autoridad y consejo conquistaron la voluntad de los vacilantes y neutralizaron a los opositores dentro del Instituto.

La Orden comprendió la trascendencia de los acontecimientos, que no sólo sustituyeron a los gobernantes, sino también el ritmo que había de presidir el progreso del Río de la Plata.

Merced a la adhesión de los dominicos, (entre los que además de los citados figuraban otros apellidos patricios, prohombres de autorizada elocuencia y de innegable preparación intelectual), en muchos hogares, particularmente tierra adentro, se desvaneció el prejuicio opositor y nació la simpatía hacia la libertad, que era la ejercitación de un derecho natural.

En Tucumán y en San Juan favorecieron a los ejércitos del General Belgrano y de San Martín respectivamente, con alojamiento, hospitalidad y donaciones.

Las banderas y estandartes que en el templo de Santo Domingo, recuerdan la victoria de la Reconquista y el triunfo del General Belgrano en Salta; las cenizas de este cristiano y virtuoso general, como las de otros próceres civiles y militares que reposan a la sombra de sus naves, le dan un carácter valiosamente histórico.

Cooperaron, pues, los dominicos material y moralmente a la emancipación nacional. Más adelante prosiguieron su obra de irradiar cultura. La enseñanza del Evangelio, la tarea de salvar almas, la cooperación a las autoridades eclesiásticas, fueron sus normas invariables. Después de la tiranía, Fray José Manuel Pérez, dominico de Tucumán, miembro y primer presidente provisorio del Congreso de Santa Fe, cooperó a la organización nacional.

Fray Ventura Martínez tuvo una actuación vigorosamente influyente. Orador de gran prestigio, gozó por largo tiempo del aura popular. Formaban sus auditorios, gente de elevada posición y modestos menestrales, profesionales de autoridad y humildes habitantes. De asidua laboriosidad, penitente austero, su santidad parecía revelarse en las exposiciones de la cátedra sagrada. Su jerarquía se impuso en un ambiente poco propicio al cultivo de la palabra y el estudio. El sacerdote que anhelaba propagar enseñanzas y conquistar adhesiones a su fe, tocaba en sus oraciones todos los registros, y al margen de los cánones retóricos, con procedimientos de sencillez, bajo el impulso de su fe ardiente, daba altas notas de inspiración y elocuencia. La emoción de su espíritu que gobernaba su acento, sea que fustigara, sea que persuadiese, influyó positivamente en su época.

Fray Marcolino Benavente, educacionista y ciudadano y obispo apostólico, en forma incansable manejó los resortes de su palabra y

de su pluma, al servicio de la religión y de su patria. Además de su dedicación a los libros santos, observaba con solicitud los movimientos de la sociedad a que pertenecía. Lo mismo en las pláticas más humildes que en los discursos más solemnes, la exposición de sus ideas era objetiva, siendo su palabra instrumento de persuasión. Por las condiciones naturales de oratoria que poseía y ejercitaba, llegó a ser un astro, cuando desde el púlpito o desde la tribuna traducía sus ideas y emociones. La dignidad que trasuntaba de su figura le acompañaba en su oratoria. La dicción sencilla y correcta en virtud, de su aptitud de mantener comunicación con el auditorio, le atraía multitud de oyentes. Virtuoso, prudente, incansable, por casi medio siglo ocupó la cátedra sagrada.

Marco M. Avellaneda ha dejado en las siguientes líneas una acabada semblanza del eminente orador: "Todo le ayudaba, todo le servía: su imponente estatura, su rostro expresivo, sus ojos brillantes, su ademán digno, grave, y su voz, ¡sobre todo su voz!, que dócil, rítmicamente modulaba los acentos suaves de la unción, de la ternura, y que clarineaba vibrante, marcial, desplegando la bandera de los combates, alzando el signo de todas las cruzadas".

El adelanto espiritual de la diócesis de San Juan, cuyo gobierno pastoral desempeñó afanosamente durante varios años, fué evidente. Autorizado y entusiasta propagandista de la fraternidad argentino-chilena, llevó a cabo la erección de la estatua del Redentor en los Andes, como símbolo de concordia perdurable.

Contemporáneo nuestro, fué Fray Modesto Becco. Humilde, sencillo y observante regular, traducía la sinceridad de su doctrina con acento subyugante. Su memoria prodigiosa y su facilidad de palabra le permitieron esfuerzos increíbles. El número aproximado de sermones pronunciados es sencillamente fantástico.

La llaneza de su expresión se embellecía con los arranques líricos, el fervor y el fuego de su corazón. El pueblo sintió siempre la atracción de su palabra. Sus mejores piezas fueron los sermones de cuaresma y los discursos patrióticos. Los temas de la tierra ponían en sus labios palabras entusiastas y conmovidas.

ULTIMOS TIEMPOS

La revolución francesa ocasionó a la comunidad dominicana grandes estragos. Asimismo las perturbaciones de carácter político de la primer mitad del siglo XIX, fuéronle perjudiciales.

Solamente en España y Portugal, cuando la exclaustración y confiscación de bienes (1835), quedaron suprimidos 247 conventos, muchos de ellos verdaderos centros de sabiduría y arte.

El Maestro General Jandel trabajó denodadamente por su reorganización y difusión en Europa. El R. P. Lacordaire, concepuado el más grande orador del siglo XIX, no sólo sirvió a la Iglesia con su palabra, defendiendo su libertad y atrayendo con sus exposiciones apoloéticas la adhesión de la juventud, sino que, con su extraordinaria popularidad, consiguió la restauración en Francia, de la comunidad de Santo Domingo. Además de levantar nuevos conventos, en 1853 organizó la Tercera Orden dominicana de la enseñanza, (llamados desde esa época sus integrantes, dominicos del Padre Lacordaire), que, como su título lo indica, consagróse a la dirección de establecimientos de instrucción secundaria y superior.

Aumentaron las provincias dominicas en Europa. Los dominicos actuaron con eficiencia, organizando centros nuevos, en América (California, Canadá, Brasil, Ecuador) y en Oriente.

Por las obras que escribieron y su destacada actividad oratoria, en la pasada centuria, fueron heraldos de enorme ascendiente, muchos hijos del santo patriarca. Entre ellos sobresalen Enrique Lacordaire, ya citado, y Tomás Nicolás Burke, irlandés (1829-1882), que alcanzaron celebridad mundial. Mantuvieron en Francia esa tradición de elocuencia, Jacobo Monsabré, que, digno sucesor de Lacordaire, por espacio de veinte años ocupó el púlpito de Ntra. Sra. de París, donde se impuso su palabra clásica, fervorosa, clara y convincente; Tomás Etourneau (1853-1908), que en la misma cátedra sagrada fué prestigiosa figura, dirigiéndose sus exposiciones de importancia sociológica, particularmente a la juventud; J. H. Ollivier (1835-1910), predicador favorito no obstante sus fustigaciones, de gran fondo y belleza emotiva; Didón (1840-1900), sociólogo y educacionista intrépido en la defensa de los intereses de la religión, y abierto a todos los progresos de la humanidad, fué uno de los más altos expositores de la cátedra sagrada; y Alberto M. Janvier (nació en 1860), insigne apoloetista y predicador de

Ntra. Sra. de París. En Italia se han destacado Bausa, Salzano, Lombardo y Fenetti; en España, Monterde y Alvarez; en Alemania y Austria, Weis, Kratz, Bohm, Schultes; en Inglaterra y Estados Unidos, Proter, Quelli, Conway.

En la actualidad, Rutten es un preclaro maestro de economía social católica, infatigable orientador de los sindicatos cristianos de Bélgica y autor de hermosas obras sociológicas. Acusan un franco renacimiento de los estudios científicos, apologistas como Weis, teólogos como Gillet y del Prado, historiadores como Denifle y numerosos filósofos y expertos en estudios bíblicos.

Cuenta la Orden con orfanotrofios y talleres, escuelas elementales, seminarios y establecimientos superiores de religión. Siguiendo el impulso de Lacordaire numerosas publicaciones contribuyeron al apostolado de la juventud, que tiene círculos de estudios, academias y cursos de conferencias.

Integrada por treinta y una provincias, la Orden se extiende por el mundo, contando alrededor de cinco mil religiosos.

EL CATOLICISMO SIEMPRE ACTUAL

La acción del tiempo, por igual deteriora las obras materiales que la influencia espiritual. El valor pretérito — fuertes individualidades, hazañas, regímenes, política, costumbres — deja de gravitar sobre el existir presente, guardada proporción con la distancia que de éste lo aparta.

En cumplimiento de su oficio destructor, el tiempo no respeta ni próceres ni acontecimientos. Cada generación nutre esperanzas y siente exigencias particulares. Apagado el recuerdo de los antepasados, se desvanece su posible dominio sobre el pensamiento y la voluntad de las generaciones actuales. ¿Qué ascendiente reconocemos hoy a los pro-hombres que en otras edades llenaron el planeta con la resonancia de sus empresas y victorias? Su desaparición — aunque en vida se hubiesen identificado con los destinos de un país o de un continente o de una cultura — es por ley general, sinónimo de olvido.

Personas o hechos, aun cuando merezcan justiciera admiración, si su memoria se extingue, serán incapaces de provocar adhesiones en que vibren los sentimientos del corazón. Sin embargo, contrariando el ejemplo de la inevitable declinación de los prestigios de:

nombres, doctrinas y cosas del pasado, constantemente se renueva en la historia el espectáculo del catolicismo resistiendo incólume el aniquilador desfile de los siglos. Jesucristo no decae ni envejece; siempre actual, transmite su permanente juventud al organismo por él creado para ser depositario de su autoridad y doctrina. En remotos y diversos pueblos, su apostolado ilustra las mentes, conforta las almas y restaura las costumbres. Y los mismos seres de excepción que, por su calidad de expositores doctrinales, ennoblecidos de celo y santidad, prolongan el esfuerzo de su primer puñado de colaboradores, mantienen a través de las centurias una misteriosa fuerza vital de atracción. La renovada energía de la Iglesia, torna inmortales, en el pensamiento y el amor de los fieles, a sus santos y propagadores eminentes.

La personalidad del que hace apostolado, llenada su misión providencial en la tierra, no perece. Sus lecciones ejemplares seguirán incitando con eficacia al bien. Certifica la verdad del aserto, entre otros, el caso de Santo Domingo de Guzmán. El haberse cumplido en estos días el séptimo centenario de su canonización, no impide que nos acompañe su memoria y que penetre en nuestro espíritu el ardimiento comunicativo de sus virtudes.

Su irradiación doctrinal y misionera hizo de su figura la más prominente de su época, no obstante ser contemporáneo de grandes celebridades. Su autoridad continúa atrayendo a su Orden, numerosos adherentes, que copian el fervor de su entusiasmo y elocuencia, en un esfuerzo intelectual y apostólico, incansablemente prodigado, en la casi totalidad de las naciones del orbe.

“LA VENERABLE ORDEN TERCERA, SU DESARROLLO Y SU INFLUENCIA”

Por la Sra. D^a MARÍA ANTONIA ACEVEDO DE DARACT, T. D.

Delegada por San Luis

Venerable Asamblea:

SI en otra Hermana, y en otras circunstancias, pedir benevolencia no pasaría de ser una figura de retórica, en mis labios, y en esta ocasión, no dudo la encontraréis justificadísima. Sólo abona en mi favor el imperativo sagrado de la santa obediencia, que haciéndome especial honor, me ha enviado como delegada de nuestra queridísima Orden establecida en mi ciudad de San Luis.

Como quiera que sea, lo que mis ojos ven, me llena de satisfacción y confianza. Esa dignísima Presidencia y todos vosotros, señoras y señores que ostentáis el distintivo de nuestra Orden, que tan bien está en quienes nos gloriamos de ser hijos del mejor de los Guzmanes. Todo esto conmueve y entusiasma. Porque se trata de una de las manifestaciones más grandes de nuestra sagrada religión en sus relaciones con la sociedad. Dios Nuestro Señor se dignó elegir a Santo Domingo, allá en la Edad Media, para predicar la verdad que ilumina y comunicar la gracia que redime; y animada nuestra Venerable Orden Tercera por el espíritu de nuestro Santo Fundador y esplendente por la doctrina del Angel de las Escuelas, penetró en todas las esferas del orden social, luchando siempre contra el error y el vicio y enarbolando los trofeos de sus victorias en el alcázar santo de la virtud y de la ciencia. Lo mismo ayudó al que luchaba contra los herejes, que al que blandía su espada para defender los sacrosantos derechos de Nuestra Madre la Iglesia; lo mismo proyectó sus rayos sobre la frente del humilde artesano que sobre los magistrados y reyes: *“es la corona gloriosa que nuestro Patriarca ha puesto a su apostolado: es la vida de inteligencia y amor que comunicaron a sus hijos los Predicadores: es el medio providencial de que la palabra del apóstol penetre en todos los hogares y se restauren todas las cosas en Cristo, como quería el Apóstol”*.

Bendita seas una y mil veces, Venerable Orden Tercera: tus glorias y proezas tiene la Iglesia guardadas en los pliegues más recónditos de su corazón.

✕ ✕ ✕

Llenas están, señoras y señores, las páginas de la historia de los hechos gloriosos que nuestra amada Orden Tercera realizó en las luchas gigantescas contra el vicio y el error en sus diversas manifestaciones. Es verdad que en el primer período de su existencia todas esas glorias parecen vinculadas al título de *Milicia de Cristo*, y su nombre rayó tan alto y su celebridad tan grande que, el Papa Gregorio IX, dió a nuestros Hermanos el dictado glorioso de *Nuevos Macabeos*, quedando sus hazañas grabadas para siempre en el bronce y en el mármol. Terciarios dominicos fueron en su mayoría aquellos valerosos campeones de la fe que, alistados bajo las banderas pontificias, hicieron frente al poder de la impiedad y desbarataron por completo sus planes en los famosos campos de Muret; Terciarios dominicos fueron también muchos de aquellos aguerridos y valientes soldados que, acaudillados por el Santo Rey de Francia, dejaron sus hogares, cruzaron tierras desconocidas, surcaron los mares y sufrieron lo indecible, siempre con el objeto nobilísimo y santo de conquistar para la Iglesia la tierra bendita donde se consumó la obra de nuestra Redención; Terciarios dominicos fueron, finalmente, aquellos invictos defensores de la fe, que, por encargo especial de los Papas, ayudaron en toda Europa a conservar la pureza del dogma católico. Si la Iglesia consiguió en la Edad Media oponer un dique poderoso al torrente avasallador de tantos heresiarcas, en quienes parecía haber encarnado el genio del mal, a la Tercera Orden de Santo Domingo se debe en gran parte. Ellos consiguieron que emperadores, reyes, municipios y señores feudales reconocieran los derechos de la Iglesia y la proclamaran única arca de salvación. Ellos, unidos a la Primera y Segunda Orden, y dirigidos por los Padres, encauzaron las corrientes de la civilización por las vías del verdadero progreso, y de ello (pudiéramos decir con el poeta) dan testimonio

*el templo, el bosque, el robleal sombrío,
el manso arroyo y las cantoras aves,
que oye extasiado el caudaloso río.*

De cien mil pasan los herejes convertidos por Santo Domingo y sus hijos sólo en la Galia Cisalpina, según dice un célebre historiador de aquellos tiempos, y añade: *“sin ellos, la civilización cristiana, no se habría llevado a tan inmensa altura como la que llegó a conseguir en aquellos siglos”*.



Así orientadas las corrientes sociales, y gozando la Iglesia en todas partes, del libre ejercicio de sus prerrogativas y derechos, no era necesario ya que los Terceros vistieran la cota férrea y usaran de las armas materiales. Debían más bien reconcentrar su atención al objeto primordial de su Fundador trabajando siempre por la santificación de sus almas y de la familia.

La sociedad comprendió perfectamente que la Tercera Orden era uno de los medios más adecuados y eficaces para conseguir este fin; y los Pontífices al ver la vitalidad de semejante institución, no cesaron de colmarla de gracias y favores. Así es que en la mayoría de las naciones europeas se contaban sus hijos a millares. Para ella no había distancias, llegando a establecerse hasta en Constantinopla. Tal llegó a ser la importancia de la Milicia de Jesucristo para los Reyes y Pontífices que en las actas de un Capítulo celebrado en Valladolid (España) el año 1605 se leen las siguientes palabras: *“Declaramos que el Consejo Supremo de la Santa Inquisición, competentemente autorizado por su Santidad el Papa y por su Majestad el Rey, decretó que en todos los lugares sometidos a su jurisdicción, sea establecida la Milicia de Jesucristo, fundada por Sto. Domingo, para destruir el poder de la herejía y sea enriquecida con multitud de indulgencias”*.

¡Hermoso espectáculo!... Personas de todas condiciones y edades pedían un puesto en sus filas, y lo mismo reyes que vasallos, lo mismo doctores que discípulos, lo mismo grandes que pequeños, todos miraban como una honra especialísima el poder ostentar en sus pechos la insignia de nuestra Tercera Orden, y al frente de los libros mejor escritos y entre títulos magníficos de sus autores, figuraba el nombre de *Tercero Dominicano*.

¿Y quién podrá debidamente ponderar sus obras de caridad? Unos levantan hospitales para enfermos; otros construyen orfanotrofios y manicomios; otros casas de refugio para peregrinos, y en todas partes se ve la acción dominicana ejerciendo su actividad social-

religiosa. Yo no me voy a fijar ahora en las virtudes de aquellos santos que son generalmente tenidos por los representantes más genuinos del espíritu que a todos debe animarnos. ¿Qué inteligencia tendrá fuerza bastante para resistir los resplandores que almas tan grandes despiden? No voy a cantar las proezas de aquella virgen llamada Catalina de Sena, toda inteligencia y amor; aquella mujer bendita entre millares, a quien la Iglesia proclamó segunda Patrona de Roma y que veneramos y proclamamos especial Madre y Abogada nuestra. . . Sus virtudes fueron tan extraordinarias, tan entusiasta su celo por la Milicia de Cristo, que por doquiera que pasaba "hermosa y alegre huella de sí dejaba". Y quién no conoce los nombres gloriosos de Zedísaba. Bienvenida, Margarita, Villana, Sibilina, Alberto de Bérghomo, Osana, Columba, Estéfana, etc., etc. Mejor que el poeta yo pudiera deciros de nuestras santas y santos:

*las estrellas. . .
no las quiero contar:
que es vano intento
las estrellas contar del firmamento.*

¡Dichosa la Orden que tanta gloria corona su hermosa frente!

× × ×

Y cuando ya el mundo antiguo estaba lleno de sus glorias, el cielo abrió ante ellos un nuevo horizonte donde explayar grandeza tanta. Y surgió de la inmensidad del océano este Nuevo Mundo y a él volaron los apóstoles de la verdad, recorriendo como en un vuelo la fabulosa distancia de Yucatán al Cabo de Hornos, enarbolando la bandera de la cruz sobre toda tribu, pueblo y nación americana, valiéndose de la Tercera Orden como de su mejor y más poderoso auxiliar.

Se exalta mi corazón, cuando leyendo nuestra historia, veo nombres de Terciarios brillar en todas partes, ejerciendo poderosa influencia, juntamente con los Padres Predicadores en la cristianización, cultura e independencía de estas hermosísimas tierras. Si como dijo Bossuet, una sociedad que produce santos y regenera los pueblos tiene el sello inefable de algo divino, pensad que las dos primeras flores de santidad del jardín americano, pertenecen a nuestra Venerable Orden Tercera. Son aquellas dos almas angelicales que como

suave perfume se perdían por las regiones etéreas, arrobadas en éxtasis deliciosos, contemplando la hermosura del cielo, los primores de la luz, la sonrisa de la aurora, la majestad del sol, los celajes y neblinas, las canoras aves . . . y seres de la creación toda, exclamando como el poeta:

*Oigo, Señor, de tus alas el dulcísimo aleteo,
como un volar de palomas,
como un zumbido de insectos,
en los aires, en las aguas,
en las frondas, en los céfiros,
en el tumbo de los mares
en el aire de los vientos . . .*

Son Rosa de Lima y Martín de Porres.

Volad ahora con el pensamiento al Extremo Oriente, que también allí están nuestros hermanos laborando con nuestros Padres en la cristianización de aquellas pobres almas en su mayoría sentadas en las tinieblas del gentilismo. Allí, como aquí, han comenzado por combatir los errores que pervierten las vías del pensamiento y corrompen los corazones. Conoceréis, dijo Nuestro Señor Jesucristo, la verdad, y la verdad os hará libres. Por eso aquí en la América, como allá en el Asia, como en todas partes, donde nuestra Orden ha sentado sus reales, ha levantado multitud de colegios de primera y segunda enseñanza y ocupó los primeros puestos en los liceos y universidades, con el objeto de dar a la juventud una educación esencialmente cristiana. ¡Qué extraño es que al presentarse la persecución contra los hijos de la Iglesia en aquellas regiones asiáticas, nuestros Padres y Terciarios hayan sido los primeros en salir a la defensa de la verdad, siendo innumerables los que derramaron su sangre por defenderla? . . .

¡Oh! Nada me extraña ya que los Padres misioneros del Japón y de la India pongan en juego todos los resortes por aumentar cada día el número de Terciarios para mejor realizar su apostolado. Yo sé muy bien porque ellos lo han asegurado mil veces, que la *Milicia de Cristo* es su brazo derecho y su consuelo y alegría. Recuerdo haber leído que entusiasmado el Papa Pío IX del mucho bien que nuestra Tercera Orden hacía a la Iglesia, quiso distinguirla, regalándole una de las fragatas de la antigua marina pontificia para sus ensayos. Se hizo la entrega a los Terceros franceses, y en nombre de ellos a toda nuestra queridísima Orden.

Y para concluir, y, no olvidando que he venido a representar a la Tercera Orden establecida en la ciudad capital de la provincia de San Luis, me place manifestar ante esta asamblea de Hermanas y Hermanos, que allí nuestra Milicia realizó y sigue realizando la misión propia y divina que nuestro Santo Padre nos ha legado en herencia. Esa Acción Católica de que hoy se habla en todas partes y que algunos se han figurado que era algo nuevo, nuestra Tercera Orden, con los Padres al frente, la viene ejerciendo siempre, como centro de todo, como la savia de todo, como lazo de todo, como la vida y prosperidad de todo nuestro apostolado. Nada tanto como esto, nada fuera de esto, nada que no se ordene a este fin, porque no otra es la voluntad de Dios que la santificación de las almas, según S. Pablo. Al frente de las obras de beneficencia, de las Noelistas, de las asociaciones culturales y de los catecismos, figuran en San Luis los nombres de muy honorables y entusiastas Terceras dominicas.

Yo te felicito, pues, Venerable Orden Tercera de N. P. Santo Domingo; y anhelo que tu apacible luz, en premio de tantos sacrificios, se aumente cada día, crezca y llegue a su apogeo, y florezcien- te continúe hasta la consumación de los siglos. Siete centurias cuen- tas de existencia: mi Padre y Fundador te plantó en el jardín de la Iglesia Católica; tus hijos e hijas desplegaron a los cuatro vien- tos tus riquísimos pabellones; Dios te comunicó fecundísimo incre- mento y te cubriste de verde hermosísima primavera; cual palma bendecida por el Supremo Artífice, extendiste por todas partes tus ramas; eres gloriosa en todo el planeta:

*Los cielos y la tierra te bendigan,
y gloria y esplendor den a tu nombre.
Todos, todos, con voz potente digan,
aunque a Luzbel asombre,
los timbres de tu historia placenteros,
y los muestren a los siglos venideros.*

HE DICHO.

“ORIENTACIONES Y MEDIOS DE LUCHA DEL TERCIA- RIO EN LOS TIEMPOS PRESENTES”

Por el Sr. Dr. CARLOS A. MANSILLA, T. D.

Delegado por Santa Fe y Rosario

Excmo. y Reverendísimo Señor Nuncio Apostólico; (1)

Ilmo. Monseñor; (2)

Muy Reverendo Padre Provincial; (3)

Venerables Señores Sacerdotes;

Señoras, Señores:

EN cumplimiento del honroso mandato que me ha sido conferrido por la Hermandad de las ciudades de Santa Fe — tierra de mi nacimiento — y la de Rosario, llego a esta tribuna haciendo un llamado al Omnipotente, para que se digne realizar dos milagros:

Darme a mí, inspiración; y prodigar a vosotros, el don de la paciencia, para escucharme.

Debo, por otra parte, hacer la declaración sincera de que si como hermano de la Orden Tercera me siento rebosando de satisfacciones, por la delegación que ejerzo en tan augusta asamblea, me reconozco, empero, muy pequeño para hablar en nombre de esas dos ciudades, que conservando un lugar preferente en la historia de la patria, han dado a la Argentina, al lado de los hombres que se destacaron en la formación de las leyes y en el foro, intelectuales de nota que, como Cullen, Martínez Zuviría, Iriondo, Lejarza y Valdés, contribuyeron con su acción, el libro y la palabra, a la difusión y defensa de la fe cristiana.

Hecha esta declaración, cúpleme manifestar que en estos momentos en que los violentos embates del recio batallar de la existen-

(1) Dr. Felipe Cortesi, Arzobispo de Sirace.

(2) Dr. Dionisio R. Napal, Vicario General de la Armada.

(3) Fray Tomás Luque.

cia provocan, hasta en los más indiferentes, invocando a "Jesús Rey", el acercamiento hacia la cruz, en procura de consuelo, o clamando auxilio a la Divina Providencia, es de estricta y rigurosa justicia rememorar las obras y las glorias de la Venerable Orden de Santo Domingo, "colocada por los designios de Dios, hace más de siete siglos, entre la fe y la herejía, como ejemplar del Espíritu Santo".

Es más oportuno todavía, rendir este alto tributo a aquellos "Obreros del Apostolado", en circunstancias que la Ciudad de Buenos Aires se dispone a celebrar uno de los actos más emotivos y de trascendental significación que haya de registrar la historia del catolicismo, con la concurrencia de un importante número de representantes de la Iglesia, llegados de todas las naciones cristianas. Y digo que es más oportuno, porque, precisamente, un dominico, el glorioso Santo Tomás de Aquino, fué quien profundizó como nadie, el sublime misterio eucarístico, en la teología; y quien, también, como nadie lo cantó en los himnos de su Oficio litúrgico.

La Orden de Predicadores, confirmada por Honorio III, en 22 de Diciembre del año del Señor de 1216, nació para triunfar, por su finalidad y el espíritu esencialmente cristiano que la inspiró.

Fué grande, esforzada, luchadora invencible, gracias a la bendición del cielo, a quien encomendó constantemente, todas sus acciones.

Sus doctores, con su ciencia, iluminaron la Iglesia; sus miembros, todos, con decisión y empuje incomparable, llevaron la fe por todas partes, desde Francia a todos los confines del mundo.

Entre los muchos "Heraldos de Cristo" cuyos nombres, escritos con letras de oro en los fastos del catolicismo han pasado a la posteridad, perduran en la mente del pueblo fiel:

Su fundador y jefe, Santo Domingo de Guzmán, numen y brazo ejecutor en la magna obra de la restauración del apostolado, y verdadero precursor de la hoy bien organizada Acción Católica.

Santo Tomás de Aquino, maestro eximio en teología.

Nuestro muy amado Patrono, San Vicente Ferrer, el gran taumaturgo, que tantas instrucciones sobre la vida espiritual legó al pueblo católico.

Enrique Suson, cuya vida es todo un poema.

Taulero, que con sus obras condujo a muchos a la más alta perfección.

Luis de Granada, llamado por San Francisco de Sales "el Bosquet de España"; y de quien el Papa Gregorio XIII afirmaba que

con sus escritos había producido mayores milagros que dar vista a los ciegos y resucitar a los muertos.

San Juan de Gorcum, ejecutado por la causa de Jefe Supremo de la Iglesia, y por la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía.

Sobre esa pléyade de mensajeros insignes de Cristo álzase majestuosa la figura inmaculada de Catalina de Sena, célebre por sus éxtasis y revelaciones; y que por su abnegación y heroísmos mereció el calificativo de "Católica Romana".

Santa Rosa de Lima, Patrona de la América del Sur, es la flor encantadora que el Creador plantó en el jardín del cristianismo, para que con su modestia y galanura, despertara el alma de los fieles en este "valle de lágrimas".

Imelda Lambertini, angelical criatura, de vida santa y perfecta, que en un momento de éxtasis, entrega su alma al cielo, en el instante mismo en que recibe la gracia de la comunión.

El Supremo Hacedor, fuente de las mejores y más sublimes concepciones, marcó a todos aquellos "Porta-estandartes de la Religión", las orientaciones de su misión en la tierra: difundir en el mundo, los preceptos del Evangelio, llamando a los hombres a la Verdad; ¡¡defender la Fe!!

De ahí, que la Orden Tercera, constituída por Santo Domingo en el año 1220, como complemento de la grande Orden, a quien debe secundar siempre en su misión, está hoy en su momento, debiendo conducirse por la misma senda que le señaló su fundador, movida constantemente por la ardiente caridad de sostener una voluntad decidida e inquebrantable de honrar a Dios sobre todas las cosas, y en luchar por el bien del prójimo.

Nuestra contribución en ese sentido, se halla impuesta por la Voluntad Divina y por los mandatos de la misma Orden.

Sus principios establecen para nosotros, que recordando las tradiciones de nuestros mayores, hemos de procurar trabajar con las obras y con la palabra por la verdad de la fe católica, así como también por la Iglesia y el Romano Pontífice, de quienes nos mostraremos defensores encarnizados, en todas las circunstancias y en todo tiempo.

Nuestros Santos Padres accionaron a merced de un fervor sublime hacia la Fe, la Iglesia y el Papa; tres causas que forman una sola, la de la Iglesia, y que se confunden con la de Cristo Jesús.

Así, en los momentos presentes, en que la sociedad presa de un morbo materialismo, y arrastrada por la fuerza de la perdición

y de los grandes equívocos, se siente estremecer ante el peligro de graves males, la salud del pueblo reclama, con supremas energías, que la humanidad recuerde las palabras del cristianismo.

“La sociedad presenta cinco llagas: el olvido de la finalidad de los destinos humanos; la negación de la autoridad; el odio entre hermanos; el deseo de goces; y el desapego al trabajo. Y el único remedio es el retorno a la luz del Evangelio que nos recuerda que todos somos hermanos” (1)

“Ya no hay judío ni griego” — fueron las palabras de San Pablo — “Ya que no hay esclavo, ni libre; sino que sois todos unos en Cristo”.

Y el Salvador anunció al hombre: “Serás hijo de tus obras. Tendrás tres filiaciones; serás de Dios, serás del hombre, serás de ti mismo”.

Fué ésta — nos enseña Lacordaire — la doctrina que fundó la libertad; la verdadera independencia; la grandeza y la dignidad del hombre.

Será, pues, obra del Tercero, — tomando por ejemplo a Santo Domingo, — la enseñanza del Evangelio, hecha en forma prudente, celosa, penetrada de vivísimo amor al prójimo, sin mezquindades ni desfallecimientos.

De la verdad nace toda fuerza y todo gozo, y es obligación para el Tercero sostenerla hasta con el sacrificio de la vida, si fuera necesario.

Hoy como ayer, elevemos nuestro espíritu hacia Dios, y colocado sobre el pecho nuestro escapulario, mil veces bendito, y pendiente el rosario, de la diestra, repitamos con el poeta: (2)

*“Si lo mandas, ¡oh, Padre!, si tu Regla lo ordena
“Cavaré por mi mano, mi sepulcro en el huerto,
“Y al amparo infinito de la noche serena,
“Vagaré por sus bordes, como el ánima en pena,
“Mientras lloran los bronce con sus toques de muerto...”*

Para cumplir nuestra misión, debemos tener perennemente ante nosotros el recuerdo de aquellos Frailes Predicadores, que con sus obras, con sus martirios y con la muerte, hicieron decir a Clemen-

(1) Palabras del Sumo Pontífice.

(2) Amado Nervo.

te II: "que la Orden era una población fortificada que guardaba la verdad, y que acogía por sus puertas abiertas, al pueblo fiel".

"El sol que brilla en el templo de Dios; el ciprés sobre las alturas que orienta las inteligencias que la miran; el campo del Señor humedecido por el rocío celestial".

Surgida la Orden de Predicadores de una época en que presa la sociedad de afligente abatimiento, la recia tempestad humana amenazaba, desde Oriente, obscureciendo el firmamento, derrumbar a las instituciones cristianas, aniquilando el esfuerzo del pueblo fiel, Santo Domingo se propuso regenerar a los hombres, por medio de la oración, la paciencia y la instrucción.

De alma eminentemente piadosa, resultó Santo Domingo, en aquella primera etapa de la oratoria sagrada, notable imitador de Jesús, en la predicación: "un apóstol perfecto; el sostén de la fe; la antorcha de Cristo".

Fué, en realidad, apóstol perfecto, por sus virtudes, su amor a Dios, y su consagración a la fe. Humilde, no obstante su elevada alcurnia, Domingo de Guzmán siéntese hermano del pobre y del desvalido; súbdito consciente de sus reyes, y leal defensor de la cruz.

Fué sostén de la fe, porque sólo vivió y accionó para difundir la verdad, llevando a todas partes su cálida palabra, y el consuelo para las almas.

Amaba a Dios con el fervor ardiente de los primeros Apóstoles, y sentía por ellos santa emulación.

Antorcha de Cristo, lo fué también, porque mientras con una mano sostenía la cruz, con la otra, derramando bendiciones, atraía hacia la Iglesia a infinidad de seres, convertidos al catolicismo, bajo el arrullo dominador de su verba, fácil y convincente.

Quería despertar el corazón del prójimo; penetrar en su inteligencia, de tal modo que sus acciones se amoldaran a los postulados de nuestro Credo; que no sólo tuviese sentimientos de afectos humanos sino aún más: que esos sentimientos se tradujeran en el deseo de hacer el bien; de cooperar a la grandeza del Omnipotente, concretando su obra en el propósito enunciado por Cristo: "¡Amaos los unos a los otros!".

Animado de esa vehemente aspiración, llamaba constantemente a Dios en su auxilio, tomando por ejemplo al Redentor.

Recuerda en sus sermones, el reverendo Padre Provincial, Fray Tomás Luque, que en el convento de Santa Sabina, en la pequeña capilla que fué celda de Santo Domingo, existe un cuadro que habla

elocuentemente del fervor cristiano que daba vida y acción a los actos de nuestro Padre.

“Le representa — nos dice — ante un crucifijo. La cabeza alta; la mirada recta, pero profunda; contempla a Jesús clavado en la cruz. Quiere impregnarse de esa mirada de Cristo, sonriendo por nosotros. Parece sentirse que esa mirada se grabará en su memoria, en su corazón, en todo su ser; que no verá ya otra cosa; o más bien, que en adelante verá todas las cosas a la luz de la cruz. Sus labios están entreabiertos; habla a Jesús moribundo”.

Observa, además, el Reverendo Predicador: “Es éste uno de los aspectos más salientes en la vida de Santo Domingo: Su fe intensa a la presencia de la cruz; leyendo el Evangelio, en sus viajes y correrías apostólicas, Jesús es el objeto de sus pensamientos; pero no de un objeto distante en el pasado; está ahí, viviente y hablando, junto a El. Su alma lo siente, sus ojos quieren verlo, sus labios hablarle”.

“Eso es lo que parece verse en el cuadro que existe en Santa Sabina”.

“Y cuando Domingo deje su celda y su crucifijo, será con el alma desbordante de amor por Jesús, y no teniendo más que un deseo, una pasión: ¡Ayudarle a salvar al mundo! ¡Asociarse a su obra, porque El lo comprende muy bien; es a eso a lo que Jesús le convida!”

En todos estos actos de piedad, se ve en Santo Domingo el alma del verdadero apóstol, anhelosa de despertar entre los hombres la verdadera paz, llevándola hasta sus corazones, extirpando odios y rencores.

De ahí, los tres preceptos fundamentales que, ayer como hoy, sustentó la Orden, inspirados en los sentimientos de la Caridad, la Humildad y la Paciencia.

Por la caridad se consolidarán los vínculos de la fraternidad, acercándonos a Dios, que nos envió a su hijo Jesús para establecer la solidaridad entre todos los seres sociales, creando entre los hombres una amplia comunidad de ideas, precursora de la “conversación que hay en los cielos”, anunciada por San Pablo.

Santo Domingo se proponía obtener el nacimiento de la familia cristiana, íntimamente ligada por indestructibles lazos de amor y tolerancia.

Por eso nuestro Padre aconsejaba también, la penitencia.

Predicando, hacía un llamado a la recíproca simpatía entre los

hombres, indicándoles que cerraran los ojos ante los defectos del prójimo, hasta para aquellas imperfecciones que más repelen.

Aconsejaba asimismo, que si el recuerdo de las llagas ajenas conservaban todavía, en la memoria, el espectáculo de la miseria, debía olvidarse al que lacerado su cuerpo, o su alma, produjo desagrado, recordándolo, únicamente, en las plegarias a Dios, para que le prestase conformidad: resignación cristiana.

A estas dos orientaciones del espíritu, la caridad y la penitencia, unía Santo Domingo la humildad, como que con ella puede el hombre conocer sus defectos y valorar sus buenas cualidades.

Sin esta virtud, la lucha por la existencia resulta estéril. La soberbia engeuce al hombre, y lo aparta de sus semejantes, negándole la cooperación que debe prestar a los actos humanos para servir a Dios e imponer la tranquilidad social.

Dios es Caridad — nos enseña la Iglesia — os amaréis mutuamente — nos dice; — los pequeños amarán a los grandes, no obstante ese odio horrendo que el pequeño tiene al grande por la misma inferioridad de condición en que él se considera; los grandes amarán a los pequeños, no obstante el orgullo de su nacimiento y su lamentable educación; los reyes se abajarán hacia los pobres, y éstos se inclinarán con honor ante sus reyes.

Os amaréis, y los que se aman no tratarán de derrocar a los que están elevados, ni de pisotear a los que están abajo. Os amaréis y os transformaréis por el amor.

Es este el espíritu del cristianismo, surgido de las enseñanzas del Redentor; y de las palabras de Jesús se deduce que quiso anunciar en su peregrinación por la tierra, que no vino entre los hombres a sumergir este mundo entre las aguas del océano, como en otro tiempo su Padre, sino a sumergirle en el océano de la Caridad.

Su paso por la tierra lo efectuó en medio de la mayor humildad. Gustaba llamarse "el hijo del hombre", y diríase que olvidaba su origen divino, hasta por querer nacer en el establo de Belen.

Combatido hasta por aquellos que en sus primeros pasos por el mundo parecían amarle y hacerse eco de sus doctrinas, extremó siempre aquella tolerancia, condescendencia y dulzura que en el Calvario, en la hora suprema de su muerte, había de refundir en la misma palabra de indulgencia: "Padre, perdónalos que no saben lo que hacen".

Inspirado ante la sublimidad de la vida y muerte de Jesús, Santo Domingo ansiaba proseguir la obra de los primeros Apóstoles.

“Id y enseñad”, habíales dicho el Supremo Maestro, y el descendiente de los linajudos señores de Guzmán, al lado de los vivaques, entre los nobles varones de Francia que luchaban por la religión, formando legiones bajo las banderas de San Pablo, de Monfort, de Bar y de Nevers, se dispuso a elevar el espíritu de los pueblos, introduciéndoles en el imperio de la Verdad.

Y así, como en esas épicas cruzadas, tuvo, por su alma santa y generosa, la gloria, ante Dios y los hombres, de servir de contrapeso a la sangre derramada, combatiendo siempre a los herejes con las armas de la oración, la paciencia y la instrucción, ligó en una sola asociación de religiosos, la fuerza de la vida común a la libertad de la acción exterior. Es decir, el apostolado unido a la propia santificación.

Domingo de Guzmán deseaba, para decirlo todo, difundir la esperanza, con la palabra y la ciencia divina, apoyado por el grandioso espectáculo de una abnegación sin límites.

“Amémonos — decía — con la oración; y dejando que brillen en nosotros los signos de la humildad, avancemos descalzos al encuentro de los Goliats”.

Si alguno de los suyos desfallecía en la obra de redención, repetiales sin cesar: “Confiemos en Dios que nos llama, y salvemos al mundo”.

Es que — como lo recuerda uno de sus panegiristas ⁽¹⁾ — Domingo de Guzmán, al contrario de los hombres de poca fe, que esperan la paz para obrar, sintiéndose verdadero labrador de Cristo, sembraba en la tempestad para cosechar cuando llegase el buen tiempo.

De tal modo, sin ambicionar nada para su propia satisfacción, sólo pidió a la dignidad del Papa la gracia de combatir por el Evangelio contra los errores del mundo.

Sus compañeros de apostolado, siguiendo su ejemplo, buscaban como él inspirarse en la oración; y tanto elevaron al cielo sus plegarias, que llegaron a dar nacimiento a gran número de devociones, entre ellas la del Rosario, que encierra el tesoro de la doctrina católica y gracias a la cual, puede afirmarse, que en presencia del mismo Santo Domingo, sucumbieron los albigenses, y con ellos la herejía.

En su trayectoria gloriosa, esos campeones de Cristo tuvieron por guía permanente aquella brillante estrella que, cual refiere la

(1) P. Fr. ENRIQUE D. LACORDAIRE, O. P. — *Vida de Santo Domingo*.

historia iluminó la frente del pequeño Domingo de Guzmán, en el acto de su bautismo, en la piadosa capilla de Gumiel de Izan. ¡Potente faro, que con sus luces les condujo a la gloria y a la inmortalidad!

Poseían para realizar sus gigantescas empresas, el don excelso de la santidad, poderosa fuerza dinámica, capaz de abatir todas las contrariedades y vencer las mayores resistencias.

“La santidad, lazo de todos los seres morales — observa un eminente teólogo ⁽¹⁾ — no es más que la negación tomada de su fuente más elevada. Por lo cual el sacrificio es la acción religiosa por excelencia; y la cruz, símbolo presente y futuro del cristianismo, aparecerá en el último día para juzgar a los vivos y a los muertos”.

“Todo lo que pueda medirse por la talla de la cruz se salvará; todo lo que no tenga en sus miembros y en su corazón nada que se adapte a la cruz será perdido. Irán unos al reino del amor; otros al reino del egoísmo”.

“Acá, estos dos reinos están mezclados. La Iglesia, foco del amor, y el mundo, foco del egoísmo, se penetran y se repelen sin cesar, y en este combate inagotable, las Ordenes religiosas (como la de Santo Domingo) son el más fuerte baluarte de la Iglesia para vencer al mundo, a fuerza de abnegación, y por consiguiente de santidad”.

Poseedores, aquellos “campeones de la fe, verdaderas lumbreras del mundo”, de un corazón que rebosaba de amor por la humanidad, sus apóstoles, sus doctores y sus místicos, defendiendo la verdad; y muchos de los miembros de la Orden, obteniendo múltiples lauros en las ciencias y en las artes, tuvieron siempre la mirada puesta en el cielo, buscando el triunfo de la cruz.

Por eso tuvieron la protección de Dios.

Tan grandes fueron sus conquistas y sus victorias que Gregorio III llegó, admirado, a exclamar, dejándolo escrito con caracteres indelebles: “Ellos son poderosos, por las obras, y por la palabra. En ellos, la vida vivifica la doctrina, y la doctrina informa la vida. Se lee en su conducta lo que enseñan los discursos”.

¡¡*Hermanos ante Dios!!*!

Amar a la Iglesia debe ser el santo y seña en los momentos presentes, en que a las actuales generaciones les toca mantener con

⁽¹⁾ P. Fr. ENRIQUE D. LACORDAIRE, O. P. — *Memoria para el restablecimiento de la Orden de Predicadores en Francia.*

mano férrea el estandarte de Cristo, ante el pavoroso espectáculo que presenta la sociedad, en grave peligro de destrucción.

Pío XI, alarmado por los problemas que afligen, hoy, al mundo entero, dice en una de sus encíclicas:

“El orden público está cada día más amenazado, y los peligros del terrorismo y de la anarquía pesan eminentemente sobre la sociedad”.

“Si remontamos con el pensamiento en la larga y dolorosa serie de males que — triste herencia del pecado — han marcado para el hombre caído las etapas de su peregrinación terrestre, difícilmente desde el Diluvio, hallemos una crisis espiritual y material tan profunda, tan universal, como la que atravesamos ahora . . .”.

“Ya no hay nación, ni pueblo, ni sociedad, ni familia, que no se sienta más o menos gravado por las calamidades, o no experimente el contragolpe de los que asaltan a los demás”.

Y Su Santidad el Papa, interpretando fielmente la obligación que incumbe en estos momentos a la Iglesia, a quien Dios ha confiado el depósito de la verdad, y velando por el sentimiento de la ley moral, aconseja al pueblo católico, marcándole sabios y oportunos rumbos, se busquen las soluciones en la Providencia Divina.

De ahí, que hoy más que nunca, se debe, ante todo, comenzar por amar a la Iglesia.

A ello nos invita Jesús, que en el crucifijo, con los brazos abiertos, nos llama a mantener la congregación de todas las almas.

Amar a la Iglesia es el primer deber del cristiano, fueron también las palabras del Sumo Pontífice, dirigidas últimamente al Colegio Angélico, cuando presidido por el Reverendísimo Maestro General, en audiencia especial concedida por el Papa, le manifestó que estaban para defender al Hijo de Dios, y sostener la fe.

Jesús vertió su sangre en el Calvario para establecer la unidad de los hombres en la tierra, a merced de la caridad. Y la Iglesia es la sociedad de los espíritus cristianos, formada a base de la comunión de los santos.

Imitemos, pues, en esta hora de prueba, a los hombres de Santa Fe y de Rosario de que hace un momento acabo de hacer mención, y a muchos otros argentinos eminentes, que con su palabra, sus escritos y sus obras han propagado las enseñanzas del Evangelio entre nosotros.

Si hemos de sucumbir, caigamos como San Pedro de Verona, el grandioso mártir que en el suplicio, cuando fué a morir en defensa

de la cruz, escribió en la arena, con su propia sangre, la palabra imponente: ¡Creo!

Del cielo recibiremos las mejores orientaciones y medios de lucha para hallar, en la tierra, la felicidad común, y poder defender nuestro Credo, de los rudos golpes de la irreligión, y del avance de los que, buscando la hegemonía de devastadoras doctrinas, pretenden romper la cadena de unión de las almas, constituyendo un peligroso estado social que ha de llevar al mundo a la perdición.

Recordemos, cuando nos invada la incertidumbre, aquellas palabras de un profundo pensador: "Si amas a Dios, en ninguna parte estarás triste, porque a pesar de la diaria tragedia, El llena de júbilo el universo".

"Si amas a Dios, ya tienes alta ocupación para todos los instantes, porque no habrá acto que no ejecutes en su nombre, ni el más humilde, ni el más elevado".

Hermanos Terceros: ¡Seamos de Dios, y estemos con Dios!

Entre los simbólicos colores de nuestra bandera, que son emblema de pureza y humildad, resplandece una divisa sublime: "Veritas", que debemos conservar incólume, con nuestra palabra y con nuestros propios actos, inspirados, siempre, en las enseñanzas de las Sagradas Escrituras.

La antigua denominación de la Orden, "Milicia de Cristo", nos constituyó en guardias del Hijo de Dios, y siendo el Papa su representante en la tierra, estamos llamados a hacer respetar la autoridad del Jefe Supremo de la Iglesia.

Así, pues, con la espada a medio desenvainar, cual los gallardos caballeros de la Edad Media al lado del altar, montemos la guardia, y al grito vibrante de ¡Viva Cristo Rey! mostrémonos bravamente dispuestos en una nueva, heroica y gloriosa cruzada, a luchar contra los enemigos de la cruz.

Luchemos con toda valentía y esfuerzos infinitos, contra aquellos que erróneamente y en condenable osadía, pretenden imponer la paz social con el odio y la envidia, en lugar del deseo místico del bien, y despertando la desconfianza y la sospecha, en cambio de la confianza fraternal, que debemos sustentar.

Busquemos la cordialidad entre todos, pueblos y Estados, en

la buena inteligencia, y en la cooperación, respetando todos los derechos, y llevados del afecto y la consideración recíproca.

Unidos en una sola familia, la familia cristiana, y bajo la protección del Padre común, que impera en el cielo y en la tierra, dominará, por fin, en el mundo, la armonía, a merced de una suprema virtud: la Esperanza, que es bálsamo que aplaca hasta las mayores amarguras.

Confiemos tranquilizando nuestros espíritus, en el Hijo de Dios, y llevados de nuestra fe, esperemos de El que triunfe la justicia, ligada a la caridad; para que predomine la concordia, y se endulcen los corazones.

Excmo. y Reverendísimo Señor Nuncio Apostólico;

Ilmo. Monseñor;

Muy Reverendo Padre Provincial;

Venerables Señores Sacerdotes;

Señoras, Señores:

En pro de la unión de todas las voluntades humanas y de la tranquilidad común, elevemos generosamente nuestras preces al cielo, llamándole en nuestro auxilio.

La oración es fuerza poderosa para con Dios.

Con ella abrimos su corazón, logrando que El descienda, desde su excelso trono, hacia la tierra.

Es la voz que le llega, desde este valle de lágrimas, en medio de su majestad, como un comunicado de los que le aman y confían en su poder sin límites.

Oremos no sólo por nosotros. Oremos también por nuestros hermanos.

Y como lo indicó el "místico vate americano": (1)

"Oremos por los que odian los ideales,

"Por los que van cegando los manantiales

"De amor y de esperanza de que bebemos,

"Y derrocan al Cristo con saña impía

"Y después lloran, viendo l'ara vacía".

¡Oremos!

(1) Amado Nervo.

“LA ORDEN TERCERA Y LA FORMACION DEL
CARACTER Y DE LA SOLIDA PIEDAD
EN LA JUVENTUD”

Por el Sr. Dr. MARIO GOROSTARZU, T. D.

*Romo. Padre Provincial;
Reverendos Padres;
Hermanos Congresales;
Señoras, Señores:*

LOS organizadores de este Congreso, al incluir, en el programa de sus sesiones el tema que vengo a desarrollar, han obrado con singular acierto; porque, si a través de todas las épocas de la historia humana, la juventud ha constituido una noble preocupación para el futuro, nunca, como en nuestro tiempo, adquiere singular trascendencia lo relativo a la formación de su carácter, dado el innegable hecho que la coloca hoy en el primer plano de la vida contemporánea.

Ya no se trata, en efecto, de mirar a las generaciones juveniles a la manera del rosicler de los amaneceres promisoros o de los capullos brotados en el jardín, porque en lugar de la promesa, la esperanza de antes, nos hallamos con la realidad, un poco desorientadora, que nos presenta a la juventud actual, apenas asomada al horizonte, ya con la fiesta de sus luces llenando el escenario, y apenas formado el botón, rompiendo su clausura, para ufanar en medio de la diaria existencia, la gallardía de su eclosión y el orgullo de su prestancia.

Ese hecho, cuya existencia no podría desconocerse sin voluntaria ceguera ante el fenómeno social que en todas partes lo revela con iguales características, reclama ser analizado en los dos aspectos que, a mi juicio, lo originan y motivan.

Observemos, ante todo, el ambiente en que ella surge. Rodeada de todos los progresos materiales, que han puesto en el mundo el

vértigo de la rapidez con el invento de los actuales medios de locomoción y de comunicación, tiene el ritmo del empuje en el coraje de sus atrevimientos, en su retina, la visión del pronto arribo a los más lejanos horizontes; y en su ánimo el impulso vehemente de actuar sin pérdida de tiempo. No ha podido, entonces, sentarse como las anteriores juventudes, a la vera del camino para esperar el turno de su hora. La quieta dulcedumbre de un tranquilo prepararse para la acción del mañana; aquel alegre vivir de los años mozos en la jubilosa exaltación de sus ensueños, a la sombra del hogar, del aula o del taller, entre los primeros cantos a la vida y los primeros balbuceos del amor; aquella decorosa cortesía fundada en el respeto a los mayores a quienes se consideraba como guías necesarios y cuyo apoyo se procuraba para el momento del arribo, sin tristezas para aguardarlo ni atropellos para adelantarlo; no podían avenirse con una generación lanzada de golpe a la cancha de la vida, con el incontenible anhelo de lograr aun a fuerza de codo y puntapiés, que la pelota de su destino penetre cuanto antes bajo el arco de los goals de la victoria! . . .

Por eso está animada de ardorosos estímulos para la acción, orgullosa de los valores que se adjudica, entre los cuales destaca su marcado espíritu de rebelión y su férvido anhelo de crear nuevas formas sociales, estéticas, morales y políticas en lucha sin cuartel contra todo lo antiguo, así caigan al golpe de su pico demoledor las tradiciones más venerables y los más nobles destinos de la misma humanidad.

Padece la fiebre de moverse, de manifestarse, de exhibirse, de tomar posiciones, aunque repudiando cuanto exija tiempo, método y estudio, porque ello le impediría surgir de inmediato al fulgor de cualquier idea y correr vertiginosamente a la conquista de sus ambiciones.

Mas, es forzoso reconocer que ese estado no es sólo producto del ambiente vertiginoso que a todos nos arrastra en la vida moderna. Hay otro factor complicado en su tarea formativa. Esta juventud es hija de la civilización descreída, rebelde e inmoral, cuyos estertores agónicos están haciendo crujir su lecho en el postrer gemido. Viene, en efecto, del campo del laicismo, consecuencia directa de la apostasía que, iniciada en el siglo XVII con las vanidades del Renacimiento, marca en el XVIII la soberbia de la filosofía fundada únicamente en la razón, para continuar en el siglo XIX con el endiosamiento de la Ciencia, para hacer de ella el centro de todas

las directivas sociales, económicas, éticas y políticas, y terminar en el XX, teniendo que substituir a las luces artificiales de sus ilusiones, con las tinieblas del comunismo y la horrible hecatombe fratricida que lo cierra.

Hay, en todo ese largo proceso, un satánico afán de excluir a Dios de las sociedades y de las almas. Vedlo, sino, así sea en breve síntesis.

La Ley de Dios es el Decálogo, lo mismo para las almas que para las sociedades. Pues bien, mirad, cómo, contra cada uno de sus preceptos, se ha alzado esa civilización de la cual procede la juventud de nuestro tiempo.

Contra el mandamiento del amor, el primero del Decálogo y el que informa la médula del cristianismo, impuso el odio; odio disimulado, hasta hipócrita al principio, capaz de escandalizarse ante el filósofo que lo concreta en su conocida frase: "El hombre es un lobo para el hombre"; odio metodizado luego, cuando establece el principio darwiniano de "la lucha por la vida"; odio programado, más tarde, con el grito de Marx: "¡obreros, uníos para la gran revolución social!", que divide a la sociedad en dos campos enemigos con el encono de los de abajo y el encono de los de arriba; odio estabilizado, después, con "la ley de la oferta y la demanda", haciendo del trabajo una mercancía y de la necesidad un provecho; odio, por fin, que se estimula con la orgía del sensualismo, para colocar el cálculo del interés y el ansia de los placeres entre individuo e individuo, clase y clase, pueblo y pueblo, para que no haya paz ni en los hogares ni en las naciones y en la tierra se pasee triunfante el ídolo de la discordia.

Contra el segundo precepto del Decálogo, que manda no jurar en vano, poniendo a Dios como testigo de la falsía de los hombres, esa civilización irreverente puso el arterismo de sus nefandas negaciones, con el grito infamante de Voltaire, las estrofas canallescas de Carducci, las prosas de Renán, el "no queremos más cielo", de Viviani y el "no queremos más Papa", de Garibaldi. Sustituyó la fórmula sacramental del juramento en las Cámaras legislativas, y en la consagración civil de los esponsales, con la vulgar promesa sobre el honor, sabiendo que así abría ancho campo a todas las traiciones, a todas las deslealtades, ya que ese honor en las farsas del duelo o en la desvergüenza de los osados, sería siempre, en la vida de los individuos como en la existencia de los pueblos, el más falso de los honores y el más inútil de los testigos.

En lugar de la piadosa consagración de los días festivos, que establece el tercer mandamiento, puso la audacia de sus rebeldías, violando la ley fundamental del reposo so pretexto de las necesidades económicas del trabajo y del progreso, sin más fin que matar el domingo para que no fuera día de Dios, a cuyo objeto inventó los absurdos de las "décadas" de la Revolución Francesa y el "descanso hebdomadario" del socialismo marxista.

Contra la augusta grandeza del hogar, que sanciona el cuarto precepto divino, levantó la ignominia del divorcio, la farsa del matrimonio civil y la vergüenza del malthusianismo, poblando al mundo de adúlteros, de bastardos y de infanticidas. Usurpó la misión docente de los padres para establecer el monopolio de la enseñanza, creando, con el desprestigio de la autoridad paterna, la de los gobiernos, desordenando así a la sociedad en la indisciplina y en la anarquía a los pueblos; y por no querer hogar ante Dios consagrado, ni población en moral crecida, ni escuelas en religión fundadas, tuvo para su escarnio, familias sin hogar, pueblos sin cultura y naciones sin crecimiento.

A la seguridad de la vida que consagra el quinto mandamiento antepuso la bárbara libertad de disponer de ella con el suicidio que elimina, con la droga que mata, con la lóbide que degenera y con la deshonra que envilece. Tuvo para el asesino las disculpas de Lombroso; para el infanticida, las de Malthus; para el sensual, las de Schopenhauer; para el mercado de la carne, las del dinero judío; para el crimen de las ideas, las de la libertad de la prensa, y para el tráfico inmoral de las bandas asaltantes, las del arte cinematográfico.

Contra la salvaguardia del pudor, establecido en el sexto mandamiento, alzó la turpidez del libertinaje, enlodando con sus excesos desde los salones de los de arriba hasta los tugurios de los de abajo, con la novela inmoral, la revista pornográfica, el teatro realista, el cine corruptor y la prensa pasquinesca. Un día con la moda y otro día con el ridículo, fué despojando a la mujer de su más noble sentimiento, para ajarla en la calle y en los espectáculos, desnudarla en las playas y en las cintas y terminar por ofrecerla como cosa al mercado del amor libre, al ludibrio de la mancebía como pasatiempo y al escarnio del machonismo como conquista.

Más que la frase de un hombre, la sentencia de Proudhón: "la propiedad es un robo", merecería ser el lema del principio levantado por esa civilización contra el séptimo mandamiento del Decálogo. Aquel padre yanqui, que al llegar a la mayoría de edad su

hijo, le dijera: "Haz dinero, honradamente, si puedes; pero haz dinero", traducía el concepto dispensado por esa civilización al tipo del ladrón afortunado. En lugar del "no hurtar", "roba con habilidad", "sé vivo", "no te andes con escrúpulos"; he ahí la máxima suprema que da origen, forma y provecho, a través de todo ese asombroso conjunto de malas artes, ideadas para quedarse con lo ajeno, desde la usurpación de la patria potestad hasta la confiscación de los bienes eclesiásticos; desde las defraudaciones, chicas y grandes, en las administraciones públicas y privadas hasta las quiebras en empresas de orden económico, sin sanción penal que las condene ni sanción moral que las anatematice.

Del culto a la verdad, que implica el "no mentir" del octavo mandamiento, esa civilización hizo el culto de la mentira en la forma más amplia. Desde la pueril mentira de los que sufren el pujo de aparecer más de lo que son hasta la delictuosa mentira de los que engañan para lucrar; desde la apariencia virtuosa del hipócrita hasta la tortuosa falsedad de los políticos; desde la cómica mentira del sablista hasta la trágica mentira del falsificador; desde el vulgar engaño de los tenorios de todas las esferas sociales hasta la traición de los renovados Judas que besan para mejor vender; desde la procaz invención de los gacetilleros hasta la noticia maliciosamente falseada de las agencias telegráficas; desde el nombre que algunos usan hasta el honor que otros proclaman; desde aquel cínico de Talleyrand que enseñó que la palabra le ha sido dada al hombre para ocultar su pensamiento hasta este moderno comediógrafo que proclama "la verdad de la mentira", todo, todo ha pasado por la infinita gama de las alteraciones de los ciertos con que esa civilización endiosó su culto, a extremos de poner mote de mentecato al veraz y acordar título de listo al mentiroso!

Entre los infames apetitos azuzados en la lúbrica explosión de la lascivia, no podía quedar sin mandato contrario aquel noveno ordenamiento del Decálogo para el respeto de la mujer ajena, y por eso desterró de los códigos el delito del adulterio, para llegar a esa ignominia del "foyer a trois", que constituye la deshonra de los hijos y el descrédito de las sociedades.

Ciérrase el Decálogo con un precepto que establece las garantías de la verdadera y única paz social entre los hombres y los pueblos, al prohibir la codicia de los bienes ajenos. Mas esa civilización apóstata no pudo dejar de alzarse contra él e hizo de la codicia la ley de todos sus afanes. Con el sensualismo de Comte, el utilitarismo

de Spencer, el idealismo de Kant, la avaricia de Marx, el subconsciente de Pruts, cada individuo dejó de contentarse con lo suyo, anhelando lo de los demás, y en el desenfreno de la procura quedó desquiciada la paz de las conciencias, la de las relaciones sociales, la del trabajo, la del orden, para refrenar los apetitos y tranquilizar las situaciones, no logrando sino sumir en la anarquía, el desgobierno y la angustia al mundo entero entre el desnivel inhumano del capitalismo y el pauperismo, las sombras fatídicas de la Rusia soviética y el fracaso de las multiplicadas conferencias internacionales sobre el trigo, la carne, la moneda, el trabajo, el desarme y los litigios bélicos, porque sobre esa codicia, Dios no ha podido descubrir los hombres de buena voluntad para quienes anunciaron los ángeles, en la mañana bendita de Belén, la paz en la tierra a través de las edades.

De esta civilización y de ese ambiente a que me referí antes procede la juventud moderna. No es extraño, pues, que, así como las rosas florecidas al borde del lodazal, tienen en sus corolas tintes sombríos y en su perfume olor de fango, esta pobre juventud tenga en los pétalos de su ensueño color de materialismo y en el cáliz de sus almas olor de podredumbre. De ahí que las alas magníficas del ideal, no sean, para ella, las hermosas y potentes de los cóndores que, en giro grandioso y de cara al sol, los remontan a los planos radiantes de la altura, sino las inútiles y débiles de los pingüinos, que sólo les sirven para mantenerlos verticales al ras del suelo en hieráticas aposturas! . . .

Y sin embargo, señores, en esta juventud, — que si planea en el error es porque ha sido mal orientada, — yo descubro no pocas condiciones para fundar en ella legítimas y halagadoras esperanzas.

En efecto, posee una energía pletórica, capaz de convertirla en la fuerza más fecunda de la renovación social, que el mundo reclama hoy con honda angustia y torturante anhelo; tiene un espíritu de simpática sinceridad, que la presenta sin disimulos, diciendo lo que piensa y mostrando lo que siente, en medio de una época rebotante de ocultaciones; y acredita un atrayente aspecto de docilidad, inclinado a someterse a sus directores, — no siempre bien elegidos, — pero que le da estructura de cuerpo, fuerza de cohesión y aliento de empresa, ante una sociedad que se disgrega por el egoísmo, se desvincula por el desacuerdo y se desploma por la indisciplina.

Le falta carácter, aun cuando ella alardee de poseerlo, víctima de las falsas nociones que le han suministrado las escuelas filosóficas del liberalismo, incapaces de descubrir la verdadera base de esa su-

prema condición de la personalidad humana, que la pone por encima de la veleidat de las pasiones, de los intereses y de los cálculos mezquinos.

Como el hombre es un ser de apetitos inclinados al mal, por sus pasiones bajas, sus anhelos materialistas, su concupiscencia del placer, su incitación a la lujuria y su avidez de lucro, no puede dentro de sus solas fuerzas ni adoptar una decisión de índole permanente ni mantener una dirección constante, sin exponerse a continuas mutaciones, impuestas por la variedad de las circunstancias que tienen cada uno de sus apetitos.

Pero el carácter implica una voluntad firmemente sostenida, sin altas ni bajas, sin desvíos oportunistas, sin concesiones de ninguna clase, que fije sello de manera inconfundible a la propia conciencia y oriente al espíritu en toda circunstancia tras un ideal superior.

Para llegar a esa conquista, porque conquista es la del carácter, ya que ha debido sobreponerse a todas las malas inclinaciones de nuestra naturaleza, no tan sólo es necesaria una sólida formación desde la juventud, sino un firme apoyo, más fuerte que nosotros mismos y con el cual podamos contar en todo momento. Mas si todos lo necesitamos, ¡ay de aquel que no lo haya buscado desde su juventud! La juventud es versátil, carece de experiencia y está sometida por sus años mozos al despertar de todas las pasiones; pero también es emprendedora, amante del ensueño y capaz de la conquista, por eso debe buscar desde sus primeros días un apoyo que hablándole de lucha la estimule, que exigiéndole sacrificios la ejemplarice, que reclamándole entrega le acuerde amor y que pidiéndole obediencia le otorgue gloria.

¡Y bien! . . . ¡Ahí está la Eucaristía!

¡Nadie como Jesús para estimular, ejemplarizar, amar y glorificar!

El joven puesto en contacto directo con Jesús, al ofrecerle el tabernáculo de su pecho, se posesiona de luz para su vida, de senda para su camino y de verdad para su acción. Cuenta con el mejor de los amigos, el más sincero de los guías y el más eficaz de los protectores. Tiene apoyo para dominarse, fuerza para encumbrarse, ejemplo para dignificarse, brújula para dirigirse y amor para saciar los ensueños del alma, ¡nunca más bellos, nunca más puros, nunca más grandes que cuando ponen la sonrisa de los cielos sobre las lágrimas de la tierra! . . .

Fué en las tierras del antiguo Langüedoc, — en la Francia del siglo XIII que padecía, en los dominios de Tolosa y Carcasona, la corrupción de los heréticos albigenses, — allí donde las cruzadas de Simón de Monfort sembraron de sangre los campos y de rebeldías a las gentes; allí donde la vieja parla provenzal ponía madrigales en las endechas de sus troveros y dulcedumbre en el lenguaje de sus moradores; allí donde apostatando sus creencias religiosas, blasfemaban los secuaces de Albi y ponían contra el código del Evangelio y la ley de Jesús la satánica rebelión de sus pasiones; fué allí, señores, cuando un joven sacerdote, nacido en los llanos de Castilla y llegado por sus talentos y virtudes a la cátedra antes de su ordenación y al título de los Canónigos Regulares de la Catedral de Osmá, apenas ordenado, fundaba en 1209, de acuerdo con el noble abuelo de su cuna, heredera de la prosapia de los Guzmanes, la "*Milicia de Jesucristo*" que, con el andar del tiempo se convertiría en la Venerable Orden Tercera de Santo Domingo, que también hoy, para honra de su fundador y de sus herederos, continúa siendo en medio de la sociedad herética de nuestra época, la misma Milicia de Jesucristo, que en lugar de las armas bélicas de otrora, alza en sus manos el arma divina del rosario para orar, y libra las batallas del ejemplo para cristianizar.

Escuela de carácter, debe abrir sus puertas de par en par al elemento juvenil de hoy, cual lo abriera al de ayer, para que bajo la gracia de la Eucaristía, ponga, al servicio de la cruzada indispensable de estos tiempos, todas esas favorables condiciones de la juventud moderna, que ya están evidenciando una auspiciosa reacción, con arrojo de fe, estímulo de esperanza y ardor de caridad.

Así, cuando la voz de las sirenas llamen a los jóvenes hacia el mundo de sus encantos, como Ulises se ató al mástil de su embarcación para no ceder ante igual reclamo, también ellos sabrán atarse al mástil de la Cruz para no precipitarse, como el Loreley de la leyenda alemana y naufragar en el choque de las olas contra el acantilado de la ribera. Y del mismo modo, cuando las sombras de algún día triste, ante el espesor de las tinieblas que los rodeen, se sientan tentados a la duda, repitiendo como Lucas y Cleofás, después de la muerte de Jesús: "Ya no hay nada que esperar, el Maestro está definitivamente muerto", — encuentren, tal como aquéllos en el camino de Emmaus, éstos en la marcha hacia la Mesa Eucarística, al Cristo resucitado que los llame a la verdad, volviendo a decirles:

‘Tomad y comed’ — a fin de que también puedan decirle al Huésped del Tabernáculo: “¡Señor quedaos con nosotros!”

De esta manera nuestra adhesión al XXXII Congreso Eucarístico Internacional, marcará la etapa venturosa de una nueva era, en la que los hombres y las mujeres del mañana, que Dios, la patria y el hogar esperan, formados en el sólido carácter cristiano, que es el fundamento de la Orden Tercera de Santo Domingo, nos den, para nuestra querida tierra argentina, genios como el de Alberto el Grande, Tomás de Aquino, Francisco Ferrer, Raymundo de Peñafort, Lacordaire o Fra Angélico; Catalina de Sena, Rosa de Lima o la angelical Imelda, a fin de que, a través del tiempo sea siempre la heredera gloriosa de las generaciones que la fundaron en la cuna del Evangelio y en la tradición eucarística de sus enseñanzas.

He dicho.

“LA VENERABLE ORDEN TERCERA Y LA ENSEÑANZA”

Por el Sr. Dr. MARIO MARTÍNEZ CASAS, T. D.

Delegado por Córdoba

DIOS creó el hombre a su imagen, para que le alabara libremente; pero, el hombre ejerció su libertad para hacerse esclavo de su esclavo. ⁽¹⁾ Cuando estaba en honor no lo entendió: ha sido comparado a las bestias y se ha hecho semejante a ellas. ⁽²⁾

Creado a imagen de Dios, triple fué su caída: su memoria quedó flaca; su inteligencia, ciega; su voluntad, inmunda.

2. La bienaventurada Trinidad, en su misericordia, decretó su perdón.

El hombre pecó, por su desobediencia, contra Dios. Sólo Dios podía perdonarle, asumiendo su miseria y, haciéndose con ésta, obediente hasta la muerte y muerte de cruz. ⁽³⁾

Por El fueron reparadas las potencias del alma. La inteligencia iluminada por la Fe; la voluntad encendida por la Caridad; la memoria fortalecida por la Esperanza.

3. La redención del mundo es continuada por la Esposa del Mediador que está en el seno de la Trinidad.

Ella es quien nos hace renacer como hijos de su Esposo. Su Esposo es la Verdad y está en la Cruz. Por ello, hijos de Verdad, no somos hijos de la sierva, sino de la libre. ⁽⁴⁾

Se llamará Jerusalén la Ciudad de la Verdad, anuncia el Profeta Zacarías ⁽⁵⁾ y San Pablo saluda el cumplimiento de la ley:

⁽¹⁾ *Gen.*, I, 26.

⁽²⁾ *Ps.*, XLVIII, 13.

⁽³⁾ *Philipp.*, II, 8.

⁽⁴⁾ *Gal.*, IV, 31.

⁽⁵⁾ *Zach.*, VIII, 3.

Mas aquella Jerusalén que está arriba es libre, la cual es nuestra madre. (1)

4. La Iglesia educa a sus hijos en el camino de la cruz, enseñándoles la Verdad y dándoles la Vida.

Esta educación, adecuada a los hijos del Padre, es la única que nos permitirá volver a El.

Acudamos — dice Santa Catalina de Sena — a la escuela del Verbo, Cordero sacrificado y abandonado en la Cruz, porque allí se encuentra la verdadera doctrina. El es la Vía, la Verdad y la Vida y nadie puede ir al Padre sino por El. (2)

5. En el sacrificio del Cordero, la Iglesia funda su enseñanza. Su enseñanza deriva de su función sacerdotal.

“¡Quién osará decir — exclama el Padre Clérissac — que esa vida hierática de la Iglesia primitiva sea una utopía accidentalmente realizada, o simplemente una perfección demasiado grande para que las exigencias del estudio y las necesidades de la acción nos permitan tender a ella todavía! La ciencia que nos apartara totalmente de esa vida no sería más que un vano humanismo; y la acción que prescinde de esa vida no es más que individualismo”. (3)

6. Si la Iglesia es la escuela del Verbo de Dios, sólo en ella podemos encontrar la Verdad. Porque — según anuncio del Profeta Malaquías — los labios del sacerdote guardarán la sabiduría y la ley buscarán de su boca; porque él es Ángel del Señor de los Ejércitos. (4)

7. La Iglesia, única depositaria de la Verdad, enseña a todas las gentes, por amor. La tierra y el amor sostuvieron la Cruz.

8. Con solicitud, propia de tal madre, enseña la Verdad, en los modos que corresponden a la situación especial de sus hijos.

9. En la unidad de la persona cristiana de la Alta Edad Media, la abadía era el lugar de la escuela y la liturgia la enseñanza apropiada.

La mente unida a Dios, a virtud de la caridad, concilia y resuelve en la unidad de la persona cristiana, la trinidad de las potencias del alma.

(1) *Gal.*, IV, 26.

(2) *Carta a Raymundo de Capua.*

(3) *Le Mystere de l'Eglise*, cap. IV.

(4) *Malach.*, II, 7.

Restaurada en el hombre la imagen divina, impresa en él la semejanza trinitaria, el hombre es trinidad, pero trinidad en la unidad. Memoria, inteligencia y voluntad; pero, un solo espíritu.

El espíritu, revestido de los dones, dócil a las mociones del Paráclito, pensaba la teología y practicaba las virtudes como un juego.

“El Hijo — dice Romano Guardini (1) — juega delante del Padre. Tal es, también, el sentido de la vida de esos seres perfectos que son los ángeles: ellos se contentan con moverse bajo los ojos de Dios, sin fin, como los mueve el Espíritu, con el único fin de ser, en su presencia, un juego, un canto viviente”.

El hombre, en su simplicidad, recibía la Palabra en el corazón.

10. Mas, quiso tener con ciencia la Verdad y perdió la unidad de su espíritu.

Separadas las potencias que estaban en unidad, la Verdad debe ser dada distintamente a la inteligencia para que su conocimiento fructifique en amor. “*Filius autem est Verbum, non quaecumque, sed spirans amorem*”. (2)

La predicación es el modo que la Iglesia provee para el cumplimiento del precepto de Cristo: *Docete omnes gentes*. (3)

La necesidad de esa forma activa, señala el descaecimiento de los pueblos. “La Orden de Predicadores — dice el Papa Inocencio IV — ha sido divinamente instituída para ser el bastón de la vejez de la Iglesia”.

11. En ese declinar del espíritu, la Iglesia encendió una antorcha:

*Praedicatorum Ordinis
Dux et Pater Dominicus
Mundi jam fulget terminis
Civis effectus caelicus.* (4)

Domingo ilumina, ya, los términos del mundo.

El Señor le puso sobre los muros de su casa (5), para que anunciara por la mañana su misericordia y su verdad por la noche. (6)

(1) *L'esprit de la liturgie*, pág. 214.

(2) *S. Th. Aq., Sum. Th.*, I, 43, 5.

(3) *Math.*, XXVIII, 19.

(4) *Himno de Visperas del Oficio de Sto. Domingo.*

(5) *Is.*, LXII, 6.

(6) *Ps.*, XCI, 3.

Ley de verdad hubo en su boca y no fué hallada maldad en sus labios (1); por esto el Señor cumplió en él su promesa: "Mi espíritu, que está en ti, y mis palabras que puse en tu boca, no se apartarán de tu boca, ni de la boca de tus hijos, ni de la boca de los hijos de tus hijos, desde ahora y para siempre". (2)

12. Orden de Predicadores, Orden de Doctores, según el título dado por las constituciones primitivas, su predicación — modo especial de enseñanza — es predicación doctrinal y teológica.

Pugiles fidei et vera mundi lumina, campeones de la fe y verdaderas lumbreras del mundo es la vocación señalada por Honorio III.

Juana, madre de Santo Domingo (3), tuvo en un sueño el vaticinio de esa vocación.

El perro con la antorcha encendida en la boca, recuerda el mandamiento de Cristo en el Evangelio de San Lucas que corresponde al Oficio de Santo Domingo: *Sint lumbi vestri praecincti, et lucernae ardentes in manibus vestris* (4). Tened ceñidos vuestros lomos, y antorchas encendidas en vuestras manos.

Dante canta el cumplimiento de ese mandato en Francisco y en Domingo:

L'un fu tutto serafico in ardore,
l'altro per sapienza in terra fue
di cherubica luce uno splendore. (5)

13. La Milicia de Jesucristo, Orden Tercera de la Penitencia, prolongación secular de la Orden Primera, recibe de ésta su vocación doctrinal.

Cumple a ella colaborar en la misión de apostolado de la Primera Orden, dando a las almas la Verdad, para dilatar y acrecentar en santidad, el cuerpo místico del Salvador.

Militares de Cristo, asumamos la espada del Espíritu, que es el Verbo de Dios.

Mas, antes de asumir esa espada, no olvidemos ceñir nuestros lomos. Milicia de Jesucristo es Orden de Penitencia.

(1) *Malach.*, II, 6.

(2) *Is.*, LIX, 21.

(3) O madre sua veramente giovanna, se interpreta, val come si dice? DANTE, *Parad.*, XII, 80, 81.

(4) *Luc.*, XII, 35.

(5) *Parad.*, XI, 37.

Santo Domingo ilumina la Iglesia por sus méritos y por su doctrina. (1)

14. Predicar la doctrina es el apostolado de la Orden. Pero notad bien que, entre nosotros, — como lo advierte el Padre Clérissac — “predicar no solamente conserva siempre el sentido de “enseñar, sino que se trata de una enseñanza especial, relativa a la “fe, sea que tratemos de sus fundamentos y consideremos la realidad de las cosas en la cual ella es la substancia, sea que estudiemos “el conjunto de las deducciones especulativas que derivan de los “principios revelados”. (2)

15. No hablar más que a Dios y de Dios, es la Regla de Santo Domingo.

Para hablar de Dios, es necesario, primero, haber hablado con Dios. (3)

Dante lo dice, respecto a nuestro Patriarca:

Non per lo mondo, per cui mo s'affanna
Diretiro ad Ostiense ed a Taddeo,
Ma per amor della verace manna
In picciol tempo gran dottor si feo;
Tal che si mise a circuir la vigna,
Che tosto imbianca, se il vignaio e reo. (4)

Nosotros, también, comamos el maná y dejemos al Ostiense y a Tadeo.

Recordemos que San Casiano, por los méritos de cuyo martirio, la Iglesia pide para nosotros la luz de la Verdad, fué torturado por sus alumnos paganos, por no haber querido sacrificar a los ídolos.

16. Militares de Cristo, antes de entrar en combate, recibamos de Cristo la armadura de la fe y la espada de la palabra.

Simón de Monfort, caballero de nuestra Hermandad, asistió, antes de la batalla de Tolosa, al sacrificio de la misa. Había éste empezado a celebrarse cuando se le comunicó el asalto a sus máquinas de guerra. “Dejadme — respondió, — dejadme ver el sa-

(1) *Colecta de su misa.*

(2) *L'esprit de Saint Dominique*, pág. 61.

(3) *Ibidem.*

(4) *Parad.*, XII, 82.

cramento de nuestra redención". Después que el sacerdote consagró la hostia, salió y venció a sus enemigos.

Nuestros enemigos son los errores del mundo. Ellos han puesto en tinieblas la inteligencia del hombre.

Agnosticismo, naturalismo, individualismo, son los tres errores radicales que han quebrado la ordenación suprema de la inteligencia.

Descartes, Rousseau y Lutero han promovido este mal.

Para restaurar ese orden, acudamos a Santo Tomás, doctor angélico, doctor común de la Iglesia.

"El — dice Jacques Maritain — tiene las llaves de los problemas que oprimen nuestro corazón, él nos enseña a triunfar a la vez del antiintelectualismo y del racionalismo, del mal que deprime la razón por debajo de lo real y del mal que la exalta por encima; él nos da el secreto del verdadero humanismo, del supremo desarrollo de la persona humana y de las virtudes intelectuales, pero en la santidad, no en la concupiscencia, por el espíritu y por la Cruz, no por las grandezas de la carne". (1)

A la Milicia de Jesucristo corresponde librar ese combate.

Tal es su vocación y no debe desecharla, no sea que se cumpla en ella la profecía de Oseas: "Por haber tú desechado la ciencia, yo te desecharé a ti, para que no ejerzas mi sacerdocio". (2)

Busquemos esta ciencia en el Libro clavado en la Cruz; porque este Libro es el Verbo, y no un verbo cualquiera, sino el Verbo que exhala el Amor.

(1) *Le docteur angélique*, pág., 106.

(2) *Os.*, 4, 6.

“EL APOSTOLADO TRADICIONAL DE LA VENERABLE
ORDEN TERCERA Y LA ACCION CATOLICA”

Por el R. P. Fr. VALENTÍN CASTILLO SARMIENTO, O. P.

Delegado por Tucumán

Hermanos Terceros de la Orden de Santo Domingo;

Señoras;

Señores:

LA autoridad suprema de la Iglesia, el Romano Pontífice gloriosamente reinante Pío XI, a fin de poner dique y ofrecer una fuerte y eficaz resistencia a las corrientes desmoralizadoras y materialistas, que arrastran con fuerza irresistible a la humanidad, hacia un paganismo harto manifiesto, ha debido tomar una actitud enérgica y decidida, reorganizando un apostolado amplio y tenaz, mediante la institución que ha llamado “Acción Católica Jerárquica”.

La Orden Tercera de Santo Domingo, instrumento de incomparable valor, desde su origen hasta nuestros días, en la acción apostólica de la Orden Dominicana que, al sentir de los soberanos Pontífices, prestó siempre y sigue prestando servicios inmensos a la Iglesia; celebra en estos momentos un congreso en nuestra república, con el propósito de reconsiderar sus valores espirituales, controlar el cumplimiento de sus fines, el desarrollo de su acción apostólica tradicional, contemplar la hora actual y según eso, formular iniciativas de acuerdo a las exigencias de la época, para conseguir los resultados prácticos anhelados, que son: además de la propia santificación, la santificación y bienestar espiritual del prójimo, mediante la oración, la caridad, el buen ejemplo, y la palabra henchida de celo y de amor, llevada a todos los sitios aun los más modestos y despreciables.

Ahora bien: para responder al tema que se me ha indicado disertar, “El apostolado tradicional de la Venerable Orden Tercera de Santo Domingo y la Acción Católica”, debo considerar precisa-

mente, aunque de modo general, el carácter eminentemente apostólico que ha distinguido siempre desde su origen la Orden Tercera y la forma en que ha practicado y practica este apostolado, que constituye por cierto uno de sus grandes fines. Y podremos luego muy bien concluir que la Orden Tercera como entidad perfectamente organizada, según los eternos e invariables principios evangélicos, está en condiciones, hoy, como en el siglo XIII, en que nació, de ofrecer a la Iglesia su más eficaz colaboración en la obra restauradora en que está ávidamente empeñada.

Santo Domingo de Guzmán, apareció providencialmente en el escenario del mundo, como uno de esos intrépidos conquistadores que no cejan ante las más arduas dificultades. El estado social y religioso en los pueblos de Europa, sufría gravísimas desviaciones a causa de los falsos conceptos de la vida que inculcaban sin cesar los muchos sostenedores de herejías y doctrinas fundamentalmente erróneas, que surgían por doquier. La solución de tan grave problema, exigía sobre todo, sacrificio, ciencia y virtud. La suprema autoridad de la Iglesia, quien, únicamente comprendía la situación y veía venir las consecuencias, buscaba elementos que reunieran dichas condiciones y no los encontraba. En tales circunstancias, Domingo llega a Roma, como un desconocido peregrino; pero, ciertas manifestaciones que hiciera, revelaron en él un espíritu extraordinario que inspiraba confianza. El Papa Inocencio III que por entonces dirigía los destinos de la Iglesia, y a quien habíanle fracasado algunos ensayos en la obra de reforma social y religiosa que se había propuesto, resolvió ponerla en manos de Domingo y sus compañeros.

El ilustre español que había heredado de sus antepasados y que llevaba en la sangre un espíritu emprendedor y de lucha, comprendió que al aceptar aquella ardua y penosa empresa, tendría que esgrimir armas contra enemigos del espíritu y del cuerpo.

Sin embargo, considerando que al repeler la espada del enemigo con la espada, podrían venir sangrientas represalias, quiso evitar ésto en cuanto fuera posible. Y por aquello de que el hombre se mueve y Dios lo dirige, Santo Domingo sin duda por una inspiración del cielo, proyectó la formación de una especie de orden militar, cuyos individuos atendiesen con las armas la defensa de la Iglesia, y al mismo tiempo tuviesen la obligación de abstenerse de toda violencia innecesaria contra los herejes.

“De esta manera pues, quedaban perfectamente armonizadas la caridad evangélica que impone el amor al prójimo, y la justicia

divina y humana que imponían el deber de resistir con la fuerza a las violencias tiránicas de los herejes". Cumplió así Santo Domingo la hermosa expresión de la Escritura: "La Justicia y la Paz se han besado", "*Justitia et Pax obsculatae sunt*"; y pudo con razón llamar a la nueva Orden, "Milicia de Jesucristo". No obstante ser una institución que defendía los derechos de la Iglesia y de la sociedad, tuvo acérrimos enemigos. Pero como dice César Cantú, el ánimo de Santo Domingo fué fundar una Orden, no para imponer la fe, sino para asegurar su libertad. Sus miembros debían ser personas caracterizadas tanto por su fe como por su piedad y buenas costumbres; debían hacer juramento de resistir con las armas las agresiones violentas de los herejes y defender los templos, las personas y los bienes de los católicos. De modo que, secundados Santo Domingo y sus compañeros por esta fervorosa y valiente Milicia, en la obra evangelizadora que le fuera encomendada por la Santa Sede, logró casi exterminar las herejías que venían siendo una verdadera pesadilla para la Iglesia. Pues no pudieron resistir a la magistral predicación, sólidamente basada en las ciencias sagradas, por cierto, no muy común en el clero de su tiempo y a la unción conmovedora de un corazón rebosante de caridad y de amor a las almas, como fué el de Santo Domingo de Guzmán. Pues, a su palabra ardiente y fervorosa unía el buen ejemplo de humildad, de abnegación, de sacrificio y de pobreza, tal como él concebía al apóstol; es decir, un verdadero imitador de Cristo, a quien él quería ávidamente hacer reinar en el corazón de los hombres.

Cuando hubo terminado aquel período de luchas, y las agresiones armadas también, se puede decir, que desde cierto punto de vista, el fin de la Milicia había terminado; pero sus mismos componentes, que eran personas de gran espíritu cristiano, considerando el carácter de la institución en su conjunto, y como tan satisfactoriamente venían desarrollando su acción religioso-social, al impulso animador del gran Patriarca primero, y de los religiosos después, creyeron que su misión aún podía continuar, puesto que si los enemigos armados de espada habían terminado, los enemigos del alma no desaparecen jamás y se vencen únicamente con la penitencia, la mortificación y la oración constante.

Tomaron entonces el nombre de "Hermanos de la Penitencia". Por lo que fué necesario redactarles en conformidad con la tradición, la Regla que debía fijar definitivamente su norma de vida.

El séptimo General de la Orden de Predicadores, Munio de

Zamora, hizo este trabajo, en el año 1285. El Sumo Pontífice Inocencio VII, aprobó esta Regla en 1405, y Eugenio IV la confirmó el 14 de Mayo de 1439. Desde entonces llámase en rigor Orden Tercera de Santo Domingo, por cuanto constituyen jurídica y espiritualmente una sola familia, cuyos miembros, en el acto de su profesión, emiten voto de obediencia y sumisión a las autoridades de la Primera Orden.

Y así se comprende sin dificultad que la Tercera Orden sea efectivamente una rama del gran árbol, de la Orden de Predicadores, que forma parte integrante del mismo, y que de él recibe la savia que la vivifica.

Su espíritu por lo tanto, no puede ser sino eminentemente apostólico, como lo es el de la Primera Orden.

Los Terciarios son colaboradores natos de los Religiosos Predicadores según el espíritu del Santo Fundador. Es natural entonces, que la perfección que han bebido en el manantial dominicano, la irradien oportunamente, como lo hacía el gran Patriarca de Guzmán y como a su ejemplo continúa haciéndolo la Orden de Predicadores. No deben esperar que la oportunidad acuda a ellos sino que presurosos deben ir en su busca, a fin de que la vida sobrenatural que en su alma abunda se vuelque generosa en el alma de sus hermanos.

El Terciario Dominicano, tal como debe ser, no es un católico pasivo, es un católico activo por principio, por voto, expresado públicamente en el día de su profesión, en que se obliga a observar la Regla de la Orden, que le señala expresamente su finalidad, que es: la propia santificación, o sea seguir una vida cristiana más perfecta, y procurar además la salvación de las almas. Para lo cual debe usar los medios adecuados al estado de los fieles que viven en el siglo.

Para procurar la salvación de las almas, hay que ir a ellas, hay que buscarlas, y ponerlas en el buen camino, en el camino de la verdad. Este ha sido el gran ideal de Santo Domingo, que por cierto fué el de Jesucristo y el de sus apóstoles. Este ideal es el alma de toda la familia dominicana, compuesta de tres grandes ramas, que son como miembros de un solo cuerpo: La Orden de Religiosos Predicadores, las Monjas de vida contemplativa, y la Orden Tercera de seculares, de la cual proceden las Hermanas Terceras Regulares, que viven en comunidad.

Muy bien podríamos establecer, en cuanto al apostolado tradicional de la Orden Dominicana en sus tres ramas, la siguiente pro-

porción: Santo Domingo es a su Orden, lo que Jesucristo fué a sus Apóstoles.

Jesucristo dijo a sus primeros discípulos: "Id y enseñad a todas las gentes", y ellos inspirados por el Espíritu Santo recorrieron los pueblos anunciando la nueva del Evangelio, viéndose seguidos de las multitudes que no podían resistir a la Verdad Divina que a torrentes brotaba de sus labios. Y muchos eran de inmediato convertidos en otros verdaderos apóstoles.

Santo Domingo, en el siglo XIII, cuando parecía que el eco de aquellas maravillosas palabras de Cristo, se había perdido en el espacio de los siglos, repite solemnemente estas mismas palabras del Salvador como para hacerlas revivir, cuando en Fanjeaux, reúne un cierto número de sus religiosos, les da su paternal bendición, y les dice: Id como los Apóstoles a predicar por el mundo a Cristo Crucificado y salvad las almas en el nombre del Señor.

Pero los religiosos nunca van solos, pues allí donde se funda un nuevo convento dominico, allí es fundada una nueva Hermandad de la Orden Tercera que, como es tradicional en ellos, deben prestar su más generosa y abnegada colaboración a los religiosos en sus obras y campañas apostólicas. Luego quiere decir, que a vosotros Hermanos Terceros van dirigidas también, como miembros de una misma familia que sois, las apostólicas palabras que Domingo a imitación de Cristo nos dijera: "Id a predicar a las gentes". Que su resonancia no se pierda jamás; que ellas continúen siendo vuestro ideal, que la salvación de las almas sea el complemento de vuestra vida cristiana. Así lo quiere la Orden, así lo quiere el Santo Padre Pío XI. Pues, idéntico fin es el de la Acción Católica por él instituída, en momentos en que el mundo reclama un apostolado intenso y sin tregua.

La historia gloriosa de la Orden, os brinda ejemplares heroicos de un apostolado el más real y eficaz, tal, como lo practicara la Beata Zedislava, empleando en él no sólo sus riquezas, sino también todo el prestigio de su nombre. La Iglesia, y los pobres que desfilaron a centenares por su casa, según se lee en su maravillosa vida, recibían de su mano generosa, el auxilio material de sus limosnas, y el consuelo espiritual de su palabra.

Como lo practicara la gran Catalina de Sena, quien además intervino en la solución de los más graves y trascendentales problemas que preocupaban a la Iglesia y la cristiandad en su tiempo.

Como lo practicara también, en nuestra América, para ejem-

plo y estímulo nuestro, la más bella y fragante flor de santidad que ha producido en el nuevo mundo la Orden Tercera de Santo Domingo, y que la Iglesia justamente la considera también como el fruto primero y más sazonado del Evangelio en el nuevo mundo, Santa Rosa de Lima, Patrona de América y de nuestra independencia.

Pues, bastaría solamente la acción apostólica desplegada por estas tres cumbres de la Orden Tercera de Santo Domingo, que vivieron en la tierra únicamente al servicio de Dios y del prójimo, para que los Hermanos Terciarios, consideren como una de sus notas características, el ejercicio real y efectivo de un constante apostolado de la verdad; pero, siempre bajo la dependencia y dirección de la Orden de Predicadores, a fin de contribuir al establecimiento de la paz de Cristo en el reino de Cristo, como lo quiere la Iglesia.

A fin de que el Tercero Dominico, pueda cumplir satisfactoriamente su misión apostólica en nuestros tiempos de efervescencia intelectual y de liberalismo, y si quiere destacarse entre el común de los fieles, y pertenecer merecidamente a la porción escogida de la Iglesia militante; es decir, que la Iglesia vea en cada Terciario Dominico, un colaborador competente; además de practicar con regular exactitud los ejercicios internos del perfeccionamiento espiritual, debe procurar adquirir un conocimiento especial y completo de religión y doctrina cristiana, en sus diversos aspectos, esto es: dogmático, litúrgico e histórico. De esta suerte, no sólo podrá formarse una conciencia más exacta de sus deberes sino que podrá muy bien enseñar a los demás. Más aún, podrá defender en muchas oportunidades la religión que profesa y practica. Pues, la tolerancia, con frecuencia obligada de los católicos por falta de preparación, deja campo libre a la impiedad y al error.

El Tercero tiene vasto campo para ejercer su acción católica en la familia, en la sociedad, en los individuos, como también entre los funcionarios públicos y representantes de Estados, circunstancias en que el sacerdote muchas veces no puede por su investidura hacer llegar hasta esas esferas su palabra y su acción ministerial.

La necesidad pues, y la eficacia de la intervención de los seculares en el apostolado jerárquico, como se practicaba en el tiempo de los Apóstoles, fué claramente comprendido ya en el siglo XIII, por el gran apóstol Santo Domingo, y lo organizó con su Orden Tercera.

En nuestros días, la autoridad de la Iglesia, no ha encontrado

otro medio mejor para intensificar su acción apostólica, que la intervención del elemento seglar, pero escogido, en la difusión y enseñanza de la doctrina salvadora de Cristo. Y sin perjuicio de las instituciones ya existentes, con carácter oficial, puesto que fueron aprobadas para el apostolado, como fin principal, ha instituido la Acción Católica Jerárquica, de la cual toda asociación religiosa es auxiliar por su misma naturaleza, como lo declaró la Secretaría de Estado de Su Santidad el día 30 de Marzo de 1931.

Luego, la Orden Tercera de Santo Domingo, sin excluir las de otras Ordenes religiosas, puesto que están inspiradas en idéntica finalidad, no sólo está muy conforme, sino que desde el siglo XIII, viene practicando el apostolado en la forma que hoy lo ha organizado y oficializado en todo el orbe, el actual Pontífice reinante.

En la actualidad, la Orden Tercera está floreciente como en sus primeros tiempos.

La celebración del Congreso Internacional, en el mes de Marzo del corriente año de 1934, en Roma, lo demuestra claramente.

Tres mil Terciarios asistieron a dicha concentración. El Santo Padre mostróse profundamente satisfecho, ante aquella tan numerosa representación de la ilustre familia dominicana, postrada a sus plantas, pidiendo filialmente su santísima bendición, dando cuenta por medio del Maestro General de las actividades religioso-sociales, que ampliamente realizan en las diversas partes del mundo, y al mismo tiempo ofreciendo valiosos presentes en señal de afecto y devoción.

Por lo que concierne a nuestra República, la Orden Tercera va cada día tomando mayor incremento, y conserva vivamente su espíritu tradicional. Con respecto a la propia santificación cumplen con regular exactitud sus prácticas de vida espiritual. Del mismo modo, con respecto a la caridad para con el prójimo, tiene sus obras de asistencia social; mereciendo especial mención, dos establecimientos, que la Hermandad de Buenos Aires sostiene en la Capital, y que sirven de albergue a muchos ancianos y pobres imposibilitados para el trabajo, como asimismo talleres de costura, donde las Hermanas confeccionan ropas para distribuir a tanto pobre, que suplica una caridad por Dios.

Y ya que hablo de las obras sociales que la Orden Tercera realiza como parte integrante de su apostolado, no puedo dejar de hacer mención muy especial del bien inmenso que las 35.000 religiosas Terceras de Santo Domingo realizan en el mundo.

Entre nosotros tienen las Hermanas Dominicanas alrededor de 40 casas distribuidas en toda la República, entre ellas, colegios, asilos, pensionados y talleres; destacándose tres colegios de primera categoría, que son: el Colegio del Santísimo Rosario y de la Anunciata en la Capital y el Colegio de Santa Rosa de Lima en Tucumán: donde una gran parte de nuestra juventud femenina, recibe la más esmerada formación intelectual y moral.

Lógicamente podemos terminar diciendo que la Orden Tercera de Santo Domingo por su espíritu y carácter eminentemente apostólico, por su organización dependiente de la Orden de Predicadores, está en condiciones y dispuesta a prestar como lo hizo siempre, su más amplia y eficaz colaboración en la obra restauradora en que la Iglesia está empeñada en la hora presente. Pues, ya lo dijo solemnemente el Papa Inocencio IV: "La Orden de Predicadores ha sido divinamente instituída, para ser el bastón de la Iglesia en su vejez".

He dicho.

Entre nosotros tienen las Hermanas Dominicanas alrededor de 40 casas distribuidas en toda la República, entre ellas, colegios, asilos, pensionados y talleres: destacándose tres colegios de primera categoría, que son: el Colegio del Santísimo Rosario y de la Anunciata en la Capital y el Colegio de Santa Rosa de Lima en Tucumán: donde una gran parte de nuestra juventud femenina, recibe la más esmerada formación intelectual y moral.

Lógicamente podemos terminar diciendo que la Orden Tercera de Santo Domingo por su espíritu y carácter eminentemente apostólico, por su organización dependiente de la Orden de Predicadores, está en condiciones y dispuesta a prestar como lo hizo siempre, su más amplia y eficaz colaboración en la obra restauradora en que la Iglesia está empeñada en la hora presente. Pues, ya lo dijo solemnemente el Papa Inocencio IV: "La Orden de Predicadores ha sido divinamente instituida para ser el bastón de la Iglesia en su vejez".

He dicho.



El M. R. P. Prior Provincial Fray TOMAS LUQUE, el Hermano Prior Sr. SANTIAGO LEVALLE y el Hermano de Consejo Sr. MARIANO A. ORGEIRA, acompañados de Hermanos de la Venerable Orden Tercera de Buenos Aires, al terminar una de las asambleas.

'EL APOSTOLADO DE LA CARIDAD Y LA VENERABLE
ORDEN TERCERA'

Por el Sr. GUILLERMO GALLARDO CANTILLO, T. D.

Delegado por Santiago del Estero

Muy Reverendo Padre Provincial;
Reverendos Padres;
Venerables Hermanos;
Señoras;
Señores:

CON profunda emoción rompo el retiro impuesto por una pena muy grande, pero me mueve a hacerlo la dignidad eminente del tema, así como el ambiente propicio de este Colegio en el cual pasé años felices de estudio bajo la sabia y afectuosa dirección de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

× × ×

“Señor, dignaos concederme una caridad verdadera, un celo capaz de procurar la salvación del prójimo, para que, consagrándome con toda mi alma y todas mis fuerzas a la conversión de los pecadores, llegue a ser verdaderamente un miembro de Cristo Jesús que se ofreció enteramente a su Padre para ser el Salvador de los hombres”. (1)

Esta era la oración preferida de Nuestro Padre Santo Domingo según nos refiere el Beato Jordán de Sajonia, segundo Maestro General de la Orden de Predicadores, quien conoció personalmente al glorioso Fundador.

En las expresiones de esta plegaria se encuentra admirablemente sintetizado el inmenso amor de Santo Domingo por sus semejan-

(1) Beato Jordán de Sajonia, Vida de S. Domingo, cap. I. n^o 8 y siguientes.

tes, pasión que, encerrada en el alma ardiente de ese señor castellano, habría de estallar en una obra magnífica para la salvación de los pecadores por medio de la predicación y la enseñanza.

Desde su juventud mostró Domingo de Guzmán como rasgo dominante de su personalidad, una caridad extrema que lo llevaba hasta el sacrificio para aliviar los sufrimientos de los demás. Las únicas dos anécdotas verdaderamente ciertas de sus tiempos de estudiante en Palencia se refieren, la una a la venta de cuanto poseía, incluso sus libros de estudio, valiosos manuscritos anotados por su mano, con el propósito de repartir el importe entre los necesitados, abundantes en Castilla a la sazón, debido a una gran hambre.

“¡Cómo podría estudiar sobre pieles muertas cuando hay hombres que mueren de hambre!” exclamó para justificarse.

El otro relato nos presenta a Nuestro Santo Padre empeñado en venderse a sí mismo como esclavo con tal de rescatar a un joven cristiano, cautivo de los moros, a quien ni siquiera conocía.

Muchos años más tarde, madurado por los estudios, las penitencias, la oración y los viajes, podemos representárnoslo conforme al luminoso retrato que de él nos ha dejado el mismo Beato Jordán de Sajonia: “Nada conturbaba la tranquilidad de su ánimo, si no eran la compasión y la misericordia . . . Durante el día, encontrárase con sus religiosos o con extraños, era insuperable en lo fácil y lo grato de su conversación, durante la noche ninguno lo igualaba en las vigiliás y en la oración. Guardaba sus lágrimas para la tarde y la alegría para la mañana . . . En su universal caridad abrazaba a todos los hombres, y amando a todos, todos en retorno le querían. Nada le era más natural que alegrarse con los que estaban contentos, llorar con los contristados, ponerse a disposición del prójimo y de los amigos. La naturalidad de sus modales, exentos de toda ficción y doblez, era una de las cosas que más simpático le hacían”.

Es difícil, en menos palabras, trazar un cuadro más vivo. Parece que uno hubiera conocido a Domingo de Guzmán, tan lleno de encanto y de atracción para cuantos le trataban.

Más completa, más serena, más firme y mesurada, reconocemos la figura del joven estudiante que, arrebatado por insensata caridad, pretendía cambiar su suerte por la de un esclavo.

Ya tenemos aquí al Predicador “poderoso en obras y en discursos” que contestaba a un joven curioso de conocer en qué libros había estudiado: “Hijo mío, en el libro de la Caridad, el cual por sí solo sería suficiente para aprender y enseñar”.

Palabras éstas que muy oportunamente recordara el entonces Maestro General de la Orden de Frailes Predicadores, Muy Reverendo Padre Fray Luis Theissling, al cumplirse en 1921 el séptimo centenario de la gloriosa muerte de Nuestro Padre. Porque esos sentimientos de amor de Santo Domingo de Guzmán fueron los que dieron nacimiento a la Orden de su creación, y ella los ha conservado siempre como tesoro preciadísimo, evocando con frecuencia la figura de su Fundador, fuente inagotable de gracias y modelo perpetuo de perfección en el orden monástico-apostólico.

A través de las crónicas ingenuas y desprovistas de artificio de sus primeros historiadores, parécenos ver la figura de Nuestro Padre cuando, en compañía del santo obispo Diego de Acevedo, recorría las tierras del Langüedoc, carcomidas por la herejía. Ese Mediodía de Francia, tierra ardiente si las hay, atravesado una y otra vez por los cortejos principescos de los legados pontificios cuyas magníficas vestiduras parecían atizar a su paso el fuego de la impiedad que en vano intentaban sofocar, desató en Domingo de Guzmán la pasión del apostolado que siempre lo consumiera.

Conmovido hasta las lágrimas por la buena fe de muchos de los herejes, por la ignorancia religiosa del pueblo, por la ineficacia de la predicación de muchos obispos cuya incompetencia calificó duramente el IV Concilio de Letrán, resuelve nuestro santo entregarse de lleno a la evangelización de esos pueblos. Decidido a cualquier sacrificio con tal de asegurar la conversión de tantas almas desamparadas, agrega a la predicación sabia la práctica de las mayores mortificaciones para edificar a sus oyentes y desenmascarar la falsa devoción de los herejes.

Toda obra de apostolado es fruto inmediato de la Caridad. El egoísmo no mueve a nadie. Es la doctrina de la buena vida, de pasarlo bien. Quien se decide a sacrificar todas sus comodidades con tal de asegurar la felicidad de los demás, tiene que estar movido por un amor muy superior al mezquino amor de sí mismo. En una Orden que, como la de Predicadores, existe sólo para transmitir a los demás los conocimientos adquiridos por la propia meditación, contemplación y estudio, la Caridad es todo, y esa obra sólo puede subsistir mientras la verdadera Caridad, el amor al prójimo en Dios, corra como un torrente de vida, animándola y fertilizándola con su caudal.

Al volver la mirada hacia la historia de la Orden de Predicadores no puedo resistir la tentación de detenerme breves instantes a

considerar la figura admirable de Santa Catalina de Sena, gloria de la Tercera Orden y que fué animada siempre por la caridad más extrema.

Esta Santa prodigiosa que en un cuerpo frágil encerraba un corazón ardiente y una inteligencia rara, brilló en su época con luz vivísima y hasta el Sumo Pontífice, por quien sentía devoción muy especial, atendía sus consejos e indicaciones, a pesar de tratarse de una muchacha del pueblo, sin estudios ni preparación.

Toda su vida fué un milagro de amor. Por eso Nuestro Señor Jesucristo la distinguió con privilegios extraordinarios, apareciéndosele y conversando con ella con frecuencia. De este trato derivaba su profundo conocimiento de todas las cosas, conocimiento muy superior al que puede dar ninguna investigación científica, ni los estudios más completos.

Desde su primera juventud comprendió que la mejor forma de exteriorizar el amor que la consumía era derramar sobre sus semejantes las gracias derivadas de la santidad personal. Conformó pues su vida a la enseñanza recibida del mismo Nuestro Señor, según nos lo revela en su "Diálogo" en la forma siguiente: "El alma que verdaderamente me ama, ama también a su prójimo, pues el amor que se tiene por Mí y el amor por el prójimo son una sola y misma cosa, y la medida de vuestro amor por el prójimo es la de vuestro amor por Mí. Ese es el medio que os he dado de probar y ejercitar vuestro amor por Mí. ... No podéis serme útiles en nada mientras que os es posible ayudar al prójimo. El alma enamorada de mi Verdad no se cansa nunca de gastarse al servicio de los demás, tanto en general cuanto en particular". (1)

Catalina se esforzó siempre por seguir este consejo de vida cristiana dado por la Sabiduría Infinita y así es como uno de sus discípulos puede decirnos que "rogaba sobre todo a Dios que le concediera una verdadera y sincera caridad para con el prójimo, una caridad tan perfecta que en lo sucesivo pudiera alegrarse más del bien que le sobreviniera que de su propio bien, y afligirse más de los sufrimientos y las penas de los demás que de sus propios sinsabores". (2)

De sí logró esta caridad puede darnos idea aquel episodio en el cual Santa Catalina, arrebatada en éxtasis, lucha con Dios, como

(1) Diálogo, cap. 7; cap. 64, carta 81.

(2) CAFFARINI, Suplemento, P. I. Tr. 2, párrafo 13.

Jacob, para arrancarle la salvación del joven Andrea (di Naddino) di Bellanti, incrédulo que en el lecho de muerte había rechazado los auxilios de la religión con horribles blasfemias. Catalina implora, se desespera y, en un arranque sublime de renunciamiento clama: "Señor, deseo y quiero que todos los rigores de la justicia se ejerzan sobre mí con tal de que ese pobre joven sea salvado, y estoy dispuesta *aun a ser condenada en lugar de él* si te parece imposible lograr su salvación de otra manera".

Vencido Dios por ese exceso de amor de un alma santa, que se ofrecía en holocausto por una persona a quien no conocía siquiera, concedióle la revelación de que su oración había sido escuchada. Durante esa misma noche, el incrédulo declaró haber tenido una visión, pidió un confesor y recibió los sacramentos.

¡Miserable caridad la nuestra que tiembla ante ese heroísmo!

A través de los siglos la personalidad vibrante de Catalina ejerce extraña fascinación. ¿Cómo asombrarnos de que en sus tiempos provocara tormentosas discusiones entre sus partidarios y sus enemigos, que eran muchos, aun entre el clero, pues era un alma fuera completamente del orden común?

Con los años se fué perfeccionando en la caridad y no nos puede extrañar en quien ofreció su salvación eterna por la de un pecador, la imprecación que brota de sus labios: "¿Por qué no podré reunir todos los dolores de la tierra en un haz y cargarlos sobre mis espaldas?"

Esa idea parece obsesionarla. Sueña con ofrecerse como víctima propiciatoria. Se hace habitual en ella el empeño de cargar con los pecados o las culpas de los otros. Logra que las penas del Purgatorio que correspondían a su padre fueran trocadas en agudísimos dolores físicos que sufre ella.

Llega así a sus últimos días. La corrupción de la Iglesia es su constante mortificación. Ve prepararse el gran cisma de Occidente. Ante la tumba de San Pedro implora al Señor que cargue sobre ella los pecados de la Iglesia, y cae postrada por un peso superior a las fuerzas humanas. Ya no había de levantarse más. Su ambición había sido satisfecha.

En una existencia como ésta en la cual se realiza el sacrificio de la vida espiritual íntegra al amor de Dios y de los hombres en Dios, parece vano registrar los actos de lo que habitualmente se llama caridad y es sólo un reflejo de la Caridad verdadera. Como es ná-

tural, éstos no faltan, como en un océano no faltan las gotas de agua.

Asistencia a los enfermos curando amorosamente sus llagas fétidas, ayuda a los desvalidos cubriéndolos con el manto de su hábito de Terciaria o repartiéndoles buena parte de sus escasas raciones, todas las formas de la caridad las practicó.

Ni faltó la caridad intelectual, característica de nuestra Orden. ¡Cómo había de estar ausente en quien tanto amó y admiró a Nuestro Padre Santo Domingo! Antes bien, durante toda su vida preocupóse muy principalmente de guiar con buenos consejos y de hacer beneficiar con el resultado de sus visiones a cuantos se aproximaron a ella, dictando y escribiendo numerosas cartas y libros admirables.

Mal podía descuidar tan importante elemento para la salvación de las almas, quien deseaba ser la piedra que tapara la boca del infierno para que no cayeran otros, como graciosamente decía en su lenguaje lleno de luz y de imágenes.

Al morir, la última recomendación a sus acompañantes fueron las palabras de Nuestro Señor Jesucristo: "Amáos los unos a los otros, en eso reconoceré que sois mis discípulos". Y ya sin fuerzas para enderezarse, todavía le decía a Dios: "Si creéis que aun puedo ser útil a quien sea, aquí en la tierra, no me niego ni a la tarea ni al sufrimiento; estoy pronta a dar mi vida mil veces al día, cada vez con mayores torturas, si fuera posible, en honor de vuestro nombre y por la salvación del prójimo".

¡Cuán bien había practicado la santa Terciaria la enseñanza del gran doctor dominico, Santo Tomás de Aquino: "¡Quien tiene Caridad posee todos los dones del Espíritu Santo, ninguno de los cuales puede tenerse sin Caridad!" (1) Esta frase se encuentra en la Suma Teológica, monumento prodigioso de la caridad intelectual. Admirable realización del "Allis contemplata trádere", transmitir a los demás los frutos de nuestra contemplación, que viene a ser la síntesis, en tres palabras, de toda la función de una Orden de Predicadores.

Dar a los demás el fruto de nuestra contemplación. Y como respuesta dentro de la Orden, la Suma Teológica. El resultado de las meditaciones de toda la vida de un cerebro insuperablemente dotado de sabiduría, de claridad y del instinto infalible de la verdad.

Santo Tomás de Aquino y Santa Catalina de Sena, ¡qué dos personalidades tan diferentes! El método, el raciocinio, la exposi-

(1) S. TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, I, II, a 68, a I.

ción fría y concisa de la verdad en el uno; la intuición, el fuego, la pasión en la otra. Y en el fondo, como principio activo de esas dos vidas extraordinarias, encontramos el mismo amor a Dios y a los hombres en Dios. El mismo amor que mueve a San Raimundo de Peñafort a fundar una Orden destinada a obtener la redención de los cautivos, aunque para ello sea necesario perder la propia libertad. (Realización lejana del sueño juvenil de Santo Domingo). El mismo amor que mueve al Beato Enrique Suson a llorar y mortificarse con duras disciplinas por los pecados de los hombres. El mismo amor que impulsaba a Santa Rosa de Lima a perseverar durante años en sus austeridades a pesar de la falta de consuelos espirituales.

Pero para qué considerar en detalle estas y otras manifestaciones admirables de lo que puede la caridad, si la subsistencia misma de la Orden de Predicadores es, como dije, el mayor milagro de amor. Siete siglos hace que millares de personas abrazan voluntariamente una vida de sacrificio, de pobreza personal, de estudio severo, de ayuno riguroso, sólo para poder hacer partícipes a los demás de lo que logran descubrir de la Divina Verdad y de la Divina Sabiduría.

Los mártires dominicanos caídos por evangelizar a los paganos se cuentan por decenas de miles. El mes pasado, todavía, ha llegado la noticia de que un religioso dominico había sido muerto en China, donde ejercía su ministerio apostólico. ¡Pero bien saben a lo que se exponen los miembros de una Orden que en su primer siglo de vida contó 13.000 mártires!

Y ¿qué decir de la Orden dominicana ante el sacramento del amor, la Eucaristía? Desde el Santo Doctor Angélico que brinda el homenaje de su genio en el sublime oficio del Santísimo Sacramento y en sus himnos eucarísticos, hasta la ingenua niña Imelda que desfallece al recibir el cuerpo de Nuestro Señor, dando todo lo que tiene, su alma virginal, todos los miembros de la Orden se han distinguido siempre por su gran fervor por la Eucaristía.

Este punto ha sido desarrollado con mayor autoridad por otro Terciario, en este mismo congreso, pero no puedo dejar de señalar esta característica dominicana, ya que se trata del sacramento en que Nuestro Señor Jesucristo da pruebas más claras de su infinito amor por nosotros.

“¡El Apostolado de la Caridad en la Orden Dominica!”...

Se necesitaría una vida íntegra dedicada al estudio para poder abordar dignamente este tema.

La Orden Dominica es toda Caridad, señores. Por caridad fué fundada, para la caridad existe y de la caridad ha vivido.

Nosotros, Terciarios dominicos, tenemos una pesada responsabilidad. No podemos contentarnos con el cumplimiento estricto de las prácticas habituales. Ese no es sino el marco dentro del cual debemos desarrollar nuestra acción.

Tenemos la dicha de vivir en un siglo en que el estrecho individualismo, siempre egoísta en el fondo, va desapareciendo poco a poco. Con el espíritu de asociación, eminentemente cristiano, llega al mundo un renacimiento espiritual y religioso en el cual debemos colaborar activamente. Mal podríamos vivir recordando las glorias del pasado o las hazañas de los demás. No es suficiente que nuestras Hermandades como tales realicen obras de misericordia. Todos y cada uno de nosotros debemos ocupar nuestro puesto en la campaña emprendida contra la ignorancia y la indiferencia.

El clero es escaso. Alegrémonos, pues gracias a ello hay sitio sobrado para nosotros en la primera fila.

¡La mies es mucha y los operarios pocos! ¡Mejor! Cada uno de nosotros tendrá más que hacer.

No constituimos una cofradía o una obra pía cualquiera. Somos una rama, la menor, del gran árbol de la Orden de Predicadores, fundada para el estudio, la predicación y la penitencia. Nuestro camino está trazado. Nuestra tarea está lista. Se acabaron los tiempos en que los Terceros debíamos empuñar las armas para defender la Iglesia, pero muchas y muy diversas son las formas de combatir.

El trabajo sobra. ¿Es menos grave la herejía cuando en vez de albigense se llama materialismo, racionalismo o modernismo? ¿Son menos interesantes los paganos cuando en vez de estar en las antípodas los tenemos a las puertas de nuestra casa?

El suburbio nos espera. La obra catequista es exactamente la que nos corresponde. Hermanos menores de los sabios Predicadores, ¿qué podemos hacer mejor que enseñar las verdades elementales de la Fe mientras ellos se dedican a las investigaciones eruditas a que los autorizan sus estudios, su vida, y su dignidad?

El suburbio nos espera. Es una obra que está madura. Los pobres reciben con los brazos abiertos a quien les trae el consuelo de la Caridad, el alimento de la Verdad, el abrigo de la Fe.

No nos quejemos si por falta de buenos pastores se entregan a

los malos. El hombre necesita creer en algo. Si no les llevamos la Verdad caerán en el error y la culpa será nuestra. Si no les llevamos la Caridad, el divino don del amor, se entregarán a la envidia, al odio, y la culpa será nuestra. Si no les llevamos la Fe, abrazarán la desesperación, la rebelión estéril y amarga, y la culpa será nuestra.

Verdaderos tesoros de bondad se conservan admirablemente en el corazón de los pobres. Tenemos mucho que ganar en perfeccionamiento espiritual poniéndonos en contacto con ellos. Tenemos mucho que aprender de su resignación ante la adversidad. No iremos solamente a dar sino a recibir enseñanzas. Eso tiene de admirable la Caridad. Lo que damos los recibimos centuplicado y no sólo en la otra vida, sino ya, al contado. Como dice un gran escritor dominico, el Reverendo Padre Sertillanges, "la Caridad llega a dar lo que no tiene: alegría, cuando está triste; elevación, cuando se siente pecadora, porque tiene a Dios en sí y puede por lo tanto sobrepasarse a sí misma".

Nuestro Padre Santo Domingo que a menudo lloraba amargamente al pensar en la suerte que espera a los pecadores; San Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino que dedicaron su vida íntegra al estudio y la enseñanza: San Vicente Ferrer que no temía entrar a predicar en las sinagogas, obteniendo admirables conversiones, y que recorrió media Europa a pie avangelizando pueblos, ¿qué dirían al ver que en las ciudades llenas de incrédulos e ignorantes sedientos de saber, muchos Terciarios vivimos tranquilos y felices considerando que hemos cumplido, con hacer una comunión mensual?

No tenemos derecho de guardar para nosotros el beneficio de nuestra instrucción religiosa, de nuestra vida espiritual. Como cristianos y como dominicos tenemos el deber imperioso, hoy más que nunca, de enseñar al que no sabe, aconsejar al descarrilado, consolar al afligido, corregir al pecador.

Adhiero con entusiasmo a la proposición del R. P. Castillo Sarmiento, en el sentido de que este congreso aprobará un voto expresando el anhelo de que cada Hermandad de Terciarios organice un centro catequista anexo, a ejemplo de lo que hacen algunas de ellas, con gran edificación pública y provecho espiritual para los Hermanos.

Difícilmente puede encontrarse una obra encuadrada en forma más estricta dentro del espíritu de la Orden y de nuestros reducidos alcances.

Dios permita que ello traiga un nuevo florecimiento del espí-

ritu de caridad que engendró a nuestra Orden y que le ha dado el brillar refulgente a través de siete siglos de abnegación y de sacrificio.

Roguemos por que la Orden de Predicadores arraigue más y más en nuestra tierra y que dé flores y frutos abundantes para la mayor gloria de Dios y felicidad de nuestra patria.

“LA VENERABLE ORDEN TERCERA Y LOS PROBLEMAS
SOCIALES CONTEMPORANEOS”

Por el Sr. Dr. CARLOS PUCHETA MORCILLO, T. D.

Delegado por Córdoba

*Muy Reverendos Padres,
Señoras,
Señores:*

DE la Venerable Orden Tercera Dominica de Córdoba y en especial de su Honorable Consejo Directivo, os traigo cordial saludo y fervientes votos por el éxito de esta segunda etapa del Primer Congreso Nacional Terciario Dominicano, hermosa concepción talentosamente llevada a la práctica por el M. R. P. Provincial, Fray Tomás Luque, con la calificada cooperación de los sacerdotes de la Orden y con la vuestra.

Las características, la capacidad y el temple apostólico de la Orden Dominica, que la historia y la tradición atestiguan a través de más de setecientos años, explican por qué se hace presente ante los problemas sociales de la hora, por qué acude, en conjunto, a la celebración del Año Santo y por qué aporta todo su dinamismo, todas sus aptitudes y todos sus medios al más grande acontecimiento religioso-social de América del Sur que ha de tener por teatro esta dilatada ciudad, capital y síntesis de un noble pueblo: el XXXII Congreso Eucarístico Internacional en cuyo homenaje y veneración, como un acto más de adhesión decidida, os pido, señores, que os pongáis de pie, asociando en vuestro fervoroso recuerdo al restaurador del apostolado, Nuestro Padre Santo Domingo de Guzman.

Señores:

La Ciencia y la Técnica han llegado a su apogeo. Largos siglos de laboratorio, biblioteca y discusión; geniales concepciones, sucesivos inventos y descubrimientos han aquilatado sus conquistas y

enriquecido sus acervos. Cuenta esta vieja humanidad con recursos y medios que no pudieron siquiera imaginar las pasadas generaciones.

Pareciera, entonces, que el hombre hubiera logrado su felicidad. Y no es así. La misma miseria de los primitivos siglos, las mismas desazones, equivalente ignorancia se guarecen en los muros de muchos hogares. El dolor sigue llamando a todas las puertas. Los pueblos luchan contra los pueblos, los hombres se agrupan para ir contra los hombres y cada vez más los malvados extreman sus pretensiones y procedimientos. La indiferencia, la comodidad, el escepticismo, la desesperación, son alimento de las llamas que ya a todos queman.

Y la confusión y el desorden está entre los que atacan y entre los que se defienden, entre los que caen y entre los que huyen. Y el pensamiento libre va y viene, se construye y se destruye, analiza, discrimina, induce, deduce, sintetiza, sistematiza, quedando al final, como único saldo, como único activo, esta perdurable intranquilidad del espíritu que no ha traspuesto la filosofía, esta íntima e intensa desazón por la verdad. El pensamiento libre, se me imagina un corcel suelto por las pampas infinitas del universo.

Y la confusión y el desorden embargan al individuo y le sepultan entre los hedores del vicio o le hacen claudicar para siempre en el suicidio. Invade a los hogares y la natalidad y los matrimonios disminuyen, los afectos y los vínculos se relajan, y los esposos, los hijos y hasta los padres se transforman en simples cohabitadores de la mansión o el albergue que sólo el interés económico o la pobreza mantienen. Invade al comercio, al trabajo, y la usura, la expoliación, la defraudación y el homicidio son las únicas fuentes del éxito. Invade a la política, y las monarquías y las democracias y los parlamentos y los gabinetes fracasan porque la ciencia no ha suprimido el egoísmo, ni la codicia, ni el puñal del asesino.

LA PERDURABLE INTRANQUILIDAD DEL ESPIRITU

Los males de la sociedad no son de generación espontánea. Su causa no es otra que la libertad sin límites en el pensamiento y en la conducta del hombre. La filosofía liberal, hija del libre examen, es el factor inmediato de los extravíos humanos. La frase de Proudhón la sintetiza: "Hay en la sociedad — dice — un orden espon-

táneo que resulta del libre movimiento de los individuos, regulado por la justicia interna que cada uno lleva dentro de sí". Acordad al individuo libertades sin término, sin dique, sin fin. Dejad hacer, dejad pasar. Los conflictos son alteraciones temporarias; dejad hacer, transigid, que el equilibrio viene por sí solo.

Y bien; se ha dejado hacer, se ha transigido, y ¿cuál ha sido el resultado? La espantosa confusión y desorden antes recordado y que se muestra en las ligas y congresos internacionales, en los gobiernos y la política de todos los pueblos; en el comercio, en la industria, en las asociaciones, en la escuela, en la prensa, en los hogares, en todas partes donde hay un hombre presente, señores.

Esa libertad del pensamiento y de la conducta humanas, ha engendrado todas las calamidades que padecemos. Para ella no hay problemas ni soluciones; ¡dejad hacer que el equilibrio se restaura solo!

Y es ahora, ante el fracaso de esa filosofía en que abrevan el individualismo y el socialismo, la anarquía y la tiranía, precipitando el advenimiento de una nueva era que — ¡loado sea Dios! — alborea en la conciencia de los pueblos y gobiernos, cuando recién puede hablarse de la necesidad de buscar soluciones definitivas a esos males.

Recién ahora — ¡parece mentira! — se empieza a ver que hay problemas y conflictos permanentes en la sociedad, tan viejos como el hombre, que es menester resolver con bases o principios también estables que habríanse acomodado a las primeras generaciones, que sean aplicables a las actuales y que persistan en el futuro victoriosamente sobre las circunstancias.

Todo ello nos hace converger a esta comprobación: que todos los problemas sociales se explican en el hombre, se contienen en el hombre y se solucionan en el hombre.

Los progresos de la ciencia y de la técnica han obrado una transformación del campo de la vida humana, pero han actuado externamente al hombre, sin alteración de su naturaleza. Y por haberse descuidado, lo principal, el hombre mismo, los progresos de la humanidad se han desenvuelto sólo en la superficie de la civilización, como decía Alberdí.

"Desgraciadamente, decía monseñor Maura, el talentoso obispo de Orihuela, estos dos elementos esencialísimos, el religioso y el científico, están hoy divorciados, y, por esta razón, el problema se complica cada día más y más, y no parece sino que lleva traza

de eternizarse. Este divorcio, nacido en las esferas superiores de la ciencia, ha descendido, transformando en hostilidad más o menos disimulada, al campo de la política; se ha propagado a las clases medias, en forma de cruel y despiadado egoísmo, y, finalmente, se ha apoderado de los inferiores, convertido en aborrecimiento mortal, en odio salvaje y sed de venganza y exterminio. La ciencia que ha concitado esas pasiones y desencadenado esas tempestades, es hoy impotente para apaciguarlas”.

Es que se olvidó, señores, que, como antes dije, hay que atender al hombre, y que el hombre es todo fines y que para averiguar sus fines, para asegurar sus fines, para conducirlo a sus fines, nada hace la comprobación de verdades que el empirismo logra extraer de la realidad circundante, nada le vale la ley de la gravedad, ni la fórmula algebraica, ni la responsabilidad contractual o penal. Es que se olvidó, señores, que si el hombre no tiene fines que realizar, es el ser más deleznable del universo, dotado de todas las capacidades y de todos los medios y carente de destino a qué aplicarlos.

Sólo una explicación integral del ser humano, que le mire en sus causa, en su naturaleza y en su fin, puede contener las directivas de soluciones también integrales, permanentes y universales. Y esa filosofía del hombre, es la Religión.

Las explicaciones de los científicos, lectores de un solo libro, como les llama el prologuista de Restat; las explicaciones del especialista filósofo que a lo mejor se entretiene en la epistemología, y otras tantas siempre parciales, siempre limitadas, — redundancia es decirlo, — ni agotan los problemas ni pueden afrontar las soluciones.

¿Qué importa al devoto del silogismo que la religión parta del dogma y de la verdad revelada, si sus resultados son: la Verdad, la Justicia y la Felicidad! ¿Acaso la ciencia no viene en gran parte de las hipótesis? ¿Acaso el hombre camina un paso en la vida sin la Fe? Fe en las leyes físicas con que cuenta, fe en el amor de los suyos, fe en la negociación que emprende, fe en la verdad que investiga, fe en todo y para todo. ¿Acaso es la razón dadora de verdades? ¿Acaso no hay razones que la razón no entiende, al decir de Pascal? ¿Acaso la razón niega que la verdad sea externa a ella? ¿Y, acaso, el hombre mismo no vive más de las verdades que le son dadas, reveladas, que de las que su razón comprueba?

De una explicación integral del hombre, en su causa, en su naturaleza y en su fin, resultará en primer término el fundamento inalterable de su deber y de su libertad, porque su

deber y su libertad deben estar dados por imperativos causales y teléticos. De la exacta fundamentación de sus deberes y de sus derechos, resultará la concordancia y delimitación de ellos. De aquí, las normas directrices de su conducta para consigo mismo y para con la sociedad que es inherente a su naturaleza.

Mirado así el hombre, como le ve la Religión, se encontrará que el fundamento de la propiedad radica en la necesidad del alimento, del vestido, y de la habitación y de los demás elementos exigidos por sus aptitudes, sus imperfecciones y sus fines. Y reconocido esto, se encontrará que la razón de ser que la ciencia del Derecho asigna a la propiedad no es más que la parodia del precepto divino: "No codiciar los bienes ajenos".

Y condicionada la libertad humana por la causa, naturaleza y fines del hombre, resultará que su misma propiedad es sólo "gestión" para sí, para los suyos y para los demás. De donde se verá que la pretendida modernidad de principios como el del abuso del derecho, no representa más que el encuentro, tras de muchas vueltas y con pérdidas de siglos, de los primeros enunciados de la Religión Católica; se verá que es hasta antijurídico que el Estado pueda abolir la propiedad privada o reducirla a la impotencia de llenar el objeto para el cual es medio, porque el Estado es posterior al hombre, porque no puede haber interés más caro para el Estado que el hombre mismo y porque la propiedad privada y la pública o social dimanen de un mismo origen, son necesarias a una misma naturaleza y sirven al mismo fin.

Lo propio que con los bienes materiales se verá que ocurre con los inmateriales, y que así como aquéllos no pueden, no deben retenerse para sí más allá de la medida en que los destine como medios para los fines propios del ser humano, en sus tres principales formas de presencia: el individuo, la familia y la sociedad, así también puede haber un excedente en las aptitudes, en la capacidad, en el talento que debe darse. De donde, el concepto de que el hombre debe devolver a la sociedad como se sirve del acervo acumulado por el esfuerzo de los individuos en todos los tiempos y en todas las latitudes, es consecuencia de aquel principio de que todo, absolutamente todo lo que puede pertenecer al hombre, lo que puede aprovechar el hombre, ha de servir al mismo destino: los fines del hombre.

De aquí resultará la exigencia de que el individuo participe del gobierno de la sociedad y que su participación no sea mayor ni menor medida que la de su capacidad y su necesidad respecto de ese

gobierno, determinadas por la vinculación del gobierno con los fines del hombre.

Ello reporta la derogación del principio de la "lucha por la existencia" y de su corolario que Stuart Mill confiesa cuando dice: "El tipo de la moderna sociedad es una refriega en la que todos los individuos se pisotean, se codean y se aplastan mutuamente", por cuanto, unificados los hombres — individuo, familia, sociedad — en su fin común y único, y destinados los bienes materiales e in-materiales a servir de medios para alcanzarlos, todo se aduna, todo converge a ese centro. Ello reportará la disuación del error en que el socialismo incurre cuando pretende la implantación del Estado-Providencia, que es dueño de todo y que todo lo dispone, como si el Estado no fuera o debiera ser la sociedad perfecta en base del individuo plenamente habilitado para lograr su fin; como si el Estado, según acabamos de decirlo, no fuera posterior al hombre y para el hombre. Y representará la igualdad relacionada a la naturaleza humana, en forma tal que, al decir de Thiers, no destruya la vida por supresión de sus accidentes y modalidades.

De ese modo logrará restablecerse la dignidad y eminente rol social de la familia y por ende del matrimonio, porque se advertirá que la vida humana transcurre en la familia, donde se nace, donde se crece, donde se educa. Y lo propio ocurrirá con la Escuela, mera cooperadora del hogar en la tarea de formar al individuo para que conozca sus fines y los medios de que dispone y para dotarlo de elementos que han de ser las herramientas con las que se incorpora a las actividades humanas así centradas.

Y se explicará la necesidad de la enseñanza religiosa al niño, donde quiera que de su formación se trate, porque no puede causársele el perjuicio de hacerle ver sólo una parte de la vida cuando para la vida se le prepara, ni puede engañársele con teorías evolucionistas, biológicas o físico-biológicas que se quiebran cuando llegan al hombre, porque, claudican con la averiguación de su destino extraterreno o renuncian a sus propios enunciados si le señalan como término de un proceso que sería no más que un breve paréntesis intercalado "entre dos nada", según la gráfica expresión de Rutten.

Y la solidaridad social, pretendida conquista de modernos pensadores, se verá que es una consecuencia lógica de la unidad de causa, de naturaleza y de fines en el hombre, en el hogar, en la sociedad, en todo sitio, porque como nuestra religión lo explica, todos somos miembros de un gran cuerpo místico cuya cabeza es Cristo.

LA HUMANIDAD SE APROXIMA A LA RELIGION DE CRISTO

En suma: la humanidad ya ha aplicado todos sus recursos y los conflictos y problemas de la sociedad permanecen sin solución, agravándose, multiplicándose y complicándose, día a día, hora tras hora. Ya el mundo se siente ahito de teorías, discusiones y guerras que no han logrado fundar los derechos de la sociedad ni del individuo, ni explicarle de dónde viene y para dónde va, puesto que camina, ni decirle cómo, si todo en la vida se interdepende, si la electricidad y la onda hertziana y la pretendida ciencia telepática están proclamando una proximidad de las cosas y de los seres que la extensión y la individualidad disimulan, están proclamando que la Naturaleza es un todo, que el universo permite una concepción que le abarque iluminándole en todos sus elementos, cómo, por el contrario, ha de estar el hombre descentrado de la naturaleza a cuyas leyes físicas se le reconoce sometido, dislocado del conjunto fuera del cual ni se le concibe, ajeno al devenir de su vida, sin destino definitivo para un amor, sin aplicación permanente de su dolor, sin objeto fijo para su esperanza, para su inquietud por el progreso, para su desazón por la verdad. . .

Por eso la humanidad se aproxima, camino de la filosofía, camino de la política, camino de la paz, a la religión de Cristo: explicación del hombre en su causa, en su naturaleza y en su destino, ya en su presencia individual, en su presencia familiar o en su presencia social; régimen sumo de la conducta humana para todos los tiempos y para todos los sitios; solución estupenda para todos sus males, que no la habría hallado el hombre sólo sin la Revelación y sin el Evangelio.

Tan idónea es la religión para resolver todos los problemas del hombre, que ella no sólo se ocupa del alma sino también del exterior que le está sometido al hombre desde la creación: "llenad la Tierra y sojuzgadla". Y, ¿cómo había de desentenderse si el hombre es de barro y de espíritu, si lo material y lo extramaterial (permitidme la expresión), en el hombre y sólo en él se unifican? El bien común, que es o debe ser la común preocupación, no es sólo de orden moral, lo es también de orden material, aunque subordinado a aquél en cuanto es medio.

"No se ha de creer que la Iglesia, dice León XIII, tiene empleada de tal manera su solicitud en cultivar las almas, que descuide

lo que pertenece a la vida mortal y terrena", y su encíclica *Rerum Novarum*, unida a la *Quadragesimo Anno*, de S. S. Pío XI, que es actualización de aquélla, así lo demuestra al constituir en sus breves líneas un verdadero y completo código social.

Pero no se ha de deducir de ello que la religión pueda comprender la técnica social, ni dar soluciones formales a la pobreza, reglamentar el sufragio ni el contrato. Para eso ha dado Dios al hombre la razón y la voluntad y permitídole con aquélla comprobar las verdades y con ésta dominar el mundo. La Iglesia es la precursora de todas las conquistas que el socialismo se atribuye en el campo del derecho obrero. Basta leer la *Rerum Novarum* para comprobarlo; pero ella no ha dicho que sean ocho las horas de trabajo diario; que el salario mínimo es tal o cual. Ni ha podido ni ha debido decirlo. Ha dicho, sí, que el descanso es condición inseparable del trabajo, como la fatiga; que el salario debe ser suficiente no sólo para el individuo, no sólo para su familia, sino para una cierta comodidad exigida por el debido desarrollo de sus aptitudes y cumplimiento de sus fines. Es S. S. Pío XI quien expresa que en la Iglesia no interviene con autoridad y de oficio "en el campo de la técnica a cuyo respecto carece de medios apropiados y eficaces".

De ahí el error, en mi concepto, de los que sostienen que los católicos debamos actuar propiciando como soluciones técnicas las directivas fundamentales que nos da la religión. No tenemos derecho de hacer a la religión responsable de los errores que en ese campo podamos cometer, ni es justo ocasionarle enemistades que surgirían de la divergencia sobre los procedimientos técnicos de organización social. Bien está que allí acudamos respetando sus normas e inspirándonos en su doctrina para auspiciar lo que más concorde con esa doctrina se ofrezca, pero no podemos ir en nombre de la religión a hacerla intervenir en cosas que ella no gobierna y sosteniendo procedimientos que ella no impone.

Ahora bien; frente a los problemas sociales que la vida moderna en su constante complicación y por su apartamiento de Dios ha ido multiplicando, quienes tenemos la gracia de conocer nuestra religión, tenemos el deber de abordarlos y tratar de que ellos sean solucionados conforme a sus enseñanzas.

El hombre vive del acervo social acumulado por el esfuerzo humano. Es deber primario devolver a la sociedad así como de ella recibimos, para acrecentar, lejos de malgastar, ese acervo. Y el mejor modo de cumplir ese deber es, sin duda, el de propender a

que ella se organice del modo más conducente a los fines que el hombre debe llenar sobre la tierra.

Todo hombre, como dice el P. Castaño, además del fin último de su creación, tiene alguna misión particular en el mundo, y como ninguna misión humana puede cumplirse con plenitud fuera de la sociedad, en ella debe actuar en razón de su misión particular.

La vida es milicia, enseña nuestra religión, desde las Escrituras. La razón dicta que estando la naturaleza humana dotada de aptitudes e imperfecciones, provista de medios y rodeada de peligros, y siendo el hombre todo fin, debe estar en constante actividad por el desarrollo de sus aptitudes, por el adecuamiento de su vida individual y social a esos fines.

"Tenemos el derecho y el deber de pronunciarnos con soberana autoridad acerca de estos problemas sociales y económicos", dice S. S. Pío XI. Del mismo modo, a quienes formamos parte del gran cuerpo místico cuya cabeza es Cristo, nos corresponde el derecho y nos concierne el deber de ir a la sociedad en procura de la solución de sus problemas.

De donde, en conclusión, nuestro deber nos dice, por boca de León XIII, que debemos aplicarnos cada uno a la parte que nos toca y prontísimamente.

En el cumplimiento de ese deber la asociación es el medio más eficaz. Antes de que los franceses dijeran "*l'union fait la force*", las Sagradas Escrituras habían dicho: "El hermano ayudado del hermano es como una ciudad fuerte". Porque en la asociación, los esfuerzos se adunan resultando una capacidad y una eficacia mayor que la simple suma de las capacidades individuales que la componen.

La Tercera Orden Dominica, tiene ese derecho, se funda en ese deber y ha sido organizada para ese objeto.

La Iglesia ha proclamado a Santo Domingo "varón de pecho apostólico, columna de la fe, clarín del Evangelio, luz del mundo, esplendor de Jesucristo, segundo Precursor y gran ecónomo de las almas". Y la Tercera Orden fué creada como Milicia de Jesucristo, para hacer frente a los herejes y defender los bienes de la Iglesia.

Y en 1285, el M. R. Maestro General Padre Zamora, decía que el Terciario "deberá ser principalmente y según su capacidad y disponibilidades propagador de la fe católica". Y el Rmo. Maestro General E. M. Gillet, expresa que los Terciarios deben "en todas partes, sirviéndose de los lazos que la naturaleza o las circunstancias han formado, mostrarse "verdaderas lumbreras del mundo", modelos

del pueblo, auxiliares de Dios, en una palabra, apóstoles” y que “el Terciario no habrá comprendido bien su misión si en el grado que buenamente pueda no ejerce apostolado”, porque la Orden Dominicana debe ser “fortaleza de donde partan los atletas de la fe a la conquista pacífica del mundo”. Y el Papa Benedicto XV, Terciario dominico, indicaba a la Tercera Orden como uno de los medios más excelsos, fáciles y seguros de perfeccionamiento individual y de apostolado social.

De ahí se explica que entre las condiciones de admisión establecida por nuestra Regla, se exija que el nuevo adicto sea, según sus alcances, propagador y gran defensor de la verdad católica.

De ahí es que el estatuto civil de la Tercera Orden Dominicana de Córdoba, — permitidme el ejemplo, — exprese que “se trata de una asociación de carácter religioso-social y se le asigne, además de las finalidades individuales de perfeccionamiento espiritual, la de estrechar la fraternidad entre sus miembros”, la “de propender al mejoramiento moral, cultural y material de las clases populares”.

Porque no puede desligarse, como milicia civil que es, de los deberes que corresponden al cuidado de la sociedad, o, como el Padre Theissling expresa, el Terciario debe “anhelar el bien de la sociedad no menos que la religiosa”.

LA TERCERA ORDEN DOMINICA

Siendo esa la naturaleza de la Tercera Orden Dominicana su adaptación a todos los tiempos es evidente. Por eso la Regla establece en el art. 2º del capítulo 1º que ha de usar “de los medios más acomodados al estado de los fieles que viven en el siglo”. Conforme a las exigencias de las circunstancias, sus procedimientos técnicos de acción social deben variar para adaptarse a las necesidades humanas, que, siendo las mismas desde que el hombre es hombre, varían incesantemente en sus modalidades.

Su principal procedimiento es el ejemplo. El ejemplo es de incalculable efecto social. Por la vía de la imitación o del contagio, que tienen carta de ciudadanía en la ciencia sociológica, como trámites de la conciencia social, el ejemplo propende constantemente a la uniformidad de las costumbres, y a la similitud de las opiniones.

En la acción del ejemplo incluyo la escena de la familia, recordando que el P. Gillet dice: “El Terciario no abandonará nunca

sus deberes de familia bajo el falaz pretexto de cumplir con los de la Tercera Orden”.

Allí, en la familia, debe, pues, realizar apostolado intenso, haciendo que su hogar se rija por las normas de la religión y sirva de ejemplo a los hogares de parientes, amigos y vecinos.

En segundo lugar, la Tercera Orden no debe omitir esfuerzo ni recurso a su alcance, a fin de que la Orden Dominica progrese, se difunda y cumpla sus altos fines de evangelización. Faltaría a su deber filial si no lo hiciera y sería mal entender su propio rol. Y, en primer término, debe llevar eficaz ayuda a las formaciones vocacionales de la Orden.

En tercer término, debe colaborar con la Acción Católica y llenar su rol auxiliar de la institución que por providencial determinación de N. S. Padre es la encargada del apostolado laico. Aludo también aquí a la cooperación con la parroquia, que es deber de todo cristiano, porque la parroquia es en la ciudad de Dios lo que la familia en la sociedad civil, y porque, como dice el P. Gillet, ser Tercario es tener un grado en el servicio cristiano.

Tiene, además la Tercera Orden Dominica, otros deberes que cumplir respecto de la sociedad civil.

Debe tener escuela propia, y cuando no sea posible, al menos estimular o ayudar a las existentes, propendiendo a que en ella el alumno conozca la causa, naturaleza y fines del hombre; que salgan personas capaces de comprender que un mismo fin se cumple en la vida interior del hombre, que en la exterior; en la familia y en la sociedad. La primera caridad es la de doctrina, dice el Apóstol.

Debe advertir que la sociedad moderna tiene un poderoso medio de integración de la opinión, de formación de la conciencia social, de evangelización, que es la prensa. Debe, pues, tratar que la prensa llene su rol y luche por el bien común y por la justicia social; que difunda la capacidad de la religión para solventar todas las angustias de la humanidad; que haga crecer el número de los que la entienden y el rebaño de las que las practican; que tienda a la unidad de integración del género humano, que es integración universal, bajo principios inmutables en el tiempo y en el espacio. Debe en una palabra, apoyar decididamente al diario católico, mejor representativo de la doctrina religioso-social, y hacerlo con decisión, sin reservas, con eficacia.

Y debe hacerse presente en todo sitio donde de una preocupación humana se trate, susceptible de enderezar hacia Dios, centro y

periferia de la vida humana, al decir de Echeverría. Por eso, no podrá permanecer indiferente a las manifestaciones del patriotismo sano y cuyas orientaciones permitan un mejoramiento en la organización de la vida social, un régimen de libertad capaz de asignar al hombre no más que la necesaria para llenar sus fines y de negársela en todo lo que represente su dilapidación.

Todo ello, sin pugnar contra la especificidad de las operaciones sociales que cubren el campo del progreso y de la vida humana, del modo que en la Naturaleza todo juega su rol propio del que resulta una armonía total.

En esa actuación social, la Tercera Orden Dominicana, tiene amplísima libertad precisamente de la misma medida que las finalidades que le están asignadas, porque de la índole del fin ha de deducirse la capacidad para realizarlo. Y el fin es dado por Dios.

Y lo que se dice de su libertad, corresponde decir de sus recursos materiales. La Tercera Orden no está reñida con las exigencias de las leyes ni le son incompatibles ninguno de los medios honestos y lícitos de prosperidad material. Por el contrario, debe asegurar su estabilidad económica de manera que no resulte un organismo débil y que tampoco gravite sobre el patrimonio de sus miembros. Permittedme a este respecto que censure la modalidad de muchas instituciones que se presupuestan exclusivamente con la largueza que solicitan y que a menudo comprometen, con el peligro hasta de pesar sobre la sociedad cuyo bien y justicia deben anhelar.

La *Rerum Novarum*, refiriéndose a las asociaciones religiosas, dice: "como fué honesta la causa porque se fundaron, fué natural el derecho de fundarlas. Pero por lo que tienen de religiosas, en rigor de justicia están sujetas sólo a la Iglesia", lo que quiere decir que a la Iglesia no puede pedírsele una tutela económica o material sino meramente espiritual.

Al hablar de los medios materiales, comprendemos la organización interna de carácter civil que permita unidad en las operaciones y uniformidad en las voluntades y que posibilite la eficacia de la acción.

De ese modo, la acción social de la Tercera Orden Dominicana ha de inspirarse en las recientes palabras de nuestro Maestro General, quien dice: "Decidíos a hacer en favor de nuestro tiempo lo que nuestros mayores hicieron en favor del suyo". Sin preocupaciones sobre el éxito, pues no tiene el hombre la obligación de lograrlo sino sim-

plemente la de cumplir con su deber. Cristo dijo: "Buscad el reino de Dios y su justicia, que todo lo demás se os dará por añadidura", y comprenderéis que la expresión "todo lo demás", no tiene términos, condiciones ni límites. No es ni siquiera obligación nuestra obtener que la verdad sea reconocida por la sociedad: "la verdad social no depende del número de adherentes, como no depende el valor de un descubrimiento científico del número de los que alcanzan a comprenderlo", se ha dicho.

En síntesis, nuestro deber podría expresarse esencialmente así: formar el temple Terciario en nosotros mismos. Llevarlo a la vida empezando la acción social por el ejemplo, en la propia conducta y en la conformación del hogar; organizarse adecuadamente y acudir al seno de la sociedad propendiendo a la paz de Cristo en el reino de Cristo.

Hoy más que nunca nuestros deberes cobran rigor. La humanidad, ya lo dije, está ahita de doctrinas que no han logrado extirpar uno sólo de sus males, ni consolarle del más leve dolor, y parece querer volver su vista hacia arriba. Está plena de fiestas, de músicas y luces, pero ellas no alcanzan a desombrecer y alegrar la soledad de la conciencia en el insomnio, el infortunio y la agonía. Se oye un clamor general que parte de todos los rincones del globo como un rumor de angustias y aspiraciones. Y el oleaje del mar humano castiga los muros que la soberbia humana creyó erigir para siempre.

Comprendamos nuestro deber los Terciarios Dominicos en especial. Salgamos con renovado celo a la vida en lucha por la verdad. Mínimo aporte será siempre el más grande de nuestros sacrificios. No sea que Dios, la patria y nuestros hijos, a corto plazo, nos lo demanden.

Pleguémonos con urgencia a la caravana humana que empieza a despertar de su letargo, y ya cuenta los siglos de Papado como se enuncian los argumentos de una demostración, porque las conciencias se han sacudido entre el estrépito de las Babeles filosóficas, políticas, científicas, artísticas, pedagógicas, que se desploman, y el himno que asciende de los hogares que se reconstruyen, de los amores que se encauzan, de los dolores que se consuelan, de los valores que se jerarquizan.

Apresurémonos a que en el seno de la sociedad humana, en el alma del hombre, se instaure definitivamente la paz de Cristo en el reino de Cristo, por los siglos de los siglos.

“ESPIRITU Y CARACTERISTICA DEL VERDADERO DOMINICANO”

Por el Mayor del Ejército Nacional Sr. JESÚS NAVARRO, T. D.

Delegado por Mendoza

Venerables Sacerdotes, Señoras, Señores:

DESDE el apostamiento del Querubín con espada flamígera en la entrada del paraíso terrenal, hasta el milagro de emprender acción guerrera y temible una doncella de Orleans; desde el triunfo del bando celestial de San Miguel Arcángel, hasta el impulso obrado por la presentación sobrenatural del Apóstol Santiago; desde el prodigio de la prolongación del día en la batalla de Josué hasta la declaración de que con el signo de la cruz se vencería; desde la convocatoria de las cruzadas, donde al frente de la primera vemos al grande Simón de Monfort, acaso el primer Terciario Dominicano, tomar su espada en el altar, queriendo ser armado caballero por el Señor Sacramentado allí presente, antes de su primer combate; y también antes del postrero, no volar al encuentro de la muerte sin antes de haber adorado al Señor presente en la Hostia Santa; hasta aquella aparición eficaz de Santo Domingo a caballo, vestido de los hábitos de la Orden, esgrimiendo llameante espada, que confundió a los sitiadores de la ciudad de Augusta, que celebra aún hoy esta milagrosa acción guerrera de Nuestro Patriarca, siempre el Señor de los Ejércitos y el Señor de la Paz, el que no quiso que se emplease la espada en el Monte de los Olivos, permitió y dispuso sin embargo repetidas veces, como hemos visto, el uso de la santa violencia que le enardeciera aquella vez en que expulsó a los mercaderes del templo; porque, señores, en determinado momento, ¡la implacabilidad de la Justicia Suprema, es agua que ahoga en el diluvio, o es espada que hiere en la cruzada!

Y en efecto, señores: Nuestro Señor Jesucristo, según nos refiere el Padre Manuel Amado, demostró en una misteriosa visión,

esgrimiendo tres lanzas, iracundo contra el mundo por sus crímenes, estar dispuesto aún a destruirlo; la Santísima Virgen entonces le presenta a Santo Domingo, cuyo celo reformaría las costumbres.

Y desde hoy siete siglos atrás, — este VII centenario celebramos — aquel siervo de Dios plantó su rosal: ramas y hojas son los Predicadores, ellos esgrimen la verdadera espada, porque la palabra de Dios es la espada del espíritu, según nos enseña San Pablo en su carta a los Efesios; las rosas son las vírgenes del Señor; y las espinas . . . las espinas somos nosotros los Terciarios, por nuestro primitivo oficio de herir a quien profanar quisiera el rosal; ¡creados fuimos para defensa de los muros del templo, más también y muy principalmente para defensa de la ciudad santa, de la ciudad de Dios, que es Nuestra Madre la Iglesia!

Enséñanos el sabio Santo Tomás de Aquino que de tres maneras es todo cristiano soldado: primero: combatiendo contra los pecados; esta lucha se ejerce contra la carne, el mundo y el diablo; segundo: contra todos los errores, sobre lo cual dijo San Pablo: las armas de vuestra milicia no son carnales, sino que son poderosas en Dios para derribar todos los muros de los errores que se pongan delante; tercero: contra los tiranos, esta es la milicia de los mártires. Ahora bien: la Orden de Predicadores “fué como un fértil campo que dió constantemente a la Iglesia hombres eminentes en doctrina y santidad” — son palabras de Clemente XIV en la Bula de canonización de San Pío V.

Pío IX afirmaba: “de la familia de los Religiosos Predicadores no cesan de salir hombres ilustres por su santidad”. Clemente X considera incontables los santos de la familia del Patriarca de Guzmán. Este, nos dice un autor, había de conseguir del Señor el ingreso en la Orden de los prohombres de la ciencia y del talento. Y un Tomás de Aquino solo, es todo una lumbrera. La herejía, que había crecido alarmantemente, fué decapitada por la espada de Domingo: la palabra de Dios. Y en cuanto a los mártires, la doctora de Avila llama a la Orden “Orden de los Mártires”; ellos se cuentan por miles: en Gorcum y en el Japón y por doquiera; 48 con el Beato Sadoc; 90 con Pablo de Hungría; 110 con el Beato Alfonso como lo afirma Pío IX en la Bula de beatificación; son 13.000 en el siglo XIII; 26.000 en el siglo XVI. Es decir pues que, en las tres formas de ser soldado de Cristo, la Orden ha brillado deslumbrantemente.

Y aún cuando el enemigo actúa en nuestro ambiente y en nos-

otros mismos, el Señor que nos conforta llega también en el Pan consagrado a lo más íntimo; calma la tormenta, y proseguimos hacia la otra orilla, la verdadera tierra prometida.

Señores: vosotros sabéis que el Antiguo Testamento es una imagen del Nuevo, como en el océano pudiera reflejarse el firmamento. Así, el Señor para conducirnos a nuestra patria celestial, prodigará el maná maravilloso de la Eucaristía; el verdadero pan del cielo según lo dijera el mismo Divino Maestro en el Evangelio de San Juan; así, la campaña incesante contra un adversario fuerte e impío, realizada por caudillos llenos de fe y confianza en Dios. Recordemos a Simón, revestido de la autoridad de sacerdote y capitán, libertador de la Judea, exaltado a Sumo Sacerdote y Generalísimo; y notad luego en la transcripción que voy a hacer, cómo la Iglesia, libertada de la herejía por Domingo, le llama Capitán al declararlo Santo. Dice pues la profecía de Zacarías, que Gregorio IX, en la Bula de canonización, aplica al santo: "vió el profeta salir de la boca de dos montañas de bronce cuatro magníficos carros de guerra; el cuarto, guiado por caballos de varios colores, fuertes, robustísimos, que recibieron de Dios orden de recorrer toda la tierra y la recorrieron y conquistaron. Y el caballero que los guiaba era portador de la gloria, sacerdote en su trono, consejero de la paz, edificador del Templo del Señor". "Este Capitán, dice el Papa, en la Bula, fué Domingo, hombre a quien Dios comunicó la fuerza y el ardor de la fe y a cuyo cuello unció, como a caballo de su gloria, el carro de la divina predicación".

El mismo Pontífice saluda en los menores de los hijos de Santo Domingo, o sea en los Terciarios, a los "nuevos Macabeos" revividos en los soldados de Jesucristo: "Míletes Christi qui Macabeos in vos reviviscere fáscitis". (1) Si grande es el honor que con este concepto recibimos, ¡qué compromiso no implica, por poco que contemplemos la actuación de los Macabeos, que se hacían despedazar por su Dios, y eran invencibles y admirables, como fervorosos y como guerreros! Atendamos cómo, en efecto, dice San Pablo en carta a los Efesios: "no como quiera tenemos que luchar contra débiles enemigos. . . sino a pie firme, ceñidos con la verdad, armados con la justicia, abrazando el broquel de la fe". Miremos a nuestro Capitán: "Santo Atleta" le llama el Dante "terrible para los enemigos". Esa es la "piedra de la que hemos sido tallados". Uni-

(1) Constitución Egrediens, 22 de Diciembre de 1227.

formados con el escapulario, armados con el rosario, fortalecidos con el pan de vida eterna, decididos, disciplinados, he aquí cómo hemos de ser los Terciarios. Y para obtener nuestras victorias, invoquemos, como lo han hecho los santos y los guerreros, a la Santísima Virgen, cuya súplica es omnipotente nos los dice San Agustín; y la cual es poderosa como un ejército dispuesto para la batalla — nos lo dice la Sagrada Escritura. — El espíritu de nuestra Orden es el espíritu marcial que, al decir de Santo Tomás, caracteriza al buen soldado. En nuestro nombre primitivo está nuestra característica: “Milicia de Jesucristo”. El es el Rey de la Gloria, cuyo cetro y corona, hechos por burla de débiles arbustos, habían de servir en sus manos y en su cabeza para vencer la guadaña de acero de la muerte y para regir los mundos y las almas eternamente. “Rey que sella la tierra argentina con el sello blanco de la Eucaristía”...!

La debilidad material hecha potente por voluntad del Señor, la vemos en el tierno David, y en Gedeón, como en las Terciarias dominicas Catalina de Sena y Rosa de Lima, y como en una Imelda de Lambertini.

Donde quiera que esté el aliado del enemigo debemos atacarlo.

El Divino Maestro nos ha dicho en el Evangelio de San Mateo: “no tenéis que pensar que yo haya venido a traer la paz a la tierra; no he venido a traer la paz sino la guerra”.

Es que la incredulidad y el vicio debemos combatirlos aún en los seres más queridos y en los más poderosos.

Sirvámonos de las riquezas y de los honores, como el Mayordomo del Evangelio de San Lucas, para glorificar al Señor; lo hizo así la Beata dominica Margarita de Hungría y tantos otros; y en cuanto a combatir el mal en nuestros allegados, no es mucho, si consideramos que debemos combatirle en nosotros mismos, siendo enemigos de nuestra propia carne. Tenemos precisamente por gloria la reproducción muchas veces repetida entre nuestros Hermanos, de las heridas del Crucificado.

¿Y qué podemos hacer en nuestros tiempos, sino encarnarnos con todos esos medios que la ciencia ha inventado, y arrebatarnos al uso que Satanás quiere hacer de ellos, y hacerlos servir para honor de Jesús Nuestro Señor?

Venga pues la electricidad e ilumine el santuario; difunda la radio la palabra evangélica, propague el cinematógrafo los ejemplos morales, desparrame la prensa la buena semilla. El instrumento no es malo sino el uso que de él se hace; pero “los hijos de las tinieblas

son a veces más sagaces que los hijos de la luz”, y he aquí que suelen utilizar mejor aquellos medios. Pero he ahí también que los amantes del Señor no debemos descansar sino vivir en pie de guerra: he ahí por qué los Terciarios debemos desplegar actividad de apóstolado, para uncirnos al carro de guerra de Santo Domingo. Esto será desarrollar la acción católica dispuesta por el glorioso Pontífice reinante, como bien nos lo advierte nuestro talentoso Prior Provincial en su reciente carta; y como lo practica con la feliz iniciativa y realización de este Congreso. Como lo desea nuestro Maestro General, y como ya el mismo Padre Luque lo había magistralmente expuesto en su hermoso discurso de Tucumán.

Señores: recordemos todavía las palabras con que leemos en la historia sagrada de San Juan Bosco, la narración de una de las grandes victorias extraordinarias: “Queriendo Dios que se atribuyera la victoria a su potencia y no a la fuerza de los soldados, ordenó a Gedeón que despachase a todos los que por miedo quisieran volver atrás. Quedaron diez mil. Este número pareció a Dios demasiado crecido todavía”.

Verdaderamente, señores, que la táctica divina es desconcertante para el mundo.

Santa Teresita deseaba ser guerrero, y una doncella enferma de 20 años ha conquistado tantas almas para Dios, mientras los guerreros de 40 años a duras penas tratamos de salvar nuestra propia alma, y por lo cual, a la inversa, hubiésemos querido ser lo que ella era, si no fuese por esta satisfacción inmensa de poder exclamar públicamente en entusiasta adoración: ¡Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los Ejércitos; llenos están los cielos y la tierra de la majestad de tu gloria!

¡Bendito el próximo Congreso Eucarístico Internacional donde “en torno a tu mesa cien pueblos y razas nutra de infinito tu oculta sustancia”, ya que eres la felicidad por excelencia del alma, del hogar, de la patria, del mundo, y del cielo! . . .

He dicho.



S. E. R. el Nuncio Apostólico Dr. FELIPE CORTESI, rodeado de las autoridades del Congreso momentos después de la gran Jornada eucarística celebrada el domingo 15 de Julio de 1934 en la Basílica del Santísimo Rosario de la ciudad de Bs. Aires.

PLACA RECORDATORIA DEL CONGRESO

COLOCADA EN LA CAPILLA DE SAN VICENTE FERRER
— BASILICA DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO —

DISCURSO DEL SR. D. JOSE DE GARAY ITURRIAGA, T. D.

Excmo. y Rmo. Sr. Nuncio Apostólico, Muy Reverendo Padre Prior Provincial, Muy Reverendo Padre Prior, Reverendos Padres, Hermanas y Hermanos de la Venerable Orden Tercera de Santo Domingo:

ME ha tocado el insigne honor de ser designado por la Comisión Central Ejecutiva de este Congreso; para pronunciar algunas palabras, en este acto único y final de esta asamblea, que los Hermanos de la Venerable Orden Tercera de Nuestro Padre Santo Domingo, celebramos en esta ciudad.

Para quien por la tradición de sus antepasados — tres de los cuales están sepultados en este templo — y por el intenso afecto que profesa a la Orden, le resulta tarea gratísima el mandato que se le ha hecho a este humilde Hermano Terciario y síndico de la misma, desde hacen siete años.

La Tercera Orden Dominicana fué fundada por el glorioso Patriarca Santo Domingo de Guzmán en el siglo XIII y es un producto del poderoso movimiento religioso iniciado en ese siglo, con el florecimiento de las Ordenes mendicantes, y la estableció el Santo Fundador de la Orden de Predicadores, en Tolosa de Francia, el año 1209, siendo al principio su objeto amparar con las armas a los misioneros, templos cristianos y albergues religiosos, que eran atacados por los albigenses especialmente en el sur de Francia y en la alta Italia.

Entonces se llamaba: "Milicia de Jesucristo" y ese título le fué confirmado por una Bula de Inocencio III de fecha 28 de Julio de 1210 al Conde Simón de Monfort, elogiando su piedad y pidiendo ser recibido en dicha milicia.

Cuando cesaron las persecuciones cambió su carácter militar por el religioso y también modificó su título comenzando a llamarse: "Tercera Orden de Penitencia", denominación que conserva hasta el día de hoy, siendo Fray Munio de Zamora el séptimo Maestro General de los dominicos quien dictó las nuevas Reglas para convertirla en "Institución de Penitencia".

En nuestro país fué establecida el año 1726 y creada por el primer Provincial Fray Gerardo de León. Desde su comienzo han pertenecido a ella, desde los tiempos de la colonia hasta nuestros días, las personas más distinguidas por su piedad y su posición social.

Los conventos de los Padres dominicos existentes en lo que es hoy, la República Argentina, fueron declarados independientes de Chile el 14 de Julio de 1724 y erigidos en toparquía autónoma bajo el nombre de Provincia de San Agustín de Buenos Aires, Tucumán y Paraguay, bajo el reinado del Pontífice Benedicto XIII, ornato de nuestra Orden.

Este suceso fué debido a la gestión del fraile porteño Fray Domingo de Neira, persona inteligente y emprendedora durante la colonia, y audaz patriota durante la epopeya revolucionaria.

La primera iglesia edificada en este solar, según la opinión del señor Manuel Ricardo Trelles, data del año 1602. La segunda fué terminada en 1634 y se derrumbó cuarenta y tres años después o sea en 1677 y los Padres dominicos obtuvieron de la Audiencia de Charcas, dos o tres indios para restaurarla. La tercera iglesia se edificó en tan malas condiciones como las dos primeras y asimismo duró hasta 1751, siglo XVIII, fecha en que se iniciaron los trabajos de la cuarta o sea la actual, ⁽¹⁾ bajo la dirección de dos generaciones de arquitectos, los señores Lezica y Lezica Torrezuri, padre e hijo, bajo la inteligente dirección de los Padres de la Orden, autores de los planos, y por último el reverendo Padre Domingo In-

(1) Habiéndose colocado la piedra fundamental el 29 de Junio de 1756 por el Ilustrísimo señor Dr. José Antonio Bazarco, obispo de Buenos Aires, y siendo Prior el R. P. Fray Joaquín Pacheco fué consagrada Nuestra Señora del Rosario el 19 de Octubre de 1783 y elevada al rango de Basilica Menor el 23 de Agosto de 1909.

chaurregui, la restableció victoriosamente el 24 de Octubre de 1835, bajo el alto patrocinio de Don Juan de Lezica y Torrezuri.

Las personas que han sido tocadas por la gracia del Señor, para servirlo con el hábito de Santo Domingo, en sus Ordenes Primera y Segunda, experimentan al ingresar a ellas, el consiguiente desgarramiento que significa el dejar su hogar y su familia, pero la gran obra de Nuestro Patriarca, les reserva en el mundo entero muchos hogares por él esparcidos y muchas familias que los ocupan, de donde resulta que sus casas y sus familias se multiplican por todo el orbe católico.

Le ha cabido a la ciudad de Buenos Aires la dicha de poseer en su seno, una de las reliquias dominicas de mayor valor religioso e histórico, la cual ha sido el último baluarte ocupado por el invasor extranjero, del cual poseemos las banderas tomadas en esos gloriosos hechos de armas, las que ofrecidas por el vencedor a la Santísima Virgen del Rosario, decoran desde entonces a la imagen coronada, el 7 de octubre de 1922, por el Excmo. Señor Nuncio Apostólico Dr. Alberto Vasallo de Torregrosa.

También alberga bajo sus bóvedas, los restos de los más ilustres hombres políticos y religiosos de nuestra patria, siendo un verdadero orgullo para la Orden Dominica, que el creador de nuestra bandera eligiese para sitio de su sepultura, este querido templo, disponiendo también que su cadáver fuera amortajado con el hábito dominico.

En el convento de Santo Domingo, retazo viviente de la historia nacional, se respira en sus añejos claustros el aire puro de la gran aldea. ¡Cuántos recuerdos se agolpan en la mente del visitante! La fantasía nos lleva fugazmente al Buenos Aires de antaño, a la época colonial, a la aldea de casas bajas, con sus ventanas de pesadas rejas, las calles sin pavimento y la antigua ciudad en que se respiraba por todos sus ámbitos la religiosidad, el patriotismo y el romanticismo del siglo pasado.

Revivimos las epopéyicas jornadas de los años 1806 y 1807, cuando el pueblo criollo se levantó como un solo hombre en defensa del suelo patrio, desbaratando los planes de conquista del invasor extranjero y venciendo a tropas veteranas y aguerridas, que venían cubiertas de laureles y de gloria en acciones de guerras anteriores, como el caso del famoso Regimiento N^o 71, que llegó a ser derrotado por tropas improvisadas y bisoñas.

Era este el momento del despertar naciente del soldado criollo, que iba más tarde a demostrar su valor en los campos de batalla de Salta y Tucumán. Fué en esas jornadas cuando el convento de Santo Domingo salía del anónimo para entrar de lleno a formar parte de los monumentos históricos, porque como ya lo he dicho, fué aquí el último baluarte del invasor, adonde el General inglés tuvo que capitular y entregar su espada y sus banderas ⁽¹⁾ y fué aquí donde la rubia y vieja Albión caía vencida a los pies de la joven América.

Más tarde, cuando el grito de libertad sonaba por primera vez en los campos de este continente y Buenos Aires como hermana mayor se ponía al frente de las demás provincias en su lucha contra la madre patria, es que aparecían de nuevo para iluminar con sus luces los frailes dominicos por medio de su palabra elocuente y patriótica y encaminaban los futuros destinos de la nación desde los escaños del Cabildo en 1810; y más tarde en 1816, en el célebre Congreso de Tucumán, era el dominico Fray Justo de Santa María de Oro, el que con su elocuencia y gran visión del porvenir sostenía y defendía la forma republicana de gobierno, que es la que nos rige actualmente; y más tarde en el Congreso Constituyente de Santa Fe, el año 1853, el dominico Fray Manuel Pérez, contribuía con sus luces intelectuales a la redacción de nuestra Carta Magna.

Ya veis señores como se encuentra la Orden Dominica, lo mismo que su histórico convento, unida y encadenada fuertemente al pasado glorioso de nuestra vida nacional y no ha tenido lugar una sola manifestación de nuestra vida institucional en que no haya tomado parte la Orden Dominica, luchando en todo momento con ardor y patriotismo en defensa de los altos ideales de la religión y de la patria. Por estos motivos este convento nos causa emoción, pues nos transporta a épocas ya lejanas pero muy cercanas, dado que avivan el sentimiento religioso y patriótico que late en cada uno de nuestros corazones de católicos y de argentinos.

Pero ocurre señores con este monumento, lo mismo que con el hogar paterno, que con el bregar de la lucha diaria no apreciamos lo que contiene, y recién cuando desaparecen nuestros mayores y se produce la dispersión de los objetos queridos que lo adornaban, es

(1) Después de la reunión celebrada en la sala del convento que la tradición le ha dado el nombre de: "*Sala de los Ingleses*", y que había servido anteriormente a los oficiales británicos, como punto de reunión para concertar los planes militares de la invasión.

que los valoramos debidamente y nos damos cuenta de lo que ellos representaban como valor afectivo; pero para eso ha sido necesario un suceso extraordinario, y es lo que ocurre en este caso, que con motivo de la serie de acontecimientos magnos que en el orden religioso coinciden en el año corriente, nos hemos detenido al reunirnos en este acto solemne a contemplar el tesoro religioso e histórico que encierran estos muros seculares, queriendo aumentar con la placa que en este acto descubrimos, la serie de ofrendas hechas a la muy Venerable Orden Dominica en su convento de Predicadores de San Pedro Telmo de Buenos Aires.

Pues a semejanza del Estado que condecora a sus militares y marinos por sus gloriosos hechos de armas en defensa de la patria y de su honor, y a semejanza también del soberano que condecora a sus súbditos por los servicios prestados a su país, nosotros venimos a condecorar a la Comunidad Dominica con esta placa recordatoria, que colocamos en este pedazo del templo que por concesión especialísima es de nuestra propiedad, pues la Venerable Orden Tercera tan ligada a la Primera por la obediencia y el cariño, recibíó de ella en donación esta parte de su templo, como una demostración de reconocimiento por la ayuda prestada para su erección, capilla que bajo la protección de nuestro glorioso Patrono San Vicente Ferrer nos sirve de sitio de reunión a los Terciarios y en la cual quedará para la eternidad la constancia material de la serie de acontecimientos grandiosos para nuestra religión, que son tan impresionantes, que creo pertinente transcribir el texto de la placa que dice: "*República Argentina. — Para Perpetua Memoria. — Conmemorando el XIX centenario de la redención del mundo por Nuestro Señor y Rey Jesucristo; el VII de la canonización del gloriosísimo Patriarca Santo Domingo de Guzmán; el VI del precioso tránsito de la bienaventurada Imelda Lambertini, virgen Orden Predicadores, y en homenaje de fervorosa adhesión al XXXII Congreso Eucarístico Internacional, en Buenos Aires, la Venerable Orden Tercera Dominicana, en jubilosa comunión con la ínclita Orden de Predicadores, con el Venerable episcopado, clero secular y regular y pueblo argentino, y con todos los cristianos del orbe, bajo el feliz y glorioso reinado de Su Santidad Pío XI, Pontífice Sumo celebra el Primer Congreso Nacional Terciario Dominicano. — Tucumán. — Buenos Aires. — Córdoba. — Julio. — Agosto. — Año Santo de 1934*".

Es para la Orden Dominica motivo de especial satisfacción el

celebrar el Primer Congreso Terciario tripartito de Tucumán, Buenos Aires y Córdoba en la gran Provincia Dominica de San Agustín de Buenos Aires.

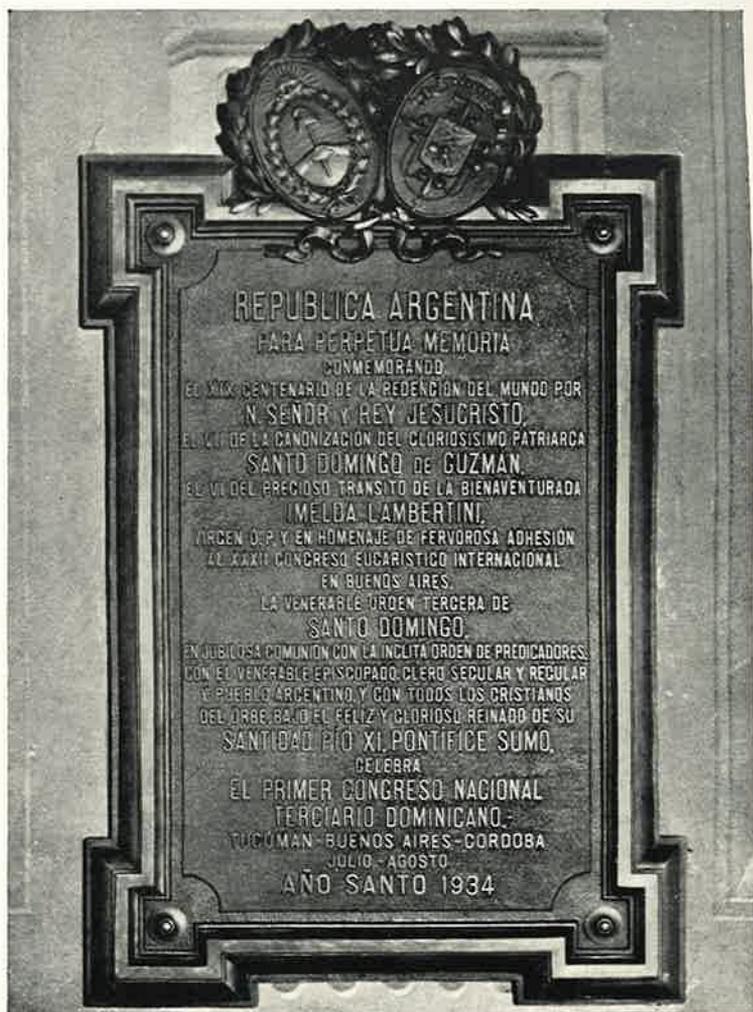
Pero es indispensable mirar siempre al pasado religioso y patriótico, para que dentro del seno del hogar y de la escuela, se vuelva a la antigua vida a base de moral y religión, pues sin estos dos elementos no puede conseguirse nada estable.

Felizmente vemos que lentamente la reacción se produce en el orbe entero, contra el ambiente materialista que predominó a fines del siglo pasado y principios del presente, y entre nosotros ha ido desapareciendo en parte la obra destructora de los gobiernos demagógicos que habían dado amplia libertad a la propaganda y el libre ingreso al país, de las ideas y de las personas, que se agrupan dentro de los diversos sectores que caben bajo la denominación general del izquierdismo, que es la negación de religión, patria y familia; ideas que habían ido infiltrándose paulatinamente en la enseñanza, desde la primaria hasta la superior, lo que dió lugar a que el patriota y sabio, el señor ingeniero civil doctor Angel Gallardo — recientemente fallecido — precisase sus ideas al respecto al hacerse cargo del rectorado de la Universidad Nacional de Buenos Aires, al pronunciar palabras que siempre serán de actualidad diciendo: “Mi programa puede sintetizarse en dos palabras: disciplina y nacionalismo, bases axiomáticas de todo instituto de enseñanza. Pero no puede permitirse el desorden por el desorden, ni la agitación sistemática, que hacen imposible el estudio. Estamos obligados a mantener sus tradiciones patrióticas y humanitarias, su elevado espíritu desinteresado y la dignidad intelectual que siempre la han caracterizado, aún en épocas difíciles y de menos recursos que la actual”

“La universidad no puede abandonar su ideal patriótico y nacionalista que es la razón misma de su existencia”.

“Los extranjeros o extranjerizantes, que no estén conformes con nuestros puntos de vista nacionales, deben regresar a su país de origen, o expatriarse para colaborar en las organizaciones sociales que les sean gratas, sin pretender imponernos sus ideas. El alma argentina ha estado siempre abierta a todas las ideas, vengan de donde vinieran, pero quiere y debe resolver por sí misma sus actividades, y ser dueña de su destino. Estamos en nuestra casa y en ella debemos gobernar nosotros”.

Esto comprueba que las franquicias acordadas por los Constituyentes de 1853 facilitando la entrada al país del extranjero y las



Placa conmemorativa del "Primer Congreso Nacional Terciario Dominicano", colocada en los templos de Santo Domingo de las ciudades de Bs. Aires, Tucumán y Córdoba. — Tamaño: 1m.19 x 0.72.

ideas de Alberdi, respecto a inmigración — Alberdi que es el más hondo pensador político y social de su época y cuyo cincuentenario de su fallecimiento acabamos de conmemorar — han sido mal ejecutadas en la práctica las primeras y las de este último gran patriota, citadas truncamente, en beneficio de la escoria internacional, pues todos deseaban el aporte de elementos de orden y de trabajo y no los disolventes y destructores que han invadido al país y que es todo lo contrario de lo que pedía Alberdi, cuando el año 1873, en una carta dirigida al Dr. Nicolás Avellaneda le decía: "Gobernar es poblar, pero sin echar en olvido que poblar puede ser apestar, embrutecer, esclavizar, según que la población trasplantada o inmigrada, en vez de ser civilizada, sea atrasada, pobre, corrompida". ¿Por qué extrañar que en este caso hubiese quien pensara que gobernar es con más razón, despoblar? . . . Y completando su pensamiento agregaba: "Poblar es enriquecer, cuando se puebla con gente inteligente en la industria y habituada al trabajo que produce y enriquece" . . . y más adelante: "Poblar es apestar, corromper, degenerar, envenenar un país, cuando en vez de poblarlo con la flor de la población trabajadora de Europa, se le puebla con la hez de la Europa atrasada o menos culta". Gobernar es poblar, muy bien; pero poblar es una ciencia, y esta ciencia no es otra cosa que la economía política, que considera a la población como instrumento de riqueza y elemento de prosperidad".

Luego, señores, se impone, para respetar el deseo de nuestros sabios y clarovidentes Constituyentes, y el del gran Alberdi, los dos bien claramente manifestados, la aplicación constante de las leyes de defensa que ya poseemos y en el futuro dictar nuevas para continuar protegiendo la posible desaparición de los sentimientos religiosos y patrióticos de nuestra nación, que nos legaron nuestros antepasados y que la Comunidad Dominicana ha luchado tenazmente para defenderlos.

En una ocasión tan solemne como esta, no es posible olvidarse de hacer resaltar la obra educacional y cultural, que en todo el orbe realizan los hijos de Nuestro Padre Santo Domingo; desde enseñarle al niño las primeras letras, hasta conducirlo paulatinamente a las más altas especulaciones científicas, en sus famosas universidades europeas.

La Primera y la Segunda Orden en nuestro país han neutralizado, en parte, los perniciosos resultados que del punto de vista moral y religioso, ha traído al país la ley de educación que hace

cincuenta años nos rige; la cual es completa bajo otros aspectos, pero que tiene la inmensa falla de haber formado generaciones, que se han educado sin la menor idea de la moral cristiana, lo que ha traído como consecuencia el estado actual de nuestros hogares.

La antigua ley que nos regía era esencialmente católica y prueba de ello es el contenido de la circular que con fecha 1° de Marzo de 1859, el gran educador Don Domingo Faustino Sarmiento, en la época de su plena madurez intelectual y de su más intensa acción de educacionista y que en su carácter de Director del Departamento de Escuelas de la provincia de Buenos Aires, dirigía a los preceptores, en la cual les indicaba la oración diaria para los alumnos, asistencia a misa los jueves y domingos, el enseñarles a ayudarla, que todo se hiciera con pausa, compostura y decoro; las visitas a los sagrarios el jueves santo; y terminaba su circular del siguiente modo: "Los maestros deben persuadirse, al llenar estos sencillos deberes del culto, que son medios de educación por las ideas serias que despiertan en el alma, y por el efecto moral que la presencia y número de los niños produce en las poblaciones".

Pero viene la implantación de la ley N° 1420, producto del espíritu dominante a fines del siglo pasado y principios del actual, época del soberbio orgullo de la ciencia materialista y a pesar de que en su artículo octavo establece la posibilidad de la enseñanza de la moral y religión cristiana antes o después de las horas de clase, por ministros del culto, paulatinamente se va poniendo toda clase de trabas, hasta desterrar en absoluto el estudio de esas materias en las escuelas primarias.

Los tiempos han cambiado fundamentalmente, la ciencia no ha cumplido sus promesas ambiciosas y la moderna llega a Dios, pues la filosofía actual es toda espiritualista y arriba a la conclusión de que la vida es el producto de una intervención superior.

En un magistral artículo publicado recientemente por el presidente del Consejo Nacional de Educación, ingeniero Octavio S. Pico, manifiesta y prueba con evidencia la forma cómo se ha descuidado la educación espiritual del niño y hace notar cómo en la práctica se han desvirtuado los sanos propósitos de la ley, por la presión de teorías materialistas, ajenas a la intención de los legisladores, del ministro de aquella época y del presidente que la promulgó.

La reacción se produce desde lo alto, pues se ha llegado al con-

vencimiento unánime de que no hay hogar sin moral, no hay moral sin religión y no hay religión ni patria sin Dios.

Para terminar sólo me resta pedirle al Excelentísimo Señor Nuncio, que cuando por las alternativas de su carrera diplomática, tenga ocasión de presentarse ante el Santo Padre, le informe sobre la obra de asistencia social y de acción católica que en este país celebramos los Terciarios dominicos, lo que ha quedado bien puesto en evidencia en las dos etapas del congreso ya celebrado y que no es otra cosa que obedecer los mandatos de Nuestro Padre Santo Domingo, que ya en el siglo XIII llamó a los seglares para secundarlo en su grandiosa obra y que el actual Pontífice lo repite, pidiendo insistentemente el desarrollo de la acción católica en todo el orbe cristiano y que en su doble carácter de representante de Su Santidad el Papa Pío XI, actual Soberano Pontífice, gloriosamente reinante, y de Terciario dominico, tenga a bien descubrir esta placa, para que desde este momento y por los siglos venideros quede a la contemplación de todos los católicos argentinos y extranjeros que visiten este sagrado recinto; pidiendo al Altísimo, a la Santísima Virgen del Rosario, a Nuestro Padre Santo Domingo y a Nuestro Patrono San Vicente Ferrer, protejan eternamente nuestra venerada Orden Dominica y nuestra querida patria.

He dicho.

ADHESION DEL PERIODISMO

‘‘EL PUEBLO’’

15 de Julio de 1934.

SE CLAUSURARON AYER LAS SESIONES DEL PRIMER CONGRESO NACIONAL DOMINICANO

A las 10, tuvo lugar la misa oficiada por el R. P. Inspector de los PP. Salesianos, presbítero Nicolás Essandi.

Durante la misa, las señoras Carlota Lerena de Barilari y María Teresa Berro de García Juanicó, cantaron el ‘‘O Salutaris’’, de Giordani, y ‘‘Crucifix’’ de Faure, acompañadas al armonium por la señorita María Mercedes Berro.

VISITA A LA CASA SAN VICENTE FERRER

A las 15 los delegados visitaron colectivamente la casa San Vicente Ferrer, de la Venerable Orden Tercera, calle Malabia número 1555, en homenaje al Patriarca Santo Domingo.

EN LA CAPILLA DEL COLEGIO LA SALLE

A las 17, la delegación al Primer Congreso Nacional Terciario se dirigió a la capilla del Colegio La Salle, donde tuvo lugar la bendición eucarística, ceremonia que estuvo a cargo del R. P. vice Provincial José H. Márquez y de los PP. Mercedarios.

El coro de los Hnos. de las Escuelas Cristianas, tuvo a su cargo la ejecución de los motetes y cánticos religiosos.

En el salón de actos del Colegio La Salle, luego se desarrolló el siguiente programa:

Ouverture de "El barbero de Sevilla", Rossini, por los profesores de la Asociación Sinfónica del Teatro Colón de Buenos Aires; disertación: "El apostolado de la caridad y la Venerable Orden Tercera", por el Sr. Guillermo Gallardo, delegado por Santiago del Estero: a) "Agnus Dei", Bizet. b) "Panis Angelicus", Franck, por la señora Yole Lancellotti de Gallecher, acompañada al piano por el profesor Alejandro Liska; disertación: "La Venerable Orden Tercera y los problemas sociales contemporáneos", por el doctor Carlos Pucheta Morcillo, delegado por Córdoba; Coro, por los profesores de la asociación "Teatro Lírico Argentino"; disertación: "Espíritu y característica del verdadero dominicano", por el señor Mayor Jesús Navarro, delegado por Mendoza; "Danzas Españolas", Albéniz, por los profesores de la Asociación Sinfónica del Teatro Colón de Buenos Aires.

El doctor Carlos Pucheta Morcillo comenzó su discurso diciendo: "Las características, la capacidad y el temple apostólico de la Orden Dominica que la historia y la tradición atestiguan a través de más de setecientos años, explican por qué se hace presente ante los problemas sociales de la hora, por qué acude en conjunto a la celebración del Año Santo y por qué aporta todo su dinamismo, todas sus aptitudes y todos sus medios al más grande acontecimiento religioso-social de América del Sur, que ha de tener por teatro esta dilecta ciudad, capital y síntesis de un noble pueblo: el trigésimo segundo Congreso Eucarístico Internacional, en cuyo homenaje y veneración, como un acto más de adhesión decidida, os pido, señores, que os pongáis de pie, asociando en vuestro fervoroso recuerdo al restaurador del apostolado — nuestro padre santo Domingo de Guzmán".

Luego el orador historió a través del tiempo, la acción social de la Venerable Orden Tercera.

Dada la importancia que tiene la pieza oratoria del doctor Carlos Pucheta Morcillo, en uno de los próximos suplementos de los jueves, insertaremos dicho trabajo.

HOY TENDRAN LUGAR LOS ULTIMOS ACTOS RELIGIOSOS
EN LA BASILICA DEL SANTISIMO ROSARIO

Hoy continúa la realización de la segunda etapa del Primer Congreso Nacional Terciario, que se viene efectuando en esta capital

con motivo del séptimo centenario de la canonización de Santo Domingo de Guzmán y como acto de adhesión al XXXII Congreso Eucarístico Internacional.

× × ×

‘ L A N A C I O N ’ ’

15 de Julio de 1934.

TERMINARON AYER LOS ACTOS DEL CONGRESO TERCARIO DOMINICANO. — LAS CEREMONIAS DE HOY CORRESPONDEN A LA SOLEMNE JORNADA DE CLAUSURA DEL MISMO. — LOS DISCURSOS

Con la misa oficiada ayer a las 10 en la basílica de Santo Domingo por el R. P. Nicolás Essandi, inspector de los RR. PP. salesianos, prosiguieron los actos del Primer Congreso N. Terciario Dominicano. Tanto la función religiosa como los demás actos de la tarde correspondían al programa del último día del congreso.

Durante la ceremonia, los profesores de la Asociación Sinfónica del Teatro Colón tuvieron a su cargo el programa de música sagrada. La concurrencia que se hallaba presente en el templo de Santo Domingo durante la misa solemne fué numerosa.

Por la tarde, los Hermanos de la Venerable Orden Tercera de Santo Domingo, en compañía de los delegados del interior, visitaron el asilo de San Vicente Ferrer, en la calle Malabia 1555, donde se rindió un homenaje al santo patrono y al fundador de la Orden.

En la capilla del colegio La Salle el R. P. José H. Márquez, vice Provincial de los RR. PP. Mercedarios impartió la bendición a la concurrencia que ocupaba el sagrado recinto y el coro de los Hermanos de las Escuelas Cristianas entonó un selecto programa de cánticos eucarísticos.

A continuación se desarrolló, en el salón de fiestas del mismo establecimiento, el acto cuyo anuncio dimos ayer.

Después de un número musical a cargo de la Asociación Sinfónica del Teatro Colón, hizo uso de la palabra el Sr. Guillermo Gallardo, el tema de cuya disertación fué “El apostolado de la Caridad

y la Venerable Orden Tercera". Dijo al comenzar que uno de los rasgos más salientes de la magnífica personalidad de Santo Domingo de Guzmán fué la Caridad y, luego de repetir algunos relatos que confirmaban aquella aseveración, el orador expresó algunos conceptos sobre el admirable apostolado del Fundador de la Orden dominicana y sobre Catalina de Sena y se refirió más tarde el orador a dos insignes santos dominicos, Tomás de Aquino y Catalina de Sena, y los aspectos opuestos y coincidentes de sus personalidades.

La Sra. Yole Lancellotti de Gallecher, acompañada al piano por el profesor Alejandro Liska, entonó, a continuación, algunas composiciones clásicas, y el Dr. Carlos Pucheta Morcillo, delegado por Córdoba, pronunció su disertación sobre "La Venerable Orden Tercera y los problemas sociales contemporáneos", segundo tema del día, que fué recibido con nutridos aplausos por la concurrencia.

Después de algunos números musicales habló elocuentemente sobre "Espíritu y característica del verdadero dominicano" el Mayor Sr. Jesús Navarro, delegado por Mendoza.

LOS ACTOS DE HOY

Hoy será clausurado el Congreso Terciario Dominicano con los actos anunciados oportunamente.

En la Basílica de Santo Domingo, a las 8.30 oficiará una solemne misa con gran jornada eucarística el Nuncio Apostólico, monseñor Felipe Cortesi, asistido por los RR. PP. Dominicanos.

Durante la misa D^a María Pini de Chrestia cantará el "Ave María" y "Le ciel visite la terre", de Gounod, acompañada con violín y armonio por los profesores Sres. Juan G. Espinosa Wich y Pedro Napolitano. La orquesta de profesores de la Asociación Sinfónica de Buenos Aires alternará con motivos de música sacra.

A las 16 se efectuará la inauguración y bendición en la capilla de San Vicente Ferrer de la placa recordatoria del Primer Congreso Nacional Terciario Dominicano, acto en el que hablará D. José de Garay, y en el Colegio Lacordaire, Córdoba 3120, a las 20,30, será servida la cena de los Terciarios dominicanos en honor y despedida de los delegados al congreso.

× × ×

‘ ‘ E L M U N D O ’ ’

16 de Julio de 1934.

FINALIZO AYER LA CELEBRACION DEL PRIMER CONGRESO
TERCIARIO DOMINICANO

Un crecido número de fieles asistió a la celebración de la misa solemne oficiada ayer por el nuncio apostólico, Mons. Felipe Cortessi, en la Basílica del Smo. Rosario, en la iglesia de Santo Domingo, que constituía uno de los actos organizados para la clausura de la segunda etapa del Primer Congreso Nacional Terciario Dominicano, y cuya tercera etapa, se realizará, como lo anunciamos oportunamente y de acuerdo al programa dado a conocer, en la ciudad de Córdoba, desde el 3 al 7 de agosto próximo.

Asistían a Mons. Cortessi en la celebración del Oficio divino, los Padres dominicanos, ejecutándose diversos trozos de música sacra, por una orquesta integrada por miembros de la Asociación Sinfónica del Teatro Colón. La señora María Pini de Chrestia, cantó acompañada con armonium y violín por los señores Juan G. Espinosa Wich y Pedro Napolitano, el “Ave María” y “Le ciel visite la terre”, de Gounod.

Por la tarde, se efectuó en la misma iglesia, la ceremonia de la inauguración y bendición de una placa recordatoria de la celebración del Primer Congreso Nacional Terciario Dominicano. Usó de la palabra en este acto el señor José de Garay.

Cerró la serie de actos organizados, la comida ofrecida por los Terciarios en uno de los salones del Colegio Lacordaire, en honor y despedida de los delegados concurrentes a la segunda etapa del Congreso.

× × ×

‘ ‘ L A N A C I O N ’ ’

16 de Julio de 1934.

PRIMER CONGRESO TERCARIO DOMINICANO

Con los actos realizados ayer ha quedado clausurado el Primer Congreso Nacional Terciario Dominicano, organizado por la comunidad de Santo Domingo y la Venerable Orden Tercera de la misma advocación, en ocasión de cumplirse el séptimo centenario de la canonización del Santo y como homenaje y adhesión al Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires.

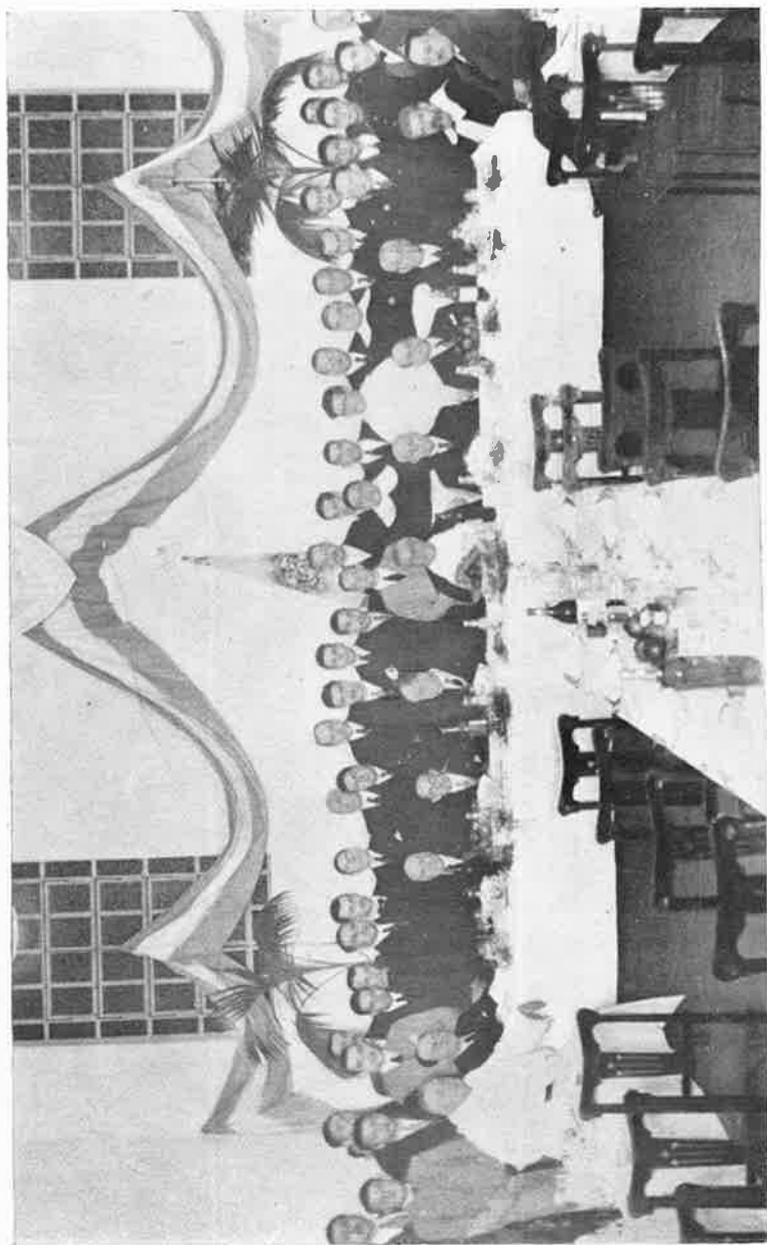
En la basílica de Santo Domingo, el Nuncio Apostólico, monseñor Felipe Cortesi, celebró una misa solemne de comunión general, a la que asistieron los Hermanos de la Tercera Orden, los miembros de la Comunidad Dominicana, numerosos sacerdotes del clero regular y secular y gran cantidad de fieles. Asistieron al Nuncio Apostólico en la función religiosa los reverendos Padres Dominicos, y numerosos fieles se acercaron a recibir la comunión.

El programa de música sagrada estuvo a cargo de Da. María Pini de Chrestia, que cantó el “Ave María” de Gounod, acompañada por los profesores Sres. Juan G. Espinosa Wich y Pedro Napolitano, con violín y armonio, respectivamente, y de la orquesta de la Asociación Sinfónica de Buenos Aires, que ejecutó un selecto programa de composiciones sacras.

A las 16, en la capilla de San Vicente Ferrer, perteneciente a la Orden Tercera, se realizó la ceremonia de inauguración y bendición de una placa recordatoria del Primer Congreso Nacional Terciario Dominicano. Fué muy numerosa la concurrencia que presenció este acto, al final del cual hizo uso de la palabra D. José de Garay, Hermano Terciario, que se refirió a la importancia del congreso y de las sesiones diarias que se realizaron, y especialmente a las ceremonias de clausura cuya terminación brillante estaban presenciando.

A las 20.30 fué servido en los salones del Colegio Lacordaire, Córdoba 3120, una comida de honor y despedida a los delegados venidos del interior para participar en el congreso.

× × ×



Cena de despedida en el Colegio Lacordaire de Buenos Aires a los delegados al "Primer Congreso Nacional Terciario Dominicano".

‘ ‘ L A R A Z O N ’ ’

16 de Julio de 1934.

SIRVIOSE LA CENA FRATERNAL DE LOS HERMANOS DE LA VENERABLE ORDEN TERCERA. — CLAUSURO EL CONGRESO DE LA ORDEN

Anoche fué servida en uno de los salones del Colegio Lacordaire la cena fraternal de los hermanos de la Venerable Orden Tercera, organizada por la comisión ejecutiva del Congreso Nacional Terciario Dominicano en homenaje y como despedida a los delegados del interior, señores doctores Mario Martínez Casas y Pedro Pucheta Morcillo, Guillermo Gallardo Cantilo, doctor Carlos A. Mansilla y Mayor Jesús Navarro.

La reunión transcurrió en un ambiente de animada cordialidad y congregó en torno de la mesa a los siguientes comensales: R. P. Luque, fray Gonzalo Costa, fray Valentín Castillo, fray D. Balasarre, fray Guillermo Butler, doctores Ricardo Cernadas, Mario Gorostarzu, Carlos A. Mansilla, Adolfo Gourdy, Héctor A. Coll Villate y señores José de Garay, Santiago Levalle, Manuel Mignone, José B. de la Torre, Angel Basso, Guillermo Yeans, D. Seijó, Héctor Goyena y otros.

Asimismo enviaron su adhesión a la cena los doctores A. Gainza Paz, Angel L. Sojo y los señores Carlos Muzio Sáenz Peña, Delfín I. Medina, José A. Sanguinetti, etc.

A los postres hablaron el doctor Gorostarzu y el Padre Luque, los que se refirieron al éxito del congreso y a las consecuencias que tendrá para la obra emprendida. Les siguió en el uso de la palabra el señor Guillermo Gallardo Cantilo, el que propuso la organización de un centro catequista. Finalmente el señor Mariano A. Orgeira habló también, expresando que es necesario reconocer en este caso la colaboración de la prensa en general.

× × ×

‘‘EL PUEBLO’’

16 y 17 de Julio de 1934.

CON UNA CENA FRATERNAL SE CLAUSURO EL PRIMER CONGRESO
NACIONAL TERCIARIO DOMINICO

Con las ceremonias religiosas realizadas el domingo y la cena fraternal que se llevó a cabo, clausuráronse los actos del Primer Congreso Nacional Terciario Dominicano.

A las 8.30, tuvo lugar la misa solemne con una gran jornada eucarística, siendo oficiado el santo sacrificio, por S. E. R., el Excmo. y Rvmo. Nuncio Apostólico, doctor Felipe Cortesi, asistido por los RR. PP. Dominicanos.

Durante la misa, la señora María Pini de Chrestia, cantó el ‘‘Ave María’’ y ‘‘Le ciel visite la terre’’, de Gounod, acompañada con violín y armonio por los profesores Juan G. Espinosa Wich y Pedro Napolitano. La orquesta de profesores de la Asociación Sinfónica de Buenos Aires amenizó la ceremonia con motetes de música sacra.

A las 16, se efectuó la inauguración y bendición en la capilla de San Vicente Ferrer (basílica del Santísimo Rosario), de la placa recordatoria del Primer Congreso Nacional Terciario Dominicano. Durante dicho acto habló el señor José de Garay, T. D.

LA CENA

La cena fué servida en uno de los salones del colegio Lacordaire, en homenaje y como despedida a los delegados del interior, señor Guillermo Gallardo Cantilo, Dres. Pedro Pucheta Morcillo, Carlos A. Mansilla, Mayor Jesús Navarro y doctor Mario Martínez Casas.

Entre los asistentes notamos la presencia de los siguientes comensales:

R. P. Luque, R. P. fray Valentín Castillo; R. P. fray D. Balzarre; R. P. fray Guillermo Butler; R. P. fray Gonzalo Costa; señores Santiago Levalle, José Garay, José B. de la Torre, Angel Basso, D. Seijó, Héctor Goyena, Manuel Mignone, Guillermo Yeans

y doctores Mario Gorostarzu, Ricardo Cernadas, Carlos A. Mansilla, Héctor A. Coll Villate y otros.

A los postres hablaron el R. P. Luque y el doctor Mario Gorostarzu, refiriéndose, ambos oradores, al éxito del Primer Congreso Nacional Terciario Dominicano.

Luego hablaron también los señores Guillermo Gallardo Cantilo y Mariano A. Orgeira, quienes se refirieron a la necesidad de la creación de un centro catequístico y agradeciendo la amplia colaboración que el periodismo dispensó al Primer Congreso Nacional Terciario Dominicano.

También se adhirieron a dicho homenaje, enviando sendos telegramas, los señores José A. Sanguinetti, A. Gainza Paz, Angel L. Sojo, Carlos Muzio Sáenz Peña y Delfín I. Medina.

× × ×

‘ ‘ E L P U E B L O ’ ’

16 y 17 de Julio de 1934.

EL CONGRESO NACIONAL TERCIARIO

Con los actos que se realizaron ayer, cuya amplia información podrá encontrarse en nuestras columnas, clausuróse el Primer Congreso Nacional Terciario Dominicano.

La Venerable Orden Tercera, tanto en nuestro país como en el orbe entero, ha sabido mantener con hidalguía el carácter para que fuera fundada.

Al recordar el séptimo centenario de la canonización de Santo Domingo de Guzmán, surge de inmediato a la imaginación el enorme significado histórico y social que la Orden Tercera ha tenido y tiene a través de las últimas centurias.

Durante el desarrollo de este Congreso, reconocidos hombres de talento han puesto de manifiesto las virtudes de los hijos de Santo Domingo, muchos de los cuales inspiraron la formación de nuestra nacionalidad, cultivaron su espíritu y hoy la orientan.

× × ×

TERCERA ETAPA DEL CONGRESO

C O R D O B A

3 - 7 AGOSTO 1934



BASILICA DE NUESTRA SEÑORA DEL MILAGRO.
Convento de Santo Domingo. — Córdoba

PROGRAMA DE LA TERCERA ETAPA

C O R D O B A

VIERNES 3 DE AGOSTO DE 1934

EN LA BASÍLICA DE NTRA. SRA. DEL MILAGRO.

A las 17.30 hs.: Vísperas solemnes oficiadas por la Comunidad Franciscana.

A las 18 hs.: HORA SANTA. Acto inicial del Primer Congreso Nacional Terciario Dominicano. Ocupará la cátedra sagrada S. E. Rvma. Dr. Fermín E. Lafitte, Obispo de la diócesis.

Bendición solemne con S. D. Majestad, oficiada por el secretario del Obispado de Córdoba R. P. Dr. Domingo Bonaparte, asistido por señores sacerdotes de la curia diocesana.

SABADO 4

A las 8 hs.: Jornada eucarística y alocución por el Padre Superior de los Misioneros del Corazón de María.

A las 9.30 hs.: Misa solemne oficiada por la Comunidad Franciscana, y panegírico del Patriarca Santo Domingo de Guzmán por el M. R. P. Superior de la Compañía de Jesús.

A las 17.30 hs.: Bendición solemne con el Smo. Sacramento, oficiando la Comunidad Carmelitana.

EN EL SALÓN DE LA CAJA POPULAR DE AHORROS.

A las 14.30 hs.: Disertación: "Formación espiritual del Terciario". Ponente relator, M. R. P. Fray Angélico Bruhn, O. P. Estudio de conclusiones.

A las 18 hs.: Asamblea pública.

1°—Conferencia por el artista R. P. Fray Guillermo Butler, O. P. "El arte en la Orden de Santo Domingo".

2°—Música clásica.

3°—Disertación: "La Orden de Santo Domingo, escuela de vida espiritual y de santidad heroica", por el Sr. Dr. Francisco Vocos.

4°—Sinfonía por la orquesta.

5°—Disertación: "De la Milicia a la Penitencia", por el Sr. Dr. Adolfo Gourdy, delegado por Buenos Aires.

DOMINGO 5

EN LA BASÍLICA DE NTRA. SRA. DEL MILAGRO.

A las 8 hs.: Misa de comunión y alocución por el M. R. P. Demetrio Velazco, Rector del Colegio Santo Tomás de Aquino.

A las 9.30 hs.: Solemne misa pontifical por el Excmo. y Rvmo. Sr. Obispo diocesano, Dr. Fermín E. Lafitte, y discurso por el R. P. Armengol Moya, de la O. Mercedaria. Coro, a cargo de la Schola Cantorum del Seminario Conciliar.

A las 17.30 hs.: Bendición solemne con S. D. Majestad, oficiando el Ilmo. Sr. Rector del Seminario Conciliar asistido por los RR. PP. Profesores del mismo instituto.

EN EL SALÓN DE LA CAJA POPULAR DE AHORROS.

A las 14.30 hs.: Sesión privada. — Disertación: "Apostolado y medios de apostolado de la Venerable Orden Tercera de Santo Domingo". Ponente relator, el M. R. P. Fray Marcolino Páez. Estudio de conclusiones.

A las 18 hs.: Asamblea pública.

1°—Disertación: "Carácter intelectual de la Orden de Santo Domingo", por el Prof. Sr. Nimio de Anquín.

2°—Disertación: "Carácter apostólico de la Orden de Santo Domingo", por el Pbro. Dr. Francisco Company, T. D.

PROGRAMA DE LA TERCERA ETAPA

- 3º—Disertación: “Formación y acción de la mujer católica en la Venerable Orden Tercera de Santo Domingo”, por la Sra. Da. Julia Funes de Bonet.
- 4º—Motetes Religiosos por la Schola Cantorum del Seminario Conciliar.

LUNES 6

EN LA BASÍLICA DE NTRA. SRA. DEL MILAGRO.

- A las 8 hs.:* Misa de comunión, y alocución por el M. R. P. Inspector de la Congregación Salesiana.
- A las 9.30 hs.:* Misa solemne, de gran pontifical, por el Excmo. y Rvmo. Sr. Obispo auxiliar de Córdoba, Dr. Leopoldo Buteler. Coró a cargo de la Schola Cantorum del Instituto Villada.
- A las 17.30 hs.:* Solemne bendición con el Smo. Sacramento, oficiada por la Comunidad de los RR. PP. Capuchinos.

EN EL SALÓN DE LA CAJA POPULAR DE AHORROS.

- A las 14.30 hs.:* Sesión privada.
- Disertación. Tema: “Régimen interno de la Venerable Orden Tercera de Santo Domingo, con relación a la Primera Orden”. Ponente relator, el M. R. P. Provincial Fray Tomás Luque, O. P. Estudio de conclusiones.

EN EL TEATRO RIVERA INDARTE.

- A las 16 hs.:*
- 1º—Asamblea pública y solemne clausura del Congreso. Disertación por el Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. Audino Rodríguez y Olmos, Obispo de Santiago del Estero.
 - 2º—Discurso por el Dr. Juan F. Cafferata, Hermano de la Primera Orden.
 - 3º—Coro por el Instituto Villada.
 - 4º—Disertación por el Pbro. Dr. Amancio González Paz.
 - 5º—Coro por el Instituto Villada.

MARTES 7

EN LA BASÍLICA DE NTRA. SRA. DEL MILAGRO.

A las 8.30 hs.: Misa oficiada por el M. R. P. Provincial Fray Tomás Luque, O. P., y ofrecida por la comisión local a los señores delegados.

EN LA ESCUELA APOSTÓLICA DOMINICANA DE MOLINARI.

A las 16 hs.: Velada literario-musical ofrecida por el noviciado y alumnado de la Escuela Apostólica a los señores delegados.

LAUS DEO ET B. V. M.

ADHESION DEL PERIODISMO

“LOS PRINCIPIOS”

25 de Julio de 1934.

EL 3 DE AGOSTO SE REALIZARA EN ESTA EL CONGRESO DOMINICANO. — SE HA FIJADO YA EL PROGRAMA DE LOS ACTOS. — HAN DE ASUMIR SIN DUDA TODOS ELLOS, PROPORCIONES SIGNIFICATIVAS. — PARTICIPARAN CONOCIDAS PERSONALIDADES. — SE CELEBRA EL SEPTIMO CENTENARIO DE LA CANONIZACION DE SANTO DOMINGO

DEL 3 al 7 del mes de agosto próximo se celebrará en nuestra ciudad el Primer Congreso Nacional Terciario Dominicano, que cumpliera sus primeras etapas con el magnífico éxito que los lectores conocen, en las ciudades de Tucumán y Buenos Aires.

Triple es el motivo de este congreso, al cual se han adherido con justificado entusiasmo los miembros del episcopado argentino y otras personalidades eclesiásticas del país. Deséase celebrar dignamente el fausto centenario de la canonización de Santo Domingo de Guzmán, a la vez que se honra este año del jubileo extraordinario y se proclama la especial adhesión de los Terciarios dominicanos al XXXII Congreso Eucarístico Internacional.

No hay duda que esta tercera etapa organizada en Córdoba, ha de alcanzar en todos sus actos las proporciones que le asignan nuestra tradición religiosa y el afecto con que se distinguió siempre entre nosotros a los hijos de Santo Domingo. Tienen activa parte conocidos intelectuales de esta ciudad, que desarrollarán interesantes temas en consonancia con las finalidades del congreso dominicano. Las sesiones de éste alternarán con extraordinarias distribuciones religiosas a efectuarse en la basílica de Nuestra Señora del Milagro.

PRIMER CONGRESO NACIONAL TERCARIO DOMINICANO

PROGRAMA DE LOS ACTOS DEL CONGRESO DOMINICANO

El programa general de los actos del Primer Congreso Terciario Dominicano en esta ciudad, es como sigue:

Viernes 3 de agosto. En la basílica de Nuestra Señora del Milagro:

A las 17.30, vísperas solemnes oficiadas por la Comunidad Franciscana.

A las 18, Hora Santa. Acto inicial del Primer Congreso Nacional Terciario Dominicano. Ocupará la cátedra sagrada S. E. monseñor doctor Fermín E. Lafitte, obispo de la diócesis.

Bendición solemne con el Santísimo Sacramento, oficiada por el señor secretario del obispado doctor Domingo Bonaparte, asistido por señores sacerdotes de la curia diocesana.

Sábado 4. — A las 8 horas, jornada eucarística y alocución por el Padre Superior de los Misioneros del Corazón de María.

A las 9.30 horas, misa solemne oficiada por la Comunidad Franciscana, y panegírico del Patriarca Santo Domingo de Guzmán, por el M. R. P. Superior de la Compañía de Jesús.

A las 17.30 horas, bendición solemne con el Santísimo Sacramento, oficiando la Comunidad Carmelitana.

En el salón de la Caja Popular de Ahorros:

A las 14.30 horas, disertación: "Formación espiritual del Terciario". Ponente relator, M. R. P. fray Angélico Bruhn. Estudio de conclusiones.

A las 18 horas, asamblea pública.

Conferencia por el R. P. fray Guillermo Butler, O. P.: "El arte en la Orden de Santo Domingo".

Disertación: "La Orden de Santo Domingo, escuela de vida espiritual y de santidad heroica", por el doctor Francisco Vocos.

Sinfonía por la orquesta.

Disertación: "De la Milicia a la Penitencia", por el señor doctor Adolfo Gourdy, delegado por Buenos Aires.

Domingo 5, en la Basílica de Nuestra Señora del Milagro:

A las 8 horas, misa de comunión y alocución por el M. R. P. Demetrio Velazco, rector del Colegio Santo Tomás de Aquino.

A las 9.30 horas, solemne misa pontifical por el Excmo. y Reverendísimo obispo diocesano monseñor doctor Fermín E. Lafitte,

y discurso por el R. P. Armengol Moya, de la Orden Mercedaria. Coro a cargo de la Schola Cantorum del Seminario Conciliar.

A las 17 y 30 horas, bendición solemne con S. D. M., oficiando el Ilustrísimo Señor Rector del Seminario Conciliar, asistido por señores profesores del mismo instituto.

En el salón de la Caja Popular de Ahorros:

A las 14.30 horas, sesión privada. Disertación: "Apostolado y medios de apostolado de la Venerable Orden Tercera de Santo Domingo". Ponente relator, el M. R. P. fray Marcolino Páez. Estudio de conclusiones.

A las 18 horas, asamblea pública.

1º Disertación: "Carácter intelectual de la Orden de Santo Domingo", por el profesor Nimio de Anquín.

2º Disertación: "Carácter apostólico de la Orden de Santo Domingo", por el presbítero doctor Francisco Company.

3º Disertación: "Formación y acción de la mujer católica en la Venerable Orden Tercera de Santo Domingo", por la señora doña Julia Funes de Bonet.

4º Motetes religiosos por la Schola Cantorum del Seminario Conciliar.

Lunes 6, en la Basílica de Nuestra Señora del Milagro:

A las 8 horas, misa de comunión, y alocución por el Padre Inspector de la Congregación Salesiana.

A las 8 horas, misa solemne de gran pontifical, por el Excelentísimo y Reverendísimo señor obispo auxiliar de Córdoba, doctor Leopoldo Buteler. Coro a cargo de la Schola Cantorum del Instituto Villada.

A las 17 y 30 horas, solemne bendición con el Santísimo Sacramento, oficiada por la Comunidad de los Padres Capuchinos.

En el salón de la Caja Nacional de Ahorros:

A las 14 y 30 horas, sesión privada. Disertación. Tema: "Régimen interno de la Venerable Orden Tercera de Santo Domingo, con relación a la Primera Orden". Ponente relator, el M. R. P. Provincial fray Tomás Luque, O. P. Estudio de conclusiones.

En el teatro Rivera Indarte:

A las 16 horas: 1º Asamblea pública y solemne clausura del congreso. Disertación por el Exmo. y Revmo. señor doctor Audino Rodríguez y Olmos, obispo de Santiago del Estero.

2º Discurso del doctor Juan F. Cafferata.

3º Coro por el Instituto Villada.

4º Disertación por el presbítero doctor Amancio González Paz.

5º Coro por el Instituto Villada.

Martes, 7, en la Basílica de Nuestra Señora del Milagro:

A las 8.30 horas, misa oficiada por el M. R. P. Provincial fray Tomás Luque, O. P., y ofrecida por la comisión local a los señores delegados.

En la Escuela Apostólica Dominicana de Molinari:

A las 16, velada literario-musical ofrecida por el noviciado y alumnado de la Escuela Apostólica a los delegados.

NOMINA DE ADHERENTES AL CONGRESO

A las adhesiones de personalidades ya publicadas tenemos que agregar la siguiente nómina:

Lola Garzón, Nicéfora Vallejo de Posse, Josefina Rusiñol Frías de Novillo Saravia, Victoria Moyano Cires, Rosario Zavalía, Leonor Nieto, Blanca Loza, Dalmira Clariá Olmedo, Esther Sánchez Cires, Reginalda Argañarás, Hortensia G. de Centeno, María Herrera Machado de Ferreyra, Elvira Garzón, Malvina del Prado de Romero Matos, Angelina Deheza de Escalera, Ana María G. de Romero, Emma Sosa de Ferrer, Clota Mouján de Centeno, Pastora César de Narvaja, Edelmira y Rosario Posse, Adelina y Carmen Sánchez, Indalecia Villada, Elvira F. de Cordeiro, Rosa Ferreyra de Henin, Angela Z. de Urretz, Lucía Montenegro, Teresa Pinto de Deheza, Eugenia Deheza de García Montañó, Eulogia Cires de Sánchez, Lola Aliaga, Rosario C. de Savid, Luisa Ahumada, Zaira Escalera de Moyano, Rosario Rusiñol Frías de Novillo Corvalán, María Casas de Jofré Flores, Dora Castellano Ahumada, Ventura Torres, María de Lezama, Dominga Soria, Elisa Deheza de Martínez, Lucía Carreras Pinto, Eugenia Deheza de Celiga, Elisa Villada, Angela Bazán Carreras de Fragueiro, Balbina Oliva de Lascano, María Teresa de la Vega de Lascano, Sara Lascano de Fragueiro, Eugenia Gavier de Beltrán, Clara Allende de Páez, Julia Albano de Perea Muñoz, Etelvina y Modesta Rodríguez, Blanca Lía Gigena, Ramona Ibáñez, Rosa A. de Soria, señoritas Núñez Riesco, María S. de Scabbuzo, María M. Severini, Hortensia Cáceres de Gigena, Amelia Peñaloza de Román, Rosaura López, María Rosa Lanza Castelli.



Sr. D. DOMINGO J. ALVAREZ
Hermano Prior de la Venerable Orden Tercera en Córdoba

Carmen Guzmán de Obregón, Sara Rodríguez de la Torre de Novillo Saravia, Angela Ferreyra de Tello, Virginia B. de Suárez Pinto, María Luisa L. de Hodge, Romelia Ceballos, Enriqueta Zavalía, Flora Allende, Luisa Escuti, Isabel Cabrera Pedernera, Luisa Figueroa, Francisca Oviedo, Angela P. de Román, Clemencia Vélez de Carreras, Jerónima E. de Rodríguez del Busto, Ambrosia Villada de Martínez Maldonado, Bruna M. de Martínez Villada, Nélida Oviedo, Petrona del Barco, María Teresa Sánchez F. de Gibert, Inés Fotheringham de Torres, María Antonia Carreras de Oliva, Susana Carreras de Bazán, Rosa Pinto de Carreras, María Teresa Ferreyra de Luque, Carolina Torres Castaño de Otero Capdevila, Manuela Torres Castaño de Núñez, Mercedes Vélez, Ana María y Alejandrina Garzón Agulla, Aurelia López de Fernández y muchas más.

× × ×

‘‘LOS PRINCIPIOS’’

28 de Julio de 1934.

EL CONGRESO DOMINICO ALCANZARA LUCIMIENTO. — EL M. R. P. PROVINCIAL DE LOS PREDICADORES LLEGADO AYER DE BUENOS AIRES, NOS COMUNICA SUS IMPRESIONES DE LOS ACTOS ALLI REALIZADOS. — REINA ENTUSIASMO ENTRE LOS TERCIARIOS DE ESTA

Llegó ayer de Buenos Aires, donde permanecerá un tiempo en ocasión de los actos del Congreso Nacional Terciario Dominicano, el muy reverendo Provincial de la Orden de Predicadores, fray Tomás Luque.

El Padre Luque, con quien tuvimos el honor de departir brevemente a poco de su arribo, se manifiesta gratísimamente impresionado por los actos a que en su calidad de Prior Provincial asistió en las dos etapas primeras de dicho congreso, con el que se conmemora la canonización de Santo Domingo de Guzmán en su séptimo centenario.

Abriga la convicción el eminente religioso, de que la etapa final a cumplirse en nuestra ciudad entre los días 3 y 7 de agosto próximo, ha de ser digna del fervor de los Terciarios de Córdoba, entre los cuales la convocación al congreso fuera recibida desde el primer momento con evidente entusiasmo.

El congreso dominicano que se celebra en nuestro país fué promovido por el Muy Reverendo Provincial de los Predicadores como medio de satisfacer un anhelo de los Hermanos Terceros a raíz del Congreso Dominicano Internacional efectuado en Roma durante el mes de marzo último y por vía de preparación al nuevo congreso convocado por el Maestro General de la Orden, Rvmo. Padre Estanislao Martín Gillet, para agosto de 1935, como clausura diríamos del año conmemorativo de la glorificación de Santo Domingo en los altares de la Iglesia. Dicho segundo congreso internacional se verificará en Bolonia, junto a la tumba que guarda los preciosos restos del Patriarca y Fundador.

Nuestros lectores conocen ya el programa determinado para Córdoba en el congreso nacional de los Terciarios. Comprende diversas solemnidades religiosas además de las conferencias a cargo de reputados oradores religiosos y laicos, que se llevarán a cabo en el local de la Caja Popular de Ahorros de la Provincia.

Mañana publicaremos una nueva lista de adherentes.

LLEGO AYER EL PADRE GUILLERMO BUTLER

Procedente de la ciudad de Buenos Aires, ayer arribó a esta ciudad el insigne artista Dominicano, reverendo Padre Guillermo Butler.

El Padre Butler inaugurará en los primeros días de agosto una exposición de paisajes y pronunciará dos conferencias sobre arte religioso: una en la Caja Popular de Ahorros, participando de las sesiones del Primer Congreso Nacional Terciario Dominicano y la otra, por especial solicitud de "Los Principios", en el local que ocupa su muestra.

‘‘LOS PRINCIPIOS’’

30 de Julio de 1934.

SE PREPARA CON ENTUSIASMO LA REALIZACION DEL PRIMER CONGRESO TERCARIO DOMINICANO. — NUMEROSAS PERSONAS SE HAN ADHERIDO AL MISMO. — CONCURRIRAN A SUS SESIONES DELEGADOS DE BUENOS AIRES Y DE VARIAS PROVINCIAS DEL PAIS. — NOMINA DE LOS ADHERENTES

Con entusiasmo se prepara el Primer Congreso Nacional Terciario Dominicano que comenzará en esta capital el día 3 de agosto, conforme a lo anunciado en nuestras ediciones anteriores.

A este congreso, cuyo programa ya hemos publicado, asistirán delegaciones de la ciudad de Buenos Aires, Tucumán, Santiago del Estero, Mendoza y San Juan.

Damos a conocer a continuación la nómina completa de las personas que se han adherido a tan magno acontecimiento, el que pondrá de relieve la gratitud del pueblo cordobés hacia la ilustre y benemérita congregación fundada por el Patriarca Santo Domingo de Guzmán.

Se han adherido las siguientes personas: Lola Garzón, Nicéfora Vallejo de Posse, Josefina Rusiñol Frías de Novillo Saravia, Ignacia Garay de Novillo Agüero, Rosario Zavalía, Leonor Nieto, Blanca Loza, Dalmira Clariá Olmedo, Victoria Moyano Cires, Reginalda Argañarás, Hortensia G. de Centeno, María Herrera Machado de Ferreyra, Esther Sánchez Cires, Elvira Garzón, Malvina del Prado de Romero Matos, Angelina Deheza de Escalera, Ana María G. de Romero, Emma Sosa de Ferrer, Clota Mouján de Centeno, Pastora César de Narvaja, Edelmira y Rosario Posse, Adelina y Carmen Victoria Sánchez, Indalecia Villada, Elvira F. de Cordeiro, Rosa Ferreyra de Henin, Angela Z. de Urrets, Lucía Montenegro, Teresa Pinto de Deheza, Eugenia Deheza de García Montañó, Eulogia Cires de Sánchez, Lola Aliaga, Rosario C. de Savid, Luisa Ahumada, Zaira Escalera de Moyano, Rosario Rusiñol Frías de Novillo Corvalán, María Casas de Jofré Flores, Dora Castellano Ahumada, Ventura Torres, María de Lezama, Dominga Soria, Elisa Deheza de Martínez, Lucía Carreras Pinto, Eugenia Deheza de Aliaga, Elisa Villada, Angela Bazán Carreras de Fragueiro, Balbina

Oliva de Lascano, María Teresa de la Vega de Lascano, Sara Lascano de Fraguero, Eufemia Gavier de Beltrán, Clara Allende de Páez, Etelvina y Modesta Rodríguez, Blanca Lía Gigena, Marta Rosa Lanza Castelli, Ramona Ibáñez, Rosa A. de Soria, Stas. Núñez Riesco, Hortensia C. de Gigena, Rosaura López, Carmen Guzmán de Obregón, María Severini, María D. de Scabbuzo, Sara Rodríguez de la Torre de Novillo Saravia, Ángela Ferreyra de Tello, Virginia B. de Suárez Pinto, María Luisa L. de Hodge, Romelia Ceballos, Enriqueta Zavalía, Flora Allende, Luisa Escuti, Isabel Cabrera Pedernera, Luisa Figueroa, Francisca Oviedo, Ángela P. de Román, Clemencia Vélez de Carreras, Jerónima Escuti de Rodríguez del Busto, Ambrosia Villada de Martínez Maldonado, Bruna M. de Martínez Villada, Nélida Oviedo, Petrona del Barco, María Teresa S. F. de Gibert, Inés F. de Torres, María Antonia Carreras de Oliva, Susana Carreras de Bazán, Rosa Pinto de Carreras, María Teresa F. de Luque, Carolina Torres Castaño de Otero Capdevila, Manuela Torres Castaño de Núñez, Mercedes Vélez, Esther Garzón de Palacio, Lola L. de García Vieyra, E. María Sosa, María Augusta García Montaña, Josefa Silva, Estela Silva de Schiaffino, Victoria Canelo, Lola Aguiluz, Francisca A. de Lago, María Esther Garzón, Hortensia Carreras de Vera, Luisa Casas de Argañarás, Laura Deheza de Sarría, María C. de Molina, María Antonia Carreras de Oliva, María C. de Molina, Isabel Aliaga de Olmos, Virginia A. de Luque, Imelda A. de Luque, Juana B. P. de Sarría, Amparo Posse, Adela B. T. de Sánchez, Rosa Rian de Echegaray, Carmen Cabanillas de Montenegro, Leonor Cebreiro de Brusco, Elvira C. de González Solla, Rafaela S. de Caldelari, Rosa C. Echegaray de Gardella, Felisa F. de Roca, Sara T. de Astrain, Lola Alvarez de Vexenat, Emma Z. de Novolicio, Carlina Moyano de Olmos, María Ordóñez de Amézaga, Paulina Caruso de Cima, María Argañarás de Bustos, María Garzón de Requena, Ernestina E. de Carballo Luque, Hortensia Echegaray, Angélica Cabanillas, María Luisa Ortega, Etelvina Molina, Rosa Lozada del Viso, Angélica González, Lola Ortega, Celia Sánchez Benítez, Josefina Pinto, Marina Caldelari Sánchez, Hortensia Rodríguez, Martir y Delfa Bulacio Mariño, Rosa Garzón, María Luisa González, Hortensia Ponce Vázquez, Elena Luna, Mercedes Sosa del Pino, Isabel y Pastora Novillo Grigera, Amelia Cabanillas, Nelly Tagle Vázquez, Arminda Roble, María Ledesma, Clemira Argañaraz, Tomasa T. de Correa, Adela Silvetti de Yáñez, María Luisa C. de González, Malvina F. P. de González, Sara Ruiz del Campillo,

Juana Loza, Rosalía Sánchez de Girardone, Ofelia Sánchez, Florinda Llanos, Blanca Villagra, Francisca Aráoz de Fugo, Zulema Domínguez de Tello, Delicia González de González, Micaela Moscoso de Ortiz Molina, Micaela O. M. de Páez de la Torre, Dionisia Carranza, Carmen García, Amalia González, María T. Argañarás de Novillo, Adelina Pinto, Adela Argañarás de Gil, Estela, Josefina y Marta Schiaffino Silva, Fermina Oliva de Becerra, Romelia Luque de Ruiz, señora Suasnábar de Angulo, Blanca Angulo, "Centro Femenino de Estudios Religiosos Santa Teresita", Rosa Tiseyra Sársfield de del Viso, Ana María y Alejandrina Garzón Agulla, Aurelia López de Fernández, María Rosa Ferrer de Torres, Felisa Soaje de Núñez, Sofía Colombres de Vallejo, Julia Funes de Bonet, Eva Gavier de Pinto, Jerónima Agüero, Amelia Angulo de Montes, Josefina Campillo y Felisa Ferreyra de Roca.

× × ×

"LOS PRINCIPIOS"

3 de Agosto de 1934.

HOY SE INAUGURA EL CONGRESO DOMINICANO. — EL ACTO INICIAL SERA UNA HORA SANTA EN SANTO DOMINGO. — SE REALIZA EL CONGRESO CON MOTIVO DEL 7º CENTENARIO DE LA CANONIZACION DE SANTO DOMINGO. — EL HORARIO DE LOS ACTOS. — LAS CEREMONIAS RELIGIOSAS DE HOY EN LA BASILICA SE INICIAN
A LAS 17 Y 30

Hoy comienza el Primer Congreso Nacional Terciario Dominicano cuya primera y segunda etapa verificóse el mes pasado en la ciudad de Tucumán y en la Capital Federal.

Se realizará dicho congreso con motivo del séptimo centenario de la canonización de Santo Domingo de Guzmán, fundador de la antigua y benemérita Orden de Predicadores y muy especialmente en el sentido de obtener que el XXXII Congreso Eucarístico Internacional eleve por sí al Soberano Pontífice un voto impetrando la glorificación definitiva de la Beata Imelda Lambertini.

A continuación publicamos el horario completo de los actos que se verificarán hoy y mañana, primer día del Congreso Terciario.

LOS ACTOS DE HOY

A las 17.30 horas, vísperas solemnes oficiadas por la Comunidad Franciscana en la basílica del Milagro.

A las 18 horas, Hora Santa. Acto inicial del Primer Congreso Nacional Terciario Dominicano. Ocupará la cátedra sagrada el Excmo. señor obispo de Córdoba, monseñor doctor Fermín E. Lafitte.

Bendición solemne con el Santísimo Sacramento, oficiada por el señor secretario del obispado presbítero doctor Domingo Alberto Bonaparte, asistido por señores sacerdotes del clero secular.

DISTRIBUCIONES DE MAÑANA

A las 8 horas, jornada eucarística y alocución por el Padre Superior de los Misioneros del Corazón de María.

A las 9 y 30 horas, misa solemne oficiada por la comunidad Franciscana y panegírico del Patriarca Santo Domingo de Guzmán, por el Padre Superior de la Compañía de Jesús.

A las 17 y 30 horas, bendición solemne con el Santísimo Sacramento, oficiando la Comunidad Carmelitana.

En el salón de la Caja Popular de Ahorros, a las 14.30 horas, disertación: "Formación espiritual del Terciario". Ponente relator, fray Angélico Bruhn. Estudio de conclusiones.

A las 18 horas, asamblea pública.

1º Conferencia por el artista Fray Guillermo Butler, O. P. "El arte en la Orden de Santo Domingo".

2º Música clásica.

3º Disertación: "La Orden de Santo Domingo, escuela de vida espiritual y de santidad heroica", por el doctor Francisco Vocos.

4º Sinfonía por la orquesta.

5º Disertación: "De la milicia a la penitencia", por el doctor Adolfo Gourdy, delegado por Buenos Aires.

HOY LLEGA UNA DELEGACION DE TERCIARIAS TUCUMANAS

En la mañana de hoy arribará a esta ciudad una delegación procedente de Tucumán con el objeto de tomar parte en el Primer Congreso Nacional Terciario Dominicano.

Mañana publicaremos la nómina completa de las personas que la integran.

TELEGRAMA

LA COMISION EJECUTIVA CENTRAL DEL CONGRESO
A LOS ASAMBLEISTAS DE LA CIUDAD DE CORDOBA

*M. R. Prior Provincial Fray Tomás Luque,
Convento Santo Domingo,
Córdoba.*

Bs. Aires, 1419-68-12-22 (Recomendado)

Comisión Central Primer Congreso Nacional Terciario Dominicano saluda y felicita Reverendísima Paternidad y Hermandad de Córdoba en celebración última etapa congreso y festividad glorioso Patriarca. Al augurarle brillante coronamiento ruega amadísimo Padre Santo Domingo bendiga con bondades infinitas a nuestra patria, ilustre Comunidad y Venerable Orden Tercera. *Santiago Levalle*, Hermano Prior. — *Mariano A. Orgeira*, Secretario General.

R.D.D.O.

SALUDO DE BIENVENIDA
EN LA RECEPCION DE LOS DELEGADOS

Por el Sr. Dr. RAÚL PUCHETA MORCILLO, T. D.

Señores Delegados:

UNA vez más en su ya larga historia de espirituales faustos, tócale a la vieja ciudad de los campanarios, a la Córdoba arzobispal de nuestros días, ser el marco solemne de asambleas memorables.

Aún no extinguido el eco de vuestras brillantes disertaciones pronunciadas en Tucumán y en Buenos Aires, os congregáis entre nosotros en esta etapa final de vuestra jornada, para cerrar con broche de oro vuestras deliberaciones y dejar finiquitadas vuestras tareas con la adopción final de las conclusiones que vais a proponer como normas directivas en que deba encuadrarse en adelante la actividad apostólica de la Venerable Orden Tercera Dominicana en nuestra patria.

Nobles afanes os inquietan, señores: la reconquista de la sociedad para la causa de Cristo es el norte invariable en que cifra su empeño esta milicia siete veces centenaria a que pertenecemos; pero pocas veces como ahora la lucha ha de ser titánica, porque nunca llegó a tanto la soberbia de los hombres al rechazar, como ahora, de sus conciencias, de sus hogares y de sus instituciones, la sacrosanta doctrina del Crucificado: tinieblas de error en las inteligencias, hielos de egoísmo en los corazones, repugnante sensualismo en las costumbres, rebelión y anarquía en las conciencias, en no igualada intensidad y difusión, corroen los cimientos mismos de la sociedad y hacen temer su derrumbe definitivo.

Pero si bien es indudable que las fuerzas del mal libran contra la verdad y el bien su más furioso combate, no es menos cierto que asistimos al comienzo de un formidable resurgimiento espiritual

que ya empieza a producir esplendorosos destellos: diríase que la humanidad despierta de un mortífero letargo durante el cual, como en ese sueño invernal de los grandes reptiles, su actividad estuvo acantonada a una vida puramente vegetativa; y sacudiendo de golpe su pereza, acicateada por los cálidos efluvios del sol de la verdad, se hubiera decidido de una vez por todas a retomar el curso de la vida, triunfadora de los invernales hielos del más torpe de los materialismos.

Es que a la nave de Pedro, no la sumergen los oleajes embravecidos de las pasiones; es que la gloria externa de Dios, siempre radiante en el seno de su Iglesia, empieza a desbordarse iluminando al mundo; es que la divina savia, que alimenta a la vid, parece animada de renovado vigor y promete llegar hasta las últimas ramificaciones del árbol, a tal punto que, por no sé qué secretos designios de Dios, vivimos uno de los momentos más trascendentales de la historia.

Lógico era entonces que en nuestra querida patria, que naciera a la civilización por obra de los pacíficos conquistadores armados de la cruz, este resurgimiento espiritual de nuestros días tuviera tan cristiano sabor.

A ello contribuye, de especial manera, la perspectiva próxima del magno acontecimiento en que nuestro pueblo, al unísono con todos los pueblos de la tierra, tributará a la realeza de Cristo el universal homenaje del XXXII Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires, precisamente durante el Año Santo, en que la Iglesia de Cristo celebra el XIX centenario del sagrado misterio de la Redención; y, por lo que a nosotros se refiere, Córdoba vive momentos de intenso júbilo espiritual, al haberse elevado, por especial gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, el viejo obispado de Córdoba, a la dignidad de solio arzobispal.

Y si a las características que dan al ambiente tan trascendentales acontecimientos, unimos la circunstancia especialísima de que ellos se producen precisamente en el año en que se cumple el séptimo centenario de que fuera elevado al honor de los altares el modelo de santos, maestro de doctores y ejemplo de apóstoles, Domingo de Guzmán; debiendo iniciar la última etapa de vuestras tareas, precisamente hoy, el día de la fiesta de nuestro glorioso Patriarca tendríamos que convenir en que, o bien la Divina Providencia quiso dar a vuestras asambleas un hondo significado espiritual, o bien iluminó con sublimes resplandores, la certera y amplia visión del

héroe de esta jornada, el promotor de este Congreso, nuestro muy amado y reverendo Padre Prior Provincial, Fray Tomás Luque.

En uno u otro caso, creo haber tenido sobrada razón al calificar de memorables vuestras asambleas: os doy por ello mi humilde enhorabuena, señores delegados, y os tributo el saludo de bienvenida en nombre del Muy Reverendo Padre Prior de la Comunidad Dominicana y en el de la comisión directiva de la Venerable Orden Dominicana de esta ciudad, y en el de todos los Hermanos vuestros de Córdoba.

Precisamente, tócanos a los que vivimos en el siglo, estrechar nuestras filas en torno a la Jerarquía, para alargar su brazo, y hacer llegar sus enseñanzas al seno de la sociedad; para ello, es indispensable modernizar nuestras armas para vencer al enemigo común, que ya se presume invencible, adueñado como está de baluartes estratégicos, constituídos por la escuela, la universidad, los gabinetes, los parlamentos, la prensa, el cine y hasta el deporte; y contra esa formidable organización nos estrellaríamos impotentes, si, aparte de poseer armas equivalentes, no cimentáramos nuestro valor en la disciplina, que es, para los cristianos, la santidad de nuestra propia vida.

Agradecemos a Dios, entonces, ya que pocos como los que le debemos el don inmenso de pertenecer a la Orden Dominicana, tendrán una norma tan perfecta y eficaz para adquirirla, como la que constituye nuestra Regla: y esta afirmación, que ha salido de labios de Pontífices como Benedicto XV y Pío XI, está abonada por siete siglos de historia, y por una pléyade gloriosa de santos y doctores que perfumaron al mundo con las flores de su ciencia y de su virtud.

Señores delegados: podéis, pues, empezar vuestras tareas; estáis en vuestra casa.



La señorita LOLA GARZON, Hermana Priora de la Venerable Orden Tercera de Córdoba, y Delegadas a las asambleas

“FORMACION ESPIRITUAL DEL TERCARIO DOMINICO”

Por el M. R. P. Fray ANGÉLICO T. BRUHN, O. P.

Señoras, Señores:

TODO el contenido de la disertación con que doy comienzo a las sesiones privadas del Primer Congreso Nacional Terciario Dominicano (en esta ciudad dominicana desde su origen) disertación que versará sobre: “La formación espiritual del Terciario Dominicano”, puede sintetizarse en aquellas palabras de Jesús: “El que permanece en Mí y Yo en él, éste dará abundantes frutos”.

Para comprobarlo no tenemos más que estudiar la estructura íntima de la Tercera Orden, su fin, sus medios conducentes a ese fin, su legislación.

En efecto, abro la primera página de sus estatutos y leo en ella estas palabras: “La Tercera Orden seglar de los Hermanos Predicadores u Orden de Penitencia de Santo Domingo, llamada también Milicia de Jesucristo, es la reunión de fieles cristianos, que viviendo en el siglo y participando de la vida religiosa y apostólica de los Hermanos Predicadores, bajo la dirección de la misma Orden, aspiran a la perfección cristiana, mediante el cumplimiento de la propia Regla aprobada por la Iglesia”.

La Tercera Orden, es pues, según la Regla de la misma, una Orden religiosa, y por lo mismo sus miembros son religiosos; es una milicia, y por ende sus miembros son verdaderos milicianos; Orden religiosa dependiente en su formación espiritual, de la Orden de Hermanos Predicadores, y no sólo dependientes, sino unidos íntimamente a su mismo destino, en forma tal que la Orden de Predicadores los considera sus hijos, sus miembros unidos estrechamente al cuerpo de la Orden, que tienen en una palabra el mismo destino en su misión: la salvación de las almas, mediante el apostolado. La misma Regla lo dice unas líneas más adelante: “El fin de esta Orden

es la propia santificación o el seguir una vida cristiana más perfecta, y laborar, según sus facultades y su medio de vida, que en el mundo se le permita, por la salvación de las almas”.

Es la Tercera Orden una milicia y sus miembros verdaderos milicianos, y como tales deben tener su jefe y sus armas para combatir las batallas de su Jefe; debe obedecerle ciegamente como todo buen miliciano obedece a su jefe, debe defenderlo hasta con la muerte si es necesario, debe seguir sus consejos, escuchar su voz, penetrarse de su espíritu. Y como el jefe de esta milicia es Jesucristo, como su mismo nombre lo dice, el Terciario debe obedecer ciegamente a Cristo, seguir sus consejos, defender su honor y su vida, penetrarse de su espíritu, y así cumplirá con su destino, será un verdadero miliciano de Jesús.

Para mejor comprender el contenido de la Regla en las palabras ya citadas, vamos a considerar el pensamiento de Santo Domingo al fundar la Tercera Orden.

Santo Domingo de Guzmán comprendió que la vida monástica era la más propia para santificarse, por eso, de hecho, antes de Santo Domingo, las almas que querían seguir el camino seguro de la perfección cristiana, se recogían en los monasterios; la vida de los monasterios no era sino la vida cristiana de los primeros siglos, con la diferencia que esta vida cristiana que en los primeros siglos tenía su sede en medio de la sociedad, en los hogares cristianos, y hasta en los mismos palacios de los reyes, había huído a los desiertos, a la soledad de las montañas, temerosa de ser totalmente ahogada por el mundo que como el pueblo de Israel, sacado por misericordia de Dios del estado de esclavitud, volvía su mirada al Egipto y extrañaba sus comidas y sus ídolos; el mundo se volvía hacia el paganismo, y la vida cristiana perfecta de los primeros fieles se refugiaba en los lugares apartados del bullicio del mundo inmortificado y ansioso de las viandas prohibidas de los dioses: la satisfacción de las pasiones.

La idea concebida por Domingo fué hacer volver a la sociedad esa vida cristiana, hacerla descender de los montes, traerla del retiro de los desiertos y colocarla nuevamente en el trono que Dios le había dado, colocarla en medio de la sociedad, hacerla conocer y amar de los hombres, porque ella sería la única salvación de la sociedad paganizada de su tiempo. Ni las armas, ni las disposiciones de los Pontífices, ni los concilios, harían nada mientras esa vida cristiana no volviera a la sociedad, a los hogares.

Quiso pues, Santo Domingo, que ya que eran tan pocos los hombres que abrazaban la vida religiosa, vocación propia de los privilegiados, de los muy esforzados, y permitida sólo a los civiles, a los desligados de todo negocio en el mundo, y estos eran muy pocos, quiso que la vida monástica viniese en busca de los hombres y penetrase en sus hogares e hiciera sentir en la sociedad sus benéficos influjos. Y así fué, fundó monasterios en los centros más populosos, en las ciudades más dadas a las cosas de la tierra, y los monasterios se convirtieron en faros potentes que atrajeron a almas sedientas de luz, de paz, de verdad, de felicidad, y caían a los pies de Domingo pidiendo ser admitidos en aquellos oasis, lo mismo los simples fieles que los grandes personajes, los más afamados comerciantes y los profesores más eximios de las universidades. Es pasmoso ver en cuán pocos años se llenaron los conventos y el gran número de conventos que se fundaron, no quedando ciudad importante que no tuviera al menos uno en su seno, transformando la sociedad, porque las almas que en ellos se refugiaban eran luz que disipaba las tinieblas del error, almas que cumplieron el mandato de Jesús que dijo: "la luz no ha sido hecha para ser colocada debajo del celémín, sino en lugar alto para que ilumine; luzca vuestra luz delante de los hombres para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos". Como los Apóstoles del Cenáculo, salían aquellos santos varones de los conventos y llevaban en sus rostros, en su porte, en sus palabras, las luces de lo alto que recibían en sus estudios, en sus meditaciones, en sus comunicaciones con Dios. Pero Santo Domingo no se contentó aún con esto, quería encender todas las almas en esta vida cristiana. Aún esta vida de monasterio en las ciudades, era una barrera para muchas almas, que ligadas por compromisos indisolubles no podrían entrar en ellos. Y por eso hizo que esa vida monástica se acercara de una manera más íntima a la sociedad, llegara hasta el mismo seno de los hogares, y esto lo consiguió con la fundación de la Orden Tercera de Penitencia, convirtiendo a los hogares en monasterios y escuelas de santidad, y con tan acertado criterio que mediante ella la Orden dominica ha enriquecido su diadema con joyas tan valiosas como Catalina de Sena, Rosa de Lima, y un sinnúmero de santos, que han pertenecido a la Orden Tercera de Penitencia.

Por eso pudo decir muy justamente un Papa: "después de la transformación de la sociedad llevada a cabo por los apóstoles, no

se ha producido otra tan profunda y tan rápida como la realizada por Domingo de Guzmán”.

Pero este es un aspecto de la obra de Santo Domingo, su idea era más amplia, más completa, más universal. Si bien el hecho de haber trasplantado la vida cristiana perfecta de los monasterios a las ciudades y a los hogares atraería muchas almas a Cristo, su sed de la salvación de las almas no se saciaba aún con esto; quiso que esas mismas almas dadas a la vida cristiana perfecta, fueran cada una de ellas como un sol divino que llevara a las almas envueltas en el error y la ignorancia de la religión, la luz de la Verdad; a las almas tibias en el servicio del Señor, el ardor de la Caridad; en una palabra, quiso formar apóstoles que llegaran con su acción hasta donde no podrían llegar los religiosos de los monasterios. Bajo la dirección y eficaz influencia de los religiosos del claustro, deberían ellos apoyar y prolongar su mismo plan de apostolado, penetrando hasta lo más íntimo de la sociedad.

El campo de acción del Terciario trabajando aisladamente sería muy reducido, y podría llevar el desaliento a su espíritu; para salvar esta dificultad, Santo Domingo los une a todos en la unidad de acción, en la uniformidad de vida, en la unión de medios, de manera que cada Terciario estuviera unido con otros muchos que lucharían por el mismo fin. Un grano de arena es una insignificancia en la armonía de los mundos, y sin embargo muchos granos de arena detienen la furia del mar que no puede pasar a pesar de su pujanza, los límites de esa barrera infranqueable a pesar de la relativa debilidad de cada una de las unidades que la forman. Una molécula es invisible a nuestra vista y sin embargo unidas muchas de ellas constituyen las inmensas moles de las montañas. Una gota de agua es una insignificancia, pero unidas muchas de ellas constituyen los inmensos mares que nos hacen temblar con sus tormentas. Esta fuerza de la unión de pequeños elementos es lo que constituye la fuerza pujante y avasalladora de la Tercera Orden.

Establecida pues la naturaleza o la misión del Terciario dominico: el apostolado, entremos a considerar lo que constituye en rigor la materia de mi disertación: “La formación espiritual del Terciario dominico”; y en esto como en lo anterior vamos a seguir la ruta marcada por la Regla misma de la Tercera Orden.

El fin es el apostolado y la propia santificación. Aquel es el complemento de ésta. La Regla, obra de mentalidades selectas, no sólo nos debía marcar el fin del Terciario, sino que debía señalarnos

el camino, darnos los medios. Y así lo hace. "Los medios, dice la Regla, para llegar a la consecución de este fin, a más de los preceptos de la ley de Dios, y las obligaciones del propio estado, son: la guarda de esta Regla, y muy principalmente la oración asidua y a ser posible litúrgica, la práctica de la penitencia, las obras del apostolado en la propagación de la fe y de la Iglesia, y según su estado y condición, las obras de caridad".

Esto es lo que la Regla dice al respecto y es lo que vamos a considerar.

Cuando se trata de dar normas espirituales a un apóstol, no debemos buscar otro modelo que el maestro de los apóstoles, Jesucristo: "No me elegisteis vosotros a Mí, sino que Yo os elegí a vosotros para que vayáis y recojáis abundantes frutos".

Cuando Jesús eligió a los discípulos, no los eligió por sus condiciones de apóstoles ya formados, sino para formarlos.

¿Y qué hizo? Lo primero fué separarlos del mundo. Vosotros no sois del mundo. Y los lleva consigo siempre, quiere que sean testigos de sus palabras, que escuchen todas sus enseñanzas, que vean todas sus obras, porque lo que El diga, lo que El haga, es lo que sus discípulos han de hacer; y así los vemos seguir al Señor siempre, y a veces los aparta de la multitud y les enseña más claramente el sentido de sus predicaciones, les obliga a que oren con El. Y a medida que se aproxima su pasión los atiende con más predilección y les habla más claramente de los misterios sobrenaturales y ellos también se posesionan más de ellos. Pero, sin embargo, cuando ya el Señor se determina a entregarse a la pasión les dice: "El consolador, el Espíritu Santo, que enviará mi Padre os lo enseñará todo y os recordará cuantas cosas os tengo dichas. Aún tengo otras muchas cosas que deciros, mas ahora no podeis comprenderlas. Cuando, empero, venga el Espíritu de verdad, él os enseñará todas las verdades". ¿Y cómo es que el mismo Jesús no podía enseñarlas siendo que había dicho "Yo soy la Verdad", el que anda conmigo no anda en tinieblas"?

Hay que observar que Jesús al prometerles el Espíritu Santo les dice también: "no hablará de suyo, este Espíritu, sino que dirá todas las cosas que habrá oído. . . , él me glorificará porque recibirá de lo mío y os lo anunciará". ¿Por qué pues, Jesús no les anunciaba directamente las verdades? Era necesario que pasara primero por el Calvario, no porque necesitara para sí este requisito para poder enseñar las verdades todas, sino para enseñanza de sus discípulos,

para hacerles ver a ellos y en ellos a todos los apóstoles del porvenir, que para comprender y sobre todo para anunciar ciertas verdades era necesario pasar antes por el Calvario de la penitencia, por el Calvario donde se bebe hasta las heces el cáliz de la amargura, por el Calvario donde se inmola la propia voluntad para seguir sólo la voluntad de Dios, por el Calvario donde se acrisolan las más heroicas virtudes, por el Calvario donde al parecer se va derecho al deshonor, a la derrota, a la muerte de todo lo humano, para resucitar glorioso, puro, santo, purificado, de las escorias de la vieja naturaleza, y merecerse así las luces del Espíritu Santo, para salir iluminados, valientes, arrojados, dispuestos a la muerte por defender el nombre de Cristo, por confesar la verdad que ya no avergüenza, como avergonzaba a los Apóstoles en el Pretorio. ¡Oh, qué transformados salieron los discípulos cuando recibieron el Espíritu prometido por Jesús, en toda su plenitud! Entonces comprendieron el misterio de la Pasión que antes los había escandalizado y los había atemorizado hasta hacerlos huir despavoridos, hasta hacerlos negar a Cristo. Pero una vez recibidas las luces del Espíritu Santo, encontraron valor hasta sellar con su sangre las verdades hasta antes de la Pasión oscuras, incomprensibles, desalentadoras.

Este es el plan que debe seguir todo apóstol. El apóstol debe acompañar a Cristo en todos sus pasos, debe escuchar sus doctrinas, debe orar, pero no llegará a la perfección de su apostolado sino pasando por el Calvario, cuando haya crucificado con Cristo su cuerpo, entonces recibirá la plena lucidez de su inteligencia, la fuerza heroica en su corazón para confesar a Cristo y para correr presuroso en busca de almas para evangelizar. San Pablo decía: "revestíos de Cristo, pero de Cristo crucificado".

Y este es el plan también de la Regla de la Tercera Orden al dar las normas, los medios con que ha de cumplir su cometido.

Repito las palabras de la Regla: "los medios para conseguir este fin, son además del cumplimiento de los mandamientos de Dios y las obligaciones del propio estado, la oración asidua, y a ser posible litúrgica, la penitencia y la caridad".

Primero la oración litúrgica. Es la etapa inicial del apóstol. La liturgia viene a ser la vida de los apóstoles acompañando a Jesús hasta su Pasión. Para convencernos no tenemos más que examinarla.

Festugiére ha dicho: "la liturgia es el método auténticamente instituido por la Iglesia para simular las almas a Jesucristo", y en realidad es así, pues la liturgia es la consideración sistemática, cro-

nológica, de todos los pasos de Jesús, recordándonos su vida desde su encarnación hasta su gloriosa ascensión a los cielos, presentándonos sus milagros, recordándonos sus enseñanzas, sus palabras, sus promesas, sus milagros. Por eso San Agustín dice: "lo que una vez fué realizado en verdad, esto es lo que repetidas veces hace revivir la liturgia en las almas". "Todo lo que hizo Cristo en la Cruz, dice el mismo santo, todo lo que hizo en la sepultura, en la resurrección, en la ascensión a los cielos, a la diestra de su Padre, fué no sólo en un sentido místico, sino para que la vida cristiana se configurase a estos hechos".

Esto era lo que los primeros cristianos hacían, participaban con los sacerdotes en los oficios divinos, cada día se leían los libros santos, se recordaban los mandamientos del Señor, las obras innumerables de su misericordia, recitábanse los salmos y cánticos proféticos. Y esta vida de compenetración con la del Maestro Jesús, los alentaba, para resistir a las pasiones, a los enemigos exteriores, para sobrellevar la cruz del sacrificio diario, y los unía en íntimo consorcio unos a otros y todos a la Iglesia representada en el sacerdocio. Y a medida que esa vida de intimidad, de unión con la vida de Cristo, fué disminuyendo, a medida que los fieles iban a los cultos como simples espectadores inconscientes de lo que el sacerdote decía, la fe se fué entibiando, los mandamientos de Dios despreciando, la vida de Jesús olvidando, y ocupando el último lugar en las ocupaciones de la vida cristiana, los asuntos del alma. La liturgia terminó por ser sólo el alimento de un reducido número de almas, refugióse en los monasterios como en un relicario, y con la liturgia la vida profundamente cristiana, fervorosa, como la de los cristianos de las catacumbas.

Esta fué una de las obras de Santo Domingo, acercar a las almas a la fuente fecunda de la liturgia, obligando a sus religiosos a rezo coral, y poniendo como uno de los elementos de su formación la meditación continua, diaria de la liturgia del oficio divino, de la misa diaria, para que compenetrados los religiosos de estos misterios, supieran inculcarlos a los fieles. Y así vemos que los religiosos después de rezar los maitines de media noche, quedábanse en el coro a meditar sobre lo que se había rezado, y el Santo dábales en esto ejemplo, pues cuando los religiosos iban al coro encontrábanlo ya al Santo en él, siendo el último en abandonarlo. Y dispuso que las horas del oficio diario fueran a horas en que los fieles pudieran asistir, para enfervorizarlos con el rezo solemne del Oficio y expe-

rimentaran con ello el deseo de participar y gustar la dulce eficacia de los cultos solemnes.

Este mismo espíritu de amor a la liturgia quiso Santo Domingo que lo tuvieran los Hermanos Terciarios, y por eso en un principio se les obligó también al rezo del divino Oficio.

¿Y cuál es el centro de la vida litúrgica? Es el santo sacrificio de la misa. Cada día la liturgia nos va presentando un paso de la vida del Señor, pero el sacrificio de la misa nos lo presenta todos los días del año, porque el sacrificio de la misa es como el eje sobre el cual giran todos los misterios de Cristo, es como el sol que ilumina y da vida a todos los otros pasos de Jesús, es la consumación de todos ellos, todos ellos están ordenados al sacrificio de la misa, por eso Jesús se reservó para el último la institución del sacramento de la Eucaristía, porque todos los demás sacramentos están como ordenados a la Eucaristía. Por eso la vida cristiana es lánguida aunque se reciban los demás sacramentos, mientras no se une a Cristo mediante el sacramento de la Eucaristía, mientras no participa cumplidamente del santo sacrificio de la misa.

Su Santidad Pío XI en su Motu Proprio del 22 de noviembre de 1923 dice: "Tomar parte activa y cooperar a los santos misterios y a la oración pública y solemne, con una asistencia piadosa y llena de fervor, ayudando si es posible al santo sacrificio de la misa, es el medio de entrar en comunicación más directa con el pensamiento de la Iglesia, y beber de su fuente principal e indispensable, el verdadero espíritu cristiano".

La vida litúrgica con la Iglesia, nos templa para la vida de sacrificio, que es el segundo elemento de la formación espiritual del Apóstol. Dije que Jesús debía pasar por el Calvario para revelar muchas de las verdades y enviarles el Espíritu Santo que había de dar la luz, la fuerza a los apóstoles, enseñándonos con esto que el Apóstol debe pasar por el crisol de la penitencia para poder recibir el Espíritu Santo que le iluminará perfectamente y le dará la fuerza sobrenatural que necesita para que su apostolado produzca abundantes frutos de santidad en su alma y en las de los demás.

Nada repugna tanto a la naturaleza como la mortificación, tanto la del cuerpo como la del espíritu, pero es también axiomático que a nada se llega apartándose del camino de la mortificación. Por eso Cristo, que podía habernos redimido con sólo un pequeño sacrificio, quiso beber su cáliz hasta las heces, para darnos aliento a nosotros, dice Santo Tomás, y éste es el fruto que el Terciario re-

cogerá en la vida litúrgica, el espíritu de sacrificio, de penitencia, que es otro de los elementos de su formación espiritual.

Dice el venerable Taulero: "La primera cosa que en nosotros pone embarazo a Dios y a su gracia es la naturaleza inmortificada y desordenada... muy fácilmente por los sentidos nos derramamos... somos superfluos en palabras... y perezosos y tibios en la oración. No observamos nuestro interior ni procuramos mediante la abnegación corresponder a las divinas inspiraciones, ni asistimos con viveza a la presencia de Dios. Estando Dios dentro de nosotros, ¿cuál es la causa de que no le sintamos?" La causa radica en que con nuestra disipación e inmortificación, no puede obrar en nosotros su gracia... "el ojo de nuestra inteligencia está lleno de polvo y lodo", porque no queremos morir a nuestra sensualidad y convertirnos de todo corazón a Dios. Para que la gracia obre es necesario renunciar a los placeres del siglo e imprimir en el corazón la memoria de los padecimientos del Salvador.

La contemplación de la pasión de Jesús ha sido para los santos de la Orden nuestra una de las devociones más amadas, habiendo muchos de ellos recibido la gracia de los estigmas sagrados de Jesús en su cuerpo como delicado presente que Jesús les dispensó por el acendrado amor a sus misterios dolorosos. Según el catálogo de Imbert-Bourbeyre los estigmatizados habidos en la Iglesia son 321, y de estos 321, pertenecen 109 a nuestra Orden. Y dícenos la historia de Nuestro Padre que se recogía en la cueva de Segovia y allí los demonios, por permiso de Dios, le hacían sufrir todos los pasos de la Pasión del Señor; entre los Terciarios a Santa Catalina de Sena le acaeció lo mismo.

Santo Domingo decía: "cuanto más se mortifican las almas, tanto más las vivifica Dios y las llena de su espíritu... A medida que el alma se aleja de la cruz, se hace más incapaz de las consolaciones del cielo".

Como un complemento de la oración litúrgica el Terciario recibió de Santo Domingo otra arma poderosa de defensa, otro crisol infalible de formación espiritual, es el Santo Rosario. Tiene el rosario dos ventajas para el Apóstol: es la oración más poderosa para arrebatarse al cielo la gracia y es al mismo tiempo una escuela, la más apta, para hacer del Terciario un apóstol verdadero. Es la oración más grata, porque dos son los motivos que dan más eficacia a nuestra oración: Uno es el aprecio que Dios tiene de la persona que presenta la oración, y otra es el motivo que la inspira.

Este último es más eficaz a medida que dice mayor orden a la gloria de Dios y santificación de las almas. Según esto podemos decir que el Terciario Dominicano, que se vale del rosario como arma poderosa para la conquista de las almas, nunca dejará de triunfar, porque con la oración del rosario hecha con el fin del apostolado, obliga a Dios a que le escuche, por cuanto cumple en la forma más perfecta con estas dos condiciones antedichas para la eficacia de la oración.

Primeramente por la oración del rosario presenta a Dios la intercesión de las dos personas más gratas a Su Divina Majestad, y a las cuales nada les puede negar, que son Jesús y María, de quienes se recuerdan los méritos en los misterios del rosario. Si Jesucristo dijo: "Pedid cualquier cosa en mi nombre a mi Padre y os la concederá", esta petición la formula magníficamente el rosario.

En segundo lugar con la oración del rosario, el Terciario cumple con uno de los deseos más íntimos de Jesús, cual es la conversión de las almas. ¡Amados Hermanos, creo que la oración que se hace por la conversión de los pecadores jamás es rechazada por Dios! Un día Saulo se dirigía a Damasco con intención de acabar con los cristianos. De pronto en el camino cae herido por la gracia de Dios. Y de perseguidor se convierte en vaso de elección. ¿Cómo se ha producido este cambio tan radical? Ah, es que un día es apedreado un joven por ser cristiano y exhala su último aliento bajo el golpe de las piedras de sus enemigos, entre los cuales hallábase un joven de nombre Saulo, el mismo que caía herido por la gracia en el camino de Damasco. Aquel joven, llamado Esteban, primer mártir del cristianismo, había pedido por él en su última plegaria, Dios había escuchado su oración, y por su intercesión Saulo se convierte de perseguidor en apóstol.

Era el 20 de enero de 1842, un correligionario del Saulo, perseguidor de Jesucristo, Alfonso Ratisbona, entra a la iglesia de San Andrés en Roma, atraído por una fuerza para él desconocida hasta entonces y una vez dentro del templo, que estaba desierto, es decir estaba vacío de gente pero lleno de Dios, cae de rodillas impulsado por la misma fuerza que lo había hecho entrar al templo; no reza porque no sabe rezar, no sabe sino blasfemar, quédase mudo y doblegado por aquella fuerza; cae en un éxtasis, y cuando vuelve en sí, se siente cristiano, se siente apóstol, se siente abrazado del amor del que hasta entonces había sido su enemigo: Jesús de Nazareth, y al sentirse así transformado, sin saber cómo, sin haberlo él deseado ni pedido, exclamó: ¡Oh, cuánto se ha rezado por mí!

La fuerza de la oración es irresistible hasta para el mismo Dios, cuando ésta se hace por apostolado, porque lleva esta oración el salvoconducto que le hace franquear los cielos sin dificultades, lleva el sello de la caridad.

La Caridad, otro de los caminos que ha de seguir el apóstol, el apóstol que es "alter Christus", otro Cristo. Nada recomendó tanto Cristo como la ley de la Caridad. ¡Cuántos y cuán diversos campos de acción tiene esta virtud, que es expresión tan genuina de Dios, que el apóstol San Juan no titubeó en llamar a Dios, Caridad! "Deus charitas est". Dios es Caridad. Estar impregnado de Caridad, es estar impregnado de Dios; de la bondad de Dios, de la mansedumbre de Dios, de la generosidad de Dios, de la compasión de Dios, del amor de Dios a las almas.

Así, pues, en estas enseñanzas que se resumen en una sola: en seguir a Cristo, en escuchar a Cristo, en unirse íntimamente con Cristo, hasta hacerse una sola cosa con El, y poder decir con San Pablo: "Vivo yo, mas no yo, sino que es Cristo quien vive en mí"... es donde el Terciario debe templar su espíritu, debe forjar su alma de apóstol, uniéndose como decía en un principio con Cristo, para producir abundantes frutos. Y lo conseguirá el Terciario Dominicó cuando pueda decir con San Pablo: "No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo, que vive en nosotros". Porque Dios, dijo que la luz brillase en medio de las tinieblas, él mismo ha hecho brillar su claridad en nuestros corazones, a fin de que nosotros podamos iluminar a los demás por medio del conocimiento de la gloria de Dios, según ella resplandece en Jesucristo. Traigamos siempre representada en nuestro cuerpo la mortificación de Jesús, a fin de que la vida de Jesús se manifieste también en nuestros cuerpos.

Así podrá el Terciario repetir con San Pablo, en la hora de su triunfo: "La gracia de Dios no fué en mí vacía; produjo abundantes frutos".

Sólo espero la recompensa que el Divino Juez dará a sus servidores.

He dicho.

“EL ARTE EN LA ORDEN DE SANTO DOMINGO”

Por el M. R. P. Fray GUILLERMO BUTLER, O. P.

*Excmo. y Rvmo. Sr. Obispo,
Venerables Hermanos:*

PARA ninguno de nosotros puede ser una novedad la protección y el alto aprecio que todas las bellas artes han encontrado siempre en las Ordenes religiosas, particularmente, en aquellas cuya historia arranca del Medioevo. Los Religiosos, que con tanto anhelo habían sabido salvar los tesoros de la civilización antigua, no podían ser indiferentes a la expresión de arte que en ese momento no era otra cosa que la exteriorización de un sentimiento profundamente religioso, de una fe sincera, y de un idealismo tan sublime y de auténtica belleza, como no se registra otro en la historia de la humanidad. Esa espontánea y sincera expresión de arte, bastaría ella sola, para aclarar y limpiar el horizonte de calumnias y falsedades, que con tanto empeño, se ha querido manchar y ensombrecer en esa época de auténtico cristianismo. Hoy, después de tantos siglos, volvemos los ojos llenos de asombro y de admiración a esos bellos y majestuosos monumentos que guardan como en precioso relicario el alma y la emoción espontánea de una generación que se agiganta mientras más y mejor se la conoce.

Si hoy, más que nunca, volvemos nuestras miradas a esa época, impresionados por el inmenso desastre y desorientación en que nos vemos envueltos, debido al tan decantado liberalismo y humanismo, observamos que esa aspiración desordenada a una felicidad puramente sensual, alejando al hombre de Dios, ha alejado también al artista del objeto más sublime de inspiración y de belleza, sembrando en el mundo, no sólo la anarquía en todas las actividades del espíritu, sino también un gran desequilibrio moral, y la ruina más desastrosa del sentimiento cristiano.

Es, a partir del Renacimiento, que se viene luchando con una

tenacidad verdaderamente diabólica, para arrancar de la conciencia del hombre la idea de lo sobrenatural; esto, ha traído como consecuencia, no sólo la depravación de las costumbres, el relajamiento de los caracteres, la inobservancia de las leyes y la total indisciplina en todos los órdenes, sino también la más completa desorientación del arte.

Indudablemente hay en nosotros un orgullo que nos ciega, y que nos va apartando poco a poco de la verdad y de la belleza que son atributos esenciales de Dios, y si a El no nos subordinamos humildemente, tened por cierto que divagaremos, como ya desgraciadamente lo hacemos, en el caos y en el absurdo más absoluto. Es verdaderamente aterradora, la negra perspectiva que se descubre en todo el horizonte; en dondequiera que fijemos la mirada, vemos al hombre egoísta y en absoluto, desprovisto de caridad cristiana, de aquella caridad que con tanto anhelo y mansedumbre nos predicara con la palabra y el ejemplo el buen Jesús de Nazareth. No quisiera ser pesimista en mi apreciación y juicio, pero tampoco se pueden dar gritos de júbilo, en torno del becerro de oro, con los ciegos optimistas, como muy bien dice el P. Weiss. Ante todo, nuestra obra debe ser constructiva, y para ello es necesario que retornemos al verdadero punto de apoyo, es decir, es indispensable que Dios ocupe en nuestro espíritu, el lugar que le corresponde.

Volviendo a mi asunto, debo decir que en esta gloriosa época medioeval, y de auténtico cristianismo, nació la Orden de los Frailes Predicadores. Su fundador, Santo Domingo de Guzmán, que era hijo de una de las familias más nobles de Castilla, supo dar desde sus comienzos la importancia que el arte requería; hombre de su siglo, conocía sin duda muy a fondo el valor de éste, para la emoción y elevación del espíritu religioso, y el profundo significado que ello tiene, para la misma vida interior del fraile. Con estos antecedentes, ya no nos extrañará ver al Santo Patriarca intervenir en la edificación de nuestro viejo convento de Santa Sabina en Roma, hoy admiración de todos los artistas que visitan la antigua ciudad papal. Sin embargo no fué éste el único interés que mostrara por las bellas artes; su clara inteligencia y la nobleza de su estirpe, no podían dejarlo indiferente a esta manifestación de espíritu que está íntimamente ligada con la verdad, lema que debía figurar en su escudo: la Verdad y la Belleza, dos fuerzas que arrancan del mismo principio, ¡Dios!

Es para anunciar y promulgar la Verdad en toda su amplitud

que funda la Orden de Predicadores, y a los pocos años de la fundación, sus hijos no sólo pueblan ya las principales universidades del viejo continente, sino que figuran en primera línea entre los más grandes maestros de las mismas. No nos vamos a ocupar de sus grandes teólogos ni de sus grandes hombres de ciencias, pues nos bastaría la gran figura de Tomás de Aquino, para deslumbrarnos con su luz. Lo que sí, quisiera demostrar, que así como el doctor aquinense es el fundador de la escuela teológica y filosófica que tanto caracteriza a la Orden y que Nuestra Madre la Iglesia, con muchísima razón, lo llama Sol de Aquino y Angel de las Escuelas, porque con su luz disipó las sombras con que los enemigos de la fe querían oscurecer y entorpecer los dogmas y doctrina cristiana, así también en el cielo del arte, apareció un maestro insigne, que con mano firme y segura, trazó el verdadero camino a seguirse en el llamado arte cristiano.

También este insigne maestro, lo hizo con un sentimiento tan sincero y profundo, que bien puede servir de norma y ejemplo para encarrilar y restaurar el arte religioso, tan decaído en nuestros días. Esta figura descollante del tan recatado y modestísimo dominico, sobresale a pesar de su mucha humildad, en la que justicísimamente podríamos llamar la era de oro del arte cristiano; me refiero como ya lo sabréis al místico e inspirado Fra Giovanni da Fiesole, mejor conocido con el nombre de Beato Angélico.

Es bien difícil, por no decir imposible, hablar de arte cristiano sin que la delicada figura de este insigne maestro, no se presente a nuestro espíritu, en todo su esplendor; El, es por excelencia el artista místico de la Iglesia Católica y así como otros cantaron con las notas del canto gregoriano las dulces melodías del alma en sus místicas comunicaciones con Dios, este divino Apeles nos acerca al cielo con las armonías de los colores. Sus vírgenes, sus ángeles y sus santos, no sólo nos hacen sentir una profunda emoción religiosa, que predispone nuestra alma para la más íntima comunicación con Dios, sino que además, todas sus figuras tienen una expresión y un sentimiento tan grande de pureza, que sólo un espíritu muy puro y de alma verdaderamente angelical pudo pintarlos. Al contemplar sus admirables frescos, de las celdas del glorioso convento de San Marcos, he recordado muchas veces, lleno de emoción, lo que de este místico monje nos cuenta su biógrafo Vasari. Nos dice que jamás principiaba un trabajo, sin antes haber elevado su alma a Dios ni tampoco terminaba sin dar gracias al Cielo, y que nunca

pudo pintar al Divino Crucificado, sin derramar abundantes lágrimas, en donde su corazón, confesaba la riqueza de su cristiana sensibilidad. En la vida y obras del Beato Angélico, Eduardo Schneider a su vez nos dice: "La obra de Fra Giovanni es obra de piedad, obra de amor y obra de comunicación; así se nos presenta a nuestro espíritu si lo contemplamos con simplicidad y rechazamos muy lejos los comentarios de la crítica ingenuamente incomprensiva de aquellos que pretenden explicarla". "Declararé con franqueza, dice otro biógrafo de su vida, que ningún maestro del *Quattrocento* y aun de todo el Renacimiento, me proporciona emociones más gratas y sentidas que este ingenuo, cándido y virtuoso dominicano de Fiesole, en cuyo sobrenombre de Angélico, están sintetizadas sus cualidades eminentes. Conozco muchos ejemplos de artistas devotos del primer Renacimiento italiano, que interpretaron devotamente también las divinas imágenes, o narraron llenos de fe los episodios sagrados. Unos expositores y narrativos, otros dogmáticos y teológicos, otros con simple piedad conmovida: de todo esto hubo abundantemente en los siglos XIII y XIV en que tanto brilló el talento artístico religioso. ¿Mas cómo encontrar uno que como Fra Giovanni compenetrara tan íntima y perfectamente las composiciones pictóricas, con aquellos pensamientos sobrenaturales que traían poseída su imaginación, hasta el punto de producir con los colores, verdaderas visiones seráficas, de una alma arrobada en el amor divino? Eso sí que me parece imposible, pues jamás se ofreció al mundo, artista místico parecido".

"Del mismo modo que algunos geniales predicadores pregonan ese amor divino con la elocuencia del verbo, y así como ciertos escritores lo pregonan y cantan con la eficacia de su pluma habilísima, consagrando una vida entera a semejante vocación, así también Fra Giovanni habló, predicó, escribió y evangelizó con los pinceles, cantando alabanzas a las divinas personas y estimulando el entusiasmo fervoroso, de quienes contemplan sus obras. Y es tan grande la unción y sinceridad del sentimiento en todas ellas, tan intenso el arrobamiento extático que revelan y provocan, que nada tiene de inverosímil la piadosa tradición, según la cual, el humilde fraile acostumbra ponerse siempre de rodillas antes de comenzar algún trabajo, buscando inspiración en la oración y en el éxtasis, y refiriendo su limitada capacidad al sumo poder generador de lo creado". ¡Qué ejemplo para nosotros! sobre todo en nuestros días en que una gran parte de la decadencia artística, es precisamente debida al orgullo y

al concepto exagerado de suficiencia que muchas veces nos ciega y nos hace creer que somos genios.

Es sin duda en pugnación de este orgullo, que en lugar de reproducir belleza, representamos un arte, que cuando no es de una sensualidad repulsiva, es de un grotesco y feo, como nunca lo habíamos visto hasta ahora, en todas las manifestaciones de arte que nos ha legado la historia; justa humillación a nuestro orgullo, y quiera Dios que lo sepamos comprender y arrodillándonos avergonzados de nuestra incomprensión y falta de humildad, reconozcamos que la belleza verdadera, sólo nos vendrá por el reconocimiento al Supremo Hacedor.

Todas las grandes épocas de arte, fueron siempre eminentemente religiosas, desde los egipcios y griegos hasta nuestros grandes constructores de las catedrales góticas, y los maestros quattrocentistas, más conocidos con el nombre de primitivos. Sólo con un ideal superior, podrá el verdadero artista mantener la nobleza y austeridad de su arte, por esto no nos debe extrañar que la plenitud de su florecimiento, se haya producido siempre, en las grandes épocas de fervor religioso.

Al hablar del verdadero arte religioso, quisiera evitar algunos equívocos, para mejor comprender la auténtica belleza de los grandes maestros medioevales, y sobre todo una mejor comprensión de la obra del Beato Angélico. Muchas veces he oído decir, refiriéndose a nuestro Beato, que su obra es sin duda muy bella, pero deficiente, porque este maestro desconocía casi por completo la anatomía; por consiguiente su dibujo es flojo e impreciso. Claro está que las personas que así opinan no han sabido ver, y mucho menos comprender a nuestro artista, y con él a todos los primitivos y medioevales que embellecieron con sus maravillosas esculturas las grandes catedrales góticas, verdadero orgullo de nuestro arte y de nuestra civilización cristiana. Estas personas incomprensivas, buscan en la obra del arte una objetividad absoluta, es decir, la fotografía en color de las cosas; estos tales, quisieran que el artista viera la naturaleza, como la ven ellos mismos, de una manera puramente objetiva y material, olvidando que el arte es sobre todo emoción, y que el verdadero artista, verá la naturaleza, pero a través de su espíritu. Es precisamente esto, lo que más nos interesará, porque será como el sello auténtico de la verdadera emoción, elevando la obra a la categoría de arte, con su carácter propio y personal.

El Beato Angélico, como todos los primitivos, no han querido

ni se han preocupado de hacer ver sus conocimientos y habilidades anatómicas, porque ésto no tenía para ellos ninguna importancia; se han preocupado en cambio mucho y con singular interés del gesto expresivo y del movimiento armónico, que exteriorizara toda la profunda emoción de sus almas y la fe sincera que ardía en sus corazones, porque es lo que caracteriza al verdadero arte cristiano y lo distingue del apócrifo; pues es muy conveniente que no confundamos los medios con el fin, y hagamos del arte, una obra poco menos que puramente científica y objetiva, perdiendo de vista lo que es indispensable, para quedarnos con lo que es solamente accidental. La decadencia que padecemos, nos viene precisamente por la materialización e impecabilidad si queréis, de la forma exterior, pero sin alma y sin espíritu; mientras más nos acerquemos a la tierra más se alejará el cielo de nosotros.

Las graves consecuencias que estos males han traído al arte religioso lo vemos hoy, o mejor dicho, muchísimos cristianos no lo ven siquiera, y se han quedado con lo que podríamos llamar la falsificación del arte, ayudando poderosamente con su incomprensión a la más completa decadencia, convirtiendo nuestras iglesias, que debieran ser un lugar de recogimiento y de oración, en verdaderos bazares de mal gusto y de una superficialidad absolutamente vergonzosa, indigna de nuestro culto.

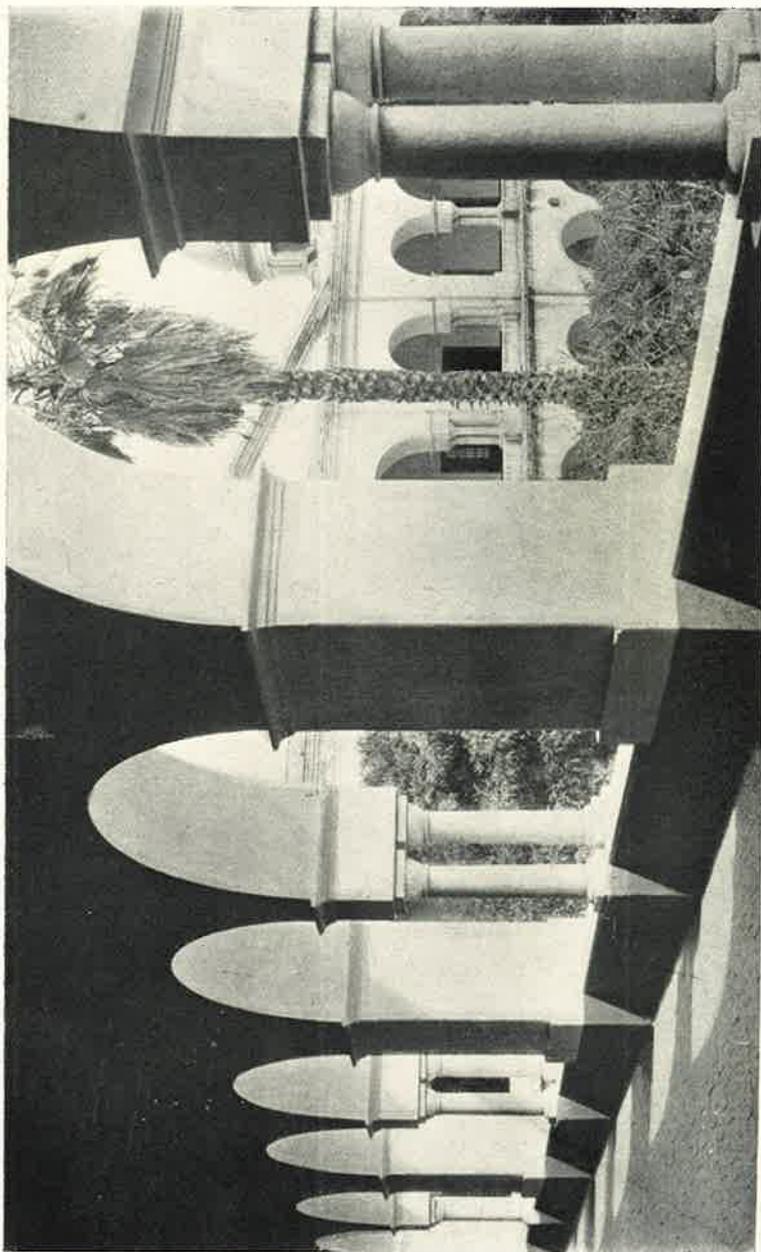
No debo sin embargo desviarme demasiado de mi asunto, pues la crítica a nuestro equivocado arte religioso moderno, me llevaría muy lejos y quisiera sobre todo ocuparme del movimiento artístico desarrollado en esta vieja Orden medioeval, que con fidelidad ha sabido seguir las huellas luminosas de nuestro Santo y grande artista, en su elevación espiritual y mística expresión de arte.

Muchos fueron los artistas que se han destacado dentro de la Orden; sin duda el ambiente propicio que desde los comienzos encontraron en ella, debido a la especial acogida que el mismo Santo Patriarca les diera, favoreció en forma tal, que hace decir al P. Marchese, en su historia "De los artistas dominicanos", que sólo en Italia son tantos los que han seguido las huellas del Beato Angélico, que es poco menos que imposible enumerarlos. Por su parte, el P. Getino habla de 25 artistas españoles que intervinieron en los principales monumentos artísticos que hoy son, con muchísima razón, el orgullo de España: las catedrales de Burgos, Salamanca, Sevilla y Zamora; el palacio de Monterrey y el precioso convento de San Esteban de Salamanca, hablan con elocuencia de estos ilustres artistas

dominicos. Además fueron famosas las escuelas de San Esteban de Salamanca y de Palma de Mallorca, en donde florecieron tantos y tan grandes maestros que, como dice el mismo P. Getino, bien merecen un libro entero, para hablar sólo de ellos.

Esta tradición estética en la Orden de los Frailes Predicadores, no ha terminado como muchos pueden creer, sino que se sigue con todo el interés y eficacia que ello se merece. Desde sus comienzos se ha comprendido que es una predicación y un verdadero apostolado, y así como no se ha renunciado ni podrá nunca renunciarse al desarrollo teológico y su aplicación a nuestra actualidad viviente moderna, a sus investigaciones científicas en todo lo que tiene relación con la verdad, símbolo, como anteriormente dije, de nuestro escudo, así tampoco se podrá prescindir de esta manifestación de belleza tan absolutamente necesaria a la vida de la humanidad, por más que por desgracia, en este terrible momento de positivismo, no falte quienes piensen que todas las bellas artes son una cosa de adorno e innecesaria, porque ello no es materia comestible y que el hombre tiene otras cosas en qué pensar, estando como estamos en tan grave momento de crisis; sin darse cuenta que es precisamente la crisis de espíritu lo que más aplasta nuestras pobres almas. Nos hemos dejado dominar por la materia y al mismo arte lo hemos vergonzosamente materializado, haciendo de él un simple objeto de placer sensual, cayendo así, en el más abyecto materialismo.

Pero felizmente (como anteriormente lo insinuara), la Orden Dominicana no ha abandonado ni mucho menos renunciado a sus bellas y nobles tradiciones de arte, y hoy mismo existen en ella, con un verdadero anhelo de la más elevada espiritualidad religiosa, siguiendo siempre las huellas del místico de Fiesole, varios artistas, sobre todo algunos de ellos de sumo interés. Hay por ejemplo hoy mismo en Francia uno de los mejores discípulos de Maurice Dennis, un Padre dominico muy conocido dentro del ambiente artístico religioso de París, de quien he oído hacer los mejores elogios, por la sincera religiosidad de su obra. En la ciudad alemana de Colonia, tuve el placer de conocer a un joven sacerdote, también dominico, natural de allí, verdadero temperamento de artista, y al mismo tiempo un místico y humildísimo religioso, cuyas obras las recordaré siempre con emoción. Sus cuadros eran como cánticos y loas hechas al Señor, con un candor y unción tan religiosos que recordaban al Beato de Fiesole: todos ellos estaban llenos de un sabor primitivo, pero de un primitivismo auténtico, por la sincera ingenuidad de expresión, y por:



Claustro del Convento de Santo Domingo, en Córdoba.

la fe religiosa que se sentía en sus composiciones; y al mismo tiempo, moderno en el buen sentido de la palabra, porque era la suya, una obra de auténtica personalidad, es decir, era un verdadero y grande artista.

No quisiera terminar, esta mi mal hilvanada disertación, sin dedicar dos palabras siquiera, a un artista dominico de mi especial simpatía, uno de los hijos espirituales del Padre Lacordaire y verdadero continuador del arte de Fra Angélico: atraído a la Orden por la virtud y elocuencia del P. Lacordaire, fué una de las figuras más descollante del arte religioso moderno, un verdadero temperamento de excepción: se llamó el P. Jacinto Besson. Es de sentir sin embargo, como muy bien dice el P. Berthier, que no encontrara, como Fra Bartolomeo, un Superior inteligente que lo comprendiera y animara; hubiera hecho, no cabe duda, con la pintura, su mejor apostolado y no se criticaría hoy, de haber casi perdido para el arte, esta descollante figura. Su obra es de una unción mística tan elevada, que necesariamente debemos remontarnos al Beato Angélico, para encontrar algo parecido.

Este obediente y santo religioso, murió en las misiones de Mosul el 4 de Mayo de 1861. Un diario de París "Le Monde" le dedica un sentido artículo que transcribo en parte, porque nos hace conocer a este ilustre artista, dice así: "Nosotros debemos a este santo religioso el tributo personal de nuestros elogios y de nuestros sentimientos. De un alma dulce y tierna, de un espíritu puro y claro, sabía conquistarse el afecto y respeto de todos; él no ha tenido enemigos, cosa bien rara, porque el talento, la elevación de sentimientos y la rectitud de conducta, son, en general, para los hombres, ocasiones naturales de contradicción. A estas cualidades hay que agregar una simplicidad perfecta que avalora sus virtudes, y esta simplicidad, primera condición del arte, le ha hecho muy remarkable en las composiciones de sus cuadros, de sus frescos y dibujos. El P. Besson recordaba por sus aptitudes como por su talento, a su predecesor el Beato Angélico". Los mismos artistas profanos que lo conocieron, no podían menos de admirar sus trabajos, clasificándolo entre los artistas de la más grande época cristiana. El P. Besson les parecía un anacronismo incomprensible.

"Sus inspiraciones tenían algo de celestial, la expresión de su rostro, el pudor de sus figuras, la ingenuidad de sus sujetos, además de recordarnos los grandes maestros medioevales, tenían una gran originalidad y una frescura de sentimientos, verdaderamente exqui-

sita; las imperfecciones mismas, revelan en él, una cierta ignorancia del rigor académico, pero en bien de su personalidad; esto se explica sobre todo, a los que conocían su sencillez, la piedad y ternura de su bella alma”.

Como se ve, el arte ha sido siempre para la Orden Dominicana un verdadero apostolado y como una predicación; a las sombras de sus claustros y en el silencio de las celdas, han podido trabajar con la paz y serenidad que requerían sus almas, los más ilustres artistas que en ella han florecido en todos los tiempos, haciendo de sus vidas una perpetua oración, para enseñarnos con la humilde pero elocuente voz de sus obras, que la verdadera felicidad, sólo la encontraremos cerca de Dios, si nos acercamos con humildad, porque El es la fuente única de toda verdad y de toda belleza.

Si así lo comprendieran tantas almas atormentadas y desorientadas, que corren como enloquecidas, sedientas de esa belleza que por nada pueden alcanzar, el arte volvería como en sus mejores tiempos, a su propia orientación, y con el arte, todos esos espíritus que de verdad anhelan la belleza auténtica que sólo del autor de ella nos puede venir, esto es del mismo Dios.

“LA ORDEN DE SANTO DOMINGO, ESCUELA DE VIDA
ESPIRITUAL Y DE SANTIDAD HEROICA”

Por el Sr. Dr. FRANCISCO VOCOS, T. D.

HIJO de la obediencia como Terciario Dominicano me veo precisado a cumplir con mis superiores; pero, ¿cómo podría hablar de la santidad sin ser santo? ¿Cómo sin que un carbón encendido del altar de los cielos purifique mi boca, como al profeta Isaías, de hombre mentiroso como dice el salmista?

Dejaré de lado, pues, mi indignidad y me limitaré a ordenar algunos textos de santos y de doctos, que pueden servir para entender el tema propuesto, a saber, qué es la santidad y cómo la Orden de Santo Domingo es camino derechísimo para llegar a ella.

I

“La santidad es la perfección divina, — escribe un espiritual monje benedictino. En Dios todo es simple; en El sus perfecciones son realmente idénticas a El mismo; además la noción de santidad no se puede aplicar de una manera absolutamente trascendente; no tenemos término propio que exprese de modo adecuado la realidad de esta perfección divina; sin embargo, nos está permitido emplear un lenguaje humano. ¿Qué es, pues, la santidad en Dios? Según nuestro modo de hablar, nos parece que se compone de un doble elemento: primero, alejamiento de todo cuanto es imperfección, de todo lo que es criatura, de todo lo que no es el mismo Dios; este aspecto es puramente negativo. Hay otro elemento consistente en que Dios se adhiere, por un acto inmutable y siempre actual de su voluntad, al bien infinito, (que no es otro que El mismo) hasta llegar a conformarse adecuadamente a todo lo que es ese mismo

bien. Dios se conoce perfectamente; su omnisciencia le presenta su propia esencia como la norma suprema de toda actividad; nada puede querer, hacer o aprobar que no sea regulado por su sabiduría soberana, sobre la última norma de todo bien, esto es, la esencia divina". "Esta adhesión inmutable, esta conformidad suprema de la voluntad divina con la esencia infinita como norma última de actividad, es perfectísima porque en Dios la voluntad es realmente idéntica a la esencia". "Y como su sabiduría suprema muestra a Dios que El es toda perfección, el único ser necesario, ello hace que Dios lo refiera todo a sí mismo y a su propia gloria". "De aquí que la santidad divina sirva de fundamento primero, de ejemplar universal y de fuente única a toda santidad". (1)

El Príncipe de los Apóstoles escribe: "Mas, según es santo Aquél que os llamó, sed vosotros también santos en todas las acciones; porque escrito está: santos seréis porque yo soy santo". (2) Es cual mandamiento, es la repetición del "*Estote perfecti*" salido de la boca adorable del Redentor del mundo. Es decir, que "Dios ha decretado hacernos partícipes de esa vida íntima que es exclusivamente suya; quiere comunicarnos su beatitud sin límites que tiene sus fuentes en la plenitud del ser infinito". "Nuestra santidad consistirá pues en adherirnos a Dios de tal manera que participemos de la vida divina misma tal cual como Dios se conoce y ama a sí mismo en la felicidad de la Trinidad". (3) Misterio grande del Amor divino, el de este llamado que a todos los hombres comprende: en él se corona el Sermón de la Montaña y en él se resumen todas las enseñanzas del Maestro único, Jesucristo.

Saquemos nuevos textos: Jesús dice a Tomás: "Yo soy el camino, la verdad y la vida: Nadie viene al Padre sino por Mí". (4) Y en otro lugar: "Yo soy la verdadera vid y mi Padre es el labrador. Todo sarmiento que no diere fruto en Mí lo quitará y todo aquél que diere fruto lo limpiará para que dé más fruto. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos, el que está en Mí y Yo en él, éste lleva mucho fruto: porque sin Mí no podéis hacer nada. En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto y en que seáis mis

(1) Dom Columba Marmion: *Jesucristo Vida del Alma*.

(2) Pet. 7, 15/16.

(3) Marmion, id.

(4) Joan. XIV, 6.

discípulos". (1) En estas palabras se nos da un símbolo de aquella unión que existe entre Cristo y su Iglesia, para que entendamos bien que nuestra santificación ha de realizarse en la Iglesia de Cristo, lo cual es confirmado por aquello que está escrito: "En verdad, en verdad os digo: que el que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, mas sube por otra parte, aquél es ladrón y salteador". (2)

En efecto, "Cristo es cabeza de la Iglesia, de la que El mismo es Salvador como de su cuerpo" (3) y en Ella debemos permanecer unidos: "un cuerpo y un espíritu", porque "uno es el Señor, una la fe, uno el bautismo" (4); y cada uno, "según la medida de la donación de Cristo" (5) "permanezca, en la vocación en que fué llamado" (6); "porque de la manera que en un cuerpo tenemos muchos miembros, mas todos los miembros no tienen una misma operación, así muchos somos un solo cuerpo en Cristo y cada uno, miembro los unos de los otros"; pues "tenemos dones diferentes según la gracia que nos ha sido dada: ya sea profecía según la proporción de la fe, o ministerio en administrar, o el que enseña en doctrina, el que amonesta en exhortar, el que reparte en sencillez, el que preside en amonesta, el que hace misericordia en alegría". (7) Y así "a unos dió apóstoles, y a otros profetas, y a otros evangelistas y a otros pastores y doctores, para la consumación de los santos en la obra del ministerio, para edificar el cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos en la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios a varón perfecto, según la medida de la edad cumplida de Cristo". (8)

Y Santo Tomás de Aquino — siempre tenemos que recurrir al doctor común — comenta estos lugares de la Escritura en la siguiente forma: "La diversidad de oficios y de estados en la Iglesia atiende a tres cosas: en primer lugar a la perfección misma de la Iglesia, porque del mismo modo que en el orden de las cosas naturales, la perfección que reside en Dios de una manera uniforme y absoluta, no se encuentra en las criaturas sino bajo formas diversas y

(1) Joan. XV, 1/8.

(2) Joan. X, 1.

(3) Eph. V, 23.

(4) Eph. IV, 4/5.

(5) Eph. IV, 7.

(6) I. Cor. VII, 20.

(7) Rom. XII, 4/8.

(8) Eph. IV, 11/13.

múltiples; en el orden espiritual, la plenitud de la gracia que se encuentra en Cristo como en su fuente, desborda sobre sus miembros con una admirable diversidad a fin de que el cuerpo de la Iglesia sea perfecto" . . . "En segundo lugar, responde a las acciones múltiples y diversas que son indispensables en la Iglesia, pues para tales acciones son necesarios diversos ministros a fin de que ellas se cumplan con prontitud y sin confusión" . . . "En fin, esta diversidad atiende a la nobleza y a la belleza de la Iglesia, belleza que consiste en el orden". (1)

Y el Apóstol concluye: "Realizando la verdad en la caridad, crezcamos, pues, en todas las cosas en Aquél que es la cabeza, Cristo". (2)

II

Miremos ahora cómo vive en la Iglesia la Orden del glorioso Patriarca Santo Domingo. ¿Cuál es su misión en el cuerpo místico de Jesucristo? Oigamos a este propósito las palabras que Nuestro Señor pone en boca de la más grande discípula del Patriarca, Santa Catalina de Sena: "Mira la nave de tu Padre Domingo, mi Hijo muy amado. El la ordenó con un orden perfecto y quiso que se atendiese solamente a mi honor y a la salud de las almas, por la luz de la ciencia. Sobre esta luz quiso hacer el objeto principal de su Orden, no siendo sin embargo privado de la pobreza verdadera y voluntaria . . . Pero como objeto propio e inmediato escogió la luz de la ciencia para extirpar los errores que en aquel tiempo se habían levantado. El asumió el oficio del Verbo, mi unigénito Hijo. En el mundo parecía un apóstol: con tanta verdad y luz sembraba mi palabra, disipando las tinieblas y dando luz. El mismo fué una luz que dí al mundo por intermedio de María y su misión en el cuerpo místico de la Santa Iglesia fué la de extirpar las herejías" . . . "¿Sobre qué mesa alimenta a sus hijos con la luz de la ciencia? Sobre la mesa de la cruz, sobre la cual cruz está puesta la mesa del santo deseo donde se comen almas para mi honor. El quiso que sus hijos no se ocuparan de otra cosa sino de estar sobre esta mesa con la luz de la ciencia, de buscar sólo la gloria y alabanza de mi nombre y la salud de las almas". (3)

(1) II - II - q - 183.

(2) Eph. IV, 15.

(3) Diálogo, Cap. CLVIII.

Santo Domingo es gran doctor de sabiduría; su Orden continúa el oficio del Verbo, trayendo al mundo la luz de la Verdad y porque continúa el oficio del Verbo, viene como Este para instruir nuestra inteligencia de tal manera que prorrumpe en afecto de amor.

Un dominicano ilustre, el P. Clérissac, refiriéndose a la vocación de la Orden escribe: "El genio de la Orden es la Verdad" . . . Estamos llamados no solamente a lo verdadero que hace cuerpo con los artículos de nuestro Credo y con la ley moral, sino a la idea misma de Verdad, carácter primordial de la vida divina y de la revelación cristiana, fuente de toda ley moral y de la santidad que reina en la Iglesia, razón fundamental de su autoridad y de sus prerrogativas". Por ello "el apostolado de la Orden es necesariamente doctrinal. Es de notar que entre nosotros predicar no solamente guarda siempre el sentido de enseñar, sino que se trata de una enseñanza especial, relativa a la fe; sea que tratemos de sus fundamentos y que consideremos la realidad de las cosas de la cual es sustancia, sea que estudiemos el conjunto de deducciones especulativas que se derivan de los principios revelados". (1)

La ciencia de la Orden Dominicana no es aquella "simple y pura especulación, que mueve a poco si no a la vanidad: la ciencia de la Orden está ordenada al efecto o amor de la Caridad". El P. Lavaud dice: "La contemplación de la Verdad primera y absoluta o sea de Dios, emprendida por amor y acabándose en amor, tal es el ideal de la vida humana. Contemplar a Dios por el gozo de verlo, porque se lo ama — y el amor no se contenta con una visión superficial sino quiere penetrar en la intimidad del amigo — mirar a Dios, gozar de esta vista e inflamarse de amor por Aquél de quien se entrevé la belleza: he aquí la perfección, la santidad, la sabiduría. Proponerse directamente conocer para amar mejor, amar más a fin de conocer mejor y subordinar todo conocimiento y toda actividad a la sabiduría de amar; tal es la anticipación más perfecta de la vida del cielo". (2)

Y aquí entendemos las palabras de Santa Catalina acerca de la mesa de la cruz sobre la cual el Patriarca distribuye a sus hijos el Pan de la Verdad. Porque para conocer la Verdad hemos de tomar la cruz y marchar en pos del Maestro que la enseña, muriendo a nos-

(1) *L'Esprit de Saint Dominique*. Ed. de la Vie Spirituelle.

(2) *Saint Thomas d'Aquin, sa sainteté, sa doctrine spirituelle*, Ed. de la Vie Spirituelle.

otros mismos para ser nosotros mismos otros cristos, en aquella realísima muerte en que el alma abrasada exclama: "Vivo, mas no yo sino Cristo vive en mí". Así abnegada, transformada, el alma accede a las cámaras del Rey.

Por ello el Padre Clérissac dice llanamente que la misión de la Orden exige el estudio y la experiencia de las cosas divinas.

Santo Domingo repetía con frecuencia a sus discípulos: "No hablar más que a Dios y no hablar sino de Dios". Tal fué su vida y su misión; tal es la de su Orden. Las constituciones han adoptado esa divisa con la sobria fórmula tomista: "*Contemplata aliis tradere*". Comunicar a las almas por la predicación y la enseñanza aquella participación en la vida divina, recibida en la contemplación, que opera la transformación del alma en la medida que la conoce y ama: he ahí lo que contiene dentro de sí la rígida fórmula de las constituciones. "Si Santo Domingo de Guzmán se eleva a tanta altura, con su simplicidad, su humildad y su pobreza, es que en él el Amor sale de la Luz y no cesa de igualarla. Nosotros que pertenecemos a una escuela de sabiduría divina recordemos que nuestra tarea esencial consiste en propagar a lo lejos esta sabiduría: seremos así llevados a pedir a Dios y a hacer de nuestra parte todo lo que podamos para merecer la experiencia de las cosas divinas, sin la cual nuestra enseñanza sería vana, porque la palabra que nos ha sido confiada cesaría de respirar amor: "*Filius est Verbum, non qualemque, sed spirans amorem*". (1)

La perfección dominicana consiste en la fidelidad a su vocación: ¡Ay de la Orden si sus hijos seducidos por espejismos dejan corromper su ciencia y atraídos por otros ministerios abandonan la altísima misión que deben cumplir! Las constituciones ordenan sabiamente la vida del monje dominicano y en la vida espiritual son como un faro luminoso en la noche pavorosa. Su estricta observancia es prenda de santidad; recordemos que por ella la Orden se ha engrandecido con las inmensas figuras del Patriarca, de Tomás de Aquino, de Vicente Ferrer, de Alberto Magno, de Catalina de Sena, de Enrique Suson, de Juan Taulero, de Jordán de Sajonia y de tantos otros que llenan su santoral y constituyen aquel jardín alegre y perfumado de que Nuestro Señor habla a Santa Catalina de Sena. Recordemos también que el Apóstol dominicano ha recibido cinco talentos de los que habrá de rendir estrecha cuenta: que la carne

(1) CLÉRISSAC, op. cit.

es flaca y que el enemigo está siempre alerta; todo ello nos hará comprender las exigencias de una tan alta misión y los deberes terribles que comporta.

Siendo este un congreso de Terciarios, es oportuno recordar el capítulo primero de la Regla que determina como fin de la Tercera Orden seglar la santificación de los fieles que a ella pertenecen, por la participación de la vida religiosa y apostólica de la Orden, como también procurar la salvación de las almas por los medios acomodados al estado de los fieles que viven en el siglo. Esta santificación, además de las exigencias propias de la condición de cristiano, exige el cumplimiento de la vocación particular de la Orden y por ello la Regla dice en su art. 41: "Teniendo muy presentes las tradiciones de nuestros mayores, trabajen los Terciarios con la palabra y con las obras en defensa de la verdad de la fe católica y por el bien de la Iglesia y del Romano Pontífice, mostrándose siempre y en todas las cosas acérrimos defensores de sus derechos". El Terciario ha de consagrarse de un modo especial al estudio de la doctrina para dar testimonio de la verdad en todo momento y con todos los actos de su vida. También para el Terciario son aplicables aquellas palabras del Padre Clérissac, a saber, que el homenaje dominicano consiste en la consagración de la inteligencia a la verdad sobrenatural.

Habiendo sido designado por mis superiores para desarrollar un tema que me rebasa por todo concepto, renuevo, para terminar, mi protesta de indignidad: pecador y necio, mal podía hablar aquí por mí mismo de la perfección o santidad. Por ello me he limitado a ordenar algunos textos que, en mi entender, servían para caracterizar la Orden de Predicadores y su misión. Que ellos sirvan para hacer conocer mejor y amar esta gloriosa familia religiosa y para mayor honra de Dios, de la bienaventurada Virgen María del Rosario y del Patriarca Santo Domingo de Guzmán.

He dicho.

“DE LA MILICIA A LA PENITENCIA”

Por el Sr. Dr. ADOLFO GOURDY, T. D.

Delegado por Buenos Aires

*Excmo. y Rmo. Señor Obispo,
Amadísimo Prior Provincial,
Señores sacerdotes,
Señoras, Señores:*

POR decisión de mis superiores de la Venerable Orden Tercera me ha sido confiada la grata misión de hablar en este Primer Congreso Nacional de los Terciarios Dominicanos.

Lo realizo como un deber, a pesar de que lo considero un honor superior a mis débiles aptitudes.

Llego pues lleno de emoción a esta ciudad de tradiciones coloniales, de claustro ilustre y catedral famosa, trayendo el cálido saludo de nuestros Hermanos, con la íntima esperanza de armonizar, como en los mensajes poéticos, la cortesía del envío con la sustancia del ofrecimiento.

Escudado en la benevolencia de todos los presentes, inicio esta conversación titulada: “De la Milicia a la Penitencia”.

I

La corrupción moral del mundo antiguo y las grandes luchas económicas entre las clases pobres y las ricas, produjeron un deplorable estado social de dolores y miserias. En semejante situación, los hombres, sobre todo los humildes, vieron con frecuencia en las teorías evangélicas, la redención y el consuelo. El cristianismo se difundió rápidamente; las persecuciones sirvieron para vigorizarlo antes que para debilitarlo. Cuando hicieron irrupción las invasiones bárbaras, dominaba ya en la civilización grecolatina.

Las razas germánicas, hallaron a su vez, que la nueva religión cristiana, era más pura que sus groseras creencias y la abrazaron con todo el ardor de su temperamento místico. En la Edad Media no hubo, para la cultura de Occidente, más religión que el cristianismo, interpretado por una Iglesia universal, la Católica Romana.

El pensamiento medioeval, iniciado con la difusión del cristianismo, alcanzó su más vasta expresión en la teología y la aparición de la Orden Dominicana en el siglo XIII, fué un acontecimiento de magna importancia tanto en el orden moral como en el científico.

Si queremos llegar a establecer cuales son los orígenes de ese nacimiento, debemos seguir los pasos de Santo Domingo de Guzmán cuando realiza su viaje por la Lombardía.

En muchos lugares de allí, advirtió que los seglares se habían apoderado del patrimonio de la Iglesia y que el clero había quedado reducido a una pobreza extraordinaria, sin poder proveer a las magnificencias del culto, ni ejercer con los pobres el deber de caridad.

Por otra parte, los mismos que se habían apoderado de los bienes de la Iglesia, al convertirse en sus enemigos implacables, le crearon una situación tan grave, que hizo pensar a Santo Domingo en la necesidad de emplear la fuerza para proteger a la religión.

Es indudable, que por más justo que sea desenvainar la espada contra los que oprimen la verdad con violencia, es difícil que la verdad no sufra, de resultas de esta protección, y que no se la haga cómplice de las demasías y excesos inseparables de todo choque sangriento. "El acero, no se detiene en el límite justo del derecho; no es propio de su naturaleza volver al estuche, una vez que ha sentido la cálida mano del hombre que lo empuña". (1)

Era pues necesario, que al lado de los caballeros forzosamente armados para defender a la Iglesia, apareciera el hombre evangélico que confiara sólo en el poder de la gracia y de la persuasión.

Inspirado por Dios, Santo Domingo se movió a fundar entonces un instituto que llamó Milicia de Jesucristo, imitación de las antiguas Ordenes de Caballería, para que, a semejanza de ellas, luchasen contra los infieles y contra los herejes, los cuales no sólo empleaban las armas para esparcir sus errores, sino también la devastación, la crueldad y la barbarie.

Con esta fundación, Santo Domingo consiguió fijar las verda-

(1) P. LACORDAIRE, *Vida de Santo Domingo de Guzmán*, pág. 87.

deras relaciones de la ciudad del mundo y de la ciudad de Dios. Esta última está simbolizada por el sacerdote que predica, ora, bendice y se ofrece en sacrificio. La ciudad del mundo está representada por el caballero que escucha en postura militar la palabra de Jesucristo, con la espada desenvainada hasta la mitad, no para asegurar la libertad de la fe, sino para imponerla.

II

La Milicia de Jesucristo era una cofradía compuesta de personas seculares de ambos sexos, que viviendo en el siglo, se obligaban a defender con las armas, los bienes y la libertad de la Iglesia, y estaban dispuestos a sacrificar sus fortunas y sus personas cuando las necesidades religiosas lo reclamaran. (1)

Los componentes de la Milicia, sin estar ligados por los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, participaban en cuanto les era posible de la vida religiosa, observaban abstinencias, ayunos, vigiliyas y reemplazaban el rezo del Oficio Divino, con cierto número de Padre-nuestros y Avemarías. Tenían un Prior de su elección bajo la autoridad de la Orden; en días fijos se reunían en una Iglesia de Hermanos Predicadores para oír en ella la misa y el sermón. (2)

En 1215, Inocencio IV confirmó la Orden de la Milicia de Jesucristo y Honorio III en 1221, le concedió como distintivo a los individuos de dicha Orden una cruz blanca y negra flordelisada, colores que simbolizan la pureza, la humildad y penitencia.

Gregorio IX despachaba una Bula con fecha 22 de Noviembre de 1227 dirigida a "sus queridos hijos los Hermanos de la Milicia de Jesucristo para aprobar su instituto y tomar sus personas y haciendas bajo la protección de la Santa Sede". Un poco más tarde, el día 18 de Mayo de 1234, el mismo Pontífice escribía al Beato Jordán de Sajonia, segundo General de la Orden de Predicadores, recomendándole la propagación de la Santa Milicia. (3)

Como en esta oportunidad se refiere a los "Hermanos y Hermanas de la Milicia de Jesucristo", se deduce que también tenían parte

(1) *Ibid*, pág. 242.

(2) *Ibid*, pág. 243.

(3) *Regla de la Tercera Orden de Santo Domingo*, Ed. 1902, pág. 19.

en este instituto las mujeres, las que, si bien no podían luchar con las armas materiales, empleaban las espirituales de la oración.

Poco tiempo después se extendió por Europa dicha Milicia, logrando contar con gran número de afiliados, a los que se les dió el nombre de Caballeros de Jesucristo, del Rosario de Santo Domingo, etc. Los Pontífices le otorgaron posteriormente una serie numerosa de privilegios e indulgencias. Pío IX trató de reorganizarla y León XIII la restauró.

III

Al finalizar el Siglo XIII, la Milicia de Jesucristo, carecía en realidad de razón para continuar subsistiendo con las bases que originaron su creación, puesto que habían desaparecido las necesidades de la lucha material y de defensa de los bienes de la Iglesia y es así como sus componentes, se incorporaron en forma natural y lógica a las Hermandades de Penitencia. Pasó pues a ser una rama del árbol dominicano de cuyo espíritu participaba. (1)

Es conocido el extraordinario espíritu de asociación que existía entre los hombres de la época medioeval. Así como se pertenecía por la sangre a una familia, a una corporación por el servicio a que uno se había alistado, a un pueblo por el territorio, a la Iglesia por el bautismo, se quería también pertenecer, por un sacrificio voluntario, a una de las gloriosas milicias, que en los afanes de la palabra y de la penitencia servían a Jesucristo. (2)

Es indudable que dicha tendencia actuó en este caso, pues al disolverse la Milicia de Jesucristo y a pesar del carácter militar que la distinguía de una institución de penitencia, sus componentes, en atención a otros puntos de contacto, se volcaron en la Orden Tercera o de Penitencia de Santo Domingo y aumentaron el poder y la importancia de ésta última; pero, debe aclararse, que no determinaron su creación puesto que ya existía, como se vé, con vida propia e independiente. (3)

Ello está demostrado por las Bulas Pontificias que usaban para cada una de ellas una denominación diferente. Por otra parte, en

(1) R. P. CASTAÑO, O. P., *Santo Domingo de Guzmán*, pág. 80.

(2) LACORDAIRE, *Ob. cit.*, pág. 244.

(3) CASTAÑO, *Ob. cit.*, pág. 81.

los peligros que corrió la Iglesia en la Edad Media, nunca se llamó a combatir con las armas a los componentes de la Orden de la Penitencia, como lo hacían por deber los de la Milicia de Jesucristo.

IV

Aclarados estos antecedentes de carácter histórico y sobrentendido que la Milicia de Jesucristo terminó su actividad propia y se unió a la Tercera Orden, pasemos a estudiar ahora los términos "Milicia y Penitencia".

Debe entenderse por Milicia, la vida activa, como ser la enseñanza, la predicación y todas las obras exteriores del apostolado. Esta vida merece bien el nombre de militante puesto que ella, es la lucha del soldado de Cristo contra el mundo, a fin de hacer triunfar el espíritu de Dios.

Por Penitencia se debe comprender la vida interior, la vida de plegaria y de unión a Dios, que es también necesaria al apóstol, como el alimento a la vida de nuestro cuerpo.

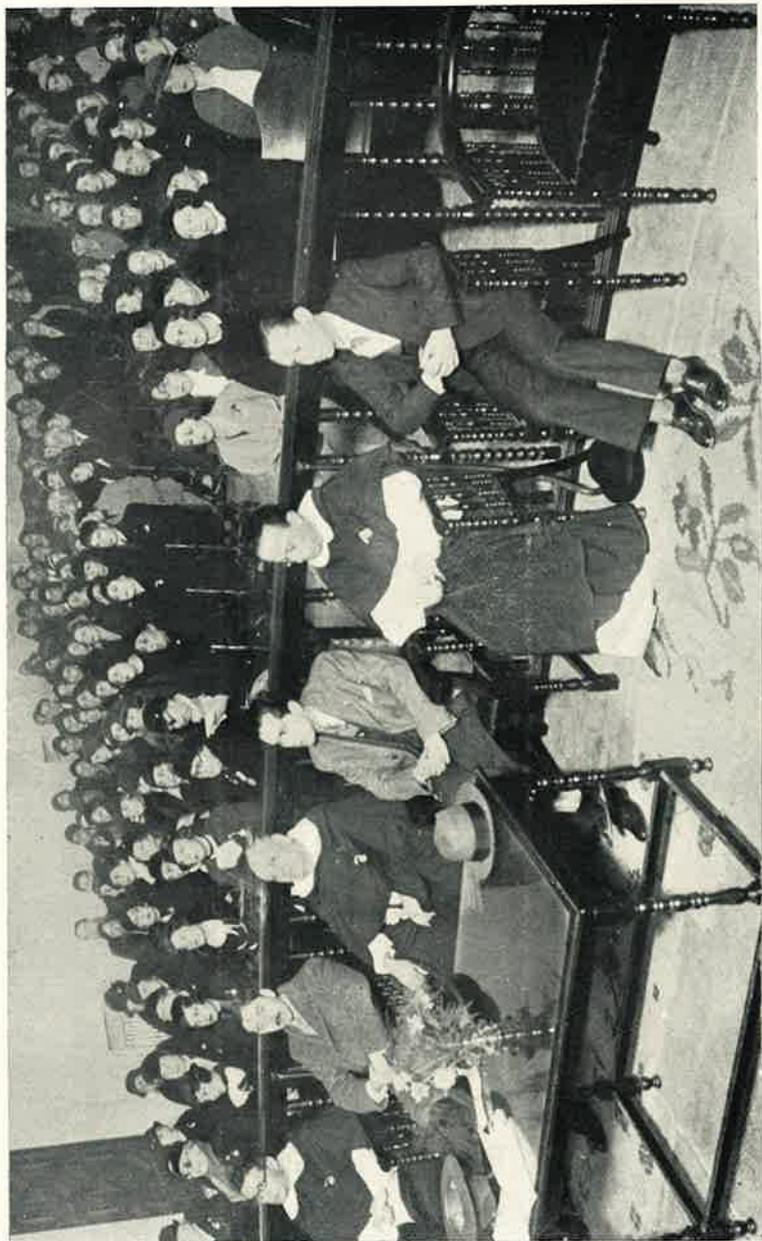
La Milicia y la Penitencia presentaban dos aspectos generales en la manera de practicarlas. Mientras unos llevaban una vida particularmente retirada en los claustros, otros buscaban unir la plegaria con la vida de apostolado exterior.

La organización de los monasterios no llegó a su perfección sino hacia el fin del siglo IV con la aparición de Saint Benoit quien estableció una regla de vida monástica que subsistió casi sola hasta la llegada de los dominicos y de los franciscanos.

Se sabe los grandes servicios que rindieron a la doble causa del cristianismo y de la civilización. Han sido los misioneros del Evangelio en Francia, en Inglaterra, en Alemania. . .

En los agitados tiempos de la Edad Media, fueron casi los únicos en conservar el gusto por las ciencias y por las artes. Fundaron escuelas monásticas y copiando los manuscritos salvaron los tesoros de la antigüedad clásica. En un orden más elevado, crearon por su vida de piedad, esencialmente claustral, la gran corriente mística de la Edad Media.

Pero la decadencia de los monasterios en la época del feudalismo y la necesidad de dotar a los pueblos de una dirección espiritual que se ajustara a la antigua disciplina religiosa, determinó a Santo Domingo a crear una Orden, que llegó pronto a tener una



Concurrencia a la primera de las asambleas realizadas en el Salón de la Caja Popular de Ahorros, de la ciudad de Córdoba.

grande influencia, gracias a las virtudes y a la sabiduría de sus componentes.

Alberto el Grande proyectó sobre la naciente Orden un esplendor que no ha sido superado sino por Santo Tomás de Aquino, del cual fué maestro. Era un sabio en todas las ramas del saber de su época y preparó el camino a su discípulo, para el estudio de Aristóteles, mostrando que el naturalismo del gran filósofo griego, no era incompatible con la fe y podía ser puesto ventajosamente al servicio de Cristo. De esta manera, San Alberto Magno es el precursor del espíritu científico que caracteriza a la Orden.

Posteriormente Santo Tomás de Aquino (1225-1274) fué quien expuso de una manera completa, lo substancial de la doctrina eclesiástica, en las múltiples facetas del dogma, de la apologética, de la liturgia, de la moral y de la política. ⁽¹⁾

Las antiguas Ordenes que, más bien contemplativas, miraban con cierta desconfianza a las Ordenes nuevas, suscitaron interesantes y fecundas controversias, para llegar a establecer si la vida contemplativa era superior a la vida activa.

El grande e incomparable Doctor dominicano dió la solución del problema con su habitual seguridad de juicio.

Después de haber analizado la noción de la contemplación, se pregunta si vale más la vida contemplativa que la activa y concluye demostrando, que entre ambas, no existe contraposición y que es necesario llegar a armonizarlas.

Este concepto, tuvo consecuencias profundas, pues de él nació, indudablemente, la idea de que las personas que vivían en el mundo, podían aspirar a la santidad, a pesar de sus ocupaciones mundanas.

El concepto de la contemplación y el del perfeccionamiento cristiano que le es inherente, dejó de ser considerado entonces como una cosa reservada a los que hicieran vida monástica.

Refiriéndose a los dominicanos, dice el R. P. Bernadot, O. P.: "Algunos se han santificado a la sombra de los claustros en la vida contemplativa, pero los más numerosos, son aquellos que se han lanzado a la vida activa, en el ejercicio de obras de caridad espiritual y corporal".

Sabemos que Santo Domingo fué tan contemplativo como el más grande de los místicos: "No he visto jamás un hombre en quien

(1) S. TOMÁS DE AQUINO, *Suma de Teología y Comentarios a Aristóteles*

la plegaria fuera más habitual”, escribía un obispo que lo conocía: “fué un hombre todo de Dios, todo en Dios, que, frecuentemente, se hallaba en medio de esas claridades sobrenaturales, que la Santa Escritura llama inaccesibles”.

Pero si era un ejemplo de penitente, fué también un modelo de acción. Recorrió Europa predicando en los pueblos, ciudades, universidades; fundó una Orden de religiosos y otra de religiosas; creó la Milicia de Jesucristo. . .

Se muestra a la vez un profundo teólogo, gran administrador, ilustrado predicador. . .

Lejos de causarle daño, la plegaria era el hogar al cual volvía para aclarar sus ideas y saborear la dulzura de su calma infinita. Es allí donde hallaba la seguridad de su fuerza y la fecundidad de sus obras. Llegó a combinar admirablemente la contemplación y el apostolado exterior y así podríamos decir que su vida fué un viaje constante de la penitencia a la milicia y de la milicia a la penitencia.

Su ejemplo ha sido seguido por tantos santos dominicanos, que ellos constituyen una inmensa legión.

“Creo — dice Segneri — que la Orden de Santo Domingo ha dado más santos al cielo, que libros a las bibliotecas”. ¡Y sin embargo Dios sabe si los Dominicanos han dado libros a las bibliotecas! . . .

Si la medida del tiempo lo permitiera, gustárame poder hablar del incomparable San Alberto el Grande, del magistral Doctor Angélico, de la profunda y muy devota Santa Catalina de Sena, del generoso e inteligente San Luis Beltrán, de la delicada, austera y virtuosísima Santa Rosa de Lima. . .

Entre ellos vislumbro una larga estela blanca y luminosa que se extiende hasta nuestros días, en que aparecen religiosas, religiosos, obispos, Papas. . . pero, es necesario saberse limitar. . .

*Excmo. y Rvmo. Señor Obispo,
Amadísimo Prior Provincial,
Señores sacerdotes,
Señoras, señores:*

Mi palabra de gratitud por la honra que me dispensáis, y mi palabra de disculpa por la pobreza de esta exposición. Sólo deseo que ella sirva para desarrollar aún más en los oyentes, la admira-

ción y el amor por la Orden, que estableció un nuevo concepto espiritual de unir la contemplación con la actividad que reclama la vida exterior de apostolado.

Tan poderosa y arraigada es la admiración que merece Nuestro Padre Santo Domingo de Guzmán, que en esta hora solemne hago votos porque su santidad y su sabiduría, inunden esta sala y se filtren cálidamente en nuestros corazones.

En este siglo descreído y materialista, en que los hombres se debaten en la desorientación de las ideas y de los deberes, porque al cargar con la herencia filosófica del siglo pasado, se abisman ante los problemas que les plantea el endiosamiento del Estado o de la ciencia, frente a la dignidad de la naturaleza humana; más que nunca hoy, la plegaria es indispensable, a fin de luchar por Dios y de encontrar en El la fuerza que nos defenderá del error y la herejía.

Hermanos Terciarios:

Honremos la herencia que hemos recibido y hagamos triunfar nuestra Orden frente al desencadenamiento de los odios de clases; frente a la esclavitud de los pueblos que hoy sufren la consecuencia de la tiranía comunista; frente a la inquietante desorbitación universal, que llena de pánico a las multitudes enardecidas por la desconfianza y las conduce a armarse de pertrechos bélicos, entre congresos de concordia y tratados de paz y de desarme.

Frente a todo ese caos fabuloso, debemos hacer resplandecer serena y digna la tradición doctrinal dominicana, que tan brillantemente iniciada, se ha mantenido hasta hoy en los puestos destacados de la predicación y de la sabiduría, sin olvidar un instante con San Agustín que "la oración es la debilidad de Dios y la fortaleza del hombre".

EN LA SOLEMNE MISA DE PONTIFICAL CELEBRADA EN
LA BASILICA DE NUESTRA SEÑORA DEL MILAGRO
(CORDOBA) — 5 DE AGOSTO DE 1934

Disertación por el M. R. P. ARMENGOL R. MOYA, O. M.

*Excmo. Sr. Obispo,
Venerable Cabildo Eclesiástico,
Venerables Comunidades Religiosas,
Señoras, señores:*

Labia-enim-sacerdotis custodient scientiam, et legem requirunt de ore ejus, quia angelus Domini exercituum est. (Malaquias, XI, 7).

Los labios del sacerdote custodiarán la ciencia, y la ley será requerida de su boca porque es el ángel del Señor de los Ejércitos.

EN la teocracia hebrea, todos los grandes movimientos sociales, bajo sus aspectos más diversos, se combinan en dependencia ininterrumpida hasta llegar al sacerdote, levantado como núcleo central en las relaciones humanas y divinas.

El, recoge las angustias populares, les da expresión y vida en la liturgia y en los sacramentos; a sus pies se amansan los furores que engendran los problemas públicos; bajo la inspiración de su palabra, se hallan las rutas en el destino histórico de aquella raza que jugó tan preponderante papel en el desarrollo de la civilización.

El, está en contacto con Dios. Por sus manos alzadas en alto descienden las bendiciones de la victoria, que desgrana como una armonía musical en los salmos que entona; su cabeza se baña de luz en las alturas sagradas, y de allí desciende como un mensaje luminoso de Dios.

En el cristianismo el sacerdote cambia de posición. No es el eje político, pero es el centro de gravedad moral. No administra justicia en los tribunales públicos, pero siembra el concepto de to-

das las justicias, de todos los equilibrios, en la conciencia humana. No es un sabio por misión específica, pero ninguna afirmación que esté en contra suya puede subsistir, porque es el depositario auténtico de los cánones de la civilización emanada del Evangelio como una consecuencia legítima.

Los labios del sacerdote custodian la ciencia, es la afirmación del Evangelio y de la historia, señores.

¿Y qué es la ciencia?

Un concepto invertido nos la presenta como resultante de un estado de civilización; siendo, por lo contrario, su causa y su punto de partida.

El positivismo contemporáneo, aferrado al análisis de los fenómenos que afectan directamente la existencia, divorciado de las altas especulaciones metafísicas, presenta como tal lo que apenas constituye un esfuerzo aislado y audaz.

Comte, en su esfuerzo por situar en escalas diferenciales las formas de trabajo del pensamiento, descuida el análisis de lo que él llama los estudios teológicos y metafísicos, o sea el poner las causas universales en sustancias superiores a la naturaleza humana, o en principios absolutos.

De allí dimana su error de apreciación al llamar ciencia a un conjunto de experimentaciones particulares, incapaces de engarzarse en un principio inmovible que sirva de garantía a sus conclusiones como sirve de base a su iniciación.

Antes de él, Kant, Fichte y Schelling habían intentado, vanamente, situar el fundamento de todo conocimiento para derivar de ello un concepto completo de lo que podría ser la ciencia.

El filósofo de Königsberg, pulverizando el esfuerzo de muchos siglos, retorna a la antigua concepción subjetivista, haciendo de cada entendimiento una base distinta para la apreciación de los problemas trascendentales de la filosofía y de la moral.

Fichte, contrariando sus propósitos iniciales, vuelve a las ya olvidadas sendas que recorriera Pirrón, envuelto en el sueño de un idealismo intrascendente, hijo del escepticismo más radical.

Schelling, filósofo y poeta del siglo de las luces, toma el YO puro de su antecesor y lo eleva a las regiones de lo absoluto, levantando una estela de misterio, y penetrando, a la vez, en las dos regiones primitivas del pensamiento de que nos hablaba Comte, porque en su concepción se hermanan las viejas cosmogonías sin alma y la contemporánea psicología materialista.

Hegel encuentra demasiado débil el terreno en que se apoyan sus antecesores, y como una solución permanente expone la teoría de la *idea-nada*, que encierra el germen de una transformación indefinida, anuda al sujeto y al objeto en una sola realidad, en una identificación que tiene mucho de mística y nada de filosófica.

Tal idea es naturaleza, al encontrarse a sí misma; espíritu, después, cuando el desarrollo lógico la pone en posesión de sí misma; humanidad, más tarde, cuando anuda los dos conceptos primeros; Dios, Divinidad, por último, cuando se convierte conscientemente en centro supremo de toda idealidad particular y en síntesis universal, de todo lo particular finito.

La ciencia, que es en la definición clásica el conocimiento de las cosas en sus últimas causas, engendra la civilización.

La civilización es el desarrollo de la vida humana, es decir, de sus actividades. En el orden especulativo, esas actividades buscan asentarse en un primer principio, en un ser autónomo, independiente de toda fuerza y de toda influencia. En el orden práctico, tales actividades se encuentran dentro de cierta ordenación inquebrantable y operan sobre fenómenos concretos, desentrañando sus bellezas y utilidades.

Todas las razas del mundo han aportado una piedra al monumento de la civilización. La pulieron con sus esfuerzos, la consagraron con sus lágrimas y sus fatigas, la hicieron casi transparente con su idealismo.

Sí la civilización es una actividad permanente, el simple análisis de las facultades individuales y colectivas nos denuncia la existencia de innumerables factores que conspiran contra su estabilidad.

El cristianismo al aparecer en el mundo encontró una civilización grandiosa, pero incompleta.

La razón había formado a Aristóteles y a Platón; el trabajo había construido el Partenón y el Foro; monumentos de luz y de piedra que los siglos respetaron. La moral había engendrado a Solón y a Licurgo, al Decenvirato y a Claudio Appio; pero, junto a ellos, la humanidad se moría de sed, carecía de rumbos precisos y anhelaba, como Ismael en el desierto, el agua que retemplara su vida. El cristianismo aportó los elementos para sobrenaturalizar la vida. A fuerza de constancia, se abrió paso. Tomó aquella civilización herida en sus fundamentos, ligada por todas las imposibilidades, como Lázaro en el sepulcro, y le pronunció la palabra de

resurrección. Europa se unificó bajo el cuidado maternal de la Iglesia.

Los primeros siglos, repletos de dificultades, distrajeron las fuerzas intelectuales en extirpar los gérmenes doctrinales del paganismo, que como un náufrago asomaba su cabeza con intermitencia entre las olas del tiempo que lo hundían. Paralelamente a esos esfuerzos, se realizaron los otros tendientes a abatir el prestigio de las herejías, que se levantaban en su seno con las simpatías que siempre despiertan los rebeldes.

Entre alternativas de cesarismo y de apostasía, entre catástrofes políticas y errores dogmáticos, la Iglesia iniciaba su vida en el siglo XIII.

Sin negar el volumen de las figuras que Dios había suscitado en los dos siglos anteriores podemos afirmar que fué pródigo — quizá como nunca — al inspirar una pléyade de varones esclarecidos, que venían a recoger sobre la arena el escudo de las viejas luchas para abrirse — invencibles — una brecha de luz en la historia.

Respondiendo a diversas necesidades de la hora, hicieron su aparición, con intervalos de escasísimos años, tres Ordenes religiosas que fueron otras tantas columnas fuertes de la Iglesia.

San Francisco de Asís, Santo Domingo de Guzmán y San Pedro Nolasco dieron, cada cual, el núcleo de acción precisa que se necesitaba en cada sector. Para volver al concepto cristiano de la vida, a través de la justa apreciación de las cosas, surge la imagen de Francisco como una copia viva de Aquél que había enseñado lo que valen las riquezas subiendo a una cruz sin tener quien cubra sus sagradas desnudeces.

Para cumplir el precepto evangélico que dice no haber caridad mayor que entregar la vida por los semejantes, surge la imagen abnegada de Nolasco que, en redención copiosa, penetra en las prisiones vestido de blanco como si fuera el ángel de la esperanza hablando en el nombre de Dios.

La especialización de una misión providencial no impide la consagración ventajosa en cualquier otro orden de actividad. Por eso, en breve, pudieron alumbrar los caminos de la Iglesia con la serena claridad de sus sabios. Domingo de Guzmán trae la falange que se precisa para integrar el frente de batalla.

El crea un tipo nuevo, desconocido hasta la fecha. Sus frailes tienen la adusta severidad de los monjes vaciada en la gallarda figura

de los doctores. Sus conventos realizan la unión, creída imposible, del cenobio con el claustro universitario: en ellos hay la plácida serenidad de los éxtasis y el rumor tumultuoso de las academias; en ellos se ora y se discute, se tallan los sabios y los santos, se vacían en un solo molde San Pablo y San Agustín.

Alguien ha ponderado ya, señores, desde esta cátedra el espíritu apostólico de la Orden de Santo Domingo de Guzmán, que ha llevado el Evangelio a todos los rumbos del mundo y clavado la cruz de Cristo en todos los extremos en un esfuerzo difícil de superar.

Por eso, me voy a circunscribir a trazar en dos pinceladas fugaces lo que ella ha realizado en orden a la ciencia.

LA FILOSOFIA Y LA TEOLOGIA

Fundada la Orden de Predicadores para apoyar el dogma vacilante en las conciencias cristianas; defenderlo contra todos los ataques de la herejía que la sitiaba encarnizadamente resucitando las sutiles cuestiones que el Oriente, antes de su separación había inyectado como un contagio mental; y sembrarlo en la conciencia de razas extrañas al cristianismo en las creencias, pero allegados a él por los grandes movimientos migratorios de aquellos siglos, tuvo desde el principio un plantel de esclarecidos varones que le dieron lustre y prestigio.

La teología es la más elevada disciplina que se cultiva en la Iglesia. La filosofía es de un orden puramente natural: tiene por base la razón, desarrolla los primeros principios; llega a la esencia de las cosas para escudriñar su finalidad en el universo; se baña de luz con todas las verdades posibles; descubre los puntos cardinales de la vida racional, como la existencia de Dios, la espiritualidad del alma humana, la naturaleza de la materia, pero ante las riberas infinitas de la vida divina se queda atónita sin atinar una solución precisa y clara.

Más feliz que ella, la teología se apoya en la palabra de Dios: utiliza para sus trabajos los tesoros de la revelación; y lee en la primera causa de los seres la historia de sus movimientos.

Desde la aparición del cristianismo hubo quienes cultivaron meritoriamente esa disciplina. El solo nombre de San Agustín es una cumbre imponente. Sin embargo, recientemente desaparecidos

los discípulos de los Apóstoles, un estricto criterio de autoridad presidía su vida. Más adelante, no había sido posible tampoco descentralizar la teología de la influencia de los grandes doctores. Su prestigio le servía aún de base casi exclusiva. Cupo a la Orden Dominicana la gloria y el mérito de cambiar las directivas teológicas.

Raimundo de Cremona, Hugo de Saint-Cher, Raimundo de Kiwardby y Ricardo de Pitzacre son los primeros ilustres representantes de la teología dominicana. Empezaron publicando comentarios a las *Sentencias* y después escribieron las célebres *Quodlibetas* o disputas circunstanciales.

Alberto Magno realizó una labor titánica. Fué uno de los talentos más enciclopédicos de su época; pero su nombre se amigora un tanto ante los fulgores que rodean al más grande de sus discípulos, a la vez que el más grande de los doctores católicos: Santo Tomás de Aquino.

La primera etapa dogmática del cristianismo se había cumplido con toda felicidad. Una serie de concilios, que desentrañaron el significado profundo de las Escrituras, habían afianzado el dogma en la conciencia pública cristiana como una gravitación imposible de levantar.

Sin embargo, la renovación, en gran escala, de los estudios estaba resucitando los métodos racionalistas de la filosofía griega. El nombre de Aristóteles era una bandera demasiado peligrosa si es que llegaba a caer en manos regularmente expertas.

Diversas causas y factores sociales y culturales habían dejado acumular densas sombras sobre el pensador griego. Ahora se incorporaba a las corrientes del pensamiento con el prestigio de una antigüedad venerada.

El humanismo, como sistema capaz de enfocar las realidades más profundas de la filosofía, proclamaba el divorcio absoluto entre la razón y la fe. Con anterioridad, San Anselmo había hecho tentativas audaces y desesperadas para hermanarlas. Llegó hasta creer que fuera posible penetrar en la misma naturaleza divina con la simple razón natural.

Esto tenía un doble peligro. Por una parte, su fracaso significaba el descrédito completo del cristianismo, a quien muchos empezaban a considerar extemporáneo, ya que a su criterio había llenado su ciclo histórico; por otra, el éxito aparente del esfuerzo hubiera traído una crisis total de la fe. La solución del problema estaba en combinar armónicamente estos dos principios de actividad.

He ahí, señores, la gloria inigualable de Santo Tomás de Aquino. Como San Jerónimo, conoce a fondo la Escritura Sagrada; como San Agustín, posee la agudeza de pensamiento; como ninguno, conoce toda la antigüedad clásica y puede penetrar, sin temor de extraviarse, entre los restos dispersos de la filosofía griega.

En el orden cristiano, ningún monumento puede compararse con su *Summa Theologica*, ni en la amplitud de su plan, ni en lo acabado de sus detalles, ni en la profundidad del raciocinio que constituye su trama, ni en la clara transparencia con que está realizada.

Si la Orden de Santo Domingo no hubiera aportado a la Iglesia y a la civilización más que esta obra, tendría sobrados títulos para exigir el primer puesto en el monumento espiritual de todos los tiempos.

El Papa León XIII, en su encíclica del 4 de agosto de 1879, se expresa en estos términos para clasificar la obra de Santo Tomás: "Distinguiendo, como era justo, la razón de la fe, aunque uniéndolas entre sí con vínculos de recíproca amistad, mantuvo sus respectivos derechos y atendió a su dignidad de tal manera que ni la razón, elevada en alas del Doctor Angélico hasta la cumbre del humano saber, apenas puede elevarse ya a más sublime altura, ni a la fe le es dado obtener más eficaces auxilios que los que obtuvo gracias a Santo Tomás". "Por la suma veneración con que honró Santo Tomás — dice el ilustre cardenal Cayetano — a los doctores sagrados, recibió en cierto modo el entendimiento de todos ellos". (1)

El único émulo que pudiera tener Santo Tomás sería San Agustín; pero ha logrado superarlo por el carácter mismo de su obra. San Agustín es el torrente impetuoso que desciende de la altura sagrada arrollando todo cuanto encuentra a su paso. Santo Tomás es la fuente cristalina y serena, espejo immaculado de la sabiduría eterna.

San Agustín es el martillo de Dios que pulveriza el error de un solo golpe. Su genio ardiente recuerda aquellos ejércitos cartaginenses que caían como rayo venciendo por aniquilación a sus contrarios.

Santo Tomás es la gravitación formidable de la verdad que

(1) Cayetano — In 2 m 2 ae, 9, 148 a 4, in fine.

se impone. Lleva en sus obras el sello de la raza: claridad y método, para hacer eterna una fuerza de resistencia.

Por eso la historia de la Iglesia no recuerda el nombre de ninguna herejía que haya tomado a Santo Tomás como bandera. Si se intentara, habría que descuajar su obra de la Escritura, de la literatura patristica y de la doctrina de los concilios, lo que resulta una tentativa imposible.

Santo Tomás abarca en su obra los tres horizontes diversos: Dios, el hombre, el mundo. El análisis prolijo, la distinción cabal y nítida, la combinación de todos los conocimientos, da a su labor el carácter de una síntesis incapaz de ser superada.

Las teorías psicológicas de nuestros días no han podido enmendar en lo más mínimo las conclusiones a que abordara. La antropología, a pesar de que su desarrollo ha sido tan estupendo que se dijera haber nacido de nuevo, no tiene que rectificar al autor de la *Summa* una sola de sus conclusiones.

Los portentosos progresos realizados en la física y en la química, despojados del atavío con que pretende revestirlos cierto sectarismo científico, y reducidos al contenido substancial de su verdad, encajan maravillosamente dentro de su amplísima concepción.

La exposición que hace de las teorías de la materia y de la forma, son saludadas al presente como el fundamento de la ciencia contemporánea.

A mi entender, el mérito mayor de Santo Tomás es el haber extractado todas las teorías y haber formulado una definición exacta de todas las cosas. Definir con precisión es el arte supremo de toda ciencia.

Donde Santo Tomás ha puesto una definición es menester pronunciar aquel *Amén* de que hablaba Monsabré, mezcla de admiración y de respeto, de evidencia objetiva y de fe religiosa.

Recuerdo al cardenal Mercier. En uno de sus estudios más profundos analiza la definición de la vida, dada por Santo Tomás. Empieza exponiendo las ideas recogidas por M. Morgan como expresión vulgar; se remonta a las alturas científicas citando a Littré; estudia las funciones de la vida humana y la fisiología; entra después a la morfología de la célula, a su unidad y organización y al desarrollo de su vida, analizando a Carnoy, Nüsbaum, Grüber, Hofer, Verworm y Balbiani; estudia la función de nutrición, adoptando las clasificaciones de Beaunis y Berstein; la química de la célula, los movimientos del protoplasma, la noción de la irritabilidad,

con Richet. Entra después a estudiar las fases de la vida celular, exponiendo la tesis de Weismann y las conclusiones contrarias obtenidas por Mr. Maupas; sigue a los citologistas en sus dos clasificaciones fundamentales, citando a Rindfleisch que se pregunta si es espíritu lo que engendra el movimiento celular conocido con el nombre de cariocinesis. Expone las leyes de la evolución embrionaria; las leyes de la conservación de la materia y de la energía extracitando las conclusiones de Henri Gautier y de Georges Charpy; y las experiencias y tentativas de Hirn.

En resumen, después que el ilustre cardenal pasa vista a todas las conclusiones más interesantes de la ciencia experimental contemporánea, cuando llega al final de su estudio, estampa estas palabras que son el mayor elogio posible a Santo Tomás: "Podemos concluir con legítimo derecho que la fórmula de Santo Tomás tiene el valor de una definición natural".

La exposición de las doctrinas de Santo Tomás obligó a la ilustre Orden Dominicana a producir una serie de doctores y comentaristas que constituyen para ella un timbre de honor.

El nombre del cardenal Cayetano, el más autorizado comentarista del Angel de las Escuelas, pudiera suplir una galería de nombres ilustres.

En España, esa misma necesidad de explicar al maestro máximo determinó un florecimiento glorioso en donde participaron todas las Ordenes religiosas. A los dominicanos les cupo el honor de tener a Melchor Cano, que en su obra "*Los Lugares Teológicos*" introdujo una ciencia auxiliar de la especulación teológica.

Eckhart calcula en 2.500 los dominicanos que lograron destacarse con nitidez en aquella pléyade enorme de doctores que disputaban en toda Europa por el triunfo y la imposición de una escuela teológica determinada.

SAGRADA ESCRITURA

El P. Vercellone ha podido decir con sobrada razón: "Los dominicos renovaron los tiempos gloriosos de Orígenes y de San Jerónimo por el culto ardiente de la crítica sagrada".

En este orden, trabajaron decididamente por corregir el texto latino. Merecen recordarse sus *Correctorías*, hechas bajo la dirección del cardenal Hugo de Saint-Cher y Teobaldo de Sajonia.

Después, vinieron las *Concordancias*, siendo las más célebres

las de *Sancti Jacobi*, bajo la dirección de Hugo de Saint-Cher; y la *Concordantiæ Angelicæ*, hechas por Darñington, Stavensby y Croyndon.

Como disciplina antecedente y correlativa a la ciencia escriturística, se dedicaron apasionadamente al estudio de las lenguas antiguas, fundando sus célebres *Studia Linguarum* en Grecia y en Asia.

DERECHO CANONICO

En aquellos siglos de duro cesarismo por parte de los príncipes civiles y de teorías autonomistas exageradas por parte de los jefes eclesiásticos; entre la variedad de disposiciones contradictorias, casi, que emanaban de la Santa Sede como solución transitoria a los problemas más apremiantes, era tarea ímproba compilar toda la legislación eclesiástica en un cuerpo homogéneo, ágil a la vez que estable.

Gregorio IX encomendó esa tarea a un Dominicano ilustre por muchos conceptos. San Raimundo de Peñafort, por orden de ese Pontífice, hizo la celebrísima "*Decretalium D. Gregorii Papæ IX Compilatio*" (1230). El trabajo resultó tan completo y de tanta precisión en la época, que el mismo Gregorio IX la mandó usar en las universidades y en los juicios como auténtica y oficial.

En el mismo sentido, fué célebre en toda la Edad Media la "*Glosa Común del Decreto de Graciano*", escrita por un sacerdote de la Orden.

En la ciencia del Derecho conquistó un nombre inmortal el Padre Francisco de Vitoria, fundador del Derecho Internacional. Con su nombre cerraremos, en seguida, esta serie de ilustres hijos de Santo Domingo, tomados así a la vista de mal examinador, como se toman en un golpe de vista sencillo las altas cumbres dentro de una cadena de montañas.

LA APOLOGETICA

Ciertamente que en ninguna disciplina el cristianismo contaba con antecedentes tan ilustres como en la apologética. Basta mencionar los escritores de su primera hora para que surja un nombre prestigioso.

Sin embargo, la Providencia, sabia infinitamente en la distri-

bución de sus dones, había deparado a los Predicadores la gloria de ocupar el primer puesto en esta disciplina.

Otra vez el nombre de Santo Tomás se impone con toda la gloria de su prestigio. Una obra de apologética se circunscribe a determinada época, abarca la solución de determinados problemas. Por eso su proyección en el futuro depende del talento de su autor.

La *Summa Contra Gentes* tiene la característica de las obras inmortales: lleva los problemas a la región de las ideas madres, de los más altos principios especulativos, y allí los analiza y resuelve.

Después de la fundación de la Orden de Predicadores, la primera herejía de volumen que se presenta es el catarismo.

Encontró el terreno preparado por la aparición del neo-maniqueísmo, que había hecho estragos en toda Europa.

El catarismo, según lo hace notar uno de los historiadores que lo ha estudiado de más cerca, Jean Guiraud (1), "era una religión distinta, con una concepción particular del origen del mundo y de su destino, con una moral y disciplina propias, y con una jerarquía completamente opuesta a la Iglesia".

Se nota en ellos, junto a la síntesis que hacen del maniqueísmo, gnosticismo y encratismo, una tendencia a remontarse independientemente de la Iglesia al Evangelio primitivo.

La amenaza que importaba su existencia es fácil comprenderla recordando lo que había costado vencer las doctrinas que venía a resucitar.

Un tratadista de historia de religiones, Pedro Rousselot, se expresa sobre su suerte final en estos términos: "La enérgica acción de Inocencio III vino a poner término a esta herejía, que era un peligro para la sociedad y la Iglesia: la predicación de Santo Domingo de Guzmán y de sus discípulos y la cruzada de Simón de Monfort, cortaron los vuelos de este anarquismo místico".

Conviene recordar con Lacordaire que la presencia de Santo Domingo en aquella guerra le volvió el profundo significado de justicia de su primer momento, sentido de que se vió desposeída a poco de empezada por la ambición y los rencores de muchos partidarios de la Santa Sede que desoyeron las advertencias de Inocencio III.

La Reforma, en el siglo XVI, encontró a los dominicanos firmes en su puesto de avanzada.

(1) *Cartulaire*, I, pág. CCI.

Causas análogas a las que valieron para que la antigüedad clásica se olvidara de Aristóteles, obraron para que el catolicismo descuidara un tanto las obras maestras de Santo Tomás de Aquino.

La teología se debilitó paulatinamente por la lucha encarnizada de las escuelas, que lejos de atender a enriquecer los tesoros de generaciones pasadas se preocupaban principalmente en inventar argucias de toda índole en busca de la prevalencia de sus tesis, con lo que llegaron a debilitar el crédito intelectual del escolasticismo.

La gigantesca labor de Santo Tomás contenía la respuesta autorizada y concluyente contra los nuevos dogmas. Por eso el historiador comprueba que el prestigio reformista decrece a medida que los expositores católicos allegan sus teorías a la doctrina del doctor máximo.

En ese sentido, se destacaron los dominicanos netamente. Así lo expresa Gardeil "*La notion du lieu theologique*" estudiando la labor de Melchor Cano, que al decir de Alejandro Brou y Pedro Rousselot creó en su obra "*De Locis Theologicis*" una rama auxiliar de la teología.

Tan eficaz fué su labor en ese sentido que el heresiarca Bucero llegó a decir significativamente: "*Tolle Thomam et dissipabo Ecclesiam*: quitad a Santo Tomás (encarnado más que en nadie en los dominicanos) y yo disiparé la Iglesia".

CIENCIAS NATURALES Y EXACTAS

Fácilmente habréis advertido, señores, y ya lo he dicho anteriormente, que no he nombrado sino a los hijos de Santo Domingo capaces por sí solos de hacer ilustre el nombre de una corporación en los anales de la ciencia.

Las ciencias naturales y exactas, que tanto han encantado a la edad contemporánea, tuvieron siempre en los dominicanos servidores entusiastas y capacitados. Hace apenas un año que los sabios del mundo se inclinaban reverentes ante la figura ilustre de San Alberto Magno.

Talento enciclopédico, analizador sutil, logró desprenderse de muchas preocupaciones de su época y constituirse en un precursor de las ciencias naturales. Inventó el arsénico y el zinc; conoció la electricidad, y abrió una nueva era a los conocimientos físico-químicos.

Con razón, hablando de él, dicen Hofer y Blainville: "Parece haber llegado a los confines de la ciencia humana". Pangerl, estudiando su vasta labor, dice: "De extraordinario relieve científico, muchas de sus frases contienen gérmenes de verdad que costó muchos cálculos y experimentaciones volver a dar con ellos".

A R T E

"En ninguna Orden religiosa, — afirma Marchese, — han florecido tantos artistas, pintores, escultores, arquitectos, miniaturistas, como en la Orden Dominicana".

Alberto Magno, el enciclopédico doctor, según Eckhart, escribió un tratado de perspectiva, como fundamento de las artes de construcción; trazó los planos de la iglesia de Colonia; fué el creador del método albertino hermoseador del estilo gótico, como lo prueban aquellos milagros de piedra que fueron las catedrales de las ciudades más famosas de Europa.

En la pintura, el solo nombre de Fra Angélico, es un sol y un símbolo. De él dijo muy bien un célebre artista de su época: "Los ángeles que pinta hay que verlos primero en el cielo antes de llevarlos al lienzo".

En Francia, España y Alemania tienen nombres inmortales.

En torno a Lacordaire, que hablaba de la necesidad de cristianizar el arte para ponerlo al servicio de la religión, como en torno de Savonarola, que anatematizaba su paganización, con su acento conmovido de profeta, se formó una academia de eximios artistas, gloria de la pintura francesa contemporánea.

FRANCISCO DE VITORIA

Señores:

Quiero cerrar este recuento fugaz e imperfecto de las grandes figuras que la Orden de Santo Domingo ha dado a la ciencia y a la civilización, con un nombre ilustre, que los desequilibrios de esta hora agitada que vive el mundo debieran obligar a contemplar con la misma fe con que los discípulos amenazados por la tempestad, en el lago, miraron a Jesús. Me refiero a la figura prócer del Padre Francisco de Vitoria.

Perteneciente a aquella célebre generación de teólogos que dieron lustre al nombre de España en el siglo XVI, como Zumel, Molina, Báñez y Cano; teniendo antecedentes más o menos precisos en otros filósofos cristianos; cultor decidido de las teorías de Santo Tomás; Francisco de Vitoria formuló un cuerpo de doctrina, admirable por la precisión con que domina sus extensos campos.

Vitoria fué el fundador del Derecho Público Internacional. Báñez, compañero suyo en el hábito, había sido, es cierto, su primer tratadista metódico. Pero a él le cupo la gloria de formular con precisión la doctrina jurídica que le serviría de base.

Cierto es que la figura de Vitoria no es tan conocida en los tratadistas de Derecho como la de Hugo Grocio, y que sus doctrinas no tienen en el complejo jurídico contemporáneo la importancia que merecen por su valor intrínseco. En el estudio del desarrollo de las ideas filosóficas posteriores a él encontramos la razón de ello.

El triunfo del humanismo significó la relegación a segundo plano de todos los principios emanados de una concepción sobrenatural de la actividad humana.

Grocio era creyente. A pesar de los movimientos que agitaron su hora, se mantuvo fiel a su fe. Pero amaba demasiado su propio talento para permitir que causa alguna, que él pudiera quitar, fuese a impedir el triunfo y la imposición de sus ideales.

“La causa por la cual su libro se difundió de modo tan inesperado, consiste, — dice Blüntschli, — en que libertó la doctrina del derecho de la teología e hizo de ella una ciencia independiente, dándole la sola naturaleza como base soberana e independiente” (1). “En una palabra, — expresa Weiss, — lo que la declaración de la independencia fué para Norte América, y la proclamación de los derechos del hombre para la Revolución Francesa, fué la obra de Grocio para la ciencia moderna del Derecho. No puede dársele otro nombre que el de *Acta de Emancipación del Derecho*, de la política y del Estado, con relación a la fe y a lo sobrenatural”.

Vitoria, por lo contrario, no dió la importancia debida a sus teorías. Dos veces apenas se permitió exponerlas.

Su mérito, en este orden, consiste en haber escrito y dicho al siglo de Carlos V, cuya grandeza se fundó en la colonización y en la guerra, que ambas cosas estaban controladas por un principio inmovible y eterno.

(1) Blüntschli, *Geschichte des allg. Staatsrechtes*, 64, 74.

Un célebre sociólogo francés de nuestros días, en una de sus obras sobre filosofía de la historia, estudiando la causa más honda de los problemas de post-guerra, se determina por creer que ella radica en el abuso de la victoria, pues que nadie podrá achatar una raza de un martillazo, ya que su propio instinto de conservación la agrupará en el infortunio buscando un desquite amplio y compensador (1). Toda la obra póstuma de Clemenceau no es sino un alegato en este sentido.

Uno de los cánones establecidos por Vitoria en su *Jure Belli* dice: "Ya que por razones justas se llegue a declarar la guerra, en ella se debe pretender, no la ruina del enemigo, sino la reparación del daño y la defensa de la patria para lograr una paz estable".

En otro de ellos expresa: "En terminando la guerra, el vencedor debe proceder con moderación y modestia cristiana, considerando que actúa de juez, no de acusador, entre dos naciones, para que al dictar sentencia se contente con la reparación de la injuria, limitando el castigo a los verdaderamente culpables, que entre los cristianos suelen serlo generalmente los príncipes, porque los súbditos pelean de buena fe por ellos; y es iniquísimo que, según dijo el poeta (Horacio), las locuras de los reyes vengan a pagarlas los pueblos".

¡Ah, señores, si estas palabras tan sabias y tan claras estuvieran en los códigos del mundo, cuánta sangre inocente se hubiera ahorrado! ¡Cuántas energías útiles al desarrollo de la civilización se hubieran economizado, y en el mundo, lejos de oírse el ruido de las armas, se escucharía el rumor de la colmena que trabaja!

El profesor J. T. Delos estudiaba el principio de las nacionalidades proclamado en la célebre doctrina Monroe. A través de raciocinios claros y precisos llegaba a concluir que los dos organismos internacionales para mantener la paz en el mundo, creados a iniciativa del presidente Wilson, son una simple aplicación mundial de la doctrina proclamada en el famoso mensaje del presidente norteamericano el 2 de Diciembre de 1823 (2).

La simple lectura de la obra de Vitoria *De Indis* nos pone en posesión del mismo principio. Por eso decía Barcia Trelles, en su discurso del 21 de Abril de 1926, citado por James Brown Scott: "La doctrina de Monroe, especie de evangelio que inspira la política.

(1) GUSTAVO LE BON, *Bases para una filosofía de la historia*.

(2) *La Vie Intellectuelle*, Decembre 1928.

de Estados Unidos, ha sido cuatro siglos antes, defendida por un español, que proclama el principio con un fundamento más sólido que el mismo Monroe”.

En efecto, la interpretación wilsoniana de la doctrina Monroe establece el principio de las nacionalidades sobre la base de la igualdad, de la autonomía y de la colaboración internacional.

El principio liberal de *non interventum* está, a la fecha, prácticamente desechado por los tratadistas. Tampoco puede admitirse sin reparos la tesis de la tutela internacional. El profesor Le Fur dice: “Basta cambiar la tutela de Estados Unidos y hacer que la garantía de independencia de los Estados sea ejercida por todos los pueblos del mundo, como una garantía colectiva de independencia e integridad territorial de los Estados, para tener justamente un organismo como la Sociedad de las Naciones”. (1)

El artículo 10 del pacto de 1919 dice: “Los miembros de la sociedad se comprometen a respetar y mantener contra toda agresión exterior la *integridad* territorial y la *independencia política* de todos los miembros de la Sociedad”.

He ahí, señores, lo que nuestra generación saluda como la aurora de días mejores para el mundo; lo que ha dado lustre y prestigio a los creadores de estos organismos internacionales, que es bien cierto marcan un gran paso en la organización jurídica de la humanidad.

¡Calculad el mérito y el talento del Fraile dominicano que la enunció hace cuatro siglos, cuando aún se creía que la esclavitud era de derecho natural!

Las naciones civilizadas deben a Francisco de Vitoria la consagración del bronce: desde esa cátedra de gloria podrá seguir sembrando la simiente de paz evangélica y hacer que sean una realidad las bienaventuranzas cívicas del Derecho, encauzado en un estricto sentido cristiano de la vida.

LABIA SACERDOTIS CUSTODIENT SCIENTIAM

Señores, la Orden de Santo Domingo tiene un sitio bien alto en la historia de la civilización.

En todos los eventos de la fortuna, cuando los pueblos los llamen o los persigan, cuando rujan sobre sus destinos los clamores de

(1) LE FUR, *Cours de Droit International*.

mil tempestades, pueden volverse a su Fundador para decirle: hemos cumplido tus designios; somos la luz evangélica que alumbró los caminos de todo hombre en la tierra; nos quisiste doctores y apóstoles, con el doctorado de la palabra que se inspira en Dios y el apostolado que se nutre en las fuentes del bien. Aquí estamos, hoy como ayer, firmes sobre el surco difícil de la conciencia humana. Derramamos la simiente de la verdad, purificada de todos los gérmenes que pueden malearla: bendicela desde tu altura sagrada para que sea una aurora, más que eso, un día de luminosa plenitud en el mundo.

ET LEGEM REQUIRENT DE ORE EJUS

Allí están sus sabios. ¡Como en aquella fuente de que hablaba Jesús a la mujer de Samaria, los que necesiten consolidar el cristianismo en el mundo pueden beber sus aguas, que a somormujo cantan la eterna canción de la Verdad y del bien para la Iglesia y para la civilización!

He dicho.

“CARACTER APOSTOLICO DE LA ORDEN DE SANTO DOMINGO DE GUZMAN”

Por el R. P. Dr. FRANCISCO COMPANY, T. D.

EL cristianismo ha llevado a su expresión más alta el encumbramiento de la criatura humana a lo divino con la creación de ese tipo sublime de santidad denominado el “apóstol”.

Varón de Dios por excelencia — de Dios y de los hombres —, todo ajeno a sí mismo, su corazón hermano en el amor del corazón de Cristo anhela abrazar el universo para llevarle a Dios.

El apóstol sin Cristo no es nadie, nada, ni quiere serlo; con Cristo en cambio lo es todo, no es él mismo, es Cristo viviente en él; de ahí que nada quiera saber fuera de Cristo, de cuya caridad ¿quién le ha de separar?

Estrechamente ligado a la tierra sobre la cual camina, toda su obra es supra-terrenal; revestido de carne, no milita según la carne; penetrado del Espíritu, unge con El las almas, y sembrador infatigable y sobrehumano, antes de abandonar a la gleba su semilla, *verbum Dei*, abrirá surcos en las almas, dice el Crisóstomo, “con el arado de la cruz”.

Es con respecto a Cristo, un testigo, una luz, una voz.

Jesús le ha dicho: “Vete por todo el mundo y dí a todas las gentes cuantas cosas dije Yo, sin omitir palabra”; y también: “Desde hoy, Yo te lo digo, habrá luz en el mundo y tú serás esa luz; tú serás la luz del mundo”; y finalmente: “Tú serás mi testigo hasta el confín del universo”.

Será un remero de Genezaret, un doctor, un soldado; se llamará Simón de Betsaida, Pablo de Tarso, Ignacio de Antioquía, Cirilo, Atanasio, Agustín...; o será tal vez un hombre moderno y llevará como nosotros un apellido que él nos ha dado a conocer: Vianney, Juan Bosco, Foucauld, Mamerto Esquiú... Ignorante o

sabío, hijo de plebeyos o de magnates, es siempre un paladín extraordinario, un atleta de Cristo, un verdadero hijo de la verdadera Luz; sobre el mundo hecho por el Verbo y según el Verbo, va el apóstol predicando el Verbo, por que recobre el mundo la olvidada belleza del Arquetipo Eterno, por quién y según quién se le creó.

Todos los siglos le conocieron; todos los pueblos le vieron pasar, peregrino extraño de un austero y deslumbrante ideal.

En la alta Edad Media, fué un hijodalgo contemporáneo de Blanca de Castilla y tuvo un nombre resonante y glorioso; se llamó Domingo de Guzmán.

“Por toda la tierra se expandió el sonido de su voz y hasta los últimos confines del orbe fueron repercutiendo sus palabras”.

Sangre hispana, ascendencia de conquistadores, hijo de la recia época de la “reconquista” y hecho a escuchar desde el interior del castillo roqueño la algazara de la morisma invasora, sus ojos vieron replegarse hacia el mar las hordas enemigas sobre la rojiza llanura de Castilla, y luego en el silencio de la biblioteca de la abadía cercana aprendió a descubrir en los libros el eterno tesoro de la verdad que liberta a los pueblos mejor que las espadas.

Un día su madre le miró fijamente. No contaba quince años; tenía el rostro hermoso y los ojos claros, y sobre su frente, como un presagio, resplandecía una estrella.

“¡Tú serás luz del mundo! — pudo decirle: — ¡tú serás un apóstol!”

Porque lo fué — repito; él y sus hijos; él a la cabeza y en pos de él las nutridas falanges de predicadores, sabios, santos, artistas, misioneros. . .

Fueron primero dos: Diego y Domingo; más tarde siete; después se multiplicaron; se transmitieron la unción, la santidad, la tea encendida del amor, y así salieron a conquistar el mundo.

Sus ojos tenían fulguraciones divinas; sus palabras arrebatában las almas; sembraban el amor y la guerra; como alados al recorrer el universo llevaban las bendiciones del profeta; a su paso, en el hueco de sus pisadas, en medio de los eriales o sobre la arena del desierto, se abrían flores celestiales.

Talento, corazón, piedad, genio apostólico, prudencia, todo lo heredaron ellos porque todo lo poseía la rica personalidad de Domingo de Guzmán, el padre de aquellos incansables luchadores, atletas de la fe y verdaderos luminares del mundo, como reza el profé-

tico documento pontificio, que desde el primer momento proclama en dos palabras, precisas y elocuentes, el carácter apostólico de la Orden.

Carácter tan definido, tan evidente y averiguado, señores míos, que importa un real y serio compromiso proponerse hablar de él ante una asamblea tan ilustrada como la presente.

Ello no obstante, ya que esa ha sido la voluntad de quienes han organizado este Congreso, habréis de tener la bondad de escucharme unos minutos, y perdonarme después si no he llenado cumplidamente tan delicado deber.

Señores:

Las grandes Ordenes religiosas surgen providencialmente en el seno de la Iglesia para infundir a la sociedad una nueva y poderosa corriente de vitalidad cristiana. Cuando las necesidades ambientes se han convertido en aguda crisis y la fe vacila en el corazón de muchos, ellas detienen el derrumbe, paralizan el movimiento de retroceso y de derrota y lanzan a la Iglesia por nuevos caminos de progreso y prosperidad espiritual.

Antes de Domingo de Guzmán, el apostolado tal como ahora se concibe, como una total consagración de la vida al bien espiritual de los demás, no fué practicado por ninguna Orden religiosa.

El monacato, institución admirable, que llevó a cabo su formidable tarea primordial de civilización, mediante el cultivo de los campos y la práctica esmerada y devota de los oficios litúrgicos, estaba a punto de cerrar su ciclo y con toda evidencia quedaba a la zaga de las nuevas y apremiantes necesidades de la Europa cristiana.

El monacato fué ante todo un espectáculo de santidad y vida virtuosa, que hubo de templar en algo, con la luz diáfana de un evangelio vivido y practicado, los bríos guerreros de los bárbaros.

Inclinados sobre la tierra, sustentándose del trabajo de sus manos y del sudor de sus frentes, aquellos hombres ejemplares dieron cima a una obra de imponderable valor. Dócilmente sometidos en numerosas comunidades a los dictados de un abad, señor de vida y posesiones, dieron un ejemplo necesario, llenando, si es permitido expresarse así, el orden estático del apostolado. Edificaron, educaron, proporcionaron hombres de gran valer a la Iglesia y al Papado, pero no se lanzaron propiamente a la conquista de las almas. Bus-

caban su propia perfección y vivían una vida tranquila y laboriosa en la paz de sus santas soledades.

Con Domingo y los suyos, el hombre "perfecto" se vuelve dinámico; emprendedor y generoso, sale en busca de las almas, desafía el peligro, pretende ser eficaz a toda costa, estudia apasionadamente, se acerca al enemigo, lidia, es derrotado o triunfa, pero no cesa hasta plantarse frente a frente de él.

Los predecesores de Domingo en su lucha contra las herejías de origen maniqueo que infestaban numerosos centros urbanos, se contentaron con practicar confortablemente incursiones apostólicas de escasa duración. Sin temple para la lucha y más que todo, desprovistos de armas adecuadas, parecían haber olvidado que la palabra de Dios es una semilla, como lo dice el Evangelio, y que no es suficiente arrojarla al pasar sobre la tierra y abandonarla luego para siempre, expuesta al sol, a las espinas, a las aves del cielo.

Santo Domingo fué el primero en comprender la impostergable necesidad de radicarse en el seno mismo de los países heréticos, multiplicando en ellos las fundaciones.

Allí donde cátaros o albigenses habían levantado verdaderas ciudadelas al error, él, atleta de la fe católica, arriesgándolo todo, poniendo en la empresa una voluntad tercamente santa, edificó verdaderos baluartes de vida cristiana, focos de irradiación de la verdadera Fe.

Nace así por uno de esos milagros que Dios concede a los grandes corazones, la Santa Predicación Prulla, la dulce Betania del apóstol, que afianzará su obra y hará también apostolado echando a volar sobre los campos la algarada de su campana que invita a la oración.

"Domingo, asevera con razón el P. Mandonnet, formó el primer gran modelo del apóstol en la Edad Media".

Y en verdad, después de adoptar para su Orden la Regla Agustiniiana, sumaria y dúctil, suprime en definitiva el trabajo manual, que ha de substituirse por el estudio, y trata que la salmodia, ese elemento esencialísimo del antiguo monacato, se haga sin grandes dilaciones, brevemente, "*breviter et succinte*".

Sus conventos no serán jamás como los del Císter, verdaderos colmenares de hombres piadosos y santos, que se estimulan mutuamente a la práctica minuciosa de una Regla siempre igual.

El convento dominicano es reducido, activo, febril, casi diría irregular, porque un amplísimo sistema de dispensas modera sabia-

mente la vida religiosa, subordinando totalmente la Regla al orden de la caridad, sentando definitivamente el principio de que una reglamentación excesivamente estricta e inflexible conspira contra las complejas e imprevistas exigencias del apostolado.

Santa audacia la de aquel prudentísimo reformador que se ha permitido herir la antigua disciplina monástica en lo que tenía de más sagrado: el trabajo manual, la salmodia, la vida regular.

Pudo así empero crear una nueva escuela de monjes, sabios y militantes, partidarios decididos de los libros y prontos para abandonar a la más leve indicación la bienhadada soledad del claustro y el calor del hogar religioso, para acudir a las ciudades y los burgos en busca de la contradicción y la porfía.

Con su predicación dogmática y sus continuos viajes, restauró el apostolado a la manera paulina. Porque no debemos olvidar, señores, que aquel hombre rubio, fino y hermoso, aquel canónigo de Osma, aquel brillante profesor de la Universidad de Palencia, fué también un caminante infatigable; un predicador a la manera de los primeros tiempos, que recorría a pie, cantando salmos en las regiones de Francia, Italia y España; que escalaba los Alpes y los Pirineos, inclinado bajo su mochila de peregrino; que rendía a sus compañeros marchando bajo la lluvia o sobre las nieves, para llegar tras largas ausencias y ansiosa espera, cubierto de polvo, rendido de cansancio, a reclamar de sus hijos e hijas espirituales, un vaso de agua para aplacar la sed. . . Y mientras el agua llegaba, entre lágrimas de ternura y alegría, dice la crónica, había ya reanudado él sus encendidas exhortaciones.

Pero, señores, urgen algunas precisiones sobre el alcance de la palabra apostolado. Apostolado significa más que proselitismo, colaboración en la obra del apóstol. Dentro del cristianismo puede haber quien haga prosélitos y aún se sacrifique por llevarles a Dios, sin realizar en el más depurado de los sentidos el contenido de la palabra apostolado.

Domingo, ese apóstol sabio, educado en un cabildo canonical, que conocía a maravilla los resortes de la administración de una diócesis y que tuvo en los obispos Diego y Fulco, de Osma y de Tolosa respectivamente, sus más decididos animadores y fieles amigos, ni por un momento pensó en desarrollar su acción sin consultar las miras de los apóstoles jerárquicos de quienes quiso ser sólo un auxiliar.

Véa en los obispos, como debe verse, a los legítimos sucesores

de los apóstoles instituidos por derecho divino, y respetó como el que más las tradiciones eclesiásticas; edificando sobre ellas renovó la faz del mundo.

De esta manera su apostolado fué perfecto. Obispos y Pontífices tuvieron en él el arma que necesitaban: el ariete contra la herejía fuertemente arraigada en el suelo del régimen feudal.

Así mereció de los apóstoles jerárquicos, para él y para sus hijos, una parte de sus altas atribuciones, y en especial la predicación, para la cual los Hermanos Predicadores fueron declarados por Roma, primero "útiles", más tarde "necesarios", y finalmente "del todo deputados" "*totaliter deputati*".

Cuando en compañía de su santo Obispo atravesaba por primera vez el territorio del Langüedoc, grupos de herejes, exaltados y rudos, sembraban entre los fieles el espíritu separatista, antieclesiástico y antijerárquico.

El canónigo comprendió al momento hasta qué punto eran temibles aquellos maestros laicos, que establecían la dispersión de la grey cristiana, fundando sus motivos, sólidamente, nada menos que sobre la base de un ideal de perfección evangélica.

Contra ese espíritu precisamente surgió aquella primera congregación de predicadores diocesanos, que más tarde se convirtió en una familia religiosa, difundida por todo el mundo al servicio del Papa y los obispos.

Ni una desviación hubo en el pensamiento del Fundador, señores. Por su posición jurídica dentro de la Iglesia, las Ordenes religiosas constituyen el más precioso auxiliar de la jerarquía y cumplen su misión providencial cuando, a ejemplo de sus iluminados fundadores, en la totalidad de los casos, hombres de Dios, se consagran con toda la sinceridad y el fervor de su espíritu a secundar la obra de los pastores.

Este espíritu, repito, inspiró la obra de Domingo de Guzmán y de sus hijos hasta nuestros días, y este mismo debe animarnos a nosotros, Hermanos Terciarios que hacéis el honor de escucharme.

El apostolado es nuestra vocación, y es también a no dudarlo, la más comprensiva y oportuna manifestación de una sólida piedad, dada la apostasía de la sociedad a que nos ha tocado asistir.

Hagámoslo, pero conforme a ese espíritu; nada de miras estrechas, de individualismos estériles cuando no perturbadores; antes por el contrario, amplitud, comprensión, sinceridad... porque eso y no otra cosa caracteriza la obra de nuestra esclarecida familia espiritual.

Ved si no. En la carta encíclica de nuestro Rvmo. Maestro General, Fray Estanislao Martín Gillet, dada en Roma a siete de marzo del año próximo pasado, leemos para nosotros palabras de una oportunidad y limpieza doctrinal como las siguientes.

Refiriéndose a la cooperación del Terciario en la acción parroquial, stampa lo siguiente: "No hablamos de aquellos Terciarios que no querían conocer nada fuera de la Orden y cuyas palabras o actitud, proclamaran que nada les gusta fuera de ella; con esta conducta tan indiscreta desacreditarían la Orden, y mostrarían, encerrándose en una capilla demasiado pequeña, que no han comprendido en absoluto el espíritu de la Orden"; y luego más claramente añade: "El Terciario, *"adjutor Dei"*, no permanece en su vocación si no es un auxiliar del párroco, como lo quiere ser la Orden".

En otro lugar, luego de afirmar que nuestra misión es sólo ayudar a la organización de la paz de Cristo en el reino de Cristo, escribe lo siguiente: "Cuando la Santa Sede procura que sus hijos en Dios, los bautizados y confirmados, tengan una conciencia más clara de sus deberes para con la Iglesia; cuando los exhorta a alistarse en la Acción Católica, y les recuerda su obligación de cumplir los deberes de caridad fraterna, en la obediencia a la jerarquía y con sumisión a sus decisiones y a su disciplina, es necesario que los Terciarios cumplan perfectamente este deber con dependencia de la Orden y según su espíritu; que en todas partes se muestren verdaderas lumbreras, modelos del pueblo, auxiliares de Dios, en una palabra, apóstoles".

¡Qué claridad tomista! ¡Qué sinceridad dominicana! ¡Qué digno es todo esto de un "Maestro de Predicadores" y de quien ostenta en el escudo de armas de su Orden, este luminoso grito de guerra: "Veritas", "Por sobre todo la Verdad"!

Coinciden en un todo dichas normas con el llamado pontificio, que reclama de los Terciarios Dominicanos "virtud y doctrina" — son las palabras — "a fin de que puedan hacer una labor eficiente en la Acción Católica, según las normas del Ordinario del lugar".

Todo esto, señores, reclama sacrificio. Pero no olvidemos tampoco que nuestro amado Padre, Domingo de Guzmán, pudo apropiarse para sí mismo las palabras del apóstol de las gentes, que decía: "Llevo en mi cuerpo los estigmas de Cristo, y me alegro de realizar en mi carne lo que falta por cumplirse de su pasión".

Como todos los apóstoles auténticos murió después de haber cumplido una trayectoria extraordinaria, sin colmar empero las fer-

vientes ansias de su inmenso corazón: una misión en tierra de paganos, coronada por la aureola del martirio.

Sólo sus hijos, los herederos de ese corazón, colmaron su deseo. Dispersos por todo el mundo, predicaron a Cristo en todos los idiomas y humedecieron con su sangre la tierra de todas las selvas, y las arenas de todas las playas.

Nada más.

“FORMACION Y ACCION DE LA MUJER CATOLICA EN
LA VENERABLE ORDEN TERCERA DE SANTO
DOMINGO DE GUZMAN”

Por la Sra. D^a JULIA FUNES DE BONET, T. D.

*Excelentísimo Señor Obispo,
Venerable Orden Dominicana,
Reverendos Sacerdotes,
Hermanos y Hermanas de la Tercera Orden,
Señoras, Señores:*

UN hecho esencialmente glorioso, la canonización de Santo Domingo de Guzmán, celebrado en su séptimo centenario por la benemérita Orden de Predicadores, ha motivado la organización de este Primer Congreso Nacional Terciario Dominicano, que con éxito esplendente ha iniciado sus sesiones en Tucumán y Buenos Aires, para culminar en nuestra Córdoba, donde la Orden ha conquistado tan sólidos prestigios; Córdoba, la que ostenta como gloriosa tradición su fe y sus costumbres, que ha conservado incólumes, protegida por la gracia prodigiosa de su Virgen del Rosario del Milagro, más de tres veces secular, Reina de los Angeles y Madre y Señora Nuestra.

Se conmemora, dije, el séptimo centenario de la canonización del Patriarca y Legislador de la Orden Dominicana Santo Domingo de Guzmán, hijo de padres ilustres, competidores en blasones y glorias de santidad, a quien la Iglesia ha aclamado “varón de pecho apostólico, columna de la fe, clarín del Evangelio, luz del mundo, esplendor de Jesucristo y gran ecónomo de las almas”.

Educado por su santa y venerable madre, en el amor y en el temor de Dios, desde muy niño sintió vocación por el apostolado, la que se transformó más tarde en sed ardiente por la salvación de las almas.

Joven aún y para que recibiera instrucción adecuada a su posición social, fué internado en la escuela de Palencia, la que por su

importancia Alfonso IX elevó a la categoría de universidad, trasladándola a Salamanca y llegando a adquirir fama mundial por la protección que le prestara la augusta soberana Isabel de Castilla, y en la que se celebraron las conferencias de Colón sobre la empresa que inmortalizó su nombre, dando a la humanidad este nuevo continente.

Dedicado especialmente al estudio de la teología, distinguióse por su recogimiento y disposición para la penitencia y la caridad, en oposición a lo que ocurría entre los jóvenes de su estirpe. Todo hacía presumir la grandeza de su destino. Cuando apenas contaba veinticinco años de edad, fué llamado a tomar parte en la obra de la Reforma, destacándose por su disposición para el apostolado y su tino en el trato con las almas.

En compañía del Obispo de Osma y por resolución del Papa Inocencio III, recorrió las comarcas de Francia y España, venciendo y conjurando los obstáculos que se le presentaban, valiéndose de la predicación y el ejemplo.

Convencido de la influencia que ejerce la mujer en sociedad, se dedicó especialmente a su rehabilitación y conversión con el fin de asociarla a su obra evangelizadora, consiguiendo atraerla e interesarla por sus conferencias y sermones.

Esta tarea preocupó profundamente al Santo, seguro que no bastaba convertirla, que era necesario asegurar su perseverancia en el bien, defendiéndola de los peligros que la asediaban.

Entregado especialmente a la meditación y a la oración encomendaba a Dios sus obras y proyectos, hasta que en 1206 el Obispo de Tolosa, su amigo y confidente, le concedió el templo de Santa María de Prulla para que estableciera el primer monasterio destinado al reclutamiento de las convertidas de la herejía.

Tal fué el origen de los monasterios y conventos dominicanos que han dado a la humanidad tanto consuelo, tantos santos a los altares y tantas almas al cielo.

El pensamiento del Patriarca consistía no sólo en la vida religiosa y oración; fomentó también la predicación como fuerza incontrovertible del ministerio apostólico. Por este medio realizaron sus conquistas los hijos y sucesores de Santo Domingo de Guzmán, sembrando la verdad hasta llegar a la constitución de la Tercera Orden, que fué fundada con miras de llevar a la práctica el pensamiento de la perfección evangélica de que hablan las Sagradas Escrituras. A ella ingresaron muchos fieles que bajo la dirección

doctrinal y espiritual de los hijos del Santo Patriarca, alcanzaron la perfección y propagaron la doctrina.

A su difusión y progreso se han consagrado muchos religiosos, agrupando, instruyendo y enfervorizando almas, para que más tarde por medio de la predicación y el ejemplo, derramaran sobre los demás los tesoros de vida sobrenatural que bebieron en sus fuentes bienhechoras.

El procedimiento seguido fué el mismo de los primeros tiempos del cristianismo y sus efectos se han hecho sentir en forma tan imperiosa que el Santo Padre, Pío XI, ha constituido a su semejanza el organismo denominado Acción Católica, por el que impone la obligación de colaborar con la Iglesia en su tarea de salvación de las almas y de la que deben ser auxiliares todas las asociaciones religiosas, no sólo por la altísima finalidad que ella persigue sino también por emanar de la más alta autoridad eclesiástica.

El apostolado puede considerarse como el deber de la hora presente y el Terciario debe ejercitarlo en el hogar y en la sociedad, llevando a todos y en cada uno a fundar su fe y su piedad sobre las mismas bases que él las ha fundado.

El cristianismo, al considerar a los hombres hermanos entre sí, impone la obligación de ceder parte de sus bienes ya en orden material como espiritual. De estos últimos nadie puede excusarse alegando carecer de instrucción religiosa o aptitud para el apostolado. Los primeros apóstoles fueron elegidos entre las gentes sencillas, pero de corazón humilde y de costumbres puras. "La mies es mucha y los operarios pocos". La tarea alcanza a todos sin distinción de empleo, dignidad u oficio. El que no pueda enseñar con la palabra debe hacerlo con el ejemplo. San Francisco recorriendo la gran urbe enseñaba humildad en su paso silencioso entre las multitudes. "Una alma sola es por sí misma un gran auditorio" decía el Padre Laccordaire, refiriéndose a la obra de apostolado que debe realizar todo cristiano.

El Papa Benedicto XV preocupado por los peligros que amenazaban la fe y la moral del pueblo cristiano, dijo que para su defensa consideraba uno de los medios más fáciles y seguros la Tercera Orden Dominicana que el glorioso Patriarca de Guzmán, conocedor de las insidias del mundo, no menos que de los saludables remedios que ofrece la divina doctrina del Evangelio, tuvo la inspiración de fundar, con el fin de que en esta Hermandad se acogiera toda clase de personas y encontraran las aguas con que apagar sus

deseos de vida más perfecta, e invitaba a cobijarse en su sagrada enseña, adornada, decía, con tantas flores de virtud y dos preciosas perlas de santidad: Catalina de Sena y Rosa de Lima.

Es evidente que "el gran ecónomo de las almas" ha infundido por sus Ordenes la plenitud de su espíritu, dando a la Iglesia hijos venerables que fueron y serán a través de los siglos lumbreras de la fe y modelos de santidad, como Tomás de Aquino, Alberto Magno, Luis Rey de Francia y una verdadera constelación de beatos y de mártires que brillan con luz propia en el firmamento de la Iglesia; como es evidente también que en sus conventos y monasterios se han formado en sus moldes admirando al mundo por sus virtudes y sus talentos, una pléyade de vírgenes y santas entre los que se destacan como estrellas de primera magnitud, la seráfica Madre Santa Catalina de Sena y la portentosa Santa Rosa de Lima.

Los dones del Espíritu Santo se manifestaron en Santa Catalina en todo su esplendor, y de tierna y delicada niña, fué poco a poco robusteciendo su alma hasta asombrar al mundo con el poder de su inteligencia y el brillo de sus virtudes. De voluntad férrea ajustó sus actos y conducta a las reglas del Evangelio, empeñándose en imitar la vida de los santos, especialmente la de Santo Domingo de Guzmán. Preocupada por la salvación de las almas, se impuso los mayores sacrificios y privaciones hasta sentirse arrebatada por el deseo irresistible de ingresar a la Orden Tercera de Santo Domingo, donde debía preparar su espíritu para combatir con éxito la impiedad y la herejía reinantes, reclusión que abandonó para entregarse al noble apostolado de la caridad, visitando hospitales, convirtiendo incrédulos y herejes, animando al desfallecido, amortajando y conduciendo cadáveres, visitando a los pobres, viudas y huérfanos, en cuyas tareas a la vez que experimentaba satisfacción, tenía que vencer las dificultades que le oponían.

Demostró gran sabiduría en las ciencias teológicas, asombrando por sus concepciones artísticas, y admiró por su fortaleza en las luchas contra las tentaciones del mundo y del infierno y por su poder en la conversión de pecadores.

El Beato Raimundo de Capua, su confesor, la ha presentado admirable en varios de los aspectos de su vida prodigiosa y múltiple, y más tarde, muchos de los que fueron sus discípulos describieron sus milagros y su muerte.

Su vida pública comentada por el Padre Alfonso Capecelatro, cardenal y arzobispo de Capua, la recuerda el R. P. Paulino Al-

varez de la Orden de Predicadores, demostrando en síntesis maravillosa cómo el Señor en forma singular dijo a su sierva: "Ábreme, ábreme con tu celo la puerta de las almas para que yo pueda entrar; abre el camino por donde mis ovejas irán a buscar su pasto". "La historia de Capecelatro es un soberbio cuadro del siglo XIV en cuyo centro se destaca la figura radiosa de la gran Catalina y en derredor de ella girando los Papas Gregorio XI y Urbano VI, reyes de Francia, de Nápoles, de Chipre, de Hungría y otras naciones, cardenales que se agitan, capitanes que reclutan guerreros, pueblos que se aprestan a la cruzada, ejércitos que se batien, sabios, nobles, plebeyos, religiosos que se estremecen y emprenden vida de santos, ciudades que se amotinan, teólogos que pasan a místicos, bardos que cantan como profetas, artistas que se hacen inmortales y en medio de todos la hija de Benincasa, Catalina, que alienta, reprende, ensalza, confunde, da muerte, da vida, y es el eje de aquella gran rueda, el mundo entero cristiano, que se agita bien con las convulsiones del moribundo o bien con los alborozos del resucitado".

En su vida portentosa se han inspirado tantos santos como Rosa de Lima, la primera virgen americana, cuyas virtudes y gracias son los tesoros más caros de los altares del Nuevo Continente.

De alma delicada y sensitiva se entregó a Dios desde la más tierna edad y en su juventud venció las resistencias que se le presentaban, exclamando que la corona más brillante del mundo no la cambiaría por la corona de espinas de su Divino Esposo, Jesús.

Despreciando los atractivos del mundo, se decide a ingresar al Convento de la Encarnación de Religiosos Agustinos y en camino hacia su nueva morada tiene la inspiración de visitar la iglesia de Santo Domingo para pedir gracias a la Santísima Virgen del Rosario, sintiendo que una fuerza superior no le permite seguir su destino, resolviendo regresar al hogar paterno donde entregada a la oración decide vestir el hábito dominicano, a imitación de Santa Catalina de Sena, sobre cuya vida había meditado desde la niñez. Su humildad la hacía considerarse indigna de llevarlo por los méritos con que lo había adornado la gloriosa Terciaria del Convento de Sena, pero venciendo, se somete a las mayores privaciones, y ajusta a los sacrificios y ayunos impuestos por la Regla Dominicana, privándose hasta del descanso y el sueño.

Exhortaba constantemente a la meditación y a la oración como medios para independizarse de las cosas exteriores y ocultaba sus virtudes cubriéndolas con el velo de la humildad y el silencio.

En los días en que recibía la Sagrada Eucaristía, se sometía a los más estrictos ayunos y disciplinas.

Era, como la virgen senansa, misericordiosa para con sus semejantes. Visitaba hospitales donde ejercía todos los oficios, curaba los enfermos sin distinción de clases y de males, remendaba la ropa, guisaba la comida. Misionaba, llevando de la idolatría al cristianismo. Poseída de una elocuencia admirable la utilizaba para llevar las almas a las virtudes, haciéndolas experimentar repugnancia por los vicios.

Cuando la desmoralización invadió a los habitantes de Lima y San Francisco Solano, armado de su cruz y su breviario y venciendo los obstáculos que le oponía la naturaleza, fué a calmar la sed de esas almas que huían despavoridas ante los cataclismos que las azotaban, Rosa de Lima, con sus penitencias y plegarias, contribuía a moderar el rigor de la justicia divina.

Pocos meses antes de su muerte tuvo la visión de encontrarse en presencia de Dios, sintiendo la voz del Salvador que le decía: "El dolor es compañero inseparable de la gracia. La cruz es el verdadero y único camino para ir al cielo", palabras que la hacían exclamar: "Si los hombres supieran lo que es la gracia, si comprendiesen de qué goces tan inefables podrían inundar sus corazones, no se quejarían jamás de las cruces". Sublime lección que enseña a aceptar con paciencia las angustias y sufrimientos de la vida, con esperanza en supremas recompensas. Su frase habitual era: "El camino de la cruz es el único que conduce al cielo; las aflicciones terrestres son los gérmenes de los goces celestiales".

Si muchos fueron los milagros que hizo en vida, su muerte fué un tránsito glorioso. El proceso de canonización la presenta radiante de gloria y hermosura, apareciéndose a los habitantes de Lima, convirtiendo a los pecadores por la penitencia y oración, reformando las costumbres por las disciplinas y privaciones, y conservando la fe por el recuerdo de su predicación.

.....

En los ejemplos de las vidas puras y austeras de Santa Catalina de Sena y Santa Rosa de Lima, la mujer cristiana debe hacer vivir su espíritu para alcanzar el grado de perfección que se propone, como medio para procurar la salvación de las almas y la propia santificación.

En la época de los mártires, ella admiró y confundió a los paganos por la pureza de sus costumbres y su valentía para confesar su fe, sin temor ni a los más crueles tormentos.

En todos los tiempos ha luchado por el reinado de la castidad, de la justicia, de la beneficencia y de la caridad, interviniendo en la fundación de Ordenes religiosas, escuelas, asilos, hospitales, en los que ha brindado alivio a las miserias y consuelo a los dolores.

Tanto en el orden religioso como en el de la moral, el concurso de la mujer cristiana siempre ha sido valioso. Actualmente confiesa a Jesucristo con el heroísmo de los primeros tiempos, combate el protestantismo y lucha por el triunfo de la fe católica.

Las virtudes y los méritos que ha demostrado poseer la han hecho digna del respeto y consideración del hombre. Más fuerte que él en el orden espiritual, la Sagrada Escritura reconoce su poder cuando dice: "La bondad de la mujer hace al hombre dichoso y duplica los días de su vida". Ella como madre es la encargada de encaminar a los hijos hacia su doble origen, el de sus deberes y el de su destino. Santo Tomás la señala responsable de la ventura o desgracia de la familia, considerándola motor infalible de su moralidad o corrupción.

Los errores que han invadido todas las épocas, no han alcanzado consecuencias tan funestas hasta que participaron de ellos las mujeres. Es indudable que son quienes los hacen germinar en los hogares y en la sociedad. San Pablo recuerda que los primeros herejes del cristianismo se valieron de la mujer para extender los efectos de tan funesta doctrina. Lutero impuso el protestantismo en Europa valiéndose del concurso de la mujer. A Juana de Albert debió Francia el imperio del calvinismo con sus consecuencias y horrores. Voltaire y Rousseau extendieron su filosofismo por el interés despertado entre las mujeres de Francia.

El cristianismo ha considerado siempre muy importante la educación de la mujer, no sólo en el orden de su dignidad, sino también de sus deberes. San Ambrosio inició su ministerio apostólico dirigiéndose a las mujeres por medio de sus sermones y sus escritos. Al respecto pensaba "Si yo consigo reformar a las mujeres, en el mismo hecho habré reformado a los hombres". San Jerónimo, el gran doctor de la Iglesia, en sus panegíricos sobre la vida de varios santos destacó las virtudes, ensalzó los ejemplos y señaló el poder y la influencia de la mujer católica en el orden a la religión y a

las costumbres. San Francisco de Sales se dirigía especialmente a la mujer, induciéndola a valerse de los sacramentos como medios para llegar a la perfección.

El cristianismo ha elevado a la mujer al grado de dignidad que hoy ocupa. El la ha rehabilitado, emancipado y dignificado, y de aquí nace el cariño con que se ha consagrado a él y el celo con que trabaja por su propagación.

Las Sagradas Escrituras dicen: "Donde no está la mujer gime el enfermo". Ella es el ángel tutelar que alivia las miserias del cuerpo y del alma, asistiendo y socorriendo al prójimo con espíritu de amor y con ternura de madre.

La mujer Terciaria bebe en la fuente de la Orden Dominicana su perfección, valiéndose de los medios que la Regla establece: oración, penitencia y apostolado, ya para propagar la fe, como para realizar las obras de misericordia y de caridad que exige según la condición de los afiliados.

El deseo de hacer algo por la causa de Dios es la fuerza que anima a la mujer a incorporarse a sus filas, convencida de que el bien es el fruto del esfuerzo y el sacrificio, como el mal, el de la cobardía o de la indiferencia. La inacción es causa de los errores que han invadido la sociedad. Para combatirlos no es suficiente lamentarse, son necesarias la oración y la acción.

La Terciaria es la cruzada en esta gran guerra, guerra mundial en la que se batien el bien y el mal. A ella, como al labrador de la parábola, le toca esparcir la semilla o sea la palabra de Dios, valiéndose de su capacidad o disponibilidad como propagadora de la fe, para lo que es necesario emplear los medios que han de hacerla fructificar en las almas de buena voluntad, si se quiere que produzca como lo expresa el Evangelio, abundante cosecha de santos para el Reino de los Cielos.

A la Orden Terciaria como a la Acción Católica, corresponde la tarea de regeneración de las costumbres. Hoy que los derechos divinos están pospuestos a los humanos, y que los placeres dominan en el orden de las preocupaciones sociales y que el materialismo se yergue como sombra que oscurece las conciencias, la Tercera Orden, conforme a la sentencia bíblica, debe llevar a la verdad, como único medio para la salvación de las almas: "La Verdad os salvará".

El amor a Dios, el amor al prójimo y nuestra salvación, es la trílogía en que se basa este apostolado, al que hay que consagrarse

ofreciendo todo el celo y el fervor de que cada uno se siente capaz para contribuir a la obra redentora o sea de salvación de las almas, como si la voz de Dios llamara a las conciencias, diciendo: "Abreme, ábreme con tu celo la puerta de las almas para que yo pueda entrar, abre el camino por donde mis ovejas irán a buscar su pasto".

He dicho.

“REGIMEN INTERNO DE LA VENERABLE ORDEN
TERCERA DE SANTO DOMINGO, CON RELACION
A LA PRIMERA ORDEN”

Por el M. R. P. Provincial Fray TOMÁS LUQUE
PORCEL DE PERALTA, O. P.

*Ex praecepto Regulae, jubemur cor unum et
ánimam unam in Dómino. (“Prólogo Const.”).*

*Si alguno viene a traer os otro espíritu que no
sea el que recibisteis y lo recibís, padeceréis justa-
mente. (S. PABLO, II, a “Corint”).*

ES una verdad incuestionable y reconocida como tal la que el Sumo Pontífice felizmente reinante, muy oportunamente recuerda en su carta reciente, rememorativa de la efemérides siete veces secular que celebramos, a saber, que no frente a un error particular y de escasa notoriedad, sino en presencia de una confabulación monstruosa de todas las herejías, en que se ponían en duda los principios capitales de la fe y la moral cristianas, borrando las diferencias entre el bien y el mal, entre la virtud y el vicio, ofreciendo peligros aún a los mismos fundamentos de la razón humana y de la conciencia ciudadana, fué que Santo Domingo recibió la inspiración de crear una Orden para la propagación de la verdad y para la defensa permanente de los derechos de Dios y de la Iglesia, que era salvaguardar a la vez, los más sagrados fueros de la sociedad cristiana.

Obra de inspiración divina, ya que como el Papa lo afirma, no quiso la Providencia de Dios dejar desamparada a la Iglesia en tan dura prueba, o concepción genial según quieran otros, lo cierto es que el Santo Patriarca, abarcando en su plenitud la deplorable y universal derivación de la sociedad cristiana hacia una inminente ruína como la que se le preparaba y en la que se precipitaba ya, creyó necesario acudir en su auxilio con un plan vasto y si no en la esencia,

en la forma nuevo, más aún extraño y temerario, dado los usos en vigor y de hondo arraigo, cual fué la restauración del apostolado universal afianzado en el sacrificio hasta la inmolación del espíritu, hasta la efusión de la sangre.

Así nació, como para ser la piedra angular de esa creación, el primer monasterio dominicano, el monasterio cenáculo habitual donde el Espíritu Santo se complace en volcar la maravilla de sus dones; donde la virginidad es flor perenne, custodiada por la austeridad, la penitencia, el sacrificio, y donde la oración, influencia soberana del alma, es perpetua. Así nació la Orden de los Hermanos Predicadores, después de los primeros apóstoles, insuperados oráculos del Evangelio. Así nació la Milicia de Jesucristo que, si en los campos de batalla, en la defensa de los derechos divinos y humanos, emuló la valentía de los Macabeos hasta revivirlos, según el solemne testimonio del Pontífice Gregorio IX, en la intrepidez de su piedad puso en asombro — en envidia se ha dicho — a las Tebaidas y a los moradores de los claustros por su santidad más famosos.

Y toda esta maravilla, en que la especificación numérica más que a una exactitud cronológica o a una realidad diferencial responde a una gradación jerárquica, es sencillamente la realización integral del pensamiento de nuestro Santo Fundador.

Una es la gran familia dominicana. Y, como la denominación de Israel daba a entender todas las tribus del pueblo de Dios, o como los cuerpos de distintas armas forman un ejército, así todas sus legiones se comprenden bajo la denominación común y oficial que, con insigne honor, de los propios labios de la Iglesia han recibido: "*Praedicatorum Ordo*".

En el venerable convento romano de Santa Sabina y en la propia celda que en un tiempo habitara el Santo Patriarca, existe un antiguo y bellissimo cuadro que lo representa de pie delante de un crucifijo, al que contempla con ternura infinita. Sus manos fuertemente oprimidas entre sí, caen con la laxitud de una angustia suprema sobre la mesa que a aquél soporta, en tanto que la mirada del contemplativo, radiante e inmóvil, va a refundirse en la ensombrecida y triste del Redentor que en la cruz agoniza.

Alguien ha interpretado ese íntimo y sublime coloquio en estas sentidas y conmovedoras palabras del Santo: "Señor, sólo deseo ayudaros a salvar el mundo". Tal interpretación es un singular acierto. El pensamiento del santo a quién la Iglesia llama gran ecónomo de las almas, fué una enorme síntesis que, comprendiendo

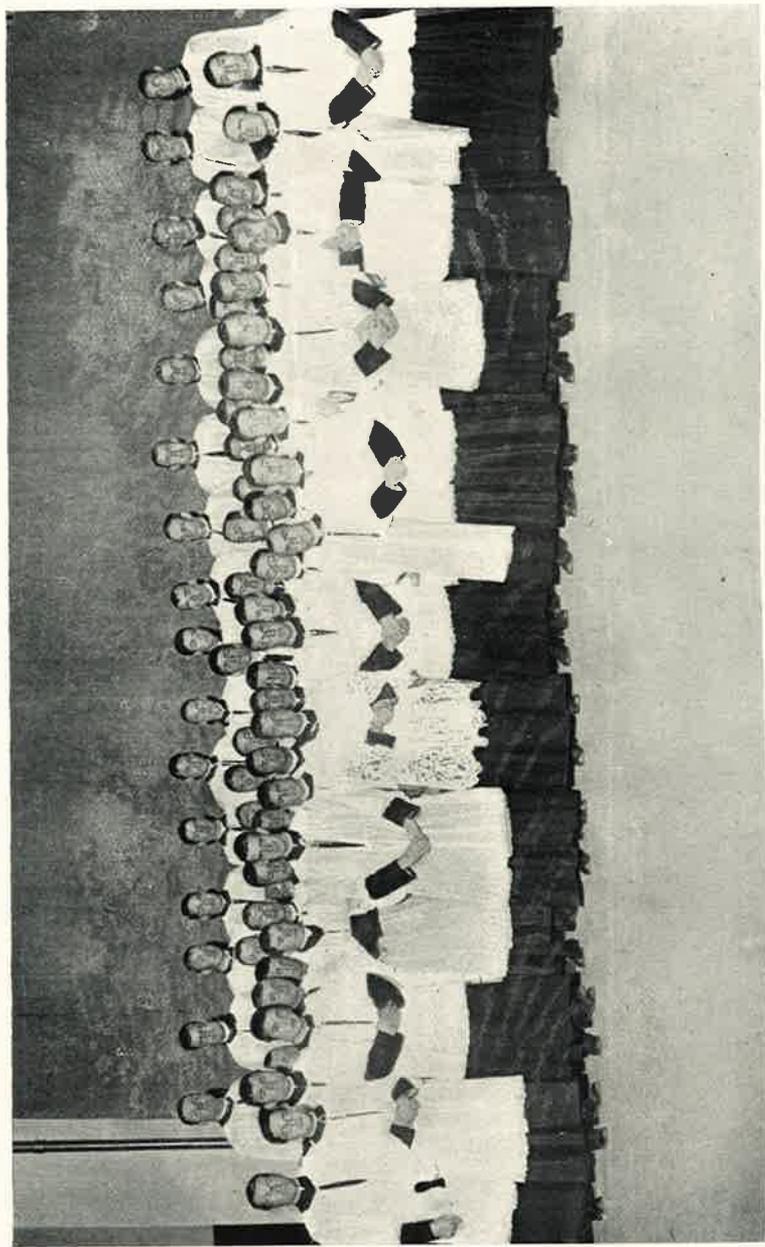
todos los medios divinos y humanos y abarcando todas las circunstancias y modos de los tiempos, se ha hecho presente al mundo en una sola y noble familia, de la que no es el mérito menor el haber sabido mantener incólume e indiviso su espíritu.

Entiendo que es éste un punto de vista que en ningún caso pueden ni deben olvidar las Hermandades particulares de la Tercera Orden secular con especialidad. Y digo con especialidad, porque ellas más que nadie dentro de nuestra familia religiosa están expuestas a ser influenciadas por las ideologías imperantes en el mundo, hoy, casi en su totalidad subversivas, egoístas y disolventes.

La Tercera Orden seglar de los Hermanos Predicadores, u Orden Tercera de Penitencia de Santo Domingo, también llamada "Milicia de Jesucristo", dice la Regla en su capítulo primero, es la reunión de los fieles cristianos que viviendo en el siglo y participando de la vida religiosa y apostólica de los Hermanos Predicadores, bajo la dirección de la misma Orden, aspiran a la perfección cristiana mediante el cumplimiento de la Regla propia y aprobada por la Iglesia. El capítulo XIV de la misma Regla está dedicado por entero a encarecer la dependencia no sólo de las Hermandades sino de cada uno de los Hermanos, de la autoridad del reverendísimo Maestro General, del propio Provincial y aún de sus directores respectivos, prestándoles toda obsecuencia y veneración y recibiendo con docilidad y humildad las disposiciones que estimaren conveniente hacer, ya por vía de consejo, de amonestación, de ordenación o corrección.

Huelga decir que en sentido idéntico rezan las constituciones de nuestras Hermanas de la Segunda Orden, cuya dirección compete a los Hermanos Predicadores por derecho propio, salvo el caso en que por circunstancias especiales la Santa Iglesia, a la que todos debemos y profesamos absoluta veneración y obediencia, crea oportuno dar, sobre algún monasterio particular y determinado, especial jurisdicción a los Ordinarios.

De todo ello se infiere la gradación jerárquica que dejo enunciada y cual haya de ser invariablemente el principio básico, el alma por decirlo así del régimen interno de nuestras Hermandades Terciarias y el sentir unánime y constante de todos y cada uno de sus afiliados. Este sentimiento tiene que estar fundamentado en la característica inconfundible de un mismo espíritu, por más que no sean estrictamente idénticos los procedimientos y las formas reque-



Coro Polifónico de los RR. PP. Salesianos, que actuó en los distintos actos del Congreso en la ciudad de Córdoba.

ridas por las actividades, a lo menos en su totalidad, del seglar y del religioso.

Como en la Iglesia de Jesucristo todas las inteligencias, todos los corazones, todas las voluntades se reúnen en torno de la misma doctrina por la fe; en torno de los mismos bienes futuros por la esperanza; en torno al mismo propósito de la posesión de la vida eterna por la caridad, en la misión que a todos se nos ha dado; la de congregar el mayor número de almas bajo la bandera de la Iglesia, fuera de la cual no hay salvación, y a cuya sombra sólo puede alcanzarse tan soberano ideal; uno ha de ser el espíritu y, en cuanto sea posible, una hasta la modalidad. ¿Cuál será ese espíritu? el de nuestro común Legislador y Padre; el que Dios mismo ha definido por una vocación especial; el que indiviso palpita, Hermanos Terciarios, en vuestras constituciones y en las nuestras; en las que todos hemos profesado amar por encima de todo a Cristo, y por El servir a la Iglesia, y para El salvar las almas, asegurando la salvación de la propia.

El Papa Alejandro IV, admirado de la opulenta magnificencia, de la fecundidad y gracia de la Orden Dominicana, la comparó a un árbol gigante cuyas ramas adornadas de las más hermosas y variadas flores, cargadas de los más ricos y sabrosos frutos, tocaban a todos los confines de la tierra. Este árbol con su vida y unidad interna e invisible y con su vida y unidad externa y ostensible, con la variedad de sus flores y con la sazón alterna y gradual de sus frutos es siempre un sólo y mismo árbol. (1)

Somos en la gran sociedad cristiana una sola familia, un sólo ejército llamado por Dios a servir su causa en la forma y con los medios que El mismo ha determinado al constituirnos bajo el comando de un jefe, cuya consigna divina es la misión que ha recibido de lo alto.

Hemos creído que dentro de la gran familia y del gran ejército de los caballeros de Cristo, el hogar de Santo Domingo era el que Dios nos señalaba, y que la voz de mando de tan excelso Jefe era la voz de Dios. Así lo protestamos al profesar ante el altar del mismo Dios.

Pues, a cumplir nuestra promesa, y esto, como cuadra a caballeros elegidos, y a la vieja usanza cristiana.

Nadie ignora que una de las causas principales de los que-

(1) Constitución del 23 de Agosto de 1257.

brantos de la fe en la República, y de la decadencia de nuestro tradicional espíritu de cristiana piedad, sobre la cual puede decirse que hasta ayer apenas hicimos otra cosa que lamentarnos, ha sido la indiferencia y falta de cohesión de los elementos católicos, que esterilizando todo esfuerzo aislado, amenguó también hasta lo increíble la eficacia de las aspiraciones colectivas en pro de la causa de Dios, de la Iglesia y de nuestros intereses espirituales.

Ni necesitaron más el liberalismo y las sectas de toda nomenclatura y ralea, a las que una resistencia pasiva y una propaganda cada vez más tímida y más descuidada parecían dar vía libre, para propagar por todos los medios imaginables, prensa, escuela, legislación, etcétera, los errores más absurdos de toda procedencia, importados, y por ellos conducirnos a la bancarrota de la moral austera y de la probidad legendaria de nuestro pueblo.

Para contrarrestar tamaña osadía, para contener ese avance, impónese con carácter perentorio, ineludible, la necesidad de unirse estrechamente, de reconcentrar todas las fuerzas en una organización de vigor incontrastable de todos los sectores católicos y de la propia vida institucional de cada entidad, que acreciente el poder, del que es bien sabido, el primer secreto es la unión. La importancia decisiva del empuje de las voluntades organizadas a base de unión en un propósito cualquiera, si nosotros no la conociéramos, nos la estarían enseñando los corifeos del error, y con ellos todos los satélites del mal.

Todo esto deben tenerlo muy presente las Hermandades de la Tercera Orden de Santo Domingo que, de acuerdo con los fines para que ésta fué instituída, y con las necesidades de los tiempos actuales, debe ejercitar una constante y enérgica acción social cristiana, y a ninguno de sus componentes le está permitido olvidarlo o desconocerlo, ya que a unas y a otros, por principios básicos de su constitución, por profesión, por consecuencia tradicional e histórica, y lo que es más, por voluntad expresa de la Iglesia, les está señalado puesto de vanguardia en la empresa por excelencia del momento, cual es la realización de un inmenso y maravilloso plan de restauración social y cristiana.

Leemos en los "Hechos de los Apóstoles": "y la multitud de aquellos que habían creído, no tenían sino una alma y un solo corazón". (1)

(1) Hechos apostólicos, IV, 32.

Yo creo firmemente, Hermanos, que más que nunca en esta hora, el santísimo Patriarca nuestro, al bendecirnos, nos dirige aquella súplica — ruego de Padre amantísimo — que San Pablo sintiéndose también Padre de aquellos que había engendrado en la fe, en su expresión hacía llegar a los cristianos de Filipo, cuando les escribía: “Haced completa mi alegría teniendo todos un mismo pensamiento y una misma caridad; siendo todos de una misma opinión y sintiendo una sola y misma cosa”. (1) Y estas otras palabras que el mismo Apóstol consagraba también a los suyos de Efeso: “Empeñaos en conservar la unidad del espíritu con el vínculo de la paz. Un sólo cuerpo y un sólo espíritu, como que todos igualmente habéis sido llamados a una única esperanza: la de vuestra vocación”. (2)

Venciendo los estímulos de un tema tan vasto como hermoso, no digo más.

(1) Epíst. a los Filipenses, II, 2.

(2) A los Efesios, IV, 3-6.

“SANTO DOMINGO DE GUZMAN”

Por el Excmo. y Rvmo. Dr. AUDINO RODRÍGUEZ Y OLMOS

Obispo de Santiago del Estero

A SIETE siglos de distancia, cuando el polvo de las edades se ha sedimentado en un eterno olvido, cuando las sacudidas de innumerables generaciones han derruido hasta los cimientos de todas las instituciones humanas, Santo Domingo de Guzmán se presenta como un personaje de rigurosa actualidad.

Es sin duda exacto que las edades de la Historia no se repiten jamás. Cuando una idea madre retorna de nuevo e invade otra vez las inteligencias después de siglos de olvido, encuentra innumerables factores que han transformado la faz de las sociedades, una nueva ciencia, un nuevo estado social, un nuevo concepto de la vida, inquietudes nuevas y nuevos problemas. La idea que retorna, adaptándose a estos factores, distingue a la nueva edad histórica de la edad que estuvo vivificada por la misma idea, pero en un medio diverso.

Es la ley de la evolución humana que realiza el progreso de la humanidad y lo realizará siempre hasta que la humanidad llegue al límite señalado por la mano sabia de Dios.

En esta evolución hay lo inmutable y lo transitorio: lo inmutable de los principios básicos, y lo transitorio de las formas cambiantes. Y el progreso consiste en la conservación de aquellos principios y en la comprobación de la verdad de estas últimas, que vienen así a agregarse al acervo de las verdades definitivas.

Mientras la inteligencia humana realiza este penoso esfuerzo a través de las edades, está sujeta al error que emana de su insuficiencia, y al vicio que pugna siempre por salir a la superficie desde las entrañas de la naturaleza corrompida. Y estas dos fuerzas, vicio y error, que son a la vez rémora y estímulo frente al progreso,



El Excmo. y Rvmo. Sr. Dr. AUDINO RODRIGUEZ Y OLMOS, Obispo de Santiago del Estero, disertando en la asamblea de clausura realizada en el Teatro "Rivera Indarte".

invaden a veces el mundo de las almas, como un negro turbión, con fuerza tal, que llegan a sacudir hasta los principios básicos, que son los pilares de la evolución y del progreso.

De aquí que la Iglesia de Dios esté tan profunda y tan inseparablemente ligada al progreso humano. Porque ella sostiene y sostendrá eternamente, en fuerza de su divina misión, la integridad de los principios básicos y discierne la verdad de las opiniones cambiantes de los hombres con la luz celeste que emana de las regiones de lo eterno, en donde reside la Verdad esencial e inmutable, que es el Verbo de Dios.

Si es verdad pues, que las edades no se repiten en la Historia, también lo es que las ideas básicas, aun después de siglos, retornan otra vez, pues su ausencia definitiva estancaría para siempre el progreso.

Y he aquí por qué, señores, la persona de Santo Domingo de Guzmán es hoy de rigurosa actualidad. Porque su edad se caracterizó por la misma negación de lo fundamental que la nuestra. Y porque su esfuerzo es nuestro mismo esfuerzo por volver a las verdades fundamentales, que necesariamente han de retornar, so pena de que nos precipitemos en un abismo de barbarie definitiva y sin remedio.

Edad de tempestades, de oscuridad y de sangre fué la edad aquella. Y cuando el siglo XII se hundió para siempre en la eternidad, oscurecidos y preñados de tormentas estaban todos los horizontes. Las fuerzas retrógradas, error y vicio, fueron entonces Valdo y Manes. Manes era el error redivivo del siglo tercero de la era cristiana, nacido en las fronteras de la Persia y del Imperio Romano, mezcla de filosofía oriental y de nociones cristianas, y cuyo dogma fundamental consistía en admitir dos principios creadores coeternos e independientes: el bien y el mal; el dios de la materia y el dios del espíritu; el dios del Antiguo Testamento y el dios del Nuevo Testamento: ambos principios de una lucha eterna y fatal.

Pernicioso era este error porque en nombre de una deidad irresponsable consagraba todas las aberraciones y todos los excesos. Después de nueve siglos, en que había permanecido escondido en las tinieblas, aparecía triunfante a la luz del sol, sostenido por los poderosos de la tierra. Manes se había llamado su remoto fundador, y maniqueos se llamaban sus fautores.

Los valdenses, encabezados por Pedro Valdo, encarnaban el segundo error. Era la guerra cruel y despiadada contra la Iglesia y sus

sacerdotes. Los valdenses, revestidos de una severidad de vida, real o aparente, pretendían la reforma de la Iglesia de Dios. Mas no buscaban la reforma dentro de la Iglesia misma, en los medios de santificación de que ella sola es depositaria. Buscaban la reforma despojando violentamente a las iglesias, calumniando, persiguiendo y asesinando a los sacerdotes y a quienes les permanecían fieles.

Estos dos errores son idealidades distintas, con idealidades opuestas, amalgamados en una sola fuerza, como ha sucedido con los enemigos de la Iglesia de todos los siglos, reinaban como soberanos y extendían día a día el campo de sus matanzas, de sus violencias y sus crímenes.

El humanismo y la disipación del clero hicieron que la defensa fuera débil y que se abatieran las fuerzas del bien. La disipación del clero, porque lo distrajo de sus deberes y dió blanco al enemigo que señalaba la contradicción entre la doctrina de Cristo y la vida de sus sacerdotes. El humanismo, porque descentró a los hombres y, con Abelardo, señaló a la razón como divorciada de la fe y juez de la misma, desvalorizando de este modo la fe, como si el contacto de la razón humana con la verdad esencial, que es el abismo de la luz, no fuera la culminación de sus anhelos y la terminación y el remate de su vuelo, agitado por la sed insaciable de luz y de verdad.

Tal, pues, el panorama. Oscuridad y confusión. Un diluvio nauseabundo de crímenes y sangre. Y sobre el campo, triunfadores el error y el vicio. Desenfrenadas las pasiones humanas. Consumiéndose las iglesias en la llama voraz de los incendios. Y batiéndose en retirada un clero afeminado y una fe vacilante.

Veamos ahora la obra de la restauración. La obra de Dios es siempre sencilla, natural, espontánea. Es como la mansa vertiente nacida del corazón de la montaña, que será después el torrente bramador. A veces sus comienzos estriban en un hecho pequeño, insignificante, que podría parecer casual. Es el grano de mostaza. Pero éste arraiga siempre en un corazón todo divinizado por una inmensa caridad. Y por este conducto el poder de Dios se manifiesta, se extiende y lo avasalla todo. El grano de mostaza se transforma en un árbol inmenso, a cuya sombra hallan reposo las almas y en cuyas ramas anidan las aves del cielo.

Es el caso presente. Domingo pasa por el Langüedoc acompañando al obispo de Osma D. Diego de Acevedo, que ha sido enviado por el rey Alfonso VIII de Castilla para ajustar el matrimonio de su hijo con una de las princesas de la corte de Dinamarca.

Y este viaje, sin que nadie pudiera ni remotamente sospecharlo, había de ser el comienzo de la obra de Dios. Pudieron entonces los viajeros apercibirse de los enormes estragos hechos por la herejía y de su progreso incontenible, y sus corazones se sintieron profundamente consternados por una misma amarga aflicción. Una noche sola permanecieron en Tolosa, capital de la herejía triunfante. El caballero que aquella noche los albergara era también hereje. Domingo sintió en su corazón arder su celo de apóstol y acudió a su Dios con súplica dolorida. Y pasando de la oración a la obra, invitó al caballero a cambiar opiniones en su estancia. Agotó todos sus recursos: elocuencia, persuasión, razonamiento, caridad inmensa. Las horas pasaron, y antes de clarear el alba, la fe clareaba en aquella alma extraviada.

Este suceso conmovió profundamente a Domingo y pensó: La oración y la insistente comunicación de la verdad ¿no podrían de nuevo reconquistar el mundo para Jesucristo? Y si los obreros de esta nueva obra se multiplicaran ¿no iluminaría de nuevo la luz de la fe a innumerables almas?

Mas no paró todo aquí: faltaba un nuevo toque a la obra planeada por la Providencia. La ilustre caravana continuó viaje hasta llegar a su destino, obteniendo su gestión el éxito más cumplido: la corte de Dinamarca aceptaba la alianza propuesta por el rey de Castilla. Empero, al retornar, recibieron la infausta nueva de que la princesa había muerto.

Libres ellos entonces de todo compromiso, decidieron continuar su viaje hasta Roma para visitar el sepulcro de los apóstoles y recibir la bendición del Padre de la cristiandad. A su regreso de Roma y en viaje hacia la patria, hubieron de detenerse en Montpellier.

La mano de Dios había traído a la misma ciudad a los legados del Romano Pontífice. Ante la inutilidad de todos sus esfuerzos por volver a los pueblos al seno de la Iglesia, ante la frialdad o el temor o la oposición del clero, ante la indecisión de los obispos, era su propósito informar al Santo Padre de la inutilidad de su misión y renunciar a un cargo que no podían llenar con eficacia y con honor. Profundamente quebrantados estaban y abatidos sus espíritus, a pesar del temple varonil de sus almas, y dispuestos a abandonar aquel campo infecundo, cuando supieron la llegada del ilustre Obispo de Osma acompañado de Domingo. Juzgaron oportuno cambiar con ellos pareceres: El santo Obispo respondió: "He visto la aparente severidad de los herejes y he visto también el fausto y

la magnificencia de que nosotros nos rodeamos. No es este el camino que debemos seguir. Opongamos la verdadera humildad a la mentida pobreza y las sólidas virtudes a la apariencia hipócrita de santidad". Y diciendo y haciendo, llamó a sus criados y a su comitiva ordenándoles continuar su viaje; se despojó del fausto y la magnificencia; y se dispuso a emprender la campaña llevando por compañera a la pobreza y recorriendo a pie la región. Los legados del Romano Pontífice siguieron al punto su ejemplo.

Bajo tales auspicios iniciaron la campaña heroica; los hombres se agruparon en torno de ellos para escuchar su predicación, y la fe comenzó a extenderse paulatinamente.

¡Por qué extraños caminos había iniciado el Señor su obra de restauración! ¡cuán suave y sabiamente había tejido la trama de este poema triunfal! Dos hombres unidos en Jesucristo por una inquebrantable caridad y por un mismo ideal, cuando un trato continuado ha confundido sus pensamientos y sus días, son arrancados de su país por una voluntad invisible. Comprueban a su paso por las regiones infectadas por la herejía la profundidad del mal y experimentan los medios. Luego, después de largas y penosas rutas, llegan, sin haber pensado en ello, en el momento preciso de poder dar a hombres abatidos por lo irremediable del mal un consejo decisivo. Sorprenden allí el secreto de otro medio — el de la mortificación y la cruz — cuya comprensión el Señor reservaba para ese momento. El porvenir se cambia desde entonces con la naturalidad con que el Señor de la naturaleza cambia las rutas de los vientos; la fe avanza y se preparan para la lucha legiones de apóstoles. ¡Qué blanda, qué artista y qué sabia es la mano de Dios!

"La Iglesia, observa Lacordaire, vuelve por la desgracia a las virtudes de su cuna y recobra su natural poderío, perdiendo el poderío postizo que le prestaba el mundo. El mundo no puede quitarle más que lo que de él ha recibido, es decir, la riqueza, el lustre de la sangre, una parte en el gobierno temporal, privilegios de honor y de protección: vestiduras tejidas por una mano impura, túnica de Deyanira, que la Iglesia no debe llevar sobre su carne sagrada, sino por encima del sayo de su pobreza nativa. Si el oro, lejos de ser el instrumento de la caridad y el ornato de la verdad, altera la una y la otra, preciso es que perezca, y entonces el mundo, despojando a la Iglesia, no hace más que devolverle la ropa nupcial que le dió su Divino Esposo, y que nadie puede arrebatarse".

De este modo surgió pues, la obra de Domingo y de Dios, sen-

tada sobre las tres columnas maestras: piedad, predicación, mortificación.

Domingo asoció a su empresa quince hombres dotados de su mismo espíritu, para cuyo celo el mundo fué tan pequeño que hubieron de dispersarse por remotas comarcas. Manteniendo sus primeras posiciones que fueron la de Prulla y la de San Román de Tolosa, partieron de allí los Padres Predicadores para Roma, París, Bolonia y España. La obra avanzó desde ese día con una rapidez pasmosa. A pocos años de haber llegado a Roma Santo Domingo tenía ya cien religiosos en el Convento de San Sixto. Otro tanto hicieron sus primeros discípulos por el resto del mundo.

Tal vez esto acaecía porque su piedad se acrecentaba a la par con paso gigante. Su amor a la Reina de las Vírgenes y Madre de Dios, enérgico rasgo de todos los santos, llegó a ser tan intenso, tan dulce y tan filial, y tales sus instancias porque ella recibiera su obra bajo su protección, que un día mereció ver a toda su Orden cobijada bajo el manto maternal de María. Lo cierto es que Dios, cuya flaqueza es como la de la madre, el amor de sus hijos, había puesto su omnipotencia en manos de Santo Domingo.

Su predicación era un torrente que lo avasalla todo para fecundizarlo todo. Pero es que su predicación iba robustecida con el sello augusto del milagro. Un día se habían reunido para deliberar diversas personas y varios cardenales, entre ellos el cardenal Esteban de Fosanueva. Durante la asamblea entra un hombre lanzando agudos gritos de desesperación, quien responde al ser interrogado por los circunstantes: "acaba de morir destrozado por un caballo el sobrino del cardenal Esteban". El anciano cardenal, al oír estas palabras, se reclinó desfallecido sobre el pecho de Santo Domingo.

Púsole éste en brazos de los circunstantes y corrió al lugar en donde el joven yacía tendido y horriblemente destrozado. Preparóse luego para celebrar el Santo Sacrificio, lo que hizo con gran abundancia de lágrimas. Luego, junto al cadáver, púsose por tres veces en oración. "Cuando se hubo levantado por tercera vez, hizo la señal de la cruz sobre el difunto, y de pie, junto a la cabeza del cadáver, con las manos extendidas hacia el cielo, levantando su cuerpo del suelo más de un codo, exclamó en alta voz: ¡Oh joven Napoleón! en nombre de Nuestro Señor Jesucristo te mando que te levantes. Al punto, a la vista de todos, levantóse el mancebo sano y salvo".

Estos hechos eran frecuentes, usuales, cotidianos. ¿Quién podía resistir a una predicación realizada de este modo?

Por tan divinas trazas volvió pues Jesucristo a recuperar para Sí las almas por medio de Santo Domingo y de su Orden gloriosa a través de los siglos. Imposible abarcar su obra. Ella llena los anales de la Iglesia, y su trayectoria está marcada con letras de oro. En cada país y en cada siglo ha dejado estampada su huella indeleble con fulguraciones de gloria, que los siglos y los países no podrán olvidar jamás. Tal la vitalidad de la Iglesia y tal la obra de Dios.

Y bien, señores. Los maniqueos y los valdenses retornaron al mundo, con la misma consigna de redimir al pobre y al obrero, con el mismo odio al clero y con la misma sed de sangre. Han clamado por la libertad, y se ha agravado lo horrendo de nuestras cadenas. Han clamado por la paz, y el mundo se ha sumergido en un inmenso mar infecto de sangre de hermanos. Han clamado por la luz, y vamos cayendo de abismo en abismo con el corazón desierto y sin la vaga claridad de una esperanza. Han clamado por el pan, y estamos royendo la amargura de nuestras miserias. Han clamado por la fraternidad y la igualdad, y nos mordemos, como lobos, los unos a los otros.

Los maniqueos y los valdenses retornaron al mundo, sino apoyados por los príncipes, protegidos por las leyes — extrañas leyes, que servirán de mofa a las generaciones venideras — que tributan el mismo amparo a los que predicán el crimen, la subversión y el desorden, que a los que tienen por norma el orden, la conciencia y el deber. Que fingen el mismo hipócrita respeto a todas las opiniones, (y con frecuencia la verdad de Cristo no forma parte de las opiniones aceptables) que fingen el mismo hipócrita respeto a todas las opiniones, apoyándose en el singular principio de que las ideas no delinquen.

“Las ideas no delinquen”. Pero ¿quién delinque entonces, señores? ¿qué es el crimen sino una idea perversa realizada por una voluntad malvada? No delinque el tigre en el bosque ni el delfín carnicero en el mar. No delinque la naturaleza, no delinque el árbol ni la bestia. ¿Por qué? Porque falta la idea, el conocimiento, y por ende la libertad y la responsabilidad. La delincuencia comienza y se funda en la idea. Sin ésta, no hay delincuencia ni es posible siquiera concebirla.

Los maniqueos y los valdenses volvieron al mundo. Y desde la augusta colina del Vaticano, el Supremo Pastor, nos ha dado otra:

vez, oh, Señor Santo Domingo, tu secreto, tu fórmula sagrada — piedad, apostolado, abnegación — por donde se retorna a Cristo, que es la paz y el amor y la libertad y la justicia.

Y la restauración se está operando ya. Es inútil apretar los párpados y tapar los oídos cuando el trueno del torrente que lo avasalla todo, se hace oír ya desde la excelsa altura. La restauración se aproxima: un viento de espiritualidad sacude el mundo, y la luz de la nueva aurora pugna por reventar en los cielos. Nadie ha de detenerla ya: ni las leyes propicias al desorden, ni la desesperación de los cobardes, ni el puñal, ni la dinamita ni la hoguera ni el infierno mismo, ni poder alguno ni cien ejércitos rojos revolcándose en el fango nauseabundo del comunismo criminal.

La Iglesia es aquel gigante de la leyenda, hijo de la Tierra, que se reviste de incontenible fuerza después de cada caída. Y si no nos es dado todavía entonar el himno triunfal, es porque aún tiene que acrecentarse nuestra piedad, tiene que cobrar nuevos bríos nuestro apostolado y tiene que soportar más duras inmoluciones nuestra abnegación. Es porque aún tiene que acrecentarse nuestro amor hasta que lleguemos a tocar el Corazón de Dios, hasta que, vencido, ponga en nuestras manos toda la fuerza de su Omnipotencia.

Bienvenida, pues, esta fausta celebración centenaria, que viene a señalar nos la meta final de nuestros esfuerzos y a iluminar con luz radiante nuestro camino. Reviva y aliente en nuestras almas el poderoso espíritu de Santo Domingo de Guzmán: su piedad, su apostolado y su mortificación, nos ponga en contacto con la omnipotencia por el camino dulce y sagrado del amor de Dios, hasta que nos sea dado escuchar en una radiante alborada las dianas que celebran la victoria definitiva del amor, de la justicia, del bien y de la paz.

“EL PENSAMIENTO Y LA OBRA DE SANTO DOMINGO
DE GUZMAN”

Por el Sr. Dr. JUAN F. CAFFERATA, H. P. O.

Excmo. Sr. Obispo (1),
Señores:

AL ocupar la tribuna, en esta asamblea de clausura del Congreso Terciario Dominicano, me propongo destacar, siquiera sea a grandes rasgos, la obra y el pensamiento de uno de los hijos más preclaros de la Iglesia.

Y señalarlo como un ejemplo a la sociedad y en particular a la juventud, en estas horas borrascosas de la historia, cuando las tormentas amenazan a la humanidad, por los cuatro rumbos del horizonte, como se muestra ante la ansiedad del marino en la oscuridad de las noches, el faro que lo salva de los escollos, o la estrella Polar que marca a la nave la seguridad de su derrotero.

Ejemplo y rumbo, que solamente la Iglesia y sus hijos pueden ofrecer para la solución de los graves problemas, que agitan y dividen a los hombres y a las naciones. Porque es solo la Iglesia, como lo proclama un escritor contemporáneo, la única institución, que en este mar proceloso de los tiempos modernos, tiene para atravesarlo sin peligro de zozobrar: el bajel, el piloto, la brújula y el puerto.

El bajel que es la barca de Pedro, asistida por Dios, hasta la consumación de los siglos. El piloto, el Pontífice augusto, Pío XI, que la gobierna y dirige desde la colina del Vaticano. La brújula, que es la palabra de Verdad y el Evangelio, predicado por sus apóstoles y sus hijos a todas las gentes. ¡Y el puerto, que es la paz de Cristo, en el reino de Cristo!

(1) *Excmo. Sr. Dr. Fermín Lafitte, obispo de Córdoba.*



Concurrencia a la Segunda Asamblea del Congreso en la Caja Popular de Ahorros. — En primer término, el Excmo. Sr. Obispo de Córdoba Dr. FERMIN E. LAFITTE y el Dr. JUAN F. CAFFERATA.



Cuando en las postrimerías del siglo XII, nació en la aldea de Caleruega, el hijo tercero de Juana de Aza y de Félix de Guzmán, de noble prosapia, entroncada con los reyes de España, nadie habría pensado en el solar castellano, escondido en aquel rincón fortificado de la Península Ibérica, frente a las avanzadas sarracenas, que un nuevo obrero, en el que habían de aunarse los dones de la inteligencia, las fuerzas de la acción y las excelencias de la santidad, venía al mundo para remozar y cultivar las viñas del Señor!

Y aún cuando la visión profética de Juana, le mostrara el cachorro, que con la tea encendida en la boca, prendía fuego a la tierra, anunciándole que de los labios de aquel hijo, purificados por Dios, con el carbón encendido, como los del profeta Isaías, había de salir la llama que incendiara las almas; no era fácil pensar que en esa hora, palpitaba en el torreón almenado, el corazón del Fundador ilustre de la Orden de los Predicadores.

Ni menos podía prever Félix de Guzmán, que aquel niño, que en las tardes serenas se asomaba al espacio, para admirar en la lejanía las montañas del Guadarrama y en el valle la corriente azulada del Duero, bajo el cielo adusto y gris de las tierras castellanas y escuchar el rumor que llegaba desde el otro lado de los montes, recordando que en Toledo, se libraba la lucha secular, del Evangelio con la Media Luna; de Cristo contra el Islam; que aquel niño — decía — había de traer a la tierra, el don divino de la palabra, para renovar su faz y para restaurar en Cristo, las instituciones y los hombres!

Nacido de aquel hogar, descendiente de “los nobles conquistadores visigodos”, que gobernaron y civilizaron a España, de “aque- llos bárbaros venidos del norte”, temerarios, inteligentes, generosos; templada su barbarie por la alianza con las razas autóctonas: Domingo heredó, con los cabellos rubios y los ojos azules, la savia de aquella sangre robusta; el temple de su espíritu esforzado; el dinamismo incontenible de su acción; la claridad de la inteligencia y la semilla de las virtudes, que lo habían de convertir en el apóstol, en el maestro, en el fundador y en el santo!

Tocóle vivir en una hora difícil. Las vanguardias musulmanas golpeaban las puertas de Castilla. La herejía socavaba los fundamentos de la doctrina católica y sus adeptos pululaban por las aldeas

y por los campos de España; se apoderaban de las ciudades y arrasaban a las multitudes; la simonía y el lujo empañaban el celo sacerdotal. Hora difícil en que la santidad de Inocencio III, dominando "con su figura genial aquellos primeros años del siglo XIII", exhortaba con instancias al clero, para sacarlo de la inercia en que dormía y lanzarlo al apostolado.

× × ×

Y vivió su vida intensamente. No a la manera de los que siguen sus apetitos y sus ambiciones, para gozar y alcanzar las efímeras glorias humanas. La vivió en la austeridad, en el ayuno, en el estudio, en la disciplina; abrasado del celo de la salvación de las almas; tanto que rugía como un león, ante el espectáculo de los que se pierden por ignorancia y por abandono. La vivió inflamado de caridad para con el prójimo, a tal punto, que llegó hasta vender sus libros — sus joyas más preciosas — para alimentar a los hambrientos y a venderse a sí mismo, si fuera menester, para rescatar a los cautivos.

Caridad que ha dado a sus hijos — dice Petitot — y a los intelectuales de todos los tiempos, esta lección memorable: que la Caridad es infinitamente preferible a la Ciencia.

× × ×

"Por eso se destaca entre los canónigos de Osma, como una estrella en un cielo oscuro; el último por la humildad y el primero por la santidad y por eso, era para todos como un perfume que reanima, semejante al tomillo que despide su olor en los fuertes calores del estío. Multiplicaba sus frutos como el olivo y como el ciprés levantaba su tallo hacia el cielo".

Y así, niño al lado de sus padres, en el castillo de Caleruega, como adolescente recorriendo las vegas y los campos de Castilla; oyendo historias heroicas de cautivos cristianos y desafiando la fiereza de las mesnadas sarracenas; luchando contra los herejes; aplacando el hambre y la miseria, que la guerra sembraba por las comarcas de España; quitando al sueño las horas, para dedicarlas al estudio de las Escrituras Sagradas; canónigo en la Catedral de Osma o profesor de la Universidad de Palencia, Domingo iba preparando el cimiento de la nueva Orden, que daría a la Iglesia y al mundo una constelación de tan grandes varones!

“Este joven canónigo de cabellos rubios — escribe Bernanos — de voz fuerte y dulce, que va a leer sobre las riberas del Uvero y responde a los saludos con esa urbanidad exquisita, que sus hijos han tanto amado; es la Orden de Predicadores; no formada por un cálculo abstracto, sino en la plena efusión de la vida. Aquí todo es fresco, todo es puro; todo es nuevo; todo se esfuerza hacia lo alto, como la universal ascensión del alba. Es la Orden de Predicadores, esta gran avidez por la ciencia y este gran deseo de instaurarla en Cristo”.

Su decisión es inesperada. Los caminos de la Providencia tienen esa singular diferencia con los cálculos de los hombres. Cuando Pedro compone sus redes en las orillas del Tiberiades, de ese lago bendito en cuyas aguas se reflejó tantas veces la divina imagen de Jesús, estaba lejos de pensar que iba a ser la piedra para edificar la Iglesia y Pablo cegado por el odio a Cristo, ¿podía pensar que iba a abrazarse a su cruz, cuando emprendía el camino de Damasco?

× × ×

Embajador de Alfonso de Castilla ante el reino de Dinamarca, llega hasta las regiones bárbaras del norte, hasta las tiendas de los cumanos feroces, que viven en la idolatría y allí descubre su vocación de apóstol.

Inocencio III le disuade de su generoso sacrificio, pero si acepta por obediencia — escribe su biógrafo — vivirá siempre acosado por la visión de ese lejano apostolado, coronado por la aureola del martirio y su mirada se clavará lejos, hacia el norte, en el corazón de aquellas tribus bárbaras, por quienes se derramó también la sangre del Redentor.

× × ×

Vuelve sobre sus pasos y recorre aquella Europa, cuyo panorama espiritual se extiende a su vista, minado por la herejía; oscurecido por la ignorancia; corrompido por la simonía; relajado por el lujo; enfermo hasta la médula; llena de fe pero sin obras y lo que es peor, sin caridad, y entonces forma su propósito y se lanza a la conquista de estos otros bárbaros de la doctrina, para luchar por la palabra, por la pobreza, por el ejemplo, por la ciencia!

Aunque la ociosidad de María a los pies de Jesús, escribía el

Papa a Pedro de Castelnau, sea preferible al ministerio de Marta, puesto que ese estado al poner el alma al abrigo de las agitaciones del mundo le hace el más seguro; sin embargo la vida activa, debe con todo derecho considerarse más útil, porque no sólo nos aprovecha a nosotros, sino también a los demás. Domingo sigue el pensamiento pontificio.

La herejía se propagaba en Francia, en Italia, en España. Los cátaros en Tolosa, como los valdenses en Lyon, disimulado el error con la máscara de las costumbres austeras, penetraban hasta las últimas capas sociales, con el auspicio de muchos señores, con la tolerancia de los gobernantes y con la indiferencia, cuando no la complicidad del clero.

Los abades cistercienses, los legados pontificios, los obispos, no podían contra su empuje y su violencia.

Diego de Acevedo y Domingo de Guzmán les mostraron la razón de su fracaso. "Habéis venido a evangelizar a los herejes con crecido y pomposo aparato de caballos y de trajes. No es así, hermanos. ¡Ciertamente es imposible convertir por la única fuerza de los discursos a estos hombres que sólo dan importancia a los ejemplos! Los ministros de la herejía se presentan con exterioridades de pobreza y austeridad y así logran persuadir a las almas sencillas. Al contrario, viniendo a hacer ostentación de vuestras riquezas, edificaréis poco; destruiréis mucho y no convenceréis a ninguno".

Así les hablaba Diego de Acevedo, que con Domingo iniciaba en la primavera de 1206, la predicación contra los cátaros.

"Domingo — dice uno de sus biógrafos — acababa de encontrar el verdadero camino. Este camino real y divino de la predicación apostólica, en el cual iba a ensayar los primeros pasos y que haría de él un Fundador y más tarde un Santo. ¡Qué conjunto excepcional de circunstancias, en esta serie aparente de casualidades, vienen a buscar al subprior de Osma, para enviarle como embajador a Dinamarca; luego a Roma y finalmente al Cister y a Montpellier, donde se abre a sus ojos grande y magnífica la carrera evangélica!"

Ya resuelto, se lanza a la lucha como un campeón. Habla en los salones del señor de Servian; en las asambleas, en las plazas públicas, contra aquella herejía cátara, que sostiene la existencia de dos principios: del bien y del mal. Su voz "tiene sonoridades de clarín". Su versación en las escrituras le da argumentos irrefutables. Sus gestos, sus ojos, que brillan con resplandores de relámpagos; su

resistencia a la fatiga, arranca la admiración de las turbas y le cantan los romanceros populares.

La requisitoria contra la Iglesia era siempre la misma — dice Petitot: — riquezas ilegítimas; posesiones contrarias a las enseñanzas de Jesucristo y a las prácticas de la Iglesia primitiva. Todos los bienes debían pertenecer a la comunidad y repartirse entre los fieles.

“Una doctrina que así legitimaba las usurpaciones de los señores feudales y de los comunes, obtenía la más favorable acogida”.

A través de los tiempos, ¿no vemos repetirse la historia y apropiarse de los bienes de la Iglesia y de las congregaciones a los gobiernos de Francia, de Rusia y de España?

Domingo retemplaba su celo en la controversia y su palabra inflamada prendía fuego a la tierra.

Sabía el poder de la palabra y en ese poder cimentaba su fuerza y de ese poder, iba a hacer caer el fundamento de la Orden Dominicana.

Los progresos de la ciencia nos han dejado penetrar algo, en ese misterio de la palabra humana, que creíamos perderse, más allá de los labios, como el humo o el vapor que se diluyen en el ambiente, después de la estela fugaz de su pasaje. No. Esa palabra, en la que viven el pensamiento y la idea, no se pierde como el humo; vibra y agita las ondas del éter; llena con sus vibraciones los espacios; corre como la luz, con velocidades vertiginosas y en un mismo instante, es repetida por el micrófono en todos los rincones del mundo, ante el estupor del hombre maravillado, que acaba de arrancar un nuevo secreto a los arcanos infinitos del universo.

Una palabra: el *fiat*; sacó los mundos de la nada. Otra palabra, creó al hombre a imagen y semejanza de Dios. Jesús encomendó a María, con una palabra, la guarda del género humano y otra palabra perdonó a los que le crucificaban. Fué el don de la palabra el que descendió sobre la ignorancia de los apóstoles, en la noche del Cenáculo, el día de Pentecostés. La palabra fué el arma de los profetas; el instrumento de la sabiduría; la belleza de los salmos, la poesía y dulzura del Libro de los Cantares!

✕ ✕ ✕

Domingo cristalizó en la fundación de Prulla su pensamiento. De allí, como de un almacigo, van a salir las tiernas plantas que sembraran la Europa, con las casas de los Predicadores.

Instalado en pleno reducto de la herejía, opone a la austeridad cántara la humildad y la pobreza cristianas; a la doctrina anatematizada de los dos principios, del bien y del mal, la doctrina católica del Dios único, Creador de todas las cosas; a la fría ceremonia del "consolamentum" la poesía de la liturgia católica; a la fracción del pan bendito, la transubstanciación de ese pan, en el Cuerpo de Jesucristo.

Los "perfectos" — así se denominaban los herejes cántaros — reciben en pleno corazón el golpe de gracia. Domingo triunfa con el ejemplo y con la palabra. Triunfa, con la salutación de Gabriel a la Virgen de Nazareth, que repetida tantas veces, forma esa oración del rosario, la más dulce y consoladora del culto a María!

Andando a pie por los caminos de Francia y de España; pobre y descalzo; pidiendo hospitalidad durante sus jornadas evangélicas; confiando todo al estudio, a la predicación, a la caridad y al ejemplo; encontraba el camino seguro contra el error y lo señalaba, para los siglos futuros, a sus hermanos en religión.

¡Después de siete centurias, si volviera a aconsejarlo, estoy convencido de que no había de variarlo en una línea!

Cuando Fulco, diocesano de Tolosa, nombra a Domingo y a sus compañeros, predicadores contra la herejía, dentro de su propia jurisdicción, la Orden puede decirse que recibe entonces la consagración oficial y el bautismo de la Iglesia, hasta que la confirma Inocencio III, sucesor de Honorio en el Pontificado, después que en un sueño profético, ve tambalearse a la basílica de Letran y a Domingo que la sostiene sobre sus hombros!



El pensamiento de Domingo rompe con los viejos moldes que han aislado al sacerdote de las masas populares; que han dado pábulo a la herejía; que han entibiado el celo de los obreros del Señor; que han estimulado la avaricia de los señores feudales y fomentado el error, que avanza como un incendio, por las ciudades y por las campañas.

Los cánones del Concilio IV de Letran, acaban de sancionar de modo categórico "la necesidad de la predicación y de los estudios teológicos" y en ellos se apoya Domingo para suprimir el trabajo manual que es la Regla de las Ordenes monásticas, para reducir las horas consagradas a la liturgia. Extraña innovación — dice Petitot

— en la tradición de los monjes: abreviar los oficios en favor del estudio. Y para las almas timoratas, ¡qué trastorno de valores; qué admiración y también qué escándalo!

Llama al maestro Stavensby, doctor en sagradas letras, para que dicte a sus hijos las primeras lecciones; para que cumpla con aquel cánón del Concilio, que afirma ser “la palabra de Dios, soberanamente necesaria en la alimentación del pueblo cristiano” y cuenta la tradición que el maestro viera una noche, elevarse en el cielo oscurecido de la Europa, siete estrellas, que subían, crecían y brillaban tan intensamente que iluminaban toda la tierra!

Esas estrellas llevaban la blanca túnica de los hijos de Domingo.

× × ×

Honorio III le alienta con su autoridad de Vicario de Cristo: Tus Hermanos — le escribe — “serán campeones de la fe y verdaderas lumbreras del mundo”.

Parece — comenta Mandonnet — que le habría bastado al Pontífice con declarar que Domingo y sus Hermanos son predicadores de oficio. Pero no. No son simples predicadores los que desea. Son campeones de la fe; atletas invencibles de Cristo. No son sólo clérigos instruídos. ¡Son antorchas para la cristiandad!

¿No es verdad, señores, que la voz del Pontífice parece alzarse del fondo de los siglos y llegar hasta nosotros, con los mismos acentos inflamados de celo por la causa de Dios, para exhortarnos de nuevo, al apostolado de la palabra y del estudio?

¿Qué tiempos hubo en la humanidad, en que esas armas fueran más necesarias? ¿Cómo luchar contra el agnosticismo y el laicismo; contra la ignorancia y contra las utopías sociales; contra las costumbres relajadas; contra la prepotencia de los gobiernos; contra las violencias que suben de las multitudes descristianizadas; contra los tribunos que engañan a los pueblos, con mentidas promesas de felicidad; contra los malos libros; contra la escuela atea; contra la prensa corruptora; contra los espectáculos inmorales; contra la pseudo ciencia, que quiere poner a la ciencia verdadera en pugna con la fe?

× × ×

Los Pontífices, a una sola voz, hacen el elogio de la obra dominicana.

Los Hermanos Predicadores, son poderosos por las obras y por la palabra. En ellos la vida vivifica la doctrina y la doctrina conforma la vida. Se lee en su conducta, lo que enseñan en sus discursos — afirma Gregorio IX.

Nosotros la amamos con afecto pleno. Es floreciente por su reputación; ilustre por su ciencia; ferviente por sus virtudes — exclama Inocencio.

Estrepitosa como la trompeta, su palabra resuena, hasta las extremidades del mundo — escribe Alejandro IV.

Urbano, que esa religión ilustre por sus obras de piedad, es como el candelabro de Dios, sobre la superficie de la tierra.

Clemente, que la Orden es una población fortificada, que guarda la Verdad y acoge por sus puertas al pueblo fiel. Que es el sol que brilla en el templo de Dios. El ciprés sobre las alturas, que orienta las inteligencias. El campo del Señor humedecido por el rocío celestial!

Y Bonifacio VIII, que los Hermanos de la Orden de Domingo, son los ministros de la elección de Cristo. ¡Brillantes por su religión; ilustres por la honestidad de su vida, dados por la sabiduría de Dios para ser la luz de las naciones!

× × ×

Dos problemas dominaban el mundo de las escuelas y del pensamiento cristiano — dice Mandonnet — a principios del siglo XIII: el problema filosófico y el problema teológico. Esos problemas tienen sus principales intérpretes y maestros, en los hijos de Domingo, que organiza escuelas; que les da la jerarquía; que fija sus normas; a tal punto que ha podido decirse con verdad, que fué Santo Domingo, el primer ministro de Instrucción Pública que conociera el mundo civilizado.

Esos maestros, que enseñan en las primeras universidades de la Europa, llegan a la culminación con la ciencia de Alberto el Grande y con la sabiduría y la santidad de su discípulo predilecto, Tomás de Aquino, "que iniciado por el saber universal de su maestro en todos los grandes problemas, creó una filosofía y una teología cristianas, de las que la Iglesia Católica, hace la base de su enseñanza, oficial".

La Suma Teológica; la Suma contra los Gentiles; los comentarios de Aristóteles; para no citar sino algunos de sus grandes trabajos, muestran cómo en Tomás de Aquino "alcanzaron su más alto grado: la claridad del lenguaje; el sentido crítico; la delicadeza del análisis y el poder de la síntesis".

× × ×

Tan acabadamente se realiza el pensamiento de Domingo; tan ampliamente triunfa el gran sembrador de la verdad evangélica, de la teología y de la filosofía, que Humberto de Romanis, General de la Orden, puede decir en la circular de Estrasburgo en 1260: nosotros enseñamos a los pueblos y a los gobernantes, enseñamos a los sabios y a los ignorantes, a los religiosos y a los seculares, a los clérigos y a los laicos, a los nobles y a los plebeyos, a los pequeños y a los grandes!

× × ×

Largo sería seguir en sus detalles la trayectoria de la Orden Dominicana a través de los siglos, que es como la órbita de un astro sin ocaso; pero sí podemos afirmar que la concepción del noble castellano y canónigo de Osma, enfrentándose con la herejía, con la indiferencia, con la ignorancia, con la riqueza, con la simonía, sin más medios que la palabra y el estudio, sazonados por la caridad; si fué en el siglo XIII, la mejor arma de combate en defensa de la verdad, es hoy en el siglo XX — y ese es el privilegio de las obras providenciales — la que está llamada a triunfar de nuevo, contra el error, que en vez de herejía se llama: positivismo, naturalismo, socialismo, comunismo o laicismo.

Han variado los tiempos. Se ha afirmado la unidad de la Iglesia. La jerarquía mantiene como nunca unidos a los fieles con sus obispos y a los obispos con el Vicario de Cristo. El sacerdocio se ha santificado; la caridad ha endulzado y alegrado la vida social; la ciencia ha realizado progresos técnicos, que nos permiten dominar los espacios, llegar hasta las entrañas de la tierra y a las profundidades del mar; la palabra humana ha realizado el prodigio de la ubicuidad, llevada por las hondas hertzianas y los hombres del siglo XIII, quedarían absortos al contemplar las maravillas del siglo XX.

Pero el error sólo ha cambiado de formas.

No es ya la discusión sobre la naturaleza de las personas divinas, ni la proclamación de los principios del bien y del mal, en el origen de todas las cosas. No son los herejes, Nestorio, Arrio, Eutiques, de los primeros tiempos, ni los cátaros y albigenses de los siglos de Domingo. El error moderno es la negación total. Es la eliminación de Dios de la constitución de los Estados, de la cátedra universitaria, de la escuela elemental, del hogar, de las leyes, de la sociedad.

Es la reversión al paganismo, en nombre del progreso social, que pervierte las costumbres, que difunde el cine inmoral, la revista pornográfica, la danza procaz, el espectáculo escabroso, el libro corruptor.

Es el pretendido monopolio de la ciencia, por algunos intelectuales, para oponerla a la fe y desprestigiar la fe, ante los pueblos.

Ante esas nuevas formas, que el error, como el Proteo, sin variar la sustancia, reviste en los tiempos que vivimos, es llegada otra vez la hora de los hijos de Domingo. Por eso los vemos salir a sembrar la palabra de verdad; penetrar en las escuelas y en las universidades, como antes en Bolonia, en Oxford o en París; en los laboratorios, para investigar los secretos de la naturaleza; los vemos iniciar a la juventud, en el estudio de los problemas filosóficos y teológicos que el positivismo había desplazado de las disciplinas intelectuales; dejar el claustro y pasear el sayal blanco, que es símbolo de pureza y de luz, y la capa negra, que lo es de humildad, de pobreza, de caridad, por todos los campos, como Domingo, cuando recorría los caminos de la Francia, de la España y de la Italia.

¡El pensamiento del Fundador de los Predicadores, como el retoño de los olivos milenarios del Huerto de Getsemaní, cobra vida nueva adherido al tronco siete veces secular de la Orden Dominicana!

× × ×

Sea él, como en los siglos medioevales, el que forme hoy los campeones de la fe y el báculo de la Iglesia; el que lleve al seno de la sociedad, la palabra de vida y el ejemplo de la virtud; el que siembre en el espíritu incontaminado y generoso de la juventud, las enseñanzas de la teología y de la filosofía cristianas.

Y esperemos que cuando los frutos de esa semilla, hayan germinado en las élites juveniles; cuando los años y la experiencia

hayan abondado en ellas sus raíces, fortificados los tallos y moderado la frondosidad de los primeros brotes, esperemos que ellas serán mañana la levadura, que levantará la masa, para restaurar en la sociedad y en las naciones todas las cosas en Cristo, realizando la suprema aspiración de Pío XI.

DISERTACION DE CLAUSURA

Por el R. P. Fray JACINTO CARRASCO, O. P.

*Excelentísimos Señores,
Señoras, Señores:*

ESTO ha terminado, y ha terminado brillantemente, como no podía ser de otro modo. Después de las brillantes disertaciones del Excmo. Obispo de Santiago del Estero y del señor Dr. Cafferata, decir una palabra más sería "echarla a perder", hablando en criollo. Y sin embargo, es ante ese peligro que me coloca despiadadamente nuestro Padre Prior Montes de Oca. ¡Dios te perdone, hermano!

Sin embargo, después que una fiesta ha terminado, hay que hacer la crónica. La intentaré, y no les extrañe que empiece diciéndoles — a lo Chésteron — que un muerto no resucita y se pone a hacer congresos. Los harán los vivos, pero los muertos no suelen andar . . . en esas cosas. ¿Que a qué viene esto? Pues, a desvanecer uno de los tantos prejuicios corrientes, como es el de afirmar que las viejas Ordenes religiosas de la Iglesia, y todo lo a ellas anexo, jugaron ya su papel, prestaron sus servicios a las sociedades de su tiempo; pero que son ya anacrónicas, arcaicas, fosilizadas y disecadas (como esos extraños pajarracos que se ven en los museos); que hoy la ciencia, el progreso y las ideas modernas, las toman de la mano y las conducen — como decía Comte, de Dios — a las fronteras de la razón y allí las despiden muy amablemente, agradeciéndoles los servicios prestados a la humanidad y, palmeándoles suavemente la espalda, les hacen comprender que están de más.

Pues bien, señores: un pajarraco de museo no se reanima y vuela de un extremo a otro del país. Si lo hace es porque no estaba muerto, aunque estuviera en el museo. Es lo que ha sucedido con la Tercera Orden de Santo Domingo, en el mundo y en nuestro país. Ha bastado que el General de la Orden, Rvmo. Fray Estanislao

Martín Gillet, levantara el dedo, o diera una palmada, para que de todos los extremos del mundo salieran delegaciones de hombres y mujeres, camino de Roma, donde se reunieron miles en un congreso, de todas las razas, costumbres y lenguas de la tierra. Ha bastado que el Provincial de la Argentina, R. P. Fray Tomás Luque diera una palmada, para que nuestro país presenciara en sus grandes capitales de Tucumán, Buenos Aires y Córdoba, el hermoso congreso que termina.

Pero mi crónica, señores, tiene que empezar, como los sermones de ciertos predicadores, por Adán y Eva, es decir, por los tiempos mismos del Santo Patriarca; porque allí está el secreto de esta vitalidad, siete veces centenaria, que, si a veces parece extinguida o dormida, retoña, renace y se expande, como de sus propias cenizas, y, por más lejos que parezca haberse quedado se pone a la par de los más adelantados y cumple su misión. Allí, en Santo Domingo está su secreto, el secreto de todos sus éxitos, el secreto de este congreso.

Santo Domingo fué hombre de su tiempo, pero fué también lo bastante inteligente al tomar sus medidas para ser de todos los tiempos. Fué hombre teórico y de principios, pero no se encerró en esa torre de marfil; fué igualmente práctico. Hizo primero su aprendizaje en los libros; pero cuando vió que era mejor dar trigo que predicar, dió el trigo, es decir, vendió sus libros y entregó el dinero a los pobres; y recuerden los eruditos que en ese tiempo, un libro valía más que una casa. Mas aprendió a ser apóstol y defensor de la verdad en el mismo campo de acción que en las bibliotecas; algo así como nuestros generales de la Independencia, que aprendieron el arte militar... peleando. Vean ustedes si sería inteligente y práctico. Comienza por establecerse en Tolosa de Francia, vale decir, en el mismo cuartel general de sus enemigos; y aunque parezca una paradoja, aprende más de ellos que de sus colegas, los legados del Papa y los monjes cistercienses. Observa en esos pueblos que la influencia de dirección viene de arriba abajo, observación que nosotros mismos la estamos haciendo ahora en el mundo y en nuestro país; los caudillos, los guías, los mentores de los partidos políticos, son los responsables del desastre de la democracia, aquí y en todas partes. Pues bien: ganado el timón, ganada la cabeza, todo se gobierna y dirige según ella.

Y Santo Domingo vió con asombro y con pena que, precisamente, eso era lo que habían conseguido los herejes en aquel Me-

diodía de Francia: condes, duques, marqueses, barones, obispos, ¡hasta obispos!, les pertenecían, y los que conocen la historia del feudalismo, imperante en ese entonces, saben la influencia incontrastable que ejercían esos señores en sus pueblos. De allí el empeño de Santo Domingo de atacar esas verdaderas fortalezas. Pero estaba solo, y sus enemigos eran muchos; al último tenía que ser vencido, si alguien no iba a secundarlo; y pensó en una sociedad de hombres ilustrados, virtuosos y valientes, que no le tuvieran miedo ni a la ciencia, ni a las persecuciones, ni a la muerte. De ese pensamiento y de esa experiencia nació la Orden en sus tres ramas: Primera, Segunda y Tercera. Era hombre disciplinado y metódico, y procedió en todo lógicamente. No se dijo: "primero voy a fundar esto, después aquello, después lo otro", no... Se dejó aconsejar por las necesidades del momento y también por sus mismos enemigos. Estos estaban bien organizados. ¡Pues, a organizarse!, se dijo el Patriarca.

En el orden religioso y social, se oponían a la Iglesia y a la sociedad, jerarquía a jerarquía, institución a institución, métodos a métodos. Y los historiadores de la Edad Media están de acuerdo en que la causa de Dios llevaba la peor parte. ¡Y cómo no, señores; si hasta el mal, cuando se organiza, es más poderoso que el bien desordenado!... Veamos algunos ejemplos. La jerarquía eclesiástica herética era perfecta: los obispos, acompañados y servidos de sus diáconos, eran mirados y tratados por los adeptos con el más profundo respeto. Como en la Iglesia primitiva, había entre ellos tres categorías de fieles: los perfectos, que poseían toda la doctrina, o *Consolamentum*, y que estaban sometidos a la abstinencia, el ayuno, el celibato y demás prácticas de la secta, y llevaban generalmente un hábito especial; los iniciados, que hacían profesión de la doctrina, y eran como los miembros activos de la comunidad; y por fin, los adherentes, que eran una especie de Tercera Orden de la herejía. Todos, a una, se ayudaban mutuamente contra el enemigo común, con una disciplina y un orden notables. Pero lo que más impresionaba a los pueblos por donde ellos pasaban o se establecían, era la austeridad y pureza de costumbres que simulaban. Digo que simulaban, porque era un artificio que no escapó a la mirada inteligente de Santo Domingo. En cambio, los legados y los monjes cistercienses viajaban con toda solemnidad: pajes, acémilas, caballerías, numerosa comitiva, en una palabra, denunciaban su presencia. Los pueblos, comprados por la austeridad de los perfectos, se escandalizaban del lujo de los católicos, y decían: "¡Mirad, montados en buenos

caballos a los que se dicen ministros de un Dios que andaba a pie! ¡Ved cómo son ricos esos misioneros de un Dios pobre! ¡Miradlos colmados de honores, a ellos que se dicen enviados de un Dios humilde y despreciado!" Los misioneros católicos oían estas pullas; pero no las entendió sino Santo Domingo.

"¡Ah, sí! — dijo en una reunión que tuvo con sus colegas: — ¿con que estos herejes conquistan a los pueblos con una falsa virtud? ¡Pues, conquistémosles nosotros con la verdadera! Ellos andan solos y a pie, de ciudad en ciudad, de castillo en castillo. ¡Fuera comitivas, pajes y caballos! ¡Ellos aparentan ser pobres, humildes y castos? ¡Seámoslo nosotros de verdad!" Y lo fueron; y el éxito fué completo.

Y empezó a vivir, él y sus compañeros, tal como se legislaría después en su Orden de Predicadores, es decir, tal como hoy día. Otro ejemplo: Santo Domingo observó que los herejes socorrían con dineros a las jóvenes pobres, pero hijas de familias decentes, con el fin de propagar de hecho entre ellas su doctrina, lo que conseguían fácilmente, pues ya sabemos que cuando el estómago está vacío y el cuerpo desnudo, la mejor filosofía es la que ofrece pan y vestido. ¡Fundemos a Prulla! — se dijo el Santo Patriarca. — Y se valió de sus amigos, el obispo Fulco, el conde de Monfort y los católicos tolosanos, y recogió en Prulla el primer plantel dominicano, que todavía está en pie y que es el alma mater de todos los asilos, hospitales, escuelas y colegios que tiene en el mundo nuestra Tercera Orden.

Pero el enemigo era listo. No sólo reclutaba sus fuerzas entre la nobleza, la Iglesia y la caballería, sino también entre el pueblo obrero. Asombra al que estudia esa época de la historia ver cómo ya se usaban nuestros sindicatos, corporaciones y sociedades de socorros mutuos, de que ahora nos envanecemos como de una novedad y conquista de los tiempos modernos. Los enemigos de Santo Domingo tenían organizados verdaderos patronatos de obreros y artesanos. Tenían talleres donde, al par que se enseñaban sus doctrinas, se aprendían los oficios manuales y las profesiones.

¡Fundemos una sociedad de hombres y mujeres, jóvenes y viejos!, se dijo el Patriarca; abarquemos, como ellos, todas las clases sociales, y que cada hogar sea un baluarte de la Verdad y la Fe. Así nació la Tercera Orden. Su amigo, Francisco de Asís, andaba también por esa época escandalizando al mundo con el escándalo de la cruz, preparando una verdadera revolución; pues como dice muy

bien mística Chésteron: "o los hombres no lo encontraban en su camino, o si lo encontraban cambiaban de vida". ¡No había vuelta!

Pero estos dos santos varones llegaron al mismo resultado por caminos distintos. Eran los dos brazos de Dios, y como Dios no puede contradecirse ni chocarse, ambos convergieron a lo mismo: a la reforma de la Iglesia, de la sociedad y del pueblo de su tiempo, y de todos los tiempos sucesivos; ambos fundaron sus tres Ordenes, Primera, Segunda y Tercera, llamadas a trabajar por la fe de Cristo, mientras haya un ser humano sobre la tierra.

San Francisco fué de abajo a arriba; Santo Domingo de arriba a abajo; San Francisco subió de los pies a la cabeza; Santo Domingo bajó de la cabeza a los pies; pero ambos se encontraron en el corazón, y en el corazón está Dios. Así nacieron estas tres Ordenes gemelas, cuya eficiencia en la historia de la humanidad fué notable, y es actualmente notable. No son piezas de museo; viven y obran incorporadas a la Iglesia de Cristo. No hacen mucho ruido, eso sí, porque trabajan como Dios, silenciosamente; pero cuando es necesario hacerse ver y sentir, se hacen ver y sentir. Pocos años han pasado del congreso que hicieron los Hermanos y Hermanas Terceras de San Francisco en nuestro país; ahora les ha tocado a los de Santo Domingo. Aquel congreso fué grandioso, numeroso y brillante; éste no lo ha sido menos. Pero volvamos a Adán y Eva, es decir, al principio. He dicho que en la vida misma y en los tiempos mismos de Santo Domingo hay que buscar el secreto de este éxito.

En efecto, ¡cuánto ha cambiado el mundo, desde entonces hasta ahora! ¿En qué rama de la ciencia y del progreso queréis que nos fijemos? ¿En la filosofía? Fuera de alguno que otro principio metafísico, que no sé cómo se ha salvado, todo está al revés. ¿En la física, en la química, en la cirugía, en la geografía, en la mecánica, en las artes? Un chico de la escuela sabe hoy todo lo que se sabía entonces, y mucho más. Y no hablemos del arte de la guerra, por ejemplo, porque un cadete de nuestro Colegio Militar sabe más que todos los Alejandro, Aníbal y hasta Napoleones juntos. ¿Cómo entonces escapar a la ley inexorable de las variaciones, de los cambios y de la anulación, por fin, del progreso?... ¿Quedarse atrás?... ¡Imposible! ¿Adelantarse?... ¡Peligroso! ¿Entonces?... ¡Ah, entonces, señores, no queda más camino que el de San Pablo: ¡Meterse en el entrevero, entrar en la corriente! ¡Ser bárbaro con los bárbaros! ¡Griego con los griegos! ¡Romano con los romanos! ¡Todo para todos y con todos!, como decía el Apóstol. Pero, entre parén-



Asamblea de clausura realizada en el Teatro "Riviera Indarte" — Córdoba.

tesis, Santo Domingo nunca fué bárbaro. Es una manera de decir de San Pablo. Lo que en realidad hizo fué lo que haría un criollo vivo: hacerse el . . . no vivo, para pasar desapercibido. Así como en el Mediodía de Francia se ganó la nobleza, los caballeros y el pueblo, después de fundadas sus tres Ordenes, se metió silenciosamente en las universidades. ¡Allí era donde estaba el foco de sus amigos o de sus enemigos! ¡Cuáles eran las principales universidades de entonces? Eran tres: Bolonia, París, Colonia. Y allí mandó sus hijos; y allí reclutó sus primeros soldados, no de plomo, ¿eh? Hombrecitos como Tomás de Aquino, Reginaldo de Orleans, Alberto Magno, para no nombrar más que uno de cada nación de esos centros.

Y esos hombrecitos, una vez hechos doctores, trasladarían y trasladaron la ciencia a los claustros, es decir, a la obra de Domingo y la multiplicaron hasta el infinito, por los siglos de los siglos, y llegaron hasta nosotros.

Es que, señores, el hombre aliado con la ciencia y la fe, no debe morir, no muere: vive en todos los siglos, en todos los lugares donde hay un corazón y una inteligencia humanos. Ahí está el secreto de Santo Domingo: fué hombre de su tiempo, pero tomó las medidas para ser de todos los tiempos. Confió a las universidades y casas de estudios la formación de la inteligencia de sus hijos; de la formación de su corazón se encargaría él, primero, y luego el semillero de santos que dejó y que previó en el futuro. No era profeta; pero ya andaba en su corazón esa mujercita admirable que se llamaría Catalina de Sena, modelo de Terciarias, y que colmaría, hasta desbordar, los deseos del Santo Patriarca, de servir a la Iglesia y a la sociedad; ya andaba en su corazón esa indiecita americana, Rosa de Lima, otro modelo distinto, pero igualmente hermoso, de Terciarias, que se encendería como una lámpara para alumbrar los pasos de sus Hermanos en esta América; ya andaba en su corazón, ese noble caballero francés, Monsieur Raoul de Fleury, modelo de Terciarios, ilustrados, virtuosos y valientes, capaces de poner el hombro y levantar un templo, como el del Corazón de Jesús, de Montmartre, en París. Porque esa maravilla moderna es iniciativa y obra de aquel Terciario Dominicó del siglo pasado.

Y si de esas "regiones longincuas" como dijera Sancho, nos trasladamos a nuestro país, nos encontramos — como la cosa más natural — con Santo Domingo y su Tercera Orden . . . Y por si él no hubiera tenido derecho de introducirse en estos reinos de Su

Majestad Católica, recordemos que estaba mandado por Cédula Real de 1603, establecer la Tercera Orden en América. Inclinémonos ante esa Cédula Real, muy lógica, por otra parte, desde que en Europa era costumbre de las casas reales pertenecer a ella, y repitamos lo que ya se sabe: que la madre patria trasladó a sus colonias todo lo bueno, y también lo malo, que tenía. Hizo tronar sus falconetes y espingardas ante el oído asombrado del indio; pero hizo brillar también, como un relámpago que fuese eterno, la cruz de Cristo; y aunque nunca supo, o no quiso saber que más vasallos útiles le conquistó el humilde misionero que el soldado, aventurero y valiente, nos trajo las primeras semillas de esta Tercera Orden, precisamente en esos mismos hijodalgos, que llegaban a nuestras playas ávidos de gloria y de oro, aunque más de oro que de gloria.

Donde quiera que iba, y que va, un Religioso Dominicano lleva en su corazón el pensamiento de la Tercera Orden, como que es el complemento directo de su obra. El es el sembrador; el Hermano Tercero es la tierra fértil donde cae su semilla y le da el fruto del ciento por uno. Abarca todas las clases sociales, porque en todas hay almas que salvar; pero sigue siempre el método de su Fundador: desciende de arriba abajo, es decir, de las clases superiores al pueblo. Sabe que la familia es la célula del Estado, y formada y cultivada esa célula, lo demás viene de suyo. No es numerosa, no puede serlo, porque los índices y los guías no pueden ser muchos, pero es calificada y selecta. Así procedió en nuestro país.

Oíd esta Ordenanza de uno de los primeros Capítulos Provinciales de los Dominicos argentinos, recién separados de Chile: *"Por cuanto es debida extensión de nuestra sagrada religión la institución y propagación de su Tercera Orden, y que verla ahora en el decoroso esplendor en que la miramos en sus tiernos años (era en 1726), nos alienta a la esperanza de su mayor auge; atendiendo a su conservación, instituimos y nombramos Director al catedrático de Prima y segundo Regente, etc."*

Y para encerrar en una sola línea toda la historia de nuestra Tercera Orden argentina, me bastará deciros: no busquéis nombres propios de familias distinguidas que le dieron su nombre; buscad más bien, si podéis, qué familia distinguida no fué Dominicana, qué persona decente, tanto en la colonia como en la patria, no fué Tercera Dominicana. Es la verdad; virreyes, gobernadores, obispos, canónigos, magistrados, hacendados, profesionales, la parte más sana y noble del vecindario, en una palabra, perteneció a nuestra Ter-

cera Orden. Y como la prueba más evidente que se puede presentar de la bondad de una doctrina, de una institución o de un individuo, son los hechos, no preguntéis a qué obedece "el espectáculo edificante del hombre consagrado de lleno al servicio y defensa de los intereses públicos, respetuoso de la ley, recto administrador de los caudales del pueblo, valiente en los campos de batalla, firme sostenedor de sus creencias" y honorable y cristiano en todo momento; no preguntéis a qué obedece la conducta de esa noble dama que forma sus hijos para Dios y la patria: ese caballero y esa dama son, o merecen ser, Terciarios Dominicanos.

Con hombres así y mujeres así soñó Santo Domingo ser útil a la Iglesia y a la sociedad y vivir tanto como ellas. De que lo haya conseguido lo prueba la historia; de que lo siga consiguiendo lo prueba, lo ha probado ya, este Primer Congreso Nacional de Terciarios argentinos. Me tocó la honra de saludar a los congresales en Tucumán, donde se iniciaron los trabajos; los he seguido por los diarios en sus sesiones de la Capital Federal; los he acompañado en esta docta ciudad, y en todas partes he admirado el singular acierto con que nuestros Hermanos y Hermanas han encarado, estudiado y resuelto los más delicados y oportunos temas; vitales para la religión, la patria, la familia, la escuela y el gremio. Todos han hecho alarde de corazón y de inteligencia, que son los elementos indispensables de triunfo en toda causa noble. No han exagerado, ni agrandado sus obras o sus cosas, han dicho sencillamente la verdad: en Buenos Aires, por ejemplo, hay tantos Hermanos y Hermanas, tenemos tales escuelas, tales asilos, tantos talleres; se educan tantos niños, se socorre tantos necesitados, en el asilo de pobres viven tantas familias; en tantos años se han repartido en efectivo tantos miles de pesos. . . en Córdoba, tantos; en Tucumán, Santa Fe, Mendoza, Santiago, tantos; aquí hay una Hermana que regaló una casa para colegio; allá, otra construyó una escuela y la rentó; más allá otra Hermana condonó una deuda grande; y así como quien enumera las cosas más sencillas y naturales del mundo. "Nos hace falta esto o aquello; hay que preocuparse de agrandar cada vez más el ángulo de acción, a fin de que cumplamos mejor nuestra misión de Terceros". ¡Así, llanamente, cristianamente! Si este lenguaje, señores, no es el mismo que empleaba San Martín cuando, en Mendoza, contaba las botas, los sacos de charqui o los zapallos para su ejército, junto con las joyas de las patricias mendocinas, no sé lo qué es hablar en cristiano ni lo qué es hablar en criollo!

Pero no he de terminar, señores, este conato de crónica sin mencionar dos Hermanos Terceros Dominicos, de nuestro país, separados por un siglo de distancia, pero unidos por ese hilo misterioso que nos ata a todos, el espíritu del Santo Patriarca: don Alejo Mallea, gobernador y capitán general de Mendoza y monseñor José Luque, obispo y gobernador eclesiástico de Córdoba. No es que entre ellos no haya habido nadie más: los nombro porque son tipos representativos del Terciario militante. Pues bien, ¿qué hizo Mallea en Mendoza, el año 1823?

Sencillamente, y como la cosa más natural del mundo, levantó una formidable pueblada y lo obligó al gobierno a anular un decreto contra la religión. Era gobernador un tal Delgado y, en efecto, el hombre andaba *delgado* de recursos, y creyó que lo mejor, para engordar, era cerrar las iglesias y conventos y acapararse todos los bienes y capellanías y fondos eclesiásticos. Y lo decretó; pero ante la pueblada de Mallea, el hombre se resignó a ser *delgado* no más, revocó el decreto, se evitó la efusión de sangre y Mallea volvió tranquilamente a su casa. Después fué gobernador, sin perjuicio de seguir siendo Prior de la Tercera Orden, a cuyas reuniones asistía como ejemplar Hermano. ¿Y Monseñor Luque? ¡Ah! ustedes lo han conocido, señores, y saben mejor que yo cómo ilustró esta sede eclesiástica y esta ciudad con el brillo de sus virtudes, y muchas veces lo han visto con su escapulario sobre el uniforme sagrado de obispo, asistir en Santo Domingo a las funciones y reuniones de la Tercera Orden, allegar el consejo de su palabra apostólica y el contingente pecuniario, también, cuando hacía falta para emprender o mejorar una obra. ¡Con hombres así, con Terciarios así, cuenta Santo Domingo para llenar su misión en la Iglesia y en la sociedad por los siglos de los siglos! ¡Los ha tenido; los tiene! ¡los tendrá!

¡Dios sea loado!

RESOLUCIONES

ANHELOS Y VOTOS DE ESTE CONGRESO

LAS presentes Resoluciones y votos presentados por los señores congresales, después de leídas y discutidas ampliamente en distintas sesiones públicas, fueron aprobadas por aclamación en asamblea general.

I. — De conformidad a los artículos 65 y 66 de la Regla de la Venerable Orden Tercera, todos los terceros domingos del mes, el Padre Director, por sí o por otro sacerdote, expondrá a los Hermanos algún punto de la Regla o dará una conferencia espiritual, haciendo a los mismos las advertencias que creyere oportunas.

II. — Que publicado el Misal Diario Dominicano, en latín y castellano, ya en preparación, traten todos los Hermanos de obtenerlo, y que en cada Hermandad se implante, de inmediato, enseñándoles a usarlo, más la división del tiempo litúrgico.

III. — Que se propenda en todas las Hermandades a establecer, donde sea posible, que la misa de comunión de los terceros domingos sea cantada por todos los Hermanos, en canto gregoriano, y que en la distribución vespertina se empiece por rezar una parte del Oficio Parvo de Nuestra Señora.

IV. — Se establecerá en la sede de cada Hermandad, donde no exista ya, una biblioteca que responda a la perfecta formación espiritual y científica de los Hermanos, dándose en ella preferencia a las obras, estudios y revistas del mismo carácter, de divulgación e informativas que se publican en la Orden.

V. — Tiénese por indispensable la fundación en todas las Hermandades, de un centro de estudios religiosos donde se dicten clases y se den conferencias periódicas de acuerdo al plan de estudios aprobados por el M. R. Padre Provincial.

VI. — Debe propenderse a la mayor solidaridad posible entre

las Hermandades existentes en el país, a fin de que la prosperidad y buen espíritu de las más florecientes redunde en un eficaz estímulo y ejemplo de las que por cualquier circunstancia decaen y languidecen.

Lo mismo se ha de entender de los miembros de cada Hermandad entre sí.

VII. — Este Congreso encarece a los consejos directivos de la Venerable Orden Tercera, la necesidad de prestar preferente y especialísima atención a la enseñanza de la doctrina cristiana:

(a) Ingeniándose y arbitrando los medios para que ésta llegue a los barrios más apartados de las grandes ciudades, donde poco o nada se habla de Dios.

(b) Estimulando a todos los Hermanos y Hermanas a que, ya individual, ya colectivamente, empleen su influencia para que tanto en las escuelas comunes como en las particulares se dé a los niños la enseñanza cristiana y para que a tal fin ofrezcan y presten su cooperación abnegada y perseverante.

(c) Formando comisiones pequeñas de Hermanos, con particularidad de los más jóvenes, para que en los suburbios de las poblaciones, congreguen a los niños, los días festivos, y, estableciendo en forma progresiva y según las circunstancias y necesidades, doctrinas distintas, bajo la denominación y patrocinio de algunos de los santos de la Orden, los preparen a la recepción de los Santos Sacramentos, ejerciendo a la vez, el posible apostolado entre los padres y familiares de los mismos.

Asimismo disponen que se lleve una prolija estadística y relación de los trabajos realizados cada año en esta obra, y que deberá ser presentada al Honorable Consejo en su última reunión anual.

VIII. — Que la Venerable Orden Tercera preste su más decidida y eficaz cooperación a las obras de la Acción Católica, tan conforme a su misión y espíritu, siempre bajo la dirección de la Orden.

IX. — Cuando un Terciario de cualquier Hermandad, argentina o extranjera, se traslade a otra ciudad por largo tiempo o se radique en ella y presente testimonio de su filiación o letras comendaticias, se lo recibirá fraternalmente y se lo incorporará de inmediato a la Hermandad del lugar de su nueva residencia. De ello se dará cuenta a la Hermandad de origen, y, en caso de creerlo oportuno, se requerirán informes previos a la misma.

X. — En todo aquello que no estuviere especialmente determinado o suficientemente explícito en la Regla de la Venerable Orden Tercera, ésta, oído el parecer del Padre Director, a quien toca explayarla, adoptará los usos y modos de procedimiento de la Primera Orden; es decir, aquellos que se ajustan a disposiciones y aclaraciones emanadas de los Maestros Generales, Capítulos Generales o Provinciales, o bien ya consagrados como laudables costumbres de Nuestra Provincia Religiosa, tal como la propia legislación dominicana lo tiene aconsejado y aun dispuesto.

XI. — Cada Hermandad celebrará anualmente por lo menos tres asambleas ordinarias, y asambleas extraordinarias siempre que se creyere necesario.

ANHELOS Y VOTOS DEL CONGRESO

I. — Celando la guarda de las tradiciones tan propias de nuestra Orden en lo que respecta a su acendrado amor a Jesús Sacramento y a Nuestra Madre Santísima la Virgen María, este Congreso vivamente desea ver florecer entre los Hermanos las piadosas y edificantes prácticas de la Santa Misa y comunión diarias, y de no serles posible, el efectuarlas con la mayor frecuencia; de la meditación cotidiana y la recitación del Santo Rosario en familia con igual asiduidad.

II. — Es igualmente un anhelo el de que, cuando se establezca en nuestras iglesias dominicanas la Cofradía del Santísimo Sacramento, conforme se expresa en las letras convocatorias que nos dirigiera el M. R. P. Provincial, sean los Hermanos Terciarios los primeros en inscribirse en ella, prestando además especial atención a la procesión eucarística de los terceros domingos.

III. — Elévase un pedido al M. R. P. Provincial para que en bien de la deseada y más estrecha unidad de todas las Hermandades, por sí o por medio de un Promotor General organice reuniones periódicas a las que cada una de ellas deberá enviar su representación.

IV. — Finalmente, este Congreso resuelve:

(1º) Elevar al Santo Padre, en nombre de todas las Hermandades en él representadas y de sus adherentes, un ferviente voto por

la pronta canonización de la Bienaventurada Imelda Lambertini, virgen de nuestra Orden.

(2°) Dirigirse a las autoridades del XXXII Congreso Eucarístico Internacional a fin de que en representación del país, de los peregrinos de todas las naciones y de los adherentes del mundo entero unidos a él en espiritual comunión de sentimientos, eleve, a su vez, idéntico voto suplicando al Sumo Pontífice Pío XI, felizmente reinante, se digne conceder a la Iglesia universal como una bendición especial y nuevo testimonio de su paternal benevolencia, la glorificación definitiva y el culto de tan admirable flor eucarística.

FRAY ESTANISLAO MARTIN GILLET

MAESTRO GENERAL DE LA ORDEN DE PREDICADORES

ENCARECE PEDIR LA CANONIZACION DE LA BEATA
IMELDA DE LAMBERTINI, VIRGEN DE LA ORDEN

TELEGRAMA

Italcable — 1620 — B. T. N. — 30 - 8 - 1934.

R. B. — Roma — 14 - 30 - 19.45.

L. C. Provincial Dominicos.

Defensa y Belgrano,

B. Aires.

Trabaje Congreso pida canonización Beata Imelda.

GILLET.

SUPLICA AL SANTO PADRE PIO XI

POR LA PRONTA CANONIZACION DE LA BEATA
IMELDA DE LAMBERTINI, VIRGEN, O. P.

Beatísimo Padre:

EL Primer Congreso Nacional Terciario Dominicano celebrado en los meses de Julio y Agosto últimos, en la República Argentina, en conmemoración del Año Santo, del VII centenario de la canonización del Patriarca Santo Domingo, del VI centenario del dichoso tránsito de la Beata Imelda Lambertini, y en adhesión fervorosa al XXXII Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires, congreso que tuvo por sede de sus asambleas las ciudades argentinas de Tucumán, Buenos Aires y Córdoba, con representación numerosa de todas las Hermandades Terciarias y auspiciado por todo el Episcopado Argentino, del Paraguay y del Uruguay, en pública y solemne asamblea tomó la siguiente resolución unánimemente aclamada:

“El Primer Congreso Nacional Terciario Dominicano, mediante sus autoridades, elevará al Augusto Vicario de Cristo, nuestro Santísimo Padre Pío XI, Papa gloriosamente reinante, una humilde y fervorosa súplica para que se digne conceder a la Iglesia universal, como una bendición especial y nuevo testimonio de su paterna benevolencia, la pronta canonización de la Bienaventurada Imelda, Virgen, y con la glorificación definitiva de tan admirable flor eucarística, la extensión de su culto como Patrona de la Primera. Comunion, a toda la cristiandad”.

SUPLICA AL SANTO PADRE PIO XI

Los suscriptos, humildemente postrados a los pies de Vuestra Santidad, en cumplimiento de su cometido y de sus propios sentimientos de piedad y de filial amor a la Sede Apostólica, ruegan a Cristo en la persona de su Augusto Vicario en la tierra, se digne conceder esta gracia e imploran Su Santa Bendición.

Buenos Aires, República Argentina, Agosto 30 de 1934.

Fr. TOMÁS LUQUE, O. P.
Prior Provincial y Presidente del Congreso.

MARIANO A. ORGEIRA
Secretario General del Congreso

Hay un sello que dice:

TERZA. ORD. D. N. P. S. DOMINGO D. Bs. AYS.

BUENOS AIRES, SEPTIEMBRE 28 DE 1934.

AL SEÑOR PRESIDENTE DEL COMITE EJECUTIVO DEL
XXXII CONGRESO EUCARISTICO INTERNACIONAL
MONSEÑOR DR. DANIEL FIGUEROA

S/D.

Ilustrísimo Señor:

EL Primer Congreso Nacional Terciario Dominicano, celebrado en los meses de Julio y Agosto últimos, en las ciudades de Tucumán, Buenos Aires y Córdoba, ha elevado a la Santa Sede un voto pidiendo la pronta canonización de la Bienaventurada Imelda de Lambertini, Virgen Dominicana.

El mismo Congreso, en solemne y pública asamblea, formuló por aclamación la resolución siguiente, de la que con sumo respeto me permito dar traslado a V. S., y a ese Honorable Comité:

- 1º — “Eleva al Santo Padre, en nombre de todas las Hermandades
“ en él representadas y de sus adherentes, un ferviente voto
“ por la pronta canonización de la Bienaventurada Imelda de
“ Lambertini, Virgen de nuestra Orden”.
- 2º — “Dirigirse a las autoridades del XXXII Congreso Eucarístico
“ Internacional, a fin de que el mismo, en representación del
“ país, de los peregrinos de todas las naciones y de los adhe-
“ rentes del mundo entero, unidos a él en espiritual comunión
“ de sentimientos, eleve a su vez, idéntico voto al Sumo Pon-
“ tífice Pío XI, felizmente reinante, suplicándole se digne
“ conceder a la Iglesia universal, como una especial bendición
“ y nuevo testimonio de su paternal benevolencia, la glorifica-
“ ción definitiva y la extensión del culto de tan admirable flor
“ eucarística a toda la cristiandad”.

Haciendo fervientes votos por el éxito de ese Congreso, me es sumamente grato saludar a V. S. con mi mayor consideración.

MARIANO A. ORGEIRA
Secretario General

Fr. TOMÁS LUQUE, O. P.
Prior Provincial y Presidente del Congreso.

Hay un sello que dice:

TERZA. ORD. D. N. P. S. DOMINGO. D. BS. AYS.

CASA GENERALIZIA
DELL'ORDINE
DEI FRATI PREDICATORI

Roma, (5) die 19 Sept. 1934.
Via S. Vitale, 15.

Adm. R. P. Thomas Luque, O. P.,
Provincialis,
Conventus S. Petri Telmi,
Defensa y Belgrano,
Buenos Aires.

Adm. Rev. de Pater Provincialis,

LITTERAS, programmata, numismata et notitias relate ad Congressum Nationalem Tertii Ordinis in Republica Argentina accepimus. Ex corde gratias tibi aliisque Patribus et Fratibus necnon omnibus qui pro hoc Congressu tam strenue adlaborabant. Rev. mus Magister Generalis a Roma absens est (visitationem canonicam Provinciarum Hispaniae perficit). Sed Paternitati Rev. mae, ad Urbem reduci, referam omnia et singul in Congressu Nationali feliciter peracta.

Rev. mus Vicarius Generalis, P. Raymundus Louis, Tibi, A. R. P. Provinciali, aliisque Patribus et Fratibus necnon omnibus Tertio Ordini adscriptis, benedictionem S. P. N. Dominici peramanter impertit.

Addictissimus in Domino

Fr. THOMAS E. GARDE, O. P.
Prom. Gen. T. O.

(Recibida el 8 de Octubre de 1934).

EPILOGO

CON la publicación del presente libro, que si sabe a resonante canción de primavera más vale lo que un hórreo pleno de fresco y substancioso grano, la Venerable Orden Tercera de Santo Domingo da por cumplida una obra más allá de lo que estuvo comprendido en su pensamiento inicial: el dejar constancia perdurable de su realización. Plausibles circunstancias se lo han impuesto así.

EL PRIMER CONGRESO NACIONAL TERCARIO DOMINICANO con tan halagüeño éxito celebrado por todas las Hermandades Tercarias del país, fué promovido con el loable propósito de conmemorar en forma extraordinaria acontecimientos asimismo extraordinarios y de significación mundial: la promulgación del Año Santo para todo el orbe católico y el VII centenario de la canonización del glorioso Patriarca de los Predicadores, a la vez que como homenaje de fervorosa adhesión al XXXII Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires.

De más está decir que tal finalidad fué llenada magníficamente. Sin embargo, bien merecé el que se deje constancia de que lo mejor de él es el auspicioso movimiento de renovación espiritual que ha producido. Pudo prevérsele desde la primera hora.

Insinuar la idea, esbozar la forma y aprestarse a llevarla a efecto, todo fué uno con la aclamación unánime por todas partes suscitada. El entusiasmo acreció pujante cuando en reuniones preliminares, serenamente se consideró su importancia, se compulsaron las simpatías con que era acogido, se pensó en su significación trascendente y en lo propicio de las circunstancias para realizarlo.

Las Hermandades de las regiones designadas como sede del Congreso en sus diversas etapas, diéronse por muy honradas y se dispusieron a prepararla, emulando santamente, sino la superación de cada una sobre las otras, un éxito concordante, para lo que nada omitieron en orden a dedicación y actividad. A las demás tocábales cooperar con la propaganda y con el aporte de selectas y nutridas delegaciones que las representarían en las asambleas para tomar parte en sus deliberaciones.

Con idéntico acuerdo y sin ningún tropiezo, todos los trabajos se llevaron a cabo por las distintas comisiones bajo el unánime y franco auspicio del Venerable Episcopado Argentino en su totalidad y de su Excelencia Reverendísima el señor Nuncio de Su Santidad, Doctor Felipe Cortesi, ilustre Hermano Terciario de la Orden.

A su vez, ambos cleros, secular y regular, lo mismo que numerosas entidades religiosas y culturales, se apresuraron a significar en diversas formas su cálida y efusiva adhesión. En resumen; todo un certamen de prestigios y valores realzando el bien merecido concepto de que la Venerable Orden Tercera Dominicana goza en la República de cuya historia, en unión con la Primera Orden, más de una página honrosa le pertenece.

En el ánimo de cuantos asistieron a sus asambleas, de una suavidad y exquisitez espiritual encantadora en Tucumán, entusiastas y suntuosas en Buenos Aires y singularmente movidas y vibrantes en Córdoba, ha de perdurar imborrable el recuerdo de este Congreso, al que su fervoroso espíritu unido a las circunstancias dieron un carácter especial muy digno de ser destacado. En efecto; los menos avisados han creído ver — y nosotros nos complacemos en ello — algo así como la incorporación oficial de los bizarros cuerpos ya organizados y aguerridos de los Terciarios argentinos a la enérgica reacción cristiana del momento; al reclutamiento general de los creyentes para la Acción Católica, a pleno auge traída por la inspiración y voluntad de Su Santidad Pío XI, y bajo las directivas del propio Pontífice, traducida ya en una realidad avasalladora y magnífica.

Antójasenos ser éste ya el primero y más precioso resultado del PRIMER CONGRESO NACIONAL TERCIARIO DOMINICANO que, por lo demás lo sabemos perfectamente encuadrado dentro de los puntos de vista y de los deseos del Rmo. Maestro General de la Orden, reiteradas veces expresados en recientes documentos, y los que se han querido seguir a la letra.

Ha sido, pues, más que un torneo hermoso y resonante, un esfuerzo fecundo cuyos efectos tienen que irse palpando poco a poco, día por día, si como lo esperamos, sus resoluciones, discretamente limitadas a nuestro medio y sin arrogarse atribuciones superiores al alcance jurisdiccional de la venerable institución, estudiadas con amor y con hondo entusiasmo sancionadas, llegan a cristalizar en un positivo remozamiento del clásico y tradicional espíritu dominicano.

Es todo lo que intenta reflejar el presente libro.

FOTOGRAFADOS

	<i>Entre páginas</i>
Santo Domingo de Guzmán y sus Doctores	1
Escudo oficial del XXXII Congreso Eucarístico Internacional	4 - 5
Fachada de la histórica Basílica del Smo. Rosario — Bs. Aires	6 - 7
Su Santidad Pío XI	12 - 13
Excmo. Mons. Dr. Felipe Cortesi, Nuncio Apostólico	14 - 15
Rvmo. P. Fray Estanislao Martín Gillet, Maestro Gral. de la Orden de Predicadores	18 - 19
M. R. P. Fray Tomás Luque Porcel de Peralta, Prior Provincial	24 - 25
Sr. D. Santiago Levalle	32 - 33
Sta. Da. Gregoria Lerdou	36 - 37
Sr. D. Mariano A. Orgeira	44 - 45
Sr. Dr. Héctor A. Coll Villatte	52 - 53
Fachada del templo de N. P. Santo Domingo — Tucumán ..	62 - 63
Miembros del Clero — Tucumán	96 - 97
Grupo de Asambleístas — Tucumán	110 - 111
Medalla conmemorativa del "Primer Congreso Nacional Tercia- rio Dominicano"	128 - 129
Concurrencia a la primera asamblea de la segunda etapa — Bue- nos Aires	152 - 153
Presidencia del Congreso — Buenos Aires	160 - 161
Mons. Dr. Dionisio R. Napal	172 - 173
M. R. P. Fray Tomás Luque Porcel de Peralta y Hermanos Ter- ciarios	226 - 227
Excmo. Mons. Dr. Felipe Cortesi, Nuncio Apostólico, auto- ridades del Congreso y Hermanos Terciarios	254 - 255
Placa conmemorativa del "Primer Congreso Nacional Terciario Dominicano"	260 - 261
Cena fraternal en el Colegio Lacordaire — Buenos Aires ..	270 - 271
Basílica de Nuestra Señora del Milagro — Córdoba	276 - 277
Sr. D. Domingo J. Alvarez	284 - 285
Sta. Da. Lola Garzón y delegadas — Córdoba	294 - 295
Claustro del Convento de Santo Domingo — Córdoba ..	312 - 313
Concurrencia a la primera asamblea de la tercera etapa — Cór- doba	326 - 327
Coro Polifónico de los RR. PP. Salesianos — Córdoba ..	366 - 367
Excmo. Mons. Dr. Audino Rodríguez y Olmos, Obispo de San- tiago del Estero	370 - 371
Concurrencia a la segunda asamblea de la tercera etapa — Cór- doba	378 - 379
Asamblea de clausura — Córdoba	394 - 395

INDICE

	<i>Pág.</i>
A modo de Prólogo	5
Actas de Fundación de la Venerable Orden Tercera en Buenos Aires, año 1726	7
Comisiones de Honor y Ejecutiva Central del Congreso	11
S. S. Pío XI al Maestro General de la Orden	13
Antecedentes, por Fray Tomás Luque Porcel de Peralta, O. P.	21
Adhesión del Periodismo	37
Transmisiones radiotelefónicas	57

PRIMERA ETAPA DEL CONGRESO — TUCUMAN

Programa	63
Nota del Presidente del C. E. del XXXII Congreso Eucarístico Internacional	66
Saludo de bienvenida, por Fray Jacinto Carrasco, O. P.	67
“La Venerable Orden Tercera y la Solidaridad Cristiana”, por la Srta. María Hortensia Núñez, T. D.	69
“La Venerable Orden Tercera y la Acción Católica”, por la Srta. Esther Sánchez Cires, T. D.	78
“La Venerable Orden Tercera de Santo Domingo y su obra en la República Argentina”, por la Srta. María Luisa Klappenbach, T. D.	85
“La Sagrada Eucaristía y la Venerable Orden Tercera de Santo Domingo”, por la Srta. Angelina A. Bianchi Luque, T. D.	97
“La Venerable Orden Tercera, su naturaleza y su fin”, por la Sra. Da. Sara Meléndez de Quesada, T. D.	107
Un comentario de “La Gaceta”	114
Visita a la Casa Histórica	115
“La Venerable Orden Tercera y el Apostolado Cristiano”, por la Srta. Clorinda Paz Colombres, T. D.	116
“Santa Catalina de Sena y Santa Rosa de Lima, modelos de Terciarias”, por la Srta. Carmen Lavalle, T. D.	120
“La Venerable Orden Tercera y la moralización de las costumbres”, por la Sra. Da. Eugenia García de Aliaga, T. D.	128
Disertación de clausura, por el M. R. P. Fray Antonio Battista, O. P.	135

INDICE

SEGUNDA ETAPA DEL CONGRESO — BUENOS AIRES

	<i>Pág.</i>
Programa	141
Adhesión del Periodismo	145
Telegramas de S. S. Pío XI, del Maestro General de la Orden y del Obispo de Temnos	151
Apertura de la asamblea, por el Exemo. y Rvmo. Sr. Nuncio Apostólico	153
“Santo Domingo de Guzmán y el significado de su obra”, por Mons. Dr. Dionisio R. Napai, T. D.	155
“La Venerable Orden Tercera, su desarrollo y su influencia”, por la Sra. Da. María A. Acevedo de Daract, T. D.	186
“Orientaciones y medios de lucha del Terciario en los tiempos presentes”, por el Dr. Carlos A. Mansilla, T. D.	192
“La Orden Tercera y la formación del carácter y de la sólida piedad en la juventud”, por el Dr. Mario Gorostarzu, T. D.	204
“La Venerable Orden Tercera y la enseñanza”, por el Dr. Mario Martínez Casas, T. D.	213
“El Apostolado tradicional de la Venerable Orden Tercera y la Acción Católica”, por el R. P. Fray Valentín Castillo Sarmiento, O. P.	219
“El apostolado de la Caridad y la Venerable Orden Tercera”, por el Sr. Guillermo Gallardo Cantilo, T. D.	227
“La Venerable Orden Tercera y los problemas sociales contemporáneos”, por el Dr. Carlos Pucheta Morecillo, T. D.	237
“Espíritu y características del verdadero Dominicano”, por el Mayor Sr. Jesús Navarro	250
Disertación, por el Sr. José de Garay Iturriaga, T. D.	255
Adhesión del Periodismo	265

TERCERA ETAPA DEL CONGRESO — CORDOBA

Programa	277
Adhesión del Periodismo	281
Telegrama de la C. E. C. del Congreso	291
Saludo de bienvenida, por el Dr. Raúl Pucheta Morecillo, T. D.	292
“Formación espiritual del Terciario Dominicano”, por Fray Angélico T. Bruhn, O. P.	295
“El Arte en la Orden de Santo Domingo”, por el R. P. Fray Guillermo Butler, O. P.	306
“La Orden de Santo Domingo, escuela de vida espiritual y de santidad heroica”, por el Dr. Francisco Vocos, T. D.	315

INDICE

	<i>Pág.</i>
"De la Milicia a la Penitencia", por el Dr. Adolfo Gourdy, T. D.	322
Discurso del R. P. Armengol R. Moya, O. M.	330
"Carácter apostólico de la Orden de Santo Domingo", por el R. P. Dr. Francisco Company, T. D.	347
"Formación y acción de la mujer católica en la Venerable Orden Tercera de Santo Domingo", por la Sra. Da. Julia Funes de Bonet, T. D.	355
"Régimen interno de la Venerable Orden Tercera de Santo Domingo, con relación a la Primera Orden", por el M. R. P. Provincial Fray Tomás Luque, O. P.	364
"Santo Domingo de Guzmán", por el Excmo. Sr. Dr. Audino Rodríguez y Olmos	370
"El Pensamiento y la Obra de Santo Domingo de Guzmán", por el Dr. Juan F. Cafferata, H. P. O.	378
Disertación de clausura, por el R. P. Fray Jacinto Carrasco, O. P.	390
Resoluciones, anhelos y votos del "Primer Congreso Nacional Terciario Dominicano"	399
Telegrama del Maestro General de la Orden, Fray E. M. Gillet . .	403
Súplica a S. S. Pío XI	404
Nota de la C. E. C. del Congreso al Presidente del C. E. C. del XXXII Congreso Eucarístico Internacional	406
Carta de Fray Tomás E. Garde, O. P.	407
Epílogo	408

TERMINÓSE LA
IMPRESIÓN DE
ESTE LIBRO, A LOS
DOCE DIAS DEL MES
DE FEBREERO DE MIL
NOVECIENTOS TREIN-
TA Y SEIS, EN LA
IMPRESA LÓPEZ
CALLE PERÚ 666
BUENOS AIRES.

*Primer Congreso Nacional
Terciario Dominicano*



*República Argentina
Año Santo
1934*